

Marianne Wiggins

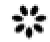
Las propiedades de la sed

Traducción de Celia Filipetto

Marianne Wiggins

Las propiedades de la sed

Traducción de Celia Filipetto



Libros del Asteroide

Índice

La traductora agradece a Patricia Nigro la atenta lectura del manuscrito de esta versión.

Primera edición, 2024
Título original: *Properties of Thirst*

Imagen de cubierta: © Magdalena Russocka / Trevillion Images
Fotografía de la autora: © Lara Porzak

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º-1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-21-2
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Para Lara
eres mi ayer mi hoy mi mañana
mi brújula
mi horizonte
la costa de mi odisea

Y para Katie
la chispa de mi inspiración
la galaxia de mis sueños
el cauce de este viaje

las dos, personificación del amor

NOTA DE LA AUTORA

La presente es una obra de ficción. En ella reflejo mi interpretación de una época tal como la recuerdo; el lenguaje de entonces era más incendiario que el que ahora utilizamos; el de esta obra podría considerarse hoy como ofensivo, pero desde el punto de vista histórico es exacto.

M. W.

Las propiedades de la sed

la primera
propiedad de la sed es
la sorpresa

No puedes salvar lo que no amas.

eso ya lo sabía él. Por Dios, lo había aprendido desde la cuna, en casa de su padre, en el regazo de alguien cuyo desmedido amor por el dinero caía a raudales como agua bendita sobre todos los aspectos de sus vidas. Si quieres mantener algo vivo (como este negocio, hijo mío), tienes que quererlo con todas tus fuerzas. Nadie ha hecho jamás fortuna con la leche de la bondad humana. *Sed.* Debes proponértelo, debes tener perseverancia, independencia, aguante.

todo eso. Los espumarajos de su padre en la boca.

el hombre apenas levantaba metro cincuenta del suelo y era capaz de tumbar a cualquiera de espaldas con su furia de elfo, con su comezón de ganar dinero, capaz de tumbar a una persona, especialmente a su hijo.

Por algo lo llamaban Punch, puñetazo.

por Dios, se subía de un salto a la mesa con todas sus galas —los botines, el traje de sarga, el chaleco, la leontina el almidón la seda los gemelos de ónix— y empezaba a darle puñetazos a alguien, puñetazos con el dedo, puñetazos en el pecho, el dedo buscando el corazón como hace el hurón con la rata: trataba así incluso a su mujer.

acometía a la madre de Rocky en las escaleras o en la sala —siempre con público— y le daba puñetazos en el esternón contándole los cómos y los para qués, mientras Cas y Rocky se encogían de miedo en el rellano:

Predicando con el ejemplo.

Por Dios, qué mujer más estoica había sido.

pero ¿por qué justo ahora, por qué estaba pensando en ese cabrón precisamente esa mañana?

Si quería que Punch estuviese presente, por Dios, no tenía más

que invocar a ese mierdica, pero lo que no quería y lo que no lograba entender era que, justo ahora, ocurriera lo contrario, que, después de llevar muerto tantos años, fuera su padre quien lo invocara a él.

de la nada.

los muertos.

¿Cómo se salen con la suya?

Para empezar, nos superan en número, razonó Rocky. Además, tienen tiempo de sobra.

Pero ¿qué lo había provocado?…

intermediarios de la memoria (según los recordaba Rocky: el olor, por supuesto; el géiser del cerebro…, un pino longevo, su historia sepultada en la raíz, antigua como Dios). (No. No había *olido* a su padre.) (¿Tenía su padre un olor?) Sí. (A menta.) (Y a dinero.)

la música.

La música jugaba en él con el tiempo —era una función para narrar el tiempo que viajaba a través de la distancia, moría, una disfunción— pero esa mañana aún no había sonado música; solo sonidos lejanos:

Un búho.

El tren.

Tal vez hubiera sido eso: el tren a lo lejos; pero oía un tren todas las mañanas al despertar y sus pensamientos no siempre iban detrás de Punch:

Algo había puesto en marcha ese tictac:

Una cosa inadvertida.

Él era un hombre de ciencias —o eso quería pensar—, un hombre instruido, razonablemente versado en las teorías del comportamiento shakespearianas y otras más actuales, y, parando en seco bajo ese cielo conocido, tuvo la certeza de que acabaría dándole caza. Punch: por hoy he acabado contigo. No vas a interrumpir este ejercicio.

Para dar fe del pequeño triunfo, levantó la vista, registró el punto por donde el sol se elevaba detrás del monte Inyo y en voz alta proclamó al mundo: *7 de diciembre*.

Thoreau se jactaba (el muy bobo había sido un fanfarrón asilvestrado) de que podrían despertarlo de un trance de varios meses y a las cuarenta y ocho horas sabría decir qué día era con solo ver cómo interactuaban las plantas y los animales de su santísima laguna de Walden. La primera vez que Rocky estuvo allí, había llevado consigo la obra de Thoreau, unos ejemplares ajados de sus diarios en el hatillo. Acudes a otros hombres para que te guíen en la madurez, se figuraba, todos los hombres lo hacen. Al menos todos los niños. Fueron Thoreau y Emerson, ese par de viejos trascendentalistas, quienes prendieron la mecha de Rocky y articularon los argumentos para impulsar su insurrección y catapultarlo desde la Costa Este hasta aquel gran desierto salvaje. Había construido ese rancho, había construido esa vida, como actos de emulación de esos dos pensadores, de esos dos hombres. Con los años su entusiasmo por Emerson se había ido enfriando, sus aforismos quedaron petrificados en rectitud moral de piedra, pero Thoreau conservaba la capacidad de encender las últimas débiles hilachas que pervivían de su juventud. Seguía frecuentando sus libros —escogía una página al azar para localizar alguna frase— aunque había dejado de leerlos, no le hacía falta, porque los había traducido en memoria viva, en algo suyo. Como Thoreau, había creado el refugio desde los cimientos, haciendo una minuciosa lista de los materiales que había utilizado, las cantidades, los costos. A diferencia de Thoreau, había construido una auténtica residencia, una casa; y —la diferencia fundamental respecto a Thoreau— la había construido para una mujer. Como la gente de los alrededores de la laguna de Walden había dicho de Thoreau, los que se acercaban allí para conjeturar sobre la empresa de Rocky al regresar a la ciudad lo tachaban de idiota. De loco. Desde el terremoto, en Lone Pine se decía que la madera era el único

material seguro, pero Rocky tenía debilidad por la mampostería india y española desde que se había trasladado al Oeste y había entrado por primera vez en una casa de adobe. Vigas. Tierra cocida. Muros de cuarenta y cinco centímetros de grosor. Sonidos confusos. La sensación de estar rodeado de tierra. El hecho de que allí, en una casa de adobe, incluso en los meses más secos se olía el rizoma de las paredes:

Se huele el agua.

El Este, cuando afloraba su restrictivo recuerdo, lo hacía estremecerse. Era como llevar un zapato apretado. Su niñez allí parecía una enfermedad, una cojera paralizante que había tenido que superar. Cuando pasó por Harvard, aquel semestre desastroso, viajó a Concord, a la laguna de Walden (con la mochila a la espalda) para rendir tributo, respirar el aire, la sustancia (tal vez se conservaran un par de moléculas) que Henry David había exhalado.

El lugar lo había decepcionado.

mucho menos que la sustancia de los sueños, la laguna de Walden parecía mansa y cuidada, un parque en una ciudad, un arboreto en el Bronx o en Brooklyn, el tipo de lugar al que podría ir un grupo de señoras a tomar el té o a ceñirse en un abrazo controlado con la Naturaleza. Thoreau le había dado un aire masculino y tosco —de frontera, entre los márgenes del mundo seguro y los límites de la rebelión—, pero ahí estaba, una laguna de aguas estancadas alrededor de la cual se podía caminar sin sudar y sin dejar de oír el traqueteo del tráfico. La escala era desproporcionada, si no es que Thoreau era un enano o un niño jubilado. Rocky medía cerca de dos metros. Era imposible que Thoreau imaginara que la laguna de Walden fuese tan grande a menos que su sentido de la distancia hubiese disminuido en aras de la narrativa.

Tal vez solo las personas diminutas caminaran por el pasado.

La mayoría de los héroes no son gigantes, pero el diminuendo de las expectativas de Rocky, allí, en la laguna de Walden, debió de prepararlo para el Oeste. No obstante, aún ahora, en los bolsillos Rocky llevaba, en gran medida, lo que Thoreau había llevado en aquel otro lugar, cien años antes:

Thoreau	**Rocky**
su diario	su diario
un lápiz	un lápiz
un catalejo	prismáticos
una lupa	
una navaja	un cuchillo de monte
cordel	alambre
	cortaalambres
	agua.

Thoreau jamás había tenido que llevar agua en su recorrido por la laguna —Thoreau jamás había tenido que llevar agua encima (eso que Rocky llamaba «agua para la caminata»):

Thoreau tenía la *lluvia*.

Thoreau tenía la vegetación ahíta de lluvia: tenía nutrias, marmotas, tortugas, ratas almizcleras, tadornas, garzas reales, águilas pescadoras, colimbos y otras aves acuáticas.

Esa mañana un gavilán colirrojo seguía a Rocky, ensartando su hambre rapaz en el cielo azul.

Tenía excrementos de coyote y espiguillas, la cuenca alcalina, matorrales y polvo. Thoreau era capaz de decir en qué semana florecerían las plantas carnívoras o cuándo habían eclosionado las larvas de la laguna, pero Rocky dudaba de que Henry David hubiese llegado a ver la flor de choya, a oír el eco de una avalancha en la sierra o a probar los cactus.

Thoreau nunca había probado la sed al oeste de las Rocosas.

Walden había sido el almanaque de Thoreau pero ese valle era el reloj de Rocky. Su reloj de agua. Su Stonehenge. Cuando

caminaba hasta aquí, cuando salía de su casa de adobe a caminar, hacia el sur, hasta esta huella, a poco menos de un kilómetro, donde el río Owens superaba una escarpa de granito y viraba al oeste, a través de la finca, en ese punto donde se alejaba otra vez hacia el sur, donde todavía quedaba una huella de su lecho, una versión del reloj del valle se ponía en marcha: por propia experiencia (y por la de la tierra), sabía que el 21 de diciembre, en el solsticio de invierno, en dos semanas a partir de hoy, el sol alcanzaría el límite de su recorrido austral detrás de las montañas Inyo, llegaría a la quebrada más allá de la cual no podría extenderse, se quedaría allí durante una exclamación cósmica y entonces invertiría el rumbo hacia el verano, cruzando de vuelta el cielo. A un lado del valle: la sierra: *las sierras nevadas*,* los dientes de sierra cubiertos de nieve (en español, una «sierra» es también una herramienta). Desde el sur, desde el punto donde él se encontraba, extendiéndose hacia él, alcanzaba a ver los picos nevados de Lone Pine, McAdie, Muir, Hitchcock, Rooks, Thor, los montes Whitney, Williamson y Russell, sus aristas de un blanco cegador cubiertas de un destello rojizo incluso ahora, antes de que el sol alcanzara su apogeo sobre el monte Inyo al otro lado del valle. Rocky era capaz de decirte por dónde exactamente, detrás de qué escarpada quebrada de la sierra, desaparecería el sol. En un día cualquiera era capaz de decirte por dónde saldría y se pondría el sol. A la luz del día, era capaz de acertar la hora (con un margen de cinco minutos). Llevaba treinta y siete años dando ese mismo paseo matutino y sabía observar la tierra en busca de señales mejor de lo que conocía su propia cara. (Tras la muerte de su mujer había quitado los espejos de la casa.) Sin embargo, esa tierra siempre lo sorprendería, esa tierra nunca había dejado de ser, para él, sustancialmente, una gran sorpresa.

Nunca sabía qué podía pasar.

Esa mañana buscaba algo concreto, pero las cosas que no

buscaba nunca dejaban de reconfortarlo y deleitarlo. (Un diente de oso; un trozo de mineral de plata, el esqueleto completo de un pez.) (Este último robado, seguramente crudo, por un águila calva a la que, en un descuido, se le había caído mientras buscaba comida.) Una vez había encontrado el botón de un uniforme perteneciente a un regimiento de la guerra civil. Una vez había encontrado una moneda, una *cruz española** mexicana de sabía Dios cuándo, en una playa cubierta de guano. Thoreau (lo sabía de haberlo leído) también había tenido momentos así: momentos en la tierra, cuando caminaba, cuando el tiempo y la historia le hablaban. (Una mañana, Rocky recordó, Thoreau había encontrado nieve roja. Emerson había mencionado lo de que Thoreau había «encontrado nieve roja» en una de sus caminatas, pero ninguno de los dos dio explicación alguna.) En su primera caminata tras la muerte de su mujer, Rocky había llegado hasta allí, solo, por la impresión o el dolor o sabe Dios qué. La noche anterior —la noche en que ella murió— había helado y la poca humedad que quedaba en la tierra se había endurecido, se había levantado como cristales de azúcar en una tarta y, mientras andaba, el único sonido perceptible había sido el de sus pasos —como esa mañana— que imitaban el sonido de alguien que arruga papel para un fuego, alguien que camina a través de noticias añejas. Demasiado temprano para los pájaros —los pájaros estaban refugiados en las estribaciones—, demasiado temprano para las codornices, para sus carreras silenciosas. Los perros tampoco lo acompañaban: se habían quedado con ella en casa, notando, como es propio de los perros, otro fantasma.

Y entonces había encontrado la huella de ella.

Ahí estaba, clara como el agua.

La polio había tardado, desde el inicio hasta el final, ocho meses en llevársela; los tres primeros meses ella había caminado con bastones y los últimos cinco había dejado de andar.

Pero ahí había quedado, la marca de su pie derecho,

congelada en la tierra, conservada, tan viva entre la gravilla y la salazaria mexicana como un nido oculto o un huevo fresco.

No cabía duda de que era suya, su bota, su número de pie, la habría reconocido en cualquier parte. Pero el efecto en él, el hecho de que la tierra la hubiese guardado para él, el momento de su descubrimiento la mañana en que más hondo era su dolor, lo postraron de rodillas. Por entonces llevaba meses sin imaginarse a su mujer andando; se había negado esa visión de ella en libertad, de modo que encontrar esa prueba, en su frágil estado, había sido para él una circunstancia demasiado milagrosa. Se había dado la vuelta para mirar la casa de adobe donde el cuerpo de ella yacía amortajado y se había preguntado si era posible que aquella fuese la huella del alma de su mujer. ¿Acaso sería el último lugar de la tierra que había pisado, acaso sería el lugar de donde había partido su alma?

Estuvo un tiempo pensando en hacer un molde de yeso de la huella, y a lo largo de los siguientes meses de duelo erigió a su alrededor un círculo de piedra para resguardarla del viento. No tuvo que preocuparse por la lluvia, la media del valle en el lado sombreado de la sierra era, con suerte, un escaso par de centímetros al año, pero sabía que, cuando la tierra se deshelara y la primavera llegase otra vez, la huella se perdería y esa prueba de la existencia de su mujer se desvanecería.

«Ciertas pruebas circunstanciales —escribió Thoreau— son muy sólidas. Como encontrar una trucha en la leche.»

Podría haber conservado la huella de haberlo querido de veras. Había estado dentro de sus posibilidades conservarla pero, según fueron pasando los meses, el sentido de hacerlo, el sentido imaginado de hacerlo —que el suelo debía ser santificado porque tanto su planta del pie como su alma se habían elevado desde allí— migraron: el sentido del lugar que le había atribuido se había transformado. Consciente, inconscientemente, dejó estar aquella huella. Al principio, en los primeros días de desesperación, se había permitido mitificar la prueba, buscar

consuelo en su idea mística. Su dolor exigía una prueba de lo Eterno y la huella de su mujer era la prueba circunstancial de su propia sed. *Dios* estaba en el paisaje —de eso había llegado a depender en el Oeste: era AlgoMuy-Grande y presente— y Algo-Muy-Grande había dispuesto dejar la huella de su mujer, había dispuesto que él la encontrara la primera mañana tras su muerte.

Lo que pasó después había sido otra forma de milagro, uno humano. Había salido a caminar todas las mañanas hasta ese mismo lugar, ese lugar que había conservado, para verla y tocarla. Lo que más deseaba era volver a estar con ella, traerla de vuelta o reunirse con ella, y el único lugar donde podía conseguirlo era en su soledad, su intimidad, sus pensamientos silenciosos. Si hubiese sido egoísta, se habría internado en las montañas para convertirse, como un monje, en una especie de ausencia sagrada, en un desierto humano, alimentándose del mínimo rastro de ella. Pero tenía dos hijos gemelos de tres años, cuyo desposeimiento se multiplicaría por dos si él llegaba a faltar. De manera que todas las mañanas había registrado el cambio, registrado su vida y deseado que ella volviera a existir, viendo cómo la huella se había desvanecido hasta convertirse en otra cosa.

La decisión de desaparecer no le correspondía a ella; le correspondía a él guardar su recuerdo. Si su recuerdo no debía apagarse, a él le correspondía mantenerlo vivo.

Ella no había desaparecido.

Toda aquella vida, toda aquella complejidad de pensamiento —su forma de hablar, su vocabulario, todas las sinapsis vitales, su sorpresa ante las estrellas, sus conocimientos (culinarios, médicos), su experiencia única—: todo aquello había desaparecido; pero el ruido que hacía al despertar, su calidez específica, la forma en que le sujetaba la mano en la mesa al empezar a comer, la forma en que saboreaba la comida, su sabor húmedo bajo la ropa: él lo recordaba todo, ese recuerdo jamás se desvanecería.

Por Dios, si incluso ahora al mirarlo el rancho era ella, la casa, cada línea y cada pendiente, cada muro y cada azulejo que él había colocado para ella.

*Las Tres Sillas:** así la había llamado hacía un montón de años:

Las Tres Sillas.

Una para la meditación.

Dos para la conversación.

Tres para la compañía.

Según Thoreau.

Le había puesto el nombre al rancho en honor de su héroe, pero lo había construido para ella.

incluido el campanario. Santísimo incordio montarlo (la estructura de adobe más alta del condado). Sin embargo, ella lo había impuesto como una maldita condición para mudarse al Oeste, y para *le mariage*, así que lo había construido. Mi *beffroi*, lo llamaba ella (él se había negado a imitarla): la santísima *mère* había tenido uno en su aldea natal, allá en Francia. Había cosas, en buena parte culinarias, que a su mujer le había resultado imposible expresar más que en francés *(mirepoix, garde-manger)*, y había cosas, en buena parte del Oeste, la mayoría topográficas, que él solo sabía decir en español *(barrada, ceja)*. La santísima *mère* le había contado a su mujer la historia de la campana de la aldea: si viajabas más allá de su alcance, si te alejabas a pie lo suficiente, hasta donde el tañido de la campana no llegaba a tus oídos, estabas perdido. En territorio extranjero. En terreno ajeno (y hostil).

La campana te permitía saber que estabas en casa.

Cuanto más grande la campana, mayor el sonido, mayor la renuncia.

aquello era el Oeste, su futuro y el de su *mariage*, por eso ella quería una campana grande.

Él opinaba que le daba al lugar un aire institucional. De

estación de salvamento. Opinaba que le daba al lugar un aire de misión.

Ella opinaba que le daba a la casa un aire de hogar.

Tocaron la campana el día que se casaron. La tocaban siempre el Cuatro de Julio, el día de Acción de Gracias, en Navidades y en Año Nuevo. La tocaron cuando nacieron los gemelos.

Él la tocaría por la boda de su hija, o eso esperaba.

La tocaría por la de su hijo.

Había tocado la campana por última vez a la mañana siguiente de la muerte de su mujer.

Aquella mañana, como todas las mañanas desde entonces, cuando daba este paseo, se había vuelto hacia aquello que había construido, hacia la casa de adobe, hacia las personas que había dentro, y había decidido mantener vivo el recuerdo de su mujer. Mantenerla a diario con él. Salvaguardar aquello que amaba.

Al dar media vuelta, contempló la firma del humo de la cocina de leña cruzar el cielo como tinta derramada y virar bruscamente hacia el norte, en la dirección del viento, llevada por la corriente predominante. Luz azul. Azul más oscuro en las sombras, la sensación de que imperaba el agua; agua en el vapor de las raudas nubes moradas, bajas y planas, típicas de las mañanas en ese valle, agua en el hielo azul de las montañas; agua, agua en todas partes, salvo donde él la necesitaba. Se agachó, recogió un palo de una planta rodadora y lo lanzó a los perros como señal de que era hora de volver a casa. Esos perros: no los que ella había conocido; Cyrano, el último en sobrevivirla, había muerto hacía un par de años y ahora esos tres, que huían corriendo delante de él, eran los más recientes de los quizá veinte mestizos que habían tenido en los últimos treinta años. Siempre habían tenido entre dos y seis a la vez (el mayor número cuando los niños eran pequeños): él había elegido uno cuando llegó allí. (Tío Tom. Mestizo de sabueso.)

Los dos siguientes lo eligieron a él: cuando se estableció en la finca y empezó a edificar la casa aparecieron, itinerantes y famélicos, y, como los mexicanos, que también habían llegado allí, trabajadores y de estirpe orgullosa. Heathcliff. Zopenco. Pickwick. (Su mujer también les había puesto nombre a unos cuantos, en francés: Lulu, Cousine Bette y Quasimodo.) Ahora su pointer (Huck), su border collie (Jane Eyre) y la frenética y huérfana Jack Russell que Sunny había llevado a casa desde Bishop a principios de semana (convenientemente bautizada como Daisy) corrían a su alrededor. Los mexicanos llamaban a Jane Eyre *enero** y Huck se les atragantaba, como un bocado lleno de cartílago: *chac*. Los perros más viejos no aguantaban las travesuras de Daisy, se lanzaban sobre ella enseñando los dientes, pero ella iba a la suya, les saltaba encima, les daba en el hocico con las patas delanteras, los golpeaba en el pecho…

… ahí estaba otra vez: Punch, la conexión: la perra hacía los mismos movimientos que su padre, los retozos de Daisy habían evocado la imagen de su padre, sus fintas combativas: incansables, persistentes.

Pues bien, un misterio resuelto.

… *padres*.

… mira quién hablaba.

Apenas lo había hecho algo mejor que el suyo. (Al menos con Stryker.) (Sunny era otro cantar.) (Una hija siempre es otro cantar.) Tal vez había habido algo en la mezcla desde el principio, desde el nacimiento de los gemelos, que había puesto a Stryker en su contra (Dios sabía que él mismo había librado una batalla privada con Punch desde que era capaz de recordar) pero, fuera cual fuese la chispa que había saltado, fueran cuales fuesen las desavenencias entre Rocky y su hijo, se redefinieron cuando murió su mujer.

No habría muerto si hubiéramos tenido más sillas. Stryker a

los cinco años.

cruel, acusador, precoz.

casi gracioso en su lógica infantil:

Stryker se enfrentaba a su padre, le demostraba a Rocky que no era tonto: la casa debería haberse llamado *Cuatro* Sillas.

El mensaje subyacente era *tú tienes la culpa*.

así habían ido las cosas con Stryker hacía ya, ay, Dios, demasiados años.

Era casi una cuestión de química. El rencor de Stryker. Ni siquiera cuando tuvo edad para entender cómo se extiende la polio, nada pudo atenuar su ira ni canalizarla hacia nadie que no fuera su padre.

Tres años; mucho tiempo para mantener un vacío en la naturaleza, para sostener una ruptura de tan ascética dureza, el distanciamiento de un padre, pero Stryker no quería saber nada de él, cero proximidad, cero comunicación, desde «el Incidente». Rocky no le había dicho *largo de aquí*, tampoco *no quiero volver a verte*; de hecho, había organizado la fuga que permitió a su hijo eludir la ley. Sunny tenía noticias de Stryker, desde luego, ella era su conciencia, su brújula exterior (interior) desde que él nació, seis minutos después que ella. Él le escribía —puede que incluso la llamase por teléfono—, Sunny le transmitía las noticias a Rocky al cabo de días (incluso semanas). De ese modo sabía que su hijo seguía vivito y coleando: por el amor de Dios, se había alistado en la Marina, a quién se le ocurría, en la maldita Marina, sabiendo lo arraigado, lo unido que estaba Rocky a *la tierra*. ¿Quién fue?… ¿Victor Hugo? ¿Dickens? *Samuel Johnson* había escrito que estar en la Marina era como estar en una cárcel con la ventaja añadida de que podías ahogarte. Y lo que lo irritaba no era el rechazo (diablos, él también había rechazado el pasatiempo preferido de Punch, ganar dinero), lo que lo irritaba era el hecho de que Stryker estuviera tan preparado para la tierra. Era capaz de cabalgar de

lado y mirando hacia atrás desde los dos años; de enlazar, pescar, atrapar, rastrear, vigilar, forcejear y derribar una presa como si fuera Zeus. La infancia neoyorquina de Rocky no lo había preparado para la vida en el rancho. (Su primer intento de fugarse de casa, de huir de Punch, a los seis años, había sido provocado por la institutriz, que había señalado el tejado del edificio Dakota, al otro lado del parque, lo que impulsó al pequeño Rocky a cruzar lo que para él era casi todo Estados Unidos —en realidad Central Park— para ir al Oeste.) (Llegó hasta el lado oeste de la Quinta Avenida antes de que un agente de la Policía de Nueva York lo acompañara a casa.)

Había tenido que pensar a fondo cuanto había hecho, aprenderlo de los libros antes de tener ocasión de aprenderlo con la práctica. Ahora eran pocas las cosas que lo amedrentaban (y eran los osos y los pumas; la amenaza de la sed), pero, por experto que fuera a pie y a caballo, nunca había tenido el talento que tenía Stryker, su facilidad y su gracia natural. El muchacho sabía, así de simple: sabía dónde pisar, tenía un instinto nato, sabía mantener el equilibrio, sabía cuál debía ser el siguiente movimiento. Había algo de temerario en aquel conocimiento, según Rocky, como si a su hijo no le hiciese falta aprender lo rápido que podían torcerse las cosas, y, aun así, el aplomo de Stryker al aire libre había sido una fuente constante de orgullo, incluso cuando de adolescente, ante su mudo escepticismo, Stryker había manifestado que, de mayor, anhelaba hacer de doble en películas de vaqueros.

No el tipo que cae rendido ante el amor; el tipo que se cae de los caballos.

Al que le disparan, el que se cae de la diligencia y cae de espaldas por la puerta de la taberna.

Tom Mix, el Primer Vaquero de Estados Unidos, llevaba yendo al valle a rodar sus películas desde la década de 1920 (desde que el

DALA, el Departamento de Aguas de Los Ángeles, había asfaltado las calles), y Rocky todavía sonreía al pensar que la imagen imperecedera que la mayoría de los primeros aficionados al cine tenía del vaquero del Lejano Oeste era el paisaje (y el lugar) de granito extendido al pie de la sierra en Alabama Hills, a poco más de un kilómetro de sus tierras. Al principio, cada vez que en el pueblo rodaban una película, Stryker hacía pequeños trabajos (pagaban bien) junto con otros muchachos de la zona. Gracias a su buena planta, no tardó mucho en conseguir papeles con frase y no tardó mucho en cambiar de sueño y empezar a querer convertirse en estrella de cine.

difícil decir si Rocky lo habría desheredado. (Al haber él mismo heredado de Punch la mitad de su fortuna, a Rocky no le gustaba pensar en esos términos. En términos de propiedades. Había llegado a una edad en la que, para él, *Lear* empezaba a tener más sentido que *Hamlet*.)

De todos modos, el Incidente había puesto fin a todo aquello. (Aunque Rocky seguía creyendo que, dada su historia con Los Ángeles, Stryker nunca habría ido a Hollywood.) (Habría sido el colmo.)

Todavía creía (aunque nunca se lo había contado a nadie, y menos a Sunny) que un día Stryker acabaría volviendo. Y todo quedaría perdonado.

¿acaso no es lo que creen todos los padres de un hijo descarriado?

No en vano sigue vigente la parábola del hijo pródigo; diablos, probablemente, al exhalar el último suspiro, Punch seguía esperando que Rocky volviera arrastrándose y viera la gloria en la extracción de zinc, bórax, tungsteno y todo tipo de minerales. Punch los había desenterrado, los había extraído de la tierra y ganado sus buenos centavos de níquel (él mismo le había birlado el níquel a la tierra). ¿Qué rey de los negocios no ha soñado con agregar la leyenda «e hijo(s)» a la denominación de la empresa

familiar, no ha visto el rótulo, el blasón hereditario, colgado del almacén familiar de sus sueños?

Incluso Thoreau padre, que durante gran parte de la juventud de su hijo había intentado reclutarlo a la fuerza para la empresa familiar (FÁBRICA DE LÁPICES).

Cedro de incienso, Rocky lo sabía: la madera más adecuada para fabricar lápices de mina. Duradera. También servía para vallas; autóctonos de las laderas orientales de la sierra, árboles peleones, endurecidos por la vida, cuyas piñas en forma de campanita eran como flores de lis caídas. Con ellos había tendido sus vallas, las estacas en forma de lápices, lápices «Thoreau»: una broma literaria del Oeste. A su mujer se le había metido en la cabeza establecerse allí y criar un rebaño de ovejas (aparte de otras tareas), que le recordara a la vida que su santísima madre había conocido allá en el santísimo *village* francés.

qué gran *folie* había sido:

Las ovejas.

Se lo comían todo y te dejaban sin casa ni hacienda.

Encima, tontas a más no poder.

Había construido las vallas (las habría construido de todos modos) y los vascos residentes/nómadas de ese lado de la sierra se ocupaban de llevar el rebaño a pastar por las estribaciones en verano. Él nunca había querido tener demasiados animales en la finca (mucho menos reses): para empezar, un mercado difícil, y los herbívoros resultaban nefastos para el suelo semidesértico; las cuentas nunca habían cuadrado, pero aceptó arrancar con una docena de ovejas, apartar unas seis hectáreas donde pudieran pasar el invierno y cercar la parcela con las vallas de lápices. Por aquel entonces cultivaba unas treinta y dos hectáreas de alfalfa; ahora solo bombeaba uno de los seis molinos de viento, las acequias de riego fueron quedando irreconocibles al llenarse de mantillo del desierto. Agua

apresada, piratería de arroyos. Los geólogos tenían un nombre para los arroyos cuyos cursos habían sido alterados, sus cabeceras interrumpidas, cortadas o, literalmente, cercenadas: los llamaban arroyos *decapitados*.

Las suyas eran tierras decapitadas.

varadas *de facto* en sus cuatro costados por Los Ángeles, cuyas autoridades hídricas habían absorbido las escrituras de las tierras colindantes hacía décadas, dejando su rancho a flote, un cuerpo sin acceso a su garganta.

Esas tierras.

llevaba ya gran parte de su vida tratando de salvar sus tierras; al principio, cuando era joven, tratando de salvarlas del curso que consideraba que la naturaleza les había marcado:

Qué osada empresa de gallito joven y radical.

Qué había aprendido: No te metas con la Madre Naturaleza.

ni se te ocurra meterte con ella, no subestimes su lógica superior, no creas que podrás mejorar su grandiosidad, en su hechizo cósmico tú eres una nada anónima.

Segunda lección: No puedes salvar lo que no amas, pero solo con amar no basta para mantener la muerte a raya.

El amor de un hombre tiene sus límites.

Rodeado de chupatintas, de reyes del lápiz. Enfrentado a ellos a puñetazo limpio.

Entre lo que este lugar había sido, en sus sueños y en su historia, y lo que era ahora mediaba una vida, varias vidas: la suya, la de ella; la de la familia. Era una causa perdida, lo sabía, solo era cuestión de tiempo que se secara el último pozo que quedaba, y entonces qué.

Estaba seguro de que Sunny lo sabía (¿cómo no iba a saberlo?); seguro que Cas lo sospechaba. Cuando empezaron a perder los recursos legales, a no ver más que aplazamientos y

dilaciones en los tribunales, Rocky le pidió a su hermana que no sacara el tema delante de los niños y puso a todo el mundo sobre aviso para que en la casa no se pronunciaran las palabras «Los Ángeles». Le había dicho a su hermana que estaba dispuesto a gastarse su mitad de la fortuna heredada para recuperar el derecho al uso del agua, pero ni loco iba a perder una tarde más, una mañana más, un maldito minuto más hablando del tema.

Cuando se desprendió de las ovejas (se las entregó a los vascos gratis), dejó de reparar las vallas, y tres años atrás, cuando sospechó por primera vez que le robaban agua de los pozos, desenterró una docena de los postes de cedro de la valla para colocarlos en línea recta encima de lo que, según sabía, era la única cúpula de agua que quedaba en sus tierras, alimentada subterráneamente por el deshielo de primavera de la sierra. Si los postes comenzaban a moverse, sabría que el nivel freático también descendía. De acuerdo, los niveles freáticos suben y bajan (con la luna, como las mareas), pero en cada poste de cedro indicó mediante muescas los niveles máximo y mínimo para señalar los cambios normales. Dos veces al mes durante tres años, las mañanas en las que la luna estaba en cuarto creciente o cuarto menguante, Rocky anotó las alturas para determinar si la cuenca se estaba hundiendo, y los resultados, de momento, daban motivos para la esperanza.

Pero no esa mañana:

Incluso para la época, primera semana de diciembre, cuando el suministro subterráneo del deshielo del año anterior estaba casi agotado, los postes de encima del pozo se habían hundido unos cinco centímetros más con respecto al año anterior. Rocky comprobó los datos (escasos y anotados a mano) dos veces: observó el vapor que se elevaba del fondo del valle y después levantó despacio la mirada por las montañas hasta el cielo cálido. *Que nieve ya, me cago en todo*, musitó. Su versión de la plegaria dominical. Los perros se encontraban a medio camino de la casa, persiguiendo el desayuno en línea recta, y cuando los

alcanzó, en la puerta de la cocina, estaban montando un escándalo por pura costumbre. Les dio de comer del cubo de sobras que Sunny había traído del restaurante y, mientras se lanzaban al ataque, se quitó las botas y entró al calor.

Desde el otro extremo del cuarto Cas lo miraba de frente, apoyada en el lado más frío de la cocina económica. Sostenía entre las grandes manos una taza de ese té negro extranjero que le gustaba tomar todas las mañanas.

El cuarto olía a café, fuego de carbón, masa recién horneada.

Cas vestía con su característica monocromía (prefería los grises carbón), un truco de moda adoptado hacía años supuestamente para parecer menos corpulenta. Era su hermana gemela en todos los sentidos, metro noventa descalza, y a veces, cuando la miraba, se veía a sí mismo.

Otras veces, le encontraba un parecido a Spencer Tracy.

Cas tomó un sorbo de té y le preguntó:

—¿La Tierra sigue girando?

—Sale el sol: Jesús camina.

Rocky se sirvió una taza del café fuerte que Sunny tenía preparado todo el día.

—¿Hace frío?

—He calculado tres bajo cero. El termómetro marca dos bajo cero.

—¿Qué tal la nueva Jack Russell?

—Cachorrita. Jane Eyre le enseñará unas cuantas cosas.

—«La institutriz.»

—¿Qué tal has dormido?

—Me despertó un ruido. A eso de las dos.

—Esta mañana los perros han encontrado una piel de conejo.

—¿Una presa?

—Eso parece.

—La habré oído gritar. ¿… Un coyote?

—No, ni rastro. Diría que un búho.

Cas se puso a toquetear algo en el bolsillo de su suéter con la

mano derecha: un papel, quizá, o un sobre. Conocía a su hermana, conocía esa mirada de estar en otra parte, se moría por tomar nota de algo, apuntar un pensamiento, probablemente lo del conejo, el ruido, sabía que se estaba preguntando cómo se habría producido ese sonido de terror, qué mano de la evolución no había creado una lengua para el conejo, como tal, salvo un grito para expresar el pánico. Sabía que la mirada distraída de Cas indicaba que estaba tomando nota mentalmente para que Sunny se lo buscara la próxima vez que despellejara un conejo: que buscara para Cas el hueso o los huesos —la flauta, la cuerda — en el cogote del conejo que habían producido aquel sonido.

Quizá pudiera usarlo. Para hacer música.

—¿Qué anda preparando Sunny? —preguntó Rocky tratando de sacarla de su abstracción. Levantó la punta de un trapo de cocina que tapaba la bandeja del horno dispuesta en el centro de la mesa.

—Unos pollos abiertos —dijo Cas—. Y el faisán que trajiste el viernes.

—¿Tenemos invitados? —preguntó él tras calcular las raciones.

Ella negó con la cabeza.

—¿Los de la banda no se quedan?

—La banda toca en un concierto de Adviento, carretera arriba.

Rocky le lanzó una mirada inquisitiva, *¿No vas a tocar con ellos*? Y ella, a su vez, le contestó con la mirada, *Ya sabes lo que pienso sobre el nacimiento anual de Cristo*.

—¿Jugamos a las cartas después? —propuso él.

—No veo la hora.

Él se sirvió más café y fue hacia las puertas dobles que daban acceso a los *portales.* *

—¿Dónde anda la niña?

—En la quesería —dijo Cas, apuntando con el dedo.

Con un gesto de la mano le pidió *no digas más*. Hacía un par

de años su hija había empezado a criar cabras y lo convenció para que le construyese una cabaña independiente, orientada al norte, donde intentaría elaborar queso. (El queso era bastante sabroso, pero él no aguantaba acercarse al maldito lugar porque —al menos a él— el olor le recordaba al vómito.)

—Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas —dijo, y se metió en los portales.

su lugar preferido de la casa, incluso más que la cocina o el dormitorio de matrimonio con vistas a la sierra. Le gustaba sentarse allí, debajo del techo inclinado, el sonido resonaba en el largo pórtico, cuyas cuatro paredes encerraban el patio abierto *(zócalo)** donde todavía tenía una *barbacoa** para asados al aire libre. Los invitados suponían que se trataba de un espacio añadido, un patio o un porche, una idea de última hora, pero los portales eran el antecedente de todo, los cuartos distribuidos en los cuatro lados alojaron a los primeros *brazos** que contrató para ayudarlo a construir el edificio, y a sus mujeres e hijos; la primera cocina; los talleres. Habría allí entre veinte y treinta personas *(pueblito,** lo llamaban), niños, gallinas, olor terroso a *masa, epazote, carne asada.** Allí recibió a su prometida aquella noche de verano: rosas blancas, buganvilla blanca con rojo rubor (como si la planta también se hubiese puesto colorada pensando en el tálamo). La llevó a Yosemite para la boda y a la vuelta descubrieron que los mexicanos habían descargado el equipo médico de la novia-doctora y encalado un lado del pórtico (frente a la casa). Sobre la puerta de la que sería la entrada a sus consultas alguien había pintado en azul las palabras PREVENCIÓN Y TRATAMIENTO* formando un arco encima de la cruz roja; las palabras seguían ahí, aunque desvaídas. Cómo son los mexicanos; bueno, en primer lugar: saben cómo montar una fiesta. Segundo, eran capaces de coger algo de lo más sencillo —una teja, por ejemplo, o un arreglo frutal— y convertirlo en una belleza. En los acabados de la casa encontró

ciertas florituras, decoraciones innecesarias que él no había pedido: una voluta tallada en la cornisa de una *viga,** una *oración** empotrada en la pared de un dormitorio. Sin otro objetivo que agradar a la vista. Sin otra función que el puro gozo. Y ella, su mujer, lo había entendido desde el principio, tal vez por eso le tenían confianza y siguieron acudiendo a ella en busca de ayuda. Había otros médicos en la zona —diablos, la ciudad de Los Ángeles había enviado un hospital móvil para atender a los hombres que construyeron el acueducto—, pero su mujer era un caso único no solo porque era la única mujer médico del condado de Inyo, sino porque era la única doctora en ejercicio que empleaba a una *curandera,** a una *partera** mexicana que la ayudaba, y llevaba un archivo de las prácticas tradicionales, la botica tradicional, las supersticiones sobre el cuerpo, los alimentos de los paiutes y los shoshones. (Recordaba las larvas de la mosca de la salmuera. Bellotas. Mariposas pandora. Alimentos para crisis.)

LA GENTE NO PUEDE ESTAR SANA A MENOS QUE TENGA SUFICIENTE QUE COMER*

Qué grandes cosas iban a hacer los dos juntos. Por aquel entonces.

AYUDE A OTROS A PENSAR EN EL FUTURO*

Todas las máximas pintadas en las paredes de la clínica se habían desvanecido y finalmente había tenido que poner candados en las puertas y ventanas para evitar que entraran a saquear los medicamentos. Quiso conservar lo que ella había comenzado, pero en cuanto se difundió la noticia de que tenía polio la gente dejó de acudir, pese a que la curandera se había quedado e intentaba ayudar. A la larga, el condado se presentó para llevarse los historiales (y los suministros médicos) y él entregó el equipo a las autoridades sanitarias de Lone Pine. Ahora las habitaciones de la clínica se desmoronaban, repletas de enseres domésticos de los que no podían desprenderse (la

pianola, las cometas, un tren eléctrico), y en el centro de una de ellas, solitario, debajo de una lona —como un ataúd— descansaba el pulmón artificial de su mujer. Stryker le había impedido tocarlo durante lo que a él le parecieron meses y cuando por fin convino en que lo trasladase del comedor (desde donde ella había gozado de una buena vista de la cocina), el niño se negó a que lo sacara de la finca, como si el trasto en sí mismo, el aparato, siguiera conteniéndola en su interior.

Cosas que hacen las familias:

Aún en vida de ella, Stryker se sentaba en el suelo debajo del aparato, a veces tumbado de espaldas con los pies en alto para tocar la base de la máquina. Eran como ballenas, había pensado Rocky: los dos juntos, la madre y su ballenato.

el peso del agua en la piel; el peso de la memoria.

Si hubo allí tristeza, había llegado de fuerzas externas (la infección de ella, la destrucción de esas tierras por la ciudad del sur), pero ahora él debía confesar un *dolor*,[*] una tristeza cotidiana que lo asediaba desde dentro, desde lo que él sabía que era un lugar de su mente, un lugar que él había construido.

sí, manos callosas, manos honrosas, toda esa mierda para motivarse, compendio emersoniano para una vida útil, una vida de propósitos programados.

ah, sí, sabía mantener el cuerpo ocupado, hasta una ameba era capaz de hacerlo: aquella era una finca productiva (pugnaba por serlo), siempre había algo por reparar, algo por hacer.

Pero los domingos a él le gustaba sentarse en los portales y construir sillas.

sillas con respaldo de escalera: desbastadas a mano.

Tenía torno (varios, eléctricos y manuales), pero últimamente había intentado conseguir algo elaborado por completo a mano: husos, tablillas, balancines (en el caso de las mecedoras) y toda la pesca.

retroceder a los tiempos en que el mundo estaba en pañales.

Cuando el oficio se componía de un hombre, sus manos, la madera, un serrucho, un punzón, un cuchillo, el cepillo.

Como el viajero solitario, lo que más echaba de menos era el ruido de la conversación humana; no solo hablar, eso ya lo hacía mucho con su hermana gemela y con su hija (y con los perros), sino la improvisación de una multitud, de una comunidad, esa que surge cuando en un sitio juntas a un puñado de seres humanos y seguro que, de un modo u otro, a diario se arma la gorda. Eso echaba de menos, lo imprevisto integrado en la rutina, el calor del fuego, las interrupciones, las opiniones arrebatadas, las risas, los cantos, el baile. Cuando se sentaba allí fuera, como ahora, lo cierto era que estaba solo. La gente pasaba a verlo, pero quedaban pocos vecinos desde los acuerdos del agua y la mayoría de los rancheros se habían ido al norte. Llegaron los del cine, daba la sensación de que la fama de aquella finca se había vuelto legendaria, que no podías rodar una película en Lone Pine sin acercarte a visitar Las Tres Sillas, como si él no fuera más que otro vejete extravagante, y la finca, otro Xanadú, una especie de castillo, como la mole ornamentada de Hearst o la extraña mansión de piedra de Scotty en el Valle de la Muerte. Había recibido a los mejores (y peores) de ellos, de Fatty Arbuckle (el peor) a Cary Grant (aún no estaba visto para sentencia). Bogart se había presentado a principios de ese año —Rocky abrió la puerta y se lo encontró allí de pie, con su conocida cara y su conocido ceceo, y soltó: «Me dicen que aquí se come bien». Rodaban una película titulada *El último refugio*, en la que Bogart interpretaba al protagonista, Roy «Perro Loco» Earle, villano fugitivo que la palma en un último tiroteo en el camino que sube al monte Whitney. La última noche que fue a cenar, Rocky le regaló una mecedora: el actor estaba al borde de las lágrimas. «Es lo más bonito que ha hecho nadie por mí», no paraba de repetir. Rocky no supo adivinar si era pura actuación; ese era el problema con los actores (los de cine, al menos): podían haber cometido el peor error de su vida al elegir su

carrera, pero casi todos ellos (los mejores, al menos) sabían cómo agradar, qué decir y hacer para resultar atractivos como acompañantes, igual que un perro muy querido, el mejor amigo del hombre. No era de extrañar que Stryker creyese haber oído los cantos de sirena, el muchacho siempre había tratado de complacer a las visitas, aunque no a su padre, claro. Pero en especial a las mujeres.

Madera de estrella de cine:

otra bala esquivada.

Allá arriba el sol caía sobre las frías tejas, soltando su vapor primigenio. De la quesería le llegaba el débil estribillo de la radio de Sunny, *o christ diii-vine*, exhausto villancico que lo conminaba a hincarse de rodillas. Encendió la radio de onda corta del taller para ahogar aquella tontería. Con la onda corta, por lo general, conseguía saltarse la gramola religiosa de los domingos; enseguida dio con una frecuencia que transmitía ópera desde San Francisco; no era lo que más le gustaba pero tapaba el ruido navideño y le hacía compañía.

no tardó en reconocer *Madama Butterfly*: vaya historia. Un comentarista describía *sotto voce* la acción y los nombres de todos los cantantes: una rusa en el papel de Butterfly; un español en el papel de Pinkerton; libreto en italiano en un escenario de California, engalanado para representar Japón.

En qué mundo vivimos.

La música le gustaba, ayudaba a pasar el rato, aunque la historia, como la mayoría de los argumentos operísticos (y los de Shakespeare) parecía pasada de moda. Pero lo que sonaba moderno era la emoción, y en esa parte del segundo acto, cuando Butterfly presenta al hijo que ha tenido con Pinkerton a Sharpless (Sharpless, Rocky no pudo evitar pensar: qué buen nombre para un perro), justo cuando Butterfly le pide (le canta) a su hijo mestizo que le diga (le cante) que su nombre es Dolor *(il mio nome è Dolore)*, se oyó un traqueteo en el tejado —algo

correteando— y una teja cayó al suelo delante de él y se hizo añicos.

bichos.

se introducían en los túneles de las tejas redondas y causaban estragos en la estructura subyacente.

Una ardilla, probablemente. Ratas canguro.

Habrá que subirse y ver (en realidad, agradeció la distracción). Fue a la parte trasera de los portales y colocó la escalera bien plantada en el suelo, apoyada en el alero. La sacudió para probar que estaba firme antes de subir. Al pisar el primer peldaño notó que aguantaba su peso, pero a media altura vio que la había colocado demasiado empinada. Cuando se detuvo a recapacitar, la música cesó y todo fue silencio hasta que una voz, distinta de la del comentarista de la ópera, comenzó a hablar de repente, a soltar una sarta de palabras que sonaban casi como una lengua extranjera. Rocky se quedó inmóvil. No lograba distinguir las palabras pero había oído aquella cadencia, hacía poco, en las noticias de Gran Bretaña y, hacía mucho más, con ocasión del desastre del dirigible *Hindenburg*, cuando el locutor había repetido una y otra vez *ay, Dios, ay, Dios*, como si ante él se hubiesen abierto las puertas del infierno.

El hombre que hablaba no conseguía controlar la voz y, cuando Rocky hubo bajado del todo la escalera, el drama había cobrado sentido:

¿Quién en su sano juicio, quién en el mundo de los Wright usaría un avión como arma?

una decisión cobarde, cosa de cobardes, clavar una mecha encendida en un blanco fácil, contra civiles, por el amor de Dios, ¿*quién en su sano juicio*?

Se detuvo en el umbral del taller y se quedó mirando la radio.

Hawái, santo cielo. Una cosa era que los alemanes cruzaran el canal de la Mancha con sus aviones cargados de bombas, pero

estos hijos de puta debían haber volado en mar abierto durante sabe Dios cuántos kilómetros, cuántas horas…

Pearl Harbor.

¿dónde diablos quedaba eso? Pensó en entrar a buscar un mapa pero las noticias seguían llegando y clavándolo donde estaba, la certidumbre fue en aumento, el hecho cobró forma. *Ay, mierda*, y lo supo: ahora ya estamos. Metidos en otra guerra más.

Alguien corría dentro de la casa, después oyó voces de mujeres y, con Cas pisándole los talones, Sunny irrumpió en los portales. Muchacha lista, siempre había sido muy lista para su edad, y Rocky vio entonces, en la expresión aterrada de su hija, que ella comprendía la tristeza mayor de esos sucesos que tenían lugar en otra parte del mundo, hasta que pronunció dos palabras que para él no tenían sentido:

Stryker. Honolulu.

dos palabras que, en la mente de Rocky, no tenían sentido, así, juntas en una frase.

—Stryker. Stryker está en Pearl Harbor.

Fue como si tardara un buen rato en contestar, acusador:

—Pero me dijiste que estaba con la flota. En San Diego.

—Te lo dije… —Las palabras se hicieron lentas, pero su voz subió el tono—: No digas que no te lo dije, Tops. La flota fue movilizada el año pasado.

Eso lo sabía.

eso lo sabía, lo habían transmitido en la radio (el pasado abril), Roosevelt había trasladado la flota del Pacífico de California a Hawái como advertencia a los japoneses, pero, por ceguera o terquedad, Rocky se había permitido convencerse de que «la flota del Pacífico» no se refería a Stryker; en la cabeza de Rocky «flota del Pacífico» eran palabras en clave, una tapadera específica que designaba a todos los hijos de los demás padres.

No era culpa de Sunny —ni de Cas—, él había hecho casi

imposible que ellas le hablaran de su hijo.

Cas dio un paso al frente, sacó el sobre que había estado toqueteando —ocultando— en el bolsillo.

—Llegó ayer.

Se lo tendió y, cuando lo vio dudar, añadió:

—Más vale que le eches un vistazo. Se ha casado.

Aquello pilló a Sunny por sorpresa.

Rocky cogió la carta y la revisó en busca de un remitente —no lo había, solo ponía «USN, Honolulu» con la caligrafía adolescente de Stryker— y después la abrió.

Sunny comprobó que la carta tenía una sola página y que en el sobre había también una fotografía.

Detrás de ellos, la voz del locutor calló, luego habló de nuevo e impartió algo así como una clase de geografía sobre los estados occidentales —Nevada, Arizona, Oklahoma, Utah—, hasta que Sunny se dio cuenta de que el hombre estaba enumerando barcos.

Observó a su padre leer rápidamente la carta de su hermano sin cambiar de expresión. Después vio cómo se le aflojaban los músculos de la cara al examinar la foto. Rocky levantó la vista, miró a Cas y clavó en ella la mirada durante un tiempo larguísimo que a Sunny le pareció suficiente para escribir un tratado. Gemelos. Se sintió excluida, y en un momento en que el mundo, tal como lo había conocido, parecía venirse abajo, cuando más necesitaba a su padre y a la hermana gemela de este. No pudo contenerse:

—¿Nos están atacando? ¿Nos van a bombardear después a nosotros?

Rocky dobló la carta, la guardó en el sobre y se la devolvió a su hermana gemela antes de contestar:

—Quítatelo de la cabeza, querida. California está demasiado lejos.

—Pero han atacado Hawái… —Lo aferró del brazo—. No entiendo qué está pasando.

Rocky puso la mano izquierda, a la que le faltaban dedos, sobre la de ella y le preguntó:

—¿Quieres acompañarme al pueblo? Los teléfonos no funcionarán. Iré a la Western Union de Lone Pine.

—Estarán todos en la iglesia —le advirtió Cas.

Tras apartarse de ellos unos cuantos pasos, Sunny dijo:

—Por favor, que alguien me explique qué está pasando…

La última vez que la muerte se había sentido tan cerca en aquella casa Sunny tenía tres años.

Y su padre había tocado la campana.

—Deja que vaya y trate de averiguar algo sobre tu hermano —le dijo Rocky—. Ven conmigo. Te hará bien estar acompañada.

Sunny negó con la cabeza.

Cuando Rocky se marchó, Cas le pasó el brazo por el hombro, le entregó la carta y le dijo:

—Te la iba a enseñar de todos modos. Entre tú y yo no hay secretos. Vete a saber por qué Stryker hace lo que hace. No sé por qué no quiso contártelo a ti primero.

—Yo sí lo sé.

Por culpa de Stryker el novio de Sunny había huido del condado. Si Sunny no estaba casada era por Stryker.

Le dio la vuelta a la carta. Igual que Rocky, no sabía si quería descubrir qué era exactamente lo que Stryker les tenía reservado en esa ocasión.

La primera palabra, escrita en grandes letras mayúsculas, saltaba a la vista:

¡GEMELOS!

Sunny recorrió la página con la mirada —*es una chica fantástica, se llama Suzy; por allá, Navidad*; *parientes en Sacramento*— y a continuación: «Al 1.º le pusimos Ralph al otro Waldo, así me apunto unos cuantos tantos con el viejo (por

Emerson, ¿¿lo captas??). No se lo cuentes a Sunny, ¡perderá la chaveta cuando sepa que me he casado antes que ella! ¡Imagínate, yo papá! ¡¡Por partida doble!!».

Su letra no había cambiado desde los diez años.

y no, no se lo imaginaba como esposo o padre.

Pero ahí estaba, en la foto, un apuesto alférez de la Marina, alto y rubio, de blanco uniforme almidonado, inclinado sobre el hombro de la mujer menuda que lo miraba desde abajo, la cara oscurecida en parte por unas gafas de sol de aviador, el pelo negrísimo recogido sobre la frente como un fajo de billetes o una salchicha gorda, una amplia sonrisa en los labios. Lucía un vestido de tonos claros con un estampado de flores más oscuras —flores grandes, de las que hay en Hawái— y medias de seda pese al sol (la luz se reflejaba en sus pantorrillas). Tenía los pies pequeños, embutidos en unos elegantes zapatos de tacón negros, las manos pequeñas, aunque Sunny no le veía el anillo de boda.

Stryker había llegado a Hawái hacía más de un año y desde entonces Sunny había recibido media docena de cartas de su hermano, en ninguna de las cuales había mencionado a «la fantástica Suzy» que, según Sunny pudo comprobar, parecía tener la mitad de su tamaño, era de espalda ancha y llevaba en brazos dos bultos idénticos que parecían torpedos envueltos. Ralph y Waldo. Tercera generación consecutiva de gemelos en la familia, detrás de Rocky y Cas, y Sunny y Stryker. Pero los dos últimos habían roto el molde, pensó Sunny. A diferencia de ella y su padre, estos dos serían idénticos. Nadie más que ellos mismos —y ni siquiera ellos— sabría diferenciarlos.

Sunny aferró la mano de su tía, casi el doble de grande que la suya. Desde la muerte de su madre, Cas había sido el referente femenino en las vidas de Sunny y Stryker; había llegado para ayudar a su desconsolado hermano y renunciado a la posibilidad de ser madre. Era la mujer a la que Sunny más amaba. En la que más confiaba.

—Si a Tops le pasara algo —dijo Sunny—, si Tops y tú

dejarais de vivir juntos, si él viviera lejos de ti y le pasara algo, si enfermara o tuviera un accidente, o muriera, ¿no crees que lo sabrías?

—¿Qué quieres decir?

Cas se puso algo tensa. Sunny notó que su tía desviaba la atención a la radio.

—Pues…, ¿no te parece que lo notarías, como una premonición?…

—¡Ay, por el amor de Dios! —Cas apartó la mano—. ¿Qué te pasa, botoncito?…

—… como hermana gemela, quiero decir.

—¿De dónde has sacado esas tonterías?

¿De dónde, de dónde? Probablemente el primer sonido inconfundible que Sunny había oído en la vida debió de ser el de Stryker al nacer, el grito de Stryker al nacer. Durante años creyó que se llamaba *¿Dónde está tu hermano*? Entraba sola en un cuarto y lo primero que oía era *¿Dónde está tu hermano*?, la voz de alarma que indicaba que Stryker había vuelto a escaparse, a algún lugar dentro o fuera de la finca, sin acompañamiento, sin vigilancia, sin su gemela. *¿Dónde está tu hermano*? quería decir *No estás cumpliendo con tu deber: cada vez que se mete en líos, tú también. Cada vez que se mete en líos, la culpa es tuya*.

Habían hecho que la vida de Sunny estuviera al servicio de su hermano. ¿Quién podía echarle en cara esa costumbre de la vigilancia, la culpa que sentía cuando no sabía dónde estaba Stryker?

—No tengo la sensación de que Stryker esté en peligro. Para nada tengo esa sensación. No siento que Stryker haya… muerto.

—… Ay, por el amor de Dios, no seas burra, han atacado nuestro país, hay muchachos muriendo y tú te comportas como una vidente comparsa del primer acto. ¡Premonición, y una mierda! Anda, cálmate. A tu madre le daría vergüenza oírte

hablar así.

armamento pesado, Cas invocaba la artillería: la madre de Sunny. ¿Qué habría pensado o hecho la madre de Sunny? ¿Cómo iba Sunny a estar a la altura de lo que su madre había soñado para ella si no sabía lo que era?

Cas comprendió que había metido el dedo en la llaga y se arrepintió enseguida. Le dio a su sobrina unas palmaditas en la mano.

—Concentrémonos en algo útil. A pesar de lo que dice tu padre, voy a hacer llamadas. Seguro que conocemos a alguien que conoce a alguien de las altas esferas de la Marina. ¿Tú qué harás?

Sunny se la quedó mirando. En la familia todos tenían los mismos ojos azules. Diferentes trozos del cielo.

—Cocinar, supongo. Me pondré a preparar montones de comida.

—Siempre es útil.

Ninguna de las dos se atrevió a apagar la radio de Rocky. La dejaron ahí, resonando en los portales; Cas se fue a su *appartement*, y sin darle más vueltas, sin un plan, por pura costumbre, Sunny se metió en la cocina.

Stryker solía reír a carcajadas cuando dormía.

Habían compartido dormitorio hasta los tres años y algunas noches, tras la muerte de su madre, Stryker la despertaba con su risa y entonces ella se levantaba de la cama sin hacer ruido y lo observaba reír con los ojos cerrados, profundamente dormido. Otras noches, se golpeaba la cabeza. Se golpeaba la cabeza contra el cabecero de la cama o, de día, cogía cosas —un libro, una cuchara, una piedra— y daba golpes con ellos. Casi siempre tenía un ojo morado o un corte en la frente o la mejilla hinchada debajo de la mancha de nacimiento afiligranada. Si había a su

alcance algo que pudiera romperse, iba a buscarlo y lo rompía. Llegó un momento en que se había roto todos y cada uno de los diez dedos de las manos, algunos dos veces. Se rompió los dos brazos, una muñeca, las piernas, un tobillo y la clavícula. Por la noche, antes de meterlos a los dos en la cama, la tía Cas lo plantaba delante de ella en pijama y lo obligaba a mover todas las articulaciones. Después le hundía un dedo entre las costillas como quien busca una pista dentro de una almohada. A Stryker le gustaba especialmente dar saltos con carrerilla desde las alturas y le encantaba lanzarse de los hombros de Rocky. Cuando tuvieron edad para aprender a montar a caballo, Stryker se negó a ir sentado y aprendió a cabalgar de pie, a pelo. A Rocky le gustaba contar la anécdota de la primera vez que Cas había entrado en la casa tras la muerte de su esposa; Stryker la miró y soltó: «Por Dios Santo». Claro que no era cierto; tampoco era cierto que, como a Rocky le gustaba contar, Cas fuese la única persona capaz de doblegar a Stryker, aunque fuese a medias. En realidad nadie podía doblegar a Stryker, era una de esas personas que, a pesar de tener una hermana gemela, habían nacido con una personalidad heredada de algún antiguo panteón, indómito, incorregible, intacto. Sunny se habría jugado el alma a que en toda su vida Stryker jamás había tenido la menor sombra de duda sobre quién era. *Dónde está tu hermano* nunca había dado pie a un *Quién es tu hermano* —¿quién diablos es?— porque, a diferencia de Sunny, Stryker nunca había estado a la sombra de nadie, sino que, a diferencia de su hermana gemela, había entendido desde el primer instante cómo ser egoísta. Rocky había querido darles a los dos los estudios que eligieran —la mejor educación posible, como la que él había recibido—, aunque fuesen en contra de sus propias preferencias como padre (tal como él mismo había desafiado las de Punch al dejar Harvard para marcharse al Oeste). Pese a que le habría gustado tenerlos en el Oeste, los había enviado por separado,

acompañados de Cas, a visitar universidades de la Costa Este (Stryker desapareció en New Haven y acabó detenido). Estudiante indiferente, Stryker había dejado claro que para él la educación programada era gastar pólvora en garzas y que, en cuanto cumpliera los dieciocho, en cuanto cobrara su parte de la herencia, lo que se le debía, adiós muy buenas, querida: se largaría. Todas esas cosas —la fanfarronería física, las bravuconadas, sus arrebatos temerarios así como los momentos tranquilos, cuando se perdía dentro de sí mismo—, Sunny había guardado aquellas imágenes de su hermano con determinación, mantuvo vivas en la memoria aquellas escenas cuando él se fue, para que no se desvaneciera, para que en sus pensamientos no se convirtiese en una ecuación abstracta tal como le había ocurrido con su madre. Ella estaba habituada a mantenerlo vivo, así que cómo iba a ser hoy diferente.

pero lo era.

Imposible negarlo: tal vez aquel fuera el peor día de la historia de Estados Unidos.

La diferencia entre el modo en que pensaba en Stryker tras su marcha y el modo en que la hacían pensar en él hoy era la misma que había entre estar activo en el mundo y ser historia, y ella estaba enfadada con el mundo —lo temía— por obligar a la historia a inmiscuirse en la vida privada, por obligar a la historia a ocupar el primer plano, por hacer de la Historia un instante.

Apagó el fuego de la cafetera y encendió la radio de la cocina.

La gente hacía cola en las calles de Washington, frente a la Casa Blanca. Roosevelt comparecería en el Congreso por la mañana, solicitaría poderes para entrar en guerra. En Honolulu y otros lugares de las islas, comenzaron a reunir y detener a los japoneses extranjeros residentes así como a los norteamericanos de origen japonés, más de un tercio de la población civil de Hawái. Sunny sacó la carta de Stryker del bolsillo del delantal y la examinó otra vez. La clavó junto con la foto en el tablón de mensajes que había colgado al lado de la puerta de la cocina

para que cada vez que la cruzaran se vieran obligados a verlas. Aunque las gafas de aviador ocultaban los ojos de la mujer, había algo en la forma de la cara, en sus proporciones físicas, que llevaron a Sunny a sospechar, tras un segundo vistazo, que la mujer de su hermano no era blanca. Tras una segunda lectura, comprobó que en la carta su hermano no decía nada que corroborase esa sospecha, pero, de todos modos, en ella no se mencionaba nada, nada concreto, ni el apellido de la esposa, ni cómo se habían conocido, ni el peso y la medida de sus hijos al nacer, ni siquiera su fecha de nacimiento. Aquella carta se leía como el apunte de un monólogo interior, tímido monólogo, como una anotación de detalles desordenados según surgían en los pensamientos de Stryker. Pensamientos inconexos en cursiva inconexa; no era tanto una página pensada para que la leyera alguien como una nota que Stryker había escrito a vuelapluma, a modo de veloz recordatorio para sí mismo:

Como las recetas de su madre.

Al cumplir diez años, Sunny había recibido las recetas de su madre a través de Cas. Desde temprana edad la niña había sentido atracción por los lugares donde se cocinaba, los lugares del rancho donde a diario se juntaban las mujeres —y, en ocasiones, algún que otro hombre— a preparar comida. Porque, ante la muerte, qué otra cosa vas a hacer, adónde más vas a ir cuando tu madre se ha muerto salvo al corazón de la casa, a su centro nutricio. Stryker se había quedado debajo del pulmón artificial y se había negado a moverse —hasta que Rocky se lo llevó en brazos, entre gritos y patadas—, pero Sunny había gravitado hacia los portales, donde las mujeres mexicanas trabajaban la masa, donde podía unirse a ellas, usar sus manitas para mezclar los ingredientes del pan frito, darles golpecitos a las *tortillas,*[*] sin saber siquiera lo enfadada que se sentía, tan enfadada como Stryker, por ser abandonada, sin saber siquiera que existía una palabra para describir aquello —*muerte*—, una

palabra que, a la larga, acabaría identificando con la pérdida del amor.

Tú los sigues queriendo, pero los muertos no te pueden corresponder.

persiste el amor solitario. Algunas de las mujeres animaron a Sunny a pensar que allá arriba, en el *cielo,** había un lugar donde moraba su madre y desde donde miraba hacia abajo y seguía ofreciendo amor. Pero cuando les preguntó a su padre y a su tía adónde se había ido su madre, ninguno de los dos mencionó aquel cielo, aquel lugar sobre la tierra. Se limitaron a contestar:

—La muerte se la llevó.

—¿Y la muerte nos la va a devolver?

—No.

—Entonces, ¿quién nos la va a devolver?

—Nosotros. Con nuestros pensamientos.

El concepto del Regreso: *hoy es el día* —Sunny recordaba creer en eso—, hoy es el día en que va a volver *porque estoy pensando en ella*.

La muerte, con qué facilidad la malinterpretan los niños.

No quiere volver a pasar por eso: esperar, esperar: la esperanza menguante.

Tenían filmaciones de su madre, películas caseras que Rocky había hecho y les proyectó tras su muerte, pero las imágenes aterrorizaron a los niños (Stryker se abalanzó contra la pantalla; Sunny rompió a llorar), por eso mantuvo las bobinas en la oscuridad hasta que los dos fueron mayores. Lo que consolaba a Sunny, desde el principio, eran las anécdotas que contaba la gente. Su madre había sido una mujer incomparable, no solo adorada sino reverenciada por su bondad, su ayuda. Además de sus papeles en el ámbito privado (amante, esposa, madre), también había sido curandera: médico: herbolaria y jardinera: cocinera, y cuanto más tiempo pasaba Sunny en los portales,

más le repetía la gente, *Chica,*[*] tienes la misma mano que tu madre. La reacción a su presencia pasó de *¿Dónde está tu hermano*? a *Tienes el don de tu madre para la cocina: tu madre habría preparado esta sopa así: esto sabe tal como lo hacía tu madre*. A Stryker lo habían parido como persona independiente, pero a Sunny le había hecho falta algo más, *una receta*, para forjar su personalidad, su propio lugar en el mundo.

> OSO,

se leía en una de las fichas del archivador de recetas de su madre:

> Amarillento y maloliente.
> Rocky se niega a consumirlo (por motivos religiosos).

> MANTEQUILLA,

rezaba otra:

> INVIERNO (blanca): mejor para glaseados VERANO (amarilla): tomar con pan

Luego:

> PICADILLO DE TRUCHA ARCOÍRIS
> Desechar las cabezas de pescado. (Los ojos de las truchas te perseguirán adonde vayas.)

Las fichas, manchadas de moho y proteínas secas, se guardaban en un archivador metálico, de siete por doce centímetros, de esos que se veían en los bancos y las oficinas: verde administrativo, para archivar datos.

> CALLOS

Lavarse las manos. Pueden dar sarpullidos. Tratar como hiedra venenosa.

CAPÓN
Castrar al gallo.

Cas afirmó haber encontrado el archivador en el cobertizo detrás de una fila de catálogos de semillas y su descubrimiento, al cabo de mucho tiempo de la muerte de la madre de Sunny, cuando la muchacha ya recopilaba testimonios de la gente que había conocido a su madre, resultó monumental, un momento comparable al de Hamlet en el parapeto con el fantasma de su padre, al de Moisés con las Tablas.

hasta que leyó las fichas.

COMIDA PARA LOS ENFERMOS
Cortar la paloma en 2. Colocar las alas sobre el pecho del paciente.

CAZA
Vieja: asar al horno, a la brasa o freír
Joven: guisar, estofar o cocer

Las recetas se supone que deben contener instrucciones, pero las de la madre de Sunny eran un rompecabezas. Peor: eran traiciones; para una niña de diez años, al menos, traicionaban la promesa de lo que Sunny esperaba ver revelado en ellas, la promesa de un mayor conocimiento de su madre, sus métodos y sus secretos. En vez de un índice ordenado, Sunny encontró rastros de una persona que tomaba notas, frases taquigráficas, como suele hacer la gente que habla en voz alta a modo de recordatorio, para estimular la memoria, una memoria en la que Sunny jamás encontraría una parte activa hasta que ella misma siguiera la sombra de su madre y comenzara a tratar de cocinar.

EN GELÉE

Las proteínas en líquidos siempre cuajan al enfriarse.

CONEJO
Misma estructura muscular que el cerdo.
Corazones hiperactivos (duros).
Despellejar entero. Poner en remojo con agua y vinagre Ragú.

Su madre se había empapado de anatomía y química, era versada en la volatilidad de las enzimas y las propiedades combinatorias de las moléculas, las propiedades de la sangre, y por ello se había aproximado a la cocina con ojo de cirujano (… *misma estructura muscular que el cerdo*). Lo que sabía un médico y lo que, posteriormente, llegaría a saber Sunny es que todo ser vivo posee una estructura interna, una realidad encubierta que hay que comprender (*cortar en el sentido de las fibras*).

SPATCHCOCK
(Del inglés británico: abrir un ave en canal y aplastarla). No se puede hacer con menos de 2 incisiones.

Toda esa vida, pensaba ahora Sunny: toda esa experiencia, la complicada red del oficio que hay que dominar desde la cuna —cómo empuñar el tenedor y la cuchara, cómo pasar un botón por el ojal, cómo hacer un nudo, cómo lanzar un sedal en un lago plateado, cómo saltar de un semental a otro a pelo y al galope, cómo colarte a base de encanto en el dormitorio de la mujer, cómo sobrevivir, *mano a mano*,* al arquetipo de masculinidad de un padre como Rocky.

Ni loca iba a permitir que toda esa especificidad que conformaba a Stryker se acabara:

Se dijo que su hermano no estaba muerto.

Se enharinó las manos, presionó la masa dentro del bol y

formó con ella dos bolas iguales que metió en sus moldes, donde las dejó reposar cubiertas con unos trapos de cocina limpios.

Se dijo que su hermano estaba en alguna parte, en otro barco.

Sacó del refrigerador el faisán y las dos gallinas, los pasó por agua corriente palpándolos con los dedos en busca de cañones de plumas. A continuación los dispuso sobre la mesa y los secó.

De haber ido al pueblo con Rocky, no habría podido mantenerse ocupada, mantener a raya los pensamientos, el recuerdo. Habría tenido que ver a mucha gente, gente del pueblo, gente del valle que la conocía, que conocía a Stryker desde que había nacido. *Agua vieja*, como los llamaba Cas, o *agua de manantial*; lo que quería decir era *la sal de la tierra*. Estarían impresionados, como ella, pero sin la carga añadida de la relación directa, el espejo de la experiencia gemelar. Algunos, los que tenían hijos, comenzarían a encerrarse en sí mismos, como acto de autopreservación, cuando empezaran a intuir que la distancia entre Lone Pine y Pearl Harbor —personal y fatal— se iba acortando, que sobre ellos actuaba un tipo de gravedad distinto. Habría tenido que esperar junto a ellos en la oficina de una calle donde Stryker había estado, quieta, atenta, en silencio, como si ese domingo hubiese sido ideado para pasar un larguísimo día en la iglesia, y a ella le habría dado pavor estar allí velando, junto a ellos, sin su gemelo, inactiva y sola.

La radio confirmó el hundimiento del *Arizona*.

Sunny tomó en sus manos la primera de las aves y le partió el espinazo.

SPATCH COCK

Si alguna vez llegaba a escribir un libro de cocina, describiría *spatch cock* como una forma de presentación no muy distinta del deshuesado de cualquier pieza, de una pierna de cordero. Una vez deshuesada, la carne se corta en mariposa, se dispone

como un fuelle, como un acordeón abierto, con alas, salvo que, cuando se trata de una gallina, las alas son reales. Esta forma de preparar las aves requiere la destreza de un carnicero y quitarles todos los huesos menos los de los muslos, las patas y las alas, y la madre de Sunny había anotado en la ficha de *SPATCHCOCK* que «No se puede hacer con menos de 2 incisiones».

Sunny había aprendido a hacerlo con una sola.

Perfeccionar el método le había llevado años de práctica, pero finalmente había adquirido una destreza que a su madre, cirujana de formación, se le había resistido, y siempre que hacía el corte era como tallar sus iniciales en el hueso del tiempo:

Ella realizaba una sola incisión de dos centímetros y medio a través del hueso del cuello, justo por encima del espinazo roto.

Después, con un veloz movimiento lo deshuesaba a través del ano utilizando solo el pulgar y el dedo corazón.

Imagínate lo que le pasará al hombre que se enamore de ella.

la segunda
propiedad de la sed es
el reconocimiento

No había otro modo de llegar hasta allí, de entrar o salir, que por esa carretera asfaltada de dos carriles, y estaba bien, estaba muy bien, porque si algún japo creía que podía escapar por ferrocarril o por otros medios —a pie— se llevaría una sorpresa de la Madre Naturaleza, a que sí, peor que Moisés en el desierto, peor que todas esas personas desplazadas a causa del Dust Bowl, la gran tormenta de polvo, que tuvieron que irse a California, y ya que hablamos del tema, ¿qué tiene de bueno todo eso? Ca-li-for-niii-a, queridito mío, en esta tierra solo hay espaldas mojadas. Desierto. Horrible desierto. ¿De dónde ha salido la idea del desierto bonito? De las películas… *Sembrado*. Una palabra que habría usado su madre para describir alguna catástrofe ocurrida en el jardín delantero. *Sembrado* de todo tipo de basura, huesos de frutas, trozos de tubería herrumbrada, ruedas sueltas de una bici, una manta cubierta de arena, el perro huesudo de algún vecino. La tierra del desaliño, reconocía Hauser, sus gustos sureños se elevaban desde un brillo aceitoso, como moscas atrapadas: reconocía la basura en cuanto la veía y ese agujero, esa parte de Ca-li-for-niii-a era lo más parecido a un vertedero que había.

Subiendo —tienes que decir subiendo cuando viajas al norte, por esta zona de Estados Unidos— *subiendo* desde algún cruce de arena que solo Dios podía consentir, desierto de Mo Jave, lo llamaba el general, pero Schiff, el judío listo, le dijo, no, perdone usted, mi general, la gente de aquí pronuncia Mo Havy, quizá deberíamos tratar de decirlo igual que ellos, como si fuera algo del Antiguo Testamento. «Mo Chorradas del Ejército», podría haber aclarado Hauser si el rango se lo hubiese permitido. Más chorradas: había llevado a esos dos al norte, subiendo desde el

cruce llamado Mo Havy a través de un paisaje de agujeros de mierda sembrados de los cactus más feos, hasta que empezaron las montañas. Ahí fue cuando el judío se pasó al asiento delantero.

Le gustaba el judío. El judío era buen tipo, no era militar, ni por asomo, no se sabía la jerga del ejército, ni decir la hora como en el ejército. Ignoraba el protocolo, la normativa, los códigos, los sistemas de negociación, y no tenía ni la más mínima idea de quién mandaba más en virtud del uniforme. El judío pertenecía a lo más alto del escalafón del Departamento del Interior y hablaba con Hauser, un simple mortal del parque de vehículos, con la misma falta de formalidad con la que trataba al general. Algo se traían entre manos esos dos, el general y el judío, algo que a Hauser le gustaba observar porque lo divertía, igual que disfrutaba al ver a esos judíos del cine, los hermanos Marx, dándole duro a la señora gorda y ricachona. De alguna manera, Schiff le estaba dando duro al general Macauley, aunque Hauser no lograba explicarse bien cómo. Ahí pasaba algo que no acababa de entender, como si fuera un bagre en el río que observara a alguien cortar la carnada allá arriba, en la barca. Al general no le gustaba el judío, eso lo tenía claro, pero hasta ese momento, en los tres días de aquel viaje espantoso, Hauser seguía sin explicarse cómo lo sabía exactamente, salvo que había notado que el general nunca volvía la mirada hacia Schiff cuando este le hablaba, nunca volvía hacia él la nariz, como si hubiese captado en el aire un tufillo a algo parecido al aroma de la hierba mora.

Schiff, por su parte, llevaba sorteando el antisemitismo de estirados como Macauley desde que aprendió a leer, de modo que no había camuflaje protomilitar que bastara —«señor, sí, señor»— para hacerle perder el rastro del olor que turbaba la nariz del general. Schiff no solo era la máxima autoridad en aquella misión, sino que era civil. Y para rematarlo, judío. Judío alemán, calculaba el general, a juzgar por el apellido. Seguro

que tenía un boche en alguna parte del árbol genealógico.

«Hauser» también era un apellido que sonaba a alemán, pero el general nunca llamó al muchacho que conducía el coche más que «soldado» y probablemente nunca pensaba en Ricky —su familia lo llamaba Ricky— más que como un ente sobre el cual él, Macauley, era, con diferencia, el superior jerárquico. A Schiff le gustaba el muchacho que conducía el coche. Le gustaba ese muchacho de Gadsden, Alabama, donde había aprendido a nadar y pescar en una perezosa masa de agua de color té llamada río Coosa. Ese muchacho que, a la hora de ocupar su puesto, había bautizado el coche del ejército con el nombre de *Dulce Louisa*, que parecía que cada noche desmontara el motor y soplara dentro de cada pieza, una por una, y le sacara brillo con el trapo que llevaba metido en el cinturón. Arenilla, le había explicado a Schiff aquella primera noche, con su acento sureño. Pronunciaba el apellido de Schiff como si fuese un *kōan* o una paradoja lingüística:

she/if

ella/si, y a Schiff le hacía

gracia que el chico fuese un pueblerino, con la transparencia de una gema, un tipo de chico que no había tenido ocasión de conocer en las calles de Chicago, un muchacho sureño, cristiano y confiado. A Schiff le hacía gracia que el chico notara las preferencias del general y no consiguiera captar su origen, que no hubiera evaluado a Schiff como había hecho el general, por la piel cetrina y los vivos ojos negros. La cuestión judía no había surgido porque el muchacho la hubiese planteado —le faltaba habilidad para eso— sino porque Schiff había soltado una palabrota de *shtetl*, de su pueblo centroeuropeo, una noche en que los dos se habían quedado charlando hasta tarde.

Yidis, le había explicado Schiff. Su lengua preferida para

maldecir.

Ante la mirada vacía del muchacho había probado otra vez.

Judische deutsch. La jerga de algunos judíos.

Ah, qué divertido va a ser esto, se dijo:

Seguro que en la tierra de donde usted viene, allá en Georgia, habrá judíos.

Soy de Alabama.

Seguro que en Alabama hay judíos.

Señor, sí, señor. Pero solo en la Biblia. Señor.

Hasta ese elocuente intercambio a Hauser no se le había ocurrido que los judíos fuesen personas del mundo moderno, que un judío pudiese ir por ahí en pantalones y hablando inglés. Hasta ese momento, si es que alguna vez había pensado en ellos, se había imaginado a los judíos como a los dinosaurios, como cosas que le habían contado que existieron en un pasado lejano, que habían vagado por la Tierra antes de que Estados Unidos o él mismo hubiesen nacido. Alguna pista había, incluso allá en Gadsden, de que los judíos seguían existiendo, pero se trataba de criaturas que, como los canguros y las cebras, podían ser reales en alguna parte, pero que él no viviría para verlos en persona. Y fíjate lo que permitía el ejército. Te ponía delante de cosas que jamás habías pensado que llegarías a ver.

Si Hauser hubiera tenido que decir qué distinguía a Schiff de la gente que había conocido en Gadsden, le habría costado expresarlo en palabras. A diferencia del general, Schiff era conversador. Pero la hija de la hermana de la madre de Hauser, la prima June, era capaz de hablar hasta aburrir a las mazorcas, y no era judía. La prima June era capaz de cotorrear sobre nada en concreto, pero todo lo que decía Schiff tenía sentido, abría ventanas en la conversación, formulaba preguntas amables pero inesperadas, y Hauser se quedaba con la impresión de que había aprendido unas cuantas cosas aunque no supiera decir exactamente cuáles. El segundo día de aquel viaje había llegado a creer que se estaba volviendo más listo, que Schiff le estaba

enseñando algo, y eso, en cierto modo, encajaba con su idea preconcebida, tomada de la Biblia, de lo que podía hacer un judío, en caso de que conociera a uno en persona. Algo que, por supuesto, le había pasado. Por cortesía del ejército de Estados Unidos.

Juego con la idea, créeme, a diario juego con la idea *de alistarme*, le había comentado Schiff la segunda noche.

Después de cenar había salido al solar que había junto al hotel, donde Hauser le sacaba brillo al Packard en la oscuridad, a conversar y observar las estrellas del desierto.

Supongo que eso mismo piensan todos los hombres de estos Estados Unidos, dijo Hauser.

Y todas las mujeres también, añadió Schiff.

Al oír eso Hauser se quedó cortado. Y Schiff se apresuró a sonreír.

Luchar no es trabajo de mujeres, había sugerido el chico.

No estoy diciendo que mandemos a las damas al frente, pero hay muchas maneras de servir a nuestro país. Fíjese en nosotros.

Hauser no le había contestado. Se moría de ganas por saber qué habían ido a hacer al desierto. Desconocía los detalles de la misión, solo sabía lo que el ejército necesitaba que supiese: que era el chófer del general y que el general era un tipo de peso.

Ha conseguido usted un chollo, hijo, había corroborado Schiff.

Señor, sí, señor. Aun así.

Se pregunta por qué no lo han enviado donde está la acción.

Sí, señor.

Porque sería útil en cualquier parte donde necesiten cambiar un cigüeñal sobre el terreno.

Hauser se había ruborizado de orgullo al comprobar que Schiff había notado que los coches se le daban bien.

La verdad es que no acabé los estudios, le había comentado a aquel hombre mayor que él.

Eso nunca será un impedimento para usted.

Y hay algo más. La lectura no es mi fuerte.

Lo sé.

Por segunda vez desde que se habían puesto a conversar el muchacho se quedó cortado. Durante años había logrado disimularlo, engañando a sus maestros y sus empleadores, aprendiendo a extraer sentido de los signos, a disimular, a reconocer las palabras a través de las ilustraciones que las acompañaban o por la forma en que otras personas, otros lectores, reaccionaban a ellas. Había engañado a sus padres de ese modo, engañado a los de la estación de ferrocarril donde compró el billete, engañado a los burócratas con los que se había topado y engañado incluso, o eso esperaba, al ejército de Estados Unidos.

¿Cómo lo ha adivinado?

He visto que no entendía el menú.

¿El menú?, preguntó Hauser.

Me gusta observar a la gente cuando mira el menú. Observar cómo se deciden me indica algo… o no. Hay quien no tiene interés en la comida imaginativa. Prefiere la que ya conoce, la comida de siempre. Esa gente repasa el menú en busca de las cosas que llevan digiriendo desde la cuna. Otros, como usted, echan un vistazo a su alrededor, miran los platos de las otras mesas. Los hay que comen por el precio, someten el placer gustativo a la esclavitud de sus bolsillos. E incluso hay gente, parejas, en su mayoría gente casada, que se enfrenta al menú como a un recital, una lectura en voz alta, como si quien los acompaña fuera menor de edad. O analfabeto.

No es que no me sepa las letras, señor. Casi siempre sé leer las palabras. Lo que pasa es que a veces se me mezclan.

¿Cómo lee los mapas?

Tienen líneas, señor. Los nombres de los pueblos no son tan importantes como las líneas entre ellos. ¿Usted cree que el general lo sabe?

Dudo que Macauley dedique demasiado tiempo a pensar en

usted, Ricky.

¿Usted cree que el ejército lo sabe?

Ah, me jugaría la vida a que sí.

Así que por eso lo habían dejado en Estados Unidos, como chófer uniformado de un general con una misión secreta y un judío del Departamento del Interior. El «WRA», fuera cual fuese su significado. Creía que la «W» se refería a *war*, «guerra». La «W» era una de esas letras que a veces cambiaba —se daba la vuelta— y tenía toda la pinta de una «m». Envidiaba el modo en que Schiff se pasaba el tiempo aislado dentro de un libro, el modo en que siempre tenía delante una página escrita —un documento, un manual—, cómo vivía en dos mundos a la vez, el mundo de fuera, el real, y el mundo codificado de la página. El general, por otra parte, sentado, glacial, ahí atrás, miraba por la ventana, o se escudaba tras las gafas de aviador que llevaba para protegerse del sol o disimular que dormía.

¿Le gustaría que le leyese mientras conduce, Ricky? Schiff le daba unas palmaditas desde el asiento trasero, donde viajaba al lado del general. Tengo aquí un informe fascinante sobre la cría de animales, en particular, sobre granjas de aves…

Silencio, pedía, brusco, el general.

Tiene razón, general. Excluyamos toda conversación, ¿de acuerdo? Poco apropiada en tiempos de guerra. Un asunto serio. Prohibamos las cosas. Practiquemos la exclusión. Redactemos nuestra propia Ley de Exclusión. ¿Y el susurro? ¿Deberíamos susurrar? ¿Y tararear? Permítame que le tararee algo. Permítame que le tararee «El himno de batalla de la República».

Schiff intentaba ser gracioso, Hauser lo sabía, pero sonaba a ese tipo de humor al que Hauser no estaba habituado, más bien a una forma de crueldad, un humor falto de espíritu fraternal, sin risa. A veces Schiff era capaz de decir con una sonrisa cosas que sonaban como si no debieran ir acompañadas de una sonrisa, y

tal vez esa fuera otra de sus características, pensaba Hauser, otra cosa típica de los judíos. Todavía no había visto al general sonreír —*para nada*—, así que era difícil distinguir si Schiff utilizaba cierto tono de voz para tomarle el pelo al general o porque ese era su humor típico. Por su parte, a veces, cuando Schiff oía su propia voz, esa nota de sarcasmo, su falta de sangre, sentía vergüenza. Se preguntaba de dónde diablos le salía aquello. Dónde, en qué oscuro lugar de su fuero interno guardaba esa ira, ese sonido no musical de represalia. En los días que siguieron al 7 de diciembre, después del ataque, a medida que las fotos y las imágenes filmadas, los detalles y las estadísticas habían comenzado a llegar, su dominio del humor, como el de todos, había desaparecido, daba la sensación de que nadie en el país entero volvería a reír jamás. Ya nada, absolutamente nada tenía gracia; el país había sido arrojado a una bañera helada de seriedad: Es la guerra. Ahora estamos metidos en ella. Buscamos venganza. Tal vez fuese eso, la revancha, lo que oía en su propia voz cuando, al fin, dos meses después, había intentado hacer un chiste. ¿Hacer chistes sobre qué? ¿El austriaco con ínfulas y bigotito recortado? ¿Aquel monstruito chiflado? No tenías más que ver el noticiario para saber que aquella loca aberración, aquella vuelta a lo peor de la historia de la humanidad era tan mala como cualquier tirano del pasado y peor que nada de lo que Estados Unidos, en su cruda juventud, había producido jamás, y ahí lo tenías, al burro nazi, en pleno siglo XX, moderno como el que más, en el mundo al mismo tiempo que Schiff. ¿Qué probabilidades había? Nabucodonosor, el cólera, Cortés, la peste, la viruela, Gengis Kan, Jorge III, Atila, Tamerlán… Schiff había esquivado esos azotes anteriores gracias al destino. Gracias a la diáspora. Pero ahora, la mano que el destino le había repartido —su nacimiento, azar absoluto de la tirada de dados— lo había depositado en un mundo menguante, en un planeta moderno

donde la gente *podía volar*, un lugar plasmado una y otra vez en mapas, una tersa totalidad despojada de aristas, sin anticuadas líneas del horizonte detrás de las cuales crecían los dragones. Desde Europa, sus padres habían recalado en una costa afortunada, un lugar tantas veces llamado «país de las oportunidades» que pensar lo contrario llegó a convertirse en herejía tribal. Todos los conocidos de sus padres gozaban de una posición más desahogada —económica, política y defensivamente— que la que habían tenido en el Viejo Mundo y, pese a que se oían comentarios y rumores sobre sinvergüenzas y rezagados para quienes la lucha por salir adelante no resultó como esperaban, la opinión mayoritaria era que el relato de haber llegado a Estados Unidos era un relato de *éxito*. Los relatos fallidos rara vez se escribían, rara vez se contaban. Los relatos fallidos no alzaban el vuelo. Y menos en un siglo como este. Los relatos sobre fracasos tenían lecturas morales: no triunfabas porque eras perezoso. Aquí únicamente los rebeldes o depravados podían fracasar, los drogados, los viciosos, los impíos. Había *una sed* de mejora tan clara, tan básica como la sed de agua, y la satisfacción de su necesidad era tan esperada y sobreentendida como la lluvia del cielo, la lluvia de estío, la lluvia en Sevilla. Si no *triunfabas* aquí, en el país de las oportunidades, no merecías ser norteamericano.

Después, de la nada, el martillazo de la Gran Depresión: parecía que había golpeado con más fuerza no en los guetos urbanos, no en las muy unidas madrigueras de la primera y la segunda generación de norteamericanos de Nueva York, Chicago, Baltimore y San Francisco, sino a la gente del centro, en las llanuras donde había que andar kilómetros para encontrar a un vecino, lugares demasiado extensos para constituir una red de seguridad, lugares sin colas del hambre, sin ayuda de ningún tipo más que algún versículo de las Escrituras, del Libro de Job. Schiff tenía quince años aquel día de octubre del 29 cuando el

mercado se desplomó, edad suficiente para entender los titulares pero no para comprender las consecuencias. Algunos hombres del barrio de Chicago donde vivía Schiff perdieron todos sus ahorros y algunos perdieron incluso el empleo, pero la comunidad salió relativamente ilesa en comparación con otras de las que sus padres habían oído hablar. Ellos habían sido prudentes en sus inversiones bancarias —conservadores, incluso—, nunca confiaron en el lenguaje vacío ni en las falsas promesas del *boom*. Habían ahorrado lo suficiente para pagarle una parte de la universidad, pero Schiff tuvo que trabajar para completar los estudios —primero como ayudante de camarero, luego como camarero— tanto en sus primeros años universitarios como cuando se especializó en Derecho. Vivió hasta los veinte con sus padres, en la misma casa donde se había criado, y, hasta que se marchó de Chicago para irse a Washington después de licenciarse en Derecho, jamás había salido del estado de Illinois. No había sido un alumno brillante, pero había hecho amigos importantes entre el cuerpo docente, impresionando a sus profesores con su capacidad para argumentar cualquier aspecto de cualquier cuestión, rasgo, sin duda talmúdico, que había heredado de su padre, del padre de su padre y del padre del padre de su padre. Según él, la mayoría de las personas, al relatar su historia celebran sus victorias. Pero los judíos recordaban la esclavitud. Los judíos conmemoraban sus pérdidas. Mantenían vivo el sufrimiento pasado como si se hubiese producido ayer, recurriendo, en cada nueva generación, a una tradición de resistencia previa y de reflexión previa sobre su dolor. En uno de sus primeros ensayos en la Universidad de Chicago, Schiff sostuvo que, si hubiese participado un solo rabino en el Congreso Continental, la historia de la esclavitud en Estados Unidos habría sido radicalmente distinta. Habría sido erradicada incluso con que en Liberty Hall hubiese habido solo dos judíos devotos en lugar de esos dos negreros de Carolina del Sur. No aportó la mejor de las mentes sino un punto de vista

controvertido sobre la fragilidad del derecho, un ferviente proteccionismo mosaico que lo impulsaba a observar, a obedecer la Carta de Derechos como si fuesen los diez mandamientos. Si sus padres se sintieron decepcionados por su decisión de marcharse a Washington, ocultaron la pena leve tras el orgullo por el compromiso de su hijo con lo que él llamaba «una vida dedicada al bien». Desde la época en que, todavía adolescente, había visto las primeras fotografías de aquellos jornaleros de Oklahoma a los que no tardarían en colgarles la etiqueta de *okies* —pobres, desesperados, desposeídos— sabía que quería trabajar para que esa clase de pobreza, esa clase de transhumancia errante y forzosa no volviera a darse jamás en el país que sus padres inmigrantes habían elegido como su hogar. Muy pocos de los tótems previstos despertaban el patriotismo de Schiff —ni la bandera, ni el himno nacional «La bandera de estrellas»—, pero aquellas fotos de la época de la Depresión en las que las familias salían retratadas en sus tartanas hechas pedazos, los cuerpos desnutridos avanzando contra el viento del Dust Bowl, lo destrozaban. Parecían fantasmas en el paisaje, fantasmas vivientes en el desierto. Era clavado al Antiguo Testamento, joder, había pensado. Era tan judío.

Cuando cursaba primero de carrera en Chicago una profesora se presentó antes de dar una de aquellas multitudinarias clases obligatorias y reprendió a todos los estudiantes novatos por no haber leído sus libros. Es un deber que tienen con ustedes mismos, había dicho, conocer la mente de aquellos de quienes están aprendiendo, leer sus obras y planificar sus asignaturas no en función de cumplir con los requisitos mínimos ni los horarios más convenientes sino en función de que sus mentes estén próximas a otras mentes que estimulen la suya propia, dedicar tiempo a estar en compañía de aquellos maestros que los

iluminen, vivir su vida entera con esa máxima: posicionarse y alinearse con hombres y mujeres a los que admiren. Elijan *profesores*, elijan *empleadores*, no simples asignaturas ni simples empleos; sus vidas serán así mucho más ricas.

Después de aquello, Schiff hizo una lista de profesores que le parecieron interesantes y de los que quería aprender. La lista empezó como un garabato en una libreta y, a lo largo de los años, fue aumentando hasta convertirse en el mapa soñado de sus expectativas universitarias. En la Facultad de Derecho la lista se fue ampliando a personas para las que le gustaría trabajar, y el hecho de que su padre no figurase en ella, cuando por fin se dio cuenta, no fue para él ninguna sorpresa. Si en la joven vida de Schiff había un solo ejemplo patriarcal, ese era el juez Louis Brandeis, el judío más famoso de Estados Unidos, magistrado de la Corte Suprema que había puesto coto al ferrocarril de J.P. Morgan y cuyos escritos sobre la libertad de expresión y el derecho a la intimidad consiguieron que hasta las mentes medianas bulleran con las posibilidades de cómo podría funcionar una sociedad libre e igualitaria, frente a fuerzas mayores, interesadas y egoístas.

Para Schiff, su empleo soñado era trabajar a las órdenes del anciano —el año en que Schiff acabó Derecho Brandeis tenía ochenta y uno, y todavía seguía en ejercicio— pero Schiff sabía que le faltaba el virtuosismo jurídico necesario para acceder al puesto. Aun así, la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago no carecía de poder para abrir puertas en el gabinete de Roosevelt, y el reclutador más habitual del campus había sido un hombre que, pese a no ser tan refinado en ingenio y jurisprudencia como el juez Brandeis, era, no obstante, un pensador libre, si no radical, por quien Schiff, sin duda, abandonaría Illinois para aprender de él: el secretario de Interior Harold LeClair Ickes. Hijo predilecto de Chicago y experiodista del *Herald*, Ickes había empezado en el Partido Republicano

pero se pasó al otro bando con el enloquecido fervor de un *converso** renacido justo por la época en que el socialismo comenzó a dejar huellas en los vestíbulos de las instituciones gobernantes del país. En Harold Ickes tenías a un tipo —a veces un pelín raro, a veces un pelín demasiado radical (como cuando quiso destinar buena parte de Alaska a los refugiados judíos europeos)— tan incorruptible que incluso en la prensa más contaminada recibía el apodo de «Harold el Honesto». Schiff lo adoraba. Él y otros diez abogados reclutados en la Universidad de Chicago llegaron a ser conocidos en el Departamento de Interior de Ickes como «la pandilla», hombres jóvenes de veintitantos años, la mayoría solteros, que vivieron y mamaron las reformas del New Deal y que por Franklin Delano Roosevelt y el tío Harold habrían descendido al infierno y vuelto a subir.

Más que feliz, un cincuenta en la escala de la felicidad del uno al diez, demasiado feliz en su trabajo para darse cuenta de lo raro que era aquello, de que aquel estímulo físico y mental no era lo que la vida ofrecía a diario a la mayoría de los hombres, demasiado exhausto físicamente pero demasiado vivo mentalmente todas las noches para empezar a soñar, porque a quién le hacían falta los sueños cuando ya estaba viviendo uno.

Primero en la Administración de Obras Públicas y luego en la modernizada WPA, la Administración por el Progreso de las Obras, Schiff llegó a ser funcionario de un dedicado cuerpo de empleados del gobierno cuya única fuerza motivadora era salvar el país, salvarlo de la hambruna en las llanuras, de la pobreza en las ciudades, de los intereses creados establecidos, de las herejías y los escándalos de los años veinte, de la generación de sus padres. Como funcionario representante de la WPA, había viajado a lugares a los que jamás había soñado ir: al campo, recorriendo carreteras secundarias, trabajando con las manos y con la mente, encontrándose cara a cara con su país. Había supervisado un programa para la construcción de un embalse, otro para la

construcción de caminos, otros para que poetas, escritores y fotógrafos recogieran el testimonio de los hombres y mujeres migrantes del país, escuchando sus voces y sus dialectos. Había trabajado entre los desposeídos y desnutridos, los no instruidos y los endeudados, los transitorios y fanáticos, estafadores, vagabundos, feriantes, timadores, palurdos, pueblerinos, funcionarios del Tesoro corruptos, bienhechores con un tornillo flojo y sioux azul cielo, y si algo había aprendido de la gran llave maestra norteamericana era que una vez que salías de las grandes ciudades apenas había judíos.

Y había aprendido algo más:

que lo que suponía ser norteamericano, lo que había creído que significaba, era una parte del todo, que lo que había *ahí fuera* era un espectáculo que superaba cuanto alcanzaba a ver a través del ojo de su cerradura, que una vez que llegas realmente allí, incluso desde un avión, hasta donde alcanza la vista, todo sigue siendo demasiado descomunal, demasiado extenso, demasiado grande para constituir una idea unificada; *ahí fuera* no hay más que Naturaleza sin paliativos, aterradora en su nada, en la amplitud y la profundidad de su vacío: cómo diablos había hecho aquel todo para unirse bajo una identidad le seguía pareciendo un milagro, el tipo de cosa que exigía creer en un poder superior, en la mano de Dios, *el hombre* no habría sido capaz de unir esas partes separadas, *el hombre* no habría podido hacerlo posible, el Norte, el Sur, el Este, el Oeste, en su totalidad deberían haber acabado como Sudamérica, un mosaico de plutocracias. Los espacios abiertos le daban miedo. Amenazaban con raptar su razón, obra del hombre, para llevarla a un lugar de lógica desintegración donde las constelaciones exhibían sus antiguas tramas y las sombras corrientes que bailaban en las estribaciones de las colinas predecían actos de venganza natural que escapaban a su control. Le gustaba ver las huellas del hombre en el paisaje, contar la sincronización de los postes del

telégrafo al borde de los caminos, oír el tren. El mundo no cubierto de huellas era para él un rompecabezas sin sentido. Y —se diría que sus raíces semíticas deberían haber superado tal prejuicio— el desierto, en particular, lo aburría soberanamente. No le veía sentido. Por qué iba nadie en su sano juicio a decidir vivir en uno.

—Llueve mucho en Gadsden, ¿no? —le había preguntado a Hauser, por sacar un tema de conversación.

Schiff se había pasado al asiento delantero después de la última parada del viaje: abrió la portezuela y se montó, ante la consternación de Hauser, dejando el asiento de atrás y al general como si ambos fuesen una carga innecesaria. Desde que habían salido del Mojave, cada vez que dejaban atrás un puesto de carretera donde vendían CHARQUI PISTACHOS FRUTA SECA MIEL, Schiff le pedía que diera la vuelta para recoger una muestra, y esa última vez, cuando había regresado con charqui de uapití, se había limitado a cambiarse al asiento delantero como si aquello fuese lo más normal del mundo. Schiff no había pedido permiso para comer en el coche —tal vez considerase que no necesitaba permiso por ser el miembro de mayor rango de la misión—, pero se trataba de un vehículo del ejército y Hauser se encargaba de él, se encargaba de mantenerlo limpio y a punto y dudaba que nadie lo culpase de albergar sentimientos de propiedad, y menos cuando se trataba de las naranjas de Schiff. Schiff había iniciado el viaje con una caja de naranjas Sunkist de California, y esperaba que Hauser las repusiera como parte del equipamiento del Packard. No era que Schiff fuese descuidado cuando comía —era muy limpio— pero, por más limpio que seas, las naranjas ensucian. Le encantaba el olor —rico, *soleado*— pero aunque Schiff tiraba las pieles, quedaba la pegajosidad, quedaban algunas semillas, y Hauser tenía que limpiar varias veces al día las manijas de las puertas y cuanto Schiff tocaba. El general tampoco aprobaba la ingesta de Schiff, Hauser lo notaba, porque abría la ventanilla trasera con un golpe seco cada vez que Schiff

se zampaba algo, y se quedaba sentado con el gesto torcido, ofreciendo la nariz al viento del desierto.

No diría que llueve *mucho*, había contestado Hauser. Diría que llueve lo normal.

¿A lo largo del año?

A lo largo de todo el año, sí, señor.

—Porque esas montañas de ahí —dijo Schiff señalando las que se elevaban a la izquierda—, esa sierra impide que la lluvia caiga en el lugar adonde vamos.

Hauser mantuvo la vista en la carretera pero le echó una mirada furtiva de reojo.

—De hecho —dijo Schiff—, me juego que desde la ventana del hotel donde nos alojaremos esta noche verá la montaña más alta de estos Estados Unidos. El monte Whitney. Cuatro mil cuatrocientos veintiún metros cielo arriba. Por ahí sí que no pasarán los globos bomba de los japoneses, ¿no es así, general? La buena y sabia Madre Naturaleza. Ella nos mantendrá a salvo.

Hauser vio que Schiff no se volvía para dirigirse a Macauley, miraba el mapa que tenía desplegado sobre el regazo y le hablaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, tal como Hauser había visto toda la vida hacer a las mujeres de su familia al hablar con sus muertos.

Schiff tocaba con un dedo el pico del monte Whitney indicado en el mapa como si le estuviese tomando el pulso.

—…Dios mío, son casi cuatro kilómetros y medio de altura…

Miró hacia la Sierra Nevada y repitió el nombre del Señor.

—¿Alguna vez ha visto el Pacífico? —le preguntó a Hauser.

—Nunca he visto ningún océano, señor.

—Bueno, está en esa dirección —le indicó Schiff, señalando a la izquierda—, a unos doscientos noventa kilómetros.

Sabía que el 7 de diciembre, después del ataque a Pearl Harbor, la Junta de Jefes del Estado Mayor esperaba otra incursión en la costa del Pacífico y durante cinco noches seguidas se había impuesto un apagón defensivo a lo largo de la

costa californiana, de Bakersfield a San Diego. La propia inmensidad del interior del país, la misma magnitud que hacía que Schiff se sintiese solo y crispado, era el factor principal de su seguridad: los japoneses no contaban con aviones equipados para cruzar el océano e invadir el espacio aéreo norteamericano —ninguno de los contendientes contaba con esa potencia de vuelo, ni siquiera Estados Unidos— pero, con los vientos dominantes, de oeste a este, con el lanzamiento de globos bomba desde embarcaciones en las Aleutianas o en mitad del Pacífico, se podía conseguir. Los globos japoneses podían llegar al estado de Washington o al de Oregón o a la ciudad de Santa Bárbara al cabo de un día y, aunque la táctica ofreciese una precisión aire-objetivo que distaba de ser perfecta, la amenaza de *cualquier* ataque aéreo era causa suficiente para desatar la preocupación. Y una vez que la mente llegaba a ese punto, una vez que empezabas a creer que eras vulnerable, que tus fronteras no eran seguras —tampoco tus hogares—, esa forma de pensar te llevaba a la sospecha, a pensar que el enemigo podía llegar a encontrarse incluso entre los tuyos, en la ciudad donde vivías. No hizo falta demasiada persuasión para convencer al presidente de que podía haber amigos del enemigo entre los japoneses de Portland, San Francisco y el Valle Central de California. A lo largo de la costa se extendían las cordilleras que detenían el aire frío del Pacífico en dirección al este. Alrededor de Lone Pine, al pie del monte Whitney, las precipitaciones anuales de los últimos sesenta años habían sido inferiores a los treinta milímetros. Las montañas levantaban sus puños al cielo y frenaban las nubes. *Sombra orográfica*, se llamaba; un fenómeno de la Madre Naturaleza que lo ponía nervioso. ¿Cómo podía algo tan periódico, geográficamente tan difuso como la lluvia estar dotado de una maldita *sombra*? Había que tener cuidado con esa gente de los espacios abiertos cuando ponían nombre a las cosas naturales. Podían confundirte con una

terminología tan retorcida y encubierta como la del ejército. ZONA DE EXCLUSIÓN. La creación de la nueva «zona de exclusión» era lo que lo había llevado hasta allí; la Orden Ejecutiva 9066, una ley que nació de nalgas a causa del miedo y que establecía la creación de una zona de excepción, una «sombra orográfica» a lo largo del mapa, donde a ciertos elementos —la lluvia, los japoneses— se les impedía existir. El presidente no tardó mucho —tres meses— en prohibir a todos los ciudadanos de ascendencia japonesa vivir en la Costa Oeste de Estados Unidos, de Canadá a México, o sus inmediaciones. Ahora el problema era dónde reubicarlos. «La libertad en una caja», con esos términos le había descrito la situación un abogado del Departamento de Interior. ACCIÓN DEFENSIVA ANTICIPADA. CRITERIO TÁCTICO. El encierro de todos los norteamericanos de ascendencia japonesa. Aquello que, según la opinión de Schiff cuando no estaba de servicio, suponía un internamiento involuntario. A la mierda el *habeas corpus*. Ahora te adentrabas en la sombra orográfica del derecho universal.

—¿Es muy grande su ciudad natal?

—Ya lo creo, señor. Gadsden era el segundo puerto más grande del estado, después de Mobile.

—¿No decía que nunca había visto un océano?

—Barcos de río, señor.

—¿Cuántos habitantes tiene?

—Sé el número exacto, señor, porque lo pone en el cartel que hay a la entrada de la ciudad. Treinta y seis mil novecientos. Se han duplicado desde que yo nací.

—Vamos a ver, soldado… Eso es más o menos la centésima sexagésima parte de los habitantes de la ciudad de donde yo vengo.

Aun así, en comparación con el sitio al cual se dirigían —Lone Pine, 1.200 habitantes—, Gadsden era un lugar animadísimo. Las cifras como aquellas, las estadísticas, le quitaban el sueño a

Schiff por las noches. En el censo de 1940 se clasificaba a la población oriental de Estados Unidos en una sola categoría *(asiáticos)*, de modo que las estadísticas no daban el número exacto de japoneses norteamericanos del país, solo estimaciones, pero según el cálculo aproximado aceptado, rondaban los 130.000. Eran considerablemente más que los norteamericanos siameses, pero muchos menos que los norteamericanos de ascendencia china o, para el caso, alemana o italiana (cuyos dos países de origen también eran enemigos). Encerrar a todos los alemanes y los italianos de ciudades como Chicago y Nueva York provocaría disturbios en algunos barrios, pero es que además no estábamos en guerra por culpa de Hitler o de Mussolini, por culpa de los nazis o de los camisas negras: habíamos sido arrastrados a esa maldita situación por Hirohito y sus aviones. Diez emplazamientos a lo largo del país, todos ellos instalaciones federales o municipales (reservas indias, parques estatales, barracones vacíos del ejército) se habían seleccionado para detener a los ciudadanos japoneses-norteamericanos, y a Schiff le habían encargado la construcción del principal, cerca de la base de Monte Whitney, en unas tierras desiertas propiedad del DALA. Oficialmente, el ejército de Estados Unidos constaba ahora en la escritura pero, con tanta prisa por poner en marcha el programa, Roosevelt había decidido que el ejército se centrase en las guerras del exterior, no en una imaginaria en casa, se había negado a encomendar el programa de «reasentamiento» a los militares y lo había encargado, en cambio, al Departamento de Interior. Habría un dispositivo del ejército de Estados Unidos en cada centro de «reasentamiento», pero la logística diaria de supervisarlo todo, excepto la vigilancia, estaría en manos de los civiles.

Ahí empezaron las pesadillas de Schiff.

Hablaban de unos siete mil para su centro, traídos principalmente de San Francisco, Seattle, Portland, Los Ángeles,

la flota pesquera comercial de San Pedro y los braceros, los recolectores de fruta y verdura del Valle Central, pero la cifra podía subir a los diez mil. Diez mil. En una caja.

Alguien —no sabía quién (algún lingüista militar no identificado)— había sugerido que los lugares de contención debían llamarse CENTROS DE REASENTAMIENTO; más tarde, mediante una Orden pasaron a denominarlos CAMPOS, dado que, en el curso de la tramitación, el concepto de «centro» había pasado a designar los emplazamientos de primer nivel, los centros para encerrarlos y clasificarlos (el más concurrido de ellos había sido ubicado en el hipódromo de Santa Anita, en las afueras de Los Ángeles, donde habían alojado temporalmente a los internos en las cuadras). Y así, CAMPO acabó siendo la palabra clave para indicar lo que Schiff construiría: un CAMPO de internamiento. Alguien había sugerido, además, denominar INTERNOS a sus habitantes. Y siempre —siempre— JAPONESES. Nunca japoneses-norteamericanos.

La mayoría de los diez campos dependían del Órgano de Reasentamiento de Guerra; unos pocos, del Departamento de Justicia. Los campos de Justicia —y Schiff notó que se empleaba una refrescante sinceridad para describirlos, no un lenguaje ininteligible— eran auténticas cárceles. El de Fort Missoula, en Montana, y el de Fort Lincoln, en Dakota del Norte, ya estaban en funcionamiento y hacia allí habían enviado los casos más complejos, los prisioneros sospechosos de traición o connivencia con el enemigo, todos varones, de ascendencia japonesa y ciudadanos de Estados Unidos.

El campo de Schiff se llamaba Manzanar, debido al hecho de que hubo allí una aldea (ahora un pueblo fantasma) donde cultivaban manzanos. A principios de siglo alguien en Los Ángeles había caído en la cuenta de que el futuro de la ciudad sería morirse de sed, de que el agua de la ciudad escaseaba, y por ello mandaron a unos representantes hasta allí, a trescientos veinte kilómetros al norte, a adquirir tierras para hacerse con el

derecho al uso del agua, con la descabellada idea de que, mediante canales y acueductos, serían capaces de enviarla, a través de todo ese largo trayecto, de vuelta al sur; Manzanar era una de esas propiedades. Al mirar los mapas topográficos se veía cuánto terreno había engullido la sed de la ciudad en rápida expansión. Los Ángeles se había extendido por el mapa hasta absorber como una esponja su derecho al uso del agua. Como dueño de las tierras, su Departamento de Aguas no tenía ningún interés en cultivar manzanas ni en mantener un huerto, de modo que, la mañana en que los japoneses atacaron Pearl Harbor, la finca conocida como Manzanar, pese a estar vallada y protegida contra entradas ilegales, se veía abandonada, en barbecho y vacía.

Las dos mil cuatrocientas veintiocho hectáreas.

Schiff tenía una somera idea del aspecto que tendría la finca —matorrales; superficie plana y con escasa vegetación— pero rogaba por que fuese más hospitalaria que el terreno que estaban atravesando. Para trabajar solo disponía de fotografías aéreas y del mapa del topógrafo, y estaba preocupado. Jamás había construido una ciudad partiendo de la nada, y no conocía a nadie que lo hubiese hecho.

salvo, conceptualmente, cualquier ejército.

Alejandro, César, Gengis Kan, George Washington; los tipos del ejército saben cómo alojar gentes, levantar barracones, construir cocinas, cavar pozos donde cagar.

Era algo que tu ejército podría haber hecho sin despeinarse.

Por eso Macauley iba ahí sentado, en el asiento de atrás, rebosando desaprobación.

—¿Puedo preguntarle algo, señor? —le dijo Hauser a Schiff.

—Adelante, soldado. Dispare.

—¿Por qué me pide siempre que paremos para comprar nueces?

—No solo nueces. Busco el alimento perfecto. La voz del pueblo. Una especie de investigación de campo. Y así no pienso

en cosas más importantes.

Schiff sacó una libreta de un bolsillo de la chaqueta del traje; daba la sensación de que tenía tantas libretas como bolsillos, según observó Hauser. Fue hojeándola hasta encontrar la página que buscaba y le dijo a Hauser:

—Se lo he preguntado a cientos de personas, en su mayoría extraños, pero, ahora que ha sacado el tema, le pregunto a usted. —Lamió la punta roma de un lápiz, subió el tono de voz como si fuese alguien importante de la radio y añadió—: Soldado Hauser, ¿cuál sería, en su opinión, el alimento perfecto?

Como la carretera era recta y no había más vehículos a la vista, Hauser apartó los ojos del asfalto y miró a Schiff.

—¿Cómo?

—¿Cuál sería, en su opinión, el alimento perfecto?

—Los melocotones —contestó Hauser tras pensarlo un momento.

—Lo expresaré de otro modo. Con «perfecto» no me refiero a «preferido». Con «perfecto» sugiero «completo», *completo* en su integridad para nutrir, para sostener la vida. Algo que pudiera usted comer si se quedase varado en una isla desierta. Para sobrevivir. Algo de lo que pudiera vivir en el desierto. Algo que no tenga necesariamente que cocinar. Como una nuez. Por eso estoy probando con los pistachos. Por eso estoy probando con los dátiles. Algo transportable. Que se pueda reponer. Algo que venga en su propio envoltorio.

Hauser lo pensó por segunda vez y contestó:

—La leche.

—El envoltorio es la vaca, Ricky…, pero estoy de acuerdo, es bastante perfecta como alimento para sobrevivir. —Y apuntó la respuesta de Hauser.

—… y la miel —agregó Hauser.

—Leche y miel…, bíblico y clásico —asintió Schiff con gesto de aprobación.

—¿Qué dicen los demás?

—De momento, el huevo y la patata van empatados, aunque, si he de ser sincero, no estamos hechos para tolerar la patata cruda, si uno se come una patata cruda puede morirse. Muchas personas han mencionado frutas, como usted, banana, manzana, naranjas. Pero, seamos realistas, no se puede vivir solo de fruta, porque quien solo coma eso se moriría cagando, disculpe la grosería, y faltan las proteínas; ah, por cierto, hubo un par que contestaron *steak tartare*, pero ¿dónde rayos se consigue salsa Worcestershire en una isla desierta? Hubo quien contestó «ostras», lo cual me sorprendió, aunque en esas novelas inglesas de los siglos XVII y XVIII, las clases bajas que salen retratadas en ellas se atiborran de ostras en el desayuno…

—¿Qué me dice del maná?

—¿El maná?

—De la Biblia.

—Ya sé lo que es el maná, Ricky, pero igual que los unicornios y los elfos, solo existe en la imaginación.

—No es cierto.

—Vaya, pues estoy aquí para decirle que sí lo es.

Incluso sin mirarlo Hauser notó que Schiff sonreía.

—Disculpe, señor, pero juro por el honor de mi madre que el maná es algo que he visto con mis propios ojos. A nuestra iglesia vino a visitarnos un anciano que estuvo de misionero en Tierra Santa y Persia y fue pasando el maná que llevaba en un tarro. Uno de esos tarros que se usan en ciencias. Y nos contó que crece solo de mañana, como dice la Biblia, en el desierto y con el rocío de la mañana. Una granjera dijo que eso mismo había visto pasar en los árboles muertos. Uno mira y solo hay madera muerta, entonces llueve y enseguida salen setas y hongos por todas partes.

Schiff disfrutaba por partida doble: por el espectáculo de la devoción ciega y por el gozo de lo surrealista.

—…O sea que me está diciendo que el maná es un hongo.

—No, señor, el maná viene del rocío.

—¿Lo probó?

—Claro que no, señor. Estaba en el tarro.

—¿Qué aspecto tenía?

—Como de…, como de sal.

—¿De qué color era?

—…amarillo.

—Bien, lo apunto: «Soldado Ricky Hauser. 9 de marzo de 1942. Maná».

Ricky sonrió y preguntó:

—¿Y usted qué ha puesto?

—¿Yo? Sigo pensando. Todavía no está visto para sentencia. Eso sí, lo del maná hará historia.

Siguieron el viaje en silencio hasta que lo que parecía un espectro lejano, un espejismo vacilante sobre la tierra, no se fue disipando conforme se acercaban; una enorme nube de polvo de color pis asomó, amenazante, delante de ellos junto a la carretera como un bocio séptico de la tierra.

—¿Eso qué es? (Hauser.)

—…polvo. (Recordando aquellas fotos de los *okies* que huían del Dust Bowl.)

—¿Y esa cosa que hay debajo?

Schiff miraba fijamente el mapa. La «cosa» que había debajo se suponía que era un lago, el lago Owens, la «cosa» que había debajo se suponía que era agua.

—Pare un momento, Ricky.

Hauser detuvo el Packard y Schiff buscó los prismáticos. Hauser dejó el motor en marcha por la calefacción y al cabo de nada, dentro de la nube, Schiff vio una nube más pequeña que avanzaba a cierta velocidad por la orilla seca del lago, subía durante un tramo aislado y llegaba a la carretera. Una camioneta avanzaba hacia ellos con los faros encendidos y al pasar aminoró la marcha lo suficiente para que Schiff leyera la leyenda en letras azules y doradas de la puerta de la cabina. En ella viajaban dos hombres; el conductor iba con la vista al frente

mientras que el otro se había inclinado para mirarlos de arriba abajo, y cuando los rebasaron, Schiff vio dos escopetas encajadas en un armero. La camioneta siguió unos treinta metros carretera abajo, dio la vuelta y se detuvo detrás del Packard, enfocándolo con las luces. Schiff se volvió y consultó con Macauley, se bajó y se quedó al lado del coche. La camioneta avanzó despacio hasta quedar a la misma altura, el segundo hombre se asomó por la ventanilla sin sonreír y, como si fuese una acusación, preguntó: ¿Os habéis perdido, muchachos? Schiff iba a contestar cuando la portezuela trasera se abrió y Macauley se apeó sin el abrigo, cada una de las cuatro estrellas de su sombrero y su cuello una constelación autoritaria. Desafió al otro tipo con la mirada.

Schiff levantó los prismáticos para ocultar la sonrisa cuando la camioneta se fue alejando. El DALA podía estar acostumbrado a pensar que en esa zona ostentaba todo el poder pero en la guerra auténtica nada mata como la amabilidad de un general.

—¿Le importa si voy hasta allá y echo un vistazo? —preguntó Schiff.

Macauley le dio unos golpecitos a su reloj —tenía que llamar a Washington a las dos de la tarde, hora del Pacífico— y se metió en el coche.

En la *playa** salada de lo que debía haber sido la orilla del lago, el olor asaltó a Schiff.

En la escala de olores pútridos —bilis, vómito humano, carne rancia, metano y pescado podrido—, se situaba en la categoría de algo químico y nauseabundo tan fuerte que formó un color vidrioso en el cerebro de Schiff y el hombre tuvo que taparse la nariz con un pañuelo. Esa orilla no era como la de aquel otro lago junto al que él se había criado: el Míchigan, con su horizonte azul y sus ráfagas de viento del Ártico. Era este un lago en *rigor mortis*, el suelo cerca de lo que había sido la orilla estaba ahora duro como el hueso y cubierto de costras producto de la evaporación, vetusto como una hoyanca tapada con

escarcha y cal. Al otro lado de su quebradiza superficie, a menos de un kilómetro por la orilla norte, alcanzó a ver apenas los grises restos esqueléticos de Keeler, un pueblo fantasma de la época del *boom*, cuando el lago seguía vivo y esa región entera, desde Lone Pine al norte hasta el Valle de la Muerte al este, se había llenado de especuladores que cavaban en busca de minerales que daban dinero. Allá por el siglo XIX, habían encontrado tanta plata en Cerro Gordo, a unos veinte kilómetros de donde él estaba, que no daban abasto para transportarla en barco por el lago y, según la leyenda, los mineros habían construido sus chozas con lingotes de plata. Por entonces, Keeler había llegado a ser tan grande que contaba con su propio barrio chino. Habían instalado allí una fundición y cinco transbordadores cruzaban a la vez ese lago cargados de barras de plata en el viaje de ida, y en el de vuelta de carbón con que alimentar el insaciable horno de la fundición. Ahora el lago estaba acabado, el río Owens había sido desviado de su curso, secuestrado por los cazadores furtivos de agua de Los Ángeles. ¿Qué supone para un lago, o para cualquier cosa viva, que se le corte su fuente de agua? *La muerte*, Schiff lo sabía. No sabía cuánto tardaba un hombre en morir de sed, pero estaba seguro de que te mataba antes que el hambre. Lo que ocurría allí, en las veintiocho mil hectáreas de ese lago seco o como se lo quisiera llamar —salina, playa— era que todo el material que se había depositado en el fondo, todas esas sales en suspensión y las cenizas del antiguo horno de fundición, todos esos líquidos vertidos, la mierda de los peces y las larvas de los insectos habían aflorado a la superficie, para ser lanzados por los vientos predominantes que bajaban en tromba de las montañas por todo ese valle como una venganza.

Macauley debió de impacientarse y le pidió a Hauser que tocara la bocina del Packard. Schiff oyó a lo lejos un bocinazo, luego otro y después una serie de estruendosos claxonazos, como

el tráfico en la calle de una ciudad. Se volvió, raudo, hacia el viento y vio el motivo:

El cielo se estaba desgarrando.

el cielo se estaba rompiendo en fragmentos, caían trozos solitarios como los azulejos sueltos de un mosaico, como una sustancia desprendiéndose sola poco a poco; otra trampa de la luz.

Nunca había visto gansos blancos en vuelo.

ni siquiera sabía que existieran los gansos blancos pero, cuando descendieron sobre él en formación, su blancura captó la luz, un poco de rosa, un poco de azul, y la dispersó. Migraban, eran unos cien, tal vez doscientos, ondulantes como las notas de una partitura, descendían por el cielo hacia ese otro cuerpo que reflejaba la luz, esa cosa que antaño había sido agua y que todavía debía señalar un aterrizaje suave.

Cuando chocaron contra la dura superficie el sonido fue como la algarabía de un matadero.

Schiff se agachó de inmediato.

Iba a tener que conseguirse otro par de zapatos si quería sobrevivir en aquel lugar.

Los de ciudad que llevaba puestos estaban cubiertos por una capa de porquería amarilla.

Pasó el dedo por el cuero polvoriento y se lo llevó a la boca. ¿Cómo describir el sabor?

Picante. Agrio. *Incluso maligno*, si lo maligno tiene sabor.

Lo contrario al maná.

La civilización persiste según el criterio de la geología.

de acuerdo, toma esa concluyente tautología e introduce «humanidad», por ejemplo, la civilización persiste según el criterio de la humanidad o la geología persiste según el criterio de la humanidad. Sea como sea, captas el sentido de qué opciones modernas se ofrecen aquí en el Oeste, ahora que

contamos con la capacidad de hacer que todo salte por los aires. Antes la geología era Dios, y entonces llegó la dinamita, seguida de las vías férreas. Seguidas de los acueductos. No obstante, el espectáculo sí que es algo del otro jueves, de modo que en medio de semejante cantidad de basura geológica, ¿cómo diablos se le ocurrió a nadie ponerle a un lugar un nombre tan ridículo como Lone Pine?

Según la leyenda, el nombre le venía por un pino que había crecido, solitario, en un cañón.

¿ah, sí, en serio?, pensó Schiff. ¿Tienen el monte Whitney que se alza allí, majestuoso, como lo es toda la Sierra Nevada, y lo mejor que se les ocurre a los padres fundadores es Lone Pine?

Big Pine está en esta misma carretera un poco más arriba.

¿Qué se puede decir de un pueblo que mide seis calles de largo por tres de ancho?

poca cosa, dedujo Schiff. Si te despistas un segundo te lo pierdes.

Independence, el siguiente pueblo hacia el norte por la Ruta 395 —la carretera de dos carriles que recorría la sierra desde el desierto de Mojave hasta Reno, en Nevada— habría parecido la elección natural para organizar la puesta en escena. Era sede del condado, allí se encontraban todas las oficinas del condado, la cárcel, el tribunal, así como *The Inyo Register*, el diario local. Contaba con un hotel decente, aunque olía un poco a humedad, y estaba más cerca del campamento de Manzanar que el de Lone Pine (poco más de nueve kilómetros al norte, contra casi trece al sur). Pero Lone Pine tenía la ventaja de contar con una estación terminal de tren y, seamos realistas, iban a llevar una barbaridad de materiales (alambre de espino, postes de vallas, postes de teléfono, vigas, madera contrachapada, tela asfáltica, circuitos eléctricos, cocinas de leña, suministros médicos) y gente, que

llegaría de los centros de clasificación en el sur cuando no en autobús o en coche, en un transporte forzoso, en tren. Lone Pine estaba habituada a los forasteros. Los equipos de rodaje de Hollywood; además, el DALA alojaba su flota motorizada en Lone Pine —furgonetas y vehículos de mantenimiento, así como al personal— y, debido al criterio de la geología, un famoso montón de piedras llamado Alabama Hills había pasado a ser telón de fondo de referencia de las películas de vaqueros. En otras palabras, Lone Pine había sobrevivido a Los Ángeles. Se había adaptado a la invasión del sur. A los hombres trajeados. A los hombres con proyectos que sacar adelante.

y ahí se encontraba el Hotel Dow, un negocio familiar de la calle Principal, cerca de la iglesia católica, que había atendido las necesidades de los ingenieros de aguas y de las empresas de producción cinematográfica (por no mencionar las de Fatty Arbuckle, Douglas Fairbanks, Cary Grant e Ida Lupino) durante más de veinte años. De manera que, cuando Schiff comenzó a comunicarse con el dueño utilizando las credenciales del Departamento de Interior (no las del Órgano de Reasentamiento de Guerra, todavía no, eso debía mantenerse en secreto), sabía que se encontraba en manos expertas. ¿Requisar una planta entera? Sin ningún problema, ya lo habían hecho antes (con Roy Rogers, para *Gunga Din*, y más recientemente para *El último refugio*, con Bogart).

La preocupación inmediata de Schiff, y de Washington, era que las comunicaciones con el Órgano de Reasentamiento de Guerra no pasaran por la centralita del hotel. A tal fin, había dispuesto que el Cuerpo de Ingenieros se adelantara a su llegada para establecer líneas «seguras». La persona del Dow con quien más había hablado Schiff era una mujer llamada Phyllis. Schiff la consideraba eficiente e imperturbable pero tenía una voz (al teléfono, al menos) que sonaba como la de Blancanieves o la de la bruja buena de *El mago de Oz*. Incorpórea y de porcelana, no

era una voz que hubiera oído nunca en una mujer de carne y hueso, y se había creado una imagen mental de Phyllis. Una mujer de su edad, rondando los treinta. Manos pálidas y largas, con las uñas pintadas, labios rojos y ojos de cierva. Así son los hombres, imaginan mujeres de ensueño, construyen arquetipos femeninos, a veces a partir de pruebas circunstanciales.

Dos camiones del DALA se encontraban aparcados enfrente pese a que era plena tarde, y Schiff cayó en la cuenta de que los equipos, obligados a mantenerse vigilantes a todas horas, debían de hacer turnos rotativos. No había nadie en la calle cuando él, Hauser y Macauley se apearon del Packard. No era ese el tipo de lugar donde uno pudiese esperar que un lacayo complaciente acudiera corriendo a recibirlo, pero, a pesar de todo, bajarse de un coche y ver el sol eclipsado por un monte Whitney embalsamado en nieve, *vaya*, como para que no te embargue la emoción de una entrada triunfal.

El vestíbulo, como era de esperar, era rústico, con la calefacción demasiado fuerte y decorado en tonos marrones. Una mujer con un conjunto de jersey y chaqueta y gafas de montura metálica atendía en la recepción. Schiff observó que abrió mucho los ojos al ver el uniforme del general y, en cuanto la oyó pronunciar la primera palabra de bienvenida, supo que se encontraba delante de Phyllis. (Cincuenta y tantos. Pinta de solterona, demacrada. Pechos inexistentes. Manos largas.)

El general y él tenían habitaciones con baño (la del general en la parte de atrás, la de Schiff daba a la calle Principal con vistas a la montaña), mientras que Hauser tenía una individual y el baño al fondo del pasillo. Sí, los teléfonos ya se habían instalado y a través de la centralita habían llegado mensajes para Schiff y el general. Las llaves; la correspondencia (un montón de sobres para Schiff; un único paquete para el general). No estaba permitido cocinar en las habitaciones pero con mucho gusto se encargaría de pedirles comida en un restaurante y mandar que se la subieran. La puerta principal se cerraba con llave a las

nueve de la noche.

De algún lugar del edificio enviaron a un adolescente para que acompañase al general a su habitación y Hauser cargó con el equipaje de Schiff y el propio escaleras arriba.

Schiff se rezagó.

—¿Así que ellos dos se quedan una sola noche? —fingió confirmar Phyllis.

Schiff asintió sin decir palabra como dando a entender *es todo lo que voy a decir*.

—Quiero que sepa, señor Schiff, sobre la cuestión de los teléfonos…

—No era nada personal…

—…dirigimos un establecimiento de primera…

—No me cabe la menor duda, por eso lo elegí…

—…quiero decir, el pueblo entero es de primera. Nos dedicamos a atender todas sus necesidades. Esfuerzo de guerra. Estamos entregados. Puede contar con nosotros.

—Gracias, Phyllis.

—Nos sentimos…, bueno, nos sentimos inmensamente orgullosos de que nuestro gobierno esté aquí para ofrecernos protección. Por raro que suene… —esbozó una triste sonrisa—, orgullosos de ser un objetivo. Como Pearl Harbor.

Cotilleo de pueblo: imposible, a estas alturas, ocultar la inminente y nutrida (muy nutrida) presencia del gobierno; por eso estaba allí Macauley, como fachada, para deslumbrar con todas sus estrellas a los funcionarios del condado, para reunirse al día siguiente con banqueros, comerciantes, predicadores, alcaldes y la Cámara de Comercio y conseguir su apoyo conjunto con el fin de que recibieran en su bienintencionada comunidad a diez mil sospechosos de simpatizar con el enemigo.

Phyllis se inclinó hacia delante y con su cristalina voz entonó:

—Créame, todos dormiremos mejor sabiendo que el Departamento de Interior y el ejército de Estados Unidos están

aquí para proteger el acueducto. Estamos agradecidos. Aunque el agua ya no es nuestra. Esos japos vienen en sus aviones a bombardearnos…, se trata de nuestras vidas.

Tras el desahogo, se sintió lo bastante cómoda para comentarle que por teléfono sonaba más viejo.

Schiff se concentró en su pila de mensajes y comunicados confidenciales. Ni en sueños, ahora estaba convencido, Phyllis los habría abierto con vapor para leerlos.

—Dígame, Phyllis… —Sopesó su correspondencia y retrocedió un paso—. ¿Dónde sirven por aquí las mejores cenas?

—En el Lou's. Sin ninguna duda. Pero cierran los lunes. Puedo enseñarle otro menú si quiere…

—¿No es el del Lou's?

—La cocinera del Lou's es una maniática. Cambia el menú a diario.

Le entregó una hoja impresa de otro restaurante.

—Quédesela…, llame a recepción si está usted demasiado ocupado y mandaré al chico para que le haga la comanda.

Civilizado, pensó Schiff:

Servicio de habitaciones y vistas a la montaña.

Después se dio cuenta de que el campamento que había ido a construir allí tendría las mismas vistas. ¿Cuán civilizado era eso? Bonito como una foto de postal y rodeado de alambre de espino.

En aquel lugar, lo que lo afectaba era el modo en que, en casi todos los casos de asentamientos humanos, el mundo natural seguía dominando, el paisaje seguía haciéndose con el control de la trama, estorbando. Aunque se tratase de un vaquero colgando cuernos de la pared o clavando la cabeza de un uapití o una trucha gigantesca en el vestíbulo de arriba para darte un susto de muerte. Se juró que si en su habitación encontraba un solo animal muerto conservado cual reliquia, ordenaría al Cuerpo del Ejército que lo arrancara en menos de una hora. Abrió la puerta y empujó hacia dentro el equipaje, que Hauser había dejado en el umbral. Y después de entrar se detuvo a mirar.

La cama más grande con la que se había topado.

no tanto por el *tamaño* (imaginó que era de matrimonio normal) sino por la ubicación de la cama en la habitación, la forma en que estaba hecha. Estaba contra la pared del pasillo, a un metro veinte hacia la derecha de la puerta, frente a unas ventanas dobles que se encontraban a una distancia (calculó) de doce metros. Sí, la habitación era descomunal; en ella había un diván y un par de sillones tapizados, un escritorio, dos mesas y una chimenea, pero *la cama* se llevaba todos los aplausos, lo cual decía mucho, porque la vista que ofrecían aquellas ventanas del monte Whitney y sus picos hermanos debería haber sido (se suponía que era) el centro de atención. En la cama había (las contó) seis almohadas; dos cuadradas, cuatro rectangulares, embutidas en almidonadas fundas blancas (muy blancas) de lino, y él nunca había dormido en una cama —en ninguna parte— que ofreciera (¿luciera?) más de una. Nunca había dormido —y reconocerlo parecía de locos— más que en una individual, a veces en una colchoneta o en un catre o en un saco de dormir, en una hamaca, en el suelo, o en casa de sus padres, en la cama juvenil que había utilizado desde la infancia. Y ahí estaba, en su primer trabajo en plena guerra le tocaba al fin un colchón lo bastante grande para rodar a sus anchas y una colcha blanca que parecía un mantel de restaurante, adornada con no exactamente *encaje*, sino con una especie de puntilla casera de ganchillo con un montón de agujeros hechos adrede.

No pasó por alto la ironía:

Lo que faltaba en aquella escena era una mujer.

o un toque de taxidermia.

Pero quien apareció fue Hauser, que llegó con más equipaje.

—Trae usted muchas cosas, señor Schiff…

—Es que me voy a quedar una buena temporada. No en esta habitación, claro…

—¡Meee… cachis!

Hauser acababa de fijarse en la vista.

Después dio media vuelta, vio la cama y, tras soltar otro *meee…cachis*, añadió:

—¡Menuda camita!

—¿Podrá agenciarse otra manta del ejército que pueda ponerle encima?

Hauser lo miró y, con aire conspirativo, le dijo:

—Le he traído a su novia, está fuera.

Schiff sonrió a su vez y dijo:

—Ah, qué bien que haya llegado. ¿Qué aspecto tiene?

—*¡Guapa*! ¿Cómo la va a llamar?

—Llévesela a dar una vuelta y decídalo usted.

—¿…quiere que yo le ponga nombre…?

—Por supuesto.

Hauser se fue, Schiff se quitó el abrigo, encendió las luces de la habitación y puso una maleta encima del diván. Después oyó el rugido gutural de una motocicleta, se asomó a la ventana y vio a Hauser que, tras saludarlo con la mano, salía a toda velocidad, con una amplia sonrisa campechana debajo de los ojos cubiertos por las gafas.

Se aflojó la corbata, se desprendió de la chaqueta y se arremangó la camisa. Sacó la ropa de la maleta, luego los libros, y cuando encontró la botella de ginebra se sirvió un par de deditos y se puso a trabajar en la organización de sus gráficos y planos en la mesa más grande, después juntó las dos mesas debajo de las ventanas que daban a la calle y colocó alrededor las lámparas hasta conseguir una distribución a su gusto. Clavó un calendario del ejército —cada día encerrado en un cuadrado de dos centímetros y medio de lado— en la pared como ayuda para programar, día a día, las tareas imposibles que le aguardaban. Luego clasificó los papeles que Phyllis le había

entregado en recepción: los mensajes del Departamento desde Washington los puso encima de todo; en uno ellos se leía: SR. SCHIFF CHICAGO URGENTE.

SR. SCHIFF CHICAGO no podía venir más que de su padre y, sin pararse a calcular qué hora sería en Illinois, Schiff solicitó la llamada a través de la línea segura instalada por el ejército. La operadora tardó quince minutos en establecer la conexión, tiempo que Schiff aprovechó para pasearse por la habitación y lustrarse los zapatos (incluso intentó sentarse en la cama). El primer año que no vivió en Chicago llamaba a casa —buen hijo— una vez por semana, todos los jueves; el segundo año, cada *dos* jueves; el tercer año, una vez al mes, pero desde que había empezado la guerra volvía a llamar cada jueves. Era una frecuencia que sus padres nunca alteraban, nunca lo llamaban, aunque les había dado un número del Departamento de Interior para urgencias. Nunca, al menos, hasta entonces.

La llamada entró por fin y al levantar el auricular oyó a alguien gritar: ¿*diga, diga*?, como una acusación.

—…¿papá?

—…¿*boitch*? —inquirió la voz de su padre.

—Sí, papá, soy yo. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Un silencio se extendió por la línea, un silencio distanciado. Un sonido submarino.

—¿Conoces a un japo llamado Jimmy Ikeda?

El padre de Schiff no tenía una actitud autoritaria. Era un engranaje complaciente, según calculaba Schiff, en una industria poco valorada, una industria que nadie entendía y que a nadie importaba. Empleado de suministros en una empresa que fabricaba cajas de cartón. En el trabajo, su autoridad era desdeñable y, en la sociedad cerrada de los padres de Schiff, Sam era considerado una especie de *schlub*, un tipo que leía la Torá pero carecía de estudios (a menos que irse a otro país con una mano atrás y otra delante y tener que aprender otro idioma

se considerasen «estudios»), aunque de vez en cuando, en casa, cierta aspereza afloraba en su lenguaje, especialmente cuando conversaba con su hijo. Había sido Sam quien había insistido en que en casa hablaran únicamente inglés para que Schiff se criase con la ventaja de una lengua totalmente asimilada (una condición que casi exilió a Rima, la madre de Schiff, y explicaba su estado habitual de confusión visible, pero muda). Schiff nunca le preguntó a su padre cómo había aprendido inglés, supuso que lo había ido pillando, como todo el mundo, por pura necesidad. Tal vez eso explicara las notas más ásperas en las expresiones de Sam. O tal vez necesitara hacerse el duro con su hijo.

—¿Un «japo»? —repitió Schiff.

—Al parecer es japonés.

—Ya, pero… ¿*japo*?

—Leo los periódicos. ¿Qué quieres decir?

(Primera norma en casa de los Schiff: puedes formular preguntas directas, pero contestarlas, nunca.)

—Quiero decir…

—…y aparece la chica. La hermana. Viene a llamar a nuestra puerta. *Mi* puerta. Delante de los vecinos. La señora Feldman, que vive enfrente, la vio. Y su prima de Wisconsin, que estaba de visita, también.

—¿La hermana de Jimmy Ikeda?…

Schiff intentaba recordar algo sobre Jimmy Ikeda.

—*Japoneses*. ¿A cuántos *japoneses* puede conocer una persona? Y ahora va y llama a nuestra puerta…

Jimmy Ikeda: aquel chico, genio de la cocina, de la época en que Schiff estaba de camarero en el hotel Drake para pagarse los estudios de Derecho, el chico con una sonrisa asombrosa y hábil con el cuchillo sobre la encimera, uno de los trescientos o cuatrocientos japoneses de la ciudad de Chicago y el primero al que Schiff conoció. Siempre sonreía. Un torbellino de energía,

hablaba por los codos. Su trabajo superaba con creces la media del equipo, florituras de rabanito que nadie le pedía, corona de zanahorias, aquello que le gustaba hacer con los tomates hasta convertirlos en rosas. Todos lo llamaban el Chino. ¿De dónde eres, Chino? «¡De California!», contestaba, y *California* fue el nombre que le puso Schiff. Tenía la misma edad que él, quizás unos años más, pero Schiff lo veía como un chico, el chico de California. En aquel entonces, «¿Cómo llegó tu familia de Japón a California?» parecía una pregunta menos importante que «¿Por qué te fuiste de California para venirte a Chicago?», porque, para Schiff, aquella primera oleada de inmigración a Estados Unidos ya había demostrado ser una trama necesaria en el tejido del país. Sus padres (los de Schiff) habían inmigrado, igual que los padres o los abuelos de casi todos sus conocidos, de modo que el porqué de ese flujo global en concreto ya contaba con una respuesta, ya había sido discutido y silenciado por el resultado: allí se vivía mejor. El motivo de la huida de Nagasaki a Fresno quedó reflejado en su nivel de vida: como también había ocurrido con el motivo del viaje de Galitzia a Ellis Island. Lo que Schiff había querido analizar a partir de Jimmy, en aquella época en que él, Schiff, intentaba construir la historia de su propia trayectoria, era por qué, una vez arrancado de raíz el árbol genealógico, las generaciones siguientes (la suya, la de Jimmy) sienten la necesidad de mudarse otra vez.

—Si se trata del Jimmy Ikeda en el que estoy pensando…

—¿A cuántos Jimmies Ikeda conoces?

—Digamos que lo conocí en el Drake.

—Pues resulta que su hermana dice que se lo han llevado. Ya sabes, el gobierno. Lo han pillado.

—¿Quieres decir…?

—Los federales y todo. Ni la maleta le dejaron hacer.

—¿…por qué?

—¡Es japonés! Del país que nos atacó…

—No me refiero a eso. ¿Por qué fue la hermana a verte?

—Vino a verte a ti, *schmendrick*.

Entre ellos, Sam lo llamaba *schmendrick* (idiota) como expresión de cariño (de las mejorcitas) porque, cuando era niño, Schiff se había inventado un héroe de cómic judío: *Schmen* Drick, detective privado.

—Al parecer le dijiste al tal Jimmy que ibas a ser un abogado importantísimo. Hasta le diste tu dirección.

Era cierto, se la había dado. El último día que estuvo en el Drake.

—De eso hace un montón de años…

—¿Te crees que la gente no recuerda dónde guarda el nombre de un abogado? Mejor que el de un médico. La gente guarda esas cosas.

—¿Adónde se lo llevaron?

—¿Cómo?

—A qué lugar, ¿lo sabía la hermana?

La hermana: lo iba recordando, el motivo por el que Jimmy Ikeda había ido de California a Chicago: su hermana. Era medio prodigio, una especie de genio de la música, y la Sinfónica de Chicago había anunciado unas audiciones. Era demasiado joven para viajar sola (ninguna japonesa que se preciara viajaba sin acompañante), por eso habían enviado a su hermano mayor, Jimmy, para cuidar de ella. Cuando la orquesta la contrató, Jimmy tuvo que quedarse.

—Un nombre de alguien del cine —contestó Sam—. Un director, lo apunté.

Griffith Park, en el sur de California: era un centro de detención, como el de Tuna Canyon, que estaba cerca, donde encerraban a los «enemigos extranjeros» arrestados por el FBI antes de trasladarlos a las cárceles que dependían del Departamento de Justicia —lo más probable, Fort Missoula o Lincoln— con el fin de mantener en prisión preventiva a los casos extremos, los norteamericanos de origen japonés

considerados más peligrosos (en su mayoría, pescadores de la isla Terminal) que, por el motivo que fuese, cumplían con los criterios del Fiscal General de representar «un peligro para la paz pública y la seguridad de los Estados Unidos por haber apoyado al citado gobierno enemigo o sus principios (y) por orden del Fiscal General serán sometidos a expulsión de los Estados Unidos o se los obligará a marcharse de su suelo».

La jerga oficial, la lengua utilizada para redactar la directiva que regía los campos de Justicia, era más dura (por Dios, incluía la deportación) que la empleada en el decreto de encierro general, convertido en ley por el Congreso y el presidente. Esa ley (la Orden Ejecutiva 9066) establecía una exclusión masiva de todas las personas de ascendencia japonesa dentro de la zona de exclusión y, dentro de esa zona «caliente», de la noche a la mañana los postes de teléfono y los escaparates se habían llenado de carteles. TODAS LAS PERSONAS DE ASCENDENCIA JAPONESA, TANTO EXTRANJERAS COMO NO EXTRANJERAS, SERÁN EVACUADAS DE LA ZONA ANTES DE LAS 12.00…, y se daba a los residentes tres días para cerrar las tiendas, desprenderse de intereses financieros, vender sus barcos pesqueros, entregar las cosechas, abandonar su hogar y presentarse en la zona de reunión más próxima solo con cuanto pudieran cargar y la ropa que llevaran puesta. Los propagandistas de los Departamentos de Justicia y de Guerra se apresuraron a añadir al argumento la coletilla «por su propia seguridad». No todos los descendientes de japoneses del país eran detenidos: únicamente los que se encontraban en la zona de exclusión y muchos periódicos de la Costa Oeste habían publicado el llamamiento. *Por su propia seguridad*. Por pura bondad. Por su propio bien. En caso de que a alguien del vecindario (presumiblemente, un tipo blanco) se le ocurriera hacerles daño. En caso de que quisiera retorcerles el cuello por lo que nos habían hecho en Pearl Harbor.

Hitler invade y nosotros detenemos a los esquimales. A Schiff le constaba que el ochenta por ciento de las personas del

territorio de Alaska que acabaron encerradas eran aleutianos que «tenían aspecto de japos». Entretanto, en los barrios chinos de San Francisco a Seattle, la gente, joven y anciana, el día que estalló la guerra había empezado a ponerse chapas con la frase NO ME CULPEN, SOY CHINO. Algunos rabinos norteamericanos, desde las bimás norteamericanas, elogiaron a los japoneses por haber atacado Pearl Harbor, porque con ello obligaron a un apático Estados Unidos a entrar en guerra contra los nazis (salvando, así, a los judíos). Sobre el terreno, en Estados Unidos había tantas cosas raras respecto a los japoneses que Schiff se veía obligado a recordar todos los días lo que estaba pasando en Europa. Que había otros enemigos, y que la mayoría de ellos eran alemanes.

—¿Qué debo decirle a tu madre? —le preguntó Sam.

—¿Sobre qué?

—Sobre esta japo. Tiene que saberlo. Si van a seguir viniendo. Ahora no hacen más que chismorrear que los Schiff de la avenida North Damen y los japos son uña y carne.

—…*una*. Una sola japo, papá. Y toca en la Sinfónica de Chicago.

—¿Me estás diciendo que ahora nos dedicamos a ayudar a los japos?

—Por Dios, papá. A eso que acabas de decirme quítale lo de «japos», ponle la otra palabra que empieza por jota y dime qué tal suena.

Otro silencio desconcertado. Después:

—¿Vas a venir por Pésaj? A tu madre le darías una alegría.

Schiff echó un vistazo al calendario —MARZO ABRIL— y sí, ahí estaba, la PASCUA JUDÍA y la SEMANA SANTA ocupaban su cuadrado del DOMINGO. Buscó libreta y lápiz y apuntó: «cal. japo», abreviatura de calendario japonés, luego «fest. japo» (festividades japonesas) y, en una columna aparte, «¿iglesias japo?». Había luna llena el primero de abril, el día de los Inocentes, y otra el 30; no era nada habitual un mes con dos

lunas llenas. (Debajo de la nota sobre las iglesias apuntó «¿folclore japo?».)

No había ido a Chicago desde que aprobó el examen para ejercer la abogacía, y la cruda verdad era que creía que solo volvería a «casa» para enterrar a sus padres.

—Papá, estamos en guerra. Tengo que trabajar.

Otro silencio espinoso, después:

—No hagas ninguna tontería.

Dándole a entender: No te alistes. No mates a tu madre.

—No hagas nada que haga llorar a tu madre. A todo el mundo le digo que trabajas en algo secreto. A la mayoría le doy a entender que trabajas con tu amigo Brandeis por el futuro Estado de Israel. Así compensamos por todos los japos que llaman a nuestra puerta.

Después de aquello, no quedaba más que despedirse, pero su padre no había terminado:

—¿Alguna vez vas a contarnos a qué te dedicas, dónde estás? Tu madre tiene que saberlo. Entiendo por esta conversación que no estás en ninguna isla del Pacífico.

—*Sayonara*, papá. Dale recuerdos a mamá.

—¿…hemos terminado?

—…gracias —dijo Schiff para concluir.

—¿Gracias por qué?

—Por haber venido a Estados Unidos.

—¿Qué mosca te ha picado?

Pese a la aspereza que volvía a asomar, no hubiera habido palabras más acertadas:

—Tú habrías hecho lo mismo.

A la mañana siguiente se quedó un rato despierto mirando por la ventana sin incorporarse en la cama y observó la montaña derritiéndose en colores como de helado. Al parecer, allí amanecía dos veces: cuando el sol salía por el este a su espalda e

incidía en los altos picos de la sierra por debajo del horizonte, y una hora después, cuando se elevaba de verdad por encima de las montañas orientales, las Inyo, sobre el valle.

Había pasado mala noche. En cuanto lo tuvo todo desplegado sobre la mesa —los mapas del emplazamiento, los planos, las listas de requisas, las listas de habitantes— empezó a sentirse demasiado pequeño bajo aquella masa, demasiado duro de mollera, pese a su diligencia en tomar notas como recordatorio, demasiado inepto, demasiado débil. Se suponía que su edecán, un teniente del Cuerpo de Intendencia, tenía que haber llegado a Lone Pine antes que él, pero hasta la una de la mañana, cuando al fin Schiff se había rendido y arrastrado hasta la abrumadora cama, el teniente Svevo no había dado señales de vida. NOTA RECORDATORIO presentar queja ejército c/ref. Svevo.

Sus notas ocupaban doce páginas, por no mencionar las páginas de la normativa del Órgano de Reasentamiento que debía leer (habían planteado la cuestión de si los palillos estaban o no autorizados, dado que alguien sugirió que podían considerarse armas, pero otra persona comentó *¿y qué diablos son los cuchillos y los tenedores*?). Le habría venido bien salir y comprobar el aire pero estuvo tan enfrascado con las requisas que, a las diecinueve horas, cuando el estómago empezó a rugirle, hurgó en busca del menú que Phyllis le había ofrecido:

FRANKFURTS & ALUBIAS
con puré de patata
PAN DE CARNE
guisantes y puré de patata
HÍGADO ENCEBOLLADO
puré de patata
FILETE DE JAMÓN ASADO
rodaja de piña y puré de patata ESTOFADO DE TERNERA
bolitas de puré de patata
PICADILLO DE TERNERA EN LATA

con puré de patata
TERNERA EN LATA & REPOLLO
puré de patata
PASTEL DE POLLO
con puré de patata al horno

Ocupaban el tercio inferior de la página los postres, las bebidas y unas «citas» sobre Lone Pine, pero en el extremo inferior derecho había un recuadro en cuyo interior había dibujado un *sombrero** con el texto

ESPECIAL SUR DE LA FRONTERA
*¡POLLO!**
arroz y alubias

Llamó a Phyllis para que le pidiera el POLLO y siguió un silencio durante el cual creyó oirla suspirar, y entonces ella le preguntó:

—¿Está seguro?

—¿Le pasa algo a ese plato?

—Suele estar picante.

—Me gusta el picante.

—¿Algo más?

—Dos cervezas.

—Me refería a si tenía algún comentario más. —Hizo una pausa (igual que él), para añadir a continuación—: ¿Qué le parece la habitación?

—Me parece muy bien.

—Le he dado la mejor.

—Gracias. Muy amable de su parte.

—Es la *suite* nupcial. Roy Rogers y Dale Evans siempre se alojan en esta.

Lo recordaré cuando tenga que ingeniármelas para ver cómo mantengo ocupadas a diez mil personas en un recinto

en pleno desierto hasta que acabe la guerra. Había encendido la radio para sintonizar las noticias pero la única emisora era una local de Bishop donde transmitían un informe sobre materias primas. Bajó el volumen, rebuscó hasta encontrar la bolsa con comida comprada en la carretera y partió un puñado de pistachos con que acompañar la ginebra mientras, de pie junto a la mesa, estudiaba el mapa del emplazamiento. La gente se iba a perder, lo sabía. Trescientas veintitrés hectáreas. ¿Cómo iban a seguirles la pista a tantas personas en una superficie tan grande sin vigilarlas abiertamente? (En otra nota se había sugerido nombrar un jefe de barracón por cada quinientos barracones, pero Schiff se inclinaba por una opción de autovigilancia con representantes elegidos por cada bloque, treinta y seis bloques de barracones con catorce barracones por bloque.) No obstante, organizar y poner en marcha ese tipo de sistema democrático llevaría tiempo y debían contar con un sistema *ya montado* cuando llegasen, de lo contrario sería un caos o bien tendría que funcionar siguiendo un modelo que no quería: el de la cárcel.

Llegó la cena; había despejado la mesa y puesto la silla frente a la ventana para no tener que comer viendo la cama. El arroz y las alubias sabían muy bien pero la piel de los trozos de POLLO, como estaban estofados en vez de asados, había quedado grasienta y blanda. Había media docena de tortillas envueltas en una servilleta, de modo que, tras quitarle la piel, desmenuzó el pollo y, cuando estaba a punto de montar su primer bocado, se acordó de la salsa de chile rojo y de los aguacates que llevaba en la bolsa y todo junto —pollo desmenuzado, alubias pintas, salsa roja, aguacate y tortilla— le había quedado tan bueno que se permitió ponerse cómodo, tomar un sorbo de cerveza fría y sumergirse en ese lugar de muda contemplación que acompaña la buena comida y disfrutar el momento y lo bueno de la vida.

Pero él no era de esos.

Hauser le había llevado una manta de color tierra del ejército que guardaba en el maletero del Packard y Schiff dejó de comer para levantarse, quitar los floripondios de la cama, embutir el cobertor con encajes en el último cajón de la cómoda y guardar las almohadas sobrantes en el estante del armario. Estaba muriendo gente, joder. En Francia. En Londres. En el mar del Coral y en Birmania, en las Filipinas. El mes pasado habían bombardeado Darwin, en Australia, los *krauts* ocupaban el norte de África y habían invadido Polonia, Noruega, Bélgica y los Países Bajos; se habían apoderado del maldito continente europeo del mismo modo que los japoneses se habían apoderado de todas las playas del Pacífico, tres putos meses metidos en esa maldita guerra y los dos países seguían siendo indomables, nuestros muchachos habían ido de derrota en derrota y MacArthur estaba en Brisbane, nada menos, cagado en las patas, habíamos perdido la isla Wake, Guam y Singapur y no habíamos lanzado una sola bomba sobre Tokio y ni loco iba a quedarse sentado en aquel hotel arre caballito con sus animales disecados y alegrarse con la salsa picante y la cerveza y encima tener una mierda de *colcha con volantes* riéndose de él desde la otra punta de la habitación.

pues sí.

La noche transcurrió así.

Pasen y vean, señores:

Echen un vistazo al aguerrido funcionario.

Tan viril.

Tan importante para el futuro del país con sus zapatos de vestir.

La cosa podía ponerse un tanto cáustica, claustrofóbica, en sus monólogos, de modo que sintió alivio cuando se encontró con Hauser, que lo esperaba, despierto y radiante, junto al Packard a

la fría luz del día.

—¿Ha dormido bien?

—Sí, señor.

Schiff sospechaba que Hauser había empezado a guardarse el dinero de las dietas y subsistía a base de galletas saladas y «salchichas» de lata, así que no le preguntó adónde había ido a cenar ni si ya había desayunado. En cambio, poniendo manos a la obra, hablaron del aumento de los ángulos de giro.

—¿Está seguro de que quiere el sidecar, señor Schiff?

¿Por qué todo el mundo le preguntaba si estaba «seguro»?

—…porque desequilibra mucho el ángulo de giro. Recuerde que, con el sidecar, el centro de gravedad ya no está debajo de usted.

—¿Y esos ladrillos de ahí dentro?

—Me va a dar las gracias por esos ladrillos, señor. De no ser por ellos, *Rita* se levantaría del suelo cada vez que va a la izquierda.

—¿*Rita*?

—Ella misma lo eligió, señor. Siempre lo hacen. Siempre nos dicen cómo se llaman…

Esa mañana debían conseguir un aeródromo; esa tarde debían informar a los dignatarios locales sobre lo que se disponía a hacer su gobierno federal. Exactamente a las ocho Macauley se montó en el Packard y el aire del interior se impregnó de loción para después de afeitar y olor a tabaco. Schiff observó el terreno mientras se dirigían al emplazamiento: los indicios del acueducto de California, con sus conductos y canales paralelos a la carretera por el lado occidental. Había imaginado que habría más agricultura en el valle pero la tierra, puro matorral abandonado, había vuelto a su estado desértico natural. Le había pedido a Hauser que condujera casi nueve kilómetros desde el

hotel Dow y después se desviara a la izquierda y apagara el motor.

Manzanar.

no era lo que esperaba.

Los topógrafos habían estado allí y Schiff señaló una estaca con una banderita roja que indicaba la esquina sudeste de la inmensa extensión de terreno. Es aquí, dijo.

Se bajaron del coche y enseguida se vieron atacados por el viento.

Si alguna vez hubo allí un maldito manzanar, ahora estaba bien oculto, quizás en aquella zona de allá, en medio de aquellos álamos. El suelo era compacto y arenoso, y Schiff tuvo que preguntarse cuánta fuerza haría falta para clavar los postes de la valla. El terreno era *llano*, eso estaba claro, llano y baldío. Yermo. Pero el elemento que no había previsto observando las fotografías aéreas y los mapas topográficos era el profundo efecto sobre la perspectiva humana de encontrarse cerca de los hombros de la tierra. La sierra era imponente. La llamaban «Nevada» porque las montañas estaban siempre cubiertas de nieve, pero en esta época del año, a finales del invierno, cuando estaba blanca de las rodillas para arriba, ya no parecía tanto una cosa que la tierra hubiera creado sino un obstáculo lanzado desde el cielo a modo de severa advertencia. El hombre se sentía pequeño; al lado de una montaña, el hombre estaba destinado a sentirse el ser más pequeño de los dos: no se inhala el tamaño de una montaña estando cerca de ella como ocurre con el mar: no te cabe en la cabeza, no puedes convertirte en ella; desde donde te encuentras, solo puedes mirarla y calcular cuánto más lejos del cielo estáis tú y tus aspiraciones.

Tenía sentido colocar el aeródromo al otro lado de la Ruta 395, era el mejor acceso. El problema radicaba en que, si pensabas en la Ruta 395 como la línea norte-sur que recorría el valle, en ese punto de su columna vertebral toda la tierra hacia

el oeste, incluido Manzanar, era propiedad del DALA, mientras que las nueve mil trescientas hectáreas del otro lado, donde debían construir una pista de aterrizaje, era la mayor extensión de tierra de todo el valle del Owens que no estaba en manos del DALA sino que seguía escriturada a nombre de un único propietario particular.

Schiff y Macauley cruzaron la carretera, Hauser los siguió de cerca en el coche; Macauley, actuando como si supiera de esas cosas, levantando el dedo contra el viento, midió en pasos el lugar donde debía ir la pista de aterrizaje. Satisfechos, se subieron al coche y Schiff le indicó a Hauser que siguiera por la 395 hasta que, al cabo de unos treinta metros, llegaron al camino de tierra señalado a ambos lados con pilares blancos de adobe coronados con tejas de terracota. El ancho portón de madera estaba abierto. Lo cruzaron y llegaron a otro —también abierto— debajo de un arco de hierro forjado en el que se leía el nombre del rancho.

—Las Tres Sillas —leyó Schiff en voz alta (por el bien de Hauser).

entonces algo se hizo patente, un recuerdo largo tiempo olvidado saltó su blanco muro de contención, él negó con la cabeza y sonrió a medias.

Thoreau…,una para la soledad…No, creo que Thoreau escribió, «…una silla para la *meditación*; dos sillas para la conversación; *tres sillas* para la compañía».

Vieron el rancho a lo lejos, con su campanario elevándose cual signo de puntuación. Hauser silbó por lo bajo y comentó:

—Qué sitio más raro para una mansión.

—¿Qué estrategia vamos a emplear? —preguntó Macauley des-de el asiento trasero—. ¿Usted o yo?

—…esto es para usted, señor, sin duda. Artillería pesada. El propietario se llama Rockwell Rhodes, sangre azul, Newport y Nueva York. Heredó el dinero de su padre, Wellington.

—¿…Wellington *Rhodes*? —Hauser sonó entusiasmado—. En Alabama hay una línea de ferrocarril con ese nombre. ¡Está escrito en los vagones!

—…plata, zinc, plomo, cobre… *ferrocarriles*… La fortuna de la familia los sitúa con los Morgan y los Astor, después el viejo se muere y Rockwell y su hermana… —tras consultar la hoja informativa—, una tal *Caswell*…, liquidaron sus bienes y se deshicieron de todo…

¡*Ay, Dios*! De haber estado en manos de alguien menos hábil que Hauser ya estarían muertos, unas cabras —¡cabras!— balaban en aquel barranco escondido en el que la carretera se hundió de repente como si la tierra sólida hubiese sufrido una abrupta caída o se hubiese secado un río y de pronto se encontraron en una pequeña depresión en cuyo extremo más alejado se veía una silueta, con una capa roja nada menos, una mujer rubia con el pelo muy corto, ojos enormes y un cayado, que se apartó de un salto al paso del enorme coche negro que había salido con una carambola del barranco, llevando detrás al hombre importante de sombrero y uniforme.

—¿…deberíamos parar?

—…no, ni hablar, ha estado usted genial, Hauser, por Dios… ¡Cabras! Quién lo iba a decir.

Schiff buscó a la mujer por el espejo retrovisor y se vio recompensado por otra imagen fugaz de su hermosa figura ahí de pie, como de fugitiva de cuento de hadas, con su capa roja al viento, y sin duda maldiciéndolo.

El camino de tierra acababa en un círculo de gravilla con una fuente ornamental (ahora seca) en el centro. En el borde había aparcada una camioneta Chevy azul, maltrecha, un Austin con paneles de madera y un Cadillac descapotable de los años treinta, de color perla y tapicería roja, con la capota subida.

Antes de que el vehículo del ejército se detuviera los perros ya estaban corriendo a su alrededor, eran tres, ladraban,

olfateaban, retrocedían —uno, un terrier, saltó a la altura de la ventanilla para verlos—, y desde la esquina del pórtico el pregón canino convocó a las gallinas, una bandada de ellas, rojas y negras contra la escarcha, lo que hizo que Hauser saliera disparado, loco de contento, Ícaro extasiado al ver las plumas.

En el frente habían construido un porche, no tanto en el sentido que se le da en el Medio Oeste, sino más bien como estrecho limbo donde detenerse, esperar a que los ojos se acostumbren a la sombra y sacudirse la tierra seca de las botas. Tenía un tejado de terracota y un aroma proveniente de las vigas que recordaba a algo reducido por el fuego, como un carbón vegetal, a su verdad elemental. Era menos porche que *pórtico*,* pensó Schiff (repasó mentalmente sus conocimientos de latín), algo más antiguo que un porche. Ahí todos los edificios, como las personas a las que albergaban, todos los estilos de construcción, habían sido trasplantados.

Alrededor de la entrada había macetas con geranios y otra flora occidental (en su mayoría cactus) que Schiff no sabría nombrar, aunque reconoció el romero, y una vid nudosa se retorcía pared arriba junto a las dobles puertas de madera.

Schiff vio a Macauley concentrarse en una actitud de enérgica autoridad pero, antes de que le diese tiempo a llamar, la puerta se abrió de par en par y llenó la entrada la mujer más grande que Schiff había visto en su vida, si era realmente una mujer y no un hombre curtido y ancho de hombros vestido con ropa femenina. Schiff vio en los ojos de la mujer la veloz mirada de traición cuando les soltó «Por Dios, ¿no tienen cosas mejores que hacer, desgraciados de mierda?», se dio media vuelta y se perdió en el interior de la casa dejando la puerta abierta a las gallinas, los perros y ellos tres.

Schiff se detuvo en el umbral pero el general entró en tromba y, una vez dentro, paró en seco al ver la distribución del lugar, los arcos atípicos a derecha e izquierda —una galería abierta, allá delante, con vías de fuga en todas direcciones—, pero al

final torció a la derecha y sorteó unos escalones embaldosados debajo de un arco ancho que bajaban a un cuarto amplio de dos niveles dominado por una chimenea, grande como un transporte militar, sobre la pared interior, y en el rincón, un arpa dorada descomunal.

Schiff se rezagó y Hauser lo imitó, mientras los perros calculaban la edad, la salud o el sexo de Hauser o lo que sea que calculan mediante el repaso al que someten a los humanos. El protocolo exigía que Hauser se quedara fuera vigilando el coche pero, con los perros y demás, se vio obligado a entrar con Schiff.

Paredes forradas de libros.

Dos sofás de piel de vaca.

Mecedora. Un montón de trastos indios y piezas de arte por doquier.

Schiff nunca había estado en una casa tan bien amueblada. Para empezar, tenía empaque, como los lugares construidos para la práctica religiosa. Tenía presencia ancestral, como una biblioteca. Como un sitio al que la gente va a pensar. Y, además, resultaba evidente que estaban cocinando, se notaba un complejo aroma a comida: agradable, nada simple; ahumado, con textura, como la terracota que pisaban. Se adivinaba que las piezas artísticas de las paredes eran caras —se adivinaba por cómo te hacían sentir—, una mezcla de pinturas y fotografías en blanco y negro, todas paisajes, cada una de ellas retratos del oeste norteamericano.

Macauley se colocó para recibir de frente a quienquiera que se presentara. Siguiendo su ejemplo, Schiff se situó de cara a la entrada de la estancia con el sombrero en la mano y Hauser, perdido todo sentido del decoro, se puso a dar vueltas y a mirar las cosas, sobre todo el arpa, dispuesto a meter el dedo y puntear las cuerdas.

Sin hacer ruido (Schiff se fijó en las pantuflas de franela), un hombre apareció debajo del arco del pasillo, los miró desde arriba y no se dignó a bajar a la sala. Schiff calculó que mediría

entre metro noventa y dos metros, lo mismo que la mujer que les había abierto la puerta, y, como ella, tenía el pelo blanco, de ese blanco que taladra el frío. Él lo llevaba largo y recogido en una coleta. Los ojos de ambos eran idénticos en el color (azul gélido) y en su aterradora seguridad en sí mismos.

—Ahórrense las ceremonias, señores —dijo el hombre—. Con un telegrama habría bastado.

Schiff miró a Macauley y solo entonces se dio cuenta de que el general no se había quitado el sombrero.

—¿Es usted Rockwell Rhodes? —preguntó Macauley.

—*Por el amor de Dios*, suéltelo y acabemos de una vez.

Macauley señaló a Schiff y dijo:

—Este es el señor Schiff, del Departamento de Interior, y yo soy el general Macauley, del ejército de Estados Unidos…

El hombre miró a la mujer y otra vez a Macauley.

—…pero si mi hijo estaba en la *Marina*…

Macauley miró a Schiff.

Schiff miró a Macauley y después al hombre.

—Señor —dijo Schiff—, quizás esté al corriente de la Orden Ejecutiva 9066 del presidente Roosevelt, por la que se establece una zona de exclusión en la Costa Oeste…

—¿Qué diablos tienen que ver las políticas de Frank con mi hijo?…

Schiff no supo qué contestar.

—¿…su hijo?

Rocky le clavó la mirada.

De repente, con el frío pegado a la capa y todavía sin aliento por la carrera, apareció la mujer rubia del camino, una versión más joven de los otros dos con los mismos ojos, aferró las manos de los mayores y, a juicio de Schiff, los miró aterrorizada.

—Son del ejército —le dijo Rocky—. No creo que hayan venido a traer noticias.

Cayó el silencio sobre la escena salvo por el jadeo de los

perros y un pájaro de fuera, hasta que Rocky informó a los visitantes:

—Tres meses. Sin noticias. Mi hijo estaba en Pearl Harbor.

ay, mierda, pensó Schiff. Que el general diga algo decoroso y vayámonos después. Que el general diga *lo acompaño en el sentimiento* o *nuestro país está en deuda con usted* o que recite una homilía pero que no saque —so pena de muerte, que no lo mencione— el asunto de los japoneses.

—Unos valientes —dijo Macauley; luego, con un gesto rayano en lo empalagoso, se quitó solemnemente el sombrero y lo encajó entre el pecho y el antebrazo, y dijo—: El motivo que nos ha traído hasta aquí, señor Rhodes, tal como el señor Schiff comenzaba a explicarle, es que nos han encargado construir un campo de reasentamiento…

Schiff contuvo el aliento.

—…uno de los que se están construyendo a lo largo del país en un esfuerzo por proteger a nuestros ciudadanos de ascendencia japonesa…

Rocky volvió los ojos azules hacia Schiff mientras Macauley seguía hablando:

—…en los terrenos que están justo enfrente de su finca, al otro lado de la carretera, donde antes había un manzanar. Hemos venido con el fin de obtener su permiso para construir una pista de aterrizaje en su lado de la carretera 395.

Siguió un largo silencio.

—Un «campo» —repitió Rocky, sin dejar de taladrar a Schiff con la mirada.

—…un campo *de reasentamiento* —aclaró Macauley.

Aun así, Rocky siguió con la vista clavada en Schiff, sin mirarlo a él.

—¿En qué se diferencia de una cárcel?

—Si el general hubiese querido decir «una cárcel», creo que lo habría hecho, señor —aclaró Schiff.

Rocky volvió a clavar la vista en Macauley:

—¿Cuántos?

—¿Cómo dice?

—Digo que cuántos.

—¿Detenidos?

—Japos.

Schiff dio un respingo.

—Calculamos unos cuantos miles —dijo Macauley.

—¿Cuántos miles?

—Probablemente alrededor de diez mil —respondió Macauley.

Schiff observó al hombretón rebotarse un poco al oír el dato.

—Será la conurbación más grande del condado —comentó Rocky con calma—. ¿De dónde saldrá el agua?

El general no daba la impresión de comprender la pregunta, de modo que Rocky aclaró:

—Diez mil personas que cagan, beben, se bañan, cocinan…, ¿de dónde saldrá el agua?

Macauley se volvió hacia Schiff y luego también lo hicieron los ojos de los demás, pero como la pregunta la había hecho el viejo Schiff supo que debía hacer frente a la acusación si quería salir del brete con cierta dignidad, porque la pregunta que había formulado Rocky era la gran pregunta, la que socavaba la postura moral del gobierno, la que mandaba al diablo su propaganda y pedía una respuesta sencilla. Era el tipo de pregunta que el padre de Rocky le había enseñado a formular desde la cuna: ¿*Dónde está el dinero* en esta empresa, *dónde está el beneficio* y quién se lo quedará?

Schiff sabía —y comprobó que el viejo lo había adivinado— que parte del contrato entre el gobierno federal y Los Ángeles para utilizar los terrenos de Manzanar con el fin de construir el campo implicaba, además, un contrato de compraventa entre la ciudad y el Departamento de Interior para pagar por el uso del agua que, de otro modo, le habría pertenecido. Aunque el agua

salía de allí. Aunque la fuente de toda el agua rentable era la sierra y su escorrentía, la tierra que pisaba, la tierra donde se encontraba: el valle del Owens.

Salgan de mi casa.

el viejo pronunció aquellas palabras como el rey Lear en el último acto, contenido y exhausto, pero con fuerzas suficientes para levantar a Cordelia:

—Salgan de mi casa *ahora mismo* —repitió Rocky.

—En cuanto a la pista de aterrizaje… —terció Macauley.

Rocky se volvió de golpe y alzando la voz dijo:

—Usted es el maldito ejército de Estados Unidos, puede hacer lo que le venga en gana, y ahora *salga de mi casa* antes de que lo eche a patadas.

Tendió el brazo hacia la puerta y Schiff vio por primera vez que la mano izquierda de Rocky era como una pinza de bogavante, le faltaban los dedos anular y medio.

Macauley se encasquetó el sombrero y se dirigió a la puerta a paso de marcha. Schiff trató de llamar la atención de la mujer de la capa roja (se negaba a mirarlo) para disculparse con la mirada, acto seguido los dos se encontraron en el coche y tal vez alguien había cerrado la puerta de un portazo a sus espaldas como gesto furioso, y tal vez alguien se había atrevido a soltar una blasfemia, pero Schiff tuvo sus dudas. Los residentes tenían demasiada clase.

—Esta misma tarde mandaré para aquí al Cuerpo de Ingenieros. Serán *dos* pistas —amenazó Macauley.

Hasta ese momento el general no había pronunciado ni un solo insulto. Pero Schiff lo vio venir; también Hauser. Ya casi habían llegado a la carretera.

—Que le den por culo —ordenó Macauley al fin.

Despedirse de Hauser fue especialmente incómodo, pues ¿qué se

suponía que debía decirle, *escríbame*?

Cuando no sabes leer, ¿qué sentido tiene *mantenerse en contacto?* ¿Qué sentido tienen las cartas? El muchacho iba a llevar al general a Independence, donde debía encontrarse con el jefe de redacción de *The Inyo Register*, de ahí a Big Pine y luego a Bishop, a estrechar más manos de lugareños. Al concluir la misión, calculó Schiff, al muchacho le darían otro destino, donde fuese, en un sistema que no había sido diseñado para honrar a jóvenes como él.

Tenga, para usted: Schiff le entregó el regalo envuelto en papel de estraza.

caray, soltó Ricky por lo bajo, y Schiff temió que le diera por ponerse a lagrimear.

—No puedo aceptarla, señor Schiff. Es demasiado buena.

Era una pluma Schaeffer, ni siquiera una Waterman; Schiff había comprado media docena para su viaje a California, más dos docenas de frascos de tinta de su color preferido, el violeta.

—La he cargado de tinta, pero puede cambiar de color.

—Le juro que la conservaré hasta que me muera.

—Pues no vaya a hacerlo en breve, soldado…

Luego, por supuesto, el muy pueblerino fue y le dio un abrazo.

Schiff tenía cita con el reverendo Leslie, de los metodistas, en la casa parroquial de la calle Primera y, a decir verdad, cuando tuvo que decidir cuál de los ministerios cristianos visitaba primero —el episcopaliano, el congregacionalista, el baptista—, había elegido al metodista por su apellido.

Trabajar en Washington, trabajar para el gobierno federal, hace inevitable que captes la tendencia cristiana, las referencias a Dios, los apretones de mano secretos, pero a Schiff le faltaba dominar las distinciones entre sus tribus. No sabía diferenciar entre un feligrés de la iglesia baptista y uno de la Primera Iglesia de Cristo (a él le parecían todos iguales), pero, cuando el reverendo Leslie le abrió la puerta de la casa parroquial, lo vio

muy en su papel, como si fuera una buena decisión de casting para una película de Capra.

Se acomodaron en la sala de estar, donde el reverendo había preparado té (sin galletas), y Schiff sostuvo el sombrero en equilibrio sobre una rodilla, se fijó en la cesta con lana y agujas de tejer que había en el suelo y en las macetas de violetas del alféizar y se preguntó si habría una señora reverenda en alguna parte de la casa o si los metodistas veían con malos ojos el congreso sexual entre sus clérigos (jamás lo entendería).

El reverendo Leslie era alto, flaco, rosado y sano, pero la cualidad destacada que proyectaba —Schiff se alegró de descubrirlo— era la inteligencia. Es té oolong, anunció mientras lo servía.

—No me avergüenza reconocer que he hecho acopio.

Schiff inhaló el vapor y pensó que olía a asfalto.

—Veamos, pues —dijo el reverendo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Schiff le explicó el motivo de su visita, le habló del campo y comprobó que sus ojos grises se ponían más serios mientras le hablaba.

Válgame…, son muchísimas almas.

—Sí —dijo Schiff—. Mucha gente.

—…y tendrá que mantenerla ocupada. Hombre ocioso, hombre peligroso… —La mirada del reverendo se posó en la cesta con lana y agujas de tejer y volvió a Schiff.

—Confío en que pueda ayudarme a encontrarles trabajo. En la comunidad. Un colega mío está montando el campo de Minidoka, en Idaho, y ya ha conseguido que los agricultores de remolacha se comprometan a contratar a los detenidos…

—En el valle del Owens no cultivamos remolacha, señor Schiff. Desde que la ciudad se llevó el agua, el valle se encuentra en una situación desesperada. De hecho, no cultivamos nada. La mayoría de la gente se marchó de aquí hace veinte años, para no volver. ¿Por qué iban a hacerlo?… El DALA se llevó nuestra

labranza. No exagero cuando le digo que, con esas cantidades que baraja, mis feligreses harán cola para que sea usted quien les dé trabajo. Contratará maestros, ¿no es así? ¿Carpinteros? Apenas alcanzo a imaginar lo que tendrá que construir. Para empezar, iglesias. Lugares de culto para esa gente. No hablo solo en nombre de mi parroquia cuando digo que la comunidad religiosa de Lone Pine no cuenta con un espacio consagrado con cabida para tantas personas. Creo que no me alejo de la iglesia —sonrisa fugaz— cuando digo que mis compañeros de las otras confesiones y yo estaremos encantados de oficiar para cuantos congregantes pueda reunir, pero tendrá que construir unas cuantas iglesias más grandes. De todos modos, la mayoría de ellos serán budistas, ¿me equivoco?

—Y sintoístas. Lo que plantea otra serie de problemas.

—¿Qué problemas?

—…para empezar: personalmente, estoy en contra de cualquier religión que pida a sus seguidores que crean que un ser humano puede ser Dios.

—Veo que se refiere usted a Hirohito —dijo el reverendo Leslie con una sonrisa—, pero también espero que sus prejuicios no lo pongan en contra de Cristo.

—En el sintoísmo, el emperador de Japón es Dios, como Cristo en el cristianismo, pero al menos Jesús no mandó a sus partidarios a bombardear Pearl Harbor.

—¿Me está diciendo que si al final se encuentra usted con, digamos, un tres por ciento de los «detenidos», trescientas personas, según sus cálculos, que profesan el sintoísmo y veneran al emperador de Japón como deidad, se negará a permitir a esos ciudadanos de Estados Unidos que practiquen su religión mientras se encuentren bajo su custodia?…

—Según la ley…

—Ah, muy bien, recíteme la Constitución.

—…en virtud de la declaración de guerra y de la Ley federal sobre traición y con arreglo a dicha ley, así es, señor, eso tendría

que hacer.

—«Tendría» que abolir la primera enmienda, sobre la que fundamos nuestro país.

—Ya lo ve usted, estoy contra las cuerdas. He dicho «tendría que hacerlo». Galileo «tuvo que hacerlo». No he dicho «lo haré».

—Me ha comentado que ha estudiado Derecho. ¿En qué rama se ha especializado?

—En derecho constitucional.

—Dios encuentra el modo de equilibrar los poderes. ¿Necesita que lo ayude a exponer su caso a los miembros de las demás confesiones de Lone Pine?

—Ya me las arreglaré, gracias.

—Le enviaré una lista de mis feligreses con sus oficios; músicos, por ejemplo, deberíamos conseguir instrumentos para enseñar música y, por supuesto, le puedo facilitar todas las Biblias que le hagan falta. En cuanto a la enseñanza de música, puede dirigirse a la mayor de las señoritas Rhodes. Actuaba en la ciudad de Nueva York.

—¿Era actriz?

—Estuvo en el Carnegie Hall, fue la arpista más destacada de su época. Famosísima. Hizo giras por Europa. Tocó para los reyes de Escandinavia. Después, cuando murió la esposa de Rocky, Caswell se vino a California para ayudarlo a criar a sus hijos. —Se detuvo—. Lástima lo del hijo —añadió—. Me temo que ha sido un duro golpe para el viejo.

—Lo he conocido. Esta mañana me ha echado de malas maneras.

—Ah, en el valle no eres nadie hasta que Rockwell Rhodes te ha echado de malas maneras de Las Tres Sillas al menos en una ocasión. La última vez que me pasó fue por los huérfanos de Checoeslovaquia. Rocky me acompañó a la puerta y me dijo que no regresara hasta que estuviese dispuesto a ocuparme de los huérfanos de la guerra del valle del Owens.

—¿Hubo una guerra en el valle del Owens?

—La guerra del agua.

—Pero ¿… hubo tiros? ¿Hubo muertos?

—Claro que hubo tiros. Y alguien, nunca se llegó a probar la identidad del culpable, voló el acueducto que hay como a dos kilómetros y medio de aquí. El suministro de agua a Los Ángeles quedó interrumpido durante días. Casualmente fue por esa época cuando Rocky perdió los dedos. Hay quien asegura que eso pasa con la dinamita cuando no se tiene cuidado.

A las seis de la tarde había oscurecido y Schiff, de vuelta en el hotel, estaba hecho un basilisco por culpa del teniente del Cuerpo de Intendencia, que no se había presentado. Hizo unas cuantas llamadas furiosas antes de ir a la oficina de telégrafos de la estación de trenes, donde disparó unas cuantas palabras airadas a los amigos del ejército. Después, tras decidir que ya estaba harto de hablar, subió por la calle Principal hasta el Lou's.

Era el tipo de local que te gustaría encontrar en una aldea pintoresca al final de un largo viaje, cómodo y acogedor, más sofisticado que los demás establecimientos del pueblo, y, en cierto modo, por sus detalles, su decoración, su servicio de mesa y los cuadros de las paredes, sugería que en el centro de su concepción había una discreta fortuna pero el dueño había invertido la mayor parte del dinero no en la ostentación sino en la buena comida.

Al entrar te encontrabas en una plataforma elevada; metro y medio más abajo estaba el comedor. Todos veían quiénes habían venido y quiénes se marchaban, y tenías la ocasión de echar un vistazo a las mesas antes de bajar por las gastadas escaleras de madera hasta la sala cálida y aromática.

Las ascuas ardían en la chimenea y las cortinas de encaje cubrían la ventana larga que daba a la calle. Había una docena de mesas, todas para cuatro, unas pocas de ellas ocupadas,

aunque Schiff comprobó que otras habían quedado libres hacía poco (porque aún no habían retirado los platos sucios). Nadie recogía las mesas, nadie recibía a los clientes porque, mientras Schiff examinaba la sala, nadie se presentó para acompañarlo a una mesa. Los comensales que seguían sentados, en su mayoría hombres, llevaban el uniforme del DALA, aunque las dos mesas más próximas a la barra las ocupaban parejas de hombres y mujeres. La encimera de la barra era de zinc, con todo el aspecto de proceder de alguna taberna del Lejano Oeste. Detrás colgaba un espejo emplomado, del tamaño de una mesa de billar. En las paredes había fotogramas enmarcados de películas filmadas en la zona, rodadas en Alabama Hills con la sierra al fondo, y varias fotos en papel brillante autografiadas por las estrellas («Salud», Cary Grant. «Mucha suerte», John Wayne). La iluminación de la sala invitaba a conversar —en cada mesa había velas en vasos bajos— y la luz más brillante venía de la cocina, que se veía a través de la puerta abierta del fondo.

Schiff se dirigió a una mesa libre en un rincón, junto a la chimenea. Un mantel a cuadros blancos y rojos, con un recuadro de papel de carnicero encima, cubría la mesa. Había una vela, una alcuza con lo que parecía aceite de oliva, un plato de sal, un molinillo de pimienta, un ramequín con mantequilla y dos tarritos Mason sellados que contenían algo someramente parecido a un paté rosa pálido o carne en conserva. Los platos y los cubiertos no estaban puestos. Había llevado dos libros para leer (los dos sobre Japón), los dejó encima del papel de carnicero, y después cayó en la cuenta de que debía ir a la mesa larga debajo de la cortina de la ventana donde se veían pilas de platos (de porcelana fina), servilletas de tela, tarros con cuchillos y tenedores de plata (plata auténtica), una cesta con *baguettes*, vasos (de cristal, nada menos) y garrafas de vino y agua.

Eligió la silla que miraba a la sala, la chimenea quedaba a su derecha, la mesa donde estaban los dos hombres del DALA, frente a él. Cuando se sentó, el que parecía más simpático de los dos

inclinó la cabeza y saludó con un «buenas noches». El otro entornó los ojos.

Antes de que le diera tiempo a responder al saludo, una rubia delgada, vestida con vaqueros y camisa vaquera azul, un largo delantal blanco amarrado a la cintura y una servilleta blanca metida en las tiras atadas, salió briosa de la cocina, con una bandeja de cafés y tarta que sirvió, muy eficiente, sin decir palabra, a los hombres sentados delante de él.

Cuando la chica se volvió hacia él, Schiff se puso de pie, como dictaban las normas de cortesía.

¡Señorita Rhodes!

—Señor… Schiff.

(Pronunciado fríamente; pero vaya si se alegró de que se acordara de su nombre.)

—¿… se marcha?

—No, acabo de llegar. ¿Trabaja usted aquí?

(Siendo una mujer de familia adinerada, Schiff no veía la necesidad.)

Ella hizo caso omiso de la pregunta y dijo:

—¿Qué le gustaría cenar?

—Déjeme ver —respondió sentándose—. ¿Hay un menú?

Ella le indicó la pizarra.

En la pared, encima de la plataforma, junto a la entrada, dominaba la sala una pizarra con el menú escrito. Él ni siquiera la había visto…

Soupe

Salade

Charcuterie Pescado

Caza

Aves

Viandes

Pastel

Tarta

La miró, desconcertado.

—Es el menú, señor Schiff, no la piedra de Rosetta.

—Sorpréndame.

Ella le lanzó una sonrisa que él interpretó como juguetona, quizá burlona; ella se volvió y él añadió:

—Antes de que se vaya —dijo indicando los dos tarritos de su mesa—, ¿qué es todo esto?

—*Confits*. Ese de ahí es de pato, el otro es de trucha ahumada. Los dos de la zona. —Le dio la espalda y habló con los hombres de la mesa de al lado—. Señor Cooper…, señor Snow: ¿todo a su gusto esta noche?

Schiff notó la tirantez entre ellos.

—Es que yo soy más de filetes —le contestó el que ella había llamado Snow—. ¿Cómo es que nunca veo a su padre comer aquí?

—A mi padre le gusta elegir con quién se junta.

—Dígale que pensamos en él. ¿Qué tal su prometido?

Los ojos de Schiff inspeccionaron las manos de ella, entrelazadas a la espalda, y ahí estaba, la alianza.

un anillo simple sin piedras preciosas, y en la mano adecuada.

Ella regresó a la cocina y Snow se quedó sentado, mondándose los dientes. El otro, el que se apellidaba Cooper, le dijo a Schiff:

—¿Ha venido a pescar?

—No, yo no, señor.

—¿A cazar uapitíes?

Schiff consideró por un momento la idea de contar la verdad a aquellos dos desconocidos; al fin y al cabo, el anuncio oficial aparecería el viernes en la primera plana de *The Inyo Register* y,

si algunos habían recibido noticias anticipadas sobre el campo de internamiento serían esos hombres del DALA, qué diablos,

quizá ya habían visto los planos, incluso trabajado en todos los conductos y desvíos, las tuberías y zanjas necesarias para llevar agua a diez mil personas. Pero la guerra era la guerra: había carteles por doquier en los que se advertía que irse del pico manda barcos a pique (terrible recordatorio de aquel día de diciembre en Pearl Harbor). Si el estado de ánimo del país no era exactamente el miedo (era más exacto decir la sed de venganza), seguía siendo una idea irresponsable fingir que los ataques habían concluido, que Pearl Harbor era algo puntual y que el enemigo no volvería para una segunda ronda, así que PRECAUCIÓN era la palabra clave para todos los ciudadanos —sobre todo para los empleados del gobierno— CUIDADO CON LO QUE DICE. No diga NADA. Y dígalo de un modo que suene creíble.

—Yo no cazo —dijo Schiff.

—He notado que conoce usted a la joven señorita Rhodes —comentó Snow.

Schiff hundió un cuchillo en uno de los tarros, sacó un poco de *confit*, lo untó en el pan y se lo metió en la boca para no verse obligado a contestar.

(pero ¿qué diablos era aquello? ¿…lo *mejor* que había probado en la vida?)

—Juraría que el otro día lo vi cerca del lago —insistió Snow—. Juraría que el tipo al que vi era usted.

Lo único que mejoraría el sabor que llenaba la boca de Schiff sería un trago de tinto fuerte, de modo que bebió un poco.

—No he entendido a qué ha dicho usted que se dedicaba —aventuró Snow.

—Trabajo para el gobierno —se decidió a reconocer Schiff—. En el Departamento de Interior.

—¿Está compinchado con Rhodes? —preguntó Snow poniéndose de pie—. ¿Qué rayos está tramando ahora el muy hijo de puta? —Snow echó un vistazo a su compañero de trabajo—. ¡Debimos pararle los pies al muy cabrón hace veinte años!

Tras recobrar la compostura, se marchó, muy ofendido.

Cena con espectáculo:

Schiff se lo pasaba en grande.

y encima se deleitaba la vista con la hermosa señorita Rhodes.

—Disculpe a mi amigo Snow, la enemistad viene de lejos —dijo el hombre que seguía sentado a la mesa.

Le cubría el regazo una servilleta con la que se limpió la mano antes de tendérsela a Schiff para presentarse:

—Cooper. Como soy el hijo, me llaman Deuce Coop. *Deuce*, de «dos», ¿sabe usted? El hijo de Deuce sería «Triple». ¿Me entiende?

Schiff le estrechó la mano y le dijo, *Schiff*.

—¿Se aloja en Las Tres Sillas?

—No, en el Dow.

—…como Snow y yo.

Cooper se limpió la boca y se levantó.

—…pues muy bien. Entonces nos iremos viendo.

Cuando la hermosa señorita Rhodes le sirvió la cena, Schiff se figuró que Phyllis ya habría puesto a Deuce Coop al corriente de su misión y de quién era. Eso no implicaba que la versión del cotilleo de la recepcionista fuera exacta (no lo había sido la noche anterior) pero —vaya usted a saber— a esas alturas el pueblo entero podía haber oído una de las muchas versiones de la verdad.

rillettes de pato: no exactamente paté; terroso, sin excesiva grasa; creyó detectar un regusto a… ¿coñac? En el otro tarro, el de tono rosa pálido: *rillettes* de trucha ahumada. Solas, una especie de deleite salvaje: pero ¿con pan? ¿con vino? Notabas que se te deshacían en el pecho.

La relación de Schiff con la buena comida no nació hasta que empezó a trabajar en el Drake (siempre había tenido una

relación con la comida —con la sencilla—, si así podía llamarse lo que salía de los fogones de Rima) (y considerarla comida era generoso). Tal vez fuese el descubrimiento de los ingredientes frescos (tal vez fuese el descubrimiento de la nata), pero llegó a reconocer que tenía un paladar muy sensible, que era capaz de «ver» un caldo, una salsa —cualquier sustancia—, «verla» en la boca, detectar sus capas y su orquestación, un aspecto de su hombría que podía parecer poco masculino: las mujeres cocinaban, las mujeres se preocupaban por la presentación de la comida y sus sabores; los hombres comían ternera. Los hombres norteamericanos comían por apetito. Los hombres norteamericanos comían para producir grandes músculos; Grandes Pensamientos; esperma. Su interés por cuanto salía de la cocina del Drake había llamado la atención, primero de los segundos jefes de cocina («…anda, prueba esto, chico»), después, del jefe de cocina, y por último, del jefe de comedor; cuando se dieron cuenta de que sabía hablar de comida con los clientes, no tardó en llegar el momento en que dejó de recoger mesas para situarse por debajo del jefe de comedor mismo y del camarero principal, que eran mucho mayores que él, contaban con formación y venían de Francia. (Y para los dos, el servicio culinario era Una Profesión para Toda la Vida.)

Schiff no quería vivir de eso (casi no cocinaba), pero no se le escapaba que, en comparación con la mayoría de los hombres, se le daba mejor apreciar la comida, tenía más habilidad (¿estaba mejor dotado?) para saborearla, hasta había llegado a considerarlo una especie de maldición, porque hacía que en los viajes, en el trabajo, comer fuese un desafío a sus sentidos. En casa, su padre había soportado lo que cocinaba Rima (una vez más: si lo suyo podía considerarse cocinar); se había pasado la vida viendo a su padre engullir los alimentos como si no se percatara de con qué se había llenado la boca. Como si no supiera distinguir entre algo con potencial para ser una experiencia trascendente y aquello que simplemente estaba ahí.

Dime lo que comes y te diré quién eres, había concluido Schiff.

Te diré cómo razonas.

Te diré cómo amas.

La hermosa señorita Rhodes no volvió a salir; el primer plato se lo había servido una mujer rechoncha y aindiada, con sandalias de paja, falda de percal y ojos de carbón.

—*Charqui* —dijo, y estampó un plato de lonchas de carne fría (con ensalada) delante de él.

La ensalada era de esa lechuga francesa que Schiff había oído a la gente llamar «trocadero»; era mantecosa y ligera, con su aliño de pimienta y suero de leche un punto ácido. Pero la carne —de un alarmante tono carmesí, veteada de grasa, fina como el papel— se parecía sospechosamente al jamón.

Y, por motivos ancestrales, Schiff evitaba el jamón.

Disculpe, le dijo a la india. ¿Qué tipo de carne es esta?

—*Charqui* —repitió.

En un acto reflejo, Schiff echó un vistazo a la pizarra en busca de alguna pista.

¿Cerdo?, preguntó.

—No cerdo.

La mujer se colocó las manos sobre la cabeza y desplegó los dedos (lo que la hizo parecer un poco loca).

Schiff cortó un trocito de carne y lo mordisqueó: curada en sal y luego ahumada. No era dulce. De hecho, el sabor fuerte y la nota brillante de la ensalada se equilibraban.

Dejó el plato limpio.

La mujer volvió, depositó frente a él un bol humeante y anunció: *Pescado*. Desprendía un delicado olor a pescado, eso seguro, pero también a estragón y mantequilla. Varias esponjosas bolitas de masa con forma de huevo flotaban en una salsa cremosa, coronadas por un montoncito de huevas de reluciente color naranja. *Quenelles*. Probó una. *Quenelles de*

trucha. Por el amor de Dios, ¡quién diablos se tomaba la molestia de preparar *quenelles* de trucha en Lone Pine, California! Recordó haber visto al chef de pescados en el Drake golpear la carne, dándole forma a la maldita mezcla, moviéndola de acá para allá entre dos cucharas (imagina la rara intensidad que se requiere cuando hay que hacer algo así) y se acordó de que las *quenelles de lucio* eran uno de los platos de pescado que más le costaba colocarles a los clientes —*vendérselo*— y se acordó de que ya por entonces salía a tres dólares, más caro que un filete. Fuera quien fuese el tal Lou que dirigía ese local, estaba desaprovechado en un pueblo como este. Incluso esa única vez al año en la que la gente del cine iba al pueblo, ¿con cuántos cubiertos podía contar? ¿Veinte por noche? ¿Y cómo conseguía esos ingredientes? Desde el comienzo de la guerra los alimentos estaban racionados en todo el país —Schiff también se enfrentaba a ese problema, encontrar el modo de dar de comer tres veces al día a tantas personas en Manzanar—, ¿de dónde sacaba ese tipo la comida? ¿Y cuánto iba a costarle la cena? La de la noche anterior (con las cervezas y la propina para el repartidor) había ascendido a un dólar pelado, y ahí estaba él, trasegando una segunda copa de vino sin la menor idea del precio.

Un hombre con aspecto de toro y calva reluciente salió de la cocina y echó otro tronco al fuego; Schiff le sonrió sin obtener reacción alguna. El hombre recogió los platos sucios de la sala, los dejó en la barra, se fue para la cocina y regresó a la mesa de Schiff con un tercer plato (inesperado).

—¿Es usted Lou?

—Soy Vasco.

—¿Es usted el chef?

—…*Vasco*.

Vasco dejó que Schiff apreciara el plato que tenía delante —tres delicadas chuletitas de cordero dispuestas en forma de tipi

sobre una salsa de un verde intenso (¿sería de perejil?), rodeadas de un montoncito de zanahorias y chirivías asadas, al lado de dos tostadas de pan rústico sobre las cuales había dos cabezas de ajo enteras, a la brasa y abiertas, en cuyo interior cada diente se había convertido en mermelada.

Al cabo de unos minutos, cayó en la cuenta de que había estado tan concentrado en comer que no se había enterado de que los demás comensales se habían marchado, ni tampoco del tiempo que llevaba sentado ahí solo.

Se reclinó en la silla y dejó que el placer de la comida hiciera efecto, y en ese momento le dio igual cuánto fuera a costarle. Había saldado la deuda de sus estudios universitarios, no tenía hermanos, de modo que tampoco sobrinos de los que ocuparse (ni novia), disponía de techo y comida gratis para el futuro inmediato (en cuanto pudiera terminar de construirlo) y no era vanidoso ni propenso a los vicios (aparte de comer bien) (y comprar más libros de los que tenía tiempo de leer). No había tocado ninguno de los dos libros que había llevado al restaurante, de modo que, mientras esperaba la cuenta (o el café y el postre), abrió el que estaba encima (un manual de conversación inglés-japonés traducido del original holandés-japonés del siglo XIX).

En los debates preliminares sobre la organización, había surgido la cuestión de si debían permitir o no (en cuanto Órgano de la Guerra) que se hablara japonés en los campos. Se suponía que, dado que la mayoría de los detenidos provenían de California y eran casi todos ciudadanos de Estados Unidos, la mayoría hablaría inglés, pero alguien había sugerido que habría un grupo, predominantemente de mayores, que, si hablaba inglés, sería *pidgin*, con sílabas entrecortadas, y no sabría leer ni una palabra en yanqui ni en el inglés de Cristo. Schiff defendió que sería imposible hacer cumplir la prohibición de hablar japonés. ¿Qué vamos a hacer?, ¿metemos policías por las noches en los barracones, escuchamos lo que dicen cuando están solos

en la cama?

Como hombre en el puesto de administrador, pensó que sería diplomático (y cortés) tener a mano un par de lugares comunes; por ello había confeccionado una lista de palabras y frases:

> Hola.
> Gracias.
> Hay nieve en la montaña.
> ¿Cómo se dice esto en japonés?
> ¿Le puedo ofrecer un chicle?

Según el manual de conversación traducido del japonés al holandés y del holandés al inglés, no existía una única fórmula para decir «hola», sino que había una serie de saludos en función de la hora del día y, entre ellos, Schiff creyó que «buenos días» sería probablemente el más útil. Se pronunciaba *ohayo gozaimasu*.

Aunque no hubiese tomado dos copas de vino, a Schiff le iba a costar recordarlo a menos que encontrara una regla mnemotécnica pegadiza (método que lo había sacado de apuros en la Facultad de Derecho).

> Hoja y oh goza, y más Uh.

¿qué historia podía inventarse para eso?

hoja y (esa parte era fácil):

oh goza, y más Uh.

Schiff repitió *hoja y oh goza, y más uh* hasta que empezó a sonar natural (acompañado de un pequeño gesto, gracias en gran medida al vino).

«Gracias», dijo por lo bajo: *domo arigato*.

> *Do mo a ri ga to*.

Domo el gato de Ari: domo ari gato.

Estaba claro que el personal de cocina se había olvidado de que seguía en el comedor, de modo que se puso a recoger los platos de su mesa y de las otras y los depositó en la barra, repitiendo constantemente gracias y buenos días en eso que esperaba que sonase a japonés. Detrás de la barra había un fregadero doble; se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. De la cocina le llegaron unas carcajadas y alguien encendió la radio. Schiff organizó platos y cubiertos para fregarlos, empezó por *cuanto tocan los labios* (copas primero; luego, la plata; por último, los platos). Solo entonces se fijó en que la cubertería de plata estaba grabada —con una erre y una uve doble entrelazadas— y se preguntó si se referirían a «Ralph Waldo» o a «Walter Raleigh». La señorita Rhodes llegó entonces secándose las manos con la servilleta que le colgaba de la cinturilla del delantal. Pareció sorprendida al verlo.

—Ya sabe usted, señor Schiff, que es un mito eso de fregar los platos cuando no se puede pagar la cuenta.

Él comprobó que ella evaluaba su forma de lavar la vajilla.

—La habría pagado con gusto, señorita Rhodes, si hubiese venido alguien a cobrarme.

—Para eso tenemos el tarro de la honradez.

Con una inclinación de cabeza le indicó el tarro prominente colocado al final de la barra.

Schiff buscó un trapo para secarse las manos.

—…o si alguien se hubiese molestado en decirme cuánto debo.

Ella se coló detrás de él, fue al extremo de la barra y movió el tarro para que él viese el cartel que llevaba pegado.

PLATOS PRINCIPALES: SETENTA Y CINCO CENTAVOS TODO LO DEMÁS: VEINTICINCO CENTAVOS

Ah, dijo Schiff. *Domo arigato*.

Se puso la chaqueta, hurgó en el bolsillo, contó el dinero y lo echó al tarro.

Quedaron frente a frente, cada uno a un lado de la barra.

—Muy buena la comida. Excepcional.

—Me alegro de que la haya disfrutado. —(Ni una sonrisa.)

—¿Anda Lou por ahí?

Notó un cambio en los ojos de la mujer. Se echó atrás y añadió:

—Sé que esta mañana no he empezado con buen pie…

—…pues no.

Comenzó a caminar de espaldas hacia su mesa para recoger el abrigo y los libros y añadió:

—…y le pido disculpas por lo que puede haber parecido como una descortés intromisión en su familia en un momento de dolor… —Chocó con un par de sillas—. Y lamento mi insistencia y la del general en sacar un tema que debe de ser delicado para su padre…

—El DALA.

(Él se refería a los japoneses.)

—Sí, claro —(había cogido el abrigo y buscaba los libros)—, pero he pasado el día con los representantes de las iglesias locales y me han asegurado el apoyo de la comunidad, por eso le pido que me dé otra oportunidad para exponer mis motivos.

(Volvió a la barra.)

—Claro —dijo ella. (Todavía indiferente.)

—Si es tan amable de presentarme al dueño, me gustaría tener ocasión de hablar con él. —(Le resultó imposible descifrar la mirada de ella. No encontró señal alguna de lo que estaba pasando en aquellos ojos azules)—. Si no me puede presentar a Lou, al menos al chef, o a quien pueda aconsejarme sobre cómo contratar a los productores locales…, las lecherías…

—Claro —repitió ella—. Eso se lo puedo decir yo.

Del bolsillo interior de la chaqueta, Schiff sacó una pluma y sus libretas.

—Muy bien… —dijo, pasando las páginas.

—¿El número que ha dado esta mañana es real?… ¿Diez mil?

Schiff dijo que lo era.

—En tal caso tendrá que importar toda la comida o cultivarla usted mismo.

—Pero ¿qué se cultiva por aquí? ¿Qué es lo que la tierra soporta?

—¿Suponiendo que tengo agua? De todo: cereales, legumbres, la mayor parte de las verduras…

—¿Qué no puedo cultivar?

—Arroz, probablemente no. Demasiado frío para los olivos y los aguacates. Esa lechuga que se ha comido es de invernáculo, pero la cultivo a pequeña escala, con calefacción todo el invierno…

—No he conseguido adivinar de qué era la carne.

—Bambi.

—¿Me ha dado de comer *cervatillo*?

—Venado.

El calvo y la india salieron de la cocina cargados con la cena; la joven le preguntó algo al calvo en una lengua que Schiff jamás había oído y entablaron un breve diálogo.

—Este es Vasco —le dijo ella a Schiff.

—Nos hemos presentado.

—Y esta es Pie —dijo señalando a la india—. Vasco vino del País Vasco. Los vascos se establecieron a ambos lados de la sierra, criaban ovejas para los del ferrocarril. Le he preguntado dónde puede conseguir buen cordero…

—Vaya, el cordero se sale del presupuesto.

—No descarte el cabrito. Vas le dirá con quién tiene que hablar en Bakersfield…

Schiff dejó de tomar notas.

—Bistec suizo —dijo ella—. *Cabrío.**

—¿Qué quiere decir con eso de «bistec suizo»?

—Se prepara con esa carne. El ejército intentó requisarme las mías, pero son lecheras.

A Schiff se le ocurrió una idea.

—¿Y queso?

—Y leche. Y mantequilla de cabra.

—¿Qué comen las cabras?

—Cualquier cosa si uno se descuida.

—¿Hay reses en este valle?

—Al norte de Bishop. Pero el ejército ya ha pasado por ahí.

—¿Cree que podría organizar una reunión lo antes posible para que mi contacto en el Cuerpo de Intendencia y yo podamos hacerles consultas a usted y a Lou?

(Otra vez la misma mirada ausente):

—Lo intentaré.

—¿Qué tal mañana por la noche?

—¿Volverá usted mañana por la noche?

Él retrocedió sin dejar de mirarla a los ojos y le preguntó:

—¿Por casualidad no sabrá qué pondrá Lou en el menú?

—No sabría decirle… Lou tiene una letra…, no he recibido de Lou una instrucción legible en toda mi vida.

Ella sabía perfectamente bien que al día siguiente habría un *cassoulet* de salchicha de jabalí. Ya había puesto a remojo los frijoles blancos.

—¿Dónde aprendió a lavar platos, señor Schiff?

Él fingió la urgencia de quien está a punto de perder el tren.

perdone, señorita, tengo prisa. He de tomar un poco de aire helado de montaña.

porque ¿sinceramente?

¿Y usted dónde aprendió a ser tan rubia?

DESTRIPATERRONES, menuda palabra para describir un trabajo.

Fresas, tomates, melones, lechugas, espinacas, algodón, arroz:

para recolectar precisas obreros a los que puedas mantener a pleno sol trece horas día tras día sin rebeliones, trabajando en los surcos, tan pegados a la tierra que esos recolectores inspiran esporas y tierra, espiran polen o sangre seca. Schiff había visto esos campos de cuerpos encorvados, hombres y mujeres doblados sobre su labor, recogiendo el algodón del sur, y también los había visto en Texas, enjaezados a sus cargas, con un calor tan palpable que, cuando un hombre lo atraviesa, forma ondas como el agua de un estanque. Un calor tan sofocante que coarta el movimiento. Frena el corazón.

Había contemplado a las cuadrillas de negros salir rodando de las traseras de los camiones en la oscuridad, invisibles, navegando en el pálido algodón, galaxia de estrellas afiladas, e incluso él, cínico urbanita, había caído presa del mítico lirismo del trabajo agrícola puro, en contacto con la Naturaleza. Hasta que salía el sol. Hasta que el cielo blanqueado por el calor caía sobre las espaldas dobladas y el suelo se transformaba en una parrilla que desprendía un calor que, como la sangre, te iba subiendo por los pies y por los pantalones hasta la entrepierna. Cada centímetro de tu cuerpo donde hubiese poros desprendía líquido. Solo estando de pie en aquellos campos, tomando notas para el Departamento de Interior a las nueve de la mañana, Schiff ya había empapado la camisa. Había sudado por lugares de su cuerpo que jamás había pensado que pudieran sudar. Y aunque de aquello hacía unos cuantos años, recordaba que sobre el mediodía despedía olor a lo que había comido, y al anochecer, olor a muerte. En el campo, a la altura del pecho, una capa más en la sólida pila de calor —el hedor del trabajo humano— casi lo había dejado sin sentido.

La recolección no tenía nada de bucólico una vez que te acercabas, te centrabas en las caras y en los hombros estrechos, los traseros fibrosos, los brazos y las piernas fibrosos, los cuerpos fibrosos; las miradas ausentes. Schiff nunca había visitado el Valle Central de California —su trabajo para el Departamento de

Interior no lo había llevado al Oeste hasta que lo mandaron allí, a Manzanar— pero había leído informes. Había leído, por ejemplo, que la cuarta parte de los alimentos de mesa producidos en Estados Unidos provenían de esa zona de California. Todas las pasas de uva (hasta la última). Una superficie de un tamaño aproximado al de Inglaterra (seis millones de hectáreas), ese valle de California producía el noventa por ciento de las ciruelas del país, el sesenta por ciento de las uvas y las almendras, el cuarenta por ciento de las patatas, los melocotones, los cantalupos, una cuarta parte de las zanahorias, los tomates y el algodón, y si se sumaba el total de la producción agrícola de Estados Unidos por estado, solo ese valle de setecientos veinticuatro kilómetros de largo, a unos pocos cientos de kilómetros de donde él se encontraba, ocupaba el cuarto puesto después del estado de Iowa entero, del estado de Illinois entero y del maldito estado de Texas al completo.

Schiff recordaba las conversaciones de los muchachos del agro, los dueños de aquellos algodonales del sur, cuando hablaban de lo agradables que serían sus vidas si algún tipejo listo de la industria llegase a descubrir cómo eliminar del algodón el factor humano. Si hemos conseguido que un hombre cruce el océano en avión, ¿por qué no podemos inventar algo que recoja nuestro algodón? Quitar del proceso a los humanos del mismo modo que las trilladoras los quitaron del trigo. Con la gasolina y el gasóleo baratos, una sola máquina podría recoger un campo entero en menos tiempo de lo que tardaban cien negros, y después podrías arrendarla por todo el condado sin necesidad de darle cama, comida ni letrinas de campo ni enfrentarte a la maldición de la holgazanería. Sería posible aumentar los beneficios y sacar mejor provecho si se pudiera eliminar la mano de obra y reemplazarla por una herramienta cuyas únicas necesidades fueran el combustible fósil y el mantenimiento ocasional.

MANO DE OBRA BARATA: en la carrera por reducir costos, mantener

los beneficios altos y los precios bajos por el bien del país entero, nada supera la sustitución de los seres humanos por máquinas salvo cuando encontrar combustible para alimentar a la bestia resulta demasiado caro. Si llegabas a ser lo bastante grande —si producías lo suficiente para alimentar a muchísima gente, como Sunkist, por ejemplo, o Dole o ConAgra—, el gobierno se encargaría de que tuvieras suficiente de ese oro negro para mantener tus tractores en marcha; pero si eras un granjero mediano o un pequeño agricultor dedicado, por ejemplo, al cultivo de productos no esenciales como los espárragos o las rosas, desde lo de Pearl Harbor, el acceso al combustible estaba racionado —cortado— y para llevar tu cosecha al mercado estabas obligado a volver a empezar de cero, al Antiguo Testamento: mano de obra barata.

Lo que a Schiff le llegaba —lo que a todo el Departamento de Interior le llegaba de los agricultores californianos— era, en primer lugar, una respuesta de gratitud por encerrar «al enemigo amarillo» en todo el estado, seguida, en segundo lugar, de una queja inmediata: ¿Por qué no construyen las cárceles más cerca de los cultivos? ¿Dónde diablos se supone que debemos ir a buscar destripaterrones?

A México, aparentemente.

A la semana de aprobada la Orden Ejecutiva 9066, que establecía el encarcelamiento forzoso de todos los japoneses norteamericanos de la zona de exclusión costera, el estado de California lanzó su programa *los braceros*,* un reclutamiento agresivo en México de «brazos fuertes», un cuerpo de temporeros migrantes para sustituir a lo que había sido la mano de obra fija formada por ciudadanos residentes de ascendencia japonesa.

Como ocurre con el agua de un pozo limpio, había escrito Schiff a sus jefes de Washington: cuanto más quitas por arriba, más sube de abajo.

California tenía su historia con los destripaterrones hispanomexicanos, empezando por las poblaciones de indios

nativos, seguidos de la primera oleada de mexicanos nativos esclavizados por los conquistadores españoles y los misioneros católicos; seguidos de los chinos que quedaron tras concluir sus contratos con las compañías mineras y ferroviarias; seguidos de los propios japoneses, que llegaron de Hawái a finales del siglo XIX; seguidos de los provenientes de las Indias Orientales a finales de siglo; seguidos de los filipinos y armenios y después, con la Depresión, de todos los trabajadores pobres de Oklahoma, Texas, Arkansas: glaseado blanco y barato para decorar la tarta arcoíris.

Estos últimos eran tal vez los más tristes, pensaba Schiff, porque la mayoría de ellos llegaban esperando privilegios de raza para encontrarse con que los blancos de Sacramento y del Valle Central, que un siglo antes habían sido «pioneros», exhibían un tipo de discriminación de clase propio de ese estado: ir al oeste en un Ford T era claramente mucho más de pelagatos que ir al Oeste en una carreta Conestoga. Hasta los Donner tenían en California más pedigrí que la escoria blanca del Dust Bowl.

En California, el debate sobre los recolectores se centraba en el tipo de trabajo que un norteamericano nativo nunca debía hacer.

Un norteamericano jamás debía recolectar para otros. Los norteamericanos *auténticos* no estaban hechos para eso (es decir, estaban capacitados para empleos superiores, trabajos que no les partieran la espalda, trabajos que no los obligaran a *destripar terrones)*. Pon ahí fuera a los chinos, en las hileras más bajas de vides, en los secaderos de pasas planos, están hechos para eso, les fue impuesto, agacharse, forma parte del designio divino, lo mismo que poner a los morenos bajo el sol ardiente en los algodonales, para qué si no iba Dios a hacer

negro al hombre negro marrón al hombre marrón amarillo al hombre amarillo, que apenas levanta un palmo del suelo, es compacto y tiene dedos ágiles. Aquello era darwinismo social a ras del suelo: ¿Qué diablos iba a hacer si no aquella gente? Era el plan de Dios. De lo contrario, Dios los habría hecho altos, de ojos azules y sensibles al sol. Y los habría traído a la vida dotados de botas altas y la lengua alemana.

Si el ejército le hubiese enviado un refuerzo, como dijo que haría, si el ejército de Estados Unidos hubiese sido la mitad de eficaz que el alemán, el tipo del Cuerpo de Intendencia habría llegado la víspera y Schiff no habría tenido que pasarse el día entero al teléfono, mecanografiando impresos de requisa y tratando, sin ningún éxito, de comprar una tonelada de arroz.

Schiff pensaba que el arroz sería un toque humanizador pero, a medida que avanzaba el día y se iba quedando atontado por la ineficiencia y el doble lenguaje de las requisas en tiempos de guerra, empezó a considerar la idea del arroz un estigma. ¿Por qué creía que a los descendientes de japoneses les gustaba más el arroz, santo Dios (las patatas costaban la décima parte), por qué creía que los descendientes de japoneses necesitaban arroz en su dieta? Era un *almidón*, como las batatas o el pan, y su rebatible ventaja radicaba en que era seco y barato de transportar y que se podía acopiar cierto suministro (si llegaba a conseguirlo) hasta el final de la guerra o hasta que las ranas criaran pelo, lo que ocurriera primero.

Así de locas estaban las cosas en la cadena alimentaria (razón por la cual necesitaba al tipo del Cuerpo de Intendencia): California contaba con la segunda mayor superficie de producción de arroz de Estados Unidos (detrás de Carolina del Sur; delante de Minnesota), pero la población para la que quería adquirir arroz a granel era la misma población de la que históricamente procedían los destripaterrones que recogían el arroz, de modo que a la gente para la que quería comprar arroz se les negaba ese arroz en su origen porque su gobierno les

impedía recogerlo.

El tiempo se agotaba; en menos de treinta días tendría diez mil bocas que alimentar y así, a última hora de aquella jornada, de pura frustración, había encargado media tonelada de pasas de uva que recibiría al cabo de tres semanas (baratas; procedentes del mismo estado; transportables; nutritivas; y étnicamente no japonesas). La Cruz Roja de Estados Unidos había suministrado a las tropas que servían en el extranjero unos «packs de buena voluntad» —paquetes de alimentos— y Schiff había pedido a Interior que le enviase uno para tratar de copiarlo y distribuirlo entre los internos a su llegada al campo. En su lugar le habían enviado una lista. (De momento, la Cruz Roja de Estados Unidos se había negado a auxiliar a los campos.)

PAQUETE DE ALIMENTOS PARA EL EXTRANJERO
DE LA CRUZ ROJA DE ESTADOS UNIDOS
CONTENIDO PARA LAS TROPAS EN SERVICIO ACTIVO

450 g de uvas o ciruelas pasas
(Parecían muchas, pensó Schiff, pero todavía no se había enterado del estreñimiento de los reclutas e internos.)
170 g de paté de hígado
(Supuso que la Cruz Roja se refería al *leberwurst* enlatado.)
110 g de café
340 g de carne en conserva
225 g de azúcar
450 g de leche en polvo
450 g de margarina
225 g de galletas
120 ml de concentrado de naranja
225 g de queso procesado
225 g de salmón en lata barritas de chocolate
cigarrillos
jabón

Schiff clavó la lista en la pared con chinchetas y se la quedó

mirando.

Algo más de dos kilos y medio de productos sin contar el embalaje, el chocolate, los cigarrillos y el jabón: mucho que cargar y mucho con lo que hacer trueque, en lugares donde durante años nunca hubo auténtico café, auténtico *leberwurst*. Lugares donde, según los rumores, la gente se comía los zapatos.

Tenía autorización para requisar directamente a los fabricantes y cultivadores, pero la máxima prioridad para Agricultura era alimentar a las tropas y a ambos lados del pasillo en el Congreso ya se protestaba por lo que un bendito imbécil de Oklahoma había llamado «hoteles para japos» financiados por el gobierno. Los diarios de California habían publicado artículos en los que contaban que los productos lácteos racionados se agriaban al sol fuera de los centros de detención temporal, debido a que a los asiáticos les disgustaba el olor de la leche (y de la mantequilla; pero, sobre todo, del queso). Un editorialista de Los Ángeles había escrito: «Estos orientales preferirían mascar pescado crudo antes que probar un pastel de manzana, de manera que ¿por qué llevar nuestros mejores productos a estos lujosos entornos donde los japos se entregan a la vagancia, uno de los cuales cuenta con hipódromo?».

No todos los artículos periodísticos habían sido tan inanes (*era* un hipódromo, imbécil, a la gente la encerraban en cuadras construidas para albergar caballos), pero la falta de compasión —incluso una resistencia almidonada— hacia Schiff si le daba siquiera por aludir a *por qué* necesitaba tres toneladas de pulpa de tomate lo tomó por sorpresa. No se trataba de los prejuicios acostumbrados: los judíos podían vaciarte los bolsillos, los judíos podían dirigir los bancos, los judíos podían practicar la usura, pero jamás ni un solo judío había apuntado con un arma a Estados Unidos, y ¿por qué diablos nosotros, los norteamericanos, juntábamos a los japos y les dábamos protección y los alojábamos a nuestra costa y encima los

alimentábamos mientras a todos los demás se les aplicaba el racionamiento? Percibía el resentimiento en las voces de los proveedores y, cuando por fin tiró la toalla y por segunda noche consecutiva cruzó la calle para ir al Lou's a cenar temprano, pudo verlo en las caras de algunos.

—Se ha desvelado su secreto —le comentó Deuce Coop sin piedad alguna—. La gente no está demasiado contenta.

—Pues no —convino Schiff—, no lo está.

Cuando había entrado, las parejas sentadas a las mesas de cerca de la barra se habían vuelto para echarle un vistazo y en sus miradas Schiff había notado una fría distancia. Incluso Phyllis, detrás del mostrador del Dow, antes tan complaciente, le había dado la espalda. (Quizás alguien le había contado lo del cobertor con encajes embutido en el último cajón.)

—¿Ha conocido a alguno?

Coop había terminado de cenar y tenía en la mano una taza de café negro. Acercó la silla a la mesa de Schiff y repitió la pregunta:

—¿Alguna vez ha visto a un japo de cerca?

—Sí. —Schiff echó un vistazo a la sala en busca de Sunny y se sirvió vino de la garrafa—. En Chicago tuve el privilegio de trabajar con un norteamericano de origen japonés.

—Snow y yo hemos estado hablando toda la tarde de eso. Snow viene de la zona de Colusa, donde cultivan arroz, está al norte de Yuba City, en Marysville, y por allá viven un montón de chinitos, y dice Snow que su familia le contó que, la primera semana después de Pearl Harbor, los vecinos de Colusa empezaron a tirarles cosas a las casas y los negocios de los chinitos, piedras y cosas así, a veces les metían antorchas en los escaparates de las tiendas o en los patios, pensando que los japos y los chinitos son la misma cosa, por eso los chinitos empezaron a colgarse del cuello y a poner en las ventanas unos carteles que decían, «Nosotlos chinitos». —Hizo una grosera imitación y se rio—. Siempre he sabido distinguirlos, de donde yo vengo había

muchos. ¿Sabe cómo diferenciarlos? *Por los sombreros*. Hace poco, unos cuantos armenios se mudaron a mi pueblo, y los armenios, sobre todo, llevan bombín como Charlie Chaplin, son esos sombreros hongo todos redondos por arriba. Los mexicanos llevan unos más grandes que una rueda de tractor, los filipinos usan unos fedora de fieltro de media ala, pero los cubrecabezas de los chinitos y los japos son de dos tipos diferentes, los chinitos se ponen unos sombreros puntiagudos y los japos usan bandanas. Así es como se los puede diferenciar. Bueno…, que me toca dar el callo. Hoy hago turno de noche.

Se levantó y Schiff vio a Snow esperando en la puerta, vestido con el uniforme del Departamento de Aguas.

—Verá usted, señor Cooper —dijo Schiff, entreteniéndolo—, no me ha contado a qué se dedica.

—Estamos de patrulla.

—¿De noche?

—Sobre todo de noche.

—¿Y eso?

—Sabotajes. Animales salvajes. Ahora mismo los principales culpables serían los globos.

Schiff dejó que la imagen surtiera efecto.

—Incendiarios —aclaró Coop—. Lanzados desde barcos japoneses que navegan el Pacífico. Llega a explotar uno en los conductos de agua y tenemos un problema gordo.

Schiff se quedó inmóvil en el asiento y contempló cuanto tenía delante.

—Pero tendrían que pasar por encima de Sierra Nevada.

—Para eso son globos.

—Aun así, suponiendo que pudieran cruzar…

—…ya lo creo que pueden.

—¿Qué podrían hacer si llegaran a ver uno?

—Dispararle.

Schiff se lo quedó mirando y luego comentó:

—Creo yo que volarían muy alto.

—Lo rastrearíamos. Y después le dispararíamos a la carga explosiva. Estallaría allá arriba en las estribaciones, no lastimaría a nadie. Es campo abierto.

—¿Tanta puntería tiene, señor Cooper?

—Snow sí tiene. —Los dos empleados del DALA intercambiaron una señal—. Tendría que ver cómo dispara. Se crio en el campo, cerca de Colusa, tirador de arrozal. Dejó el colegio a los diez años, lleva toda la vida mirando desde la otra punta del rifle.

—¿Tirador de arrozal?

—Sí, cazador de gansos y cosas así. En las rutas migratorias. Resulta que los mejores sitios para cultivar arroz también son los sitios donde a los pájaros que migran les gusta embuchar. ¡Caray, y lo que les gusta el arroz! Los productores pagaban a los chicos de Colusa por cazarlos, les daban armas, les compraban munición, dejaban que los chicos se quedaran con todos los bichos que abatieran. Fíjese si sería bueno Snow que, con lo que ganó cuando apenas tenía diecisiete años, se compró una parcela. El tipo es capaz de dispararle en el ojo a un ratón ciego a más de doscientos metros de distancia.

Le dio las buenas noches a Schiff, se reunió con Snow en la puerta, y cuando iban a marcharse aparecieron otros dos hombres y, por primera vez desde que Schiff había llegado, Sunny salió de la cocina, cargada con platos de comida. Esa era, a ver…, la cuarta vez que se cruzaban —en la carretera rodeada de cabras, en casa de su padre cuando había entrado sin aliento, otra vez allí, la noche anterior— y cada vez, aunque hermosa y grácil, la había visto tensa, a la defensiva, cautelosa como un animal de presa. Al observarla ahora comprobó que sí, que al encontrarse ante Snow y Cooper su cuerpo se puso tenso, reaccionó a los dos tipos del DALA (y quizá también a Schiff) como si representasen una amenaza. Pero en cuanto los dos se marcharon, recibió a los recién llegados con una calidez nunca vista, abrazó a uno e incluso (qué regalo) sonrió. Podía escribir cuanto sabía de ella en un sello postal: era agradable a la vista

(agradabilísima); venía de familia rica pero, a diferencia de las chicas adineradas que había conocido en el Drake o de compras con sus madres por la avenida Michigan y la calle State, Sunny no llevaba artificios, ni barra de labios, ni perfume (que él notara), ni nada salido del catálogo de gestos estudiados de los privilegiados. Ni siquiera llevaba vestido. Sí, se había mostrado fría con él y tal vez un tanto altiva, pero ¿por qué no? Parecía inteligente —y saludable—, y debajo de la tela vaquera y el delantal se filtraba energía bruta suficiente como para indicar que la actividad física se le daba bien y, sin duda, daba la impresión de saber manejarse, si no en un guardarropa, al menos en una despensa bien surtida.

Le gustaban las mujeres que entendían de comida.

—Ha vuelto.

—Tal como prometí. ¿Qué debería pedir esta noche?

—Tenemos pastel de patata con carne de venado, pero anoche ya tomó *carpaccio* de venado. Hay pollo asado, pero debería probar el *cassoulet*. Lleva trabajo. Poco común. Es la primera vez que lo servimos este invierno.

Schiff se encontraba ante una página en blanco:

—No sé lo que significa *cassoulet*. ¿Qué es?

(Ella no sonrió exactamente, pero en sus ojos se apreció cierta picardía.)

—Una especie de estofado… de la cocina francesa. Se suele hacer con oca, cordero y cerdo y alubias blancas, pero el mío lo preparo con pato de la zona y salchicha de jabalí.

Prepara el suyo, creyó haber repetido Schiff. En realidad —las piezas del puzle tardaron un rato en encajar en su cabeza— lo que dijo fue:

—En la cocina no hay ningún tipo que se llame Lou, ¿verdad?

—Lou existe, claro que sí.

—Pero no está allí dentro ahora.

Ella negó con la cabeza.

—Usted es la chef —señaló él. (Debería haberse percatado antes. Debería haberlo *sabido*.)

—Esta noche nada de lo que salga de la cocina es *à la minute*, de modo que puedo quedarme aquí, sentarme con usted, si le parece bien, y así mantenemos esa conversación mientras cena.

¿Es *le parece bien* una frase caída del cielo? Por suerte se había puesto una camisa mejor que la que había llevado para trabajar y la chaqueta del traje (se le antojaba ridículo tratar de vestirse como un vaquero o parecerse a cualquiera que no fuera el hombre que había llegado al pueblo proveniente de Washington), pero no había puesto en juego su encanto interior desde el breve encuentro en aquella cama plegable de Georgetown que había acabado mal. Sabía ahora por experiencia que la oportunidad que se le presentara no vendría de hacerse pasar por Romeo (ese tipo era un mamarracho) sino de un yo más fuerte: el comediante yidis que llevaba dentro.

El menosprecio a sí mismo era mano de santo con las mujeres *goy*, siempre que lo hiciera bien. La clave estaba en no hacerse pasar por gallina o por demasiado cobarde: no era ese el siglo de los judíos no heroicos.

Empezó hablándole de su trabajo de camarero en el hotel Drake para pagarse los estudios. Le contó la historia de cómo había aprendido a comer, cómo había aprendido que existía algo mejor que la espantosa comida de su madre, que la experiencia de cocinar y comer fuera de la cocina de Rima era una *alegría*. Dio al relato de sus experiencias juveniles, de su viaje juvenil para llegar a ser como era, un tono picaresco, triunfante, humano y… tristemente cómico. Convirtió su vida en una sarta de perlas, en una caravana de cuentos de Chaucer, en parábolas teatrales y de subsistencia para conquistarla, entretenerla, incluso a sus expensas, porque una vez que empezó con aquel numerito —una vez que ella empezó a sonreír— se activó un interruptor, ya no pudo contenerse, no consiguió dejar de actuar

como si no hubiera dedicado su juventud al ejercicio del derecho o como si no hubiese pasado ese día consumido por un tedio sin sentido o como si la oscuridad de fuera no estuviese avanzando o como si todos los hombres de sangre caliente de Estados Unidos, él incluido, no se fueran todas las noches a la cama con el temor a no llegar con vida al año 1943.

Nueva normalidad en todas partes: desternillarse de risa donde nada existía. Humor negro. Mucho mejor con una copa, o dos, y el estómago lleno. Mucho mejor con una chica guapa del lugar.

Había pasado una hora, tal vez dos, los demás clientes se habían ido y ellos seguían sentados en el consuelo de aquella cálida sala.

—¿Y quién es él? —se animó a preguntar al fin, señalando la alianza de plata que ella llevaba en el anular de la mano izquierda.

Ella la hizo girar como para abrir algo en su interior.

Mi novio, respondió con orgullo.

—Enhorabuena.

Él esperaba más —un nombre— pero no siguieron más detalles.

—¿Dónde vive ese novio?

—No se lo puedo decir.

—Bromea.

—No.

—¿Es espía?

—Desde luego, cómo lo ha adivinado, es espía y quiero que todo el mundo se entere.

—¿Trabaja para el gobierno?

—…eso ya lo hace usted.

—¿Lo busca el gobierno?

—Lo busco yo. Hábleme de usted. ¿Hay una futura señora

Schiff?

—Estoy casado con mi trabajo. O, al menos, comprometido.

Le contó cómo había pasado el día, esa vez ciñéndose a los hechos.

—Creo que le hace falta un café…

—…no, ya es tarde, seguiré con el vino, anoche no dormí demasiado bien. El sonido de los latidos de mi corazón me mantuvo despierto.

Quizás el humor lo había dejado exhausto; quizá la comida, la frustración del día, el vino tinto. Cosa rara en él, se pasó la mano por la cara, como para quitarse una máscara y dijo:

—Tengo la certeza de estar metido en un aprieto.

Todo el mundo lo está, le dijo ella.

—*Usted* no. Su padre tampoco.

—Mi padre… ha perdido a su hijo.

—Lo siento, ha sido una desconsideración por mi parte.

—¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Ahora sí que bromea, ¿no?

Ella le dejó claro que no.

—…veamos: cólera, fiebre tifoidea…, hepatitis.Amotinamientos. Disturbios. Incendios. Podría cagarla hasta el punto de matarlos de hambre. Si en este campo llega a morir alguien, mi nombre pasará a los libros de historia junto al de Aaron Burr, John Wilkes Booth y Torquemada…

—De modo que lo que le preocupa es su reputación.

—…no, no, de ninguna manera. —Y luego dijo, muy serio—: Me preocupa la Constitución.

Y ella, ahora sí, soltó una carcajada.

—Me preocupa —insistió él tratando de contraatacar— hacer lo correcto por todas esas personas.

—Tops cuenta que mi madre decía que el error más común que puede cometer un médico es tratar a los enfermos como niños. Ya han pasado por Dios sabe cuántas cosas y me juego la cabeza a que tienen tanta experiencia como usted en la

autodeterminación. Piense en ellos como compañeros de ejercicio, no como pupilos. Le consta mejor que a mí que muchas de esas diez mil personas ya saben apagar incendios…

—La mayoría de ellos trabajaban en el campo…

—Pues ahí lo tiene.

—Construirlo todo a tiempo…, los dos primeros días, el primer día, eso es lo que no me deja dormir por las noches. Alojarlos. Darles de comer la primera noche.

—Solo en Lone Pine hay fácilmente un centenar de damas que estarían encantadas de sacarse un extra haciendo sándwiches. Preparados de antemano. Como hacen para los soldados. Paquetes de comida.

—Pero ellos no son soldados.

Le lanzó una mirada fulminante.

—Corren tiempos difíciles. Podría pagarles.

—Ya lo intentamos, o algo parecido, con los paquetes de comida de la Cruz Roja. Fue imposible. ¿Sabe lo que meten en ellos?

Le recitó la lista.

—Nada real —dijo ella.

—El café es real. Y las pasas, supongo. Y el jabón. Sería redundante hacer jabón y pasas artificiales. —Se animó—. Tengo una pregunta para usted… —Buscó la libreta en el interior de su chaqueta.

¿*Cuál diría que es el alimento perfecto*?

—No lo entiendo.

—De acuerdo, la pregunta es demasiado amplia. La formularé de otro modo. ¿Cuál consideraría que es el alimento más perfecto *tal como existe en la naturaleza?* No hace falta que sepa bien, sino que ha de ser algo que permitiera subsistir si fuese necesario. Algo que no haya que cocinar. *Tal como existe en la naturaleza* —insistió. Estaba un poco bebido.

Ella lo observó mientras él hojeaba la libreta hasta dar con la

página que buscaba.

—¿Qué pasa, por qué lo pregunta?

—Es mi pregunta preferida.

—¿A qué viene esa libreta?

—Se lo pregunto a mucha gente. Apunto sus respuestas.

Ella se inclinó sobre la mesa y desenvolvió un terrón de azúcar.

—Esto no está mal…, pero el azúcar no se encuentra así en la naturaleza y no estoy segura de que se pueda sobrevivir a base de terrones… Algún tipo de semilla, diría yo. O algún tipo de fruto seco. Semillas, cereales, fruta o frutos secos. ¿Cuál es la respuesta?

—No hay respuesta.

—Entonces, ¿para qué pregunta?

—Para que la gente me conteste. Es una investigación…

—Nueces. No. Pistachos. —Le hizo un gesto admonitorio con el dedo—. No. Aguacates. Sin duda, aguacates.

—De acuerdo. Aguacates. Lo apunto…

Schiff suspendió la pluma sobre la página y, para su diversión, vio que algo se encendía en ella. Se sentía implicada, como la persona que, mediado el sermón, experimenta la urgente necesidad de ponerse a bailar. Ella alargó el brazo y le frenó la mano.

Lo recorrió una sacudida.

—Ya entiendo lo que hace —dijo—. *Una pregunta capciosa.* Primero pide algo «perfecto», luego nos despista diciendo que el «sabor» no es la cuestión, que no es importante, pero ¿cómo puede un alimento ser perfecto si no tiene sabor? Todo eso no nos lleva más que al «concentrado de naranja» y al huevo en polvo.

Ya le había soltado la mano pero la sensación perduró.

—Voy a decirle cuál es para mí el alimento perfecto. Es una historia real.

Ella se apoyó en el respaldo; Schiff dejó la pluma.

—Supongo que habrá oído hablar de mi abuelo.

—Wellington Rhodes.

—Según la obra de John Muir, fue un hacendado y un villano de cuidado.

—No sé quién es John Muir.

—¿Cómo es posible?

(Schiff apuntó en la libreta: JOHN MEWER).

—…baste con decir que cuando murió mi abuelo, entre sus propiedades se contaban cuatrocientas hectáreas de bosques madereros en Sierra Nevada, en el lago Lone Pine, a lo largo del límite forestal. ¿Conoce las montañas?

—Provengo, básicamente desde Moisés y exceptuando el monte Sinaí, de una larga línea de parientes que vivieron al nivel del mar.

—Cuando va ahí, llega un punto *(el límite forestal)* donde solo hay hielo y granito, pero el abuelo tenía tierras cerca del lago y allí, en una meseta de granito, alrededor de una pradera crecían, crecen, pinos *lodgepole* y de Jeffrey, en el lago hay pesca abundante, y si piensa como mi padre, como Henry Thoreau, es el lugar «perfecto» para construir una cabaña. Son dos días a caballo. Allí llevó a mi madre cuando se casaron, a una tienda, y allí nos llevó, aquel segundo verano después de morir mi madre, cuando mi hermano y yo teníamos cinco años. Hay que tener agallas para hacer algo así, un padre solo, dos niños pequeños, imagínese todo lo que podía haber salido mal. Nos encantó. Nos quedamos dos meses para que Tops pudiera empezar a construir la cabaña. Los tres hicimos el viaje a caballo, mi hermano y yo en ponis, y en las dos mulas iban las provisiones. Cada quince días hacían el viaje otras dos mulas con más provisiones. Tops nos enseñó a nadar, a pescar, a buscar las constelaciones en la oscuridad, a identificar pájaros por su canto… Dos niños sin madre, creo que instintivamente Tops sabía lo que nos daría la naturaleza. Cuánto necesitábamos su

abrazo… En fin, el episodio forma parte de la leyenda familiar, lo cierto es que yo no lo recuerdo. Ha visto a mi tía Cas, ¿no? Una presencia imponente. La ha conocido ahora que se ha vuelto más rústica, pero cuando llegó aquí tenía voz de neoyorquina, la habían presentado en sociedad, y cada vez que leo una novela de Henry James o de Edith Wharton oigo cada palabra con la voz de Cas. Según cuenta la leyenda familiar, Tops nos tuvo a mi hermano y a mí en la cocina embalando docenas de huevos frescos para nuestro viaje de acampada. De esa parte sí me acuerdo: consiguió unas canastas hechas por los shoshones, unas cestas alargadas que los franceses llaman *paniers à pain*, y Stryker y yo teníamos que meter los huevos envueltos en paja fresca. Y en eso, entró Cas y dijo… —Consiguió imitar a Cas—: "Rocky. Por el amor de Dios. ¿Qué están haciendo los niños?". Cuando él se lo explicó, según cuenta la leyenda ella dijo, "Por Dios. Hermano. Si necesitas. Llevar huevos. A la montaña. Llévate unas gallinas". Y eso hicimos. Allá arriba hay osos, zorros y mapaches, así que los alimentos son siempre… perecederos. Pero aquella primera noche, cuando por fin llegamos al lago, Tops sacó una caja en la que había empaquetado una docena de huevos y, antes de que nos metiésemos en los sacos de dormir, nos pidió a Stryker y a mí que caváramos pequeños hoyos alrededor del círculo de la hoguera, dentro del perímetro de piedras, que metiéramos un huevo en cada hoyo, lo tapáramos con ceniza y lo enterrásemos… Recuerdo que aquella primera noche pasé miedo. Nunca había estado tan lejos de casa, oía sonidos a los que no estaba acostumbrada, a esa altitud las noches son frías, incluso en verano, y recuerdo haberme despertado un par de veces sin saber dónde me encontraba, temerosa de perder a Tops como habíamos perdido a nuestra madre y de tener que quedarnos a vivir ahí en los bosques, como lobos, algo que a Stryker se le hubiera dado de maravilla y a mí fatal, y entonces vi a Tops en su saco de dormir, a mi lado, junto al fuego, ahí

sentado con la vista perdida en las brasas…, y supe que, si él estaba ahí, me podía dormir. Recuerdo que me desperté y que ya no estaba oscuro y que olí el aroma del tocino salado y el café recién hecho…, todo sabe y huele mejor al aire libre, especialmente por la mañana a tres mil metros de altura. Stryker ya estaba levantado, levantado y haciendo lo que se le da muy bien, ser el mejor en todo, y recuerdo que al despertarme tuve la sensación de que la noche anterior había sido un sueño y que en ese momento me encontraba atrapada entre las pesadillas que había tenido y la fría realidad. Entonces Tops dijo, “Eh, Sunny, mira lo que he encontrado aquí…”, me llevó hasta el fuego, apartó la tierra y destapó un huevo enterrado. Lo sacó del hoyo y me dijo “Pon las manos”. Todavía recuerdo el calorcillo en mis palmas. Lo peló y me dijo, “Prueba”. —Schiff observó que el recuerdo le cambiaba la expresión—. Aquel primer bocado…, ya sabe que la cáscara del huevo es permeable, si ponemos huevos en agua salada acaban sabiendo a sal, si los enterramos alrededor de una fogata, el sabor a tierra y ceniza, la terrosidad, pasará al huevo, y al primer bocado se notará primero en la clara y después en la yema, todavía caliente, cocida a medias, una crema dulce y cálida que baja por la garganta… En toda mi vida. Nunca. Jamás. He comido nada. Tan perfecto como aquel huevo.

Schiff se quedó observándola, hasta que ella dijo:

—Adelante, apúntelo.

Sunny Rhodes, escribió él. Y al lado del nombre añadió: HUEVO.

Poco después, Schiff se detenía en la calle vacía y miraba al cielo. Qué vida minúscula la suya. ¿Sabía nombrar las constelaciones? ¿Sabía reconocer a los pájaros por su canto? Pensó que quizá, en teoría, sería capaz de hacer una fogata, pero lo único que alguna vez había comido al aire libre eran perritos calientes en una esquina y sándwiches sentado en un banco o en algunas excursiones fracasadas con sus padres a orillas del lago y aquellas escasas ocasiones en que una chica organizaba un

pícnic en Lincoln Park porque qué varón universitario va a rechazar una cita que comienza con una manta extendida en el suelo. Cuando Sunny terminó de contar su historia sobre el huevo, Schiff huyó, porque mientras hablaba había logrado fingir que estaba atrayéndola hacia él, pero, en cuanto calló y empezó a escuchar, nada lo distrajo del hecho de que, de los dos, la «atractiva» era ella. Una idiotez por su parte. Veneno. Anda, Schiff, conserva la presencia de ánimo. La muchacha está *comprometida*, y además, este es otro de tus intentos de no ceñirte a la tarea que te ocupa y de imitar a los muchachos que bebían por las noches entre semana y nunca se preparaban para el examen para ejercer la abogacía.

Al dejar atrás el frío y entrar en el caliente vestíbulo del Dow, reparó en el dispositivo eléctrico detrás de la recepción que quemaba el oxígeno con sus resistencias al rojo vivo: la estancia olía a alfombra quemada, metal chamuscado y a algo levemente mohoso que relacionó con la gris ropa de Phyllis.

—Ha llegado su hermano.

—¿Mi hermano?

—Ha preguntado por usted.

—¿Qué le hace pensar que tengo un hermano?

—Se le parece.

Los dedos de la recepcionista aferraron el Cristo que llevaba al cuello.

—Se comporta igual que usted.

—Se comporta igual que yo. ¿Cómo?

—Ya sabe… como un hombre *ocupado*.

Había ahí una delgada línea entre divertirse con ella y atizar sus prejuicios con una estaca afilada.

—¿Qué aspecto tiene esa persona?

—Pálido.

—¿Me ve usted pálido?

—Flacucho.

—No soy flacucho.

Ella pensó un momento y dijo:

—Frank Sinatra.

La puerta se abrió y se cerró a espaldas de Schiff, dando paso a una ráfaga de aire revitalizador. Un hombre se le acercó por detrás y dijo:

—Estos son tan pueblerinos que se creen que todos los judíos que ven tienen que ser espaguetis.

Schiff se dio la vuelta y el hombre le hizo el saludo militar. Impetuoso. El uniforme, la chaqueta de cuero, el sombrero, toda la parafernalia, muy impetuosos.

—Teniente Jay Svevo, del Cuerpo de Intendencia, se presenta para el servicio.

—¿Dónde se había metido?

—En Nueva York.

—No era ese su destino, teniente.

—Asuntos apremiantes.

—Ausente sin permiso…

—Decidí casarme.

Oooh, qué bonito. Phyllis (los largos dedos seguían jugueteando con la cruz) no pudo contener el quiebro.

Schiff y Svevo la miraron y después se miraron.

—¿Qué hacen dos judíos en un pueblo de mala muerte de California? —planteó Svevo.

Un asunto serio, Schiff le siguió la corriente.

Un gueto, dijo Svevo.

Es un placer estar aquí en Sierra Néguev.

Era un bromista el tal Svevo. El padre de Schiff lo habría calificado de *meshuggener*, de *draykop*, o sea, de loco. Verbo veloz, pensamiento más veloz todavía, siempre una réplica o un chiste (casi siempre inapropiado) a mano, pero —tal como Schiff

no tardó en constatar— en su trabajo era excepcional. Quizás el ejército tuviese una patente para producir apañadores —quizá la tuviera Brooklyn— pero, donde fuese que el teniente hubiese adquirido sus destrezas, se encontraba entre los mejores promotores que el Cuerpo de Intendencia había…, en fin, *obtenido*. A las pocas horas de su llegada a Lone Pine, Jay se había agenciado las habitaciones que quedaban en la planta del Dow donde se alojaba Schiff —no durmió en toda la noche— con el fin de establecer su propia cabeza de puente equipada con cuatro máquinas de escribir, un télex, dos hornillos, una nevera y cinco teléfonos más, uno de los cuales no paraba de sonar. Cada aparato contaba con metros de cable extra, de manera que Jay podía pasearse mientras hablaba, pasar con un teléfono a la habitación contigua para hablar por otros dos, a veces tres, teléfonos simultáneamente, con los auriculares pegados a la oreja o atrapados entre el cuello y el hombro para tener las manos libres mientras hablaba. Si debía esperar a que le comunicaran con un almacén de Pensilvania o con un proveedor de Detroit, cruzaba el pasillo hasta la habitación de Schiff para advertirle, «No se puede pensar en Mickey Rooney sin que a uno le venga a la cabeza Judy Garland, ¿verdad?, pero se puede pensar en Judy Garland sin que a uno le venga a la cabeza Mickey Rooney, ¿sabe por qué? Ya se lo digo yo…», entonces la persona con la que estaba esperando comunicarse se ponía al teléfono y Jay retrocedía por el pasillo y desaparecía para volver minutos después, con teléfonos en ambas manos y sentenciar, «El hombre es la única especie en la tierra conocida por apagar incendios con su orina. O por vomitar en su propio sombrero. O su casco, según corresponda. O por engancharse el vello púbico en la cremallera». Entonces el tipo que le hablaba por una oreja decía algo y Jay gritaba al micrófono: «¡Esta semana! ¡No la que viene! ¿Es usted de Montana? Maldita sea, ¿de dónde sale esta gente, es que no saben hacer negocios? Me juego lo que sea a

que la mitad de estos tipos no han visto una mujer desnuda en la vida, nunca han salido de su granja, ni cruzado una calle…», su voz se iba perdiendo pasillo abajo para volver con el comentario, «No hay nada en el mundo que importe más que usted y su mujer, no digo más. Ni la amistad, ni el valor, ni la religión, ni Dolph Camilli en la novena entrada, ni la Coca-Cola, ni el pastel, ni los Lucky Strikes, ni los artículos de la Constitución, ni Roosevelt, ni General Motors, ni Ford, ni Judy Garland…».

Incluso aquella noche frenética, en aquellas primeras horas, Schiff tuvo que preguntarse qué le pasaba a Jay con Judy Garland.

—¿Tiene sueño? ¿Necesita dormir? Porque yo creo que deberíamos hablar de cómo hemos avanzado hasta ahora en este asunto. ¿Necesita un cafecito? Ya mismo se lo preparo. Marchando un buen cafecito. Al estilo italiano. Ni el puñetero Mussolini. Ya lo verá…

Tal vez hubiese hecho esperar a Schiff, pero Jay había hecho los deberes de antemano, había dividido el proyecto del campamento en apartados: SUMINISTROS ESTRUCTURALES, CONSTRUCCIÓN, MANO DE OBRA, PERSONAL CIVIL, EDUCACIÓN, ALIMENTACIÓN, SEGURIDAD, ESPARCIMIENTO. La lista de Jay se parecía mucho a la de Schiff pero, mientras que este último seguía un patrón organizativo desordenado (notas tomadas a mano pegadas en la pared con chinchetas), el de Jay parecía el plano de una estupa budista construida según una lógica jerárquica. Había logrado agenciarse (para empezar) dos coches de bomberos, una ambulancia, dos máquinas de rayos X (1 torácica, 1 dental), 200 hornillos de carbón, camas de hospital, reflectores, mantas, pupitres escolares, colchones, jeringas, aspirinas, bombillas eléctricas, equipos de refrigeración, lavadoras y papel higiénico, además de contratos de suministro de gasóleo, carbón, harina, huevo en polvo, leche enlatada, cereales secos, pollo congelado, guisantes congelados, patatas y jamón enlatado. En el apartado MANO DE OBRA, tras estudiar las

listas de reasentamiento para el centro de tramitación del hipódromo de Santa Anita, ya había llegado a la conclusión de que, entre los internos llegados a Manzanar, habría médicos, enfermeras y dentistas suficientes como para limitar el número de efectivos del Cuerpo Médico del ejército que debían trasladarse, pero en el apartado de EDUCACIÓN, Schiff debía consultar con el estado de California y averiguar si los maestros internos seguían contando con habilitación para ejercer la docencia.

—Esperamos a alrededor de ochocientos niños, de modo que debemos separarlos por grupos y matricularlos. Sobre todo a los chicos mayores. Me gustan las damas como al que más, incluso como hombre recién casado, pero las chicas no son quienes empiezan las revoluciones. ¿De dónde es usted?

—De Chicago.

—…o sea que conoce las calles. Lo que no queremos es que se formen pandillas de jóvenes, jóvenes que se queden mirando el alambre de espino sin nada más que frustración en los bolsillos. Démosles algo que hacer. Mantengámoslos ocupados. Es la receta de la paz y la armonía, y no me refiero solo al matrimonio. Hay que tener visión de conjunto. Hablo de la vida, en general. La vida con pe mayúscula.

Cuando las cosas iban temporalmente mal o se producía una nueva situación en que todo salía como el puto culo, Jay se encogía de hombros y decía Bueno, así es la vida con pe mayúscula.

Era perdonable, si se pensaba que tal vez la palabra con pe preferida del ejército era *pabellón*, pero eso no hacía sino probar que, en el mejor de los casos, eras un ingenuo, o que nunca habías escuchado con atención como los soldados. Los muchachos del campo no insultan como los de ciudad, pero una vez que la palabra preferida con pe se afianza, no se vislumbra el final. Había algo profundamente satisfactorio en su forzada pronunciación implosiva. Puto esto. Puto lo otro. Entre los

reclutas rasos del país, la palabra era una epidemia, una bandera, un pabellón verbal para los muchachos recién salidos de la granja, una palabra subida de tono que, al desplegarla, constituía una declaración política a la altura de otros fulgurantes éxitos dorados:

Después de Pearl Harbor no podías echar una meada sin ver barras y estrellas.

después del ataque habían brotado banderas por todas partes, banderas en los edificios, banderas en los patios, insignias con la bandera para lucir en las solapas; los coches bajaban por las calles con banderas al viento en el capó, como si se aproximara el emisario de un país pequeño. La gente las colocaba formando pliegues en sus casas. A lo largo de la calle Principal, hasta la última tienda familiar lucía una en el escaparate. Era imposible entrar en una tienda de ultramarinos sin hacer el saludo militar. Era imposible comprar un litro de leche cuyo envase no exhibiera el pabellón nacional. En la época que pasó en Washington trabajando en Interior, el propio Schiff se acostumbró a ver banderas en muchos lugares —banderas en sus mástiles al final de pasillos solitarios, banderas detrás de las recepciones en los vestíbulos, banderas en las esquinas junto a las ventanas durante las reuniones del departamento—; aquellas habían sido las banderas cotidianas, desganadas, que recordaba haber visto en las aulas, banderas de interior, domesticadas, como animales de compañía, que nunca vagaron libres en la naturaleza, ni flamearon, ni volaron al son de las trompetas, ni gritaron de desesperación, no eran las banderas descaradas que flameaban de nuevo, las que tenían un mensaje con todas las de la ley por difundir, no una mera insinuación en voz baja.

Schiff nunca se había entregado a la exhibición de su patriotismo: los judíos de Holanda, todos los judíos autónomos de los territorios ocupados por Alemania, desde el ascenso de Hitler habían sido obligados a exhibirse mediante emblemas distintivos en la ropa, y cada vez que en Interior Schiff veía a un

compañero de trabajo con una insignia de la bandera prendida a la solapa se preguntaba qué mensaje quería transmitir.

La noche en que Jay llegó, desplegaron el plano de las instalaciones sobre la «matrimonial» (el escritorio y la mesa, incluso juntos, no eran lo bastante amplios, dijo Jay, como para que tuvieran una «visión de conjunto»), y se habían colocado a ambos lados y utilizado los tacos de billar de Jay (siempre viajaba con un juego de tacos por si se presentaba la ocasión de jugar una partida) para «caminar» entre los bloques de barracones, memorizar la distribución, imaginar —una y otra vez— las visuales para la vigilancia y las formas de controlar el flujo de peatones.

Comedores, lavanderías, lavabos: los recorridos hasta esos destinos serían los más transitados y debían resultar visibles a todas horas desde las ocho torres de vigilancia. Jay cambió la ubicación de la escuela y de los posibles «lugares de culto» a los extremos más alejados del recinto y sugirió que todas las oficinas y el alojamiento del ejército se trasladaran más cerca de la carretera para que las visitas nunca tuviesen que adentrarse hasta el centro neurálgico del campo de internamiento. Jay dibujó a lápiz un cuadrado para el economato —Schiff lo había pasado por alto—, donde los internos podrían comprar artículos del hogar y productos para la higiene personal, y dentro del perímetro de la alambrada de espino dispusieron zonas para campos de juego, un gallinero, una granja de cerdos y huertos.

Schiff no podía acostarse hasta que enrollaran el plano de las instalaciones pero, pasada la medianoche, Svevo seguía deambulando con su taco de billar entre los barracones y bajando por los cortafuegos.

—¿Qué se nos olvida?

—…estoy espeso, teniente. Es tarde y no doy para más. ¿Árboles?

—A la mierda los árboles.

—¿Lugares donde sentarse?

A ninguno de los dos se le había ocurrido que las personas de todas las edades podían necesitar lugares donde sentarse frente a los comedores o los lavabos…, o simplemente *al aire libre*.

—Bancos de madera —sugirió Jay. Dibujó rayas continuas en el plano—: aquí… y aquí. Y quizás aquí también. ¿Y el aeropuerto dónde está?

—Fuera del plano, por aquí abajo. En tierras privadas al otro lado de la carretera.

—¿Está hecho el papeleo?

—Y presentado…, está sujeto a expropiación.

—Para empezar, pongamos el perímetro en su sitio —dijo Jay, al parecer hablando consigo mismo mientras trazaba una línea recta a un lado del recinto, siguiendo la Ruta 395, la carretera pública—, después construimos por esta zona, los barracones por aquí, los edificios administrativos y de la policía, todo lo que dé a la carretera. Pongamos un portón aquí, la entrada principal, aquí pongamos una caseta de vigilancia para los guardias, construida en piedra…

Se quedó observando la creación de ambos, soltó un bufido y exclamó:

—¡Joder, qué tonto soy, nos hemos olvidado de la guinda!…

A unos tres centímetros detrás de la caseta situada en la «calle principal», a una distancia que se traduciría en un par de metros, Svevo dibujó un pequeño círculo en el plano, lo rellenó y quedó así

●

luego le sonrió a Schiff y dijo:

—Ahora sí está terminado.

—Pero ¿qué diablos…?

—Piénselo… Lo primero que se ve, lo primero que se tiene que ver al entrar…

Schiff observó el punto solitario.

—Vamos, vamos… Empieza con pe mayúscula… —lo ayudó Jay.

Ahora caigo, pensó Schiff y dijo:

—La vida con pe mayúscula.

Ahí vamos, es oficial:

Manzanar contaba con su (pe de) palo de la bandera.

Otro de los tics de Jay: siempre hablaba de «películas».

nunca las llamaba «filmes» como otra gente, nunca decía «cinematógrafo» como los padres de Schiff, no, Jay (fiel al uso de la palabra con pe) hablaba de las «películas» que había visto.

Jay mantenía una correspondencia asidua (únicamente de ida) no solo con Judy Garland, sino con un sinnúmero de figuras destacadas de películas de las que Schiff no había oído hablar jamás.

Por ejemplo, el teniente entraba en la habitación de Schiff mientras hablaba por teléfono y le preguntaba:

—¿Qué opina de *Kane*? Un genio, ¿eh? Me cambió la vida, lo juro. La vi el primer día. Orson, qué grande. Un genio como la copa de un pino.

El único Orson del que Schiff había oído hablar era uno que salía en la radio.

—Mi película favorita de todos los tiempos —añadía Jay para que Schiff captara su indirecta y entonces le contestara:

—No voy mucho al cine.

—*¿Ciudadano Kane*? Pero ¿qué le pasa? ¿Por qué no va al cine? ¿Y cómo *aprende*? Pero hombre, si en este país no va uno al cine, no aprende a *ser*, llevar un traje o *caminar* o besar a una chica o hablarles a los polis…

—¿Quién es usted en la vida civil, Svevo?

—¿…que quién soy?

—¿A qué se dedicaba antes del 7 de diciembre?

—Lo pone en mi expediente. ¿No ha leído mi expediente? Yo lo hubiera leído.

—Es confidencial, del ejército. Recuerde que yo soy de Interior.

—Pero hay maneras de enterarse. Amigo mío, le falta don de gentes. Yo fui preguntando por ahí sobre usted, y aunque no lo hubiese hecho, lo habría calado. Solo con las pruebas de primera mano, hubiera dicho que es usted un tipo que vive demasiado para sus adentros. Piensa demasiado. Seguro que habrá sido el universitario típico. Más de pensamiento que de acción. Idealista. Lo positivo es que, después de Jimmy Stewart, usted es el tipo de persona al que mandaría a Washington. Votaría por usted. Pero no tengo muy claro si lo contrataría para sacarme de la cárcel.

En esa ocasión, Schiff sabía, de hecho, quién era Jimmy Stewart, sabía que Jimmy Stewart era un actor que había ido a Washington en *Caballero sin espada*. No sabía cómo funcionaba el ejército, pero sospechaba que ese nuevo ejército instantáneo organizado desde Pearl Harbor actuaba más movido por la conveniencia que por el amiguismo y empezaba a ascender a sus hombres a la categoría de oficiales mediante atajos que la vieja guardia no habría soñado jamás. Schiff se preguntaba cómo había hecho Jay para pasar de recluta raso a teniente en menos de tres meses; no era que no se lo mereciese pero, por experiencia, Schiff sabía que los ascensos veloces (a la revista *Law Review* o a los mejores cargos en Interior) no siempre guardaban relación con los méritos: con frecuencia guardaban relación con a quién conocías, por eso Schiff estaba que echaba chispas porque él había llegado a donde estaba por el camino difícil, *en solitario*.

En el pueblo —empezando por el Dow— notaba que la gente se sorprendía de que fuese tan joven, de que a alguien que

frisaba los treinta le hubiesen dado un puesto con autoridad, pero el hecho era que, en términos de escalar posiciones en su carrera, ese trabajo suponía un estancamiento. De todo aquello que podía hacer para contribuir al esfuerzo contra Hitler, Mussolini e Hirohito, la administración de los internos reubicados no era vital para la victoria del país. En los términos más burdos, él era un alcaide con ínfulas, y lo sabía. Peor aún: la mayoría de los días no lograba convencerse de que la orden ejecutiva que excluía de la sociedad en general a los norteamericanos de origen japonés pudiese ser avalada por un tribunal.

Schiff tenía la certeza de que su ambivalencia se transparentaba en los detalles, pero no ayudaba el tener a Jay diciéndole que encontrase una solución y que la encontrase deprisa antes de que la cagara hasta el punto de perder el trabajo. Además, había más implicados.

Diez mil, para ser exactos.

Tiene que aprender a engañar al sistema, insistía Jay.

—Fíjese en mí: me alisto. Ni harto de whisky voy a combatir. ¿Qué es lo primero que hago? Averiguo cuáles son las unidades no combatientes. Después, aprendo a escribir a máquina. Hago que el oficial al mando se fije en mí…

—¿A qué se dedicaba antes de la guerra?…

—Trabajaba para el tío Sam. No es broma. Beryl tiene un tío que se llama Sam. Beryl es mi mujer.

A Schiff le habría resultado imposible no saber quién era Beryl porque lo primero que hizo Jay al ocupar su habitación en el Dow fue sacar de la maleta un altar portátil erigido a la señora Svevo. Además, en la cartera llevaba como cien fotografías de ella. Y les lanzaba besitos cada vez que las sacaba.

—Beryl y usted se conocían…

—Del barrio.

—…pero decidieron casarse *la semana pasada*.

—Estoy aquí por un período de diez semanas. A su servicio,

muchas gracias, después me embarco a un lugar de Inglaterra llamado Anglia Oriental y me ascienden a capitán. Engañar al sistema.

—¿Y ya sabe que embarcará para Inglaterra dentro de dos meses?

—Lo mejor era jugármela y casarme antes. Así a Beryl le queda la pensión de capitán si a mí me achicharran. Además, me darán otro permiso antes de partir. Tengo que apostar a los mejores números.

—El tal tío Sam de Beryl es…

—El principal corredor de apuestas del distrito. Yo soy el ayudante. Gestiono las salas de billares. Me alisto, voy a ver al oficial al mando, le explico que en cuanto en el campo se haga una apuesta seré el primero en enterarme. Lo mismo con los chanchullos y el mercado negro. Ayúdeme a ascender y le prometo que me chivaré de todos los especuladores.

—O sea que es jugador.

—…*caballero* jugador. Más Rhett Butler que Ashley Wilkes. ¿Cómo creía que me ganaba la vida?

—No lo sé, consigue resultados. Sabe dónde encontrar cosas. Pensé que tal vez estaba al frente de unos grandes almacenes.

—Vaya, ahora sí que me ofende.

En su segundo día de servicio, Jay consiguió hacerse con dos miembros del Cuerpo de Mujeres del Ejército (las dos llamadas Janet) para que se ocuparan de la carga administrativa (había que abrir un expediente por cada interno; todos y cada uno de los actos administrativos debían contar con su rastro de papel, por triplicado), y llegaron tres subalternos del Cuerpo de Intendencia para cumplir con las órdenes de Jay. Aquella tarde Phyllis subió las escaleras para dejar constancia de que olía a algo raro —«¡Está prohibido preparar café y *cocinar* en las

habitaciones!»— y el «don de gentes» de Schiff mejoró solo viendo a Jay enfrentarse a ella. Siete personas haciendo progresos centímetro a centímetro resultaron ser un sistema y, al final del tercer día de Jay, Schiff comenzó a ver que algo cobraba forma. Jay y él no alternaban con «los chicos», se refugiaban toda la noche en la habitación de Schiff mientras los demás salían a la calle Principal a cenar.

—Permítame que le haga una pregunta —terció Jay una noche— . Si estuviera en mi lugar, ¿qué diría si Beryl le dijese que tratará de quedarse embarazada la próxima vez que yo esté de permiso?

Antes de que a Schiff le diera tiempo a contestar (gracias a Dios) Jay dijo:

—Hay muchas posibilidades. Consulté el calendario. Incluso las posibilidades de concebir. Las posibilidades de que yo muera en Inglaterra son más o menos las mismas. Acabo de hablar con ella por teléfono. Y dice: «Si me quedo embarazada y tú mueres…».

Alguien se les había acercado sigilosamente y esperaba de pie, justo en el umbral de la puerta abierta.

Jay pegó un salto de casi dos palmos.

—¡Me cago en todo!…

Era la india a la que Schiff había visto en el Lou's, pero para Jay era la *primera* india y le dio un susto de muerte, con su silenciosa integridad, su metro cuarenta de arriba abajo y de lado a lado. Calzaba sandalias de paja, algo impactante, en primer lugar porque fuera hacía muchísimo frío, y en segundo lugar porque sus pies, en todos los aspectos, de las uñas a los talones, eran coriáceos y horrendos. Vestía capas de faldas diferentes rematadas por un delantal de carnicero que, por el aspecto, hacía honor a su complemento preposicional. Por debajo le asomaba una camisa de percal y encima lucía un andrajoso chaleco de ante. Tenía las manos moradas y cubiertas de raspaduras, pero, a ojos de Jay, el detalle más notable de su

aspecto era el bombín con su elástico para sujetarlo a la barbilla, más abombado que un pastel de cerdo, con la copa más alta, miniaturizada, como hecho a medida para un mono, plantificado en lo alto de su cabeza cual disparatado signo de puntuación.

Schiff avanzó un paso hacia ella y, por un milagro de la memoria, recordó cómo se llamaba:

—Hola, Pie.

—Ella dice usted ir —anunció—. Ahora.

—¿Ella? —repitió Jay en voz alta.

Vaya, vaya, esto le recordaba aquella escena en la que Escarlata manda a Prissy a buscar a Rhett a casa de Belle Watling para ayudar a la señorita Melania (claro que sus aposentos y los de Schiff en el Dow no se podían confundir con las estancias de la primera planta en la casa de Belle). Le encantaba cuando los incidentes de la vida representaban escenas de películas, cuando las minucias aparentemente espontáneas del día a día de cualquiera migraban sin guion a través de las fronteras de lo no ensayado y pasaban a territorio escenificado, a las páginas de sus recuerdos cinematográficos. Este representaba la escena del Héroe Invocado.

—Si me necesita para lo que sea, estaré aquí enfrente —le advirtió Schiff ya a medio camino hacia la puerta.

Jay vio al Héroe desaparecer y le gritó:

—¿Ella? ¿Quién diablos es ella? ¿Y por qué iba yo a necesitarlo para nada?

En la calle, delante del Lou's, había más coches aparcados que de costumbre, *coches de ensueño*, metidos en paralelo, todos ellos en tonos que Schiff asociaba a la playa —aguamarina, azul cielo, duna—, que brillaban en aquel lugar poco poblado como guijarros a la luz de la luna o huevos depositados en la arena.

Matrículas de California. Tres eran descapotables.

La marea de la conversación en el interior del local llegaba hasta la calle.

Percibió olor a perfume.

Bajó los peldaños del restaurante de dos en dos; nada más entrar le dio por pensar que lo habían llevado de vuelta al Drake: a una noche entre semana, a cierto tipo de familiaridad impúdica y turbia entre la clientela de pago.

Una multitud llenaba el comedor, bulliciosa; estaban de pie como lo están quienes esperan participar en algo, la aparición de una estrella, el comienzo de un acto.

Nadie se volvió para fijarse en él.

Una pálida vaguedad flotaba sobre sus cabezas, una fina corriente de humo de cigarrillo a través de la cual trató de entrever la cocina (Pie ya estaba allí, de espaldas al comedor; Sunny, reconcentrada en sus pensamientos, trinchaba algo sobre la encimera). En medio de la sala, Vasco hacía sitio para juntar las mesas del centro, estilo banquete, y detrás de la barra de zinc un tipo, con el pelo de un inverosímil tono anaranjado, agitaba una coctelera mientras otros dos hombres se acodaban a la barra de perfil y se miraban. Solo había cuatro «asiduos», dos mesas de dos, ocupadas por hombres del DALA, arrimados a la pared, como extras apartados de los focos.

En la cocina Sunny levantó la vista, vio a Schiff, juntó las palmas de las manos a modo de plegaria y luego se santiguó. *Mi Salvador*.

Él se internó en el comedor y, entre cigarrillos y abrigos de piel, se abrió paso hacia ella. Las briznas de conversaciones fueron quedando a sus espaldas.

Lubitsch, mira quién *habla*

> *Solo te digo, querida, que allá en el Este seguirían deambulando en sus carros tirados por burros, pregonando su mercancía de trapos y cuchillos*

En Ovviat's. *Me lo recomendó* Cary

¿Por qué será que mire
donde mire veo
húngaros?

Cuando Schiff avanzaba por el comedor, Vasco le envió un mensaje primigenio con la mirada mientras ponía la mesa:

Gracias a Dios que ha venido, le dijo Sunny cuando la alcanzó.

¿Qué pasa, quiénes son estas personas?

Diecisiete, nada menos, se han presentado sin llamar…

Dígales que no atiende sin avisar…

—No, conozco a ese, el de detrás de la barra, el del pelo anaranjado. Tenemos una especie de historia…, aparte de eso, quiero ver si soy capaz. Si consigo servir a tanta gente.

Algo en los ojos de Sunny le indicó a Schiff que no quería discutir.

—He llegado a atender a diecisiete, pero no a la vez.

Le entregó a Schiff un delantal y él se lo ató.

—Usted y Vas tomen el comedor, Pie y yo defenderemos el frente.

Sunny repasó el menú con Schiff y cayó en la cuenta de que no había previsto un plato de pescado; Schiff la vio detenerse y pensar…, disponía de una reserva de trucha ahumada… y tenía patatas precocidas: podía preparar un picadillo.

Él le tocó el brazo para frenarla.

—Sunny, vamos… no se vuelva loca, póngales lo que tenga. Están de paso, probablemente se esperan una hamburguesa…

—Ya se lo he dicho. Hay cierta historia.

Le lanzó una mirada de complicidad al tipo del pelo anaranjado.

—Es Bobby Kaye. Un director de cine. Conocido en Lone Pine,

tiene su reputación, ha traído mucho dinero al pueblo. Va con esta *troupe* de camino a Reno a algún acto para animar a las tropas. Ha parado aquí por una razón.

—Porque ya ha comido aquí…

—Porque la última vez que vino a Lone Pine… mi hermano le mató el elefante.

Conseguir que se sentaran fue un circo y Schiff comprobó que, al parecer, sus movimientos seguían una jerarquía, lo cual limitaba sus posibilidades, dónde debía sentarse cada cual, quién debía ser el primero (y el último) en sentarse, quién precisaba la mejor luz, quién necesitaba el sitio del rincón más próximo a la barra o al baño, hasta que por fin surgió un líder indiscutible, el *director*, el del pelo anaranjado, que tomó las riendas y los fue colocando en su sitio como intérpretes de una obra dramática, Querida, tú siéntate al lado de él; Muñeca, tú allí; Cielo, tú te pones al lado de ese muchacho que, ya te aviso, no te vendría mal como novio.

Vasco ya había puesto la mesa con la ecléctica colección de porcelana de Sunny, herencia de la familia Rhodes, y Schiff empezó a servir el pan, las *rilettes* y la *tapenade*:

> ¿Y *esto* qué es?
> *Pruébela, es una pasta de aceitunas*
> ¿*Por qué es* negra?
> *Se lo he dicho,* se prepara con aceitunas
> *Todas las que* yo *conozco son* verdes
>
> ¿*Cómo es que los platos no hacen juego*?
> *Querida, dale la vuelta al tuyo: me lo figuraba,*
> *porcelana fina de* Baviera: *el mío es de* Spode:
> *ay, Dios, plata auténtica*

Lo escribió Huxley
Que no, que fue el otro, Graham Greene
No seas idiota: Orgullo y prejuicio es de Huxley

Dos coma siete millones, ciento treinta y
tres días programados de rodaje

Como no pueden hacerlo en
Londres tienen que ir a Vancouver

¿*Quién es Van Couver*?

Schiff se quedó ligeramente detrás del hombre del pelo anaranjado, en la cabecera de la mesa, y esperó una pausa en la conversación. En la Facultad de Derecho no había tardado en saber que carecía de aptitudes para la argumentación oral. Tenía una bonita voz y buena dicción, había practicado la pronunciación de las vocales para que no tuviesen el acento plano del Medio Oeste, esa disonancia metálica propia de Chi-*kegg*-o que sonaba como un piano de hojalata: tenía una voz agradable que lucía más en situaciones íntimas que no requiriesen de exhibición, pero —y por eso se mantuvo lejos de los estrados judiciales— lo que no tenía era presencia para los tribunales, lo que no tenía era actitud. Había visto a esos tipos corpulentos, actores nacidos para batirse en los estrados judiciales, que se volvían de cintura para arriba hacia el jurado y concentraban toda la fuerza en las manos que mantenían, como cuchillos, delante del pecho. Carecía del barrido de faro, del haz mágico de la visión de rayos X (sus profesores lo habían prevenido sobre sus «ojos tiernos»), carecía de la habilidad espacial para encontrar el lugar perfecto, plantarse allí y cumplir. En los ejercicios de simulación de juicios, daba la espalda a los estudiantes fingiendo ser juez y jurado, agitaba las manos e interrumpía tanto sus argumentos como los ajenos. Se

le daba bien hacerlo por escrito, pero en la práctica no tanto. Como hubiera dicho Jay, más al estilo de Leslie Howard que al de Clark Gable. Más como Ashley que como Rhett. Y ahí estaba, frente a todos aquellos tipos hambrientos de Hollywood, tratando de llamar su atención. Levantó la mano:

—Hola…, buenas noches…

Abarcó con un ademán la mesa entera —sin ninguna necesidad— y luego se llevó las manos tímidamente al pecho.

—Algunos de ustedes ya han estado aquí…

Hizo otro ademán —también sin ninguna necesidad— en dirección al hombre del pelo anaranjado, después indicó el menú de la pizarra y dejó caer los brazos a los lados, donde no permanecieron mucho rato:

—…para quienes esta sea la primera vez que cenan en el Lou's, les explico cómo funcionan las cosas. Allá tienen la pizarra… —Otro ademán; tras perder el hilo una vez más, añadió—: Ah, sí, *tiempos de guerra, racionamiento*…, debo decirles que todos los ingredientes son de procedencia local, cultivados por la propia chef, los productos de caza y pesca son de la zona y se curan aquí, las aves y el cordero que servimos se crían en el rancho de la chef al final de la carretera…

Ay, Jesús, hemos vuelto a la edad de las tinieblas

Basil, querido, cuéntanos qué comían en el
bosque de
Sherwood

Schiff contempló sus caras. Lección Número Uno: *convenza al jurado*, aunque uno de sus miembros, lo veía ahora, era al parecer Sherlock Holmes sin gorra de cazador y otro, estaba seguro, era el empalagoso forastero de *El halcón maltés*. Y ahora que se fijaba mejor en ella, cabía la posibilidad de que la

mujer sentada a uno de los lados de la mesa, justo en la mitad (el centro de mesa), la que llevaba el abrigo de piel y unas gafas de sol enormes para ocultar las vendas, podría ser una famosa, alguien por la que Svevo lo asesinaría más tarde, por haber perdido la ocasión de conocerla.

Dirigiéndose al supuesto anfitrión, el hombre del pelo anaranjado (Schiff no recordaba su nombre), dijo:

—Ya sabe cómo van los precios, ¿no?

(El hombre del pelo anaranjado miró hacia otro lado.)

—Bien… *Sopas*… esta noche tenemos tres tipos, la primera es una *soupe à l'oeuf provençale*… —Nadie hizo el menor gesto al oír su pronunciación—. Se trata de una sopa de ajo con un huevo poché. La segunda es de remolacha asada, un *borscht*, que se sirve caliente. La tercera, un consomé de conejo al aroma de canela.

Hizo una pausa para que lo meditaran. (Sus caras eran inexpresivas.)

—*Ensaladas*. Esta noche tenemos solo una, la ensalada a la luz de las velas, una *mélange* de brotes de lechuga que en esta época la chef cultiva en invernáculo… —Haciendo un gesto, añadió—: Es una historia interesante, les gustará. En invierno, la chef enciende velas en los invernáculos para que los brotes de lechuga no pasen frío…

Bobby, nos está haciendo una audición
Cielo, ¿estás buscando trabajo?
¿Eres actor?
Que se está vendiendo, *déjalo, déjalo*

La norma dictaba que el camarero debía callar o hablar lo imprescindible, lo había aprendido en el Drake, lo sabía mejor que ellos, porque se había pagado los estudios trabajando de camarero mudo. En el comedor del hotel la prédica corría a

cargo del *sommelier*, o del jefe de sala o, en el caso de unos pocos elegidos, del chef, que a veces salía, majestuoso, con su gorro de cocinero a dar palique sobre los ingredientes. Pero justamente la gracia del Lou's estaba en que el menú cambiaba de un día para otro: ¿cómo explicarlo si no era hablando? Sin embargo, como aquella gente pertenecía al mundo del espectáculo, Schiff intuyó que, para ellos, el resto de la gente también. Muy bien, pensó: si el valor del entretenimiento era lo único que buscaban, podía ofrecérselo:

—El primer plato de la lista de entrantes de esta noche es de «Caza», hoy tenemos conejo al horno con mostaza al estragón, ajo y nata, servido sobre un abundante lecho de sémola. En «Pescados», hay un picadillo de trucha ahumada de Sierra Nevada, con huevos de codorniz a la plancha. En «Aves», hoy ofrecemos la receta de la chef del pollo frito. En *«Viandes»*, cuentan ustedes con dos opciones: la primera es el *carpaccio* de ternera servido con aceite de albahaca y mermelada de tomates verdes; la segunda es el cordero de Sierra Nevada, alimentado a base de hierba, que preparamos asado y recubierto de tomillo.

Se dirigió a la mujer sentada a la izquierda del tipo del pelo anaranjado y estuvo considerando si llamarla «señorita» o «señora», pero antes de que pudiese abrir la boca ella se quejó de que no tenía un menú. Después preguntó si había alguna especialidad del día.

> ¿*Tu tenedor tiene una erre grabada*?
> *Una erre y una uve doble. Tal vez sea por Will Rogers.*
> *Ah, puaj, conozco a Will Rogers y ese come con las manos*

Primero las damas, siempre tienen preferencia las damas, siempre hay que tomar primero sus comandas, siempre hay que servirles primero los platos (con un ademán moderado pero

propiciatorio, calibrado para impresionar no tanto a las *señoras* mismas sino a los señores con los fajos de billetes). ¿*Y para usted, señorita? ¿Qué tomará la* señora *esta noche*? Schiff fue recorriendo la mesa:

> *Y entonces voy y le digo, «¿Quién te crees que* eres*?* ¿Quién *engaña a* quién*?»*.
> *No podrías haberlo dicho mejor, Joan…. aunque lo intentaras…*
>
> ¿*Señoras*?
> Schiff había llegado al centro de la mesa, donde la actriz del

abrigo de piel y las gafas de sol conversaba con la mujer que tenía sentada enfrente.

Volvió su famoso rostro hacia Schiff y dijo, Tome nota, quiero una taza de caldo de gallina, después quiero una cuña de lechuga, ya sabe usted, la que sirven en el Brown Derby. Y después me trae una patata asada *s-a-n-s* naaada de mantequilla.

Tiene que cuidar la línea, le explicó a Schiff la mujer sentada enfrente de la actriz.

Ella es guionista, aclaró esta última, por eso no tiene que preocuparse por su aspecto.

—Ella es actriz, por eso no tiene que pensar. Yo tomaré la sopa de ajo, una ensalada y el cordero. Alimento para el cerebro, Joan.

—No me extraña que seas una desconocida.

No, me enteré por el maquinista, que fue testigo, en vez de los créditos normales, tal como los conocemos, al final hace que el elenco diga a cámara, «Hola, soy Joseph Cotton y he

interpretado a…», bueno, ya sabes, a quien sea que Joseph Cotton haya interpretado…

a sí mismo

Queda tan *teatral*

Y después, después, atiéndeme bien, se vuelve hacia la cámara y dice, «He escrito y dirigido la película. Me llamo Orson Welles»

el muy imbécil

yo mi me conmigo

La última mujer al final de la mesa era más joven que las demás y estaba como posando para un cuadro, la barbilla y los ojos bajos en una actitud de tímida sumisión, en contraste con el pelo rubio casi blanco y un suéter rosa de angora de chica de revista. Schiff se vio obligado a inclinarse para oírla susurrar que quería sopa de tomate, ya sabe, de esa cremosa, y un sándwich de queso a la plancha sin corteza. No lo miró a los ojos pero él aspiró la fragancia de su aliento cuando habló: olía a chicle. Frente a ella había sentados dos hombres, concentrados en observarla, uno de ellos era el de *El halcón maltés*; el otro llevaba boina, un deportivo pañuelo Ascot y chaqueta de tweed, se lo veía visiblemente apartado, con la cabeza gacha mientras daba la sensación de tratar de plasmar la esencia de la rubia en su cuaderno de dibujo de artista. Cuando Schiff les preguntó ¿*Qué tomarán los caballeros*? los dos levantaron la vista y Schiff sintió que el corazón le daba un vuelco.

CÓMO DISTINGUIR A UN JAPO

El alarmismo de la prensa dentro de la zona de exclusión, incluso entre los periódicos de tono elevado, como el *San Francisco Chronicle, The Sacramento Bee*, el *Los Angeles*

Times y el *Herald*, había sido supervisado por el Departamento de Guerra y el del Interior, incluso manipulado, a lo largo de las semanas que desembocaron en la Orden Ejecutiva: *enciérrenlos* había sido el grito repetido al unísono por los editoriales: *échenlos a patadas* y envíenlos de vuelta al lugar de donde vinieron, porque no se puede ser japo y norteamericano a la vez, es un ejemplo claro de una de dos: o eres uno de los nuestros o eres uno de ellos.

Todo norteamericano de ascendencia japonesa había sido sometido al escarnio de la prensa, a la sospecha del gobierno, pero no a todos los ciudadanos norteamericanos de origen japonés se los trasladaba por la fuerza a centros de reasentamiento, solo a aquellos que residían en las zonas de exclusión o del Pacífico, en California, Oregón, Washington y el sur de Arizona. A los ciudadanos norteamericanos de origen japonés que vivían en el interior (que apenas alcanzaban a unos cuantos miles desperdigados) no se les exigía que abandonasen sus hogares y sus negocios, tampoco a aquellos que habitaban en la Costa Este. Pero los ciudadanos de ascendencia japonesa de los cuarenta y ocho estados eran objeto de un odio racial latente. Schiff recordaba el artículo de la revista *Life*:

CÓMO DISTINGUIR A UN JAPO DE UN CHINO

> El japo es cetrino (alimonado) y terroso; el chino es de color «pergamino» (bronceado).
> El japo tiene menos pliegue del epicanto (ojos más redondos que el chino).
> El japo puede tener vello facial; el chino tiene la cara más alargada y estrecha.
> En los japos son característicos los dientes salidos y las mejillas «sonrosadas»; el chino nunca se ruboriza.

Desde Pearl Harbor, el gobierno buscaba señales de actividad

o infiltración del enemigo, comportamientos sospechosos. El odio que surgió aquella mañana de diciembre era algo que se veía en la cara de la gente, en sus mandíbulas, sus ojos y sus puños, algo que se oía en sus cuchicheos, en su discurso. Si el hombre sentado delante de Schiff, en ese momento y en esa mesa, era japonés, o digamos, incluso, norteamericano de ascendencia japonesa, infringía la legislación federal al estar allí, en California, y Schiff, en calidad de funcionario público y, en especial, de Administrador General de un campo de reasentamiento, tenía la obligación de detenerlo. Pero Schiff se limitó a mirarlo fijamente.

Mi religión, le decía el hombre, *me impide tomar ciertos alimentos*.

Hablaba un inglés impecable, si acaso teñido de un acento neoyorquino de intelectual, según percibió Schiff.

En especial la carne de animales.

—Tak, amigo mío… —El actor de *El halcón maltés* posó la mano en el brazo del otro—: ¿Ofendería tu devoción ver cómo me atiborro de cordero asado?

—No me atrevería a imponer mis valores al prójimo.

—…bien, el cordero para mí —ordenó el actor. Volvió a tocarle el brazo al otro—: ¿Sería una ofensa para tu corazón budista tener que ver cómo me lo como rosadito?

—Peter —contestó el hombre—, debes hacer lo que te dicte tu conciencia.

—…bien —contestó el actor y, dirigiéndose a Schiff, añadió—: Cordero. Que esté poco hecho.

—¿Un plato de verdura, quizá? —le sugirió Schiff al japonés.

Pero sin mantequilla, le aclaró él.

El hombre pasó la página del cuaderno de dibujo y Schiff rodeó la cabecera de la mesa, aparentemente para recorrer el otro lado y terminar de tomar las comandas, pero también para ver qué dibujaba.

—Ah, ¿es una historieta? —preguntó Schiff.

Un guion gráfico.

Como Schiff se lo quedó mirando, aclaró:

—Cada viñeta es una toma de la cámara, ¿lo ve? Una escena diferente. De la película que estamos rodando.

Schiff observó atentamente el trabajo del hombre, luego echó un vistazo a la sala, sin fijarse especialmente en los comensales reunidos, sino en busca de los detalles en los que un espía podría reparar: si eres capaz de dibujar una cara, eres capaz de dibujar un plano. Eres capaz de dibujar un mapa.

Lo bueno de la decoración del Lou's era que tenía más aspecto de bistró francés de campo de lo que se podía esperar de un establecimiento sito en la calle Principal de Lone Pine: rústico, apolítico, se figuraba Schiff (salvo por la foto de Vasco, encima de la plancha, en la que se veía al Generalísimo Franco con un cuchillo clavado en el ojo). Y lo bueno de Lone Pine, tal como Schiff iba aprendiendo, era que allí no había nada de interés para el mundo en general ni para nadie más, menos aún un combatiente enemigo.

Salvo el agua.

Toda el agua que la quinta ciudad más grande de Estados Unidos precisa para sobrevivir.

Una sombra se cernió sobre Schiff cuando se quedó ahí parado con el lápiz suspendido sobre la libreta de comandas.

Traeremos a 10.000 detenidos políticos a un tiro de piedra del Acueducto de California, la única fuente de agua de Los Ángeles.

La madre que me parió, pensó.

¿a qué genio se le habrá ocurrido?

Casi cuatro millones de litros diarios…, ¿cuánto veneno haría falta para contaminar esa cantidad de agua (y qué sustancia tóxica haría falta)? ¿Qué medidas se habían implementado para garantizar la seguridad del sistema de transporte —aliviaderos,

tuberías, canales, diques— y además la seguridad de la sustancia misma, su pureza, su potabilidad?

¿Y si está en juego la salubridad?, ¿y si la salvaguarda del producto y su transporte no fuesen necesarias para la seguridad de la ciudad?, ¿y si alguien llegaba a interrumpir el suministro, lo hacía saltar todo por los aires, elegía un punto en los varios cientos de kilómetros del sistema de tuberías y aliviaderos donde la supervisión fuese laxa o débil, y lo dinamitaba? ¿Qué pasaría si el grifo se cerraba de repente, si la ciudad de Los Ángeles se quedaba seca de repente? Recordó que alguien —¿el padre de Sunny?— ya había intentado volar el acueducto. Las guerras del agua y todas aquellas pequeñas disputas, pero ahora había en curso una guerra de verdad. ¿Cuánta agua almacenaba el sistema, cuánto tiempo resistiría Los Ángeles? Sabía por los documentos de la planificación del campo de internamiento que el adulto medio que trabaja en condiciones moderadas necesita consumir entre dos y tres litros de agua diarios para evitar la deshidratación, el doble en un clima seco y caluroso como el del desierto de California. Bañarse, cocinar, tirar de la cadena, lavar la ropa… todo eso iba aparte. Cultivar plantas y huertos, aparte. Regar el césped y apagar incendios, aparte. Entre los posibles artículos racionados —leche, harina, azúcar, mantequilla, café, carne de ternera, de cerdo, goma, seda, gasolina— nada resultaba tan crucial para la supervivencia como aquello que la mayoría de las personas daba por sentado, utilizaba gratuitamente o derrochaba a vasos o litros por día.

Aire y agua, por ahí nos van a dar primero. Ese peligro en tiempos de guerra cobraba de pronto un nuevo sentido. Estrangulamiento estratégico: cortas la respiración, la víctima se asfixia; cortas su acceso al agua, todos mueren de sed.

En la cocina, Schiff le cantó las comandas a Sunny.

—*…siete sopas de ajo*, cuatro *borscht*, tres consomés, doce ensaladas. Nadie se apunta al picadillo. Dos conejos, tres terneras, cinco corderos…, dos poco hechos, tres hechos, cuatro gallinas. ¿Qué dice esta noche la chef sobre las comandas fuera de menú?

Sunny contestó con una mirada que él jamás había visto.

—¿Sopa de tomate?…

—¿Cuántas?

—Una.

Ella asintió de modo cortante.

—¿…sándwich de queso a la plancha?

Ella lo miró.

—…sin corteza.

Sunny le comentó algo en español a Pie, que estaba en la plancha, y por lo bajo soltó una maldición:

—¿Qué diablos le pasa a esta gente?

—…y además, un vegetariano. Sin mantequilla.

—Sé lo que significa «vegetariano».

—Y ¿hay lechuga iceberg?

—¿Ve esto?…

Era un cuchillo.

Uno de los actores ingleses —Schiff lo había visto en una película en el papel de amante despechado— llegó desde el comedor a pedir más hielo picado.

Schiff y Vasco emplataron los entrantes de sopa, llenaron las copas y sirvieron las ensaladas. Schiff consiguió colarle el consomé de conejo como caldo de pollo a la actriz de las gafas de sol y las vendas faciales, pero cuando le puso delante las verduras de la ensalada a la luz de las velas, ella le dijo: *Esto no es lo que he pedido*.

—Por el amor de Dios, Joan, que son verduras, tienen que engordar menos que toda la ginebra que consumes.

—Es vodka, querida, y el vodka no engorda a menos que lleve

vermut.

—…y Chamberlain tenía razón sobre *Herr* Hitler.

—Ay, ¿podemos por una vez no hablar de Hitler mientras cenamos? Es tan…, *chacabano*…

—Cíñete a lo que pone en el guion, abuela, que la improvisación no es lo tuyo.

Al regresar a la cocina, Schiff fue abordado por el comensal del pelo anaranjado: ¿*Qué se cuenta, amigo*?

—¿Qué me cuento?

—¿Es nuevo en el pueblo? ¿Qué hace aquí? Conozco a todo el mundo y a usted nunca lo había visto. No será otro maldito hermano de Sunny, ¿eh?

—¿Conoce a Sunny?…

—Desde hace tiempo. Casi desde la época de Aníbal. —Se rio del chiste que solo él entendió—. ¿Cómo es que no lleva uniforme?

¿Cómo es que usted tampoco?, tuvo ganas de preguntarle Schiff.

—¿Es cierto que quiere ser actor?

—¡Dios me libre, no!

El hombre del pelo anaranjado hizo un amplio ademán que abarcó toda la mesa y dijo:

—Pero todo el mundo quiere trabajar en el cine.

Yo no, señor.

—Entonces cuéntenos qué quiere hacer en la vida…

Schiff intentó retirarse. Amenazaba con ocurrir algo no muy agradable.

—Venga, muchacho. Cuéntenos qué le gustaría ser si pudiera largarse de este pueblo de paletos.

Algo que podamos ridiculizar era la clara insinuación.

Schiff lo miró y dijo:

—Iría a la universidad. Estudiaría Derecho, sacaría el título de abogado y trabajaría para el gobierno de Estados Unidos, en el

Departamento de Interior.

¡un cómico!
el muchacho tiene cualidades
Bobby, dale trabajo al chico

Nadie te ve cuando sirves mesas; Schiff lo había aprendido hacía mucho tiempo. Pero aquella gente, por lo que podía comprobar, aquella gente «del cine» llevaba anteojeras específicas para las luces y el artificio de su propio mundo. *Tengo contactos,* anunció el hombre del pelo anaranjado, y le entregó su tarjeta a Schiff. En ella se leían cuatro palabras: BOBBY KAYE, EMPRESARIO. HOLLYWOOD.

Schiff y Vasco retiraron los platos soperos y sirvieron los principales, acompañados de sus guarniciones: zanahorias asadas, remolachas asadas, espinacas a la crema, frijoles negros, alubias blancas con aceite y ajo, *frites* al estilo francés (fritas con grasa de pato), bollos, *alioli, salsa verde,** tortillas de maíz. Eran muchos platos, mucho llevar y traer, mucho ir y venir de la mesa a la cocina, y Schiff tardó un rato en darse cuenta de que oía su propia respiración, de que la conversación casi había cesado.

has probado esto?
el mío está riquísimo
pruébalo con la salsa
Este cordero es mejor que el de…

Ruido de gente comiendo.

Es usted un hacha, musitó Schiff a la chef.

El pelo rubio de la nuca, oscurecido por el sudor, se le pegaba a la piel detrás de las orejas, pero cuando ella se volvió para mirarlo, la satisfacción jugueteaba en sus labios.

El grupo recobró el bullicio cuando recogieron los platos (el alcohol empezaba a hacer efecto). Para los postres cada cual se sirvió a su gusto —tarta de limón al estilo de Lompoc, pastel de chocolate Volcán Cráter del Lago, pieles de naranja confitada al jengibre, caramelos salados del Pacífico, crocante especiado de *pepitas*—** y Vasco repartió café mientras Schiff terminaba de hacer la cuenta, y justo cuando acababa de entregársela a Bobby Kaye, un teléfono empezó a sonar. Maldito cacharro, ni siquiera sabía que hubiera un teléfono en el restaurante. Fue a contestar. Una voz preguntó:

—¿…jefe?

Schiff apenas oía con tanto alboroto.

—¿Svevo?

—Necesitamos su firma.

—¿…cómo ha conseguido este número?

—No me ofenda.

—Estoy ocupado, ¿no puede falsificarla?

—No, jefe, tengo aquí a dos tipos tiquismiquis de los centros de detención de Griffith Park y Tuna Canyon con formularios de semilibertad para trabajar, en los cascos llevan las siglas PM y necesitan probar que usted es quien dice ser.

Schiff miró alrededor y dijo:

—De acuerdo. Salgo para allá.

Se quitó el delantal, lo dejó encima de la barra, se enfrentó otra vez al frío y bajó por la calle Principal hasta el Dow.

En el vestíbulo esperaban Jay y dos miembros de la Policía Militar. Bastó con que les echara un vistazo (a los de la PM) para que Schiff pudiese evaluar la importancia que tendría el humor en esos trámites (ninguna). Se trataba de dos especímenes de aspecto severo dentro de una estirpe de aspecto severo: polis del ejército, que es como decir poli *al cubo*, ejército a la máxima potencia, el enésimo grado del régimen militar, el cumplimiento de la ley acoplado a un fusil al hombro y una porra. Habían

viajado en coche desde Los Ángeles (cuatro horas) con el único fin de ejecutar la semilibertad de cien hombres (100 prisioneros) y entregarlos a la autoridad menos rigurosa de Schiff para algo que a ellos les parecía (o al menos eso dejaban traslucir sus caras) un pícnic en la playa. Al fin y al cabo, el campo que Schiff dirigía no dependía del Departamento de Justicia. Lo que Schiff quería era que esos cien hombres (con la aprobación del Órgano de Reasentamiento de Guerra) trabajasen en régimen de servidumbre; los necesitaba de inmediato, por eso había iniciado el trámite de la semilibertad para trabajar. Aquellos hombres de ascendencia japonesa, ya encerrados detrás de vallas de alambre de espino por presunta traición, serían puestos en libertad con el fin de que construyesen campos donde encerrar a más japos. Con razón los de la PM no sonreían ni a tiros.

Encima tenían que conseguir su firma y conducir cuatro horas más de vuelta.

En la oscuridad.

—Caballeros, les agradezco que hayan venido de tan lejos para esto —dijo Schiff.

Sus ojos le dijeron: Es nuestro maldito trabajo.

Milagrosamente (o no, ahora que Schiff empezaba a acostumbrarse a los cuidados de Svevo), Jay había bajado la chaqueta del traje de Schiff de sus habitaciones y su jefe se la puso, confiando en que la prenda no solo le diese el necesario viso de autoridad sino que además contribuyera a disipar la niebla de ajo y tabaco que traía del Lou's. La pregunta ¿*Cómo ha hecho hasta ahora para arreglárselas sin mí*? relampagueó, fugaz, en los ojos de Jay cuando Schiff se cercioró sutilmente de que llevaba la cartera en el bolsillo interior. Allí guardaba su tarjeta de identificación de funcionario.

—¿Es usted el señor Schiff?

—Sí.

—¿Me permite que le pida una identificación, señor?

Schiff abrió la cartera y buscó la tarjeta con la foto en la que lo pillaron con la cara amodorrada y un tanto criminal pero que servía para probar a los desconocidos quién era.

El PM le entregó una tablilla sujetapapeles con un impreso.

—Si es tan amable, ponga sus iniciales aquí y firme aquí, señor.

Schiff levantó una mano: aunque volviera locos a los subalternos, sobre todo en tiempos como aquellos, jamás firmaba un documento sin haber leído hasta la última palabra. La solicitud constaba de cuatro copias y las leyó todas, asegurándose de que eran idénticas.

—¿No se adjunta un manifiesto detallado?

—Me han dado una lista —terció Jay.

—¿Figura un tal Jimmy Ikeda?

—Figuran dos Jimmy Ikeda.

Schiff asintió.

—Caballeros, ¿necesitan comer algo o un lugar donde descansar?

No, señor, le contestaron.

—¿Y a qué hora está prevista la entrega?

—Mañana a las quince horas, señor.

Schiff asintió otra vez.

Salieron los cuatro y el PM más bajo, el que no conducía, preguntó:

—¿Exactamente dónde está el campo, señor?

—A unos trece kilómetros al norte.

Los PM se miraron velozmente:

—Llegamos hasta allí. No hay nada. Ni siquiera una valla.

Schiff y Jay pusieron cara de póquer —*¡ah, hombres de poca fe!*— y desde la acera los vieron partir a toda velocidad.

Amigo, acabamos de pedir cien almas a las que se les ha negado el derecho de *habeas corpus*, que tienen motivos más que suficientes para detestarnos, y no contamos con un lugar

seguro donde meterlas.

Ajá.

Ni siquiera un lugar donde alojarlas.

Las tiendas de campaña llegarán al alba.

Ni nada con que alimentarlas.

En este mismo momento estarán cargando los convoyes. Carne enlatada y huevos en polvo. Más mil paquetes cortesía de la Cruz Roja.

¡no! ¿Los ha conseguido?

Pues sí. Más mil ochocientos rollos de papel higiénico.

Schiff vio a gente salir del Lou's y reunirse alrededor de los coches.

—Tengo que irme —dijo, y le entregó la chaqueta a Jay—. ¿Ha cenado? Pásese por el restaurante a comer algo…

—Tengo que comprobar el personal… Caray, qué pasa ahí, cuántos abrigos de piel…

Schiff echó una carrera hasta el Lou's, se abrió paso entre el gentío y los ayudó a recuperar sus abrigos. Se puso el delantal y los fue guiando un poco para que salieran del bar. Cuando el último cerró la puerta, dio un paso atrás.

Sunny salió de la cocina con los brazos en jarras.

—Misión cumplida —le dijo él.

—Me siento como si hubiese subido el monte Whitney y vuelto a bajar, las piernas me están matando…

Se sentaron en sillas contiguas y Sunny apoyó los pies en el regazo de él, con esa facilidad con la que sabía mover el cuerpo. Sus zapatos eran ridículos —él estaba habituado al calzado extravagante típico del personal de cocina, desde zuecos a mukluks —pero los de Sunny eran como los de un payaso, un par de botas de goma con una puntera enorme, recortadas para formar unas chinelas.

—Danos un masajito —suplicó ella—. ¡Ay…, por favooor!

Le puso las manos detrás de las pantorrillas. Sus vaqueros eran finos de tan desgastados y notó sus músculos, tensos y acerados,

al tratar de masajeárselos. Una mujer dura, reconoció él. Subió las manos hasta detrás de sus rodillas y con un sobresalto imaginó que llegaba más arriba.

—Nadie ha probado mi picadillo —fingió quejarse.

…todavía, dijo él.

—¿En serio, tienes hambre? Traeré para los dos.

Bajó los pies del regazo de Schiff.

—Ya voy yo, deja que vaya yo —dijo él, levantándose.

—Tú trae el vino —le ordenó—. ¿Qué más te apetece tomar?

—El *carpaccio* tenía muy buena pinta. Tan fino que se veía a través de él… ¿Cómo lo cortas?

Pero Sunny ya estaba pensando en otra cosa.

—¿Puedes venir a cenar a Las Tres Sillas? —le preguntó a Schiff.

Él se dirigía hacia la barra y se detuvo en la cabecera de la mesa:

—¿A cenar?

—El sábado por la noche.

Iba a contestar cuando vio algo, un papel, y miró una vez más la mesa vacía.

—¿…Sunny? —Schiff cogió el papel—. ¿Te ha pagado?

Ella se asomó al comedor.

—Pregúntale a Vas si había dinero en la mesa…

Sunny le dijo algo a Vasco en su idioma (Schiff entendió cuando ella le dijo *dollarru*), luego la chef negó con la cabeza y Schiff fue al tarro de la honradez y miró dentro: dos billetes de un dólar y tres monedas, una de diez centavos y dos de veinticinco…, ¡hijoputa!

Se encontraba en medio de la calle vacía cuando Jay se le acercó por la espalda:

—¿*Qué pasa*?*

¡Los muy hijos de puta se han ido sin pagarnos!

—«¿Sin pagarnos?» —preguntó Jay.

Los dos se quedaron con la vista clavada en la oscuridad solo rota por el letrero luminoso del bar del extremo norte del pueblo.

—¿Cuánto han dejado de *pagarnos*?

—Ciento diecinueve dólares.

Jay soltó un silbido.

—¿Van para el norte?

—A Tahoe… Reno… No lo sé, a algún sitio de por allá arriba.

—Cuento con la Policía Militar, puedo telefonear a Bishop. Allí hay una planta de tungsteno. Por algún motivo ni usted ni yo entenderemos jamás lo del tungsteno, a estas horas, recibe más cobertura que el presidente…

—¿Podría hacer algo así?

—Soy el ejército de Estados Unidos, hermano. Hago lo que quiero.

Sunny salió del restaurante y Jay se cuadró. El teniente le echó un vistazo a Schiff. *De acuerdo*, reconoció. La trama se complica.

—¿Se han ido? —preguntó ella.

Schiff asintió.

Jay carraspeó.

—Sunny, te presento al teniente Svevo, del Cuerpo de Intendencia. Jay, esta es Sunny Rhodes. Está al frente del Lou's, el mejor restaurante en kilómetros a la redonda.

Sunny le tendió la mano y a él le fallaron un poco las rodillas (nada que alguien pudiera advertir) al notar la fuerza del apretón, pero fue la aspereza de la piel lo que lo obligó a echar un segundo vistazo. Ante él tenía a una de las mujeres más deslumbrantes que había visto (sin maquillar y aun así los ojos la piel el pelo corto el aspecto eran de quitar el hipo, de un despampanante «de película») pero tenía manos (la *mano)* de gorila.

Se dio cuenta de que Schiff la miraba embelesado, como un

perrito con amo nuevo, había visto cientos de veces aquella mirada de ojos relucientes, patentada por bobalicones deslumbrados por las estrellas (Bolger, Rooney, *Jimmy Stewart*) que se quedan prendados de las chicas que siempre acaban yéndose a vivir con Cary Grant.

—Dice Jay que podemos llamar a la PM de Bishop. Podemos detenerlos —le explicó Schiff—. Solo tienes que pedirlo.

¡El *héroe* de la chica!, pensó Jay, de modo que se sorprendió cuando, fría como Agnes Moorehead en *Ciudadano Kane*, Sunny contestó que no.

La vio posar la mano en el brazo de Schiff. *No,* repitió.

—Dejémoslo estar.

Schiff colocó la mano sobre la de ella, la miró a los ojos y le preguntó:

¿Estás segura?

Sí, contestó ella.

Jay vio a su jefe darle unas palmaditas en la mano y acercar un poco más la cara a la de ella.

¿*Es por lo del elefante*?

Claro que *sí*, Jay lo vio (aunque Schiff fuera incapaz): *todo* era por culpa de esa cosa enorme en medio de la habitación, la bestia gris, inmensa, lujuria amor idilio, sí, ese era el elefante: con e mayúscula.

—¿Sabe lo que tiene gracia? Sin ánimo de ofender: la palabra *shiksa* podría ser japonesa. Así podría llamarse una mascota japonesa…, un perrito *shiksa.*

—Son las seis de la mañana, Jay. Demasiado temprano para sus tonterías.

—En el ejército decimos seis horas cero minutos, Schiff.

—…seis putos grados bajo cero.

Esperaban delante del Dow, en la calle, junto al coche del

ejército, a que llegara el convoy con el alambre y los postes para las vallas: madera suficiente, sostenía Jay, para construir un puto sendero entarimado de allí a Independence. Alguien había ganado una fortuna con ese pedido y ese «alguien» era el DALA. Habían ganado la licitación para el suministro de madera (no hubo otros licitadores), así como la de los tanques de aguas residuales y los cables eléctricos y las tuberías de agua y, según calculaba Jay, le habían clavado al Órgano de Reasentamiento el doble del precio real.

—La gente saca pasta de esta guerra, hombre. Deberíamos mandarlos a ellos a Alemania. Hablando de arios, ¿cómo es que nunca me ha contado nada de la rubia?…

—Explíqueme otra vez por qué estamos en medio de la calle en vez de esperar dentro, donde hay calefacción.

—No me gusta cómo huele el vestíbulo. Además, esto de aquí fuera es bonito. Estrellas en el cielo. Cimas nevadas. ¿Qué me cuenta de ella, está soltera? ¿La ha invitado a salir?

Schiff llevaba unas botas del ejército que Jay le había conseguido para el trabajo del campo; le rozaban los tobillos y el frío atroz ya se le colaba por las suelas.

—¿No podemos esperar en el coche y poner la calefacción?

—Vaya putada será hoy lo de clavar postes en el suelo congelado, suerte que a mí solo me toca el papeleo. Estuve hablando con el tipo que va a hacer mi trabajo en Poston…, ¿sabe el campo planificado para Arizona?

—Conozco todos los campos, Jay. Estaba ahí cuando desplegaron el mapa.

—Está en una puta reserva india.

—Situaron todos los campos en terrenos de propiedad federal o municipal. Para prevenir la especulación.

—Ya, ya, pero se ve que no contaban con la ciudad de Los Ángeles… En fin, que el tipo de Poston dice que tienen unos barracones prefabricados pero que, aparte de eso, no consiguen madera. Se han tenido que poner a hacer ladrillos de barro. ¿Se

lo imagina? ¿Cómo se hacen ladrillos de barro en invierno?, ¿no hay que ponerlos al sol? Otra cosa rara de esos campos de Arizona es que les han ordenado que cultiven caléndulas, nada menos. ¿Qué mierda será eso? ¿Cómo contribuye al esfuerzo de guerra?

—Las usan para el huevo en polvo. Como colorante.

—¡No me diga! ¿Cómo lo sabe?

—Como usted bien dice, leo demasiado.

—Lo retiro.

—Acepto la disculpa.

—¿Qué tal las botas?

—Debería haberme puesto unos calcetines más gruesos.

Un par de faros brillaron en la menguante oscuridad —un camión— y vieron que iba solo, rumbo al norte.

—Bueno, si no me quiere hablar de la rubia al menos cuénteme algo sobre ese muchacho Ikeda por el que tuve que dar en prenda a mi primer hijo para que lo enviaran aquí.

—¿Fue complicado?

—Lo complicado es cosa de aficionados.

—Trabajé con él en Chicago, un buen chico que estaba en el equipo de cocina. Chicago ni siquiera se encuentra en la zona de exclusión.

—El expediente dice que lo detuvieron por presuntos «actos de traición», eso suponiendo que este Jimmy Ikeda sea el que usted conoce…

Schiff se puso serio de repente.

—…hablando de sospechas. Anoche vi a uno.

—¿Un qué?

—Un japonés.

—¿En Lone Pine? Tiene gracia. ¿Así, caminando por ahí? ¿Qué hacía?

—Pedir la cena.

—¿…quiere decir que anoche en el local de la rubia había un tipo, un norteamericano de origen japonés? Habrá efectuado un

arresto ciudadano.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

—Caray, no lo sé… ¿Porque lo dice la ley y usted es abogado?

—Tal como le he comentado…, estaba pidiendo la cena.

—…ay, tendrá usted que centrarse en serio en el tema. ¿Y si hubiese sido nazi?

—No era nazi.

—Pero ¿y si lo hubiese sido?

—Era budista. Y estaba pidiendo la cena. Vegetariana.

—¡Hitler es vegetariano! —Jay miró su reloj—. Tenía usted la obligación legal de detener a ese tipo, o al menos de hacerle unas cuantas preguntas serias. Está usted al frente de un campo. ¿Voy a tener que seguirlo todas las noches para asegurarme de que ha cerrado el portón con llave? Si no se centra en su trabajo, Schiff, acepte mi consejo y búsquese otro empleo.

—No crea que no lo he pensado. Lo de alistarme.

—¿Se ha vuelto loco?

—No crea que no me gustaría cargarme a Hitler.

—*Mishpokhe*: con los muchachos como usted y yo hacen velas. Su madre se moriría.

Schiff soltó un bufido que floreció de su nariz como una nubecilla.

—Algo que mi padre podría al fin agradecer a Hitler.

Surgió otro par de faros, demasiado bajos para tratarse de un camión.

—Me invitó a salir. Creo.

Jay dejó a medias la calada al Camel para preguntarle:

—¿Cómo logró perder la virginidad? Se supone que es el hombre quien debe invitar *a la mujer*.

—¿Se suponía que yo debía invitarla a salir? ¿Adónde exactamente? Aquí no hay nada que hacer más que ir a comer y ella ya cocina en el único local del pueblo digno de frecuentar. —Soltó otra vaporosa vaharada y añadió—: Me invitó a cenar.

—¿Cuándo?

—Anoche. Cuando cerrábamos.

—Que no, me refiero a cuándo es la cena.

—Mañana por la noche.

—Ah, tendrá que llevar algo.

—Sí, lo sé.

—…flores o algo así.

—Dígame dónde consigo flores en este pueblo y en invierno…

Jay lanzó la colilla del Camel a la calle y sonrió.

Los padres de Schiff le habían enseñado que, si lo invitaban, siempre debía llevar alguna cosita. No te presentes con las manos vacías —es un insulto—, y a pesar de que sus padres, arrastrados por la corriente, habían recalado en esas costas con las manos vacías (y sin invitación), ninguno de los dos veía la ironía en que le dijesen: No llames a la puerta sin llevar un obsequio, sin alguna cosita en la mano. Algo preparado en casa dispuesto *en una fuente de porcelana*, siendo la «fuente» el factor clave del ejercicio porque, como un eco, debía encontrar el camino de vuelta y asegurar futuras repeticiones. *No nos ha devuelto la fuente* era el comentario que ninguna mujer quería que dijeran sobre ella. En cuanto a la fuente misma: debía ser «de allá», con preferencia de Polonia, Rusia o Baviera; debía ser singular o preciada y de antes del siglo XX, llevar referencias legibles, *la marca de la porcelana*, a la vista. La fuente de Rivka, la fuente de Zeporah, la fuente perteneciente a la madre del marido de la prima del jazán: esas eran las fuentes de los invitados que entraban en la casa y eran veneradas, lavadas por separado de otras fuentes, en distinta agua (agua para fuentes de invitados), secadas y envueltas, como algo sagrado a la espera de un ritual. La fuente de *kreplach*, la fuente de *latkes*, la de las «visitas»: la iconografía de las fuentes en la cocina de la mujer judía convertía en un infierno entrar en ella (nunca sabías lo que se podía tocar). Y si la cocina era el lugar de semejante temor

desenfrenado, imagínate las demás estancias. El recuerdo —incluso en ese momento— de acudir a casas ajenas a comer hacía que Schiff se sintiera como uno de esos pueblerinos que habían ido al Drake desde Peoria, temeroso de llevar sus modales de campo a la mesa, aterrorizado ante la elección de un tenedor.

—Le puedo conseguir flores —dijo Jay, aceptando el desafío—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Orquídeas? Las orquídeas dicen «Tengo clase».

—Las orquídeas remiten a Hawái y su hermano murió en Pearl Harbor.

—¿Rosas, entonces?

—Lo pensaré.

—Lo de las mujeres y las flores tiene gracia: supe que me enamoraría de Beryl cuando me dijo que las violetas eran sus preferidas. Siempre se puede deducir cómo es una mujer por las flores que prefiere.

Y por su alimento perfecto, pensó Schiff.

Una fila de faros —sin lugar a duda, el convoy— se aproximaba desde el sur, y Jay le dio un toque en el hombro y dijo, «Ahí vienen». Schiff arrancó el coche, Jay se colocó en el centro de la calzada y le indicó al camión que los siguieran, luego se subió y le dijo a su jefe, «Bien…, vamos allá, a hacer historia», mientras Schiff cruzaba el pueblo silencioso en dirección a Manzanar.

*

Siempre había sido un lago repugnante, sulfúrico, que apestaba como una herida, salobre, amarillo, apto solo para incubar mosquitos, moscas de la sal y una ilusión prostituida, aunque, visto desde las cimas de las montañas Inyo, el lago debió de parecerles un regalo a los humanos que viajaban al Oeste, debieron de verlo como oro, precioso como una tierra prometida

(que, seamos realistas, jamás podrá albergar promesa alguna sin agua). Incluso ahora, cuando Rocky lo contemplaba desde arriba, desde la atalaya de la senda del Whitney en Sierra Nevada —lejana, rodeada de blanco—, notaba el sabor a agua. Pero había algo más en la distancia, un fantasma, transparente, granuloso, como una fotografía desvaída o la radiografía de una sombra en el pulmón: sobre el lago flotaba una nube de polvo.

Rocky recordaba el primer día que la había visto:

Una maldita nube enorme.

De haber vivido en tiempos del Antiguo Testamento, lo habría atribuido a Dios, a una zarza, a un roce con aquello que William James llamaba una «experiencia religiosa personal».

Lo que le pasaba a la nube era que se movía, con rigidez, como algo recién nacido, ganaba aplomo y aprendía —cómo decirlo— *a vivir*.

En un arrebato de locura llegó incluso a pensar que tenía ojos.

Si habla, recordaba que pensó, puede que tenga que fundar una iglesia.

En los años veinte, cuando los muy desgraciados vaciaron el río del deshielo puro que alimentaba el lago, solo quedó un lodo salobre que había alcanzado un punto sin retorno y… *abracadabra*: despegue. La tierra echó a volar.

A aquel delito de ingeniería no lo llamaron «drenaje»; lo llamaron «canalización», lo llamaron «redistribución», en ocasiones lo llamaron «trasvase». (Rocky lo llamaba «robo».) Que Dios maldiga a Bill Mulholland, el mayor hijoputa cavador de zanjas jamás salido del mar de Irlanda, que Dios maldiga a la ciudad para la que trabajó, a los de su calaña sus sedientos vástagos su alma putrefacta su buche inflado, que les den, que les den por culo a todos.

Recordaba aquella primera mañana del polvo como si hubiese sido ayer:

el modo en que La Cosa había despegado de la superficie para

acabar minutos después triturada en el viento, convertida en nada.

Solo para volver, al día siguiente.

Y al siguiente.

Un cribado diario —no de tierra sino de *lago*—, un cribado diario de lo que había sido agua, aunque agua *ácida*, convertida ahora en una costra ácida cuyos desechos eran como una amarga arena molida que contaminaba el aire.

En la ciudad, allá abajo, al otro extremo de la tubería, le habían puesto el nombre de Mulholland a un camino —*camino al infierno*, confiaba él— y había *piscinas* en fincas privadas y *fuentes* en los edificios públicos. Suponía que en el fuero interno de todo hombre hay un punto en que salta el percutor, el punto en el que ese hombre aprieta el gatillo, y en su caso, a ese punto se llegaba cuando alguien mencionaba las palabras *Los Ángeles*.

En el primer encuentro con el joven abogado, las cosas se habían torcido un poco, a Rocky no le había caído demasiado bien, aunque algo mejor que el general, pero ahora Sunny le comentaba que el tipo no estaba tan mal, que parecía decente de una manera torpona, por eso había dado su visto bueno para que lo invitara a casa; él se encargaría de asar unos filetes y así hablarían de las posibilidades de que Rocky consiguiera que todos esos japoneses, si llegaban a desarrollar los síntomas, lo secundasen como *amicus curiae*.

Se encontraba en los portales poniendo las patatas a asar cuando los perros montaron un alboroto. Rocky abrió la puerta antes de que Schiff hubiese aparcado la motocicleta y vio cómo se quitaba las gafas y avanzaba entre los perros. Incluso desde lejos descollaba sobre Schiff y a medida que este se fue acercando, el hombre mayor se hizo aún más grande, en parte por su tamaño, pero también, en no poca medida, por su fuente de energía cautiva. *La inteligencia*: Schiff notó cómo su anfitrión ponía su mente y su experiencia al servicio del análisis,

y sopesaba los bienes de Schiff, para determinar cuánto valía.

—Señor Rhodes…

—Adelante.

De cerca, sus prendas y su piel despedían un aroma, como si hubiese estado atizando el fuego, y sostenía un vaso de cristal tallado con algo dentro que Schiff creyó que podía ser escocés o *bourbon*.

—Quítese el abrigo para que podamos empezar con el sustento líquido…

Rocky esperó a que Schiff se desprendiera de la prenda de tela tiesa, luego cogió el abrigo y lo puso en un colgador del campanario, que servía de vestíbulo, a la izquierda de la entrada.

—Ah, espere…

Schiff recordó que había metido un regalo para Sunny en el bolsillo del abrigo y fue a buscarlo.

—Para la anfitriona.

Al parecer Rocky no le vio el sentido.

—Muy amable de su parte —dijo Rocky, y empezó a romper el envoltorio con la mano libre (la mano en la que le faltaban dos dedos); presa de una especie de ataque de pánico, Schiff recuperó el regalo.

(Después de la charla con Svevo sobre las flores, se había decidido por un libro que ya tenía en su habitación del hotel: un libro de cocina, una guía sobre las prácticas culinarias japonesas que sabía que Sunny apreciaría pero que podría parecer una falta de sensibilidad hacia el padre de un joven muerto en Pearl Harbor).

—…es un libro de cocina —explicó Schiff—. Para Sunny —añadió.

—Ah, muy bien —dijo Rocky—, lo dejaremos en la cocina, donde ella pueda encontrarlo. —Y echó a andar delante de él.

Schiff observó que tenía la espalda recta y ancha, y llevaba la

cola de pelo blanco que le colgaba de la nuca atada (algo sorprendente) con una cinta de raso de color vino. El suelo del vestíbulo era de baldosas, al estilo español, unos cuadrados de terracota pulida; las paredes blancas de adobe estaban divididas por madera oscura y obras de arte.

—Es una casa hermosa… —empezó a elogiar Schiff.

Rocky se volvió y le dijo: Toda hecha por mí, con estas manos. Levantó la pinza destrozada para demostrárselo. Desde los cimientos, aclaró. Cada centímetro. Como usted, al otro lado de la carretera, con su Utopía.

Schiff lo miró a los ojos:

—¿Vamos a pelearnos por el campo?

—Probablemente. Antes vamos a aprovisionarlo de coraje líquido.

Se detuvieron en el pasillo delante de un cuadro de un paisaje del Oeste —montañas azules a lo lejos, primer plano inundado por el sol, tonos purpúreos del ocaso; algo en la orientación o en las sombras, algo que salía del cielo y caía sobre la tierra le resultaba familiar. Ajá, es ese lugar, le confirmó su anfitrión:

—La vista que se tiene desde allí —señaló a lo lejos, más allá de las paredes—. Maynard Dixon. Un tipo curioso. Talla de sombrero gigantesca. Probablemente conozca la obra fotográfica de Dorothea… —se volvió hacia la pared de enfrente—, su mujer. Ahí tiene una alemana. Rompió el molde. Probablemente haya visto estas fotos de la época en que participó en el Programa de Trabajo del New Deal de Frank…

Schiff se volvió para observar la foto de una mujer con la mirada de desesperación perdida en la distancia, la barbilla descarnada apoyada en la mano, unos niños desastrados agarrados a ella.

—No soy un… entendido en arte —observó Schiff.

Comprobó que los pequeños músculos alrededor de los ojos de Rocky se ajustaban a una nueva visión de él.

—Pero lee —dijo Rocky.

Con un gesto señaló el regalo que Schiff aferraba en la mano.

Una vez más, otro reajuste en el enfoque del viejo.

—¿Cuál es su personaje favorito de Shakespeare?

—¿…favorito?

—Uno que le haga sentir la sangre en las venas.

Schiff se sintió desconcertado: sabía que había gente que leía a Shakespeare —gente que, de hecho, se sentaba a leer en voz alta todos los personajes—, pero él no era de esos, aunque había tenido que leer las tres obras que más se enseñaban en la universidad *(Hamlet, Romeo y Julieta, El rey Lear)*. La única obra de Shakespeare que había visto en el teatro había sido *El mercader de Venecia,* en una producción universitaria, porque la estudiante con la que salía interpretaba un papel menor y él quería echar un polvo.

—No soy lo bastante versado en Shakespeare para contestarle —dijo.

—Inténtelo.

—Basándome en las tres obras que he leído…, Cordelia.

Su respuesta recibió una sonrisa (de los ojos, no de los labios).

—Anoche ese pequeño nazi con ínfulas me obligó a repasar *Ricardo III*, para tratar de entender al personaje. En un artículo de *The New Republic* leí que, en su juventud, Adolf fue pintor: fíjese adónde ha ido a parar la apreciación del arte o lo de ser un entendido, como diría usted.

Schiff oyó voces al final del pasillo, imaginó que venían de la cocina y confió en encontrar allí a Sunny para que lo ayudara a salir del brete.

Rocky echó a andar otra vez pasillo abajo dándole la espalda sin dejar de hablar.

—…satanismo bufonesco. Tomemos a Ricardo: mezcla de encanto y terror. Dicen que en persona Hitler tiene encanto. Yo no se lo veo, para mí es un payaso… Mi padre lo habría destituido a carcajada limpia, y cabría preguntarse qué habría

dicho Emerson de ese imbécil.

La pared a la izquierda de Schiff daba a un patio iluminado por farolillos donde un artefacto negro con forma de barril horizontal, desprendía humo.

—…Evian en el 38. Treinta y dos países, el nuestro incluido, tuvieron la oportunidad de censurarlo por sus refugiados, los «derechos humanos», y dejamos que el muy cabrón se saliese con la suya. Chamberlain y su puta madre, disculpe mi lenguaje…

Rocky entró en la cocina a grandes zancadas, y Schiff se detuvo en el umbral para contemplar el panorama.

Parecía más grande que la del hotel Drake.

—Chamberlain no era el hombre moderno que necesitábamos —prosiguió Rocky—, la realidad lo superó, abordó al monstruito desde una perspectiva del siglo anterior, maldición, su marco mental no podía contener a un personaje como Hitler y, obviamente, tampoco había leído a Shakespeare. En cuanto a los personajes, el Bardo es imbatible. ¿Con qué se envenena usted, qué puedo ofrecerle de beber?

—Vaya cocina.

—Tiene su historia…, ¿qué le sirvo?

En una de las grandes mesas había dos botellas de vino francés; una de ellas la habían decantado en un recipiente de cristal y al lado de este había dos copas. Junto a ellas había dos platitos blancos repletos de unos óvalos verdes cuyo brillo contrastaba con la porcelana: aceitunas verdes pequeñitas en un plato y pistachos pelados en el otro.

—Yo me estoy tomando un calvados de mi cosecha —dijo Rocky—, una sidra fuerte que hice con las manzanas que daban los árboles de su Manzanar, pero dispongo de un bar bien provisto, así que lo que usted guste…

—Tomaré una cerveza.

—Marchando una *cerveza*.*

Había dos neveras, según comprobó Schiff. Al parecer había

dos de todo: dos copas de vino, dos platos, dos fogones, dos mesas largas, dos fregaderos dobles de piedra, dos planchas, dos tablas de carnicero, dos chimeneas. Encima de los fogones, de unos bastidores de hierro colgaban recipientes de cobre, y sobre las encimeras de trabajo, las sartenes y los cuencos esperaban en sus estanterías. Con golpes certeros Rocky partió en cuatro una lima pequeña, luego sacó de la nevera una botella, la abrió y con el pulgar metió una rodaja en el cuello de la botella, se la entregó a Schiff, levantó su copa y brindó:

—Dos sillas.

Schiff entendió que había dicho «¡Por las sillas!» hasta que Rocky añadió:

—¡Por la conversación!

Schiff intentó beber la espuma a través del cítrico preguntándose dónde estaría Sunny y por qué en la mesa solo había dos copas de vino.

Rocky le hizo señas a Schiff para que tomara asiento y le acercó el plato blanco de aceitunas al tiempo que se servía un puñado de pistachos.

—Siento que no sea de día, lo habría acompañado a dar un paseo por fuera para que viese la desproporción de esta cocina. Duplica las medidas que indiqué en mi plano, vista desde ahí fuera —señaló— desequilibra el perfil del edificio, pero no oculto el hecho de que la construí por amor. Dos años tardé de principio a fin, la construí para atraer aquí a mi prometida, y es la cocina que Lou quería. —Echó un vistazo alrededor—. La de comidas que han salido de aquí.

Las piezas estaban a punto de encajar para Schiff:

—Lou… —repitió.

—La madre de Sunny y Stryker…, Stryker es mi otro hijo.

—Lo siento, señor Rhodes…

—Rocky. Todo el mundo me llama Rocky.

—O sea que el restaurante…, el Lou's…

—El local de Sunny en el pueblo, sí…

—¿…lleva el nombre de la madre de Sunny?

(Por qué no me lo dijo ella, sin más, se preguntó…)

—Muchacho, déjeme que le diga que esas dos mujeres llevan lo de guisar en la sangre. En mis tiempos de estudiante leí *La confianza en uno mismo*, pero lo que Emerson no puede enseñar lo aprende uno viviendo solo a lomos de un caballo. Tuve que aprender a ser un manitas con un corte de carne y un tarro de frijoles, pero lo que Lou hacía cuando cocinaba era magia. Por cierto, usted habla de la apreciación del arte, pero Dios mío la de platos que comimos aquí, y lo cierto es que Sunny aprendió de forma natural y sobre eso siguió construyendo…

—¿Dónde está Sunny?

Rocky ladeó la cabeza y contestó:

—En el Lou's. El sábado es un día fuerte.

Schiff confió en poder ocultar su decepción.

—Pensé que a lo mejor después del grupo grande de la otra noche hoy descansaría.

Rocky lo analizó.

—¿Se refiere al cabrón de Bobby Kaye y su circo ambulante?… Esa historia requiere más bebida. Acompáñeme, permita que lo guíe en una visita rápida, después nos sentaremos a papear y a charlar un poco sobre reyes y a resolver los problemas de este mundo demasiado imperfecto…

Rocky lo llevó de vuelta al vestíbulo y se detuvo en el arco más alejado para explicarle:

—Esa de ahí es el ala de Cas, un añadido posterior.

Schiff señaló una fotografía con marco de madera que colgaba de la pared.

—¿El presidente?

—Pasábamos los veranos con su familia.

—¿Quiénes?

—Mi hermana y yo.

Rocky se abrió paso hasta los portales. Le enseñó a Schiff los

talleres, algunos de los cuales habían sido reconvertidos en cuartos de invitados (aquello tenía el tamaño de un hotel, pensó Schiff), luego hicieron un alto en el taller de carpintería de Rocky (que olía a serrín y a madera de manzano), donde echaron un vistazo a sus sillas, luego Rocky paseó a Schiff por la antigua clínica de Lou y le habló del trabajo que su mujer había hecho con las poblaciones de indios y mexicanos de la zona. Schiff se sorprendió de la veneración que modulaba la voz de Rocky cuando hablaba de su esposa —y de sus hijos y su hermana—, pero notó que las anécdotas parecían regresar a la época en que Lou y Stryker aún vivían. Cuando Rocky hablaba de Stryker, se detenía siempre antes de la guerra, como si para su padre el relato de Stryker fuese una historia de hechos pasados y lo ocurrido en Pearl Harbor no fuese más que su colofón.

Rocky asó unos filetes gruesos, y Schiff se quitó la americana del traje y ayudó a poner la mesa en el comedor. Sunny había preparado una *sauce béarnaise* y la llevaron a la mesa con los filetes, las patatas asadas y el vino tinto —encendieron las velas — y se sentaron a dar cuenta de la comida en una habitación que para Schiff (que nunca había estado en Europa) fue como retroceder de un salto a los tiempos de Fernando e Isabel. La mesa era de madera oscura tallada, igual que las sillas elaboradas, y encima del aparador, que ocupaba el largo de una pared entera, había una antigua colección de las obras completas de William Shakespeare, el Bardo.

—¿Qué lo trajo hasta aquí… a este valle en particular? —preguntó Schiff.

—Pues bien, se lo voy a contar —dijo Rocky.

Y procedió a referirle la historia de su deseo de vivir de un modo distinto del de su padre («Todos los *Enrique»)* y de su conflicto con la sombra de su padre *(«Hamlet»)* y su propia herencia. Punch (Schiff dedujo que así llamaban al padre de

Rocky en la familia) había permitido a Rocky abandonar pronto los estudios; lo mantuvo con un estipendio con la condición de que, si Rocky insistía en viajar al Oeste, actuara como agente de campo y le informara sobre las propiedades de Wellington Rhodes —las tierras y las explotaciones mineras— a medida que avanzaba por el mapa. Rocky le contó a Schiff que acababa de pasar tres semanas en el Valle de la Muerte, en las minas de bórax de su padre, cuando atravesó las montañas Panamint e Inyo a caballo, hasta la veta de plomo y zinc de Cerro Gordo, y esa noche decidió acampar junto al lago Owens.

—Eso fue antes de que vinieran por aquí esos, los del agua de la ciudad que está al sur. Fue hace treinta años, la primavera de 1912. Lo primero que pasó fue que, aquella misma noche, cuando estaba sentado al lado de la fogata, en el cielo apareció un arco lunar.

—No sé lo que es un arco lunar —reconoció Schiff.

—Es un arcoíris, pero proyectado por la luz de la luna.

—¿…de noche? ¿Con todos los colores?

—Es como para morirse del susto. Y ya sabe, yo era joven, no me quedó más remedio que tomarlo como una señal. A la mañana siguiente (no olvide que esto fue hace mucho tiempo, antes de la Gran Guerra, antes de la edad moderna), me acerqué a la orilla y de pura casualidad me volví hacia el norte para mirar el cielo y, de repente, fue como si el cielo azul entero se rompiera en pedazos.

Permaneció callado un momento.

—Eran gansos blancos, cientos de ellos, miles. Venían del norte. Sus alas níveas reflejaban la luz azul. Oleadas y oleadas de gansos, bajando en picado sobre el lago Owens…

—¡Yo también los vi! El otro día…, no sabía qué tipo de gansos eran pero vi unos doscientos tratando de aterrizar…

—Supongo entonces que los vio estrellarse.

Rocky tomó un sorbo de vino.

—…siguen viniendo. En aquel momento consideré que

aquellos dos fenómenos eran obra del cosmos, que me mandaba un mensaje, como si la Tierra existiera para augurar el destino personal. Pensé en la *intervención divina*, pensé qué espectáculo tan extraordinario, las montañas de Sierra Nevada, abundante agua, hermoso lago… Si va usted al lago Owens en esta época del año, cuando están en plena migración…, es dolorosísimo. Una sombra en su memoria, algún código que llevan inscrito en la sangre los impulsa a seguir volviendo…, o tal vez sea que desde el cielo la superficie mineral parece agua. Siguen descendiendo como si fueran a aterrizar en el lago…, ya habrá visto usted las patas enormes de esas aves…, se les parten los huesos al golpear contra la costra salada. Supongo que si estuvo usted allí debió de ver *la nube*.

Schiff asintió.

—Es el lago entero que se eleva en el aire. ¿Ese polvo ocre? Es cuanto queda del lago Owens. ¿Y el polvo?… Hijo mío, este valle es un tubo de succión difícil de resistir, a veces el viento sopla desde el norte o desde el sur o baja bramando por la cara este de esas montañas.

Schiff no se había percatado de que en el extremo más alejado del aparador había una pila que, cuando Rocky la señaló reconoció como un montón de expedientes judiciales.

—Llevo treinta años metido en una guerra santa contra esos hijoputas. Perdí el dedo anular y la alianza: no puedo ganar en la mayoría de los frentes. Teddy Roosevelt así lo decidió entonces, cuando otorgó su privilegio ejecutivo a la ciudad del sur, «Las necesidades de muchos pesan más que las de unos pocos», y a los granjeros del valle del Owens nos jodió, por delante y por detrás, disculpe mi lenguaje. No puedo derrotarlos, lo sé, en el intento me he gastado gran parte de la fortuna que heredé de mi padre. Pero *en esta demanda…* —volvió a señalar la pila de expedientes—, creo que tengo posibilidades de ganar.

La clave, añadió, estaba en mitigar el polvo.

Schiff sabía qué quería decir «mitigar», significaba «moderar». Tras la Depresión, todo abogado de empresa había perdido los dientes de leche en los puntos más sutiles de la reestructuración de la deuda, y aunque el derecho mercantil nunca había sido su especialidad, Schiff había oído miles de veces aquella expresión, *mitigar la deuda*, y sabía que «mitigar» era hacer menos grave una situación (del latín *mitigare*, con el sentido de calmar).

Pero ¿mitigar el *polvo*?

Ese era el término que a los abogados de Rocky se les había ocurrido en esa última demanda contra el DALA, «mitigar», porque la gente enfermaba al respirar el aire contaminado por el polvo que se levantaba del lago vaciado, y Rocky perseguía que la ciudad del sur lo pagara caro.

—Sunny dijo que usted se mostraría receptivo con mi causa, por eso le pedí que lo invitase a venir aquí.

A Schiff se le cayó el alma a los pies. La invitación había partido de *él*. No de Sunny.

—El viejo doctor Bridges, de Lone Pine (un hombre agradable, un pelín anticuado: nadie acudiría a él para una operación de cerebro) ha declarado. Desde que el lago se quedó sin agua, en su consulta ha atendido a muchísima gente con problemas respiratorios. Y el doctor Skogerson, de Independence, ha testificado (en cuanto a conocimientos, ninguno de los dos le llegaba a la suela del zapato a mi Lou), pero el problema está en las pruebas. La parte contraria sostiene que falta un punto de referencia, no hay un índice médico de incidencia del enfisema geriátrico o del asma pediátrico con datos anteriores a la época en que los muy cabrones empezaron a robar. Así que no podemos demostrar que esos trastornos hayan surgido *exclusivamente* por el agua birlada al entorno de los residentes ni que hayan aumentado de modo significativo. Pero *usted*… —se inclinó hacia Schiff—, *usted* recibirá diez mil nuevos casos de estudio posibles.

Rocky solo quería que Schiff permitiera que los médicos del campo revisaran a los internos —especialmente a los niños y los ancianos— al comienzo de su confinamiento en el suelo del valle en busca de problemas respiratorios e irritaciones de garganta y ojos.

—Rezo como el que más para que esta guerra acabe lo antes posible, pero, si estamos en ella una serie de años, tendremos a estas personas de vecinos una buena temporada, y si durante su confinamiento comienzan a presentar afecciones en los ojos, la garganta, los pulmones, entonces conseguiremos un punto de referencia que puede respaldarse con datos reales. ¿Me ayudará a hacerlo?

—Confío en que no esté sugiriendo que *quiere* que esas personas desarrollen síntomas…

—Por Dios, no, desde luego que no.

Schiff comprobó que había atentado contra el honor de aquel hombre y se preguntó qué obra de Shakespeare hablaría de eso.

—Mi propia esposa… —Hizo una pausa—. A nadie le desearía que enfermara, de nada. Y mucho menos de los pulmones. —Hizo otra pausa, su mirada se centró en un espacio vacío en la pared más alejada—. Justo ahí es donde murió —dijo, y Schiff se quedó horrorizado, temeroso de volver la cabeza para mirar—. Instalamos el pulmón de acero aquí dentro, justo donde comíamos, cerca de la cocina, en el centro de nuestra vida familiar. Stryker dormía debajo, el eco del fuelle al insuflarle aire en los pulmones a mi mujer se oía por toda la casa. La noche que murió, volvió la cabeza hacia mí y con un hilo de voz alcanzó a murmurar *me ahogo*. Y supe que era el fin. Los pulmones se llenan de líquido, así es como mata, te ahogas en tus propios fluidos.

Se había puesto a golpetear la mesa con los dedos marcando un ritmo; una música fúnebre.

—No crea usted que no me paso las noches despierto

imaginando la forma en que debió de morir Stryker, las probabilidades de que estuviese en el agua cuando llegaron los aviones, de que se ahogara. No crea usted que no pienso en esas dos muertes, lo hago. Las similitudes. Me obsesionan. La muerte por asfixia.

Schiff se moría de vergüenza. Ante él nadie —desde luego nadie de su familia— se había atrevido jamás a exponer tan abiertamente sus pensamientos íntimos y, a primera vista, Schiff podría haber pensado que el hombre estaba borracho pero su actitud no tenía nada de lacrimógeno, nada de sentimental, nada que pasara de lo sublime a lo trivial, era simplemente *descarnada*, un hombre que monologaba sobre su tragedia.

—«Pobre Ofelia, bastante agua has tenido: / me prohíbo llorar…», *Hamlet* —dijo Rocky—, acto cuarto, escena siete. Eso dice Laertes cuando se entera de la muerte de su hermana. «… bastante agua has tenido.»

Dejó de tamborilear con los dedos, colocó la palma sobre la mesa y dijo:

—He intentado enseñarles a mis hijos que todo aquello a lo que tendrán que enfrentarse en la vida ya les ha pasado a otros, que Cristo no fue el único que murió por ellos, también los héroes de esas literaturas antiguas, Prometeo y Héctor, y mucho después, Ofelia y su Cordelia. —Se detuvo para interpretar el silencio impasible de Schiff—. Pensará que soy un loco en su castillo.

—Sí, lo pienso.

—Bueno —dijo Rocky—. Hay una posibilidad real de que me caiga bien.

Pasada la medianoche Rocky lo acompañó a la puerta:

—¿Seguro que irá bien en esa motocicleta? Ya sabe que puede quedarse a dormir. La invitación sigue en pie.

Schiff, como todos los borrachos que se engañan a sí mismos, caminó decidido hasta la moto *—hola, Rita Hayworth, cariño*

— y se encasquetó las gafas medio torcidas. Rocky se quedó en el umbral de la puerta para asegurarse de que partía sin dificultades, Schiff saludó muy valiente con la mano *(¡eeepa!)* y consiguió mantener derecha a *Rita* hasta la primera curva del camino de tierra donde tuvo la certeza de encontrarse fuera de la vista de Rocky, entonces apagó el motor de la dulce *Rita*, se arrancó las gafas de la cabeza y dejó la motocicleta sobre su caballete. Apagó el faro y se sentó en el frío silencio bajo un dosel de brillantes estrellas.

Aunque hubiese sabido dónde buscar las constelaciones —aunque hubiese sabido sus nombres—, el abigarrado dibujo del cielo presentaba tan inmensa profusión de puntos de luz que era imposible encontrar una geometría lógica. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió a lo lejos, hacia el norte, los fantasmales picos nevados de Sierra Nevada y, de vez en cuando, entre él y el horizonte, un revoloteo dentro de la oscuridad, unas alas negras y veloces contra el fondo negro; la noche estaba en calma como un cementerio hasta que, al aguzar el oído, surgía un hábitat de crujidos —el viento entre los matorrales de invierno, un roce, un frufrú, un búho, un aullido, el chasquido de una rama quebrada— y entonces, apenas audible, un sonido subyacente, un murmullo lejano, un motor al ralentí, una tos, un grito, una carcajada, el estruendo del metal como el de los aparejos de hierro en un barco: el campo de internamiento.

Todavía era una cuadrilla mínima —los internos de Griffith Park y del centro de detención de Tuna Canyon, los policías militares y algunos hombres del Cuerpo de Ingenieros del Ejército—, pero se los oía en plena noche. Schiff encendió el faro, anduvo con la motocicleta por el camino de tierra hasta la carretera y, tras cruzar, llegó donde los dos camiones de transporte de tropas estaban estacionados de través en el «portón» para asegurar la entrada, y allí encontró a dos PM

apostados frente al perímetro de la alambrada de espino recién levantada, apuntándolo con los fusiles de servicio:

—Oh, señor Schiff. Lo tenía en la mira desde hace un cuarto de hora, suerte que no he disparado. Pensé que alguien había entrado sin autorización en aquella zona de ahí, donde estará el aeródromo…

Schiff paseó la mirada por los postes alineados de la valla y levantó la vista hacia la torre de vigilancia, desde donde lo encañonaba otro fusil.

—¿Va a entrar, señor?

Schiff asintió, el PM apuntó algo en una tablilla sujetapapeles y le avisó:

—El teniente Svevo lo ha puesto en la primera tienda de la izquierda, señor.

—¿Cuál es la del teniente Svevo?

—Creo que el teniente Svevo y usted comparten tienda, señor. Pero el teniente no se encuentra en las instalaciones.

—¿Y dónde se encuentra?

—No lo ha dicho, señor. Pero sí ha dicho que estaría fuera una hora. Ya han pasado cuarenta minutos, señor.

—¿No ha dicho adónde iba?

—No, señor.

—Pero es el oficial de mayor rango. Se supone que debe usted saber en todo momento dónde está el oficial de mayor rango.

—…sí, señor.

Habían levantado la valla en tiempo récord; tenían las tiendas montadas, los catres distribuidos y la tienda de la cantina dispuesta y aprovisionada, pero, incluso a la media luz de los faroles de propano, Schiff alcanzaba a ver lo provisional, lo frágil que era todo.

Empujó a *Rita* hasta la tienda indicada —Svevo había clavado fuera un letrero pintado a mano con el texto ADMINISTRADOR DEL CAMPO—, cruzó la entrada, y vio que Jay había colocado dos catres y una estufa de carbón que, gracias a Dios, irradiaba

calor. Hasta que llegaran los teléfonos y hubiera electricidad, Schiff dirigiría el campo desde el Dow, pero en su estado no tenía ganas de hacer el trayecto, de modo que cogió una almohada al pie del catre más próximo y empezó a ponerse cómodo. Luego oyó una vez más el sonido retumbante —regular y metálico— como el que se oiría a orillas de un lago, donde amarran los botes. Le llegaban otros sonidos —voces de hombres, el viento entre los pliegues de las tiendas—, pero ese en concreto, inexplicable y repetitivo, lo obligó a salir del refugio de su tienda al recinto abierto.

Ahí estaba, no entendía cómo lo había pasado por alto: a veinticinco, tal vez treinta metros de altura, no ondeaba nada todavía, pero ¿cómo diablos habían conseguido levantar el puto palo para la bandera tan deprisa?

La luz de unos faros incidió en él mientras seguía ahí de pie, boquiabierto; un jeep se detuvo, Jay se apeó de un salto y dijo:

—¡Eh! ¿Qué tal la cita? No esperaba verlo por aquí esta noche, confiaba en que acabara pasando la noche con ella… —Una sola mirada a Schiff le dio la respuesta—. ¡Ay! ¿Qué ha pasado?

—La cita era con su *padre*… ¿Adónde diablos ha ido en plena noche?

—He tenido que ir a Independence.

—¿A medianoche? ¿Para qué?

—Tenía que pasar por la oficina de Correos.

—¿Por qué?

Jay buscó en el interior de su chaqueta y sacó una bandera doblada.

—Ha robado una bandera. De una propiedad federal.

—La he requisado. Nosotros también somos «propiedad federal», vamos a ver, cuando se pide uno de estos esperas que incluya la *bandera*… Venga, vamos a izar esta preciosidad, ¿sabe hacerlo?

Empezó a desplegar la bandera pero el viento la lanzó de

vuelta sobre su cabeza y le tapó la cara. Schiff buscó la cuerda del asta y empezó a bajar la polea mientras Jay se peleaba con la enseña nacional.

—Debería haber dos ollaos del lado de las estrellas —dijo Schiff.

—Lo que hay que oír, «ollaos»…

—Jay, la ha arriado, debería saber izarla…

—…es que la he cortado…

—Traiga, déjeme a mí…

Schiff le quitó la bandera («que no toque el suelo», «déjese de remilgos») y, de algún modo, consiguieron sujetarla sin mancillarla, y mientras la enseña ondeaba como una posesa, Schiff la izó hasta arriba y la ató.

Allá en lo alto se agitó locamente al viento.

—Bueno —dijo Jay—, supongo que esto ya es oficial. ¿Nos ponemos firmes y saludamos o algo así?

O algo sí, convino Schiff.

Aquella noche y todo el día siguiente —y a lo largo de las semanas y los años que siguieron—, aquel restallido, aquel chasquido, el sonido de aquella bandera ondeando sin tregua al viento, fue el que dominaría el campo —más que todas las sirenas, más que todas las sirenas de la cantina, las sirenas del toque de queda, los simulacros de ataque aéreo e incendio—; el ruido, por la noche, a lo largo del día, el ruido de aquella bandera luchando contra el viento los mantendría a todos despiertos. Había quien decía que sonaba como latigazos, había quien decía que sonaba como portazos, pero aquella primera noche, cuando intentaba descansar, Schiff solo oía el sonido persistente ahí fuera de un ruido que le recordaba a un tiroteo lejano.

Los tiros que se oían en el mundo entero.

la tercera
propiedad de la sed es
la memoria

En la cocina de su madre, le contó Schiff a Sunny, había dos diosas (o sumas sacerdotisas): Suma Cocción y Suma Sal.

Eso —no solo eso— la hizo reír.

—Suma Cocción y Suma Sal son diosas cotidianas, trabajan mucho (siete días a la semana, jamás echan pestes, jamás se toman vacaciones) en tu mesa del desayuno y el almuerzo, pero donde se lucen es en la manduca vespertina, es decir, el alimento que tomas al atardecer, a las cinco de la tarde, a veces antes si es invierno. Eso significa que ellas y mamá están levantadas desde el alba, dándole al hervor. Suma Cocción puede reducir una col o una zanahoria a estado líquido. No supe que una hoja de col no es transparente hasta que me gradué en la universidad. No sabía que «bien jugoso» o «vuelta y vuelta» eran expresiones empleadas para describir un alimento; recuerdo haber visto en los carritos de los vendedores ambulantes frijoles y cebollas al natural y preguntarme, *¿Qué será eso? ¿Qué será ese exótico manjar*? Se cocía todo para eludir el uso del tenedor o los dientes. ¿El apio? Líquido. ¿Las remolachas? En áspic. ¿Las cebollas? En mermelada. ¿Las carnes? Siempre grises, incluido el hígado, o bien, en el caso del pollo, cocido hasta la máxima blancura: cocido a muerte. Nunca rosado. Y jamás, jamás, jamás marrón.

—Aun así, aprendiste lo que es el áspic.

—Por haber trabajado en el hotel Drake. Por cierto, hablemos de Suma Sal. A veces una diosa se identificaba solo por su ausencia, como un Yavé vengativo jugando al escondite. A veces te ponía un plato que parecía clamar en el desierto ¡*Sal mía*! ¿Por qué me has abandonado? En la *ensalada de huevo*, justamente donde hacía falta Suma Sal, ni un grano a la vista.

¿Las *knaidlach*? Jamás saladas. ¿El *matzo brei*? Ídem. *Recocido*, pero jamás salado. El genio culinario de mamá podía conseguir estropear cualquier comida.

—¿Qué son las… *kna…, knaidlach*?

Otro de esos momentos, no infrecuentes, que la distanciaban de él.

—Una bola de masa que se prepara con *matzo* desmenuzado.

Vio la mirada de Sunny (capaz de cubrir de un solo salto una gran distancia):

—El *matzo* es el pan ácimo que los judíos llevaban en el exilio (no había tiempo de fermentar la masa), un pan plano. Una vez seco es como una galleta sin sabor. No, no es cierto, sabe a harina tostada que pide a gritos un poco de sal. A veces, cuando papá se quejaba de que un plato estaba demasiado salado, mamá le contestaba: «Eso es por mis lágrimas». Siempre que probaba las bolas de *matzo* que preparaba mi madre, decía: «¿Y sobre estas no has podido llorar más?».

—La sal era…, era un signo de riqueza. En los banquetes de los reyes, a los invitados los sentaban «por debajo de la sal» según su posición social, de modo que el exceso de sal indicaba que eras…

—Créeme, querida, no éramos ricos.

—De todos modos, te envidio el recuerdo.

—¿El recuerdo de una cocinera horrible?

—De una madre cocinando.

Sunny no pretendía inspirar lástima, de modo que se apresuró a disimular:

—La gran cuestión filosófica de los cocineros es si su trabajo, si cocinar pasa por enaltecer los sabores naturales, exhibir la «mismidad» de un tallo de apio, o de un *matzo*, pongamos por caso, o inventar una forma sabrosa de disfrazar la comida «pasada» o «insípida». De ahí las salsas francesas…

—La diosa francesa Suma Salsa…

—Y la descarada palabra francesa *napper*, que significa «cubrir» de salsa. La misma palabra para decir «capa»; la misma palabra para decir *napkin*, «servilleta» en inglés.

Hasta ese momento, el retrato que había ido pintando mentalmente de ella había sido el de una especie de diosa nórdica, perfecta en su pálida y rubia belleza, privilegiada aunque con un punto rústico, rica —muy rica— pero provinciana. Había crecido en un valle donde la escuela pública —sumando todos los cursos— contaba con menos de sesenta alumnos, y criaba cabras. Tenía las manos tan curtidas como un labrador. Parecía muy culta e ingeniosa pero, por lo que él alcanzaba a ver, el ámbito de su existencia había discurrido entre dos cordilleras californianas, en un lugar estrecho que no era conocido por su sofisticación.

—¿Cómo es que sabes francés? —le preguntó.

—*Ma mère était française*.

—¿Lou es un diminutivo de Louise?

—El diminutivo de «Louisiana».

—¿Francesa de Francia? ¿O francesa cajún?

—Francesa de Francia. —Sunny le sonrió—. ¿Cómo olía? La cocina de tu madre cuando cocinaba.

La pregunta suscitó distintos pensamientos, y ella notó que algunos de ellos eran agradables.

—Cuando volvía del colegio… olía a carne. Sería la *grasa*, supongo. ¿Es eso lo que da aroma? Y a zanahoria. Y a cebolla. Sus aromas. Siempre mejores que sus sabores.

—*Memoria sensorial* —dijo ella—. Todos los cocineros intentan engrasar con ella sus platos. Pero en la mayoría de los casos, escapa a nuestro control, porque cada persona tiene una memoria sensorial distinta. Mi hermano, por ejemplo. ¿Sabes el olor a cera caliente cuando apagas una vela? Cada vez que percibía ese tufillo, Stryker decía, «Huele a pastel de cumpleaños». Y a mi tía, cada vez que entro en la casa con

eneldo, el olor la transporta de vuelta a Escandinavia.

—¿Qué recuerdas tú?

—¿Sobre qué?

—Sobre la forma de cocinar de tu madre.

La muerte de su madre no era asunto de ese desconocido y no estaba dispuesta a reconocer delante de él que no guardaba ningún recuerdo de su madre, que era incapaz de decir nada de sus sabores ni de sus olores. Su madre en un plato. Su madre en la cocina. A veces creía recordar el murmullo metálico del pulmón de acero, y el supuesto recuerdo le inspiraba un sabor metálico, como tener un centavo en la boca. Después de que Cas le entregara la «caja de recetas» de su madre (caja de fichas crípticas), Sunny (en una época en que ella y Stryker habían descubierto las novelas de asesinatos y las leían a escondidas) se propuso «interrogar» a los testigos, tomar declaración a las personas que pudieran testificar sobre su madre, reconstruir, si no a la persona, al menos su forma de cocinar. «Bueno, verás, tenía costumbre de venir también por aquí, con su libreta. Apuntaba las recetas de la familia. Incluso entrevistaba a los indios. Estaba escribiendo un libro», le habían comentado en más de una ocasión.

No hay pruebas de eso, Sunny había aprendido a responder. Ni una sola prueba.

—Pues tiene que estar en alguna parte, porque yo misma la vi escribirlo.

—Cuando *maman* murió, ¿estaba escribiendo un libro? —había preguntado Sunny al fin a Cas.

—No lo creo, tesoro. No tengo ni idea. Pregúntale a tu padre.

—Tops, ¿dónde está el libro que *maman* estaba escribiendo cuando murió? —había soltado una noche, durante la cena.

No hay ningún libro. No hubo ningún libro. No hay manera de reproducir su forma de cocinar. Todo eso ya no existe. Quedó enterrado con ella.

Memoria sensorial:
algo que ha sido sepultado; metido en un ataúd.

Estaba claro que Sunny poseía el instinto de su madre, la habilidad de su madre para la comida, pero ¿hasta qué punto había sido heredada (Stryker no la tenía) y hasta qué punto era producto de la necesidad de Sunny de convertirse en «la hija de su madre»?

Su padre había conservado religiosamente la pequeña clínica de su mujer, su consulta médica al final de los portales, pero, por necesidad, su cocina se había mantenido de un modo mucho menos sagrado. Sus sartenes especiales y sus libros de cocina se fueron perdiendo poco a poco, muy lentamente, al dictado de las necesidades diarias. ¿Quién iba a necesitar la *bain-marie* de cobre? ¿Y el *chinoise*? ¿Los tomos (en el original francés) de *La Bonne Cuisine de Madame E. Saint-Ange* o *Physiologie du goût*?

DIME LO QUE COMES Y TE DIRÉ QUIÉN ERES

Sunny sabía que su madre así lo creía —había oído hablar a mucha gente, incluidos los paiutes y los shoshones, del interés de Lou por los alimentos de los indios norteamericanos— pero jamás habría adivinado que el pegadizo lema tenía su origen en un francés del siglo XVIII, con el nada pegadizo nombre de Jean Anthelme Brillat-Savarin, cuyo libro, junto con muchísimos otros, había encontrado, arrinconado en el fondo de un profundo estante de la cocina. Ocultos con el fin de dejar sitio para los cebos artificiales de Rocky y las cosas que él y Stryker encontraban a diario allá fuera: nidos de pájaros, plumas, piedras, insectos muertos. Las necesidades de la vida cotidiana tras la muerte de su madre habían reemplazado la necesidad de los libros de cocina y los tomos de su madre (algunos en inglés,

la mayoría en francés) se habían conservado *in situ*, pero ocultos, en el tiempo y en la distancia, por los desechos del presente. Aun así, ahí estaban, como los había dejado Lou, la última persona en tocarlos, y la emoción de Sunny al abrir cada uno de ellos fue enorme, surrealista, inesperada como viajar al pasado. Había manchas en las páginas (algunas habían florecido, musgosas, nutridas por los azúcares del papel como mohos de invernadero), anotaciones con la tinta de su madre (todas en una caligrafía audaz e inconfundible), tallos y hojas prensadas y —lo más emocionante— páginas de fino papel azul en las que su madre había escrito algo que, a primera vista, parecían recetas completas (pero una vez traducidas nunca lo eran).

POUR PRÉPARER LA VINAIGRETTE, *MÉLANGEZ*

la moutarde et la vinaigre jusqu'à
l'obtention d'une sauce onctueuse.
Ajoutez l'huile d'olive petit à petit
et assaisonnez de sel et de poivre

TRUFFES *Hachez les truffes.*
Chauffez la graisse d'oie dans la cocotte
et ajoutez les truffes

Para una niña de diez años, traducir del francés al inglés era solo el principio del problema: primero tenía que descifrar la letra *(¿d'une* o *dure?, ¿oui* o *oie?)*, cosa que hacía escribiendo cada palabra con sus variantes, y buscándolas luego en el diccionario francés-inglés que había encontrado en la biblioteca de su padre (a continuación buscaba el significado de las palabras inglesas en el *Oxford*, más grande y más difícil de entender). ¿*Unctuous*? (Escribía, muy aplicada, *Que tiene las*

cualidades o las características del aceite o el ungüento; grasoso). ¿Truffle? (Cualquiera de los diversos hongos comestibles, carnosos y subterráneos, principalmente del género TUBER). ¿Subterráneos? ¿Los hongos?

Después de pasar una mañana yendo y viniendo entre palabras y significados (una vez terminadas sus otras tareas) podía llegar a este resultado:

ANGUILA (*PRÉPARATION DE L'ANGUILLE*)
Para matar una anguila, sujetarla con un trapo
y golpearle la cabeza con fuerza contra una superficie dura.
Para despellejarla, atarla con cordel por
la base de la cabeza y colgarla.
Cortar el pellejo en círculo justo por debajo del cordel.

Arrancar el pellejo, tirando
de la cabeza hacia la cola.
Cortar la cabeza, desechar las aletas
y dejar la carne al descubierto.

Asar y rebanar.

—Cas, ¿alguna vez has visto una anguila?

—Ya lo creo, y las he comido. En Escandinavia. Ahumadas, como hace Rocky con nuestras truchas. La diferencia es que las anguilas son negras y relucientes.

—¿…están ricas?

—Con pan de centeno y limón y un trago saludable de *aquavit*, no están mal. Mejor que comerte un ZAPATO.

Aquavit, había apuntado: *(Típico de Noruega). Potente destilado de alcaravea y patata, aromatizado con anís, hinojo y cilantro*. (Hasta en inglés, el nombre del único alimento que reconocía en esa descripción era *patata.)*

Después de un mes de diligencia cotidiana, Sunny había

«traducido» (empleaba el término en sentido amplio, pero con orgullo) las notas de su madre sobre cómo saltear trufas y preparar una *vinaigrette* (aunque todavía le quedaba por determinar las proporciones o a qué usos podía destinarse la vinagreta), y a continuación debía aprender a cocinar un alimento que a alguien le apeteciera comer.

Hervir hasta que el caldo absorba
toda la sustancia de la olla

¿Qué quería decir? ¿Acaso «la sustancia de la olla» era algo visible? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo iba a saber cuándo la había absorbido el caldo?

Laissez refroidir.

Server aussitôt.

No tenía oído para el francés —si alguna vez su madre les había hablado en ese idioma, Sunny era demasiado pequeña para recordarlo— y todas las palabras que había aprendido «traduciendo», las decía a su manera. *Pain perdu*: «pan perdiú». Fue lo primero que aprendió a preparar. (Sin contar el café, los sándwiches de huevo frito y el beicon.)

Esta tostada francesa está de muerte, fue la recompensa de Rocky.

No, Tops, se llama *pan perdiú*.

(Con aquella aclaración su tía y su padre rieron hasta las lágrimas.)

—¿Dónde lo has aprendido?

—En el libro de cocina de *maman*, *La cui tzin*.

—¡Ay, Dios, Rock, hay una norteamericana en la cocina francesa de Lou!

El francés de Sunny siempre delataría a la autodidacta, pero lo peor de todo —al menos al principio— fue que su forma de aprender la dejaba aislada en el imperativo:

faites cuire
faites bouiller
faites chauffer la graisse
faites fondre le beurre

No hay «yo» en las *recettes* francesas. Picar, moler, hervir; el *yo* no existe. *Yo* no pico, *yo* no hiervo, en general, la primera persona del singular no aparece en las instrucciones, de modo que, si uno tuviera que utilizar los libros de cocina como puerta de acceso a un idioma extranjero, en primer lugar, se encontraría sin un pronombre y, en segundo lugar, sin el verbo conjugado.

Es más, «hacer» es siempre *vous faites*: en los recetarios de cocina francesa nunca se verá el *tu fais* de la verdadera intimidad, por ello, para un francófono, el francés que hablaba Sunny llevaba siempre el formalismo de un chef, un *chef-d'oeuvre*, de instrucción. Hasta que se topó con los tomos de Escoffier y Brillat-Savarin (que había estado evitando por su aparente dificultad) no descubrió su primer *je* culinario (que pronunciaba «yie») y aquellas apariciones de la primera persona del singular la hicieron sentir, de inmediato, que la enseñanza de esos maestros le era personal. (Ni siquiera en las notas de su madre había encontrado el tan codiciado «yie», y la primera vez que vio sus letras no tenía idea de lo que significaban.) Qué reconfortante (para una niña, al menos) encontrar en aquellas páginas una *personalidad* —aunque al principio no fuera la personalidad que había buscado—, qué tranquilizador, qué amigable: he aquí lo que *yo* creo, he aquí lo que *yo* he

experimentado, lo que *yo* he aprendido, este es *mi* regalo. Ahí estaba August Escoffier, hablándole desde el siglo XIX, directamente; ahí estaba Brillat-Savarin, enumerando sentidos desde el comienzo

la vue	vista
le son	sonido
l'arome	aroma
le goût	sabor
le toucher	tacto

saber que *ella* podía compartirlos, saber que *cualquiera* podía compartirlos,
humanizando todo el esfuerzo culinario.

…y por último *(et enfin)*, el sentido de
le désir, que *une a los dos sexos*
y cuyo objetivo es la reproducción de las especies.

Su madre había subrayado las palabras *«réunit les deux sexes»* en tinta violeta, y al lado, en el margen derecho, había escrito *«exacte»*, seguido de un signo de exclamación («!»).

Sunny recordaba que entonces no sabía, ni llegaría a saber hasta pasado bastante tiempo, el significado de aquellas palabras (ni en francés ni en su traducción inglesa), pero, ya entonces, advirtió que se encontraba ante un secreto, un momento de la vida de su madre en que algo de aquella página la había emocionado hasta el punto de llevarla a estampar su conformidad, su sello de aprobación. No tenía manera de saber la edad de su madre cuando había dejado el signo de exclamación, pero ahí estaba, en negro (bueno, *violeta)* sobre blanco, fresco como si su madre acabara de ponerlo. Aquello era *contacto directo* con la forma de pensar de su madre e incluso,

aunque Sunny no había entendido (no podía entenderlo con diez años) qué transmitía *le désir*, había adivinado, sin equivocarse, que, fuera cual fuese su significado en cualquier idioma, plasmaba algo fundamental *(exacte!)* sobre la forma de vivir y cocinar de su madre. Era demasiado pequeña para unir los puntos y adivinar que el *sexo*, en opinión de Brillat-Savarin (y en la de su santa madre), era subliminal a la cocina, pero la habían criado, hasta entonces, en un hogar donde la cocina era la estancia más grande y más concurrida, donde la frontera entre el exterior y el interior, entre toda la vida y los humanos, desde el punto de vista arquitectónico y filosófico, era borrosa, y donde la distancia entre la fuente de los alimentos y su consumo no superaba nunca unos pocos kilómetros y donde la luz de las velas, las servilletas de tela y la conversación eran *de rigueur* (la oración cotidiana) en todas las cenas.

La propia Sunny almidonaba y planchaba las servilletas.

Stryker encendía las velas («¡Huele a cumpleaños!»).

Al final había aprendido que si sabes *cómo* come una persona (no *qué* come) puedes adivinar con seguridad qué tipo de persona *es*.

Ella y Tops y Cas y Stryker, y todas las demás personas cautivas de la casa, habían creado sus propias pautas. Algunas comidas eran más formales que otras, algunas maneras de comer venían dictadas por el tiempo, todas dependían de la estación. A Tops le gustaba desayunar de pie en la cocina. Lou siempre colocaba un pequeño bol lleno de agua en el alféizar para que captase la luz del sol y la refractara en un prisma, y él había mantenido la tradición de comer ante la luz fragmentada y dispersa. El arcoíris de Lou, el arcoíris de Newton. Y Tops utilizaba aquel arcoíris como puente para llegar a ella. Nunca untaba las tostadas con mantequilla, sino que las pasaba por la grasa del beicon. Creía que el tomate era el fruto perfecto para el desayuno porque combinaba muy bien con la carne de las

salchichas y tenía un punto salado. En su casa no entraban «productos» de la marca Kellogg's. Lo que más le gustaba era el sabor de la leche en invierno. Le gustaba el calvados con coles de Bruselas. Le gustaba el sabor del calvados con chocolate.

(Le gustaba el calvados, punto.)

A lo largo de todo el día (incluso después de cenar) Cas tomaba café negro, bien cargado, con piel de limón. Se había criado consciente de su altura y peso y había probado todas las dietas de moda (la purga de salvado de Kellogg's). Era la primera (y única) persona que Sunny conocía a la que habitualmente veía consumir flores. En la cocina tenía un toque suave, prefería las carnes más ligeras, y una vez le había confesado a su sobrina que, de no haberse dedicado a tocar el arpa profesionalmente, le habría gustado ser *confiseuse*, repostera, en algún lugar como Dinamarca. Cultivaba pensamientos y violetas con el fin de glasearlos con azúcar. Era el único miembro de la familia al que no le gustaba montar a caballo y en otoño salía a pie, con un largo bastón, a buscar setas. Fue ella quien convenció a Rocky de la conveniencia de que los asilvestrados de sus hijos hicieran un gran viaje por Europa el año en que los gemelos cumplieron los trece, para que tuviesen la oportunidad de experimentar el arte y una forma de vida que no dependiese necesariamente del tiempo: para que aprendieran a *comer*. Tops y Stryker habían recorrido Inglaterra y Escocia para cazar y pescar. Cas había acompañado a Sunny a París, y en esos dos meses Sunny se topó por primera vez con cosas que, hasta ese momento, creía que solo existían en los libros (los transatlánticos, los ascensores, ¡las anguilas!, los taxis, los chefs). Nunca había visto una cuadrilla de hombres en acción, un cuerpo adiestrado de individuos dedicados a la ejecución y realización de una comida. En casa, en Las Tres Sillas, desde que tenía memoria, en la cocina siempre habían abundado las mujeres, mujeres indias y mexicanas que

limpiaban la carne y las verduras, se ocupaban de los pucheros, horneaban el pan y hacían lo que Cas les indicaba; y Tops siempre había tenido a sus hombres de confianza (Vasco, especialmente), que lo ayudaban a preparar la caza y el ahumadero y las hogueras, pero Sunny nunca había visto un *chef*, una persona, como un predicador o un sacerdote, con su uniforme y su gorro propios, una persona con ese halo de autoridad cuyo experto y sagrado oficio radicaba en estar personalmente en contacto, si no con Dios, al menos con la comida. A petición de Sunny, Cas había convencido no solo a los capitanes en los barcos sino también a los *concierges* y *maîtres d'hôtel* en tierra de que permitieran a la joven (rubia) *américaine* (estudiante de su cultura) entrar, quedarse ahí de pie, con los ojos muy abiertos, las manos enguantadas y una libretita, y experimentar una cocina.

La memoria sensorial de Sunny:

La primera ostra que comió.

La abundancia en los mercados: el olor yodado que se desprendía del pescado cubierto de hielo: el aroma almizclado de los quesos de oveja.

El caviar.

En Nueva York, antes de emprender el cruce del Atlántico, recordaba haberse detenido en un bordillo (el aroma de los perritos calientes), haberse aferrado al brazo de Cas y haber tenido la necesidad de sentarse porque aquel lugar, aquella manzana de la ciudad, albergaba más gente de la que había visto en toda su vida. Hasta entonces, nada la había preparado para aquellas cantidades: ni su educación, ni los libros de cocina (que nunca estuvieron poblados), ni las novelas de misterio, ni las películas, ninguna de las lecciones, sermones, estanterías de libros podían haberla preparado para el hecho de que en el mundo había más personas de las que había soñado jamás y que su número —un millón, dos millones, incluso *diez mil*— no

significaba nada para *los propios sentidos* hasta que no te encontrabas rodeada de ellas, las veías, las olías, todas y cada una eran un depósito de memoria involuntaria, único, explícito, insustituible.

Schiff había calculado que serían «diez mil» pero la mente se resiste a ese número: la mente lo transforma en una cifra sin rostro. Sin embargo, ahí estaban, autobuses repletos de ellos, callados y confundidos, transportados con lo que llevaban puesto, en los brazos y en las maletas de cartón; sus recuerdos grabados en la memoria. Sunny había supuesto eso al pensar en ese día, en el aspecto que tendrían cuando llegasen, se los había imaginado *pobres* —ahora se avergonzaba—; desde luego nunca se los había imaginado de clase media (o superior), pero ahí estaban, con sus mejores zapatos, con los trajes, abrigos y sombreros «de vestir». La mayoría de ellos llevaba capas de ropa, suéteres, chaquetas debajo de los abrigos para ahorrar sitio en las maletas, muy pocos calzaban zapatos adecuados para el terreno y muchas de las mujeres se habían puesto los abrigos de piel que tenían (de zorro; algunos de ratón almizclero) y sombreros de plumas. Que no estaban preparados era una afirmación de tal equivalencia moral que, en solo una hora, Sunny había alcanzado un estado de silenciosa indignación: peor que la falta de preparación de los internos era la del gobierno: el *Estado* no estaba preparado para eso, el centro no estaba preparado; la autoridad que había promulgado la Orden de detención no estaba preparada. La detención, como hipótesis, era de por sí algo difícil de racionalizar para unos ciudadanos que no habían cometido delito alguno, pero las bases de ese razonamiento, sus muros de contención, de inferior calidad, parecían aún más vergonzosos. El agua salía solo esporádicamente de las fuentes provisionales. Los baños de mujeres carecían de divisiones internas y habían pasado por alto

las duchas. Las ratas se paseaban por debajo de las cantinas. Iban de una a otra. No había dónde sentarse. En la toba volcánica que rodeaba las puertas, había ratones del desierto. Muchos de los barracones todavía no tenían vidrios; la mayoría de las ventanas estaban cubiertas con papel para evitar el viento. El polvo —producto derivado de la tierra agotada— volaba por doquier hasta que alguno de los genios reclutados tuvo la inspiración de regar la zona de admisiones hasta convertirla en barro de color vómito. Rocky se había negado a obedecer la consigna lanzada a los lugareños para que se apostaran a lo largo de la carretera y en las calles de Lone Pine con el fin de «dar la bienvenida» a los recién llegados («Jamás», había dicho), pero Sunny y Vasco se habían presentado con la camioneta cargada de mandarinas y naranjas. Las damas de la iglesia de Lone Pine e Independence repartían té Lipton aguado en vasos de papel encerado y folletos que hablaban de la misericordia de Cristo, y la familia de la ferretería ya aceptaba pedidos de tablas de lavar, palanganas, jarras y orinales esmaltados. Con sus tarjetas de identificación del campo atadas a los botones de los abrigos, los recién llegados parecían mercancías —a precio reducido—, sobre todo los niños; en ellos las tarjetas en papel manila de doce centímetros parecían mucho más grandes. Las damas de la iglesia les daban piruletas, cuya fructosa barata con sabor a cereza les había teñido los labios de un rojo llamativo, contribuyendo así a la perturbadora impresión de que eran muñecos de tamaño natural. Cuando Schiff había dicho «diez mil», Sunny no había previsto que hubiera tantos niños. Tampoco tantos ancianos y enfermos, todas aquellas mujeres, esposas y madres, mujeres que habían llevado sus casas, cuidado de sus familias, hecho la compra, *cocinado*. Ahí los tenía, calzados con sus mejores zapatos, de pie en el barro, con la mirada aturdida de los desplazados, como si, a causa de su distracción, se hubiesen olvidado de llevar consigo lo que más querían. Algunos hombres, notó Sunny, intentaban lucir un

incómodo aire de despreocupación, como si aquello solo fuese un inconveniente —algunos adolescentes incluso reían—, pero los ojos de las mujeres se desviaban de los hombres uniformados, se desviaban de los barracones y las armas y se dirigían hacia dentro, sus rostros herméticos. A su lado, Vas soltó un improperio en vasco y, cuando ella se volvió, él rehuyó su mirada. Svevo pasó por delante y también desvió la mirada, como si estuviese preocupado. Un hombre deambulaba cerca de la trasera de la camioneta donde Vasco y ella descargaban naranjas; cuando le ofreció una caja, él señaló la etiqueta de brillantes colores y le dijo: «Ese soy yo».

La etiqueta de la caja llevaba impresa la palabra AMANECER. En ella se veía la ilustración de una naranja de la que se desprendían unos rayos de sol contra un cielo blanquecino. Guardaba cierto parecido (si lo pensabas) con la tierra del sol naciente. Con la bandera de ya sabes qué país. Japón.

—Mi naranjal —dijo el hombre.

Pasó el dedo índice por la ilustración de la naranja.

—¿Era recolector?

Se dio cuenta demasiado tarde de que había usado el pasado.

—Cultivo para ellos. —Él usó el presente—. La cooperativa. Tengo un naranjal.

—Ah, muy bien —dijo Sunny y, con la intención de dar un vuelco a la situación, añadió—: Entonces debería repartirlas usted.

Le tendió la caja y vio el esbozo de una sonrisa.

—Me gustaría quedarme con la caja —le dijo.

Sunny supuso que la usaría como mueble; lo había visto hacer en otras ocasiones.

O quizá la guardaría como trofeo. La memoria sensorial.

Le indicó las que estaban vacías en la camioneta y le dijo:

—Llévese todas las que quiera.

El hombre cogió cuatro —suficientes para hacer una mesa— y se alejó de ella siguiendo el cortafuegos entre los barracones.

Todas las que podía cargar. De lo contario, pensó Sunny, se habría llevado más.

Una mujer con dos niños se acercó a pedir indicaciones. Sostenía el papel que les entregaban a todos en la admisión, un dibujo («mapa») con rectángulos numerados distribuidos sobre un campo vacío, dispuestos en paralelo o en ángulo recto entre sí, formando una retícula perfecta. Sunny dedujo que los rectángulos más pequeños eran barracones, los otros, ligeramente más grandes, cantinas (una cantina grande por cada cuadrícula o grupo de ocho barracones). Todavía no había visto un barracón por dentro (en cada uno cabían entre ocho y doce personas), pero Schiff le había pedido que «le diera su opinión» sobre qué tal iban las cantinas. Por lo que ella había observado, aquello era el infierno en la Tierra.

Si quieres llevar una existencia codificada, únete al ejército.

Si tu pan de cada día está en las cantinas militares, vas a tener que comerte unos cuantos huevos en polvo.

La mujer no encontraba el lugar que le habían asignado para comer. Sus hijos tenían hambre y quería ser la primera de la cola, aunque le habían dicho que la cantina no abriría hasta las cinco de la tarde. Sunny acompañó a la mujer y a sus hijos hasta el edificio y se sorprendió al ver que ya había una fila, como si durante el desplazamiento se hubiese instalado el miedo a que la comida, como la suerte, se les fuera a terminar.

Svevo le había comentado que «de producirse allí un motín, que seguro que lo habría, sería por la comida», y a Sunny le pareció que estaba siendo poco prudente al restar importancia a las condiciones del campo, hasta que el teniente había añadido, «*Ojo*, la primera industria que surgirá aquí es la del mercado negro. Garantizado».

—¿De *alimentos*?

—Y quizá de aguardiente ilegal. No estoy muy seguro de que los japos beban.

—Pero alimentos hay…, quiero decir, suficientes, ¿no?

—Tres comidas decentes al día.

—Entonces, ¿qué necesidad habría de un mercado negro?

—Ay, señorita mía, ¿nunca ha tenido usted un *antojo*?

Schiff planeaba dotar la cocina de internos con experiencia (dieciocho dólares más al mes), pero durante la primera semana las comidas (como la vigilancia del campo) estaban bajo el control del ejército, con el protocolo del ejército y seguían las normas clásicas del ejército: cena = «carne» + dos verduras. Schiff le había pedido a Svevo que pidiera a los cocineros del ejército que en la primera comida pusieran algún «especial», y Sunny sabía que el «especial» de esa noche era una sopa. Alcanzó a olerla cuando repartía mandarinas y naranjas, sopa de lata calentándose en un caldero, aroma institucionalizado mezclado con olor a patatas cocidas. Sabía que la sopa venía de Campbell: había visto pasar los tanques en un camión. Sopa de lata; pan de molde (Schiff había dicho que Japón era una de las pocas culturas del mundo que no tenían un equivalente del pan y que solo usaban arroz); porciones individuales de mantequilla (un auténtico «especial» en tiempos de racionamiento) (pese a que en su cultura tampoco acostumbraban a tomar ni leche ni mantequilla); maíz de lata; puré de patatas; hamburguesas industriales (otro «especial») con salsa rehidratada; café, té helado, agua, leche, una manzana, tapioca. Al día siguiente, por la mañana (*todas* las mañanas), habría café; tostadas con mantequilla y jalea de uvas; huevos en polvo y copos de maíz. *Colas*; más colas. Había que vestirse para ir a las letrinas. Había que ponerse los zapatos. Había que vencer el frío antes de tomar el café, con la vejiga llena, vestirse en la penumbra plagada de corrientes entre las literas y salir antes de que hubiese cola en los lavabos. Después había que ir corriendo a la cola del desayuno. Hacer cola para almorzar. Hacer cola para los impresos de requisa. Hacer cola para los reconocimientos físicos.

Hacer cola para enviar una carta (censurada). Hacer cola para recibir una carta (censurada). La cola de la cena. La cola de la ducha. La cola para la visita médica. La cola para inscribir a tus hijos en el colegio. A finales de la primavera, la dolencia más frecuente entre los internos sería el estreñimiento. Segunda: la melancolía. Tercera: la dermatitis de contacto (censurada), las erupciones en la piel. Ya el primer día las colas, la ineficiencia del transporte de la multitud, el movimiento de miles de personas, la comprobación de identidades, la enumeración de sus posesiones, la inspección de los objetos que llevaban, la inspección de sus abrigos y maletas en busca de armas y contrabando, las revisiones de la boca, del interior de las cintas de los sombreros, la inspección de las carteras, el uso de traductores con los ancianos…: todo aquello llevaba demasiado tiempo y engrosaba las colas. La gente estuvo horas de pie, pasando frío, y al final de la tarde solo la mitad de los transportados habían cumplimentado los trámites. La zona de admisiones estaba desbordada, según comprobó Sunny al recorrer el pasillo principal que llevaba a la entrada. *No está bien*, esas palabras se juntaron en su cabeza y reavivaron su indignación: *esto está mal*. Sunny se detuvo para asimilar el panorama: las tierras de Rocky, las tierras de su familia, en el plano medio, las cimas nevadas de las montañas Inyo al fondo, el caos humano apelotonado en primer plano. No llevaban ahí mucho tiempo —su huella genética había llegado tierra adentro hacía apenas un siglo— como para engordar y crecer por el cambio a una dieta a base de cereales, carne, leche y huevos. Todavía se distinguían por su escasa estatura, al verlos en las colas el cerebro se afanaba por compensar la perspectiva —sobre todo ahí fuera, a semejante escala—, se los veía tan diminutos… ¿Se encontraban muy lejos aquellas personas más pequeñas, como ganado de juguete en la distancia? Las torres de vigilancia los rodeaban, imponentes, los policías militares con sus fusiles se

abrían paso entre ellos cual gigantes míticos. Las cabezas y los hombros de los caucásicos, con o sin uniforme, destacaban entre la multitud. Hasta las damas de la iglesia sentadas parecían mucho más altas que la media de los no caucásicos, y había algo que estaba muy, pero muy mal, en el aspecto de todo aquello, en la forma en que se desarrollaba. Cuando los ladrones de agua, los hijoputas de L.A., llegaron al valle —cuando lo invadieron—, Rocky no se había doblegado como los demás: les había plantado cara (según su leyenda) y había librado una especie de guerra indígena. Quizás el recuerdo de lo sucedido lo había llevado ese día a no acercarse por ahí; uno debe elegir sus batallas, y esa no era la suya. Los japos habían matado a su hijo. Habían pasado tres meses desde aquel día y, aunque no tenían pruebas de que estuviese muerto, debían enfrentarse al hecho de que Stryker no regresaría. Pero esa gente amontonada detrás de la alambrada de espino, esos forasteros importados a su vecindario, eran californianos, todos ellos norteamericanos, y eso —ese llamamiento multitudinario— era una atrocidad mayor que la llevada a cabo por los otros hijoputas, los auténticos, que habían llegado al pueblo a robar el único elemento de la Tierra que hace posible la vida. ¿Qué diablos había hecho esa gente para merecer ese trato de su gobierno? ¿Qué habían hecho los niños, qué amenaza residual para el tejido de nuestra democracia representaban todos aquellos niños?

Schiff se aproximaba hacia ella, Sunny lo reconoció por sus movimientos rápidos, se había apartado de donde, rodeado de policías militares, supervisaba a la multitud. Llevaba sombrero, como el primer día que se había presentado en Las Tres Sillas, pero ahora el ala bien baja lo protegía del viento y le ocultaba los ojos; caminaba muy deprisa envuelto en su abrigo negro, como alguien en rauda huida del lugar del delito. Con la cabeza gacha, iba disparado en dirección a Sunny, y ella pensó *serás*

hijo de puta, no habrás redactado la Orden, pero un hombre tiene que tomar partido en la vida, como había hecho su padre, un hombre debe aprovechar lo mejor que lleva dentro, debe decir a la mierda cuando ve una injusticia, no aceptar el salario del diablo y formar parte de aquello. Ojalá ardas en el infierno, eso le diría (alguien debía hacerlo y ella disponía de una despiadada santurronería, tan estricta como la de cualquiera de las damas de la iglesia cuando la situación lo exigía).

Schiff no la vio aproximarse hasta que estuvo a punto de derribarla, y cuando levantó la cabeza, Sunny vio algo que la descolocó por completo, porque sus ojos reflejaron un vacío momentáneo, como si su alma estuviese en otra parte. Él reaccionó agarrándose al brazo de ella con ambas manos, un hombre a punto de caer y, en un acto reflejo, cuando ella posó la mano en la de él, observó cómo se le relajaban los músculos de la cara y la pena le ablandaba la mirada, y la indignación de Sunny, como un río robado, pareció desaguar en un mar lejano.

el líquido ha de dar la impresión de estremecerse (frissonner);

introducir el huevo con cuidado

la cuarta
propiedad de la sed es
el deseo

La historia de amor de Sunny palidecía si se la comparaba con la épica de la de sus padres, ella lo sabía, pero en lo que respecta a las historias de amor (según Shakespeare), la suya no era precisamente un peso superligero:

El tonelaje de la suya venía del elefante.

A veces resultaba absurdo —y era por la influencia de Stryker que operaba en ella, el frenético impulso de Stryker de tomarse la vida/el amor/todo a risa: incontables desventuras (imposibles de enumerar: todas las ventanas rotas, las promesas rotas, los huesos rotos, líos con todas las figuras de autoridad, los rescates, las damiselas traicionadas que por las noches golpeaban el cristal de la ventana); antes de que ella hubiese llegado siquiera a la pubertad, Stryker ya tenía el terreno de la mala conducta sembrado de avena silvestre, obligándola a desempeñar el papel de la gemela buena, la hermana buena, la que se porta bien, la que no echaba el tejado abajo, ni obligaba al sheriff a intervenir y a los demás miembros de la familia a recoger los restos de sus destrozos.

Ni robaba el Cadillac de época.

Ni secuestraba el elefante.

No eran para ella el antiguo papel de la heroína romántica ni aquellos tormentos en los páramos de Yorkshire, ni los hombres salvajes corriendo bajo la lluvia torrencial, no era para ella el dolor del amor disoluto y apasionado: el suyo era el papel de mojigata, que le fue impuesto para equilibrar el interpretado (¡ADVERTENCIA! ¡PELIGRO!) siempre por Stryker. Eso no quería decir que lo que sentía no fuese auténtico amor romántico (aunque comparado con cualquier «amor» pasajero de Stryker resultaba anodino), y había albergado la esperanza de que, en los cuatro años transcurridos desde que había visto a su hermano la noche

en que mató al elefante (la noche del «Incidente», como seguía llamándolo Rocky), la extravagancia de Stryker hubiese menguado.

Se había alistado en la Marina, un acto tan antiStryker por su aquiescencia que, al principio, ella creyó que se había vuelto loco. Se había hecho a la mar, aparentemente había obedecido las órdenes y la corriente lo había llevado hasta Honolulu, semillero de buenos tiempos, con una excelente hoja de servicios y (!) una esposa (e hijos).

Pero incluso un Stryker reformado seguía siendo Stryker, caminaba por la cuerda floja, superaba como si nada los controles y las barreras de la edad adulta a fuerza de encanto, conseguía fugarse limpiamente sin espejo retrovisor, sin trazas de que hubiese tenido un momento de prudencia o hubiese dedicado un solo pensamiento a los daños que dejaba a su paso.

Una consecuencia de la catástrofe de su muerte fue exactamente eso, lo que había dejado a su paso, su mujer y sus dos hijos: *Suzy: Ralph* y *Waldo*. Todas las consultas de Rocky a la Marina sobre «Suzy» habían dado como resultado una información difusa, un certificado de matrimonio (ella constaba inscrita como SUZUKI KOMOKO; lugar de nacimiento, HAWÁI; edad, 19 AÑOS; profesión, DACTILÓGRAFA), pero no decía nada de su paradero actual, ni siquiera si ella y los hijos de Stryker habían sobrevivido aquel día en Pearl Harbor. El hecho de que tenía unos nietos a los que nunca había visto ni conocido sumió a Rocky en una profunda y callada angustia y avivó la propia frustración de Sunny ante todas las estúpidas jugarretas que Stryker había hecho para estropear las cosas, sobre todo, la historia de amor de su hermana.

Más consecuencias: la historia de amor de Sunny, su futuro, no solo el de Stryker: *el de ella*: su *historia de amor*, la historia que durante años se había imaginado sobre cómo se haría mayor y montaría un restaurante y viviría en el valle, en el rancho que

su padre había construido, y se casaría con su amigo de la infancia, el único muchacho al que había amado.

Se habían criado en ese valle azotado por el viento y, aunque nunca habían retozado en los novelísticos páramos de Brontë, habían compartido historias: él era capaz de completar los pensamientos de Sunny. Era capaz de decir las cosas que ella estaba a punto de decir y, hasta la noche en que tuvo que marcharse, ella había creído que su futuro estaba ligado al de él. El hecho de que esa promesa quedara rota fue culpa de su hermano.

Las personas que no tienen hermanos gemelos no pueden comprender la complejidad de haber venido al mundo con una sombra incorporada. Los sentimientos de Sunny hacia Stryker habían sido complicados desde el nacimiento —un acto de duplicación— y, aunque el amor había redimido siempre la ira que él le inspiraba, ahora que seguramente su hermano estaba muerto, cada vez que la asaltaba un pensamiento iracundo, la culpa la hacía sentir como si le hubiesen dado un puñetazo.

Lo mismo ocurría si alguna vez pensaba en otros hombres —es decir, otros que no fueran el que ella amaba— de una determinada manera.

Algo que casi nunca hacía.

Excepto las escasas veces en que un miembro de un equipo de rodaje de Hollywood, un especialista, por ejemplo, o uno de esos maquinistas jóvenes en vaqueros, pasaba por el Lou's acompañado de las aspirantes a estrellas que, cual aves de presa, sabían clavar la vista y usar las garras. Después imaginaba cómo sería meterse en un coche con uno de esos muchachos extraños y dejarlo sintonizar música en la radio y rozarle el hombro o el pelo con una mano mientras con la otra sujetaba el volante. Tenía edad suficiente para querer a un hombre para algo más que bailar y echaba de menos estar con uno, echaba de menos los músculos debajo de la camisa, el olor picante de la transpiración (como a caléndula), su risa grave y ronca. Aunque

no era virgen, estaba desprovista de la mayoría de los recursos que, según había leído, emplean las mujeres para atraer o complacer —o retener— a un hombre. Las fotos de su madre indicaban que se perfilaba los labios con color, se perfilaba las cejas, llevaba pendientes y tacones; pero desde su muerte, Cas había sido la guía de Sunny sobre cómo ser mujer y, en fin: qué podía decirse: atuendos sin forma y zapatos recios. Toda una profesional en espantar a los hombres. Una vida dedicada a un instrumento de cuerda grande y solitario demasiado voluminoso para llevar en el bolsillo o rasguear en la cama. Una copa de ginebra y un libro grueso cada noche.

En la vida de Sunny nunca había habido una fuerza o fuente feminizadora salvo lo que lograba observar en las mujeres del mundo ajeno a su familia, o en las películas, las novelas o los libros de cocina. La lectura de estos, en especial, había acentuado su percepción de las propiedades sensuales de los colores, los aromas y la presentación; la preparación del plato y cómo potenciar los aspectos más sutiles, cómo preparar cordero viejo y hacerlo pasar por tierno; cómo engañar al ojo con las salsas. Cómo matar animales.

Del mismo modo que una poetisa podría proclamar que es buena sobre el papel, Sunny había centrado sus esfuerzos de seducción en la mesa y aprendido a ser buena en el plato antes de comprender cabalmente que la comida es algo sexual —*no siempre*: en ocasiones la comida es solo vida o muerte—, pero los libros de cocina que leía no habían sido escritos para las masas hambrientas (¿qué libro de cocina se escribe para ellas?) sino más bien para individuos con tiempo y dinero: *Así comen los ricos*, tú también puedes aprender a comer como ellos: *esta es la norma que establecen los ricos*; tú también puedes cumplir con esa norma… a base de carne.

Conservaba los libros de cocina franceses de su madre y los que ella misma fue coleccionando en las estanterías empotradas

de la cocina, encima de la tabla de carnicero de madera de fresno aceitada, pero los leía solo por la noche, en la cama, una costumbre adquirida en la juventud, cuando avanzaba a trompicones con su francés de autodidacta. Pasaba las noches despierta como alguien entregado al estudio de textos religiosos, trasladaba las recetas en francés en las páginas de la izquierda de la libreta y las traducía con esfuerzo en las de la derecha. Fue entonces cuando descubrió las notas marginales de su madre, aquellos signos de admiración en tinta violeta, aquellos exuberantes *«exacte!»* que la hacían sentir un *rapport* vivo con ella. El placer de la compañía de su madre, los íntimos descubrimientos pasaron a ser una fuente de confianza y consuelo que, con los años, se transmitió a la lectura en la cama de *cualquier* libro de cocina.

Los primeros que había intentado leer estaban escritos en un idioma que no entendía, igual que cuando se aprende sobre el sexo, ¿no? Leer lo que nunca has leído, en otro idioma. Tratando de entender.

Hierbas contra la melancolía: se encontraba con frases así —*Sales de amor evaporado*— y su cuerpo reaccionaba como lo había hecho cuando leía historias de aventuras de chicas o, después, las novelas románticas subidas de tono que Stryker birlaba en la botica de Lone Pine. La comida y el sexo: para ella formaban una unidad en la que, como pasa con el caldo, un ingrediente se rinde a otro y se pierde dentro de él. ¿Dónde eran más vulnerables las almas hambrientas, en la mesa o en la cama? ¿Había acaso un modo mejor de aprender los misterios fundamentales de la vida que conocer los nombres de las plantas, las fuentes de las proteínas, los procesos químicos del fuego y la emulsión? Como con la cocina, del sexo había aprendido que era brujería: secreto, poderoso, personal; indiferente en su ejecución si no se practicaba con amor.

Pese al desafío que al principio habían supuesto las palabras

extranjeras en los libros de cocina de su madre, se había sentido afortunada por que los alimentos de aquellos mercados y despensas franceses le resultasen familiares, que fuesen ingredientes y objetos que reconocía. Pan (moldes para el pan), ternera, pollo, mantequilla (mantequeras), vino —incluso aceite de oliva y alcachofas— no solo eran alimentos básicos para los cocineros de California, sino que se cultivaban y producían en ese estado. Los primeros inmigrantes españoles, franceses e italianos habían encontrado un clima parecido al de ciertas regiones de España, Francia e Italia y habían plantado campos de ajos, olivos, limoneros, vides, tomates, *courgettes*, orégano y cebollas. Leer los libros de cocina franceses le exigía menos imaginación que leer, por ejemplo, a Lewis Carroll o *El mago de Oz*: nunca se había topado con una liebre con pajarita, y mucho menos corriendo sin parar porque siempre llegaba tarde, pero podía buscar *lapin* en el diccionario y enterarse de que quería decir «conejo» y, por las instrucciones, era capaz de entender cómo cortarlo en cuartos y estofarlo. Sabía lo que era el *poulet* (pollo) aunque las razas francesas difiriesen de las californianas, y podía hacer los mismos cortes de *porc* y *bœuf* y cordero en los animales que tenía a mano en California gracias a las ilustraciones del libro de cocina. Todo se complicaba cuando las recetas llevaban ingredientes de los que jamás había oído hablar; no se refería a las especias exóticas, esas se conseguían fácilmente entre la población nativa o las *curadoras** mexicanas, sino al *pescado*. Tampoco a las truchas, claro, estaba familiarizada con ellas; pero cuando se trataba de criaturas del mar, ese reino desconocido, Sunny no tenía la menor idea.

¿Qué era el *turbot*? ¿Cómo se traducía eso? Sus conocimientos de las criaturas acuáticas se limitaban a las que su familia sacaba de los lagos de la sierra: las de agua dulce; la trucha rosada, la degollada, la toro, la arcoíris. Sabía calcular la edad de una trucha, en qué fase de su vida se encontraba, por el color de las

escamas. Pero ¿qué era un «halibut»? ¿Qué era un «pez plano»? ¿Cómo debía comerse una «vieira»? *Bar, loup, merlu, lote de mer*, ¿qué pescados eran, qué aspecto tenían, cómo iba a averiguar sus sabores, el color de sus carnes o si tenían esqueletos de paja como la breca o eran como el cristal o las espinas de las plantas? Estuviera en francés o en inglés, Sunny no sabía distinguir una *huitre* (ostra) de un *homard* (bogavante), una vieira de un *langoustine*, un rape de un lucio, porque no los había visto en su vida.

ALIMENTOS EXTRANJEROS: ¿qué ama de casa de Estados Unidos no reconocía el sabor de la canela? ¿De la vainilla? ¿De la pimienta negra, el café, el chocolate, la nuez moscada, el té? La introducción de sabores «exóticos» de Oriente para realzar y deleitar —o hablando en plata, para enmascarar comidas asquerosas, para perfumar su podredumbre— había mejorado hasta tal punto la vida en la Europa medieval que, cuando las emprendedoras embarcaciones habían alcanzado las costas de América del Norte en su descabellada búsqueda de especias, los paladares europeos ya estaban preparados para apreciar la sorpresa y la dulzura más allá de la sémola y la grasa de jabalí fundida de sus abuelos, y para cuando se fundaron Williamsburg y Boston en Virginia y Massachusetts, en los huertos sembraban verdolaga, jengibre, tomillo, cebollino, romero y ajíes pequeños y picantes. El té negro y fuerte de China se había convertido en una necesidad pública tan primordial que un país naciente había estado dispuesto a ir a la guerra para impedir que lo gravasen con un impuesto.

Tras la muerte de su madre, Sunny tardó unos cuantos años en apreciar la herencia de aquellos libros de cocina franceses —su sabiduría blindada y precisa, sus lecciones de vida sangrientas y adultas—, pero ya de muy pequeña se había beneficiado del huerto que su madre había dejado, jugando entre sus mágicos aromas, entre sus tallos y hojas, y antes incluso de que

aprendiera a caminar o a formar una frase había asimilado el vocabulario culinario «nativo» de su madre: eneldo silvestre, hinojo silvestre, *yerba santa*, *yerba buena*, *epazote*,* berro amargo y té verde mormón y café de California, verdolaga de Cuba. Entre aquellas plantas «nativas», Lou había plantado las «exóticas» —azafrán, clavo de olor y comino, cebolla morada, berenjena, ajo— con tanto éxito que a Sunny nunca se le había ocurrido cuestionar su procedencia, dando por sentado que cuanto había en el huerto de su madre había arraigado como un regalo de Dios y no gracias a las compras por catálogo. Su madre había llevado a Lone Pine su legado francés de sofisticación *culinaire*, pero su nivel de refinamiento culinario no era excepcional entre las damas de Lone Pine, cuyos árboles genealógicos escandinavos y teutones habían dado origen a especialidades «exóticas» —galletas de jengibre, arenques en vinagre, chucrut— más extraños que los platos californianos «nativos» a base de maíz, bellotas, calabaza y ardilla asada. Los inmigrantes trasplantados habían llegado con más semillas que monedas en los bolsillos: las semillas son ligeras de llevar, a pie o en una caravana, surgen de la historia devota y no pesan, igual que los sueños.

Sin embargo, lo que Lou había llevado a Lone Pine y resultaba excepcional era, en primer lugar, sus libros de cocina de Francia e Inglaterra y, en segundo lugar, su formación médica, en la medida en que esta le sirvió para conformar sus recetas y las notas que dejó sobre ellas en sus fichas manuscritas y para decidir qué semillas y hierbas cultivar. Aquellos libros de cocina permitieron a Sunny adivinar que el mundo era un lugar mayor que el huerto de su madre y el desierto y las montañas que veía. Sabía de la existencia de grandes ciudades —en especial, el infierno de Los Ángeles, el que Tops maldecía— y que había países enteros donde no entendían el idioma que ella hablaba. Pero cuando te crías en la sombra orográfica bajo montañas que

perforan las nubes antes de que te llegue la lluvia, no tienes la culpa de no saber nada de pescados. No tienes la culpa de soñar con el agua.

Al cumplir once años había completado con esfuerzo el *Tome Une* de *L'art de la cuisine française*, de Carême, dedicado en su totalidad a los *potages* (fácil: *sopas*, de eso sabía), pero después vino el *Tome Deux* (dos), que empezaba con

TRAITÉ DES GROSSES PIÈCES DE POISSON

«Tratado de las grandes piezas de pescado», había traducido en su libreta con un estilo adolescente.

(Qué *redicha*, pensaba ahora.)

TURBOT À L'ANGLAISE

«Turbot cocinado a la manera de los ingleses», había apuntado (y añadido la redicha nota marginal; «Averiguar qué es el *turbot»)*. (Seguida de otra nota marginal mucho más redicha: TURBOT: PEZ PLANO EUROPEO.)

NOUS DEVONS D'ABORD CHOISIR CE	«Primero, debemos
POISSON TRES BLANC DANS	
TOUTE SA DIMENSION, SIGNE	ELEGIR (nuestro) pescado
CERTAIN DE SA FRAÎCHEUR; BIEN ÉPAIS	… muy blanco en toda
(«GRUESO»), FERME AU	
TOUCHER, ET SURTOUT OBSER-	su dimensión…
VER QUE LA SURFACE SOIT COU-	… muestra de su frescura,
VERTE («CUBIERTA») D'UN GRAIN	TOCAR y OBSERVAR
(«TEXTURA») SAILLENT («¿EXCE-	su superficie…
LENTE?») ET ARRONDI («REDON-	
DA») CE QUI ATTESTE QU'IL EST	
GRAS («GORDO») ET DÉLICAT	… gordo y delicado».

Nous devons d'abord CHOISIR («elegir») *ce poisson*:

¿…y eso qué significa? ¿No lo *pescamos*?

Lo *elegimos*,

dicho de otro modo:

Vamos a un lugar donde el pescado *se elige*, se compra y se vende.

se preguntó qué clase de lugar sería *ese*.

¿un mercado de *pescado*?

París ni siquiera tenía mar, ¿cómo llevaban el pescado del mar hasta allí para que lo «eligieran»?

¿Estaba vivo

o muerto?

(Supuso que «muerto» no estaría: si no Carême no habría dado pautas para juzgar su frescura.)

¿Qué aspecto tendría un mercado así? ¿Estaría al aire libre o cubierto?

¿Qué aroma despediría, cómo olería?

(Después, por experiencia, sabría que el olor de un mercado de pescado realmente bueno y limpio lo da la PEPTONA [en francés, *peptone*], un compuesto obtenido por HIDRÓLISIS enzimática de las proteínas, el proceso de disolución de la vida en el agua.) Huele como la sal.

En realidad, huele como granito lavado con nieve. Según le diría después el chef de un transatlántico, huele a iceberg fundiéndose.

ostras:

¿cómo podría imaginar qué era una ostra —el impacto de la salmuera en la lengua— a partir de una mera descripción o, algo aún más imposible, a partir del dibujo hecho por Carême? Tenían aspecto de piedras, o de algo que quitarías de un manotazo si te lo encontraras encima de una galleta. Además, en todos los libros de cocina franceses de su madre, cada vez que se mencionaban *les huîtres*, predominaba *l'avis* sobre el *méthode* preferente de consumo: mejor crudas, y en cuanto a eso, ella

solo pensaba *puaj*. Había visto a Rocky filetear truchas frescas recién pescadas y de paso probarlas tal cual y ella se había comido un huevo crudo porque Stryker la había desafiado a hacerlo, también había degustado el *tartare* de ternera, plato predilecto de Cas, pero la idea de tragar moluscos crudos (no importaba cuáles fueran) le resultaba incomprensible —como el sexo—, y cuando revisó todas las notas de su madre en busca de una explicación, la única ficha dedicada a las OSTRAS llevaba escrito lo siguiente, con su característica tinta violeta:

PROTEÍNA
CALCIO
HIERRO

y a continuación, al pie, en tinta nueva, más oscura:

> LA SAL equilibra trueno y silencio en la superficie de un filete.
> LA SAL es relámpago en la SANGRE.
> LA SAL es la única PIEDRA que comemos.

a saber lo que significaba aquello.

En un siglo (el XVII) en que los nativos norteamericanos subsistían a base de bellotas y hojas crudas, el rey de Francia cenaba «huevos espejados condimentados con trufas y virutas de oro». De modo que Sunny había aprendido a confiar en los franceses, pero aun así… Había encontrado una lata de ostras «ahumadas» en la tienda de la cadena IGA de Bishop, pero cuando la abrió tirando de la anilla de la tapa, lo que encontró dentro apestaba a aceite para sillas de montar, tenía pinta de zurullos de cachorro y ni siquiera Stryker, cuando ella lo retó, se atrevió a tocar una; después Cas le confirmó que los especímenes ahumados no tenían nada que ver con la «deliciosa gelatina» de los ejemplares vivos, al natural.

La cuestión era que, al parecer, llegar al «ejemplar vivo», incluso si te encontrabas cerca del mar, exigía contar con un

cuchillo específico y mucha manipulación (en los libros de cocina se había escrito detalladamente sobre la materia y, al parecer, la operación suponía para el chef un grado de peligro superior a la media). (Y se preguntó: ¿acaso puede llamarse chef a un «chef» cuando lo único que hace es «abrir» algo?)

A los once años había pasado más o menos a ocuparse de preparar las cenas en sustitución de Pie y las demás lugareñas que se ocupaban de la casa en Las Tres Sillas, pero el «pescado» siguió teniendo una presencia menor en su dieta. Por las noches leía la historia de los alimentos «exóticos» —alimentos difíciles, alimentos que precisaban de cuchillos específicos y una preparación especial, alimentos con púas (alcachofas, piñas), alimentos con cáscaras cerradas con la fuerza de un tornillo (castañas de cajú)—, y al evocar los momentos de su descubrimiento fantaseaba con intrépidas aventuras. La improbabilidad misma de que hubiese algo tierno y delicioso dentro de cosas con púas —o dentro de moluscos y crustáceos— desafiaba toda lógica y la había llevado a preguntarse cómo se les habría ocurrido a los humanos comérselos. A menos que alguien con gran experiencia culinaria te condujese a uno, ¿qué se te ocurriría hacer, realmente, la primera vez que te toparas con una alcachofa o un bogavante o una ostra en la naturaleza? Comértelas no, seguro. Ya de niña, Sunny imaginaba que, fueras humano o reptil, el hambre llevaba a un momento acuciante en que «vamos a abrirlo de un golpe» era la única posibilidad de sobrevivir. Pero si solo el hambre acuciante hubiese sido el motivo para comer ostras, habrían dejado de ser necesarias, como las bellotas, en cuanto los pueblos comenzaron a criar ganado y a matar corderos. La expresión *pavimento de ostras*, según había aprendido, aludía no solo al fondo de los lechos marinos donde se criaban estos moluscos, sino también a la superficie de muchas calzadas de París y Roma, Boston y Nueva York, donde la gente había consumido a diario tal profusión de

bivalvos baratos y abundantes que las conchas molidas se habían usado en la pavimentación de sus antiguas calles y en la construcción de sus antiguos templos (también de sus iglesias). Para ser un animal sin cabeza ni columna, rebosante de su propia sangre transparente, la ostra había sobrevivido no solo como lujo moderno, sino como *alimento* histórico. De modo que en la lista de Sunny —llevaba una lista—, las ostras ocupaban el primer lugar entre las cosas comestibles, los productos alimenticios sobre los que debía aprender, debía probar y «descubrir». (Había confeccionado otra lista —era una auténtica *sabidilla*— de «cosas» no comestibles que debía «descubrir», por ejemplo, el cuchillo *jamonero*, el abridor de *ostras*, la cuchara parisina para hacer bolitas de patata, el cuchillo para atacar las castañas crudas, esos trastos como fórceps para sujetar caracoles…)

ostras
    belons
    bouzigues
    gravettes
almejas
    cuchillas
mejillones
    verde
bígaros
    qué asco
bogavante

Ah, el *bogavante*.

(«La cabeza, pequeña y puntiaguda, tiene largas antenas, y el abdomen, dividido en siete partes, termina en una cola con forma de abanico.»)

¿Como la de un *pavo real*?, se había preguntado.

Por suerte la enciclopedia traía ilustraciones. Igual que *Alicia*

en el país de las maravillas.

Se había sentido como ella al leer el siguiente texto.

Sacrificez l'homard.

SACRIFICAR EL BOGAVANTE, indicaban todas las recetas (como si el monstruito fuese un mártir pagano). Comprar *siempre* el bogavante *vivo*, no comprar *nunca* un bogavante que presente signos de lucha por el apareamiento o que haya perdido un apéndice. Calentar agua (mejor que sea de *mar)* hasta que rompa el hervor. SACRIFICAR EL BOGAVANTE metiéndolo de cabeza en el agua hirviente y manteniéndolo sumergido con una cuchara de madera (seguro que había una cuchara de madera específica para eso) por lo menos dos minutos. Es entonces cuando tomará un color *rojo brillante*.

«¡Qué curiosisísimo!», recuerda haber pensado. «Anda un poco más aprisa, exclamó la pescadilla a su amigo el caracol», dice Alicia en «La danza de los bogavantes» (que a Sunny le sonaba como a *comida)*, «la cola un delfín me pisa…

¿*Sí que quieres o no quieres, sí quieres un baile*?
¿*Sí que quieres o no quieres, no quieres un baile?»*

A Sunny le gustaba leer los libros de *Alicia* porque, desde la primera vez que se menciona la MERMELADA DE NARANJA hasta el BÉBEME y el CÓMEME y la merienda de locos (¡menuda merienda!), la historia es un cuento de hadas aleccionador sobre las cosas que una niña

debería / y / no debería

COMER.

—He oído —en realidad lo había *leído*— que hay lugares donde venden *pescado* fresco —recuerda haberle comentado a

Cas. (¿Cuántos años tendría?, ¿diez, once?)

—En las pescaderías, claro. Las había en Nueva York. Yo nunca pisé una…, iba la *cocinera*. También había un mercado de pescado en los muelles de Fulton.

Sunny se había preguntado cómo sería *aquello*.

París contaba con uno, lo sabía por la lectura de los libros de cocina de Lou, aunque ¿cómo llegaba el pescado de mar hasta allí, doscientos o trescientos años atrás, para contentar a Luis XIV frente a su bufé regio en Versalles? ¿Cuándo sería entonces?…, ¿dos, tres días después de su pesca? Sabía qué aspecto tenía una trucha —cómo *olía*— después de haber estado unas horas al sol. La proteína *se pudre*, apesta de lo lindo, es el testamento de cuanto sucede cuando el espíritu abandona el cuerpo. Nadie comería jamás un pescado podrido adrede (bueno, en realidad, como luego sabría, algunas culturas *lo hacen)*, así que, ¿cómo llega fresco el pescado del mar a los mercados del interior (como el de París) y a qué *huelen* esos mercados?

Llegan en *hielo* (si no están ya salados, para conservarlos…).

Las toneladas y toneladas y toneladas de *hielo* las descubriría después, el hielo —se compone de oxígeno— los mantenía vivos y, según aprendería con el tiempo, desprendía aquel olor a «mercado de pescado», junto con la PEPTONA.

—¿Tenemos pescaderías o un mercado de pescado aquí, en California? —recuerda haber preguntado a Cas.

—Muchos. Contamos con mil seiscientos kilómetros de costa oceánica…

—¿Dónde está el más cercano?

—En San Francisco, diría yo. O en Los Ángeles.

¿ME PUEDES LLEVAR?

aquella pregunta, *aquella* petición habían sido el origen (según las acusaciones posteriores de Stryker) de las Navidades Más

Horrendas, cuando tenían doce años.

Al despertarse aquella mañana de Navidad, Stryker había tenido motivos para creer que al entrar en el Gran Salón en pijama descubriría debajo del árbol una o las dos cosas que había pedido:

1. Un lobo mascota
2. Una motocicleta

En su lugar, cuando él y Sunny entraron corriendo en la sala, se encontraron a Cas y a Tops entregados de lleno al calvados y al *aquavit* con café, mientras los esperaban sentados con un sobre para cada uno.

Stryker abrió el suyo, porque, si eres Stryker, te crees que hay un lobo dentro de un sobre. No lo había. En su lugar encontró una hoja de papel con dos palabras escritas:

INGLATERRA / ESCOCIA

En la hoja de Sunny se leía: PARÍS.

Tengo que hablar con *Santa Claus*, había presionado Stryker.

Le entregaron a cada uno *otro* sobre con los pasajes del barco y los itinerarios.

Las Navidades Más Horrendas de la historia.

Tú tienes la culpa, le había dicho Stryker a Sunny. Tú y tus *pescados*.

—Viajaremos así —había anunciado Tops—: Cas con Sunny, yo con Stryker, pasaremos ocho semanas, mayo y junio, iremos en buques distintos, a países distintos, ¡a Europa!

(Silencio en el aire.)

—Cuántas cosas por aprender, cuántas aventuras…

(Mucho silencio en el aire.)

…hasta que Stryker preguntó si Jeis también podía ir. (Jeis era el mejor amigo de los gemelos.)

—No.

—¿O sea que… solo iremos *tú* y yo?

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer allí nosotros dos solos?

—*Pescar*, por ejemplo…

(TE ODIO A MUERTE, le había susurrado Stryker a su hermana).

—…saltar a caballo, al estilo inglés, boxear… Para que lo sepas, en esos países inventaron los *dragones*, así que tenemos el tiro con arco, con arcos largos, *lucha con espada…*, castillos…, fuertes…

—¿Y cañones?

—Sí.

Dispárame desde un cañón, entonces, había dicho Stryker.

Rocky tuvo la previsión de encargar a un detective de Pinkerton que vigilara a Stryker cada noche durante la travesía del Atlántico, para evitar que él (Stryker) abandonara el barco lanzándose a unas aguas infestadas de sabe Dios qué solo por divertirse, con el fin de que él (Rocky) pudiese conseguir el descanso que tanto necesitaba, pero el resto del tiempo, él (R.) había sido capaz de sofrenar los temerarios impulsos de su hijo y alejarlo del peligro. Ellos (S. + R.) cruzaron el país hasta Nueva York en avión (con la compañía TWA, tres escalas), mientras que Sunny y Cas cogieron el tren transcontinental en Truckee, pasado el lago Tahoe, un viaje de siete horas en coche hacia el norte de Lone Pine; partieron antes del amanecer con el fin de abordar el Silver Chief por la tarde. Cas había tenido la idea de comprar el guardarropa de viaje de Sunny en Nueva York, de modo que esa primera parte del trayecto viajaron relativamente ligeras de equipaje (los baúles de Cas la esperaban en Manhattan), y cuando el tren paró en Truckee (una parada no programada, eran las únicas que subieron a bordo), un vagón de pasajeros con el logotipo de WELLINGTON RHODES se detuvo justo delante de ellas y tres mozos vestidos de librea de color rojo

vino y un hombre ataviado de chef *(era* el chef, según se enteró Sunny después) y el maquinista en persona bajaron a darles la bienvenida a bordo y a estrecharle la mano de Cas. A esas horas Stryker ya se encontraba en el Waldorf de Manhattan, desde donde le mandó a Sunny la primera carta

> Creo que somos *ricos* (le escribió)

pero Sunny no consideraba que fuese *tan* raro tener a su disposición un vagón entero ni que el maquinista bajara deprisa al andén solo para estrecharte la mano. Lo que Sunny *sí* había notado, sin embargo, era que Cas actuaba de un modo nunca visto; para empezar, en el mundo de ahí fuera, su tía parecía *más grande*; además, a través de todos aquellos apretones de mano parecía que estuviera repartiendo dinero a escondidas, mientras cada uno de los receptores fingía no darse cuenta.

El mozo que las atendía a ellas —una de las primeras personas de color que Sunny vio (no había negros en el valle del Owens, solo indios y mexicanos)— era un caballero de mediana edad llamado Lucius James, a quien parecía divertirle cuanto decía la niña. Sunny oyó a Cas preguntarle al chef si habían resuelto todos los «detalles», y cuando estuvieron instaladas en su vagón (dos dormitorios contiguos y una sala) y el tren se puso en marcha, el señor James le preguntó a Cas dónde preferían cenar, «¿En el vagón comedor, señora, o en su salita?»; Cas le preguntó entonces, ¿A cuántos vagones se encuentra «la mercancía»?.

A tres.

¿Y el vagón comedor está justo al lado?

Sí, señora.

—Entonces, esta noche cenaremos en el vagón comedor, señor James, gracias. Una mesa *discreta*, no queremos llamar demasiado la atención.

En un aparte le susurró algo al señor James, hubo otro de esos

apretones de mano codificados, después Sunny sacó de la maleta sus escasas pertenencias y se sentó junto a la gran ventanilla de la sala, desde donde vio desplegarse el paisaje norteamericano. El señor James le había dado un mapa del ferrocarril: casi cinco mil kilómetros hasta la ciudad de Nueva York: tres días. (Rocky y Stryker habían tardado una décima parte.) El resto de la carta n.º 1 de Stryker (las había numerado) decía:

¡¡*Definitivamente* voy a aprender a ser piloto de aviones!!

Eran apenas las seis cuando se dirigieron al vagón comedor, cruzando otros dos coches de pasajeros que, según comprobó Sunny, realmente no tenían nada que ver con el suyo.

En el vagón comedor les habían preparado una mesa contigua a la cocina pero separada de los demás comensales por una mampara mitad acristalada, y el señor James se había puesto una chaqueta blanca y corta y les sonreía; estaba listo. Sentó a Sunny en el banco que miraba hacia el vagón comedor y le entregó a Cas un delantal de carnicero blanco y almidonado, que ella se puso con lo que Sunny solo pudo calificar de «entusiasmo».

Cierra los ojos, le pidió a su sobrina. Cuando le dijo, Y ahora ábrelos, el chef entró de repente empujando un carrito cubierto de hielo molido sobre el que descansaban entre cuarenta y cincuenta *rocas* y *piedras* grises de distintos tamaños. Rodeadas de limones. Y algo semejante a hierba mojada.

Voilà!, exclamó Cas. (El señor James le había servido champán en una copa.) *Huele*, le indicó a Sunny, entregándole una de las piedras más grandes: tu primera *ostra*.

Cas se puso a desbullarlas, alardeando de su destreza con el cuchillo —las manos varoniles— y llevaba abiertas dos o tres de las más grandes cuando, sutilmente, se dio cuenta de que le estaba robando el protagonismo al chef; con un punto de recato

(aunque por naturaleza nunca había sido recatada), le cedió el abridor y el delantal y se sentó a la mesa, frente a Sunny.

El chef se llamaba Daniel (Sunny lo apuntó en su libreta, al lado del dibujo calcado de la concha de la primera ostra): «Recogidas anoche», les comentó el chef Daniel. «Enviadas esta mañana desde el estado de Washington. Estas son las Olympia… —las más grandes—, las más pequeñas son las Kumo.»

El olor a *iceberg* (no es que Sunny hubiese olido nunca un iceberg): ese aroma a congelador. Frío y metálico a la vez.

Esto es *definitivamente* mejor que todo lo que esté haciendo Stryker, pensó Sunny.

He comido mi primera ostra, apuntó, diligente, y describió la experiencia y todas las guarniciones (salsa *mignonette* comparada con la de rábano picante comparada con unas gotas de limón comparadas con una pizca de pimienta blanca recién molida comparada con un toque de Tabasco).

He comido mi primer bogavante.

El bogavante del chef Daniel, hervido y acompañado de unos potecitos de mantequilla perfectamente derretida, había llegado hasta ese tren desde Maine la víspera. «He visto a gente llevarlos al Oeste en maletas», les comentó el señor James.

¡Cuánto por documentar!

Sunny necesitaría *más* libretas. Cas prometió comprarle unas en Sennelier, de quai Voltaire, en París, pero también podían conseguir una reserva decente en Nueva York, y hasta entonces, tendría que conformarse con los cuadernitos Mead del almacén de Lone Pine. Había llevado tres. Cuando llegaron a Chicago los tres ya estaban llenos.

Dibujos (de alimentos), menús, l a r g a s descripciones de platos e ingredientes, de la cocina del tren, entrevistas a los demás pasajeros sobre los alimentos «nativos», muestras de los emporios ferroviarios en las estaciones de tren donde habían parado, entrevistas a los mozos de cuerda (cocina *sureña)*…,

menuda sabidilla estaba hecha. *Definitivamente*.

El segundo día, durante la comida (cruzando Colorado) le preguntó al señor James de dónde venía el agua del vaso que acababa de servirle, puesto que en el tren no había ninguna fuente.

—¿Esta agua de aquí? Del tanque de Denver, imagino. Donde cargamos.

He bebido agua de las Montañas Rocosas por primera vez.

Ligeramente mineral.

La primera noche (Nevada), el señor James les preparó las camas y tía y sobrina se pusieron la ropa de dormir; Sunny estuvo un rato escribiendo en su libreta, después apagó la luz y le dio las buenas noches a Cas.

Desde su almohada, no alcanzaba a ver directamente el compartimento de Cas por la puerta abierta y, aunque la luz se proyectaba en abanico sobre el suelo y los bajos de su cobertor, no fue eso lo que le impidió conciliar el sueño, sino la sensación de algo acechante, no una *pesadilla* sino esa tensión en el pecho que te avisa de que va a pasar algo.

Se quedó mirando fijamente la oscuridad, se levantó, notando el movimiento del tren en las piernas como si caminara sobre agua, y se dirigió a la puerta que separaba sus compartimentos.

Hola, botoncito, la saludó Cas.

Estaba sentada, apoyada en las almohadas, leyendo en el interior de un cono de luz:

—¿Una ostra mala?

¿Había ostras malas?

¡Qué curiosisísimo!

No, le indicó Sunny por señas.

—¿Demasiadas emociones?

No, tampoco.

—Ven. Siéntate. —Cas dio unos golpecitos en la sábana—. Habla con tu tía Cas.

Entrar en el dormitorio de Cas (su *appartement)* en Las Tres Sillas era como viajar a otro país. Abandonabas la atmósfera rústica del sudoeste propia de los portales y entrabas en un reino refinado de alfombras complicadas y estanterías de libros y pinturas al óleo con marcos dorados y mesas con volantes de brocado, flores —siempre flores— en jarrones de cristal de plomo tallado en forma de diamante.

Gran parte de ese efecto estudiado —su espíritu— se había trasladado al camarote de aquel tren gracias a una cuidadosa orquestación, a través de (según notó Sunny) la atmósfera… y el aroma… y un montón de pequeños detalles. Una vela en un frasco de vidrio ardía en la ménsula de la cabecera (el vidrio llevaba pintadas las letras SKOG; Sunny aprendería después que en sueco significaba BOSQUE) y el espacio cómodo y acogedor, lleno de cosas, que rodeaba a Cas desprendía realmente olor a pinar…, estaban, además, los joyeros de piel de Cas, una foto enmarcada, el cubo de hielo de plata y el vaso bajo con su ginebra helada de medianoche.

Cas misma estaba envuelta en una mañanita de seda que parecía derretirse sobre ella a la luz de la vela.

Sabes que puedes confiar en tu vieja tía Cas, le dijo: solo me tendrás a mí los próximos dos meses.

Sunny trató de expresar en palabras sus sentimientos y al final le dijo a Cas: si me duermo ahora mismo, no sé dónde voy a estar cuando despierte.

Hummm. A ver, ¿acaso no da vueltas la Tierra?

Sí.

entonces, en realidad, incluso cuando te despiertas en tu propia cama en Las Tres Sillas, no estás en el mismo lugar, ¿verdad?

Pero el *exterior* no ha cambiado.

Ay, qué quieres que te diga, botoncito, por dentro tú serás la misma.

Buen intento, pero Sunny no encontró el consuelo que buscaba y trató de cambiar de tema.

—¿Quién es esa? —preguntó, centrándose en la fotografía en un marco de plata, junto a la litera de Cas.

Cas le pasó la foto.

—Ya sabes quién es, tesoro, ves su cuadro en la pared cada vez que entras en mi cuarto: es mi madre. Cassandra Roque. Me pusieron su nombre. A tu papá también. Cassandra/Cas: Roque/ Rocky… La terminación en -well de nuestros nombres viene de Wellington, nuestro padre.

—No pensé que tuvieras madre.

—Era una beldad, ¿no? Yo no he sacado nada de ella… Murió cuando yo tenía tu edad.

—¿De polio?

—No todo el mundo muere de polio, botoncito.

—¿Cómo se murió entonces?

—Por efecto de la *gravedad*. Se cayó por una escalinata. Si le preguntas a tu padre, te dirá que la empujaron.

Dejó el retrato en el estante de la cabecera y, de entre todos los artefactos de aquel altar, retiró una preciosa carpeta de cuero:

—Antes de irme de Nueva York a Escandinavia, ya sabes que estuve allí dos años de gira con el arpa…, pedí que me hicieran esto… —desenrolló la cinta de terciopelo y dejó que la carpeta se abriera— porque sospechaba, con toda la razón del mundo, que, llegado un momento, en aquellos inviernos solitarios en un ambiente desconocido, me sentiría un pelín insegura sobre dónde estaba, como te pasa ahora. Por eso monté esta colección…, y la llevaba siempre conmigo para aplacar esos miedos de aquellas noches…

Dentro de la carpeta —no más grande que las libretas de Sunny— había un puñado de fotografías sueltas:

—Sabes quién es este tipo tan guapo, ¿no?

una versión más alta de Stryker, tirando de un cabo en un

velero:

—¿Tops?

—Sí, Rocky en su esquife en el puerto de Newport. Todavía íbamos al colegio privado… Esta… —una foto de un parque nevado tomada desde cierta altura— es la vista desde la ventana de mi dormitorio en la casa donde nos criamos: eso es Central Park, que verás con tus propios ojos dentro de unos días… Ah, aquí está la que buscábamos…

El retrato de una muchacha radiante y morena que reía, envuelta en un blanco velo nupcial de encaje:

Maman, Sunny la reconoció.

—La mejor de todas las mujeres, la quise como a una hermana desde el instante en que nos conocimos. Esta es del día del casamiento, que no iban a inmortalizar en fotos hasta que lo hablé con el señor Ansel Adams (un tipo raro que nunca se separaba de su cámara, como si fuese su sufrida esposa), que asistió a la fiesta que organizamos en el hotel Ahwahnee de Yosemite… Recuerdo que le dije. Hay que tener alguna prueba de esto, que alguien haga una maldita foto, y él la sacó. ¿A que es una preciosidad? Ay, Dios, qué cutis tan maravilloso tenía tu madre, siempre llevaba sombrero para que no le diera el sol, adónde habrán ido a parar esas perlas, ahora que tienes edad suficiente habrá que pedirle a tu padre que nos deje revisar las joyas de tu madre…, era tan diminuta que me daba miedo romperla o que lo hiciera tu padre…, y *ega* muy *frangcesa*, tenía un acento divertidísimo, te tronchabas oyéndola, y eso que nuestra madre también era francesa, pero la nuestra era francocanadiense, nada que ver con tu madre, ay, Dios, qué mujer, tenía estilo en todo, montaba a caballo pescaba curaba la peste traía niños al mundo y señor mío cocinaba como una maga contaba chistes y sabía cantar, recitaba una plegaria todas las noches, a ti podría servirte, botoncito, decía que la había sacado de Tolstói, pero he releído sus libros y no hay manera de dar con

ella:

Dieu, haz que duerma en *calme* esta noche
Y me levante como un pan fresco.

»Ya te puedes quedar la foto, claro, debería haberla puesto junto a tu cama nada más subirnos al tren, pero en cuanto lleguemos a Manhattan iremos a comprar un marco…

—Quiero uno como el tuyo.

—¿Como este? Lo compré en Tiffany, no sé si los seguirán haciendo. En cualquier caso, lo averiguaremos juntas, ¿te parece? ¿Quieres que vaya a arroparte? De todos modos dejaré la luz encendida un buen rato más, tengo la ginebra a medias y estoy bien atascada en la mitad de esta novela de nuestro guía de confianza a Les Halles, Émile Zola.

LOS LIBROS ADECUADOS EN EL MOMENTO ADECUADO: esa era una de las lecciones que Cas le había enseñado:

no era la información más útil ni la más enjundiosa que podría encontrar cuando de niña buscaba desesperadamente una madre.

ELIGE UN CALZADO RECIO PARA CAMINAR.
NORMAS PARA CONVERSACIONES SOCIALES TENSAS PERO NECESARIAS
Pregunta qué están *leyendo*
Pregunta adónde piensan *viajar*
Encuentra un motivo de encomio y *exprésalo. Enseguida*.

—Su apellido es el nombre de un gran río del sur, señor James —había comentado (enseguida).

—Sí, señora. Y también el de mi abuelo —había aclarado él.

—¡*Y* de un *rey*! ¡Y de una *Biblia*!

Ahora, al cabo de tantos años, Sunny tenía la sensación de que

aquel viaje a París había marcado un punto de inflexión en su resistencia infantil a que su tía fuese su «madre». Cas no era su madre, jamás podría ser su madre y de haber tenido como consejera otro tipo de mujer, una mujer normal de Lone Pine, o a su verdadera madre, Sunny habría sido una mujer distinta. Cas era la que tenía a mano, entonces y ahora, pero cuántas de aquellas madres hipotéticas —incluida la suya tan amada— podrían haberle enseñado los apretones de mano acolchados de billetes o el talante severo el aplomo la insolencia sencilla la confianza exenta de coqueteo con los hombres o —algo que había ocurrido apenas unos meses antes, en el restaurante— cuántas de ellas habrían irrumpido por la puerta trasera en medio del servicio de la cena para anunciar: «Por fin he encontrado la maldita plegaria de Tolstói, deja ya de buscarla, es peor de lo que recordaba», para salir después como un torbellino.

¡SEÑOR JESUCRISTO, PERDÓNAME Y SÁLVAME!
¡DIOS MÍO, HAZ QUE CAIGA COMO UNA PIEDRA
Y ME LEVANTE COMO PAN FRESCO!

Almuerzo a base de guiso de ostras, ensalada fría de bogavante (sobras 2.º día)

¡*He comido bagre frito*!

Un pasajero de Wyoming dice que no hay ostra de las profundidades salobres comparable a unas buenas criadillas, las ostras de la pradera.

(Cas dice que no vuelva a hablar con el hombre de Wyoming.)

He comido *almejas casino*.

¡He comido cóctel de gambas! (Chicago).

He comido calamares a la romana.

He comido *salmón ahumado* (con queso crema).

He comido arenques en escabeche.

La mañana del último día al despertar se encontró con un

paisaje de fábricas, depósitos y patios traseros con ropa tendida, cachivaches y enredaderas y mujeres flacuchas, perros asustadizos y niños amenazantes, tras lo cual llegaron el drama de bajarse del tren, el gigantesco espacio cerrado de la estación de Pensilvania, en Nueva York, el clamor y las reverberaciones densas como un miasma, más ruido que el que había oído nunca, gente por todas partes apurada, decidida, importante, y tuvo que agarrarse de la mano de Cas porque aquello era el terror a ahogarte que te atenaza las primeras veces cuando aprendes a nadar.

Cuando llegaron al final del andén, Cas vio algo que la hizo parar en seco y decir: «¡Para caerme de espaldas…, pero si es Declan!».

Un caballero corpulento, de edad considerable, vestido con una librea lustrosa avanzaba hacia ellas, sonriendo de oreja a oreja.

—Dichosos los ojos que lo ven —dijo Cas a borbotones—, iba a parar un taxi. ¿Cómo se ha enterado de nuestra llegada?

—Sigo estrictas instrucciones, señorita. —Se inclinó hacia Sunny y añadió—: Señorita Rhodes, tenga, para usted.

Un sobre con el sello dorado y carmesí del Waldorf-Astoria y los garabatos inimitables de Stryker, CARTA N.º 2.

Declan había sido chófer de los Rhodes, y cuando Rocky y Cas vendieron sus bienes y se repartieron la herencia, lo indemnizaron con una generosa cantidad y con el majestuoso Pierce Arrow modelo 1919 que había aparcado delante de la estación, hasta donde las condujo.

—Ay, Dios, qué bien se conserva, para él no pasan los años —le dijo Cas, valorando el coche.

—Para usted tampoco, señorita.

Sunny nunca había oído un acento como el de Declan (irlandés, le aclaró Cas luego) (Es capaz de quitarte el anillo del

dedo con sus encantos, mucho ojo), y mientras los dos viejos conocidos cotorreaban ella se quedó muda, tanto por la cadencia de Declan al hablar como por el tamaño, la altura y la cantidad de edificios y el ruido (más ruido) y todo el tráfico y la gente en las calles.

—No hay discusión posible, el almuerzo lo ha organizado el joven señorito Rhodes.

Cuando a Stryker le decías que hiciera algo podías contar con que haría lo contrario, pero algo en el hecho de estar separados durante tanto tiempo por primera vez en la vida les dio un poco de miedo (incluso a Stryker); por eso, sellando el apretón de manos con un salivazo, había prometido escribirle. Todos los días. Sobre la comida, porque pensó que la alegraría (y, por una vez, estuvo en lo cierto).

En el mejor de los casos, a Stryker la comida le resultaba indiferente, pero Sunny le había hecho prometer que copiaría los menús («Los robaré y listo») o que le pidiera a Tops una descripción de lo que les sirvieran. Por ello, el hecho de que les hubiese organizado un almuerzo cuando llegaran a Nueva York (una vez que él ya se había marchado) había sido (se atrevía a decir) un acto de generosidad encantador por parte del (casi siempre) egoísta de su hermano.

No llevaban más de cinco minutos de trayecto en el coche cuando Declan se arrimó al bordillo delante de un edificio de gran categoría, con unos leones de piedra sentados en el frente, y que Sunny tomó por la Corte Suprema. Cuando Cas le explicó que se trataba de la Biblioteca Pública «principal» (¿Hay más de una?), el proceso iniciado al salir de Lone Pine hasta Truckee (que al menos seguía estando en California), de descubrir que su mundo no era EL MUNDO sino solo uno de los muchos que había…, ese proceso comenzó a poner a prueba el alcance de su experiencia previa. Sí, siempre había estado rodeada de esplendor y grandiosidad, podía levantar la vista y ver *el punto*

más alto de Estados Unidos todas las mañanas de su vida, pero…, demonios: dentro de uno solo de aquellos altos edificios cabían, uno encima de otro, todos los metros cuadrados de todas las tiendas de la calle Principal de Lone Pine. Aquello podía hacer que quisieras abandonar para siempre tu vida de pueblerina o montarte en una diligencia y regresar a Dodge City.

Stryker les había organizado un *repas* en la calle, debajo de una sombrilla, no hacía falta reserva, a razón de tres centavos cada una. No había asientos, solo aderezos.

¡*Me he comido un perrito caliente de Nueva York*!

—El bollo clásico; los conservan al vapor, así se mantienen frescos; es el del estante de arriba y no el del costado —le había explicado Declan—. La salchicha *kosher*, sin piel, es la de Hebrew National; en Coney Island venden los perritos calientes con piel de Nathan's, tienen una piel crujiente a la que es un gusto hincarle el diente. Y después vienen los acompañamientos

MOSTAZA
KÉTCHUP
RODAJAS DE PEPINILLO AL ENELDO
CEBOLLA CRUDA
CEBOLLA CARAMELIZADA
SALSA VERDE
CHUCRUT
PATATAS SALTEADAS
CHILE CON CARNE
TOMATE PICADO
PIMIENTOS ITALIANOS SALTEADOS
SAL DE APIO

La gente comía de pie en la acera o sentada en los peldaños de la escalera de la biblioteca. Al aire libre. Sin platos.

—Esto sí que es Nueva York —le dijo Cas.

Se había pedido uno «con todo» y se esforzaba por sostenerlo en la mano mientras Sunny se esforzaba a su vez por decidirse.

Pidió probar la salsa verde (en su opinión, era sospechosamente verde) y los pimientos salteados antes de elegir

y al final se decidió por la MOSTAZA y la CEBOLLA CARAMELIZADA.

—Verá, su hermano —le confió Declan— no es partidario de la cebolla. Yo, por mi parte, evito la cólera de la mostaza porque, como el fantasma de Hamlet, vuelve para acecharme en la noche.

Las había llevado hasta el hotel St. Regis, que estaba muy cerca, en dirección norte, y se había abstenido dignamente de hacer comentarios cuando Cas declaró que para esa semana no lo necesitaban, puesto que podían llegar a pie a la mayoría de sus destinos. Cas sabía que Declan vivía en Queens pero también que vivía para conducir su Pierce Arrow por la ciudad, por eso le dijo que contaba con él para que las acompañara al barco. Sunny vigiló inútilmente por si se producía el mágico apretón de manos, pero entre los dos no hubo intercambio de monedas, solo de sincero afecto.

La «Cas de Nueva York» resultó ser una versión distinta de la de Lone Pine o de la del vagón privado Wellington Rhodes: según Sunny, la Cas de Nueva York se encontraba en su elemento. Empezó a llevar sombreros; empezó a calzar zapatos de tacón como si no le importara que la hiciesen más alta, como si no se pudiese ser demasiado alta, ni siquiera siendo mujer, en Nueva York.

ay, Dios qué manera de caminar.

Caminaron a través del Parque caminaron hasta los museos caminaron hasta Tiffany, Bonwit y Saks, Cas marcaba el ritmo con sus amplias zancadas —una mujer con una misión—, de modo que Sunny tenía que correr cual servil seguidora para no perderla de vista. En Bonwit le tomaron las medidas para confeccionarle tres abrigos ligeros de terciopelo —uno de ellos en un color que la dependienta denominó «heliotropo», el segundo en tono «musgo» y el tercero, negro puro— que en París le servirían de uniforme para ir a cualquier sitio y a todas partes. La equiparon de zapatos, vestidos de verano y faldas con unos molestos tirantes; blusas, guantes blancos, sombreros para visitar

iglesias, sombreros para pasear, sombreros de paja, trajes de noche y ropa interior de *toile* («La más *transpirable*» según Cas). Declan les había contado que, en Nueva York, el lugar de interés preferido de Stryker había sido el Museo de Historia Natural, donde vio un dinosaurio reconstruido y una ballena azul, pero, cuando Sunny pidió visitarlo, Cas le dijo «Las ballenas no son peces», y fueron andando hasta el Museo Metropolitano de Arte, donde todas las estatuas resultaron un aburrimiento y los egipcios daban la impresión de no haber comido nunca, pero donde había cuadros —un montón de cuadros— de mesas puestas con *comida*.

—Alardeaban de su riqueza —le explicó Cas—. El mercader holandés que encargó una pintura al óleo tenía derecho a presumir de ese jamón en particular. Y de su cubertería. Pero en París verás otros cuadros, otras formas de pintar la comida, en especial, la fruta de Cézanne: a veces una o tres manzanas o una pera, una copa vacía, un racimo de uvas era cuanto poseía el pintor.

He visto lo que Cas denominó los «maestros» holandeses que solo pintaban cosas carísimas.

¡He comido en un «bar de ostras»! Cas dice que es como un bar cualquiera pero donde sirven ostras.

El régimen de Cas consistía en compras militantes por las mañanas seguidas de un gran almuerzo en uno de los mejores restaurantes neoyorquinos (Sunny guardó los menús) —*¡He comido caviar!*— seguido de visitas a museos por la tarde para ver a los maestros seguidas de una excursión a un lugar de interés (el Hudson y el East River, el museo Cloisters, las catedrales, los «barrios» del centro) seguida de una cena temprana del servicio de habitaciones. El desayuno también lo tomaban *en suite*, con la prensa de la mañana y los comentarios pormenorizados de Cas sobre las noticias y la programación de

las salas de conciertos. Esta noche cantan *Winterreise* en el Carnegie, le mencionaba, o bien, Interpretan a Orff, y Sunny tenía que preguntar qué era aquello.

Conciertos, botoncito.

Me gustan los conciertos.

Te gusta la banda municipal de Lone Pine.

Deberíamos ir.

No te sometería a mis eclécticos gustos…, además, empiezan a las ocho.

Pues ve tú y yo me quedo aquí, no me pasará nada.

Jamás.

Tengo edad suficiente.

Jamás.

¿Por qué no?

A esas alturas Sunny aún no se había enterado de lo que Cas se había encontrado al llegar a Las Tres Sillas tras morir la madre de la niña: Rocky en un estado de confusión psíquica. Rocky hundido en las profundidades de la pérdida. Rocky en plena depresión. Peor que Rhett —que Rhett Butler, botoncito— en la novela de Mitchell en la que Rhett se refugia en esa habitación con el cuerpo de Bonnie y la dulce Melania tiene que entrar y reconstruir su personalidad.

Fui la Melania de *Lo que el viento se llevó* de mi hermano, por Dios, me lo encontré sin afeitar indiferente a las necesidades de sus hijos y, Dios lo sabe bien, implacablemente solicitado por aquellas mujeres del pueblo aquellas solteronas y amantes abandonadas armadas de sus cazuelas y sus intenciones matrimoniales en cuanto se enteraron de que estaba «disponible» acudían a Las Tres Sillas de sitios tan alejados como Bishop, por el amor de Dios, para ofrecerle sus raciones de pollo frito y sus miserables guisos de cordero y tenía que echarlas a patadas tuve que volverme formidable y ahuyentarlas a todas al tiempo que combatía los demonios espectrales de mi hermano y juré

entonces, y no he claudicado ni una sola vez, juré entonces que haría cuanto estuviese en mi mano para protegerlo de otra pérdida. Si os ocurriera un imprevisto a ti o a tu hermano mientras estáis a mi cargo, sé por experiencia que mi hermano se vendría abajo y que yo nunca encontraría el modo de perdonármelo… Así que no: no voy a salir de noche dejándote a ti sola en este hotel.

Esa noche, al regresar de otra caminata, se encontraron con que habían subido un Steinway a su suite. Si Mahoma no va a la montaña, dijo Cas (Sunny no sabía quién era el tal Mahoma), entonces mueve la maldita montaña.

Esa noche organizaron el primer concierto *en suite* de la semana; Cas había enviado una nota a su antiguo profesor de arpa y este había invitado a más gente, todos viejos conocidos de la carrera musical de Cas, que se presentaron en la suite con sus violonchelos, sus violines y su sed de champán y su hambre de caviar, y al principio Sunny pensó que todos pertenecían a una única y nutrida familia italiana llamada Maestro, pero luego se enteró de unas cuantas cosas: primero, que había caviar de distintos colores (¡*naranja!* y ¡*dorado*!), segundo, que había personas que vivían extasiadas con la música, y tercero, que había una versión de su tía que jamás había visto, una Cas que reía mucho, se divertía de lo lindo en compañía de los hombres y que estaba radiante y hermosa.

¿Es tu novio?

¿De qué hablas?

del Maestro.

Las mujeres pueden ser amigas de los hombres sin idilio de por medio, botoncito. Pese a lo que vemos en las novelas inglesas.

Pero podrías casarte con él y tener hijos.

Yo ya tengo hijos.

En realidad no.

No hagas que me entren ganas de azotarte, botoncito. Lloraríamos las dos.

El cuarto día, inesperadamente, Cas la llevó andando a un lugar llamado Murray Hill, donde se detuvieron frente a una residencia de ladrillo rojo en una manzana donde había otras casas construidas en piedra del color del barro añejo.

Cas tocó el timbre.

¿De quién es esta casa?, quiso saber Sunny.

Mía, le contestó Cas.

El día anterior, en el paseo por la Quinta Avenida de vuelta del Museo Metropolitano, Cas le había señalado la casa donde ella y Rocky se habían criado y le había indicado las ventanas del tercer piso donde estaban sus respectivos dormitorios; Sunny había comentado que se parecía más al hotel donde se alojaban que a una casa donde habían vivido unos niños; ese mismo aspecto tenía aquella de Murray Hill que, según se enteraría Sunny después, había sido la dote (ni idea de lo que era eso) de la abuela Cassandra Roque, que Cas había heredado y conservado para arrendarla y contar con unos ingresos.

Un hombre delgado, vestido como los del servicio de habitaciones del St. Regis, les abrió la puerta y de inmediato cerró los ojos y se llevó los largos dedos al pecho, a donde Sunny supuso que tenía el corazón, tras lo cual inhaló de un modo teatral. Al abrir los ojos exhaló un «*Fräulein*». Cas se volvió hacia Sunny y dijo Regen, permítame que le presente a mi sobrina; Regen juntó los talones sonoramente, se inclinó desde los hombros y repitió «*Fräulein*»; a Sunny le parecía que todos los neoyorquinos conocidos de Cas hablaban con acento extranjero o directamente otro idioma, imaginó que así se saludaban en el país de ese hombre y estaba a punto de hacer una reverencia y decirle «*Fräulein*» cuando Cas la empujó puerta

adentro y la niña se encontró ante dos escalinatas curvas de mármol en un *foyer* (había aprendido la palabra) del tamaño del banco de Lone Pine.

En su pueblo no existían las escalinatas de mármol y las escaleras dobles eran algo inaudito, de modo que mientras Cas se dedicaba a cotorrear con Regen en la lengua del hombre delgado, Sunny lo miraba todo boquiabierta, hasta que recordó que su abuela había muerto al caer por unas escaleras y, como hacen los niños, se preguntó morbosamente si aquellas habían sido sus asesinas.

Resultó que Regen había sido el mayordomo principal en la casa «grande» de la Quinta Avenida y que, cuando la vendieron, lo trasladaron a esa otra para servir junto con «Cook».

Cas y Regen siguieron cotorreando en aquel idioma que, según supo Sunny después, era alemán, aunque a ratos Cas cambiaba al inglés, mientras pasaban a una sala donde habían preparado té acompañado de los emparedados más pequeños que Sunny había visto en su vida (tenían pinta de estar hechos para muñecas) y unas riquísimas galletas con mermelada de zarzamora. El juego de té era ornamentado y muy brillante, y de haber estado por ahí uno de los maestros holandeses, concluyó Sunny, lo habría pintado.

«Cook», que al parecer se apellidaba Kuch y además era la cocinera, aparentemente había sido convocada a un lugar llamado Yonkers, según Regen, por su *Mutter*, pero antes había preparado los emparedados (rellenos nada menos que de pepino, con mantequilla y eneldo, y lonchas transparentes de salmón ahumado), había horneado las galletas preferidas de su tía y se había sentido desconsolada *(Herzeleid)* ante la imposibilidad de estar presente para recibir a las *Fräuleins*. La familia que arrendaba la casa, según contó Regen, era muy limpia, *ordentlich*, muy generosa. Como en el caso de Declan, Sunny observó que el trato de Cas hacia él era familiar y afectuoso y no

incluía los apretones de mano especiales.

—Regen, un último asunto…

—*Ach, ja*?

—Queremos ir al mercado de pescado…

—Nosotros compramos en Russ, *Fräulein*, de la Primera Avenida.

—A ese no, al de Fulton. En su opinión, ¿estaría bien visto que *zwei Frauen-Personen* anduvieran por ahí solas?

Nuevamente los largos dedos volaron hacia el pecho. Con cara de pánico, Regen respondió:

—Necesita *den richtigen Mann, Fräulein*, esa zona es muy peligrosa, *ist nicht einfach*, necesita un hombre varonil, un *Mensch*…

Cas miró a Sunny, Sunny miró a Cas y las dos pensaron lo mismo:

Declan.

quien, a la mañana siguiente, en la oscuridad que precede el amanecer, se presentó en el St. Regis, provisto de termos con café negro bien cargado, una petaca de whisky Bushmills y varios pares de botas de goma verdes a las que no paraba de referirse con el nombre de «Wellies». No vestía el uniforme de chófer sino un jersey de marinero («Soy irlandés, al fin y al cabo») y pantalones de trabajo, y Sunny consideró que con aquellas prendas informales aparentaba veinte años menos. Fueron en dirección al centro por las calles vacías y Cas le preguntó si en aquel difícil barrio era seguro aparcar el Pierce Arrow y Declan le comentó que no se preocupara, «Algún irlandés habrá por ahí para vigilármelo…, en Nueva York hay irlandeses por todas partes».

Para entonces Sunny había recopilado dieciocho menús y, además de sus tres cuadernos Mead de Lone Pine y del bloc extra que Cas llevaba en el bolso, había llenado hasta la mitad un cuaderno comprado en Tiffany:

La ternera siempre tiene el mismo color al cocinarla, da igual la raza del animal, lo mismo pasa con el pollo, pero el pescado cocido adquiere distintos colores, algunos quedan blancos (halibut, lenguado, bacalao), otros de color rosa y algunos, oscuros, como el pescado azul. No lo entiendo.

Al pasar delante de una tienda de artículos de arte de la calle Cincuenta y Siete, le suplicó a Cas que la dejara comprar lápices de colores con los que estar equipada en cada comida para reproducir el tono *exacte* del pescado que le sirvieran y, cuando entró en aquel mercado impresionante, lo hizo preparada, con su libreta y todos sus lápices de colores en una mochila colgada al hombro, del mismo modo que se había preparado para los museos y el Empire State, el Radio City Music Hall y Central Park, pero no estaba preparada para los estridentes gritos del comercio y el ronco tumulto de voces masculinas, y después, el crudo olor del hielo y del mar y de los pescados con sus condenadas caritas y sus ojos, enormes, quietos y fijos.

Pargos, meros, pez espada, pez gato, anguilas y sábalos.

¡*Ni se te ocurra mirar un rape a la cara*!

¿Estás bien, niña?, le preguntó Declan, y ella intentó contestarle que sí.

Él se puso en cuclillas para mirarla y le dijo:

—No tienes buena cara.

Por algún motivo agarró la mano de Declan cuando este se incorporó y le comentó:

—No sabía… que habría… tanto.

Para entonces apenas llevaba ocho días lejos de Lone Pine.

—Ah, sí —asintió Declan—, en la vida hay muchas cosas…, ¡y eso que todavía no has visto el océano!

Allí la llevaron a continuación.

¡*Espera a ver el océano!* [Stryker: CARTA N.º4]
Definitivamente, ¡algún día daré la vuelta al mundo en barco yo solo!

Todo aquel azul, todo el azul alrededor de los continentes de distintos colores que se veían en los mapas; en realidad nunca había prestado atención a cuánta agua había en la Tierra. Había estado en una barca, en su barca de madera, había estado en el lago de la familia en la sierra, pero comparar su diminuto *chuc chuc* con el *Normandie* era como comparar atún de lata con el recién pescado: un delito contra la imaginación. Para empezar, el *Normandie* empequeñecía la figura humana, era grande como un pueblo, en su cubierta inferior cabía Lone Pine entero y aún quedaría sitio para la carretera que llevaba a Independence. La organización a bordo —sus camarotes— seguía la ya familiar distribución de dos dormitorios y una sala central, donde Cas comenzó de inmediato el intercambio de apretones de mano especiales con hombres uniformados de blanco (¡y zapatos blancos!), sobre todo con uno al que había llamado «sobrecargo», cuyo título, aparentemente, provenía del hecho de que se cuidaba del cargamento del barco y otras cuestiones administrativas, y no de que le sobrase nada, salvo altivez (algo que a Sunny le había disgustado). Era el hombre que decidía dónde se sentaban los pasajeros en la cena, a quién se le asignaba cada camarote, quién conocería al capitán y el equipaje de quién se descargaría primero en Francia.

PROTOCOLOS DE JERARQUÍA SOCIAL, llamaba Cas a las tácticas de supervivencia en el entorno del barco.

—Estamos cautivas —le dijo— los próximos diez días, y ese pelagatos se ocupa de repartir todos los elementos de nuestra deseada comodidad.

Sunny ya había espabilado lo suficiente como para preguntar:

¿*Cuánto le has dado*?

La cantidad la escandalizó.

Qué diablos, apuntó en la carta a su hermano (utilizando el lenguaje de adultos recién adquirido): Sí, somos ricos.

Lo que había llevado al sobrecargo a visitarlas en su camarote ya antes de zarpar (momento que Sunny *definitivamente* quería ver desde cubierta) fue la invitación en un sobre elegante para que cenaran esa noche en la mesa del capitán. Cas aceptó el sobre y en ese momento, *voilà*, Sunny la vio deslizar en la palma de la mano del sobrecargo los billetes de cien dólares doblados.

—Pero va dirigido solo a *mademoiselle* C. Rhodes —comentó Cas—. ¿Dónde está la invitación para *mademoiselle* S. Rhodes?

Pánico por parte del sobrecargo: *Beaucoup des excusez-mois, mais…* (Miró alrededor.) *Qui est la deuxième mademoiselle*?

—Mi sobrina.

Sunny comprobó que, aunque dominaba el francés, Cas se dirigía a ese hombre en inglés, de modo que la niña lo entendió cuando él contestó en la *langue* de elección indicada:

—Pero es una niña. En primera clase no se aceptan niños en el *repas* de las ocho. Está programado que ella cene a las seis con los demás niños.

Observa; aprende.

¿Cómo usar un cuchillo de pescado? Observa y aprende. ¿Cómo dar un apretón de manos? ¿Cómo congraciarse usando tus encantos? ¿Cómo CLAVARLE la mirada a un pelagatos adulador y obligarlo a bajar la vista?

Sunny jamás tendría lo que tenía Cas —una educación superior en una ciudad de primera categoría con sus ventajas para calar a distintos tipos de personas—, pero sí una ventaja singular: tendría la cosa misma, tendría a Cas.

Cas había hecho ocho travesías transatlánticas —cuatro viajes de ida y vuelta—, de modo que conocía las claves, había resuelto

el rompecabezas.

—Lo que intentarán hacernos, botoncito, a lo largo de estos diez días, es alimentarnos hasta el estupor para que no nos quejemos nos colmarán de muchísimas oportunidades de atiborrarnos a tal punto que no podamos movernos no podamos doblar una esquina sin toparnos con un *buffet* o no podamos subir una escalera sin que en lo alto nos encontremos a alguien que nos reciba con un *sorbet*. Te diré lo que vamos a hacer: tomaremos el café de la mañana en nuestro camarote no iremos dando tumbos hasta encontrar la cola de la primera manduca del día, evitaremos las *omelettes* y el surtido de *brioches* y *croissants*: caminaremos. Nos divertiremos en cubierta a *plein air*, haremos ejercicio, tal vez nos privemos a menudo del almuerzo, depende de ti, tú necesitas más calorías, pero intentaremos evitar a toda costa la cola de la segunda manduca del día en el comedor y centraremos todo nuestro apetito en la cena formal: un programa intensivo de cenas selectivas rematadas por un plato espectacular digno de una experimentada *gourmande*.

Aquellas cenas nocturnas podían resultar tediosas, le explicó, todas las noches te sientan a la misma mesa con las mismas personas y a la tercera te sabes los nombres de sus hijos, de sus nietos y de sus mascotas y los gestos que las delatan en las partidas de póquer de la sobremesa y te dan ganas de tirarte por la borda al helado Atlántico Norte, pero nos armaremos de valor por el bien de tu formación culinaria y tú y yo haremos de ello una aventura, acumularemos anécdotas que contar a la vuelta sobre los personajes que conocimos en nuestra fabulosa odisea. Y cuando nos hartemos de fingir y de vestirnos de etiqueta todas las noches, siempre podremos tomarnos juntas algo sencillo en nuestras estancias señoriales.

Una vez que zarparon, el primer día había pasado volando, con la emoción de estar fuera en la cubierta para el toque de la

sirena y ver los altos edificios alejarse *(¡Nadie me había dicho que la ciudad de Nueva York era una isla!)* y ponerse el chaleco salvavidas durante las instrucciones de seguridad y respirar el aire de mar y observar que la Estatua de la Libertad se parecía mucho a Cas y después, finalmente, dejar atrás el puerto y sus remolcadores.

Para empezar, ¿por qué la gente se viste de etiqueta? ¿Qué sentido tiene? Cas probablemente se había gastado una pequeña parte de su fortuna en comprarle a Sunny unas prendas que en Lone Pine no se pondría nunca y que, en su mayoría, le quedarían pequeñas al cabo de un año. Deja ya de emperifollarte, le advirtió Cas, pero si eso era lo que debían hacer todas las noches para gozar del supuesto privilegio de cenar en el comedor, Sunny estaba totalmente a favor de la idea de tomar algo sencillo en pijama y contemplar las estrellas acumularse entre las gotas de agua del cristal del ojo de buey.

pero cuando llegaron al comedor, *aaah*:

Así que de eso se trataba la «primera clase»: arañas y mantelería blanca de lino con monograma, la ilustración del barco en todos los platos, con bordes de oro auténtico, Baccarat y Sèvres y Limoges y Cartier y Hermès y champán, todo francés. Demonios, sí. Que traigan los víveres.

La mesa del capitán estaba situada en el centro de la estancia a la vista de todos, un trasto largo con doce asientos a cada lado y los nombres grabados en oro en tarjetas de vitela para indicar el lugar de los comensales. Cas se vio sentada *en face du capitaine* en el centro…, mientras que a Sunny la habían metido, como último recurso, al final de todo.

Esto sí que no, se quejó Cas, pero Sunny le dijo que no se preocupara —¡era una aventura!— y dejó que un camarero almidonado la acompañase a su sitio y le sirviera agua, por cuya procedencia también sintió curiosidad, y abrió el diminuto bolso de noche donde no cabía nada y ordenó todos los lápices de

colores. Los primeros minutos estuvo sola —tanto los asientos de enfrente como los de los lados estaban vacíos— pero después un hombre y una mujer habían sido acompañados hasta los asientos que quedaban enfrente de ella y el jefe de sala ayudó a la mujer a sentarse, pero el hombre se quedó de pie mirando a Sunny y luego dijo (en realidad gritó), *Maldita sea, Dotty* (a saber quién sería Dotty), *no he pagado veinte mil dólares para que nos metan aquí a hacer de niñeras toda la noche*; en la mesa del capitán se hizo el silencio y en todas las mesas de alrededor se hizo el silencio y después una mujer muy pero que muy rubia (tenía el pelo prácticamente blanco) con un ceñidísimo vestido cola de pez de tafetán de color esmeralda sin tirantes situada a tres sillas de donde estaba Sunny se puso de pie, fue hasta él a paso vivo y lo abofeteó.

Después de aquello las cosas se precipitaron.

Sunny vio que Cas se había puesto de pie pero el jefe de sala y varios camareros se amontonaron en el lugar del suceso y el hombre sentado frente a la rubia se levantó y la agarró de la muñeca y la sacó a rastras y luego, después de que el jefe de sala acompañase a «Dotty» y a su marido a otros asientos, un hombre con un uniforme impresionante —todo blanco y dorado— se sentó frente a Sunny y sacó una billetera plana de piel del interior de la chaqueta y le enseñó la foto de una niña guapa que tendría más o menos la edad de Sunny.

Ma fille, le dijo.

Y a continuación tradujo: Mi hija.

Elle est très belle, le dijo Sunny, empeñándose en hablar francés.

—De mayor quiere ser enfermera.

—¿Por qué no médico?

Él esbozó una sonrisa franca al oír el comentario y se presentó como *monsieur* Brouillard, primer oficial, y Sunny se presentó a su vez como Sunny, primer viaje transatlántico, y se sorprendió

al declarar (otra primera cosa) no que de mayor quería ser chef, sino que sería chef.

En tal caso, seguramente querrás ver la cocina, le dijo él.

Con finura —no había otro modo para describir la forma de actuar del hombre—, con finura obtuvo el perplejo permiso de Cas para acompañar a su sobrina a las «cocinas» del barco y condujo a Sunny por la estancia hasta una mampara decorativa que protegía a los comensales del drama del servicio de la cena, a través de dos puertas batientes recubiertas de bronce y hasta llegar a un mundo cálido y oculto, el crisol donde se originaba cada bocado de cada plato servido a bordo.

Era el tamaño de todos aquellos lugares, esa cocina y el mercado de pescado de Fulton y Les Halles en París, todavía por visitar, lo que suponía una mayor lección de humildad para ella, la gran cantidad de personas absortas en la elaboración diaria, implicadas en todas las cosas que comemos. Acababan de llevarla de excursión a la catedral de San Patricio en Nueva York, pero podías juntar un coro y un órgano, sesenta y siete vidrieras de colores y mil *alianzas* en aquel espacio sagrado y no llegar nunca a igualar el *alma* de cualquier cocina en funcionamiento, la cantidad de energía humana que se eleva como un espíritu colectivo, flota, enciende, transforma y bendice la vida.

—¿Qué tienen en común todas las personas que ves? —le preguntó *monsieur* Brouillard.

Todos visten de blanco.

—¿Y qué más?

Sunny no entendió a qué se refería hasta que él se lo señaló. Todos los que trabajan aquí son hombres.

—Eso es porque en un barco las mujeres traen mala suerte, *n'est-ce-que pas*? —preguntó ella.

Non:

—Es porque en Francia, *peut-être* en todo el mundo, las

mujeres cocinan en casa pero solo los hombres lo hacen por dinero y para llevar *toques*, esos gorros.

Las mujeres cocinan en casa, apuntó en letras mayúsculas abarcando dos páginas de su libreta: *Los hombres llevan los gorros*.

Nadie le decía a Stryker (el MUNDO no le transmitía) que los hombres no pueden dar la vuelta al mundo en barco solos, que los hombres no pueden pilotar aviones ni salir disparados desde un cañón o que no pueden ser presidente o *capitaine* o dirigir una expedición arriesgada a través de ese mismo océano y tener dos continentes con tu nombre *(Américo* Vespucio).

Había propietarias de restaurantes —tenía que haberlas— pero, al echar la vista atrás y analizar sus experiencias en los restaurantes de Nueva York —y en el tren—, cayó en la cuenta de que las mujeres no formaban parte del paisaje: no era que las hubiesen borrado (porque, para empezar, nunca habían estado) sino que las habían convertido en irrelevantes. En París ocurriría lo mismo: en los mercados diarios había mujeres con sus cestas y sus bolsas de red cargadas de cebollas, pero solo hombres en la entrada de los restaurantes, atendiendo las mesas, en las cocinas. Las mujeres eran cocineras; los hombres eran chefs. Las mujeres reinaban en casa; los hombres, en el lugar de trabajo. Las mujeres preparaban las comidas de la familia; los hombres hacían historia y dinero.

NO TE FÍES NUNCA DE UN HOMBRE QUE NO SEPA COCINAR, le había dicho Cas en una ocasión, a propósito de nada en particular —o tal vez a propósito de una de las sensacionales parrilladas de Rocky—, y Sunny también se lo había apuntado.

y ahí estaba Cas, por el amor del cielo, una mujer capaz de romperle el pescuezo a una gallina clueca y desplumarla con sus propias manos, pero que no sabría ingeniárselas para hacer una salsa aunque de ello dependiese su vida: Cas vivía como un hombre, hacía lo que quería, cuando quería, si quería.

—¿Tú crees que eres como eres porque tienes muchísimo dinero? —le preguntó Sunny al día siguiente mientras paseaban por la cubierta.

—¿Cómo soy?

—Bueno, ya sabes. Mandona.

—Segura de mí misma, quieres decir.

—No, quiero decir mandona.

Habían recorrido el barco entero dos veces, Cas había ido a la piscina cubierta a nadar una hora a las seis de la mañana y Sunny todavía no había comenzado su clase de francés (9.00 a 11.00) ni la de tenis (11.30 a 13.00) cuando, al pasar por el salón de primera, se encontraron con la mujer del pelo platinado y el vestido cola de pez esmeralda con el mismo aspecto de la noche anterior, salvo por el hecho de que llevaba los zapatos en la mano y la chaqueta blanca de un esmoquin de caballero sobre los hombros desnudos.

¡Vaya, hola!, exclamó. ¡Mira quién está aquí!

Cas se detuvo en seco.

—Buenos días —la saludó Sunny.

Y la mujer le preguntó, ¿Y tú cómo te llamas, cariño? Sunny se lo dijo y la mujer le comentó: ¡Ay, supongo que tu mamá y tu papá esperaban que fueras niño!

—Mi nombre significa «soleado» y se escribe con u, no con o —le explicó Sunny, señalando *le soleil* para que lo entendiera.

—¡Ay, pero si eres un adjetivo! Encantada de conocerte. Yo soy dos sustantivos: Rosemary Dust: Romero en Polvo.

Se estrecharon la mano y Sunny le presentó a «mi tía Cas».

—Tu tía —repitió la mujer, mirando de arriba abajo a Cas, que no había abierto la boca—. Vamos a ver, intento montarme mi propio relato…, ¿adoptada?

—No, es realmente mi tía.

—¿No serás su esclava sexual, eh?

Se podría haber oído hasta a las ballenas en el fondo del mar

soltar un *pfff*.

—¿Y si lo fuera? —dijo Cas cuando por fin habló.

—Ah, entonces tendría que abofetearla a usted también —dijo Rosemary Dust y, para sorpresa de Sunny, las dos mujeres se echaron a reír.

Un camarero con una bandeja de tacitas cubiertas —*demitasses* con tapa, observó Sunny— apareció de repente preguntando a cuantos estaban en cubierta: *Bouillon*?

—¿Qué vendes, cariño mío? —inquirió Rosemary.

Té de ternera, le explicó Cas.

—¿…té de ternera? —Rosemary se sirvió una taza, miró el contenido y dijo—: Bueno, sé lo que es la *ternera* y lo que es el *té* y no hay excusa para juntarlos.

—*C'est très restorant* —le explicó el camarero.

Cariño, no estamos en un restaurante…

—Quiere decir que es reparador…, que le ayudará a pasar la mañana —fue la explicación que ofreció Sunny. (Sabidilla; sabidilla redomada.)

—Entonces ponme dos —dijo Rosemary. Y a continuación añadió—: Me están tomando el pelo, mierda, ¡pero si es caldo!

—¿Dónde está su marido? —le preguntó Cas.

—¿Frank? Frank no es mi marido; solo me ha traído para que lo acompañe en las partidas de póquer. Sigue ahí jugando —dijo señalando en dirección a la sala—, vendiéndoles mierdas a los alemanes.

Por lo general, Cas era inflexible respecto al lenguaje, limitaba sus declaraciones subidas de tono a los «caray» que fuesen necesarios o a «maldita sea», según se terciara, y Rosemary, como tipo de persona —aunque Sunny jamás había visto ninguna de su tipo—, habría sido normalmente de esas a las que Cas habría mirado con desprecio o repudiado, pero le preguntó:

—¿Por qué abofeteó anoche a ese hombre? Fue muy atrevido por su parte.

—¿A ese? Estuvo toda la tarde sacándome de quicio soltando calumnias contra mí y, de paso, por alusiones, contra Frank, así que cuando empezó a meterse con esta monada de aquí, me harté… Bueno, y además llevaba encima unos cuantos litros de eso que llaman «shan pan»…

—¿Juega usted al tenis, señorita Dust? —Sunny se sorprendió al oír a Cas preguntar aquello.

—Cariño, jugaré a cualquier juego que requiera movimiento y… pelotas.

—Sunny tiene clase a las once y media. Debería acompañarla.

—¿Qué hora es? —quiso saber tras mirar alrededor.

—Las ocho y media.

—Supongo que podré seguir despierta hasta entonces —reflexionó.

—Nos reuniremos aquí.

—¿Y dónde es aquí? —inquirió tras mirar otra vez alrededor.

Sunny le dibujó un mapa, y mientras duró la clase de francés (con la enjuta y horrible *mademoiselle* Pinot, que tenía cara de escualo) se distrajo con la certeza casi indiscutible de que Rosemary no se presentaría nunca, pero se presentó, y puntualmente, con el blanco pelo alisado hacia atrás, ataviada con un vestido de tenis igual de blanco que acababa de comprar en la tienda de deporte del barco porque todavía llevaba las etiquetas con el precio.

A Rosemary le iba el juego, era una tahúra profesional que, en palabras de Cas, servía de mujer de «confianza» (Sunny interpretó que quería decir que Rosemary, como mujer, estaba llena de CONFIANZA). Se había convertido en la tercera pata de aquella travesía del Atlántico —la que cojeaba, según la describió Cas—; la cuarta y la más fina era Henri, *monsieur* Brouillard, el primer oficial, que al segundo día se había presentado en la puerta de su camarote con una copia hurtada del MANIFIESTO DE SUMINISTRO DE ALIMENTOS del *Normandie*, un

«libro» más revelador, más apasionante que cualquiera de los que Sunny había leído (ochocientos bogavantes, doscientos setenta kilos de gambas, dos mil ostras…). Tras el *affaire* de la primera noche en el comedor, Cas le pidió al sobrecargo que les garantizara una mesa propia —una mesa para cuatro— y, las noches en que no estaba de servicio, Henri cenaba con Sunny, Cas y Rosemary, por lo que se hicieron amigos inseparables; a lo largo de la semana Sunny abrigó la esperanza de descubrir alguna chispa de un romance entre el marino y la tahúra que, ¡ay! nunca saltó, porque el marino tenía en casa una cocinera con la que estaba felizmente casado y Rosemary no tenía ningún interés, cero, en un hombre que se conformase con un sueldo fijo, por más apuesto que fuese.

Después, al repasar las libretas que escribió en París, Sunny comprobó que se leían como listas de alimentos. En ellas faltaba gente. Una mención aquí y allá al *concierge* del hotel Lutetia, a un personaje pintoresco pero sin nombre del mercado que pregonaba quesos o *fraises de bois*, pero nadie parecido a Declan o a Rosemary o a *monsieur* Bouillard. Por cada lista de los pescados que había degustado, de los pescados que había comido, de los pescados que había visto en los mercados, había otra lista igual de larga de los platos cada vez más extraños y elaborados que Cas había pedido en su campaña para tentar a Sunny a que probase (o al menos saborease) otra cosa que no fueran los malditos *poissons* mientras estuviesen en la capital culinaria del mundo: Cas había tomado la costumbre de pedir los platos principales más elaborados para atraer a Sunny y conseguir que comiera un pequeño bocado, «*Potée aux queues et oreilles de cochon…*, tiene buena pinta» (no, no la tenía), resultó ser lo que prometía, colas y orejas de cerdo cocidas, acompañadas de un bote de mostaza extra *fort* y una salsa de sal gorda y un tarro de pepinillos encurtidos con ajos a la brasa con los que untar pan rústico tostado.

Épigramme d'agneau («¿Qué crees que será eso, botoncito?»).

Théâtre du canard.

Si vivo en Lone Pine para siempre, sostenía Sunny, esta podría ser mi única gran oportunidad de probar estos pescados, por eso lo hago.

—No vas a vivir en Lone Pine para siempre.

—Eso no lo sabes.

—Tú tampoco. Nadie sabe adónde irá a parar.

Se hospedaban en la Rive Gauche —Cas fue inflexible a la hora de elegir hotel en ese lado del río— y una mañana, al principio de su estancia, cuando se disponían a visitar las islitas del Sena, Sunny tuvo una sensación de *déjà-vu* y le preguntó, ¿Crees que *maman* estuvo alguna vez en París?

—Me consta que sí, se licenció en la Sorbona.

—¿Crees que…, crees que alguna vez pasó por esta calle?

—¿Por esta misma? No puedo dar fe de ello pero te puedo llevar a una calle por la que debió de pasar…

Caminaron hasta la École des Médecins y se sentaron en el café *en face*, donde Sunny dejó que su imaginación transformara a las muchachas que iban a clase en visiones de su madre.

—Pero ella no era de aquí —le aclaró Cas—. Recuerdo que me contó que, al principio, los *parisiennes* la intimidaban.

—¿De dónde era entonces?

—No me pongas a prueba, botoncito…, de alguna aldea del este de Francia donde hacían quesos, *fromages*, sabría cuál es si la viera en un mapa. Hablaba de las cuevas donde *grand-mère* y ella guardaban los quesos para que se llenasen de moho y de que su fascinación por el poder curativo del moho la llevó a querer sanar a gente… También contaba que su padre había muerto en la Gran Guerra precisamente de *gangrene*…, el moho letal… Y su madre se quedó viuda en aquella aldea atrasada con sus cuevas húmedas y mohosas donde hacían quesos. En fin, que la

mère se recuperó y volvió a casarse, ya sabes que tu *maman* era hija única, y con ese matrimonio la *mère* emprendedora unió su *étoile* al vástago provinciano de una familia dueña de plantaciones, con inversiones en el café si no recuerdo mal, y se fue con él a *Indochine*…

—No sé dónde está eso.

—Claro que sí, botoncito, la has visto en el mapa, es ese lugar a la derecha de la India, justo debajo de China. En fin, Lou tendría probablemente tu edad o un poco más cuando la *mère* se escapa con el marido número *deux* a la colonia francesa del sudeste asiático, así que tu madre, entonces adolescente, dice *non, merci* y se queda en la aldea quesera con la *grand-mère*…, cómo diablos se llamaba la aldea, no era *Roquefort* sino otro queso *bleu*…, en resumidas cuentas, que viene a París a estudiar; ya entonces tenía la idea de que la *comida es una medicina*, y cuando arrancaba a hablar del tema de la comida como medicina (mira que nunca se lo quitaba de la cabeza) era como un motorcito que no paraba. Cuando se casó, en el banquete de bodas, recuerdo que habló de la transformación de la energía en materia, dijo que la comida está *viva* en nuestro cuerpo… Creo que empezó más como nutricionista que como médico y que se sacó el título de Medicina para legitimar sus filosofías. Estuvo medio año en Córcega estudiando las historias de las locas de allí, las *sage femmes*, las *obstétriques*, tomando nota de sus remedios a base de plantas, y me contó que se disponía a pasar un año en la Martinica (un *département* de Francia, botoncito, una isla en nuestro lado del mundo) cuando uno de sus *professeurs* le pidió que lo acompañase a Norteamérica a investigar los remedios curativos de los indios de las praderas. Estaba vinculado a la Universidad de Chicago y *c'était ça*… Ya lo tengo: ¡Gex, así se llamaba la aldea de tu madre! Gex, lo oyes una vez y no se te olvida. En la próxima quesería deberíamos

pedir un *bleu de Gex*…

—O podemos ir nosotras allí.

Cas nunca había considerado el champán una bebida para tomar a sorbos con la comida —«Es más bien como el agua»— y, por lo tanto, solía beberlo como refresco durante el día, y eso era lo que estaba haciendo cuando Sunny le hizo la propuesta imprevista de visitar la tierra natal de su madre; entonces dejó la copa y contestó:

—Por supuesto, debería haberlo pensado.

—No es que quiera ver si tengo allí primos o algo por el estilo.

—Nunca se sabe…, aunque sospecho que la *grand-mère* murió hace mucho tiempo.

—*Su grand-mère*.

—*Su grand-mère*.

—¿Qué le pasó a la mía?

—Tu *grand-mère* murió en Indochina.

—¿De polio?

—De malaria, una fiebre de la selva, botoncito, otra de esas enfermedades que tu madre estaba convencida que podía prevenir con plantas medicinales.

—¿Tops conoció a *maman* en una reserva india?

—La conoció en Chicago, la vio desde un tren. Ella estaba en el andén y él viajaba de California de vuelta a Nueva York (probablemente en el mismo tren en el que fuimos nosotras), regresaba al este porque acababa de morir Punch, nuestro padre, y, como ya sabes, el tren tiene parada en Chicago; entonces él se asomó a la ventanilla, vio a tu madre, se bajó del tren y cruzó corriendo las vías o por donde tuviera que pasar para alcanzarla (ya sabes lo gigante que es tu padre y tu madre medía apenas un metro cincuenta y cinco o poco más), y él va y se presenta desde su altura y ella le dice algo así como *fichez le camp*, deje de *impogtunagme*, y él insistió en explicarle que la había visto desde el tren y que sentía la necesidad de conocerla, a ella debió

de parecerle un auténtico loco, y entonces tu madre cerró la manita y con su puño diminuto lo golpeó, con fuerza, según me contó ella, justo ahí, en el esternón, en ese hueso. «¡Fíjese lo que ha hecho, me ha *goto* la muñeca!», exclamó ella o algo por el estilo, y tu padre le contestó: «No sea tan dramática, estoy seguro de que no se ha roto nada». «Soy *doctoga* —le dijo—, sé cuándo un hueso se *gompe*». Y se desmayó. Según la versión de tu padre, «Cayó en mis brazos», pero vete tú a saber; total, que la levanta, la saca de la estación y se sube a un taxi, «Llévenos al hospital más cercano», que al final no era el mismo donde trabajaba tu madre, pero cuando recupera el conocimiento, todavía en brazos de tu padre, se arma un lío tremendo por el cambio de ruta y ella le pide otra vez que se marche y él la sigue hasta el cirujano ortopédico para que le arregle el hueso de la muñeca y mientras la escayolan se queda a su lado sin dejar de contarle cosas de sí mismo, que es un buen muchacho, que es sincero, etcétera, etcétera y que le gustaría quedarse en Chicago para conocerla mejor pero que el deber lo llama pues debe ir al funeral de su padre en Nueva York (funeral que, por cierto, ya se había perdido), y que cuando hubiese enterrado a su padre tenía la intención de volver para invitarla a salir como era debido para que lo conociera mejor si ella se lo permitía. Todo un encanto. Y eso hace tu padre: vuelve. Antes había averiguado cómo se llamaba ella, claro, gracias a los registros hospitalarios, y tenía su dirección y se convierte en un maldito incordio, le envía flores desde Nueva York le envía telegramas cantados y yo qué sé qué más, un bufón absoluto, hasta que ella accede a almorzar con él. En la cantina. Donde ella trabaja. Rodeada de sus colegas con formación quirúrgica y métodos expeditivos. Tu padre le cuenta que ha descubierto un lugar llamado valle del Owens, donde piensa construir un rancho, y le enseña los planos que ha hecho de la casa de sus sueños y le dice que le construirá allí una clínica y que cerca de ahí hay tierras tribales de los

shoshones, le promete el cielo. Si se casa con él. Entonces ella le dice, «*Peutêtre*, sí, podría», pero que necesitaría una cocina, y ahí mismo le dicta un plano de planta con todo lujo de detalles. Rocky tardó dos años enteros en construirla, pero eso ya lo sabes. Le escribía a tu madre todos los días.

—Me gustaría leer esas cartas, las que le escribió ella, quiero decir.

—No hubo ninguna. Miento. Le escribió una sola vez. Bien entrado el segundo año.

—¿No le escribió?

—Una sola vez.

—¿En dos años?

—Le había dado su palabra, así lo explicaba ella. «Se lo había prometido: *ça suffit.*» Suficiente.

—¿Sabes de qué iba…, de qué trataba esa única carta?

—Tu madre le pedía un campanario como parte de la casa. Un campanario con una campana francesa.

—Siempre pensé que lo del campanario había sido idea de Tops…

—Pues no.

—¿Y para qué lo quería mi madre?

—Porque en la aldea donde se había criado, en Gex, cada iglesia tenía su campana, y cada campana contaba con un tañido distinto del de las demás, y le dijo que sabía que se había alejado demasiado de su casa cuando ya no oía la campana de su aldea…

Tengo que oír esa campana, había dicho Sunny.

En el siglo XVIII *(1700)*, había anotado en su libreta (sabelotodo de tres al cuarto), se introdujo el menú manuscrito *(carte)* para uso de los comensales. Anteriormente los franceses comían lo que les servían y se veían obligados a adivinar qué se llevaban a

la boca.

Como en la vida misma, recuerda ahora.

En el momento de apuntar aquel dato en su libreta llevaba coleccionadas más de cincuenta *cartes* (setenta y tres para ser *exacte)* de Nueva York a París —Bofinger, Drouant, Lapérouse, Prunier, el Ritz, Café de la Paix, Brasserie Lorraine—, así como las de época que había rescatado con ayuda de Cas en los *antiquailleurs* y en los puestos de libros de los *quais* del Sena. Stryker no le envió descripciones de comidas de Londres y se limitó a decir que ahí la gente tomaba tostadas con judías. De desayuno. Y que en la cena servían una verdura llamada «guarnición de guisantes». A los adultos. Tuvo la sensación, por lo que había escrito, de que a él (Stryker) no le entusiasmaba tanto como a ella encontrarse en el extranjero.

ESCOCIA PODRÍA SER UN SITIO BONITO QUE VISITAR
SI SE ENTENDIERA LO QUE DICEN (CARTA N.º 9)

Las largas (¡larguísimas!) cartas de Rocky a Cas —¡por Dios, botoncito, me llevará toda la mañana leerla, con la de cosas que tenemos que hacer!— ofrecían una vaga idea de la difícil empresa de viajar día y noche (en barco, cruzando el Atlántico) con un cañón cargado. Rocky había visitado Europa por primera vez con su madre y Cas cuando él tenía la edad de Stryker y había detestado la ostentación de las cenas de primera clase y tener que vestirse para tal o cual artificio/ocasión y había quemado su vestuario formal (el chaqué, los esmóquines y las fajas) en la chimenea de la Quinta Avenida la semana del funeral de Punch tras jurar que no volvería a ponerse esa porquería de prendas —jamás— en su vida (se casó con una chaqueta de gamuza), de modo que cuando, en el barco de Cunard Line, llegó el momento de la cena, optó por no asistir, y no invirtió en fantasías ni en ropa formal para él y Stryker, así que, para las diez noches que duró el viaje transatlántico, él (Rocky) tuvo que

buscar formas alternativas de entretenimiento vespertino para el inquieto de su hijo y, ante la escasez de recursos, no le quedó más remedio que decantarse por las cartas. «Esa noche nos instalamos en la biblioteca —le había escrito a Cas—, para dedicarnos a jugar al ajedrez, algo para lo que el chico no tiene ni pizca de paciencia, y ¿cómo iba yo a saber que era precisamente el lugar al que las malditas viudas de la nobleza acudían en bandada para entregarse al juego y a la ginebra? El chico se convirtió en su mascota, su amuleto de la suerte, y gracias a su astucia y su instinto innato no tenía duda alguna de que cuando atracáramos en Southampton se habría convertido en su banco y tendría en su poder hipotecas sustanciosas firmadas por todas ellas, como así fue.» Las mujeres más jóvenes del barco también habían acudido a él en bandada, contaba Rocky en su carta, se presentaban por la noche para pedirle que las acompañara a pasear por cubierta o a los bailes en el salón.

No sé qué pensar, había escrito:

GRAVITA EN TORNO A LAS MUJERES

Sunny notó una disminución de la frecuencia y los detalles en las cartas de su hermano:

NI SE TE OCURRA VENIR POR AQUÍ

le escribió (CARTA N.º 10).

HAY GENTE QUE COME ESTOFADO DE TRIPAS DE OVEJA
RELLENAS DE AVENA

LLUVIA LLUVIA LLUVIA LLUVIA LLUVIA LLUVIA LLUVIA LLUVIA
(CARTA N.º 11)

El agradable tiempo del verano parisino, en cambio, había sido tan delicioso que era como si no existiera; nunca debías preocuparte por las nubes premonitorias, las prendas extra ni el

frío, el tiempo era exquisito, hasta las noches frescas eran una gloria terrenal digna de experimentarse: ni demasiado calurosas ni demasiado frías: extensión del propio cuerpo: pura dicha.

El *concierge* del Lutetia, con el que Cas había intercambiado otro de sus apretones de manos retributivos, hizo gala de una indisimulada superioridad ante la perspectiva de organizarles el viaje en tren y el alojamiento en Gex: «…*mais, madame* (todos se dirigían a Cas como MADAME*), êtes-vous absolument certain*?». No se había mostrado muy contento, y de no haber sido por el apretón de manos (o tal vez a pesar de él) las habría rebajado en su aprecio a palurdas de provincias, porque Gex estaba en el Jura, un distrito que para la mayoría de los franceses, según supo Sunny después, era un lugar apartado de una región apartada, en las *montañas*, por el amor de Dios, y a apenas doce kilómetros de Ginebra, en el lado francés del lago, donde la cultura parisina tenía escasa o ninguna presencia y —lo peor de lo peor— estaba casi en Suiza, tierra anodina de relojes y cantos tiroleses. No obstante, les organizaron el viaje y Cas y Sunny, luciendo gabardinas y mochilas, un sábado por la mañana fueron a parar a la Gare de Lyon a tiempo para tomarse un café civilizado en el restaurante Le Train Bleu antes de subirse al vagón de primera con destino a Bellegarde y de allí a Gex. El sábado era día de mercado en Gex y el plan era llegar antes del cierre y comprar el famoso queso —almorzar allí y oír las campanas—, pasar la noche en un *château* cercano, escuchar otra vez las campanas el domingo por la mañana y regresar a París.

Todo salió según el plan las primeras cinco horas, hasta que se internaron en el corazón de Francia, por el este surgió el primer indicio del Mont Blanc, y comenzó a lloviznar, luego a caer chubascos con profusión de truenos y relámpagos para acabar diluviando. En Bellegarde la lluvia caía en auténticos planos verticales —cortinas— y tuvieron que correr para no perder el

tren de carbón de dos vagones (ahí todavía no habían electrificado las vías) mientras el agua bajaba enfurecida por las cunetas (no habían pensado en llevar paraguas, ni siquiera un impermeable), todas las superficies, estables e inestables, pesaban y chorreaban con la lluvia desbordada, que rebotaba en bolitas redondas como canicas, la lluvia barrida al bies por las rachas de viento, la lluvia que llegaba en tres dimensiones, y de pronto Sunny se alejó de Cas dando un salto, bajó del andén de la estación de Gex, donde su madre había nacido, y por primera —o segunda— vez en su vida corrió al encuentro de una naturaleza líquida, de un mundo líquido.

En Lone Pine nunca llovía, las garras de la sierra absorbían toda la humedad del cielo y de la evaporación del Pacífico para acapararla en la cumbre, y Sunny se había criado viendo solo promesas. Sobre el monte Whitney los crecientes y bonitos cúmulos formaban masas que parecían merengue pero acababan conteniéndose, y el agua bajaba solo por las laderas en forma de riachuelos. En cambio, la lluvia de Gex había caído sagrada del cielo, limpiando y transformándolo todo de un modo que Sunny jamás había sentido: lluvia por primera vez sobre su cuerpo *lluvia* tan milagrosa y tan llena de misterio como debe de parecerle el hielo a un colombiano de la selva amazónica *lluvia* el segundo de los tres elementos necesarios para la vida *lluvia* primera agua bautismal *lluvia* abrazo nutricio *lluvia* proveedora de alimento *lluvia* la madre.

Lo que no sabía porque no podía saberlo era que, cuando levantó la cara al cielo para beber, Cas, cobijada bajo el tejado de la estación provincial, se llevó un susto tremendo y visceral como un relámpago al darse cuenta de que Sunny, al actuar por una vez como Stryker actuaba siempre, se había expuesto a un riesgo mortal que te mata te hace arder el pelo te manda febril a la cama y después ante Dios. *George Washington*, decía siempre la niñera suiza de Cas cuando había tormenta en Newport o en

Nueva York, George Washington había muerto tras resfriarse mientras montaba a caballo bajo la lluvia cogerás una pulmonía si no te quedas en casa morirás… Y una ola de pánico la inmovilizó, una ola de comprensión, de auténtica comprensión, sobre cómo debía de sentirse su hermano cada vez que su hijo corría o brincaba o tomaba impulso y saltaba o metía la mano en la boca del león o encendía una cerilla o empuñaba un cuchillo o se internaba solo en la oscuridad a contemplar las estrellas…, y ahí estaba Sunny, su querida y dulce niña, dócil, nunca una queja, formal, amable, resiliente —una chica buena, una chica muy muy buena—, actuando como una loca, y Cas se acordó de una mujer de las Indias Orientales que había conocido en alguna parte que le explicó cómo era un monzón, la época de los monzones en Bombay, y que cuando eres mayor empiezas todos los años pensando que intentarás cruzar la calle manteniéndote muy muy seca pero en el instante mismo en que cambia el tiempo acabas saliendo y parando el tráfico quedándote inmóvil, rendida, ante esa insistente fuerza limpiadora y dominante. Cas dejó las mochilas a buen recaudo, se quitó el sombrero, los zapatos y la gabardina, salió al encuentro de Sunny, la sujetó de los brazos y la hizo dar vueltas en el aire tan deprisa como pudo. Lo que los franceses pensaron seguramente no fue muy diferente de lo que el norteamericano medio había sacado en limpio —las reacciones son humanas, no nacionales—, se oyeron algunos bravos pero en general se quedaron mudos, perplejos, sobre todo cuando Cas se dio cuenta de que pronto serían las dos y pidió a los asombrados observadores indicaciones sobre cómo llegar al campanario más cercano *(s'il vous plaît, mes copains, où est le BEFFROI le plus prochain?)*.

Las calles estaban vacías —los postigos de las ventanas, cerrados por la tormenta; el mercado, un solar yermo—, fuera solo estaban Cas y Sunny, que se habían plantado delante del ayuntamiento bajo la lluvia torrencial y, tras seguir las

indicaciones, levantaron la vista al campanario, en lo alto de un edificio de ladrillo rojo de extraño aspecto tirolés, esperando quedarse impresionadas o (para ser más exactos) sentirse emocionalmente transportadas por su profundo y resonante «talán» gótico eclesiástico por el que habían recorrido tantos kilómetros y se habían mojado mucho mucho mucho. Y exactamente a las 13.59.59 horas con sus segundos, un hombrecito de hierro forjado emergió de la esfera del reloj y, tras dar una vueltecita, levantó su diminuta hacha de leñador y con precisión suiza golpeó una campanita *tin, tin* y se metió de nuevo dentro del reloj, donde Sunny imaginó que sin duda sobrevivía a base de pedacitos de chocolate y *fondue*. ¿*Tin, tin*? Miró a Cas y las dos se echaron a reír y una hora después, gracias a Cas, las dos llevaban ropa seca y viajaban bajo la incesante lluvia en un *camion* alquilado que apestaba a queso, de vuelta a Bellegarde, donde se agenció un *wagon-lit* en el tren de esa noche que cubría el trayecto de Ginebra a París.

Todo aquello, el desenfreno de la situación y el aguacero — el aroma de los adoquines de granito mojados, de los plátanos mojados, de la gabardina mojada—, Sunny lo redujo a una sola anotación en su libreta:

Hemos ido a Gex. Llovía.

como si tomar su primer bogavante o su primera ostra hubiesen sido hitos mucho más emocionantes en su vida y más dignos de un signo de exclamación.

Las libretas de París, como llamaría Sunny al conjunto de los diarios de viaje, residían en la cocina, en el extremo más alejado del estante inferior de encima de la tabla de amasar, donde estaban amontonados los libros de cocina, los menús que había coleccionado y las fichas con las recetas de su madre. Tras su regreso a Lone Pine rara vez les echaba un vistazo, porque

cuando lo hacía se ponía triste. No triste en el sentido de echar de menos a alguien o algo lejano o un lugar que no se puede recrear, sino triste a causa de todas las lagunas, a causa del escaso testimonio que contenían sobre su vida emocional. Triste como la hacían sentir las fichas con notas de su madre: no por lo que había escrito en ellas, sino por lo que se había omitido.

Una ficha decía:

SOBRE LAS VIRTUDES DE LA SOPA CALIENTE

y nada más.

Otra:

LAS PROPIEDADES DE LA SED

Sunny equiparaba la lectura de las fichas de su madre a la lectura de una antología de silencios, la historia perdida de un alma…, y las pocas veces en que había buscado su propio yo más joven en aquellas libretas de París se encontró con tan escasa corroboración de la personalidad como la hallada en las recetas de Lou. Ninguna de las dos era diarista. Las dos solían apuntar en código pensamientos dejados a medias. Donde Lou cobraba más vida era en los signos de exclamación marginales, en los exuberantes *exacte*! —anotados en su característica tinta violeta— que Sunny aún seguía descubriendo en las páginas manchadas y desteñidas de la biblioteca culinaria de Lou.

ah c'est le sel ici qu'ouvrit le goût
LA SAL ES AQUÍ LA QUE LIBERA EL SABOR

¿Quién era yo en aquel entonces?, Sunny se veía obligada a preguntarse cada vez que intentaba construir un relato de sus propias libretas. ¿Qué sentía? ¿Qué pensaba del mundo?

Por ejemplo, en las libretas de París no se mencionaba —lo había buscado— lo que había sido para Sunny la cosa más importante que le había pasado en aquellas semanas: estaba segura de que había ocurrido después de Gex, pero cuando intentaba enterarse del día, del lugar, no los encontraba en ninguna de aquellas páginas. Ni siquiera una alusión a un acontecimiento importante y único surgida de nada especial, una tarde de refulgente luz caliza y fluvial, cuando Sunny y Cas se habían parado en un bordillo a esperar para poder cruzar y Cas había inspirado hondo, anunciando de pasada «Aquí podría haber sido muy feliz…, *podría haber tenido una vida plena*», y luego, al guiar a su sobrina por la intersección hasta donde se dirigían, no había notado las lágrimas en los ojos de la niña. Sunny nunca había pensado —nunca había pensado realmente— en una vida alternativa para su tía Cas —ningún niño piensa así —, pero el resto de aquel día y hasta bien entrada la noche había pensado en quién podría haber sido Cas, en la vida que podría haber vivido de no haber tomado la decisión de ayudar a su hermano a criar a sus hijos. Sunny había interpretado las palabras de Cas como una prueba no de que fuera infeliz —imposible pensar eso de Cas— sino de que tal vez existieran muchas felicidades en una sola vida, muchas posibilidades, algunas exploradas y otras no, y que la vida que se elegía vivir, si se tenía la suerte de poder elegir, solo era una entre muchas. No es que Sunny hubiese comprendido todo eso a los trece años sino que sus instintos ocultos, los de adolescente, habían intuido al menos las preguntas existenciales, aunque no sus respuestas, y aquella noche, antes de meterse en la cama y apagar la luz de la habitación del Lutetia, había ido al salón descalza y con el camisón gazmoño que Cas había elegido para ella en los grandes almacenes Bergdorf Goodman…, había ido al salón donde Cas escribía cartas ataviada con su propio camisón gazmoño, sentada ante su *écritoire* estilo Luis XIV y entonces Cas había levantado

la vista para preguntarle «¿Te retiras ya, botoncito?», y Sunny le había contestado que sí con la cabeza y se le había acercado para darle las buenas noches y un beso en la mejilla.

En su familia nunca abundaron los besos —la muerte fue el obstáculo que habían tenido que superar—, más bien se daban palmadas en el hombro como un modo incondicional de demostrar alegría y soltaban frases para elogiar el trabajo bien hecho pero nunca utilizaban un vocabulario expresivo y espontáneo cargado de afecto físico y nunca se besaban. Jamás. Tampoco se abrazaban. Ni se quejaban ni lloraban, sencillamente seguían adelante bajo la tutela de Cas y Rocky y con su ejemplo firme e intachable.

La noche siguiente: lo mismo.

Sunny había encontrado a Cas abrigada y leyendo en la cama, con la vela escandinava del bosque encendida, la ginebra a mano, y había entrado y le había dado un beso de buenas noches y ese fue su ritual hasta que, al final, Cas impartió su propia bendición en la frente de Sunny sin decir una sola palabra, pero Sunny no logró encontrar en las libretas qué día ocurrió, en qué noche aquello tuvo lugar. Sin duda, no cambiaba el hecho de que había ocurrido pero ahora, cada día que pasaba sin noticias de Pearl Harbor parecía un indicio más de que había que atesorar hasta la última prueba de la propia historia, había que empolvarla para encontrar huellas, reabrir el caso para mantener la propia inocencia ante el abrumador testimonio de que cuanto amamos y cuanto hemos sido está condenado a desaparecer sin dejar rastro. ¿Qué importaba ahora que el 6 de junio de 1933 hubiese sido la primera de las muchas veces en que había comido un *sole à la meunière* y *moules-frites* («¡Mi plato preferido!») cuando en Estados Unidos la Depresión estaba en su apogeo y en Alemania Adolf Hitler había arrancado a la multitud el título de canciller? Había comido dorada, lenguado arenero, merluza, mielga y pez de San Pedro. Rape, caballa, *langoustes*,

bígaros, bacalao. Pero no había dedicado una entrada a Declan o a Rosemary Dust o a *monsieur* Brouillard o a los tres chicos raros que había conocido en la travesía transatlántica de vuelta en el *France* y que vestían como ancianos con levita negra y sombreros negros de ala ancha por los que asomaban unos largos tirabuzones negros que les colgaban delante de las orejas y que no le dirigían la palabra directamente porque era una chica. En el viaje de ida a Francia, en el *Normandie*, iban como mucho una decena de niños sin contar los bebés, pero a la vuelta eran más de cien, suficientes para justificar que se organizaran formas de entretenerles y enseñarles, y Cas la había inscrito en una clase nocturna de astronavegación que se daba al aire libre, en el puente, y a la que habían asistido ella, la única chica, otros dos chicos, los dos austríacos, más los tres raros de la levita negra. Cuando supieron que era norteamericana, el más alto de los tres de levita negra le pidió a uno de los austríacos que le preguntase de qué *Statt. De California*, había contestado Sunny. Debo preguntarte ¿hay oro en todas partes en *der* suelo?

Sí.

¿Y hay que picar suelo para recogerlo?

Sí, claro, con pico y pala. Pero ya lo han picado todo y casi no queda.

¿Y hay indios?

Ya lo creo.

¿Y van desnudos?

Ah, son judíos, *querida*, le había explicado Cas, no los consideres raros, simplemente son distintos por su forma de percibir el universo.

No había ni una sola anotación sobre la gente que viajaba en el tren de Nueva York a California, sobre las fogatas que ardían en los campos a lo largo de las vías, las tiendas provisionales, los hombres con hatillos que desde los cruces miraban con ojos muy abiertos, ojos hambrientos. Si en el viaje al este habían estado

ahí, ella no se había dado cuenta, pero aunque los vio por todas partes a lo largo de las vías en el viaje de vuelta a casa no escribió sobre su existencia. *¡He comido cangrejos hembra con caparazón y todo! ¡Bagre!* Cocochas de salmón. ¡He comido un rollito de bogavante! ¡He comido *«Novy»! ¡Escabeche!** Bogavante termidor (¿Por qué?). ¡Bogavante en salsa Newburg! TORTILLA HANGTOWN. Picoteé un trozo de carne de cangrejo con los dedos. He comido un bocadillo *po'boy*. Algo llamado «*lutefisk*» (no es realmente pescado). *Cangrejos de río* (ídem).

Ahí terminaban las anotaciones de las libretas —en *cangrejos de río*, ídem—, «ídem» era la última palabra, no mencionaba nada de su llegada a Truckee ni de que al bajar de un salto del tren se encontró con Rocky —ni señal de Stryker— ni de que estaba muy contenta de estar en casa ni de que creyó que Stryker estaría jugando al escondite con ella y entonces fue cuando Rocky le dijo: Está en cuarentena. Con varicela.

cuarentena, mala palabra en cualquier idioma, remitía a peste, palabra que Cas usaba para maldecir: ¿Se va a morir?, había preguntado.

Nada de besos, seguían igual.

Se pondrá bien, le había contestado Rocky.

Pero nada indicaba que su hermano fuera a ponerse bien cuando lo vio a través de la ventana de su dormitorio, subido a una silla para poder asomarse y verla a ella y a Jeis, también encaramados a una silla para poder hablar a través del cristal: lo habían pintado de los pies a la cabeza con un líquido rosa, tenía los ojos enrojecidos y las manos envueltas y acolchadas como cojines decorativos para impedir que se rascase y los labios hinchados. Debajo de la pintura rosa estaban las ampollas. Cientos de ellas.

En el trayecto desde Truckee en el coche Cas se había sentado delante con Rocky y cotorrearon sin parar mientras Sunny iba pegada al asiento delantero, abrazada al cuello de su padre, cosa

que, por primera vez, pareció no molestarle. Rocky había conocido a ALBERT EINSTEIN (Sunny no sabía quién era Albert Einstein) en el viaje de vuelta en el *Southampton* de Cunard Line, sus camarotes compartían un balcón privado, y su padre estaba muy entusiasmado, y luego él y Cas se habían puesto a hablar de política y de los motivos por los que muchos judíos y austríacos se alejaban de Alemania y de montones de cosas más que Sunny no necesitaba entender porque era enorme su alegría por haber vuelto a lo familiar donde al fin podía descansar la vista; en Francia y en Nueva York siempre estás mirando porque no sabes lo que vendrá después, según había tratado de explicarle a Jeis, quien, al oír que llegaba el coche, había salido a la carrera por la puerta principal con dos ramos de flores, uno para cada una. Cas y Rocky podían entrar en el dormitorio de Stryker porque ya habían pasado la varicela, pero Jeis y Sunny tuvieron que esperar delante de la puerta cerrada, sentados en el frío suelo de piedra de los portales, y hablar con el Confinado a través de la puerta de roble, cuyas rendijas habían tapado con mantas para que no se escapara la varicela de Stryker. De haber sido una auténtica diarista, habría dejado constancia de aquellos días con unos pasajes elaborados y emotivos. También habría dejado escrito años antes, en el momento de los hechos, cómo Stryker y ella habían conocido a Jeis cuando Rocky los había llevado a Manzanar a comprarle manzanas al señor Mendoza y allí se encontraron con un chico de su misma edad, el nieto del viejo Mendoza, y Stryker le dijo que, para ser mexicano, hablaba bastante bien *inglés*,* y Jesús le dio un puñetazo, no sería el último, aunque Stryker —siempre, siempre— se lo devolvía y siempre ganaba. Los padres de Jesús lo habían dejado con el viejo Mendoza para que pudiera ir a la escuela mientras ellos trabajaban de recolectores en los campos del Valle Central, y desde el día en que se conocieron —quitando el viaje a Europa y hasta el Incidente— los tres habían sido uña y carne, los Tres

Mosqueteros de Las Tres Sillas, alborotando y metiéndose en líos. Sunny siempre fue la tercera pata de un dúo por lo demás dinámico —la chica— y era capaz de seguirlos a caballo y a pie y corriendo y saltando y trepando pero no de luchar ni de seguir el ritmo —le resultaba imposible— de la devoción que Jesús le tuvo siempre a Stryker, aquella devoción por su hermano, más que por ella. Además, Sunny pasaba mucho tiempo en la cocina, tratando de traducir del francés todos aquellos malditos libros de cocina. Cuando se marcharon a Europa, el par principal de aquella tríada lo formaban Jesús y Stryker, pero cuando Stryker salió de la cuarentena, gracias a la varicela había pasado a ser Jesús y Sunny. De haber sido una auténtica diarista, habría llenado páginas y más páginas, páginas sobre cómo ella y Jeis habían encontrado nuevos puntos en común y empezado a apreciarse más y a gustarse más y a tener tanta afinidad que hasta Stryker, cuando lo dejaron salir, comentó que los dos deberían casarse y montó un simulacro de ceremonia con alianzas y todo, cortesía de un par de cajas de palomitas Cracker Jack que había birlado en la tienda IGA de Lone Pine.

Aparentemente a Stryker le había parecido bien la nueva dinámica entre los tres, pero no tardó en abandonar la casa principal para irse a vivir solo a la *casita.*[*] A pesar de su retirada quedaron vestigios de su hermandad con Jeis, el vínculo masculino original al que Jeis respondería siempre —Sunny lo sabía— si se veía obligado a elegir entre ella y su hermano Stryker, si alguna vez la cosa llegase a ser cuestión de vida o muerte. Todos elegían a Stryker en vez de a ella, a todos les gustaba más Stryker porque era el gemelo con quien la gente se encariñaba y el más atractivo el más sociable el más extrovertido y extravagante. El gemelo que sabía exactamente qué decir o hacer para cautivar, el que en la conversación soltaba comentarios con el tono gracioso perfecto y el que tenía siempre a mano el don perfecto de la agudeza… Sunny le había traído una navaja francesa de la tienda E. Dehillerin de París que venía

con todo tipo de chismes —destornillador, llave Allen, punzón, tijera, sacacorchos— y a su hermano le había encantado y había sido una elección meditada, pero lo que él le había comprado en una papelería de Edimburgo tenía *alma*: una pluma estilográfica y seis frascos de tinta del mismo tono magenta, *violeta*, que usaba su madre.

El regalo había tenido una intención propicia, Sunny lo sabía —Stryker podía tomarle el pelo y provocarla, pero nunca era cruel—, y aunque la consideración de su hermano la había conmovido mucho, el regalo le había parecido demasiado cargado de significado, el acto de escribir con el color de su madre, demasiado abrumador, un paso demasiado audaz, y pese a que había llenado la estilográfica y tratado de ablandar el plumín practicando su firma, nunca llegó a pasar de ahí y guardó la pluma y los frascos de tinta en el cajón de su escritorio para echarles un vistazo y tocarlos de vez en cuando.

Hasta que él le escribió cuando se alistó en la Marina.

había empuñado la estilográfica para escribirle y se dijo *Esto es mío:* puedo tenerlo.

Cuando Stryker embarcó rumbo a Honolulu, ella sabía que su hermano vería esa tinta —la tinta de su madre— en los sobres azules de correo aéreo antes de abrirlos y quiso que la vista de aquella tinta expresiva telegrafiara los recuerdos de ambos y le hablara de su casa.

Conservaba las cartas de aquella época, las que él le había escrito tras el Incidente, primero desde San Diego y después desde Pearl Harbor…, pero una noche, hacía ya un mes, le había entrado el pánico cuando buscó en su habitación las cartas/postales que Stryker le había remitido durante su viaje a Europa; estaba segura de haberlas guardado pero no las encontró en los lugares habituales, puso su cuarto patas arriba y asustó a Cas que, al final, le aconsejó *Calme, du calme, chérie*: ¿Has buscado en tus libretas? Y ahí estaban. Dentro de las pertinentes solapas

destinadas para guardar papeles sueltos que había en el interior de cada una de las libretas de París de tapa dura…

Hablando de caerse por tu madriguera de conejo:

pescados y pescados y más pescados; pescado pescado pescado.

Había trasladado sus libretas de la cocina al dormitorio, las había puesto en su mesita de noche para leerlas antes de dormirse pero en ellas solo vio tal profusión de ¡He comido [INDÍQUESE EL NOMBRE DE UN PESCADO / BIVALVO / MOLUSCO / HUEVA DE PESCADO / CRUSTÁCEO]! que resultaba una pesadez incluso si una era la exagerada autora del cuento del pescado en cuestión. Cas le había regalado la suscripción a una nueva revista llamada *Gourmet* y las tenía para leer en la cama, además de las nuevas novelas que Tops le había pasado (James M. Cain y Pearl S. Buck y Virginia Woolf, sin inicial intermedia) y el libro de cocina que Schiff le dejó cuando fue a cenar —*Técnicas básicas de la cocina clásica japonesa*—, como si alguien tan empapada de la *cuisine* francesa como ella pudiese tener algún interés en cómo cocinaban sus alimentos los japoneses. Salvo que estaban en guerra con ellos y habían matado a su hermano y había diez mil japoneses viviendo a menos de un kilómetro cruzando la carretera y ese mismo hermano se había casado con una de ellos y tenido dos hijos medio japoneses. De modo que sus sentimientos acerca de los japoneses en general eran bastante complicados, y sus sentimientos acerca de la cocina «clásica» japonesa, nulos. El libro de Schiff estuvo sin abrir junto a su cama, debajo de las libretas de París, más o menos una semana.

Si tuviese que empezar un diario hoy —y, teniendo en cuenta los tiempos que corrían, consideraba que debería hacerlo… (todavía conservaba cuatro prístinas libretas Sennelier que le habían sobrado de París, envueltas en su papel de seda, y muchísima tinta)—, su primera oración probablemente sería «Leo libros de cocina en la cama». Por la noche. Para dormirme.

Para ayudarme a soñar.

no todas las noches. No se dormía leyendo libros de cocina todas las noches; algunas noches, las noches en que trabajaba, a duras penas conseguía subir la escalera trasera que llevaba al cuarto estilo pensión que tenía encima del Lou's con vistas a la calle Principal de Lone Pine, demasiado exhausta para apartar el cubrecama; a veces, las noches en que el restaurante estaba cerrado, se quedaba en la cocina de Las Tres Sillas preparando *fonds* mientras Cas y Rocky se aniquilaban en sucesivas y brutales partidas de cartas sentados a la mesa larga, envueltos en los aromas que desprendían sus caldos haciéndose a fuego lento, picaba y cortaba los ingredientes en dados y purificaba con clara de huevo, y hacia la medianoche, pasaba por el *chinoise* los sagrados líquidos de sus preciados calderos de cuarenta litros y los vertía en tarros de tres litros… Algunas noches esperaba delante de un fogón algunas noches se quedaba de pie algunas noches estaba de rodillas en el huerto a la luz de la linterna: otras noches leía, releía libros de cocina. Y buscaba las notas todavía no descubiertas dejadas por su madre en su vibrante letra, que aún parecía tener vida y tanta expresividad con aquella histórica tinta violeta.

REBAJAR con caldo.
ELEVAR con mantequilla fundida.
REALZAR con sal.

Una semana antes del Incidente había estado leyendo hasta muy tarde uno de esos libros cuando oyó pasos en los portales y la terrier (Hester Prynne) que descansaba a los pies de su cama se había levantado y había gruñido y después había meneado la cola al ver a Stryker en la puerta.

Hola, la saludó.

Hola, le contestó ella.

He visto que tenías la luz encendida, dijo él.

Las puertas que daban a los portales estaban siempre abiertas (salvo la de Cas) para que los perros pudieran deambular a sus anchas, y de no haber sido por esos mismos perros todos los Rhodes (salvo Cas) ya podrían haber sido asesinados en la cama o víctimas de un asalto o, Dios sabe, estudiados por extraterrestres mientras dormían.

> Cuando entres en una cocina,
> pon a hervir agua.
> Para algo la utilizarás.

Te he dejado algo de cena en la mesa, le dijo ella.

Cuando cocinaba no se podía confiar en él, freía el beicon con mantequilla. Glaseaba las carnes con zarzaparrilla. Mataba los sabores con chiles.

Ya lo he visto, gracias, dijo.

No la había probado siquiera, ella lo había adivinado mientras lo examinaba en busca de indicios de sobriedad.

Stryker entró.

Se acostó boca arriba al pie de la cama de su hermana, cerca de Hester Prynne.

Olía a tabaco, como de costumbre. Y a algo más.

¿Te puedo preguntar una cosa?, le dijo.

dispara, le contestó ella.

En vez de eso, se puso a jugar con la perra, metiendo la mano debajo de la manta de Sunny como un topo o como algo que se arrastra bajo tierra, para enloquecer a Hester Prynne.

—¿Cómo sabes… —empezó a decir—, cuando estás preparando algo, ¿cómo sabes cuándo está hecho?

¿cuándo está hecho?

Stryker se dio la vuelta, levantó la cabeza y la miró:

Cuando estás cocinando algo. ¿Cómo sabes que está terminado?

Depende de lo que sea.

¿Adónde quieres ir a parar, Stryker?, pensó Sunny: ¿Para qué has venido a mi cuarto?

Casi nunca entraban en el cuarto del otro.

Digamos que una comida.

¿una comida completa?

Me da igual. Si no es una comida, digamos un pastel… Necesito consejo, oye…

¿Para hornear un pastel?, recuerda haber pensado. De acuerdo, vaquero:

—En el caso de un pastel…, o un bizcocho…, o cualquier tipo de torta, hundes la punta de un cuchillo afilado más o menos un par de centímetros en el centro. Si sale cubierta de masa, precisa más cocción. Si sale limpia, está hecho.

un *cuchillo*…

No era la respuesta que él esperaba:

—Entonces digamos que se trata de un filete.

Stryker había preparado filetes cientos de veces cuando iban de acampada, pero Sunny le siguió la corriente, no sabía bien por qué diablos, y le dijo: Cierra el puño.

Él lo cerró.

—Esta —le dijo pinchando con el dedo la parte de arriba de su mano— es la consistencia de un filete *bien cuit*, bien hecho, cuando lo pinchas. Esta —pellizcó la carne alrededor del pulgar de la mano cerrada— es la consistencia cuando está a punto, *à point*, y estas —pellizcó la carne tierna debajo del meñique en dos sitios— son las consistencias cuando está *saignant* y *au bleu*, poco hecho y muy poco hecho.

Stryker la observó como si quisiera que añadiera algo o como si quisiera añadir algo.

—Muy bien, maravilloso, hermana… Un millón de gracias.

Se levantó.

—Cuchillo afilado y puño apretado. Muy buen consejo. Lo recordaré.

Y se fue sin dar las buenas noches.

Dios mío: *Le estaba diciendo que se marchaba*, ahora caía en la cuenta. Demasiado tarde: Intentaba explicarme que, como la carne, él también ya estaba hecho… Que había terminado con todo aquello, con aquella forma de vida, con su vida en el valle del Owens, había terminado con la sierra y la calle Principal de Lone Pine, había terminado con Las Tres Sillas…, con todos nosotros.

SABES QUE ESTÁ HECHO cuando se ha reducido a la mitad
cuando se pone bien rojo
cuando la superficie tiembla
cuando al darle la vuelta al bol no se cae
cuando al golpearlo suena hueco
cuando se pone marrón
cuando hundes la cuchara y se queda clavada
cuando alcanza la temperatura corporal
cuando al pinchar el muslo el líquido sale dorado
cuando al pinchar el muslo el líquido ya no es rosado
cuando recupera la forma después de tocarlo
cuando se abren las valvas
cuando clavas un cuchillo en el centro y se nota blando
cuando las valvas «bostezan»
cuando recubre la cuchara
cuando espesa
cuando el aceite de la superficie forma una capa reflectante
cuando te ves reflejado

CUANDO FLOTA.

«*Japón es un país insular* —se descubrió leyendo—, su territorio está rodeado de corrientes. El mar ha alimentado siempre a sus habitantes. No hay punto de su territorio que se encuentre a más de ciento treinta kilómetros de un océano, un lago o un mar. Las referencias al agua inundan su idioma…»

Sunny pasó la página.

NO HAY QUE DESPERDICIAR UN SOLO GRANO DE ARROZ, leyó.

LOS ÚNICOS EFECTOS SECUNDARIOS DE LA ALIMENTACIÓN DEBERÍAN SER LA SALUD Y UNA VIDA MÁS LARGA.

«Los japoneses son *educados* con la comida —siguió leyendo—. La cocina japonesa consta de CINCO MÉTODOS de preparación de los alimentos:

Hervir
Asar
Cocer al vapor
Freír
EN CRUDO.»

Junto a esta afirmación, en el margen izquierdo de la página de la izquierda, alguien había anotado la pregunta *¿No hornean*? Y apuntado ¡AL PARECER NO TIENEN HORNOS! en tinta violeta.

En lo alto de la página de la derecha esa misma persona, con esa misma tinta, había garabateado:

Parece ser una cultura sin pan
¡*Cultura culinaria basada en el* PESCADO!

¿qué demonios?

Volvió las páginas hasta el frontispicio, que había pasado por alto al coger el libro de la mesita de noche.

Había allí una dedicatoria. Rezaba así:

«Marzo de 1942.»

Para Sunny,
con gratitud.
Un libro usado
para que le des un mejor uso.
Schiff

En tinta violeta.

Se levantó de la cama, fue a su escritorio, sacó la estilográfica, la agitó, lamió la punta del plumín para humedecerlo y llenó el depósito con la tinta violeta que Stryker le había comprado, volvió a la cama y trazó una línea recta debajo del nombre de Schiff, donde la vio flotar unos segundos sobre la superficie del papel hasta quedar grabada en esa propiedad de la sed, luego se hundió y finalmente se endureció y se secó hasta fijarse con su verdadero color.

Para caerme de espaldas, como diría Cas:

Clávale un cuchillo a esto:

Está hecho:

Las tres tintas, la de su madre, la de Schiff, la suya, parecían haber salido de la misma fuente, del mismo pozo: *idénticas*.

Exacte!

ROMERO EN POLVO

Es tedioso limpiar las hojas de romero de los tallos verdes
porque las hojas aceitosas no ceden a la presión
del pulgar. Si puedes, cuelga
boca abajo los tallos hasta que las hojas se hayan secado.
Todo radica en conseguir 1 taza de hojas de las que la humedad
(agua, aceite) se ha evaporado, pero
sin que queden marrones.

Pon las hojas secas pero aún verdes en un *molcajete**
y muélelas hasta obtener un polvo fino.

El romero fresco puede ser muy fuerte, espolvoreado así es una
alternativa sutil.

Úsalo con cordero o cerdo. O mézclalo con sal, aceite y limón
para marinar pescado.

Una pizca en el caldo da sabor a madera.

Mezclado con sebo natural a partes iguales,
se obtiene una pasta para cauterizar heridas temporalmente.

Debo la inspiración para esta receta a una mujer
que conocí en 1933 a bordo del barco *Normandie*.
Se llamaba Rosemary Dust.

LUNAS AZULES:

qué suerte de mierda la suya, le tocaron dos lunas llenas en el mismo mes; ABRIL DE 1942 *dos* lunas llenas, la primera fue la noche de la admisión, y la segunda, cuatro semanas después; con razón no pegaba ojo: nunca dormía con luna llena.

Mejor azules que negras, había argumentado Svevo al oír sus rezongos, dos lunas *nuevas* en un mes: un mes con dos noches *negras*.

quizá no nos habría venido mal. Que no hubiese habido una maldita luna. Que todo el desastre se hubiese desarrollado bajo la luz parcial de las torres de vigilancia, de modo que los internos no viesen las vallas de alambre de espino al fondo, ni la aridez que los rodeaba más allá.

Él nunca había fallado en nada, bueno, con las mujeres sí, pero en nada de lo que hacen los chicos inteligentes. Como muchos de su generación, había sido un niño que salió de las viviendas municipales para entrar en la Época Dorada. Había pasado de ser el niño listo del *bar mitzvah* a estudiante universitario, a titulado en Derecho y a Washington D.C. en una sucesión de éxitos, y el desastre que había armado el primer día de ese trabajo quizá fuese otro de los motivos por los que no pegaba ojo. Una vez, allá en Chicago, la Policía sacó a rastras a un tipo mayor que vivía en el edificio de enfrente, una mañana y Schiff estaba viéndolo por la ventana cuando el tipo gritó en

plena calle *¡en la cárcel al menos tendré un poco de paz!* La cárcel, pensó Schiff, debe de ser un lugar apetecible, solitario, silencioso, pacífico.

No como esto: tú y yo y los sonidos ininterrumpidos de todas y cada una de nuestras pesadillas.

Así que de eso se trataba, no paraba de darle vueltas en la cabeza: siempre pensó que sus padres eran el trampolín que lo catapultaría al éxito, pero ahora, cuando comparaba su trayectoria con la de ellos, cuando intentaba defender su antigua idea de que en su árbol genealógico nadie había llegado tan lejos como él, debía detenerse y reconocer el desastre actual. Sus padres habían saltado del *shtetl* a Chicago. Aquella ola originaria de inmigrantes: por más que te esfuerces, como norteamericano de primera generación, resulta imposible aventajarlos, imposible dejarlos atrás, la generación de sus padres había llegado más lejos, durante más tiempo, con menos sueldo, con menos comida y, ya que estás, señorito Sabiondo, di también que lo hicieron sin más estudios que los de aquel *shtetl*.

Para Schiff seguía siendo un misterio cómo había hecho su padre para conseguir esposa, pero cómo había llegado a Estados Unidos era una lección repetida infinidad de veces:

Su padre había llegado a Estados Unidos con una mano atrás y otra delante.

no tenía ni un centavo. Oyes el mismo argumento a lo largo y a lo ancho de Estados Unidos, cómo el padre fundador había llegado con los bolsillos vacíos, cómo había llegado la fundadora sin otra cosa que la perla, reliquia de la familia, cosida en el vestido. Diablos, ¿qué más podía llevar consigo? Un pedazo de encaje de bolillos, de cinco centímetros de ancho, ni siquiera de seda, del vestido de alguien (su bisabuela). Una Torá en miniatura. Tierra negra en un paquete. Polvos mágicos y agua de arcoíris.

Cuando su padre llegó a Estados Unidos (en barco, en tercera

clase), podría haber viajado con un baúl (si hubiese tenido posesiones, para empezar), podría haber pagado para transportar los muebles, como hicieron los Rotchschild; las restricciones sobre sus bienes las dictaba la pobreza, no la ley. No parecía haber límites a lo que se podía exportar/importar, pero si ibas a ser un tutelado de Estados Unidos en uno de sus campos de internamiento debías llegar (era obligatorio llegar) solo con las cosas que podías transportar.

Sin mascotas.

Sin espadas.

Sin estandartes con caligrafía japonesa.

Sin «obras de arte» con caligrafía japonesa.

Sin libros en japonés.

Sin nada impreso en otro idioma que no fuera el inglés.

Sin fotos de Hirohito.

Sin ilustraciones de ningún emperador.

Sin telas con caligrafía japonesa.

Sin pañuelos con caligrafía japonesa.

Sin pañuelos.

Sin objetos redondos usados como armas rituales.

Se permitían las cámaras, pero solo los caucásicos podían accionar el disparador.

¿y esto qué es?

[QUE CONSTE EN ACTA: objeto rectangular, renegrido, no muy grande pero profundo, mellado, cubierto de hollín, que pesa como un demonio.]

Hibachi.

¿Y en nuestro idioma?

Una parrilla.

¿Para qué sirve?

…para asar.

Para eso tendría que haber algo como… ¿fuego?

Carbón.

Pero habría que prenderlo.
Sí.
Incautada. ¿Siguiente?…

¿y esto qué es?
[QUE CONSTE EN ACTA: objeto de madera de teca o caoba, plegable, metro veinte de alto. Parece una mampara, pero con huecos, como una escalera.]
Kimono monohoshi.
¿En nuestro idioma?
Para colgar el kimono. Muy antiguo. Reliquia familiar.
Chico, por mí no hay problema, pero tengo que apuntar lo que es. Volvamos a empezar.
Kimono monohoshi.

¿y esto qué es?
Abanico para el arroz.
¿Cómo dice?
Utensilio para abanicar el arroz.
Señora, lo que me faltaba oír… ¿Siguiente?

¿Qué clase de árbol es este?
[QUE CONSTE EN ACTA: planta en maceta.]
Sakura.
¿En nuestro idioma?
Cerezo llorón.
¿Quién se cree que es, George Washington?

¿Cuánto lleva en nuestro país?
[QUE CONSTE EN ACTA QUE EL SUJETO SE NIEGA A HABLAR INGLÉS.]
Mi abuelo vive en California desde hace treinta años.
¿Y espera que me crea que no habla el idioma? ¿*Señor Schiff*?
—¿Qué problema hay, cabo?

—Este anciano dice que no habla nuestra lengua. Y todos sus documentos están en japonés.

—Señor, ¿traduce usted lo que dice este caballero?

—Sí, señor.

—¿Qué relación tiene con él?

—Es mi abuelo.

—¿Me permite ver su documentación, por favor?

[QUE CONSTE EN ACTA QUE EL SEGUNDO SUJETO ES CIUDADANO DE ESTADOS UNIDOS.]

—¿Cómo ha llegado su abuelo hasta aquí sin la documentación adecuada?

—Aquí tiene su certificado de nacimiento…

—…en japonés. Necesito sus papeles de residencia.

—No los ha traído.

—No los ha traído…

—Los tenía pero no los ha traído.

—*Traerlos* no era optativo, *traerlos* era obligatorio.

Las colas no avanzaban desde el inicio del proceso de admisión, algunas se movían a razón de cinco inscripciones/tres inspecciones por hora. Svevo había obligado al Cuerpo de Ingenieros del Ejército a colaborar —había obligado a las secretarias (caucásicas)—, incluso él se había sentado ante un escritorio improvisado para que las cosas avanzaran, pero la tramitación se había prolongado hasta bien entrada la noche, más allá del toque planificado para acudir a la cantina. Schiff había intentado registrar primero a las familias con niños pequeños —y también a las familias con ancianos y/o enfermos —, pero ni siquiera sus mejores intenciones impidieron que los niños siguieran ahí de pie, sin techo ni comida, bajo la luna llena, cuando mandó encender los reflectores y desvió así la atención hacia las torres de vigilancia y los hombres uniformados, con fusiles, allí apostados. Estaba contando cabezas en una de las filas cuando una niñita le preguntó a su

madre por qué había hombres *allá arriba* y oyó a la madre contestar No seas tonta, están *allá arriba* porque así esta noche le darán de comer al conejo de la luna. ¿*Yo también puedo darle de comer*?, preguntó la niña, y Schiff tuvo que aguantar de la madre una mirada —otra más— de reprensión, disimulada bajo una máscara de obediencia.

EL CONEJO DE LA LUNA.

Los japos son raros en muchos aspectos, sostenía Svevo, sobre todo porque ahí, en la superficie, ven UN CONEJO —¡un puto *conejo*!— cada vez que miran la luna llena, cuando nosotros lo que vemos es la cara de nuestro propio viejo y blanco *HOMBRE* DE LA LUNA.

hay que joderse:

¿cómo puedes ver un *conejo*?

Svevo llegó incluso a postular (y Schiff lo reprendió por ello) que EL CONEJO de la luna tenía que ser una ilusión óptica debida al hecho de mirar el cielo con ojos rasgados.

La semana de Schiff se fue perfilando de ese modo: visiones sesgadas de todo: prejuicios provenientes de lugares inesperados: prejuicio en cada rincón del trabajo: el racismo activo todo el santo día. Incluso en las mejores personas buenas.

Schiff no podía dormir. Apenas había dormido —quizá un par de horas— en los últimos tres días. Apoyaba la cabeza en la almohada y los oía murmurar. Oía el viento sacudir la bandera allá fuera. Oía una discusión en tono ahogado. Oía los convoyes pasar por la carretera. Oía un grito apagado.

Svevo seguía convencido de que el futuro les reservaba una revuelta, ningún norteamericano de pura cepa se sometía, y la revolución estallaría en un mercado negro alimentado por la disparidad de privilegios, no tanto por el hambre como por una dieta constante de cautividad, aburrimiento y su amarga cosecha, la rabia.

La chispa saltaría en los grupos ociosos de jóvenes solteros,

predecía Svevo. Como si lo hubiese visto antes.

La medida preventiva consistía, entonces, en separar por las noches a los solteros y poner solo uno o dos en cada barracón familiar, pero los números no ayudaban, las probabilidades no favorecían a Schiff, había demasiados varones solteros, y tuvo que alojar juntos a la mayoría y lo máximo que podía hacer para impedir que planearan venganza o un motín era vigilarlos, acuartelarlos en los barracones debajo de las torres de vigilancia, alojarlos donde los centinelas los tuvieran a la vista toda la noche.

Les buscó actividades. «Rutinas diarias constructivas», rezaban sus órdenes. Porque la inactividad es incendiaria.

Pensar en lo que podían estar tramando por la noche, con su rabia manifiesta, lo mantenía despierto en su barracón de soltero, asediado por el mismo terror nocturno que, a lo largo de la historia, han sentido los captores: Si *ellos* conseguían organizarse —y eso harían— cambiarían las tornas, se beneficiarían del hecho de que *ellos* eran más que *nosotros*.

Se oía el ruido que hacían por la noche los pedos los niños llorando el aliento exhalado la flema en la garganta un sueño una exclamación un grito extranjero las protestas de las mujeres:

Quién diablos podía dormir con todo eso aunque tuviera la conciencia tranquila. Aunque yaciera en un colchón medio decente.

Entre Los Ángeles y Bishop iban y venían los transportes militares rugiendo desde las minas de tungsteno, convirtiendo la carretera en una caja de resonancia, camiones a toda velocidad cargados de minerales y alimentos, carne del matadero y naranjas: cuando se tumbaba hacia el otro lado, por la ventana le llegaba el ruido del trajín de gente rumbo a las letrinas, las descargas de los inodoros, los equipos de la cantina al despertar.

Intentó medir los pocos compases de silencio, nunca pasaron de *uno*. Ni una sola vez. Todas las noches: nunca llegaron a *dos*.

¿y qué?, pensó: había quien resistía esa guerra solo a base de adrenalina, algunos solo a base de miedo, sus dos o tres horas de sueño interrumpido eran un lujo de blandengue, y las primeras mañanas en el campamento ahí estaba, levantado, afeitado y duchado, con el estómago vacío, vestido con traje y corbata y su fedora gris, rondando por el perímetro en busca de Dios sabía qué, una señal de perdón, antes de que el sol ascendiera en el este por encima de las montañas.

Le gustaba caminar.

El ritmo de los pasos le procuraba consuelo.

Se amarraba los cordones de las botas del ejército que Svevo había requisado y, tediosamente, se remangaba el dobladillo del pantalón y lo aseguraba con dos gomas, luego salía a la plaza vallada con sus torres de vigilancia bajo un cielo demasiado grande y, por un momento, jugaba con la idea de que era el buen tipo del sombrero blanco (John Wayne) al mando de algún fuerte solitario en algún wéstern. Porque maldita sea: era ahí donde estaba. En un maldito desierto del oeste. En el maldito Oeste. Cuando contemplaba toda la tierra que lo rodeaba se sentía irreal. Ya no estaba en Chicago. Ahora protagonizaba una especie de película, pero, en las películas en las que estaba pensando, la amenaza de lo salvaje, salvaje, siempre venía de fuera de la empalizada, mientras que en su caso venía de dentro. *Enhorabuena, señor Sabiondo: te has construido un* gueto. Por Roosevelt. Por tu gobierno. Por todas las leyes civiles que tanto estimas. DETENCIÓN PREVENTIVA. Y por la propia protección de los detenidos. Si no estuvieran ahí, aislados y protegidos, sabe Dios cuál sería su destino. Desde Pearl Harbor, en las zonas del interior los ánimos estaban caldeados. Hasta el padre Coughlin pedía por la radio que los deportaran. Walter Winchell también. *Suéltenlos en alguna isla del Pacífico dejada de la mano de Dios*. Sáquenlos de las ciudades. Alimenten con ellos a los tiburones. No deben estar aquí. Que se jodan. No son de los

Nuestros.

A Schiff le gustaba el aire del desierto.

la forma en que, cerca del alba, lo despertaba cuando lo aspiraba y le llenaba los pulmones. La forma en que lo sobresaltaba. La forma en que le daba sustos de muerte. Las estrellas cuyos nombres debería haber sabido transmitían sus puntos y rayas codificados y un planeta que no titilaba —¿Venus?— lo fulminaba con la mirada: *Soy lo eterno y fijo de la mitología, soy algo duradero y tú eres un acontecimiento menor sobre la faz de la Tierra*.

Te tiene que encantar lo que ha hecho por ti ser judío en Estados Unidos en este siglo. Te tiene que encantar esa voz interior.

Los muchachos lo llamaban «el tío».

había empezado unas semanas antes, cuando llegaron unos chicos nuevos del ejército: la jerga del ejército es llana, veloz y mordaz, quién sabe por qué lo apodaron «el tío» y por qué le quedó el mote, probablemente porque estaba al mando, como «el tío» Sam (pese a que, en el mejor de los casos, a la mayoría de ellos apenas les llevaba cinco años).

Se presentaba todas las mañanas en la entrada principal antes de recorrer el perímetro y el policía militar transmitía por radio «ya está aquí el tío», o «el tío al acecho», o «el tío, el tío» para que los muchachos de las torres de vigilancia no apuntaran hacia él mientras daba su paseo ritual en la penumbra previa al alba.

Pero el día anterior creyó haber oído al policía militar de la entrada transmitir por radio Aquí viene el tío *Abe*.

—Me llaman «tío Abe» —le comentó a Svevo.

¿Y?

¿Será porque soy judío? ¿Por *Abraham*?

es porque es de Chicago. Coja un mapa de carreteras. Illinois, la llaman «la tierra de Lincoln», princesa: *Abe* Lincoln.

De modo que esa mañana, cuando el policía militar de la

entrada transmitió por radio a las torres Aquí viene el tío Abe, Schiff le preguntó: ¿Por qué me llaman así?

—Disculpe, señor.

No hace falta que se disculpe.

No volverá a ocurrir, señor.

Déjese de disculpas, sargento primero, es pura curiosidad: quiero saber por qué.

Es lo mismo que «Ike», supongo. O «Monty», señor.

Pero esos generales se llaman así.

Sí, señor.

Yo no me llamo Abe.

¿Ah, no?

Schiff le enseñó su identificación para que la leyera.

Uy, eso es larguísimo.

Bíblico.

Desde luego. ¿Cómo lo llamaban en la escuela?

Me llamaban Schiff.

En realidad, en la escuela lo llamaban algo que prefería no recordar.

El sargento volvió a comunicarse por radio: Atentos, muchachos. El tío Schiff va para allá.

La historia de su nombre era una leyenda familiar y hasta él habría dudado de su veracidad si no hubiera girado en torno a su madre, que flojeaba en muchas cosas —sobre todo en la cocina y en su práctica de la religión— pero jamás mentía. Schiff creía que no era lo bastante lista para mentir, pero había comprobado que poseía una especie de genialidad campesina que les había salvado la vida en más de una ocasión, de modo que no era tonta. A veces solo un poco loca de la *keppie*. Esas cosas de *meshuga* que hacía, con rituales inventados, como envolverse la mano en lino antes de tocar cosas «modernas» (el teléfono, el refrigerador), no entrar nunca por la puerta principal si había una trasera, hablar con Dios en lugares públicos… Pero

¿mentir? No dominaba ese arte, no le nacía de dentro. Nunca había sido una alegría para los ojos, pero tenía unas manos perfectas, dedos largos y ágiles que daban puntadas de precisión valoradas por los *schneiders* del barrio: era una brillante ojaladera: hacía encargos a destajo, para aumentar los ingresos del padre de Schiff, y sus puntadas jamás se deshacían. Dos veces al mes se iba para North Side a recoger suministros de la fábrica de *schmatta*, y en uno de esos viajes, poco después de enterarse de su primer (y único) embarazo, salió por la puerta trasera del proveedor a unas escaleras que daban a un callejón y se encontró con toda la banda de North Side —Bugs Moran, Hymie Weiss (un católico polaco llamado Henryk Earl Wojciechowski; pese a su alias, no era judío), Dean O'Banion—, los famosos Little Hellions, los *«pequeños demonios»,* con los pantalones desabrochados y las *schlongs* en las manazas, los muy *gonifs*, sinvergüenzas, *«pishando»* todos juntos en fila contra la pared de ladrillo rojo, con las «pipis» no circuncidadas dirigidas lascivamente hacia ella (elucubración adolescente de Schiff), y la pobre se desmayó. Según la leyenda, su madre consiguió desplomarse al estilo diva, de espaldas, deslizándose escaleras abajo con los pies por delante hasta el callejón, donde se despertó con un montón de monedas y billetes y manchas húmedas en la falda. Los muy *mamzers* se habían sacudido la *schmucky* sobre su falda y después la habían colmado de *shekels*, su dinero envilecedor en contacto no solo con su cuerpo y la ropa, sino con el vientre y el hijo que llevaba dentro.

Tal vez fue entonces cuando empezó a volverse loca, porque estaba convencida (según contaba la leyenda) de que la única manera de liberar a su hijo nonato de la maldición que había caído sobre ella era buscar el consejo de un *reb* y hacer exactamente lo que él le dictase; en ese caso el *reb* no era el rabino habitual de la familia sino un místico medio chiflado del que Rima había oído hablar a alguien que conocía a alguien que

conocía a alguien de su aldea natal. Ese *reb* —«lo miré con un solo ojo», decía siempre el padre de Schiff— aseguró a los futuros padres que únicamente podrían eludir la maldición de los *goyim* «pishando» encima de ella si al niño le ponían un nombre profético y no genealógico. Si le ponían al niño el nombre de un héroe o un profeta judío. Si protegían a la criatura con un nombre tomado directamente de la Torá. De no haber sido por ese *reb*, siguiendo la tradición hebrea, te habríamos llamado como a tu abuelo materno, Nachim, en honor de tu *zeyde*, le había confiado su padre. «Aun así, podrías haber salido peor parado.»

y así era: en las genealogías del Antiguo Testamento había listas de nombres que sonaban mucho peor —Bilshan, Mispar, Bigval, Zattu, Azgad, Immer, Akkub, Hagab— y esos, al menos, se los habían ahorrado. Pero el nombre que acabaron poniéndole no había sido fácil de llevar de niño en Chicago. Habría preferido que lo llamasen «Alphonse», recordaba haber deseado después de que Rima erigiese en la sala un altar pagano con recortes de periódico en memoria de Al Capone, que había intentado abatir a todos sus agresores en el tiroteo conocido como la matanza de San Valentín. Los gánsteres de Al Capone asesinaron a cinco miembros de la banda de North Side, que Rima tanto odiaba. *Alphonse lo entendió*, Schiff se crio oyendo a su madre repetir aquella frase. Ella no había cogido el dinero de los *goyim* —no lo había tocado siquiera—, y durante la juventud de Schiff, no le permitió recoger ni una sola moneda de la acera. No la cojas, vete a saber dónde habrá estado, no la toques. ¿La moneda de la suerte? En el mundo de Rima no existía tal cosa. Ay, la de fortunas que había dejado pasar… Hasta el día de hoy nunca recogía nada que no se hubiese ganado. Miraba con recelo cuanto el azar o la fortuna dejaban caer a sus pies. Caminar con su madre hasta la verdulería —caminar con ella a donde fuese— suponía tolerar los ritmos

expiatorios que llevaba en la cabeza, camina, camina, ¡reza!, camina, camina, ¡recita!, camina, ¡tócate la frente!, camina no lo mires no mires a los extraños no comas eso no puedes ir allí aparta la mirada no recojas eso no toques eso si lo haces tócate enseguida la frente…

Schiff descubrió sobresaltado que, mientras paseaba junto a la valla, la tocaba compulsivamente cada dos pasos. Es el colmo: me he convertido en mi madre. Se preguntó cuánto rato llevaba haciéndolo y si desde las torres lo habría visto alguno de los muchachos. Por supuesto que sí. Se los imaginó partiéndose de risa cada vez que lo veían pasar.

Esta valla de mierda:

en primer lugar, nunca había querido levantarla, tampoco había secundado la idea, menos aún lo de hacerla de alambre de espino, tan alta. Mientras la construían, en ese punto del extremo noroeste, más alejado de la carretera, un joven ciervo macho había saltado a ese lado a hurgar en busca de manzanas caídas y se había quedado encerrado. Presa del pánico, el ciervo había intentado saltar otra vez la valla pero solo consiguió quedar enganchado y desangrarse. Los muchachos del ejército se tomaron fotos al lado de la res colgada hasta que Schiff les clausuró el circo. Un chico de Dakota del Sur preguntó si podía quedarse con las astas; otro preguntó si podía quedarse con la carne. La sangre, que durante días atrajo a los cuervos, seguía manchando los espinos del alambre, aunque ahora las mujeres colgaban ahí la ropa, ponían a secar la colada, y aquello hacía que toda la parte trasera pareciese un experimento de vuelo, una larga fila de cometas que pudieran lanzarse al cielo a la primera ráfaga de viento. La camisa de alguien había salido volando al otro lado. La ropa interior de alguien. Un día apareció una acumulación de basura pegada en los espinos del alambre, cerca del suelo. Papel higiénico. Envoltorios de caramelos. Vitolas de cigarros. Un cisne de papel. (¡No lo toques!)

esto tendrá unos quince o veinte pliegues, pensó Schiff

agachándose para recogerlo: había leído sobre ese arte que practicaban los japoneses, el de hacer animales doblando papel. No podía jurarlo pero apostaría a que el chisme flotaba, así de firmes eran los pliegues. Por razones de seguridad, el ejército debía echarle un vistazo y comprobar de que no hubieran escrito nada dentro antes de doblarlo, y sabía que desde las torres de vigilancia los muchachos lo observaban de cerca, así que con disimulo se lo metió en el bolsillo. El juguete perdido de algún niño. El artefacto de algún amante desconsolado.

El sol, todavía oculto, proyectaba su resplandor en las cumbres —un naranja de otro mundo—, y al bajar por el largo lado occidental notó el movimiento en los barracones, el tenso inicio de otro día en cautividad.

Mientras el cielo se iluminaba, las columnas de humo de las cocinas de carbón de cada unidad comenzaron a serpentear hacia las curvas del valle; su olor alquitranado se mezclaba con las manzanas podridas y con el agua estancada de las acequias en un cóctel aromático que empezaba a identificar con «Manzanar»: todavía no se olía a los humanos. Ese olor en concreto se haría notar con el buen tiempo, más o menos en la época en que haría demasiado calor para dormir dentro y todos los pozos sépticos habrían alcanzado el punto de saturación.

El extremo sudoeste del recinto era el menos controlado, allí no había torre de vigilancia, albergaba el parque de vehículos y los tanques de combustible, el cuartel de bomberos y los talleres mecánicos, así como el portón trasero que daba a la vía de acceso por donde entraba todo el material. Al recorrer el perímetro, tres días antes, Schiff había tenido la intención de atajar por esa esquina y cruzar en diagonal por la zona de barracones para volver a la entrada principal y a su despacho. Entonces vio a «los Sombreros», un grupo de siete varones adultos que fumaban junto a la valla. Acababa de terminar el toque de queda y ellos ya estaban vestidos —en particular, con distintas prendas distinguidas en la cabeza: una gorra de

pescador, un casco de cuero para motorista, una boina, un fedora, un fez, un sombrero pastel de cerdo, un bombín—, de modo que rectificó su camino para aproximarse a ellos, intrigado por saber qué hacían ahí. Cuando pasó, todos se apartaron para eludirlo, y cuando les dio los buenos días dejaron de fumar y se lo quedaron mirando. Lo mismo había ocurrido el día anterior —los mismos hombres, los mismos sombreros, la misma ropa, la misma rutina—, así que hoy, al ver a los mismos siete hombres juntos, decidió que se pararía a charlar. Se mostraron perplejos: no descorteses, pero tampoco comunicativos.

Salen ustedes muy temprano todas las mañanas, observó.

Aunque no había sido su intención censurarlos, aquello bastó para truncar la conversación.

Tocó el cisne de papel que llevaba en el bolsillo del traje y se le ocurrió sacarlo y preguntarles si tenía algún significado pero, tras pensarlo mejor, cambió de idea. Las nubes del valle, había notado esa mañana y el día anterior, eran raras, con forma de torpedo, de unos treinta metros de largo, y se movían veloces de sur a norte como un banco de peces depredadores en misión de caza, muy pero muy cerca del suelo.

Vaya nubes, ¿eh?, dijo. Nunca había visto unas así.

Eso mismo decía el profesor, comentó el del sombrero pastel de cerdo.

—*Lenticulares* —aclaró el del fez (el «profesor»)—. Son típicas de los valles profundos. Se mueven muy rápido. Vine por aquí a fotografiarlas para mi curso de Stanford. Meteorología.

Schiff, dijo Schiff, y tendió la mano: recorrió el círculo para presentarse (y memorizar el nombre de todos).

—Meteorología era la asignatura de ciencias preferida por todos donde yo estudié— dijo.

—¿Y dónde fue eso? —preguntó el profesor (MURUMOTO SHOZO).

En la Universidad de Chicago.

—Menudo clima tienen ahí —dijo MURUMOTO—. Efecto lago.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el del sombrero pastel de cerdo (MAMURA HITOSHI).

—No, gracias, no fumo, dijo Schiff.

Daba la sensación de que inhalaban el tabaco al unísono:

en torno a las CERILLAS se había producido un prolongado debate por télex y teléfono entre los encargados del campo y los mandamases militares de Washington, si las CERILLAS y los ENCENDEDORES debían considerarse armas potenciales de destrucción (todos los campos estaban construidos con MADERA) y, por ello, debían prohibirse, hasta que alguien del Departamento del Interior, sin duda sacando del paquete el enésimo Camel o Lucky Strike del día, había decidido A LA MIERDA CON ESO. La gente tiene que fumar. La gente tiene que contar con algo para permanecer despierta y socializar. La gente tiene que contar con algo para *pensar*. Y, al fin y al cabo, qué había más norteamericano que el tabaco…

—Mi puerta está abierta —dijo Schiff, refiriéndose al horario matutino de «puertas abiertas» de su despacho—. Si hay algo de lo que quieran ustedes hablar, caballeros…

¿Está usted casado, señor Schiff? (KEN OHARA: el de la boina.)

Todavía no.

Lo examinaron: Schiff notó que los siete llevaban alianza:

y de repente cayó en la cuenta de lo *joven* que era comparado con ellos, uno de los cuales (según descubriría ese mismo día, cuando consultó sus nombres en los documentos de inscripción) era abogado y ejercía en el sector privado —*el del fedora*—, otro era director en una sucursal del Banco de América —*el del bombín*—, otro era propietario de un huerto —*el del casco de motorista*—, otro era profesor, otro pescador, otro contable, otro vendedor de coches.

—Tal como está organizado ahora el toque de queda —dijo el que se llamaba TANAKA TETSUKO—, del crepúsculo al amanecer…

¿Sí?, dijo Schiff.

Los siete se miraron preguntándose cuál de ellos hablaría.

(Lo hizo OHARA:)

Del crepúsculo al amanecer… repitió al fin, es demasiado tiempo para estar encerrado con tu *esposa*.

Comprendo, dijo Schiff.

Confiaron en que así fuera.

Todos soltaron el humo hacia él.

—Y ahora que se acerca el verano —fue TANAKA quien habló—, el crepúsculo llegará más tarde de todos modos.

—Sí, desde luego —dijo Schiff.

Iba a preguntarle ¿exactamente para qué quiere que el toque de queda se retrase?, y entonces recordó cuánto le gustaba a su padre pasar las últimas horas de las tardes veraniegas en el escalón de la entrada, lejos de Rima, jugando a las cartas o al ajedrez, o sentado a solas, ensimismado en la lectura, en sus pensamientos, en su *soledad,* dondequiera que la casa pudiese esconderlo, a él *solo*.

¿Qué se decían todas esas parejas de casados a lo largo de la noche? Cuatro, cinco, seis parejas por barracón separadas únicamente por una manta como pared. Si en sus matrimonios antes tenían preocupaciones —¿qué pareja no las tenía?—, ¿qué preocupaciones graves tenían ahora? ¿Cómo explicaban a sus hijos su nuevo alojamiento? ¿Cuántos de sus hijos creían en serio que los hombres de las torres de vigilancia armados de fusiles y prismáticos habían llegado allí por arte de magia para alimentar con lechuga al maldito CONEJO?

Debía repartir *trabajos* para llenar las horas ociosas. Y ellos necesitaban una hora más —una sola hora extra— al día para tratar de ser las personas que habían sido antes de que los enviaran allí. Para tratar de estar a solas. Para fumar cigarrillos. Para contemplar las cerillas quemarse y desaparecer en volutas de humo.

El campo entero se había desperezado y el ruido aumentaba

paulatinamente: un saludo a gritos, una advertencia a gritos, el llanto de un bebé, una canción, un motor. El rancho matutino era de 7.00 a 8.30 y la gente hacía cola para la ducha, hacía cola frente a las letrinas con sus orinales y sus jabones, los niños correteaban por los cortafuegos que había entre los barracones, donde las mujeres sacudían la ropa de cama y los solteros se quedaban por ahí y lanzaban monedas al aire tratando de mostrarse ocupados.

El almuerzo era de 11.30 a 13.00.

La cena, de 17.00 a 18.30.

Y eso era más o menos el día.

La escuela todavía no estaba terminada y en funcionamiento, pero el proyecto estaba en marcha —contaban con maestros entre los internos pero el Estado todavía no había entregado los libros y los planes de estudio—; contaban con maestros de música pero faltaban los instrumentos; contaban con maestros de educación física pero faltaba el equipamiento deportivo. El día anterior él y Svevo habían supervisado la organización de puestos (mesas) delante de los edificios de administración para el REGISTRO DE EMPLEO con la intención de crear un DIRECTORIO DEL CAMPO: ¿Precisa un abogado? Pregunte por el señor Fulano en el barracón tal y cual. ¿Una costurera? La señorita Mengana en el barracón x. Con el muestreo inicial del día anterior, contaban ya con dieciséis peluqueras y cinco barberos. *El nuestro no es un modelo para poner a prueba la libre empresa*, había concluido Svevo:

—Si cuentas con *dieciséis* peluqueras, sabes que *una* de ellas tiene que ser un desastre y *una* de ellas, bueno, tal vez *dos* van a ser mejores que las demás. Todas las chicas van a acudir a *esas*, a esas dos y no a la desastre, porque así funciona el libre mercado, pero lo que nosotros queremos es distribuir esos trabajos equitativamente, así que lo que debemos hacer es *asignarle* a cada peluquera un grupo de barracones. *¿Me*

entiende?

—He ido a la universidad, Jay.

—Me refiero a que con cinco barberos podemos colocar los sillones y dejar que gane el mejor, pero ¿con *dieciséis* peluqueras? Se montará un circo, seguro.

El primer día de «puertas abiertas» de Schiff sí que había sido un circo, la gente hacía cola convencida de que Schiff iba a dejarles salir… pero la segunda mañana la cosa había mejorado al correr la voz de que *El internamiento no era negociable*: ASÚMALO.

Como las mujeres que esperaban bañeras.

Treinta de ellas —eso eran muchas *mujeres* metidas todas a la vez en su despacho—, una por cada familia de los barracones, todas de más de cincuenta años, todas necesitadas de un baño *caliente* y *chanclas de ducha* pero ninguna dispuesta a hablarle directamente, según le dijo la única mujer (más joven) en quien delegaron la comunicación con él.

—¿Por qué han venido todas si ninguna quiere hablar? —preguntó Schiff (con toda la amabilidad de la que fue capaz).

—Hablarán. Hablarán con una mujer —le dijeron.

—Es interesante… pero inútil —dijo él—, porque *no hay ninguna mujer con autoridad* para ayudarlas. Yo soy esa autoridad.

Al final, habían reclutado a Betty, su secretaria, para que escuchase las tristes historias de las mujeres sobre la falta de bañeras y decencia en la actual organización de duchas y la falta de intimidad en las letrinas de mujeres (adonde llevaron a Betty, bendita fuera, para que las inspeccionara personalmente).

Nadie dispondrá de *bañeras*, había sido la última palabra de Svevo al respecto, pero ellas habían encontrado entre los internos a cuatro fontaneros que parecían entender el problema y estaban dispuestos a «ocuparse» de ello.

Así que al menos había esquivado una bala.

El horario de «puertas abiertas» era de 9.00 a 11.00 y con diez mil personas por administrar no daba tiempo a atender demasiadas peticiones al día. Svevo le había hecho saber que el horario le parecía de risa. Por una parte (según Jay), convertía los edificios de administración en estaciones de autobuses Greyhound, y por otra, daba una mala imagen de todos ellos. Los hacía quedar como idiotas, dijo. Como un gabinete de franceses burócratas. Pero Schiff creía en el horario, lo consideraba una forma de hacer buenas relaciones públicas, y además, sabía que sin él *nunca* dormiría.

Betty, voy a redactar una orden para modificar el horario del toque de queda y sacará usted copias para fijarlas en todos los edificios. ¿Ha aparecido ya Jimmy Ikeda?

No, señor.

Había mandado llamar a Jimmy, su antiguo compañero de trabajo en el hotel Drake, al día siguiente de la admisión y continuó buscando tiempo para localizarlo, pero aún no lo había conseguido.

A lo mejor no quiere verlo, lo provocó Svevo.

¿Quién no va a querer verme a mí? Soy el jefe.

A lo mejor no lo sabe. A lo mejor ha olvidado cómo se llama. ¿Por qué no me dice su nombre de pila? ¿Quiere que mande a un policía militar a buscarlo?

No…, quiero que lo vaya a buscar usted.

Eso había sido el día anterior; y ni rastro de Jimmy.

En cambio tenía al representante del condado de Inyo llegado de Pillsbury. Tenía al representante de P&G (Procter and Gamble) para presentarle CRISCO. (¿Eso qué era? ¿Qué era una manteca «hidrogenada no porcina»?) Tenía a Kraft Foods y a Oscar Mayer; tenía representantes de ventas de Phillip Morris; de Bristol Myers; de Bayer. Tenía al representante de Coca-Cola diciéndole que dos máquinas expendedoras de la bebida refrescante conseguirían que los «campistas» (así los había llamado el tipo de Coca-Cola) estuviesen felices, al campo no le

costaría un centavo (se olvidó del costo de *refrigeración*, según había notado Schiff) y Coca-Cola devolvería al campo medio centavo por cada botella vendida. *No*, le había dicho Schiff. Van a querer tomarse su Coca-Cola, había insistido el tipo. *Necesitan* su Coca-Cola. Schiff comprendía que lo que veían esos representantes al contemplar el campo era un enorme mercado potencial. Comenzaban su argumentación con la frase *Como la mayor «ciudad» del condado de Inyo*, Schiff levantaba la palma de la mano hacia ellos conminándolos a PARAR, gritaba, ¡*Svevo*!, y le pedía que los acompañara a la puerta. No sabía cómo esos representantes se habían enterado de su horario de «puertas abiertas» (dedujo que les había llegado la noticia a través de los comerciantes de Lone Pine), de modo que, aunque la entrada a su sanctasanctórum (el papa lo recibirá ahora mismo) se hacía por orden de llegada, le había pedido a Betty que se los mandase a Svevo, que tenía más idea sobre cómo (sí) *negociar* con ellos:

malditos ESPECULADORES: intentan ganar dinero en tiempos de GUERRA.

Schiff había mandado a la imprenta que confeccionara un cartel con las «cuatro libertades» de Roosevelt para fijarlo en una pared de su despacho, que la gente se encontraba de frente (y al que él debía enfrentarse) al entrar:

LIBERTAD de expresión.
LIBERTAD de culto.
LIBERTAD de aspirar a una vida mejor.
LIBERTAD de vivir sin miedo.

Para cagarse de risa, había dicho Svevo: ¿A QUIÉN QUERÉIS ENGAÑAR?

Esa mañana encontró sobre su mesa la consabida pila de papeles y colocó encima el cisne.

Están racionando los zapatos, leyó en un folleto de la Oficina de Administración de Precios: mi país ha empezado a racionar los *zapatos*.

además de los neumáticos de goma (fueron lo primero en ser racionado), el acero, el nailon, el azúcar, *la carne roja*, la mantequilla, el estaño, la lana, el algodón, el jabón. El café. La gasolina. La Oficina de Administración etcétera (la oap) le pedía (le exigía) que fijara carteles en el campo con el siguiente texto:

¡LA CARNE DE ESTADOS UNIDOS ES ALIMENTO DE COMBATE!

para alentar exactamente qué, se preguntaba, cuando dos sacerdotes sintoístas con túnicas de color perla y sombreros negros de copa alta se presentaron silenciosos ante él como los primeros visitantes de «puertas abiertas» de la mañana. Acompañados de su abogada.

—Doctora Takei —la saludó él.

—Alumno Schiff —respondió ella, formal.

Schiff sabía por el proceso de admisión que los sacerdotes habían hecho voto de silencio en protesta por la «detención preventiva», de modo que se inclinó ante ellos, ellos se inclinaron a su vez y se sentaron.

Georgina Takei, doctora en Derecho, era, en opinión de todos, una jurista solvente, pero en opinión de Schiff, era la viva imagen de lo que uno podía ser cuando ponía sus actos al servicio de su conciencia, porque se encontraba ahí, en Manzanar, por voluntad propia; podía salir cuando quisiera, porque residía en Illinois, fuera de la zona de exclusión. Schiff no la había tenido de profesora en Chicago —sus seminarios siempre estaban llenos—, pero sus clases magistrales de Ética eran legendarias y ya cuando él todavía vivía en Illinois se rumoreaba sobre su candidatura a jueza. Schiff sabía que no se había casado nunca; Takei se había criado en San Francisco, donde su padre era un prestigioso periodista que cubría las

noticias «asiáticas» y que había sido un admirador tan incondicional de su país de adopción que le puso nombre a su única hija en honor de George Washington. Takei era ahora residente del barracón 38 y se duchaba con las mujeres que deseaban tener bañeras. Estaba allí en solidaridad con sus compatriotas víctimas de la injusticia (fueron sus palabras) no solo para interponer su propia demanda contra Frank Roosevelt por el «encarcelamiento ilegal» (fueron sus palabras) de norteamericanos de origen japonés sino para presentar otros escritos —doce en total— ante los tribunales de Estados Unidos contra la legalidad de su Orden Ejecutiva 9066 y las subsiguientes medidas inconstitucionales contra norteamericanos de origen japonés, incluidos quienes practicaban el sintoísmo como acto de fe.

—Confío en que habrá leído el escrito —dijo ella.

—Lo he leído —contestó Schiff.

Estos eran los pasos del baile que debían ejecutar:

Estaba en entredicho el juramento de fidelidad que el gobierno (el gobierno de Schiff, el gobierno de ella; nuestro gobierno) exigía firmar a cada internado y por el que se comprometía a defender la bandera de Estados Unidos y cuanto esta representaba, y a renunciar a todo juramento anterior a Japón, incluido el de fidelidad a su emperador, y dejar de creer en la divinidad de este y en su derecho divino a gobernar en la tierra. En opinión de Schiff, aquel juramento era un texto de mierda —mal concebido, mal escrito, con multitud de cláusulas subordinadas interminables, oscuro, confuso, sencillamente equivocado—, pero Washington lo había repartido por todos los campos (*más* papeleo), así que parte de lo que convirtió en un infierno el proceso de admisión fue que había que explicar, en especial a los ancianos, a qué renunciaban exactamente al firmarlo. *Si* lo firmaban. Si *no* lo firmaban, Schiff debía notificar a Interior su supuesta «traición», para que esos individuos fuesen

trasladados a campos más seguros dirigidos por el Departamento de Justicia (que, en la práctica, eran cárceles).

Por lo que Schiff entendía, el sintoísmo, en su veneración de los espíritus sobrenaturales *(los dioses de los árboles* y *los dioses en las piedras* y todas esas tonterías), era lo más cerca que Japón, como pueblo, había estado del gen auténtico, como lo llamaría Hemingway: de lo auténtico. El país no contaba con una invención de sí mismo desde cero, había robado todos los tótems que lo definían —su alfabeto, su idioma, el *budismo*— de China o Corea. Salvo, claro está, su topografía. Su *tierra*. Sus profundos bosques, sus costas peligrosas, sus penínsulas aisladas, sus cuevas calcáreas, sus mares interiores, sus cimas azotadas por los vientos y cubiertas de afelpado musgo, sus *volcanes*… y los dioses nativos que allí vivían. Los sintoístas creían que el espíritu de su lugar estaba *en* el lugar, que los *arroyos* eran sagrados, que cada río era la morada de muchos dioses, que había dioses del aire dioses de la tierra dioses de la noche y dioses de las montañas y que cada Dios tenía un nombre y que cada nombre no era más que una parte de un todo que hacía que Japón fuese Japón.

No muy diferente de la mitología griega o nórdica.

No muy diferente del Gran Espíritu del pueblo sioux.

nada nuevo bajo el sol en la historia mundial, pero, si actualmente hubiese en Utah un culto dedicado a la iglesia de Zeus, ¿lo llamaría religión? Más aún, ¿lo defendería, primero como ciudadano y segundo como abogado en virtud de una de las libertades de Frank Roosevelt, la libertad de culto?

Sin ninguna duda.

Pero lo que en Japón había comenzado como un espíritu abarcador pasó a ser el fundamento de una política excluyente. Ser sintoísta consistía en elevar toda la materia específicamente japonesa —*no* extranjera— para creer que el espíritu surgido de la tierra de Japón y del agua de Japón era un don de Dios y que

ese espíritu se manifestaba del modo más perfecto en la persona del emperador de Japón. Y ahí era donde se complicaba la cosa: Inglaterra tenía un rey por derecho divino (e Inglaterra era nuestra aliada) y los católicos tenían un papa por derecho divino: pero lo que había hecho la reciente cosecha de japoneses militantes llenos de ínfulas, hasta donde Schiff alcanzaba a entender, había sido tomar el control del mágico culto religioso anterior y convertirlo en un manifiesto auspiciado por el Estado para que el emperador gobernase el mundo. Él era la encarnación humana de sus dioses sintoístas.

El razonamiento de Georgina constituía una defensa sin fisuras de la segunda libertad —la libertad de culto— que defendía los derechos constitucionales de los creyentes sintoístas norteamericanos a *no* firmar el juramento por el hecho de que era contrario a su fe, a su creencia en la divinidad del emperador Hirohito. Era un razonamiento elegante, lógico y sensato. Y se lo había presentado a Schiff con la esperanza de que lo apoyase con un escrito, un *amicus curiae* de su cosecha. Y perdiese su trabajo.

—La redacción es impecable —le dijo, y el elogio sonó poco entusiasta incluso a sus propios oídos porque, con toda la razón, no era lo bastante mayor ni sabio para tratarla con condescendencia—, pero no ganará.

—Lo sé. No en esta ronda. Pero a la larga voy a ganar. No se sumará a mi petición, ¿verdad?

—No.

—Me lo figuraba.

La abogada se inclinó para tocar con la punta del dedo el cisne plegado, intercambió una sonrisa con los sacerdotes sintoístas y dijo:

—*Origami.*

—No sé qué significa —dijo Schiff.

—*Origami* —le explicó— literalmente significa «doblar

papel». Es un arte preciado. Esta de aquí es una hermosa grulla.

—¿Una grulla? —Schiff nunca había visto una—. Creía que era un cisne.

—Un error de cálculo cultural…

Uno de los sacerdotes sintoístas había sacado de la bolsa de tela que llevaba un cuadrado de brillante papel cuché azul que alisó en su regazo antes de hacer el primer pliegue; al verlo, el otro sacerdote asintió, como si hubiese entendido un código; a continuación colocó el papel sobre su propio regazo e hizo el segundo pliegue.

el primer sacerdote sintoísta pareció hallar en ello un gran placer y recuperó el cuadrado azul para hacer el tercer pliegue: todo muy alegre —como niños—, observó Schiff. Y así siguieron de acá para allá y de allá para acá, doblando.

—¿Porque tiene miedo a perder su trabajo? —le preguntó Geor-gina a Schiff, retomando el asunto.

—No. Porque creo que, en algún momento, lo que una vez fue el corazón inocente de esta religión se utilizó con fines militares.

—En fin, está en su derecho a tener una opinión —lo provocó señalándole el cartel de «las cuatro libertades».

—No tiene por qué hacer esto, doctora Takei —intentó argumentar, porque sabía que, si no firmaba el juramento, ella y los dos inocentes juguetones que tenía delante irían a parar a una cárcel de alta seguridad en alguna parte, lo más probable a Montana.

—Al contrario, *tengo que hacerlo*. Esto mataría a mi padre, todo esto… Ya murió, pero todo esto volvería a matarlo. —Antes de retirarse hizo un último intento de obtener su cooperación—. ¿Puedo preguntarle cuántos internos se negaron a firmar?

—Sabe que no puedo decírselo.

Takei asintió.

y mientras lo hacía, Schiff le pasó seis páginas preparadas en las que constaban los internos que se habían negado a firmar el juramento y los datos de su barracón, ciento veintiuna almas.

Era la misma lista que, al promediar el día, tendría que enviar a Washington: cada una de las personas que figuraban en ellas iba a necesitar un abogado —uno bueno— y no había nadie más adecuado para esa tarea que la mujer que tenía enfrente.

Gracias, pronunció ella en silencio, devolviéndole un lustre necesario a lo que él empezaba a considerar una conciencia manchada.

El cuadrado original del *origami*, tras ser doblado en un cuadrángulo mucho más pequeño, se encontraba ahora entre las palmas de uno de los sacerdotes sintoístas, que se lo acercó a los labios, tal como Schiff había visto hacer a los niños de zonas rurales cuando se llevaban a los labios una brizna de hierba para hacerla sonar. Observó al sacerdote soplar por una estrecha rendija del cuadrado doblado —una sola vez— y entonces, gracias al milagro del aliento humano, infló aquella cosa hasta que se transformó en algo parecido a un globo azul con aristas: no un globo perfecto —no un mundo perfecto— sino uno, de todos modos, equilibrado. El sacerdote se lo entregó a Schiff con una reverencia.

Se marcharon.

Colocado en su escritorio, junto a la grulla de papel, el pequeño «mundo» parecía por completo desproporcionado:

Entonces entró Svevo a paso vivo.

—Lo quiero pese a todo, querido mío —anunció—, pero está en deuda conmigo. No sabe cuánto.

Le iba a la zaga un miembro del equipo de la cantina que desprendía un aroma mezcla de grasa de beicon y croqueta de patata, un chico escuálido y nervioso con un delantal mugriento, camisa de manga corta y gorro, ojos desconfiados y tics involuntarios propios de un yonqui callejero. *No me voy a chivar de nadie*, le informó aquella criatura: Puede volver a enchufarme esos tubos, no tengo nada nuevo que decir.

—Jimmy Ikeda —aclaró Svevo.

No es posible, pensó Schiff.

por su parte, este «Jimmy» tampoco parecía reconocer a Schiff.

—Soy Schiff —dijo Schiff—, del Drake.

Nada. Más temblores.

—Trabajábamos juntos —le recordó Schiff.

No me voy a chivar, insistió.

Schiff se levantó, pensando que eso lo ayudaría a identificarlo, pero el chico se lo quedó mirando, se quitó el gorro y se rascó la cabeza, que le habían rapado.

Debía de haber perdido por lo menos diez kilos desde la última vez que Schiff lo había visto. Y eso que ya entonces era flacucho.

—Por favor, siéntate, Jimmy. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Un vaso de leche?

Svevo lo miraba como si Schiff se hubiera vuelto un poco loco.

—Tu hermana fue a ver a mi padre, tenía mi antigua dirección. Le pidió si podía echarte una mano…

—Sandeces…

Schiff rodeó el escritorio; el chico retrocedió.

El chico miraba fijamente a Schiff —todavía agitado— pero empezaba a encajar las piezas del rompecabezas.

—Fue a buscar a mi padre. Él está en Fort Lincoln —dijo—. Siéntate, siéntate, por favor, Jimmy. Hablemos. Quiero ayudarte…

Algo le había pasado al chico —algo lo había asustado—, o eso, o estaba artificialmente perjudicado.

—¿Por qué tiene este que estar aquí?

Era evidente que Jimmy tenía algo en contra de Svevo. O de su uniforme.

—Está aquí porque es mi amigo. Como tú antes…

—Nunca fuimos «amigos»… Nunca lo fuimos.

Se sentó. Se rascó la cabeza.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —preguntó Schiff.

—¿Usted qué cree? Piojos —dijo—. Eso para empezar. —No paraba de mover las piernas.

Schiff se sentó en el borde de su escritorio.

(*Qué finura*, pensó Svevo).

—Eras el mejor cocinero de línea que he conocido —dijo Schiff—. ¿Por qué te detuvieron?

—Dígamelo usted.

—Me gustaría… pero, la verdad, no lo sé. No le encuentro sentido, así a primera vista. ¿Por qué a los Federales les interesa el cocinero de línea de un hotel? ¿Alguien quiso quitarte de en medio?

—Ya no estaba en la cocina. Me cambiaron de sitio cuando usted se fue. Conseguí una chaqueta. Buenas propinas. Servicio de habitaciones. Después me mandaron a recepción. De botones.

—Con eso se gana dinero —dijo Schiff—. Estupendo.

Al chico le temblaban las piernas como si hiciera un frío glacial.

—¿Qué tiene de estupendo, hombre? No me haga reír…, quiero decir…, el único motivo por el que estaba ahí era para cuidar a mi hermana pequeña… El único motivo de mierda por el que estaba en ese lugar de mierda desde el principio. ¿Y para qué mierda le serví? Ni siquiera pude cuidar de mi hermana…

Jimmy dio una especie de respingo: su cuerpo entero se sacudió, subió los brazos de golpe, se agarró los hombros con las manos, elevó las rodillas al pecho, levantó los pies del suelo, perdió el control y se echó a llorar. Delante de ellos. El chico se encerró en sí mismo y lloró.

Era duro verlo. Pero tanto Schiff como Svevo sabían intuitivamente que era algo que debían hacer. Finalmente, Schiff le dio a Jimmy unas palmaditas en el hombro. Y el chico se calmó.

—Puedo coger el teléfono ahora mismo, Jimmy, y llamar a Bismarck…, hacer que te trasladen a Fort Lincoln para que al menos puedas estar con tu padre…

—No, ni hablar…, mi padre…, mi padre no quiere verme. No. Deme un uniforme. Corren rumores de que en el este hay un tipo, un general, que está reuniendo a un montón de muchachos como yo. Una unidad de combate de japoneses. ¿Me quiere ayudar? Ayúdeme a alistarme. Lo necesito, hombre. Por mi honor. Tengo que demostrar algo.

Schiff miró de reojo a Svevo, que le dio a entender Cuando las ranas críen pelo; pero cosas más raras se habían visto.

Corrían rumores —hasta Schiff los había oído— de que estaban reclutando jóvenes varones norteamericanos de origen japonés en los campos para formar un cuerpo, pero por el momento Schiff no lo había visto sobre el papel.

Y esperaba con toda el alma que, si el plan era legítimo, su principio fundacional fuese la dignidad de esos muchachos. Y que quienquiera que estuviese al frente de esas cosas tuviese la sabiduría y la gentileza de enviar dicha unidad a Europa, a luchar contra Hitler, y no al Pacífico, contra Japón.

—Antes de proceder en ese sentido, Jimmy, vamos a llevarte con el teniente Svevo, aquí presente, a la enfermería para que te examinen y te pongan en forma para luchar, ¿de acuerdo? Haremos que te examinen y después el teniente Svevo te pondrá en contacto con el oficial de reclutamiento, ¿qué me dices?

No sabe cuááánto me debe, amigo, murmuró Svevo al salir.

Schiff se pasó la siguiente hora en su escritorio, sorteando peticiones, recibiendo a gente, haciendo honor a su filosofía de «puertas abiertas» hasta que, a eso de las 11.00, Betty hizo pasar a un caucásico tras susurrarle a Schiff la advertencia «Dice que no es representante de ventas» y le entregó una tarjeta de visita.

Schiff le echó un vistazo

BOBBY KAYE

empresario

Hollywood

y pensó Mira qué bien.

Ahí estaba Bobby Kaye, en persona, traje reluciente, camisa de seda negra y nube de colonia, hablando por los codos, como de costumbre:

He aquí lo que yo veo he aquí lo que *yo* veo *he aquí* lo que creo que le hace falta a este lugar: *películas*. Donaré las bobinas sin cargo donaré lo que haga falta: el proyector. Las pantallas. Le voy a decir por qué:

Me *gusta* esta gente, le veo futuro, quiero venir con un equipo reducido, mantenerlo reducido usar sus caras en los primeros planos y una vez aquí ¡FORMAN UNA ALDEA! ¡es el JAPÓN RURAL!, y no sé cómo lo haremos pero encontraremos la manera, UNO DE NUESTROS AVIADORES HA SALTADO, ha abandonado el avión, le han dado, quizá Gary Cooper, quizá John Garfield, quizá Jimmy Stewart, incluso Gable, lo han derribado al sobrevolar esta ALDEA JAPONESA EN LA COLINA y ya le digo habrá *trabajo* y trabajo *remunerado* para todos ellos y sus genuinas caras asiáticas…

—No se acuerda de mí, ¿verdad? —dijo Schiff.

Observó los ojos entrecerrados de Kaye y la mente de comadreja oculta detrás de ellos, que se ponía a calcular. No me lo diga. No me lo diga: Kaye agitaba un dedo regañón frente a la cara de Schiff:

Hizo una audición para mí, ¿verdad? ¿Se presentó para algún papel? Ya me estoy acordando de esa cara…

—Lo atendí.

¿Cómo?

—Fui su camarero. Aquí. En Lone Pine.

Entonces, ¡es actor! Eso tiene arreglo, le buscaré un pequeño papel ¡DOS AVIADORES! ¡Uno de ellos muere! Pero tendrá su escena, ¡la escena de la muerte! Un papel pequeño pero destacado…

—¡Betty! ¡Que vengan dos policías militares ahora mismo!

Svevo fue el primero en acudir al rescate, «¿Se encuentra bien,

amigo mío?», seguido de dos policías corpulentos.

—Caballeros, acompañen al señor Kaye a la carretera, por favor, que no hable con nadie en el trayecto, y si vuelve a abrir la boca delante de ustedes péguenle con lo que tengan a mano y dejen dicho en la entrada que este tipo es sospechoso y que le disparen si intenta meterse aquí otra vez.

El polvo ni siquiera se había asentado cuando Svevo dijo:

—Esta mañana nos sentimos como en el Antiguo Testamento, ¿verdad?

—No tiene gracia, Jay.

—Nadie le pone un cuchillo en el pecho para que atienda a esta gente. Aunque debo decir que está sumando puntos. Es todo un éxito. Allá fuera las multitudes hacen cola solo para rendirle pleitesía.

En ese preciso momento, Betty hizo pasar a las últimas suplicantes, dos matronas civiles de rigurosa estirpe —la señora Engroff y la señora Aukamp— con ropas casi caricaturescas herméticamente abotonadas contra el diablo, el pecado y los inmigrantes —la una reflejaba el corsé mental de la otra—, cada una con un sombrerito y una insignia que proclamaba su cargo en la Junta de Racionamiento y su importancia para la supervivencia *Racion-al* de la nación. Llevaban al despacho suficiente indignación moral, pensó Schiff, como para obrar un milagro.

—Señoras, ¿qué puedo hacer por ustedes en esta hermosa mañana?

—Estamos aquí oficialmente —le informó la señora Engroff.

—Ah, estupendo. Nosotros también.

Hizo un ademán, aunque sin presentarlo, en dirección a Svevo, que seguía apostado junto a él, de pie, pensando Si un árbol irónico cae en un bosque no irónico, ¿matará a algunos conejitos?

—Se trata del racionamiento —dijo la señora Engroff.

—Un trabajo ingrato por el que deberían recibir alabanzas,

señoras.

La señora Engroff había llamado la atención de Schiff en cuanto llegó al pueblo y empezó a leer cada columna, cada anuncio, cada palabra de los periódicos locales para entender mejor a los lugareños. Recordaba sus columnas sobre el racionamiento en el semanario *Inyo Register*, la primera de ellas —en la mente de Schiff ya era un clásico— se titulaba «Popurrí para pastel de guerra» y la más reciente (de ayer) estaba dedicada al SEBO EN MOLDE y al REVUELTO DE GUISANTES CON LECHE CONDENSADA À LA MODE DE IOWA. Y a los HUEVOS EN POLVO AL ESTILO HINDÚ.

La señora Aukamp, le venía ahora a la cabeza, también había colaborado en el periódico con un artículo sobre la cría de caracoles. Para cenar. «No aptos para todos los paladares», había comentado, pero bien valían la pena (una vez recogidos en el jardín, se los hace pasar hambre, se los purga con harina de maíz, se los hace pasar hambre otra vez, se los lava, se cocinan con abundante carbón en agua hirviendo, se condimentan y se asan al horno).

—Es por el camión de la mantequilla.

—El camión de la mantequilla —repitió Schiff.

—Que estuvo todo el día al sol del mediodía.

—Podría haberse tratado de un camión de helados —la corrigió la señora Aukamp—. Las versiones varían.

—En cualquier caso, eran lácteos —declaró la señora Engroff —. No hace falta que le diga que se trata de alimentos racionados. Ocurrió aquí mismo, en su propiedad, la semana pasada. Y nos dicen que, fuera cual fuese la carga, mantequilla o helados, el camión pasó todo el día aparcado mientras la carga se derretía. Hasta echarse a perder.

Schiff leyó en la cara de ambas la fuerza de su argumento: *Mientras los valientes jóvenes destinados en el extranjero comen alubias y barro. Y los ingleses pasan hambre*.

—Y una cosa más —añadió la señora Engroff. Los dedos de su mano derecha aletearon hacia su insignia—. Nos encontramos en el condado de Inyo y el honor nos obliga a seguir las directrices federales sobre el racionamiento de alimentos. En tiempos de guerra. Lo que no entendemos, y lo diré sin rodeos, en calidad de vecinas, lo que no entendemos es por qué nosotras, ciudadanas leales, debemos hacer estos sacrificios mientras que el resto, las demás personas que viven dentro de las fronteras de nuestro condado, todas las mañanas desayunan beicon con mantequilla auténtica, huevos auténticos y toman carne en el almuerzo y la cena. No es justo.

Svevo observaba el perfil de Schiff.

Bum, pensó.

—Verán —dijo Schiff. Tras tomarse su tiempo añadió—: En primer lugar, permítanme decirles que, sean cuales sean sus fuentes (lo averiguaré y me ocuparé de ellas), como decía, sean quienes sean sus fuentes, no se equivocan en lo del beicon. Y en lo de los huevos. Y en lo de la mantequilla. Y en lo de la carne. Pero ¿ven ustedes esa caseta de vigilancia de ahí fuera? ¿Ese control por el que han tenido que pasar, donde están los policías militares? Eso indica un perímetro federal, básicamente, el de una base del ejército. Donde están retenidos, contra su voluntad, diez mil ciudadanos norteamericanos. ¿Quieren hablar sin rodeos de sacrificios? ¿De las cosas a las que ellos han renunciado? Han renunciado a sus casas. Han renunciado a sus barrios. Han renunciado a sus mascotas. Olvídense del racionamiento de la gasolina: han renunciado a sus coches, se les niega la libertad de viajar, la libertad de reunirse al caer el sol, la libertad de ganarse la vida, de estudiar una carrera universitaria, incluso de tener una cuenta bancaria o de comunicarse por escrito con sus parientes sin que un censor lea cada una de sus palabras. De modo que sí, señora, si Frank Roosevelt me da el visto bueno para ofrecer a estos ciudadanos tres tiras de beicon todas las mañanas y un revuelto con dos

huevos de verdad, lo voy a hacer. Además de dos hamburguesas por semana. Y chuletas de cordero de vez en cuando. Eso debería responder a su queja sobre lo que es y lo que no es justo. En cuanto al camión de mantequilla… ¿Teniente Svevo? ¿Alguna idea sobre la queja por el desperdicio?

—Sí, señor…

Svevo se volvió hacia las mujeres y añadió:

—Una vez más, la información que nos traen es correcta. Se trataba de la entrega que recibimos el lunes desde Bishop de doce mil copas de helado congelado Dixie. De tres sabores.

—¿Del tipo napolitano? —preguntó Schiff.

—El mismo.

—Mi preferido.

Refriégaselo por las narices.

—Da la casualidad —prosiguió Svevo— de que, después de descargar el helado y meterlo en nuestro congelador, Harvey, así se llama el conductor…, Harvey comentó que al sistema de refrigeración le pasaba algo raro y resultó que tenía razón, se había roto la correa de un ventilador, así que llevamos el camión al parque de vehículos que, como usted sabe, señor, está detrás de la estación de bomberos…

—Que no se ve desde la carretera —aclaró Schiff.

—Que no se ve desde la carretera…

—…eso significa que quien les ha informado a ustedes de estas cosas —les dijo Schiff a las mujeres— no es alguien que, por casualidad, pasaba en coche por la carretera, sino alguien de dentro, con toda probabilidad alguien del pueblo a quien hemos contratado. ¡Betty!…

Apareció la secretaria de Schiff.

—Betty, tenga la bondad de traerme la lista del personal contratado en el pueblo… —Dirigiéndose a Svevo preguntó—: ¿Cuántos puestos de trabajo ofrecimos en el condado?

—Cuarenta y ocho.

—Cuarenta y ocho —repitió Schiff—. ¿Y cuál era la situación

laboral de esas cuarenta y ocho personas antes de que viniesen a trabajar a Manzanar?

—Estaban desempleadas, señor.

—Y al contratar a esas cuarenta y ocho personas que, en realidad, no parecen muchas, pero para que vean ustedes las cosas en perspectiva: después del DALA, que es el principal empleador del condado, ¿dónde quedamos nosotros?

—En segundo lugar, señor. El segundo. Somos el segundo empleador más importante del condado, por delante del propio condado, que emplea a treinta y cinco personas…, tres sheriffs, doce maestros y no sé qué más.

(Con aquello podían organizar una gira, pensó Svevo. Montar un espectáculo.)

Betty regresó al punto y le entregó a Schiff un papel.

—Gracias, Betty. Ah, fíjense, está por orden alfabético, qué práctico. —Miró a su público—. Creo, señoras, que saben cuánto me he esforzado en mi trabajo, me reuní en privado y en grupo con sus representantes civiles y religiosos, así como con los comerciantes y las familias, para asegurarnos de que pudiéramos conseguir todo esto, poner en marcha este mandato según los deseos del presidente, sin rencores, sin sospechas ni prejuicios. Y con el beneficio añadido de cuarenta y ocho nuevos puestos de trabajo para la comunidad, cuarenta y ocho personas del lugar que antes estaban desempleadas y que ahora tienen el privilegio de trabajar para el Órgano de Reasentamiento de Guerra, un organismo federal, y todo el prestigio y el honor, así como las estrictas limitaciones, no lo olvidemos, que ello trae consigo, limitaciones tales como la Ley Federal sobre Traición y Secretos de Guerra —se lo estaba inventando—, que prohíbe a los trabajadores civiles difundir información obtenida en el curso del desempeño de su empleo. Pero en fin, la naturaleza humana es lo que es, trabajamos mucho todo el día, volvemos a casa, estamos cansados, queremos cenar bien, relajarnos y hablar de cómo nos ha ido la jornada. «Irse del pico manda barcos a

pique», no cabe duda. Pero al «irse del pico» también se infringe la ley, así que voy a leer esta lista y ustedes me van a decir qué persona o qué personas de esta lista han estado sembrando rumores sobre lo que ocurre en este campo. Bajo pena de la ley federal.

(Svevo le dio a Schiff una patada en la pierna, pero ni con eso lo detuvo.)

—Althea Addams, 62, Independence, bibliotecaria jubilada.

—Es nuestra señora de los libros —le recordó Svevo.

—Pero ¿será nuestra chica?

Las dos mujeres, impávidas, parecían indicar que no.

—Harold Attwater, 56, Lone Pine, auditor del condado jubilado.

—Uno de los míos —dijo Svevo—. Lo contraté yo. Lleva la contabilidad.

Una vez más, las mujeres, heladas, indicaron que no.

—Ah, miren a quién tengo aquí, Donald Aukamp, hijo, 19, Lone Pine…

—Lleva las existencias en el economato —apuntó Svevo.

—¿Diecinueve años? ¿Por qué no está reclutado?

—El chico tuvo la polio… Ya lo ha visto…

Schiff miró a la señora Aukamp.

—¿Son ustedes parientes?

La mujer se tomó su tiempo para contestar.

—Es mi hijo.

—Pues muy bien… ¿Tengo que leerles el resto de los nombres?

Obviamente, no.

—Así es la vida —dijo Schiff—. Curioso, ¿no? La otra noche eso mismo comentábamos el teniente Svevo y yo… —Svevo, títere fiel, asintió—. Tomemos, por ejemplo, el apellido «Aukamp», a ver si adivino, podría ser alemán o flamenco, tal vez holandés, ¿quién soy yo para cuestionarlo? Y «Engroff», otro apellido alemán; «Schiff» es alemán, sin lugar a duda, no es el

verdadero apellido de mi padre sino el que le puso el funcionario de Migraciones en la isla de Ellis, y aquí tienen ustedes al teniente Svevo, i-ta-lia-no, comentábamos la otra noche qué pasaría si Frank Roosevelt, Dios no lo quiera nunca, pero qué pasaría si el presidente Roosevelt se despertase mañana y dijese, ¡Dios mío, no solo estamos en guerra con los japoneses, también estamos en guerra con Hitler! ¡Y con Mussolini! Con Italia y Alemania, así que detengamos a toda la gente con apellidos alemanes y antepasados alemanes y parientes en Alemania y encerrémosla en campos de internamiento como hemos hecho con los japoneses y, de paso, detengamos también a todos los italianos… Quiero decir que, en virtud de nuestros apellidos y nuestros antepasados, el teniente Svevo y yo iríamos a parar definitivamente a un campo de internamiento y usted también, señora Aukamp, y su hijo, a menos que el apellido sea holandés, y usted también, señora Engroff, y millones, repito, millones de nuestros conciudadanos norteamericanos de origen alemán acabarían en cautividad, ciudades enteras perderían a la mitad de sus habitantes, sería el caso de Lone Pine, sin ninguna duda, he visitado el cementerio y, como ustedes saben, la mitad de las almas allí sepultadas son alemanes de primera generación. ¡No quedaría nadie! Aparte de las tribus indígenas, claro…, y los ingleses, los franceses y los españoles…, esto volvería a ser la América de las colonias…

—…y los negros —dijo Svevo.

—Eso es.

—…y los polacos.

—Sí.

—Y los griegos.

—Creo que ha quedado…

—Y los escandinavos.

Schiff puso las manos sobre el escritorio y, apoyándose en ellas, se levantó:

—…encomiéndense al cielo por que nuestro presidente no

piense así… todavía. —Pasó al otro lado del escritorio y empezó a arrearlas—. Muchas gracias a las dos por dedicar parte de su valiosísimo tiempo a informarnos de sus pensamientos y sus preocupaciones…

Y cuando las tuvo en la puerta:

—…de modo que *usted* —le dijo a la señora Aukamp— hablará con su hijo… y *yo* también hablaré con él, y si no entiende lo que le digo o si incumple las normas federales, rescindiré su contrato de trabajo. —Sonrió.

—Haciendo amigos a diestro y siniestro —observó Svevo cuando se quedaron otra vez solos.

—Vaya a hablar con el chico —le pidió Schiff—. Respetará el uniforme.

—A diferencia de su triste traje gris.

—¿Qué ha pasado con Ikeda?

—Lo más probable es que no supere las pruebas físicas…

—Entonces, ¿el rumor es cierto? ¿Lo de la unidad de japoneses?

Svevo se encogió de hombros.

Schiff se sentó a su escritorio.

Svevo no se iba.

—Tengo que preguntárselo —empezó a decir—. ¿Qué vamos a hacer con lo del viernes?

Schiff pensó que quizá bromeaba:

—Eterna pregunta —dijo. Pero su sarcasmo cayó en saco roto.

—Es Pésaj —dijo Svevo—. La Pascua judía.

—Sé lo que significa Pésaj, Jay. Lo que no sé es por qué estamos hablando de eso.

—Hablamos de eso porque creo que deberíamos celebrarla.

Schiff se lo quedó mirando.

—¿Por qué?

—Porque es mi fiesta judía preferida.

—¿Tiene una fiesta judía preferida?

—¿Usted no?
—No.
—Y si la tuviera, ¿no sería la Pascua?
—No.

Recuerdos espontáneos —«parientes» de discutible procedencia, pellizcadores de carrillos, tías que apestaban a *schmaltz*, hombres calvos con tufillo a arenque en escabeche— amenazaron con ensombrecerle el ánimo.

—¿Tiene usted presente que somos los únicos judíos en tropecientos kilómetros a la redonda?

—Por eso tenemos que observar la fiesta. Sobre todo aquí…, en este lugar. Este año.

—¿Le ha dado un ataque? —Svevo se resistía a sus bromas—. ¿Dónde diablos va a encontrar…, cómo se llama?

—¿Matzá?

—…una Hagadá.

—Tengo una. Haremos lo siguiente…

—¿No deberíamos contar con más como nosotros, un minyán o así?

—Yo me encargo, usted dígame solo que vendrá. Tenemos que hacerlo este viernes…

Se produjo un alboroto delante de la oficina de Schiff y Sunny entró en tromba, seguida por una obstinada Betty, que le iba soltando, no puede, de ninguna manera, no…

Schiff se puso de pie abruptamente, levantó la mano para imponer calma y dijo «Está bien, la conozco», en un tono del que Betty sospechó que encerraba un significado oculto, aunque retrocedió, obediente, y salió.

—¿Qué es eso de entrar en tromba —le dijo Schiff a Sunny— como si fueras la dueña del garito?

Qué finura, se dijo Svevo. Será divertido.

—Dos palabras: *comida callejera* —anunció Sunny.

—¿Tú qué sabes de la comida callejera? —preguntó Schiff.

—Sé mucho.

—¿De dónde, de las dos manzanas de la calle Principal de Lone Pine?

—He visitado varias ciudades.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

Svevo le lanzó a Schiff una mirada suplicante con la que le preguntaba, ¿Qué hace, hombre?

—Nueva York —contestó Sunny—. Y París.

—¿París, en Francia?

Sunny se volvió y dijo:

—Hola, teniente Svevo, me alegro de verlo otra vez.

—Lo mismo digo, señorita Rhodes —contestó Jay.

—A este —dijo ella inclinando la cabeza en dirección a Schiff pero sin mirarlo— hace un tiempo lo invitaron a cenar a nuestra casa.

—Recuerdo esa noche a la perfección —dijo Svevo.

—Y llevó un regalo.

—Qué finura.

—Un libro de cocina.

—Qué adecuado.

—…de segunda mano.

—…vaya.

—…con anotaciones suyas.

Jay se dirigió a Schiff y le preguntó:

—¿Se puede saber qué le pasa?

—Es un libro descatalogado. Un clásico.

—¿Y tenía que llenarlo de anotaciones?

—La verdad es que eso no me importó —dijo Sunny, y por fin miró otra vez a Schiff—. Era interesante y siento haber tardado tanto en darle las gracias, pero no empecé a leerlo hasta anoche y entonces se me ocurrió la idea: estas mujeres necesitan cocinar.

—¿Qué mujeres?

—Las de aquí… Todas las mujeres que están aquí, esta gente

necesita la comida a la que está acostumbrada, comida que tenga un significado para ellos…

—¿Sugieres que no los estamos alimentando?

—De ninguna manera sugiero eso…

—¿…o que el beicon y los huevos de la mañana y la sopa Campbell del almuerzo no significan nada para ellos?

—¿Me vas a escuchar?

Svevo fingió que tosía para ocultar la sonrisa con la mano.

—…intento decirte algo importante…

—¿Insultándome?

—¿Cómo que te insulto? Ni siquiera estoy hablando de ti, estoy hablando de desregular lo que come esta gente…

—…esta gente…

—…y de devolver a sus vidas un poco de placer, el contacto con comida no institucionalizada…

—Sunny, si necesitan comprar golosinas, tienen un economato.

—A eso me refiero exactamente: no a si lo necesitan, sino a cuando lo necesitan…, cuando necesitan un bol de sopa casera como la de su madre, cuando un familia quiere preparar la receta de ñame de la abuela…

—¿Ñame?

—…los ñames asados se venden mucho en las calles de Japón… no te me distraigas con los ñames…, digamos el arroz, entonces, el arroz tal como están acostumbrados a comerlo en casa; he hecho los cálculos, aquí habrá más o menos unas tres mil mujeres casadas…

—Tres mil ciento setenta y dos —precisó Svevo.

—Suponte que montamos una cocina común en un barracón libre donde treinta mujeres puedan preparar a diario la comida de la familia.

—¡Alto, alto, alto! —exclamó Schiff.

—Podrían darles a sus familias comida casera y podríamos hacer que hubiera carritos…

—¿Nosotros? ¿Quiénes? ¿A quién te refieres con nosotros?

—Me pediste ideas.

—Sobre nutrición. Sobre una salsa de carne mejor. Galletas más ricas…

—¿Quién insulta a quién ahora?

—No puedes irrumpir en una propiedad federal y actuar como si fueses la dueña…

—Tú me lo pediste…

—De todos modos, aunque pensara que tu idea de montar una escuela de cocina…

—Una cocina comunitaria…

—…fuese sobre ruedas, que en cierto modo las lleva… para eso no tengo dinero en el presupuesto.

—Yo sí.

Se quedaron de piedra:

dos tipos parlanchines, enmudecidos de repente por la escueta confesión de una mujer.

Cualquiera pensaría que las experiencias de Cas con los pretendientes de la alta sociedad habían dejado claro que a los hombres les gustaban las mujeres con rentas propias, pero no a aquellos dos, aparentemente, porque ambos adoptaron expresiones de masculinidad ofendida, como si ella les hubiese metido mano y retorcido algo íntimo. De pronto los dos hombres decidieron levantarse bien erguidos para demostrar quién era más alto.

—¿Qué problema hay? —preguntó Sunny.

Schiff repasó mentalmente a toda velocidad la lista de empresas asociadas al Órgano de Reasentamiento de Guerra —General Mills, Chase & Sanborn, P&G, Pet Milk, Pillsbury…, por no mencionar la que se llevaba la parte del león, el DALA, en cuyos terrenos tenía puestos los dos pies—, pero esquivó la pregunta de Sunny diciendo:

—No hay barracones libres.

—Sí que los hay —intervino Svevo—. Dos.

Hasta Sunny vio las ansias asesinas en los ojos de Schiff cuando este contestó:

—Son barracones extra, Jay. Ya lo sabe.

—De acuerdo. ¿Extra para qué?

—Para… ampliaciones.

—Entonces no son para animales de compañía.

Se vengaba de él por el asunto de Jimmy Ikeda, Schiff lo sabía. O porque Schiff no había dado saltos de alegría ante la idea de celebrar la Pascua judía.

—¿Le gustaría enseñarle uno de esos barracones? —preguntó Schiff de forma harto significativa.

—¿A usted no? —contestó Svevo. Punto y juego.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Y yo no?

—Muchachos, me crie con un hermano, así que lo entiendo —les recordó Sunny—, díganme dónde están los barracones y ya voy yo a echarles un vistazo…

—Están cerrados con llave. El teniente Svevo estará encantado de dejarte entrar en uno, ¿no es así, Jay?

—Encantado —dijo Jay—. Tengo el jeep fuera.

—Después —le dijo Schiff a Sunny—, puedes redactar un plan formal.

—No intente amedrentarme, señor Schiff, sé redactar…

Por los clavos de Cristo, pensó Svevo, que ahora mismo se presenten estos dos a una prueba para una película de Frank Capra. Con escapada romántica.

—¿Por qué no la lleva usted a dar una vuelta y le enseña las instalaciones? —le preguntó el teniente a Schiff cuando Sunny salió a esperarlo—. Pensé que le gustaba…

—¿De dónde ha sacado eso?

—Amigo mío, me está matando…

—Como usted es un hombre casado y demás… Puede preguntarle cosas. Sobre el novio…

—*Nueve* Pascuas judías podríamos celebrar, *diez*, que sea un

minyán, y ni con eso llegaría a devolverme lo que me debe solo por lo de hoy…

El barracón se encontraba en el extremo oeste del campo y, mientras Jay cortaba camino por el parque de vehículos dejando atrás los tanques de combustible, los soldados le hacían la venia de pasada gritándole, ¡Dodge! ¡Eh, Dodge! Al oírlo, Sunny le preguntó:

—¿De dónde sale el apodo?

—Soy de Brooklyn. Allá tenemos un pequeño equipo, a lo mejor habrá oído hablar de él, se llama Brooklyn Dodgers.

—¿Quién no ha oído hablar de Pee Wee Reese y del Ebbets Field? ¿Y de Red Barber? ¿Y de Johnny Allen? ¿Y de Dixie Walker?

—¡Hay que ver con la rubita!

—En Lone Pine también tenemos radios, teniente. Con la Serie Mundial mi hermano no salía de casa, estaba pendiente de cada palabra que decía Red Barber…

—No ha de ser tan malo ese hermano suyo si sigue a los Dodgers…

Una sombra surcó la cara de Sunny y Svevo recordó que Schiff le había contado algo sobre Pearl Harbor, algo de aquel hermano, e instintivamente alargó la mano para tocarla, pero no lo hizo, recobró la compostura con un «lo siento».

—No se preocupe… Es…, en cierto modo es agradable oír que alguien habla de él como si siguiese vivo.

—Habrá sido horrible para sus padres…

Otra sombra.

Mierda estuvo a punto de decir Svevo.

Dos de dos, pensó, en la jerga de Red Barber.

Sunny cambió de tema:

—Antes aquí había manzanos —explicó—. Por todas partes…

Se detuvieron junto a un barracón solitario a cincuenta metros

de la alambrada. La tierra había sido nivelada y no mostraba señales de vida a pesar de la estación, pero los pocos manzanos que quedaban en pie habían florecido.

Svevo rebuscó entre sus llaves e hizo lo que incluso a él le parecieron comentarios estúpidos sobre las medidas tomadas para impedir que los niños holgazanearan y entonces los dos vieron el candado roto, la puerta entornada y, justo pasado el umbral, en el suelo, un pequeño muladar de colillas y botellas de cerveza vacías. Y una vela. Ya se sabe, pensó Svevo, para crear *ambiente*.

Vaya, dijo.

Le dio a un interruptor, cuatro bombillas desnudas proyectaron una tenue luz en las esquinas.

—Es grande —dijo ella—. Más grande de lo que parece por fuera.

—Trate de meter a seis familias y enseguida se hace pequeño.

Sunny caminó hasta el fondo y volvió: imaginó dos encimeras, una cocina, superficies de trabajo.

—¿Hay agua? —quiso saber.

—Dos fuentes ahí fuera pero, caray, estos son terrenos del dala y si hace falta pueden poner aquí el Niágara… El propano es fácil de traer, así conectamos las cantinas…

El teniente vio que Sunny le daba vueltas al asunto y cómo de repente se fue a la puerta y salió.

—¿Qué me dice de todo este terreno de aquí, qué se podría mon-tar?

—¿Qué necesita montar?

—Mesas de pícnic. Lugares donde hacer fuego.

—¿Como un parque urbano donde las familias asan salchichas? El no de los bomberos está más que asegurado, querida mía, todo esto es de pura madera…

Para sorpresa de Svevo, Sunny se sentó en la plataforma elevada que daba acceso a la puerta. ¿*Nos sentamos*?, se

preguntó él, y se acomodó a su lado, a prudente distancia.

—Dígame una cosa, ¿quién es este? —inquirió señalándole el anillo del anular de la mano izquierda.

—¿Este? —dijo ella tocando el anillo—. Es mi hombre.

—Ajá. ¿Y dónde está?

—Aquí mismo, en realidad. En estas tierras.

¿Se habrá muerto?, se preguntó Jay.

—Aquí es donde vivía, en una casa que estaba justo ahí… —Señaló—. Con su abuelo.

Y se sumergió en los recuerdos del pasado, algo que a Svevo le pareció estupendo, no solo por la información que podía reunir para Schiff…, sino porque la chica le caía bien.

—Como le decía, antes de que Los Ángeles viniera al norte y comprara toda la tierra, todo esto, todo esto que ve, Manzanar, era una gran plantación cultivada por el señor Mendoza, que tenía un puesto de manzanas en la carretera. Bueno, era mucho más que eso, era una especie de *bodega,** como la llamaba él. El único lugar entre Lone Pine e Independence donde se podía conseguir leche, chicles o un paquete de cigarrillos…, tortillas frescas, *masa.** Rocky, mi padre, le compraba manzanas en otoño (Tops destila su propio calvados) y se empeñaba en traernos a Stryker y a mí al menos una vez por semana a comprar cosas que no necesitábamos para «honrar el negocio». En fin, que en una de esas ocasiones pasamos por aquí y nos encontramos con el nieto de Mendoza, *Jeis*.

—Eso no es un nombre.

—El diminutivo de *Jei-sus*.

—Sigue sin ser un nombre.

Sunny cerró el puño y lo golpeó fuerte en el hombro.

—Esnob. Se llama Jesús, un nombre español.

Svevo casi se ahoga:

¿O sea que el «novio» de la *shiksa* se llamaba Jesús?

A Schiff le iba a dar un infarto.

—Novios de la infancia…, sé de qué va. —Levantó la mano izquierda para presumir de alianza—. Lo saben todo de nosotros —. Sin embargo, había notado que el anillo de ella tenía pinta de regalo que viene en una caja de Cracker Jack—. Perdone que le diga que el suyo parece un pelín provisional.

—Ya, sí, teníamos trece años.

—Ilegal, en la mayoría de los estados.

—Nos casó Stryker. Un día en el comedor. Con los perros de testigos.

Sunny se dio cuenta de que llevaba años sin hablar tanto con un extraño, sin contar a Schiff.

y el teniente tenía razón en una cosa: todas las personas a las que ella quería la conocían de toda la vida… o de casi toda su vida. Al menos desde antes de que fuera adulta.

—¿Y cuándo van usted y él a hacerlo permanente?

—Ya es permanente.

—Sabe a qué me refiero.

Sunny nunca había contado la historia fuera de la familia, e incluso en la familia casi nunca se mencionaba el Incidente y, cuando ocurría, se hacía solo en términos escuetos.

¿Debía abrirse con los extraños? ¿Quién lo hace? De acuerdo, decidió ella, veamos qué opina un extraño:

—El viejo Mendoza nunca fue dueño de estas tierras, se las arrendaba a un vejete local llamado Eddy, que se las vendió a los muchachos del agua y ellos lo dejaron quedarse, provisionalmente, para que cultivara sus manzanos… El *abuelo** muere y Jeis se hace cargo de esto durante un tiempo, todavía era un chico, hasta que los muchachos del agua deciden que a estas tierras se les puede dar un uso mejor, para transportar agua al sur, así que lo ponen de patitas en la calle y él se viene a vivir con nosotros.

—¿Dónde estaban los padres de Jeis?

—En el Valle Central. Eran temporeros… En fin, que cuando terminé el bachillerato, Tops me dio una parte de mi herencia y

con eso abrí el Lou's. Compré el edificio. Tuvo que firmar Tops porque yo todavía era menor…

—¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho.

—Impresionante.

—Stryker había estado a malas con Tops todo el año… Tops quería que fuese a Stanford o a alguna otra universidad y Stryker no quería saber nada de eso, andaba por ahí holgazaneando hasta que le llegase la hora de largarse de aquí…

—¿Para hacer qué? ¿Dónde?

—Para ser actor en Hollywood. Eso ponía negro a Tops. Jeis había conseguido plaza en la Universidad de California, en Davis, para estudiar Agronomía (Tops lo iba a ayudar con los gastos), mientras tanto, ese verano, vinieron al pueblo a rodar una película, *Aníbal*, y había trabajo.

—Esa no la he visto.

—No llegó a hacerse… Y un tipo llamado Bobby Kaye…

—¡He visto a ese imbécil esta mañana!

—…es el tipo que la noche en que usted y yo nos conocimos se fue del Lou's sin pagar…, en fin, que resulta que el tal Aníbal fue alguien real, tuvo que ver con los romanos y cruzó los Alpes con elefantes, Tops conoce la historia. Total, que Bobby Kaye decide rodar aquí la película porque tenemos montañas que, según él, son como las auténticas montañas romanas.

—Los Alpes.

—…y se trae sus propios elefantes. Tres. El tipo es tan agarrado que planea usar los elefantes por turnos, filmarlos en fila, parar la cámara, retroceder, filmar a los mismos tres elefantes arreglados de otro modo, etcétera, etcétera.

—Yo hubiera hecho lo mismo —razonó Svevo.

—Stryker consigue un papel de soldado romano (tenía un montón de frases) y a Jeis, como se le dan muy bien los

animales, lo contratan como *mahoot*. —Cuando Jay la miró, ella aclaró—: Es una palabra de verdad, teniente, así llaman a los adiestradores de elefantes.

—Porque el tal Kaye es demasiado agarrado para conseguir a un auténtico *mahoot*…

—*Exacte*.

Eso yo no lo hubiera hecho, se dijo Svevo.

—Kaye estaba apoyando la carrera de una *ingenue*, no me acuerdo de cómo se llamaba, que cuando todo esto acabó empezó a fumar de todo, y el hombre se ponía tan celoso cuando alguien se acercaba a ella que, entre toma y toma, la tenía en cuarentena en el hotel Indie de Independence en vez de alojarla aquí, en el Dow, donde el equipo de rodaje podía comérsela con los ojos… Una golosina para mi hermano. Que conste que la chica era guapa y eso, pero el hecho de que fuese fruta prohibida la hacía irresistible. En fin… en nuestra familia usamos coches utilitarios, camionetas… Cas, mi tía, tiene un Woody, pero el tal Eddy, el que vendió estas tierras a los muchachos del agua, se había comprado un Cadillac descapotable, de esos clásicos y enormes, que usaba solo para pasear por la calle Principal en los desfiles del Cuatro de Julio. Al morir él, su viuda lo guardó bajo llave en un garaje, y a mi hermano se le ocurrió la gran idea de robarlo una noche para ir a Independence a impresionar a la princesa. Tiene una gran cita con ella, hace lo que fuera que hacía Stryker con las mujeres (hubo bebida de por medio) y a altas horas de la madrugada, de regreso a Lone Pine, acaba con el Caddy en una de las anchas cunetas de los muchachos del agua. Atascado. No puede salir. Imagínese ahora que usted es Stryker: ¿qué hubiera hecho?

Svevo tardó dos segundos en decir:

—Iría a buscar a mi mejor amigo, el *mahoot*, y uno de esos malditos elefantes.

—¿Lo ve? ¡Es igual que él!

—Estamos cortados por el mismo patrón.

—Stryker camina medio kilómetro hasta el granero donde vive Jeis con los elefantes… Un detalle que debería saber de ellos dos es que Jeis habría ido a donde fuera, al fin del mundo, por Stryker. Eran hermanos. Así que agarran unas cuerdas y uno de los elefantes, el más grande, el macho, y se van zanqueando de vuelta a la cuneta en plena oscuridad, atan el Cadillac a Jumbo y lo sacan. Espectacular: muy típico de Stryker. Y cuando, medio dormidos, vuelven para Lone Pine, Stryker en el Caddy muy, pero muy despacio, pegadito a Jeis y Jumbo, ¿quiénes aparecen, de patrulla, con luces y armas? *Los muchachos del agua*. Lo que pasó después solo se lo he oído contar a Jeis, y sus recuerdos de aquella noche son bastante vagos: dos muchachos del agua en su vehículo (habrá visto usted que esos van por aquí como si fuesen un ejército privado), dos tipos, Snow, el primero, el buen tirador, todavía anda por aquí…

—Lo he visto, el repulsivo.

—El otro, su compañero de entonces, era McCloud. Jeis dice que venían del norte, de atrás, haciendo luces con los faros y gritando ¡están en una propiedad privada! y ¡alto! Jeis jura que no conseguía que el elefante lo obedeciera, el animal se puso como loco, daba vueltas, se encabritó y Snow apuntó bien, disparó y siguió disparando, le dio a Jeis en la pierna, no en el hueso sino en la arteria que hay ahí, Snow tiene mucha puntería (por aquí todo el mundo sabe que trabajaba en rodeos), total, que alcanza a Jumbo y el bicho cae, y cuando digo que cae es porque cae redondo encima de él, de McCloud, de su vehículo, los aplasta.

—Joder.

—McCloud murió en el acto.

—¡Joder!

—Stryker no se enteró, no podía enterarse en ese momento, lo único que sabía era que Jeis estaba herido y que sangraba mucho…

—Es como el chorro de una fuente, una vez vi a un tipo en Brooklyn desangrarse en la calle de una puñalada en el muslo…

—…así que va y mete a Jeis en el Caddy y lo lleva a Las Tres Sillas, para intentar salvarle la vida.

Sunny calló para tomar aliento:

—Tiene que saber que mi padre, allá por los años veinte, trató de volar el acueducto, una noche fue a Alabama Gates, las esclusas al final de la carretera, con unas bombas caseras e intentó volarlo. Causó algún destrozo, nada importante. Desde entonces, durante los años treinta y hasta ahora, se ha enfrentado a ellos en los tribunales por lo que le hicieron a este valle. He perdido la cuenta, tal vez han sido quince juicios contra el DALA. Ni siquiera viene al Lou's porque atiendo a los muchachos del agua que se hospedan en el Dow. No me guarda rencor, creo que me respeta por eso, pero no da el brazo a torcer, se niega a ser cliente de su hija y a poner los pies en el Lou's. La suya es una enemistad mortal, primitiva… Y ahora le cuento lo que yo guardo en la memoria de aquella noche: la casa empieza a cobrar vida. Me despierto porque oigo a Cas yendo y viniendo, me levanto, salgo, me encuentro a Stryker y a mi padre gritándole, hecho un basilisco, todo pasaba muy deprisa. Stryker al menos tuvo la sensatez de usar el cinturón para hacerle a Jeis un torniquete en la parte alta del muslo, pero Jeis estaba inconsciente… Lo metimos en el Woody de Cas… y a la que me di cuenta, se habían ido, los dos. Se los llevó Cas, créame cuando le digo que conduce más veloz que el viento…, y se los lleva a Escondido, donde tenía un viejo amigo del mundo de la música, un empresario teatral, dueño de una mansión en la costa donde podían ocultarse.

»McCloud está muerto, el elefante está muerto, a Snow se lo llevan inconsciente a L.A. y por la mañana, cuando aparece el sheriff y pregunta si sabemos dónde puede andar Jeis, Tops miente. Con Stryker no había ningún problema, claro, porque no había nada que lo relacione con el lugar de los hechos, pero un

animal del que se hacía cargo Jeis había matado a un hombre. La cosa llega a los tribunales y resulta que Bobby Kaye no había asegurado el elefante, así que el dueño lo demanda. Y él demanda a Jeis. Mientras, Snow se despierta y dice que Jeis estaba ahí y, de paso, que recuerda haber visto a Stryker, así que, aunque Tops contrata a los mejores abogados, emiten contra Jeis una orden de detención *in abstentia* por homicidio involuntario. Stryker se va a dedo hasta San Diego esa misma semana y se alista en la Marina. En cuanto Jeis puede andar, el amigo de Cas se lo lleva en barco de vuelta a México. Una vez allí, Jeis adopta una nueva identidad con el apellido de su madre.

—¿O sea que ya no se llama Jesús?

Ella no se ríe.

—¿Por qué no se fue con él esa noche?

—Debería haberme ido, no vaya a creer que no me fustigo por eso…, pero nunca se me pasó por la cabeza que no los volvería a ver…

—Pero ¿no se ven?

—No lo suficiente. Ni siquiera podemos escribirnos. Lone Pine es un pueblo tan pequeño que el sheriff tiene a la jefa de la oficina de Correos vigilándome la correspondencia… La ventaja de todo esto —con un ademán señaló Manzanar— es que ahora nuestros cultivadores de California se han quedado sin recolectores, la mano de obra de la comunidad japonesa está encerrada y las grandes granjas del Valle Central han atraído la mano de obra inmigrante que, desde México, desborda la frontera con braceros y Jeis ha vuelto sin que nadie lo reconozca. Y está cabreado. Por las condiciones de trabajo. Politizado. Quiere sindicarse.

Sonaron las sirenas que indicaban el segundo turno del almuerzo y una oleada de movimiento se desbordó entre los barracones como una marea. Una decena de niños se abalanzó en dirección al jeep de Svevo como si se tratara del postre

mientras cantaban, ¡Dodger! ¡Coca-Cola! ¡Helado!

(Sunny se fijó en que la atracción era una hielera de la parte de atrás del jeep de Svevo.)

—Antes repartía botellas de Coca-Cola, hasta que me enteré de que las vendían —le explicó Jay—. Ahora les doy helado y tienen que comérselo o se les derrite…

Los niños lo presionaban.

—Está bien —dijo—. Pero solo si habéis terminado de almorzar…, ¿qué habéis comido?

Sándwich de Bolonia.

—Melocotón de lata. Leche chocolatada. Pasas.

—¿Nada caliente? —inquirió Sunny.

Sopa de tomate.

—¿Nada verde?

Salada de col, dijo uno de ellos.

Sunny se puso de pie y dijo Volveré andando, Jay, gracias por todo. Y él contestó:

eh, ¿me harías un favor? Busco unas hierbas amargas.

—¿Quiere envenenar a alguien, Jay?

—Pésaj…, es este viernes por la noche.

Ninguna reacción por parte de ella.

Una fiesta judía:

—Me faltan algunos ingredientes…, en realidad me falta todo para la comida…

—Bueno, tengo un huerto y cocino. Venga mañana por la mañana a la casa y llévese lo que quiera…

Temprano, recalcó ella. A las 7.30, acordaron. Él le preguntó otra vez si quería que la llevara de vuelta a la entrada principal, pero hasta él adivinó, al ver a Sunny alejarse a grandes pasos, que el paisaje y ella estaban enfrascados en alguna conversación recordada.

Cuando ella era niña, en ese rincón del huerto debía de haber cien, doscientos o trescientos árboles… Apenas quedaban veinte

o treinta, los habían arrancado casi todos los muchachos del agua cuando tomaron posesión de los terrenos, no habían querido ocuparse de trabajos extra —el cultivo, la plantación— que no fueran recoger la escorrentía de la sierra, la cosecha gratuita de H_2O. Aun así, los árboles que quedaban resplandecían con su velo nupcial de flores y el leve aroma a manzanas verdes. Sunny arrancó una flor con forma de estrella y se la puso sobre la lengua. Una mujer de mediana edad y otra mucho mayor, que iban bajo una sombrilla, se acercaron; al parecer, daban un paseo posprandial, y la más joven le preguntó a Sunny:

—¿Qué tipo de árboles son?

—Manzanos.

—Ah. *Ringo* —le dijo la más joven a la mayor—, *ringo no ki…* manzanos. —Dirigiéndose a Sunny, añadió—: Esperábamos que fuesen cerezos. Flores de cerezo. *Sakura*. Como en Japón.

—No, solo manzanos —dijo Sunny—. Como en el jardín del Edén.

La mujer se mostró sorprendida.

—Ja. Qué chistosa.

Y las dos se echaron a reír como solo hacen los exiliados.

El campo que tenía frente a ella se desplegaba con su repetitiva cuadrícula de barracones y más barracones: 14 por manzana; 36 manzanas; 504 barracones en total. Dejó atrás una sala de planchado y una lavandería; una letrina de hombres y una ducha de mujeres delante de la que se veía una fila ordenada de chanclas de goma. Un hombre rastrillaba la arena; otro colocaba adoquines alrededor de su «patio». La jardinería consiste en conservar lo humano frente a la desesperación, recordó haber leído en alguna parte. O quizá fuera una de las citas de Cas. La gente había cultivado sus parcelas, metido tierra en latas vacías

rescatadas de los muladares de la cantina. Cuando dobló la esquina por uno de los cortafuegos, una pelota azul rebotó escalera abajo y rodó delante de ella. La recogió y se giró para ver a un niño —un bebé, en realidad— a cuatro patas en el suelo del barracón, cerca de la puerta abierta, donde colgaba un cartel escrito a mano, LA VILLA DE LOS NIÑOS.

Sunny había entrado y le había devuelto la pelota al bebé cuando una mujer que trabajaba en un rincón, dándole la espalda, dijo:

—Pasa, ya les he dado de comer a todos, solo me falta cambiar los últimos dos pañales, pero a ver si puedes conseguir que nuestro señor «V» pare de chillar, ¿quieres?

Sunny miró alrededor.

había al menos una docena de bebés en esos moisés individuales (o como se llamasen), algunos más mayores estaban sentados en parques, algunos en cunas más grandes…, y un pequeño tirano de cara enrojecida —¿sería el mencionado señor «V»?— berreaba en su cesta y pateaba como una mula a la que le hubiera picado una abeja. «Eh, calma», le dijo Sunny. Apenas había tenido en brazos a dos o tres criaturas en toda su vida. «Yo tenía un hermano igualito a ti, enfadado con el mundo desde el primer día.» Levantó el bebé sujetándole la cabecita con cuidado. «No callaba, lloraba, chillaba y daba la lata hasta que… ¿Sabes lo que pasó? Nuestro padre hizo una *mecedora*, sí, señor, y después le hizo un *caballito balancín…»* Mecía al pequeño de atrás adelante. «Y mi hermano empezó a mecerse así. ¿Y sabes qué pasó? Dejó de llorar…, como tú ahora…»

Miró a la cara a la mujer que le había hablado cuando entró en el barracón; ahora la tenía enfrente, acunando a otro bebé.

—Disculpe —dijo la mujer—, no me he fijado en quién era, pensaba que se trataba de una de nuestras chicas.

—Soy una chica.

—Pero no una de las nuestras. Usted es caucásica. —Y añadió,

más amable—: Usted es la de las naranjas, ¿no? La señora que repartió naranjas el primer día…

—Sí, la misma. La caucásica utilitaria… —Sonrió para que el comentario jocoso fuese bien recibido—. Que se alegra de poder ayudar… —Tendió la mano y se presentó—: Sunny.

—Rose Ito.

Se estrecharon la mano; continuaron acunando a los niños.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de guardería? —preguntó Sunny.

—El orfanato.

Sabía lo que era un orfanato, pero:

—¿Cómo es posible?

—Éramos un orfanato, un orfanato católico en activo en San Francisco, cuando llegó la Orden…, y ahora estamos aquí. Sin los curas. Solo nosotras, que no somos…, bueno, ya sabe, caucásicas.

Sunny miró otra vez alrededor y observó algo que antes no había notado: todas las criaturas tenían matas de pelo negro.

—Pero si son bebés… Esto no está bien.

Rose soltó una carcajada y dijo:

—Gracias por confirmarlo…

—¿Cuántos hay?

—Treinta y cuatro.

—¿Y usted se encarga de todos?

—Hay otra enfermera, Yuko, ahora mismo está con los mayores almorzando… Casi todo el tiempo esto está plagado de *mamasans*… Hay momentos en que da la sensación de que todas las mujeres del campo están aquí metidas, créame, estos niños son los más mimados de la reserva…

El señor «V» se había agarrado al dedo de Sunny y la miraba.

—Le cae usted bien —dijo Rose.

—Necesitaba un poco de atención, nada más.

—No, usted le gusta. —Y añadió—: No lo nota, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no noto?

—Que es mitad y mitad.

Sunny no lo entendió.

—Mestizo —recalcó Rose—, ¿no lo nota ahora que se lo he dicho?

Sunny se sintió incómoda.

A ella todos los bebés le parecían iguales.

Y todos los bebés japoneses…

—El pelo —le advirtió Rose—. Fíjese en los ojos…

Ni así:

Sunny no notaba la diferencia.

—¿Cómo se llama el pequeño? —quiso saber.

—No lo sabemos. Lo llamamos señor «V», no es uno de los nuestros de San Francisco, nos llegó del centro de tramitación de Santa Anita. Cuando lo aceptaron, el único dato que tenían era una enorme letra «V» escrita en el dorso de una mano y en la planta de un pie, supusieron que para identificarlo con la «V» de «varón». El señor «V»… Esperamos que su mamá o su papá nos lo notifiquen…

—Pero ¿cómo es posible…, cómo ha sido…?

—La gente se muere. Los padres enferman. A algunos padres los mandaron a los campos de Justicia y separaron a las familias… Todos los centros de información…, el de Santa Anita y los demás, son zoológicos, tendría que haberlos visto…, es un milagro que no se hayan perdido más niños…

—¿Qué puedo hacer? Quiero ayudar…

Echó otro vistazo alrededor y por primera vez vio una batería de calentadores eléctricos de biberones y dos refrigeradores:

—¿Necesitan comida? ¿Qué les dan de comer?

—El equipo de la cantina ha sido fabuloso… ¡Lo que entra está bien, pero lo que sale nos causa pesadillas! ¿Quiere ayudar? ¡Ayúdenos a lavar pañales! Yo trabajo dieciocho horas al día…

En los barracones no había váteres con cisterna, Sunny lo sabía. Solo en las letrinas compartidas; y no había más que una,

una por sexo, por cada catorce barracones. Apenas podía imaginar cómo se las arreglaban esas mujeres para lavar tantos pañales sucios:

Necesitaban un sitio donde sentarse:

—Voy a conseguirle algo de contrabando… No, haré algo mejor, ¿conoce al teniente Svevo?

—Todo el mundo conoce a Dodge.

—Me voy a asegurar de que se las entregue personalmente mañana por la mañana…

—¿De qué se trata?

¡Ay! Váteres no, seguro.

tres mecedoras talladas a mano.

Sunny pasó la tarde en el Lou's preparándose para recibir al grupo de la cena, si así podía llamarlo: su número mermaba pese a que los muchachos del agua, con una especie de retorcido sentido de la justicia, seguían siendo clientes fieles, y aunque la guerra había impuesto las inherentes restricciones económicas a eso de comer fuera, algunos vecinos seguían acudiendo de vez en cuando para aprovecharse de su genial destreza en los rebozados con poco huevo, y entre los camioneros de larga distancia de la Ruta 395 se había ido corriendo la voz de que si querían comida decente debían parar en el Lou's. No se trataba del público con el que ella había soñado en sus fantasías de restauradora —las de empresaria—, porque daba de comer a gente que no distinguiría una *sauce soubise* aunque estuviese nadando en ella, pero se despedían de ella con un «Gracias, señorita» y, al parecer, se iban con el ánimo henchido, además del estómago. Prácticamente les regalaba la comida, apenas cubría gastos, ni siquiera se sacaba un sueldo, semana tras semana iba echando mano de su herencia, que era bastante abultada como para aguantar en el futuro inmediato, había que reconocerlo, pero, si iba a seguir en el negocio de regalar

comida, había otras formas de hacerlo y gente más necesitada a quien dársela.

Cerraría el Lou's mientras durase la guerra —todavía no y no del todo—, permitiría a Vasco llevar un local para la distribución clandestina de desayunos y fiambreras preparadas entre los muchachos del agua y las cuadrillas de trabajadores de Lone Pine, y ella se dedicaría a enlatar, envasar y etiquetar sus salsas y sus quesos y sus mantequillas y a tratar de conseguir así unos ingresos (por mínimos que fuesen) que compensaran las pérdidas.

De vez en cuando, en noches como esa, al volver tarde a casa (maldito fuera Svevo y su visita temprana de la mañana siguiente; era uno de los únicos motivos por los que regresaba en coche a Las Tres Sillas a esas horas y no se quedaba en Lone Pine, en su cuarto encima del Lou's), alcanzaba un estado —era lo que tenía conducir— de reflexión sobre sí misma, y se decía Bien por ti, Sunny, ten en cuenta que estás tratando de ganarte la vida, ¿acaso tu padre hizo algo así alguna vez? No.

Para ella ese era un punto delicado:

aunque no por eso amaba menos a su padre.

No había luz en el Gran Salón —probablemente Tops estaba leyendo en su estudio—, y se fue a la cocina y a los estantes de libros de recetas:

Pascua judía: ardua búsqueda entre las recetas habituales de los libros de cocina cristianos franceses, cristianos ingleses, protestantes norteamericanos: hay que remontarse al siglo XVIII y a esos autores culinarios a los que Thomas Jefferson azuzaba para que fuesen más inclusivos y apuntasen las *receipts* más inusuales, las *recettes* menos conocidas (de ambas palabras, tanto *receipt* como *recette*, que significan «dinero recibido», deriva el término «receta»), lo que prueba que, ya por entonces, los cocineros buscaban sacar provecho y rezaban para que les pagaran por el esfuerzo.

PASCUA JUDÍA: Ligada a la luna llena pascual, celebración anual de los creyentes judíos con la que conmemoran su historia mosaica de huida de la esclavitud, el éxodo de Egipto a la tierra prometida, y que mantiene muchas tradiciones asociadas a dicho acontecimiento (el pan ácimo, las hierbas amargas, que representan el sufrimiento; y el agua salada, que representa las lágrimas). Se deja una silla vacía para el PROFETA ELÍAS y una copa de vino sin tocar servida para quienes no están presentes (LOS MUERTOS). La comida recibe el nombre de SÉDER y se sirve en una vajilla especial para tales ocasiones. Durante la comida se vuelve a contar la historia del Éxodo y se plantean cuatro preguntas. Entre los platos tradicionales cabe destacar los huevos duros y asados sumergidos en agua salada, el perejil sumergido en agua salada, la *maror* (hierbas amargas), el matzá y el *jaroset* (un preparado dulce a base de nueces y fruta).

Aquello tenía más de castigo que de comida festiva, aunque a Sunny le gustaba la idea de la silla vacía y se preguntó cuáles serían las cuatro preguntas.

En el *appartement* de Cas todavía había luz y Sunny se encontró a su tía sentada en la cama, según su costumbre, con el libro y la ginebra a mano.

—Hola, botoncito, ¿cómo va la floreciente metrópolis de Lone Pine *ce soir*?

Sunny se tendió junto a ella:

—¿Qué sabes de la Pascua judía?

—Aquello fue terrible. Terrible. Una época atroz para ser egipcio. *Plagas*… diez en total, incluidas (si no me falla la memoria de los tiempos juveniles en que iba a la iglesia) úlceras y ranas. Dios en el apogeo de su inventiva.

—¿Tú ibas a la iglesia?

—…iba con mi madre cuando era una mocosa. La única ocasión de estar con ella. Todos los domingos. Me encantaba… Pero bueno, de lo que sí me acuerdo es de que toda el agua de Egipto se convertía en sangre, eso está en un pasaje del libro del Éxodo que a tu padre le encanta citar…

—Pero ¿qué sabes de los alimentos que se toman en la Pascua judía?

—Que son un poco menos asquerosos que las plagas. En cuanto a exquisitez se refiere. Por completo incomestibles. ¿A qué viene el interés…, será por el señor Schiff?

—…por alguien que no conoces.

—Conozco a todo el mundo.

—El teniente Svevo.

—Conozco al teniente Svevo.

—¿De qué conoces tú al teniente Svevo?

—Organiza nuestras partidas de póquer.

—No les estarás quitando a estos pobres granjeros todo lo que ganan, ¿verdad?

—Jugamos por cerillas. Las fuerzas armadas del Tío Sam no ven con buenos ojos apostar. Supuse que Svevo sería un italiano papista normal y corriente.

—Aparentemente no. Me pidió que lo ayudara con la comida para el Séder. —Lo pronunció «sídar»—. Vendrá mañana a primera hora.

—Me vestiré.

—Siempre te vistes. Nunca se te ha visto desnuda, Cas.

Fuera de guion: Sunny debía de tener algo en mente; Cas esperó.

—Hoy he conocido a una mujer interesante —se atrevió a decir al fin Sunny.

Voilà, concluyó Cas. Prematuramente.

—Dirige el orfanato. En el campo hay un orfanato. Con huérfanos de verdad…

Difícil adivinar en qué pensaba su sobrina.

—Eso está mal —dijo Sunny.

—Por mi parte no hay discusión —dijo Cas. Y siguió esperando.

Uno supone que lo que le cuentan en momentos como ese son

las cosas importantes, pero Cas sabía que no era el caso.

—Voy a cerrar el Lou's.

…et voilà.

—…no del todo, no mañana, pero pronto.

—Ah —dijo Cas.

—…no me lo puedo permitir. El pueblo no puede mantener el tipo de restaurante que quiero dirigir. Y menos en tiempos de guerra.

—Entiendo —dijo Cas—. Pero cariño, necesitas cocinar.

—Lo sé.

—No serás tú si no cocinas.

—Estás repitiendo justo lo que yo misma me digo.

Pues muy bien.

¿Qué más?

Observó a Sunny frotarse los ojos. Aquí viene, pensó.

—No creo que…, creo que Tops actúa como si pensara que Stryker no está muerto —dijo Sunny.

Esa sí que no la he visto venir:

—No estoy de acuerdo —dijo Cas.

—No ha hecho el duelo.

—Hazme caso, botoncito, si te digo que es mejor que no veas a tu padre hacer duelo. Lo sé por experiencia. En ese sentido, creo que ha aprendido, todos hemos aprendido una lección.

—Pero no ha dicho…, no dice nada. No ha hecho nada. Creo que necesita un ritual. Creo que todos debemos crear un ritual para él.

—Ah —repitió Cas. Las piezas empezaban a encajar:

—Como hacen los judíos con la silla vacía —dijo Sunny— o como hacen Pie y tía Lupe cuando limpian con agua la tumba de *maman.*

—Pie y la tía Lupe no se inventaron ese ritual. Un ritual se hereda, no surge del aire…, como Venus…, que, perdóname, salió del mar hecha y derecha.

—¿Pie y la tía Lupe no *empezaron* el ritual del agua?

—Por Dios, no, botoncito, hace siglos que se limpian las tumbas, desde la Edad Media, desde antes de Cristo.

—Creía que empezaron a hacerlo porque, bueno, por la polio…

—Empezaron a hacerlo porque sus abuelas se lo enseñaron.

—O sea que no se lo inventaron.

—No se lo inventaron.

—Me gustaba más cuando creía que se lo habían inventado.

—Es lo malo de crear un ritual, que puede morir contigo. Crees lo que necesitas para mantener viva la cosa.

—Pero si le dijera algo a Tops sobre…, yo qué sé, sobre una conmemoración…

—…no.

—O que nos sentemos y hablemos…

—No. Es algo que tiene que hacer él solo.

—¿Y tú has hecho algo?

—Yo sí. ¿Y tú?

—Pues no.

—Entonces, ¿de quién estamos hablando realmente?

Sunny se quedó un rato mirando el techo vacío:

—¿Estás conforme con la idea de que Stryker ha muerto? —preguntó al fin.

—De ninguna manera.

—Pero lo crees.

—Desde el primer momento lo supe. Sin lugar a duda.

—En mi caso es distinto: sigo sin entender cuál es la historia que hay detrás, si es que la muerte de Stryker es una historia… Sigo sin entender el argumento. Sin encontrarle sentido…

Sunny guardó silencio. Cuando volvió a mirar a Cas se quedó sorprendida:

—¿Te estás poniendo colorada?

—No…, bueno, *peut-être*, un poquito.

Sunny había tardado años en certificar que lo que parecía una erupción pasajera en medio de la frente de Cas era, en realidad, su manera de demostrar vergüenza; no se trataba del sonrojo de toda la cara, como le ocurre a la mayoría de las personas, sino de un punto culminante que, desde lo alto de la nariz, se derramaba como una gota de vino tinto en una alfombra blanca.

—¿Por qué te pones colorada?

—No te lo digo.

—Ahora tienes que hacerlo.

—Me incriminaría. Además, no está relacionado con el hilo de nuestra argumentación.

—¡Cas!

—De acuerdo, de acuerdo, ten presente que hemos empezado con lo del Éxodo, que, por cierto, deberías leer para encontrar las respuestas a tus preguntas sobre la Pascua judía…

—Déjate de rodeos…

—Está bien. ¿Te acuerdas de la noche del verano pasado que Humphrey Bogart vino a cenar? ¿Y de la película que rodaban aquí?…

—*El último refugio*.

—¿Y de que vino con John Huston…?

Volvió a ponerse colorada:

—Nunca lo había dicho… Estoy completamente gagá por ese hombre.

—¡Cas!

—Me pones delante de él y, como la *raclette*, he nacido para derretirme…

—¿Delante de Humphrey Bogart?

—De Huston, por el amor de Dios. Qué hombre tan encantador…, rezuma sexo. No sé si durante la cena te diste cuenta, pero fui incapaz de hablar. Incapaz de beber, Humphrey no paraba de repetirme Querida, sostienes esa copa de ginebra como si fuese ácido, pero yo estaba *paralizada*, aquel hombre

causaba en mí un efecto *paralizante*. En fin, se pasaron la noche charlando, creo que tú te habías ido a la cama, y ellos seguían charlando, esos actores hablaban de sí mismos y de actores que conocían y de la industria del cine, y en un momento dado John, lo llamaré John, nos estaba explicando qué constituye un buen drama, qué hace que una historia sea buena, y va y dice En la literatura/la dramaturgia/lo que sea solo existen dos argumentos, DOS, y os diré cuáles son. PRIMERO: Alguien desaparece…

Stryker, pensó Sunny.

—SEGUNDO: Un forastero llega al pueblo.

Schiff.

Diez mil forasteros.

Cas dijo:

—Miré mi copa y me la bebí de un trago, el arrojo que da el alcohol, y dije «Señor Huston, si quiere un argumento paradigmático (usé la palabra "paradigmático"), no tiene más que buscar en la Biblia».

»Eso los hizo callar:

»…para empezar, no había abierto la boca en toda la velada, y cuando lo hago voy y hablo como el reverendo Cotton Mather. Entonces dije «En cuanto al argumento, imposible mejorar los dos primeros libros del Antiguo Testamento. En el primero, el Génesis: NACES. En el segundo, el Éxodo: TE VAS.

»Bueno…

»Se callaron todos. Entonces John, me entusiasma llamarlo así, John se apoya en el respaldo del asiento y suelta su característica carcajada irlandesa, esa que deja los dientes al descubierto y se oye de aquí a Independence, y después se inclina muy cerca de mí, me agarra la mano, yo casi me muero, y me dice, "Naces/Te vas, tesoro…". Fue el primero y el último que me ha llamado "tesoro", y va y repite "Naces/Te vas…, tesoro, eso no es un argumento…, eso es un obituario".

Sonreía ensimismada al recordar aquella noche, pensó Sunny,

más que nada por cómo la había tocado ese hombre.

—De modo que sí —dijo Cas—, ve a leer el Éxodo, allí aprenderás lo que necesitas saber sobre la Pascua judía.

Sunny se levantó, se acercó a su tía, se inclinó sobre ella y la besó.

—Un ritual, viejita mía —le dijo—. Acostúmbrate.

—Jamás.

Sunny empezó a retirarse y, al llegar a la puerta, se dio media vuelta:

—¿Hay una Biblia en esta casa?

—En el comedor —le indicó Cas—. En el aparador. Cerca de las *Obras completas* de Shakespeare.

—¿La hemos abierto alguna vez?

—Déjame pensar… —Sunny lo vio claro, su tía se pavoneaba —. Ay, cielos. Sí, me sorprende que no lo recuerdes. Stryker la usó para hacernos jurar vuestro amor el día que os casó a ti y a Jeis con aquella ceremonia…

Naces/Te vas, recitó Sunny mentalmente.

…pero en algún momento, en mitad de todo eso, el chico te besará por primera vez.

Todas las muchachas de Svevo eran miembros del ejército — altamente cualificadas; inteligentísimas— y desde el principio Schiff había sido el beneficiario sin queja de su eficiencia, pero cuando por fin se trasladaron del hotel Dow a las oficinas del campo, él quiso que su presencia en la puerta principal —su cara — fuese civil, así que él, Svevo y todas sus muchachas corrieron la voz en la comunidad; cuando el plazo estaba a punto de vencer, se presenta Betty, poco formada y a menudo pasada por alto, y pese a que su potencial había permanecido inexplorado a lo largo de su breve vida profesional, dejó claro desde el principio que si decidían contratarla —cosa que esperaba que hiciesen— había Una Condición: debía librar los viernes por la

tarde. Incondicionalmente. Todos los viernes debía salir a las cuatro y media como máximo.

Otro jefe le habría preguntado por qué; Schiff no lo hizo.

podría haberlo hecho si el trabajo de Betty hubiese perdido calidad o si hubiese surgido algún motivo para despedirla, pero no fue el caso, y durante los primeros viernes a las cuatro y media, desde detrás de una mesa limpia y despejada, la chica había anunciado que se iba para aparecer todos los lunes media hora antes de su hora, de modo que esa noche, cuando la vio ahí aparcada con su abrigo de tela fina y su sombrerito, sosteniendo el bolso delante de ella como un salvavidas, se vio obligado a preguntarle ¿Por qué sigue aquí? Ya son las cinco.

—No se me permite marcharme hasta que lo lleve a la fiesta, a las cinco y media en punto. Con esta camisa limpia. —Betty la señaló.

Él miró en su dirección.

Vio una camisa planchada colgada de una percha en la puerta que los separaba.

—Esa camisa no es mía —observó él.

—La han enviado de una de esas tiendas finas de Chicago. He tenido que planchársela. Es de vestir. Se supone que debe ponérsela para la fiesta del teniente Svevo.

—¿Qué fiesta?

—Su fiesta judía. Lleva todo el día ajetreado con eso. Y no se me permite marcharme hasta que lo lleve allí. Con esa camisa.

—Betty, el teniente Svevo no es quien dicta aquí las normas, las dicto yo.

Eso es lo que usted cree.

Betty no se marcharía —no lo haría— hasta que él se hubiese cambiado de camisa, se hubiese domado el pelo con agua y lustrado los zapatos con agua y cepillado el traje y lavado la cara y ni siquiera así se marcharía hasta que la tienda que Svevo había montado para la cena de la Pascua judía estuviese a la vista y entonces cruzaría corriendo la entrada principal hasta el

Oldsmobile negro de finales de los años treinta, que la esperaba aparcado al otro lado de la carretera, y se montaría en él de un salto mientras que Schiff lo vería partir, rumbo al norte, a toda velocidad.

Cuando enfilaba hacia la tienda de la Pascua judía se le unió una familia de tres miembros a los que reconoció de la admisión, aunque no recordaba sus nombres: un hombre norteamericano de origen japonés, de unos treinta y pico, que llevaba una guitarra cruzada a la espalda; su esposa caucásica, que estaba ahí por voluntad propia; su hija mestiza, de ocho o nueve años.

Schiff se acordaba de ellos porque la mujer era judía.

Ella lo saludó con una sonrisa y entonces Schiff recordó cómo se llamaba:

—Esther —dijo.

—¡Imagínese, celebrar nuestra Pascua en un lugar así! —Trató de comportarse como si acudir a una tienda del ejército de Estados Unidos para el Séder fuese lo normal en esos tiempos—. Le presento a Kenji, mi marido, y a Rachel, nuestra hija.

—Qué bonito vestido, Rachel —observó Schiff.

Era rosa. Con muchos volantes.

—Es mi vestido para el afikomán —dijo la niña—. Me lo ha comprado el teniente Svevo. Voy a buscar el afikomán. Soy la niña del afikomán…

Svevo se había agenciado una tienda de primera (Schiff no iba a formular las cuatro preguntas sobre el dinero —¿cómo? ¿dónde? ¿quién? ¿cuánto?— en una noche en que había otras cuatro preguntas que formular y responder), una tienda elevada con suelo de madera y un porche de gala donde esperaba emperifollado con una chaqueta del ejército marrón chocolate, irradiando su mejor lado Eisenhower (si Eisenhower pudiera ser italiano. O judío).

—¿Ha escondido el afikomán? —preguntó Rachel.

—Sí.

—¿Será difícil encontrarlo?

—Me pediste que no te lo pusiera fácil…

—…el año pasado fue demasiado fácil, mamá lo escondió encima de la mesa envuelto en una servilleta…

—Este año no está encima de la mesa, eso sí te lo puedo decir…

—Pero ¿podré encontrarlo?

—Ve a mirar, eres una chica lista, me juego a que vas a descubrir mis trucos en un periquete…

Schiff se resistía a entrar; bonita camisa, le dijo Jay.

Schiff vio un grupo dentro de la tienda —Caswell Rhodes, el reverendo Leslie— de pie, hablando, y, de repente, se sintió incómodo. Los Séders anteriores no lo habían preparado para interpretar el papel de adulto —hacía años que no asistía a uno — y de aquel rito anual recordaba, principalmente, a su tío Marty asomado a la ventana de la cocina rallando rábano picante para que las mujeres no se desmayasen, y a sí mismo, que, como el más pequeño y más amado, haciendo de buscador del afikomán seis gloriosos años seguidos hasta que su temido primo David lo destronó. Eso era todo.

—Si cuenta conmigo… —empezó a decirle a Jay.

—No cuento con usted.

—…para intentar siquiera leer en hebreo…

—Está todo controlado, hombre. Lo único que tiene que hacer es darme las gracias después.

En la «sala» había dos largas mesas, una repleta de comida, dispuesta a lo ancho de la «pared» del fondo; la otra, perpendicular a la primera, colocada en el centro, puesta con los sitios ya designados, velas encendidas y ramilletes de flores. Aunque las dos estaban cubiertas con lo que su ojo de experto en restaurantes identificó como manteles blancos de hilo fino, Schiff también advirtió que en la mesa del Séder habían usado intencionadamente la «porcelana» y la «plata» normales y corrientes de la cantina y que las sillas eran todas del ejército.

Menos la que debía quedar vacía: una mecedora tallada a

mano. Hecha por Rocky, reconoció Schiff.

Los invitados se habían reunido en la mitad delantera de la tienda, bien provistos de bebidas por unos «camareros» (suboficiales del ejército) a los que Svevo sin duda —Schiff tuvo miedo de preguntar— había pagado generosamente. Además de Caswell Rhodes y el párroco, con quien Schiff se había encontrado varias veces desde su primera visita a la casa parroquial, había otro capitoste cristiano —¿congregacionalista?— a quien había conocido pero cuyo nombre se le resistía —Dunst, el pastor Dunst— y una pareja, los Oelbaum —¡judíos!—, que Svevo había descubierto en Bishop y que se habían desplazado para la ocasión equipados con un clarinete (él) y un acordeón (ella), y una pareja persa, los Yentob, del pueblo de Olancha, a unos treinta kilómetros al sur, y que, según supo Schiff, regentaban el tenderete de carretera de venta de frutas y nueces donde habían parado a comprar pistachos en el viaje con Hauser y Macauley de hacía tantas (unas pocas) semanas…

Qué pequeño es el mundo, se oyó declamar.

Hablaba como un imbécil, lo sabía.

El señor Yentob (Omar) había llevado una botella de jarabe de dátiles de su propia cosecha (un regalito de nada, insistió) y se lo entregó a Schiff («chef», pronunció), quien, en vez de sostenerla en la mano, buscó un lugar donde depositarla en la larga mesa con el bufé, y allí al fin vio, en primer lugar, a Jimmy Ikeda vestido como un auténtico camarero con una chaqueta almidonada de chef y la cabeza rapada cubierta con una servilleta de tela, y, en segundo lugar, toda la panoplia de oportunidades gustativas que se ofrecían, cada una de ellas, en contraste con la espartana decoración de la mesa, ornamentada y profesionalmente dispuesta en cacerolas de hostelería con sus tapas combadas y sus calentadores de alimentos, con la discreta lata Sterno de combustible y su llamita, tal como eran en los viejos tiempos los almuerzos dominicales del salón del Drake.

—Jimmy —tenía que preguntárselo (el muchacho parecía

haber vuelto a ser el de antes)—, ¿lo has preparado todo tú?

—Eh, no, lo ha traído la jefa. Sabe un rato esa señora. Muy buena.

Sunny.

tendría que haberlo adivinado porque delante de cada cacerola de hostelería se veía un cartelito doblado con sus rótulos escritos en tinta violeta (¡el mismo color que usaba él!): *sopa con bolitas de matzá, hojas de parra rellenas, ensalada de pepino con eneldo y capuchinas, pecho de ternera estofado con* knishes*, pollo asado con miel, uvas y pétalos de rosa, guisantes con flores de cebollino, alcachofas fritas con flores de zanahoria blanca*, *pilaf de pistachos*, kugel *de patata, ensalada de remolacha con alcaravea y menta, pieles de cítricos confitadas, tarta de almendras de harina de matzá con expreso glasé*.

El plato con el *jaroset* indicaba incluso los ingredientes:

MANZANAS ralladas de MANZANAR
NUECES picadas de OLANCHA
MIEL DE AZAHAR DE OLANCHA
Canela
CALVADOS DE LAS TRES SILLAS

Lo primero que hay que hacer, le había dicho Svevo el primer día, es averiguar quiénes son los expertos.

lo segundo es dejar que te hagan el trabajo.

Para convencer a Sunny de que hiciese todo aquello —a ella le gustaba cocinar, a eso se dedicaba y era una genia— a Svevo le bastó con lanzar los dados: fue a su casa, según lo planeado, a las 7.30, y lo primero que se encontró el teniente fue a los perros y a él no le gustaban los perros —¿a qué persona de Brooklyn que se respete a sí misma le gustan?—, y lo segundo, una vez dentro: una oscura guarida con olor a café europeo. Aquel sitio era una maldita mansión, él no tenía ni idea, y cuando ella, en la

estela de los perros, lo condujo hasta la cocina y lo hizo sentar frente a una taza de expreso, casi se había olvidado por completo de que, en alguna parte, existía un mundo en guerra. Svevo había llevado seis cajas de matzás. La rubita se sentó frente a él con una maldita libretita y empezó a acribillarlo a preguntas sobre la comida del Séder: cuáles eran los requisitos, qué recordaba él, qué guardaba en su memoria sensorial, sus platos preferidos… y confeccionaron una lista de tradiciones —el *jaroset*, etcétera—, y en un momento dado ella le preguntó por los matzás. ¿De dónde venían los que él había llevado? Y Svevo le contestó «De Brooklyn, bueno, en realidad, de Queens», y entonces ella abrió una caja para probarlos y le dijo No puede ser.

Saben a…

¿tiza?

Cartón.

Sunny le hizo hablar de la *alegría*, joder, de las cosas que lo habían hecho feliz en el Séder cuando era niño, y él se puso a describirle el pecho de ternera y a hablarle de la sopa de pollo y los *knaidlach* que no debían hundirse como piedras sino flotar y que no se podía tomar masa fermentada ni nada fermentado porque esa noche los judíos tenían prisa por largarse de Egipto (eso es lo que representaba el matzá, el pan ácimo), por eso Sunny no podía preparar los *knaidlach* de la sopa con levadura, y la clave estaba en la receta de la madre de Svevo: se mezcla la harina de matzá con agua carbonatada y así flotan. Y por Dios que no sean grandes como testículos —disculpe la grosería—, algunas mujeres de mi barrio hacían los *knaidlachs* grandes como pelotas de béisbol, cuando la clave estaba en *la exquisitez*: pequeños y elásticos. Además del pecho de ternera también podía haber pollo. Algo con patata. Tartas preparadas con harina de distintos cereales sin levadura. Remolachas. Las remolachas siempre eran grandes. Pepinos. La rubita le había

preparado *pain perdu* y zumo de naranjas navelinas exprimidas a mano y entonces entró la vieja, la tahúra, y la rubita empezó a preguntarle cuál de las vajillas de porcelana de su colección (!) sería la más adecuada y la vieja meneó el dedo para decirle que no y que estamos en guerra, que no le vas a servir la cena al condenado rey de Inglaterra. Fue entonces cuando Jay las invitó a las dos y la rubita le dijo que no porque tenía trabajo y la vieja dama le dijo que sí. Y ahí fue cuando entró el viejo seguido de más perros *goy* y preguntó qué vinos pensaba servir.

Jay se quedó casi hasta las 9.30, tuvo que cargar en el jeep unas mecedoras para entregárselas a Rose Ito, del orfanato, y después salió de ahí sin más certeza que su confianza ciega en que la rubita cumpliría con algo, con todo aquello, en menos de treinta y seis horas.

Con una cuchara del ejército dio unos golpecitos en una copa del ejército para pedir a los invitados que se sentaran a la mesa, y, como habían acordado, los Oldbaum arrancaron a interpretar «*Shabbat shalom*», que sonó a *klezmer* casi auténtico, y luego, con todos sentados, dirigió diestramente al grupo a través de la Hagadá, algunos de cuyos pasajes había mimeografiado. Jay pronunciaba el hebreo de un modo distinto de como lo hacían los padres de Schiff —la familia de Jay era sefardita; la de Schiff, asquenazí—; pese a ello, el antiguo sonido se le metió dentro hasta tocar una fibra íntima y, sin querer, sintió una oleada inexplicable de emoción y se quedó ahí sentado muy quieto esforzándose por que no se desbordara. Degustaron las hierbas amargas con su explicación; probaron el *jaroset*; se formularon las cuatro preguntas —y se respondieron—, Rachel encontró el afikomán debajo del cojín del asiento de la mecedora que habían dejado libre para Elías (con eso se daba a entender que, si el profeta se hubiese presentado, se habría sentado en ella…); se sirvió la sopa con bolas de matzá y, aunque estaba sentado a su lado y ella se mostraba muy atenta con él y muy conversadora,

Schiff solo conseguía responder «sí» o «no» o «coincido con usted» a todos los comentarios que le hacía Esther. Jay los condujo por las partes más difíciles de la tradición oral, después comieron con entusiasmo y a continuación le pidió a Cas que leyera un texto de su elección —le había pedido que preparase algo laico pero adecuado para celebrar la supervivencia y a los seres queridos ausentes, los amigos ausentes— y Cas le entregó un libro al reverendo Leslie y le dijo «Reverendo, sonará mejor en la voz de un hombre, si es tan amable, para nuestros amigos de Inglaterra y Francia», y el reverendo Leslie se puso de pie y leyó.

Schiff no sabía de qué obra de Shakespeare se trataba, pero reconoció que era de Shakespeare —no cabía duda—, esa en la que el rey (el que fuese) les dice a sus hombres «Estos pocos, felices pocos, esta nuestra cuadrilla de hermanos», que la Historia no se olvidará de ellos por la forma en que lucharon ese día para salvar su nación…, y cuando el reverendo Leslie terminó la lectura, nadie habló más que el propio reverendo para pedir «Toque algo para nosotros, Kenji», y el marido de Esther empuñó la guitarra y les dijo «… señorita Rhodes, como ha comentado usted sobre Shakespeare, que esas palabras suenan más fieles en la voz de un hombre, a mí me gusta el sonido de estas en la de una mujer…».

Miraba a Esther mientras tocaba el puente de la canción y ella dijo «Ya veo lo que te propones, de acuerdo, vamos allá», y dejó que tocara la introducción y luego cantó (maternal, emotiva):

Soñé
que anoche
veía a Joe Hill,

vivo
como tú y yo.

Le digo,
«Joe, si llevas diez años
muerto…».

«No estoy muerto»,
dice él.

No estoy muerto, dice él.

La voz de Esther tenía raíces: nada de notas agudas. Solo fúnebres. Solo tierra.

«Los jefes del cobre te mataron.
A tiros te mataron, Joe», digo yo.

«No bastan las armas para matar a un hombre.»
Y Joe dice: «No estoy muerto».
Y Joe dice, no estoy muerto.

Kenji besó a su mujer, interpretó una serie de débiles acordes y cantó:

Esta tierra es tuya,
esta tierra es mía,
de California
a la isla de Nueva York,
del bosque de secuoyas
a la corriente del Golfo,
esta tierra es para ti y para mí.

Rachel batía palmas siguiendo el ritmo y, al estilo de Woody Guthrie, su padre se inclinó hacia ella y medio recitó y medio cantó la siguiente estrofa:

Seguí caminando y vi un cartel,

y el cartel decía *prohibido el paso*.
Pero del otro lado ¡NO DECÍA NADA!
Ese lado era para ti y para mí…
Esta tierra es tuya. Esta tierra es mía.

Tomaron el postre.

y Schiff oyó a Esther comentarle a Cas (ya que era de todos sabido):

—Su sobrina es una magnífica cocinera…

—Sí que lo es.

—Me gustaría saber cocinar.

—Y a mí que supieras —bromeó Kenji.

—Bueno, todos tenemos algo que nos gustaría saber hacer y no hay manera —dijo Cas—. En mi caso es bailar…, con mi tamaño…, mi pobre hermano tenía que acompañarme a todos los bailes. Eso sí, dentro del agua consigo algo parecido a la danza…, la sensación de volar.

—¿Es usted una nadadora competente, señorita Rhodes? —(El reverendo L.)

—¿Con estos brazos? Deberían convertirme en armamento, mi querido señor, mandarme a Hawái, tengo una propulsión que supera la de nuestros destructores… aunque, en realidad, lo que a mí me gustaría es bailar el tango.

¿Tango, ha dicho? A Cas le pareció increíble que Omar, el persa, se hubiese levantado (con la *nappe* de papel todavía colgada de la pechera):

—¿Quiere bailar el tango?

—Ya me gustaría, pero…

Nosotros lo bailamos. Tendió la mano a su mujer y añadió: Somos los mejores. Se volvió hacia los Oelbaum y les preguntó: ¿Saben tocar algún tango?

Claro que sí.

Les comentó algo sobre el número de compases y, antes de que nadie lograse entender qué estaba pasando, los Oelbaum

habían atacado ese estilo de tango que se oía en las calles de París, esa música de artista de esquina solitaria o —algo más auténtico— la que se cuela por una cortina de abalorios en los bares llenos de humo… Los Oelbaum se lanzaron de repente a tocar «La cumparsita» y los Yentob salieron a lo que pasó a denominarse la «pista de baile» de la tienda; para gusto de Cas, él ceñía a su pareja con excesiva fuerza, hasta que ella inclinó medio cuerpo hacia atrás, clavó la vista en un punto enigmático de la punta del pie y levantó el zapato en dirección a las nalgas, ¡qué brillantez!, exclamó Cas y la pareja se lanzó a bailar. La cosa continuó hasta que la señora Yentob murió de amor (eso le pareció a Cas), cayendo desmayada en el amenazante abrazo erótico de su marido y relajando el cuerpo para que todos la vieran mientras él la sostenía como quien arrastra un colchón a la propia cama: ¡Oh, bravo!, exclamó Cas.

Estos *goys*, se maravilló Svevo (aunque incluso él se había quedado boquiabierto con el baile): los invitas a tu fiesta y montan uno de esos espectáculos que no sabías siquiera que existiesen.

Antes de que lograse explicar el significado del brindis

L’shanah haba’ah b’Yerushalayim!

los invitados se habían puesto de pie, toqueteándose unos a otros con esa prudente distancia cristiana, diciendo ¡buenas noches!, como si se fuesen a dormir (menos Cas, que lo sujetó por los hombros y le dijo «¡Una velada efervescente!») y después se marcharon todos menos él, Jimmy Ikeda, los muchachos y Schiff, que apenas había abierto la boca en toda la noche.

Svevo ordenó a los muchachos que atacaran la comida antes de ponerse a limpiar, se hizo con dos copas y una botella de vino de Rocky, y se reunió con Schiff en el porche de la tienda, donde lo encontró sentado mirando el campo. En virtud de la prórroga

del toque de queda de Schiff, el campo era puro movimiento, ruidos de humanidad contenida.

—Realmente agradable —le dijo Schiff—. Muy, pero muy agradable.

—Yo creo que habría que exigir que incluyeran el tango en la Hagadá…

—Ha sido el mejor Séder de mi vida —detalló Schiff.

A Jay le pareció que sonaba achispado.

—Yo también estoy un poco borracho con este vino, me encantaría conseguir una botella de *dago rosso* de Rocky para llevársela a mi viejo a Brooklyn, su hígado italiano estallaría…

—¿Ahora lo llama Rocky?

—Fuimos juntos a su cámara de vinos, eso que cualquier hijo de vecino llamaría «bodega», pero él la llama «cámara». ¿Quién diablos usa la palabra «cámara» en la conversación diaria a menos que sea el gerente de un banco o el arquitecto del papa? Así que he estado en una cámara de vinos. ¿La ha visitado usted alguna vez?

—No.

—Así que puedo llamarlo Rocky.

—Magnífica fiesta, Jay. Memorable. Gracias.

—Dele las gracias a la rubita, ella se ha encargado de todo. ¿Ese *jaroset*? Ese es el primer *jaroset* que he podido comerme. Hecho por una *goy*. Imagínese. Es una joya.

—Una joya que ya tiene joyero.

—No estoy tan seguro de eso, hágame caso. Creo que hay algo falso en lo del novio ese.

—No me estará mintiendo…

—No le estoy mintiendo. Ella tuvo ocasión de irse con él y no la aprovechó. Yo solo digo que…, que creo que tiene usted margen de acción…

Schiff guardó silencio.

en el aire se oía el eco de la driza al rozar el mástil de la

bandera.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

Schiff se lo tomó con calma.

—¿Qué hace Betty todos los viernes para tener que salir a las cuatro y media?

—¿Quién es Betty?

—Betty. Mi Betty.

—¿De veras quiere saberlo? No le va a gustar. Tiene que irse a las cuatro y media para llegar a Reno a las once de la noche, porque es la estrella de un club en la función de medianoche. Canciones de amor. Se anuncia como «La chica volcánica».

—Mentira.

—... tiene que irse todos los viernes a las cuatro y media porque sale con un tipo casado, un vendedor, que pasa por aquí todos los viernes de camino a su casa, en Bishop, después de estar la semana fuera, y así pueden aprovechar al menos dos horitas de amor apasionado.

Schiff se lo quedó mirando.

—... tiene que irse todos los viernes a las cuatro y media porque su madre está en un asilo de Independence y si no llega antes de las cinco no le permiten llevarse a su vieja a casa a pasar el fin de semana y cepillarle el pelo y darle de comer.

Schiff paseó la mirada por los tejados de todos los barracones.

—Es por un tío, ¿no? —dijo al final.

—Siempre es por un tío —confirmó Svevo—. Siempre.

Dejaron pasar otro rato.

—Muy bien, amigo —dijo Svevo—, ¿hace falta que lo acompañe a casa?

—No, estoy bien.

Pero no se movió.

—De acuerdo, voy a telefonear a Beryl.

—Pero en Nueva York son casi las once...

—Me espera despierta. —Se levantó—. ¿Qué va a hacer usted?

—Me voy a alistar.

—¡Ay, joder! ¿Por qué?

—Por Hitler. —Le sonrió a Jay y añadió—: Siempre es por un tío.

—No lo haga, hermano, es usted demasiado inteligente, por el amor de Dios, es abogado, no un tipo cualquiera de la calle como yo, tiene que quedarse aquí, en una oficina de Washington redactando políticas o alguna de esas mierdas que después aprueban en el Congreso, y no haciendo de carne de cañón para algún imbécil general aliado del Viejo Mundo…

—Tengo que alistarme.

—No lo haga.

—Tengo que hacerlo.

—Eso es el vino. Ha estado raro toda la noche. Déjeme que lo acompañe a casa.

—Estoy bien.

—No, no está bien.

—Vaya a telefonear a Beryl. Dígale que Schiff le desea un feliz Pésaj… o lo que se suponga que debemos decir.

—El año que viene en Jerusalén, se supone que eso es lo que debemos decir.

—El año que viene en Berlín.

—Usted no va a ir a Berlín, hermano.

—El año que viene en Tokio.

—No se burle de esta noche.

—No me burlo, no me burlo… Lo único que digo es…, si esta noche pudiésemos dar la vuelta al mundo y preguntar a la gente, a toda la gente de todas partes, de la China, de la India, de París, de Egipto… *«¿Dónde quiere estar el año que viene?»*, ¿sabe lo que me juego que diría la mitad de esas personas?

—No.

—Yo sí lo sé. Lo sé, amigo. No contestarían «El año que viene en Jerusalén», seguro. Dirían lo mismo que yo… «Quiero estar

en…».

Donde sea menos aquí.

*

La construcción más antigua de la finca era una a la que todos llamaban la casita, escombros de la de un antiguo buscador de oro que se alzaba solitaria junto al lecho seco de un arroyo y que, según los cálculos de Rocky, databa de al menos medio siglo antes de su llegada. Se había derrumbado, pero los cimientos de piedra seguían en pie y, con el añadido de un segundo cuarto de adobe como despensa, lo había cobijado bien aquel primer año mientras planificaba su futuro. Por aquel entonces el arroyo fluía en invierno; una bomba manual junto a la puerta funcionaba en épocas de calor. Nada de electricidad, claro: agua y fuego, techo de tejas, suelo de piedra y cuatro paredes de yeso eran las únicas comodidades. Había clavado a las paredes las anillas de una hamaca, a una profundidad de veinticinco centímetros (con su tamaño no tenía más remedio) y subido el techo para no sentirse apretujado pero, al principio, la mayoría de las noches había seguido durmiendo en el saco bajo las estrellas y cerca del sonido del agua corriente. Ya se había enamorado, de Lou y de esas tierras, y había pasado los primeros meses solo, pensando y maquinando cómo fundir en uno esos dos amores distintos. Su padre había muerto la primavera anterior, en una calle de Manhattan, desplomándose como un mendigo tras renunciar su corazón al interés compuesto. Por su ropa y sus uñas cuidadas, los transeúntes se habían parado a ayudarlo y quizás el último instante de Punch (Rocky se había permitido fantasear con ello, aunque supiese que era imposible) había sido de gracia y (era una posibilidad muy remota) de gratitud. ¿Quién empieza de niño —quién empieza en la vida— pensando que la muerte acabará siendo nuestra mejor maestra? Tan importante como el amor, según había aprendido Rocky. Le

habría gustado que alguien se lo dijese: le habría gustado haber leído más sobre la muerte cuando era joven. La noticia de la muerte de Punch había ocupado las primeras planas de los seis periódicos de Manhattan, aunque a Rocky había tardado tres días en llegarle al Oeste (el telegrama tardó menos de una hora en llegar a la principal explotación minera de Cerro Gordo, pero luego hubo una búsqueda de setenta y dos horas a lomos de tres caballos por todo el valle). Más cuatro días en ferrocarril hasta Nueva York. Cas siempre había sostenido que Rocky se habría perdido el funeral del todo si ella no hubiese tenido la previsión de conservar a Punch en hielo, pero, aun así, Rocky había llegado demasiado tarde. Ni él ni Cas habían previsto lo que la muerte de su padre supondría para ellos —cómo les cambiaría la vida—, principalmente porque Punch nunca les había contado cuánto dinero había amasado, solo había hablado de cómo lo había adquirido, del entusiasmo de negociar, conseguir, tener, poseer, ganar. Eran sus únicos herederos. Había montañas de dinero. En los artículos de los seis periódicos habían calificado a Rocky como uno de los mejores partidos de Nueva York y a Cas como la undécima mujer más apetecible (léase rica) y casadera (léase vaca lechera) de la ciudad, descripciones que ambos habían encontrado alarmantes, sobre todo Cas, que, como su hermano, a partir del desierto sin amor que fue el matrimonio de sus padres había cultivado una rabiosa sed de romance y amor romántico y ya no se sentía en la obligación de confiar en cualquier hombre que, en vista de su escaso atractivo físico, se atreviera a interesarse por ella. Le resultó más fácil a Rocky aunque él, de todos modos, buscaba una vida hermética en el Oeste, pero ¿qué iba a hacer ella? Alguien debía ocuparse de la empresa familiar si querían mantenerla y Rocky había dejado claro que para él la Costa Este y Nueva York se habían terminado. Los dos habían luchado como colibríes, reemplazando el raudo zumbido de su aleteo por la velocidad de las palabras hasta que, con la ayuda de varios lacayos, vaqueros

y abogados, despojaron a Wellington Rhodes de todas las propiedades mineras, los materiales rodantes y el orinal comprado por Punch, a continuación se desprendieron de todas las posesiones de su padre por una cantidad que lo hubiera matado y cada cual se fue en busca de su futuro. Cas se había marchado a Escandinava, donde creía que los hombres eran a-l-t-o-s, con la esperanza de encontrar a alguno que jamás hubiese oído hablar de su herencia y pudiese enamorarse de ella por unas cualidades todavía sin apreciar y hacerla caer con todo su corpachón rendida a sus pies. De todas las propiedades de las que tomaron posesión solo conservaron dos, una para cada uno, para vivir en ellas. Cas había elegido la residencia de ladrillo rojo de Murray Hill, que había sido la dote de su madre; Rocky, las tierras del valle del Owens, en California. Vendieron la casa de la Quinta Avenida y la de Newport y cada uno se fue por su lado; se escribían todas las semanas pero nunca hablaban de la vida que habían dejado atrás ni visitaban el lugar donde sus padres estaban enterrados, a sesenta centímetros de distancia uno del otro, en el mausoleo familiar. Cas se había quedado con las joyas de su madre y le había dado la mitad a la mujer de Rocky cuando se casaron. Punch había acumulado también joyas —muchas de ellas se las había puesto una sola vez— y su colección de miniaturas de brocado y chalecos a medida quedaron en su vestidor de espejos colgando de un perchero cual prendas de elfo para lucir en una elaborada ópera. Rocky no soportaba ver todo aquello y le había pedido a Cas que dejara a los de la funeraria elegir el último vestuario. Los zapatos de su padre, con sus tacones atrevidos, lo habían deprimido. Los anillos de su padre. Sus fatuos guantes de cabritilla que no tenían otro fin que añadir una capa más entre Punch y cuanto tocaba. De un hombre que había tenido tanto, tantas cosas, cualquiera hubiera pensado que algo habría llamado la atención de su hijo, algún talismán que guardar y tener a mano para que lo guiara en su camino, algo que pudiese conservar, que le

recordase su legado y lo vinculase a su historia. Las cosas que guardamos están destinadas a triunfar sobre las cosas que hemos perdido, pero cuando Rocky vio todos los trastos de su padre no hubo nada que impidiera que se marchase con las manos vacías, un contrapeso adecuado, en la escala cósmica de las cosas, a todo el dinero que había heredado. Sin embargo, no perdía de vista el hecho de que vivía del dinero de su padre, incluso cuando intentaba buscar expiación a través de su «independencia»; como finca productiva, Las Tres Sillas no había obtenido beneficios en diez años. Como hacendado era un farsante: ponía en ello la fuerza pero jamás había tenido que sufrir la humillación del fracaso cuando el balance final no cuadraba. Sabía que ese era el regalo que se había llevado cuando murió su padre, y que ese regalo —su derecho a la riqueza material por nacimiento— había sido el otro gran protagonista de su vida aunque se hubiera dedicado a repudiarlo con su farisea rebelión: siempre había sospechado que, hiciera lo que hiciese, Punch jamás lo desheredaría —su padre lo había «adquirido» al nacer—, de manera que nada de lo que Rocky hiciera, salvo desheredarse a sí mismo, conseguiría independizarlo realmente de la riqueza de su padre.

De vuelta en la casita, tras el fallecimiento de Punch, completamente solo después de pasar tres semanas en Nueva York y otras ocho en Chicago, la ciudad ventosa, cortejando a Lou, para tomar posesión de esas tierras heredadas, su sueño había sido cortar la dependencia del dinero de su padre, edificar una casa modesta, una vida modesta y construir un matrimonio y una familia con la mujer que amaba. Aquel primer invierno lo dedicó a trabajar en la casita reconstruyendo sus paredes, añadiendo el segundo cuarto a los cimientos originales. Se había corrido la voz y, de vez en cuando, uno o dos mexicanos itinerantes se presentaban para ayudarlo con el trabajo más pesado, pero, en general, lo había hecho solo, con un caballo, una mula, los perros y mucho tesón. Había llevado un registro

de por dónde asomaba el sol, a qué horas salía y se ponía, y dibujado sus arcos mensuales cambiantes en el mapa topográfico para poder juzgar cómo situar su futura morada. Mediante pasos había marcado en el suelo el recorrido, cambiando sus dimensiones veinte, treinta veces, y cuando por fin pusieron el tejado de los portales, se trasladó a uno de los cuartos para estar cerca de la cuadrilla de obreros pero, aun así, de vez en cuando se retiraba a la casita para soñar a solas. El lugar siguió en pie, incluso cuando Las Tres Sillas se terminó de construir, como refugio para los trabajadores casados o para alojar al esporádico (muy esporádico) vaquero de paso, pero cuando los desgraciados de Los Ángeles reencauzaron el arroyo y el pozo se secó, la casita se hizo menos cómoda para ser habitada y aunque la mantuvieron limpia y (algo) amueblada, permaneció abandonada hasta que una noche, a la hora de la cena, a la vuelta del viaje a Europa, Stryker, que tenía entonces trece años, se levantó para anunciar «A partir de mañana viviré en la casita».

Sunny había preparado su característico pollo frito, el primer plato no francés que había dominado, aparte de las tortitas, y aprovechándolo, Rocky dejó el muslo en el plato, se lamió los dedos de uno en uno y se pasó la servilleta por los labios antes de contestar «Llévate dos de los perros. Enciérrate con ellos por la noche. Llévate a Huck y a Pip». Al oír su nombre, Pip, el border collie, levantó la cabeza e irguió las orejas.

—Sabes que el pozo está seco.

—Sí, señor.

—El arroyo también. No habrá agua. Tendrás que venir aquí a bañarte.

—Lo sé, señor.

—No vayas a pensar que te salvarás de la cena.

—Ni se me ocurriría, señor.

Todas las noches, era la norma de Rocky: a menos que estuvieses fuera del rancho, en la sierra, en otro pueblo o estado,

debías presentarte a las seis para cenar en familia. Rocky estaba casi seguro de que la norma de la cena quebraría la resolución de su hijo de pasar todas las noches a cuatrocientos metros de distancia, en la casita, pero Stryker demostró su determinación y todas las noches, después de cenar, partía con sus libros de texto y los dos perros y, como un reloj, se presentaba todas las mañanas a ducharse y desayunar. Cas había expresado su preocupación por la seguridad de su sobrino pero Rocky sabía por experiencia propia que allá fuera no había nada salvaje que pudiese lastimarlo; con todo, al principio, tomó la costumbre de acercarse hasta allí andando todas las noches para espiar a Stryker de lejos, pero dejó de hacerlo cuando su hijo empezó a conducir y a todos les quedó claro, incluso a su padre, que el chico había dejado atrás la infancia para convertirse en un hombre joven, todavía en ciernes.

Después a Cas le preocupaba que tuviera allí bebidas alcohólicas o llevara mujeres de vida alegre o muchachas confiadas o una combinación de las tres cosas o que provocara un incendio con los cigarrillos que había empezado a fumar, pero aun así Rocky apoyó la semiindependencia de su hijo; y además, a esas alturas era demasiado tarde para manifestar objeciones. Stryker vivió cinco años en la casita desde aquella primera noche de la cena: todavía vivía allí cuando se marchó, tras aquel maldito Incidente. En todos esos años, más los años que Stryker estuvo fuera, Rocky jamás había entrado sin permiso en su territorio, en el estado de independencia de Stryker. Nunca había ido a comprobar qué había hecho su hijo por dentro de la casa, jamás había sentido la necesidad de controlarlo, ni de buscar su sombra cuando se vio obligado a marcharse. Hasta ahora. No tenía la menor idea de qué hacía distinta la mañana de ese día y se sintió tan sorprendido como los perros cuando lo oyeron ordenar, *por aquí*: vamos a ver qué pasa en la casita.

El terreno se había solidificado a su alrededor, el maldito caliche californiano afloraba como baldosas labradas, el

carbonato de calcio creaba el mosaico que anunciaba la sed a toda criatura viviente: la tierra seca había ahogado los cimientos de piedra con su férreo abrazo y la casita se inclinaba cual barca al viento, pero el adobe no mostraba fisuras y el tejado parecía sólido. El lecho del arroyo era prácticamente invisible, salvo una leve depresión apreciable para el ojo experto, y, al darle a la palanca de la bomba, junto a la puerta, su grifo corroído soltó un suspiro metálico y una bocanada fantasmal de polvo amarillento. Un árbol de Josué seco se había desplomado como un espantapájaros roto, pero el cactus de la entrada, un asiento de la suegra, crecía con fuerza y a su lado florecía un nopal del castor luciendo sus flores de un amarillo céreo y sus retoños en forma de cigarro. El postigo de madera de la ventanita tenía el cerrojo echado por dentro y Rocky se sorprendió al ver un candado en el pasador. Tan efectivo y disuasorio aquí como un cartel con la advertencia PROPIEDAD PRIVADA o PROHIBIDO EL PASO, consiguió arrancar la puerta de sus goznes con una cuña de gayuba y la navaja antes de que los perros terminaran de mear. La puerta crujió, los perros entraron en tromba, el trajín de cierta actividad oculta de los roedores cruzó el suelo pero, en general, la casa no estaba tan mal después de haber permanecido tanto tiempo vacía, y una vez que abrió las ventanas y entró la luz, Rocky se detuvo en seco ante la fuerza de la personalidad de Stryker.

La hamaca estaba recogida. En un rincón había una cama metálica de hospital rescatada de la clínica de Lou (sabía Dios cuándo la había llevado Stryker hasta ahí. Quizá cuando empezó a tener relaciones sexuales).

En el suelo, al lado de la cama, había dos pares de botas, con las puntas hacia la pared, y cuando Jane Eyre las olfateó, los pelos del lomo se le erizaron y de su garganta salió un sonido gutural y tenue que se fue convirtiendo en gañido; Rocky la miró a los ojos y dándole unas palmaditas le dijo: «Ya lo sé, chica, yo también lo echo de menos».

Cubrían una pared unos estantes hechos con madera recuperada en los que Stryker guardaba los libros: *Colmillo blanco*, de Jack London; relatos de Hemingway; las dos mejores novelas de Steinbeck; *Acrobacias a caballo y carreras de barriles*; *Cómo actuar en el cine*; *La vida de las estrellas*; biografías de Douglas Fairbanks, Errol Flynn, Meriwether Lewis, Gary Cooper. Había un escritorio sin barnizar y una silla debajo de la ventana; encima del escritorio, un tintero y una pluma, una libreta, una lata con carnada y una colección de objetos encontrados alineados por tamaño. Todo era limpieza y orden, hasta la chimenea estaba libre de ceniza y lista con troncos nuevos (tal como él les había enseñado a sus hijos) para darse uno la bienvenida a casa a la vuelta del trabajo.

En la lata de carnada: moscas atadas a mano, hilo transparente, una colección de plumas brillantes. (Debió de sentarse en esa silla, pensó Rocky, para confeccionar sus cebos con nudos.)

En la libreta: una página en la que había probado la pluma nueva firmando *Stryker Rhodes*. Señor Stryker Rhodes. Stryker Rhodes, *Actor*.

Una página titulada *Nombres para caballos*:

PINCHO
PRÓSPERO
AGRIPA

Página titulada *Lugares*:

UTAH
YUCATÁN
TAHITÍ

De una estaquilla al lado de la ventana colgaba un viejo espejo de plomo y debajo, sobre una tabla de madera calzada sobre dos clavos, una taza de afeitado, una brocha, el jabón de afeitar, una

navaja de hoja recta, desafilada por el aire. Rocky cogió la navaja y pasó el pulgar por la hoja sin filo que había tocado la cara de su hijo.

Echó un vistazo alrededor y dejó la navaja en su sitio.

Incluso en el cuarto añadido, la «despensa», a la vista estaba la práctica de la organización: todo era pulcritud, como si alguien de conducta espartana o militar o perfeccionista lo hubiese ordenado, no era aquel el hijo que él había conocido: alocado, impulsivo, físicamente inmune a la prudencia.

Al pie de la cama metálica, encima del baúl que había llevado para cruzar el Atlántico, descansaba una de las sillas de montar de Stryker; Rocky pasó los dedos por la cabeza de la silla antes de sentarse, cauto, en el borde del colchón, temeroso de dejar su huella.

En la mesita de noche: el farol y un cenicero. Un vaso de agua y una licorera, huellas secas de líquidos evaporados grabadas por dentro. Foto enmarcada de Lou al sol, radiante y feliz con un sombrero de paja. Otra foto, sin enmarcar, que Sunny debió de tomar un verano en el lago, en la que Rocky sale de rodillas al lado de Stryker, que tenía, por entonces, nueve o diez años; Rocky levantaba una trucha degollada gigantesca que Stryker acababa de pescar, y el maldito pescado medía lo mismo que el niño a pecho descubierto, cuyos dientes de adulto, aquel verano, eran demasiado grandes para la cara aún infantil, la sonrisa, demasiado grande para este mundo.

Se guardó la foto en el bolsillo de la camisa y se levantó; los perros ya lo esperaban en la puerta. Cerró por dentro los postigos de madera, echó los pestillos y, una vez fuera, buscó una piedra pesada para acercarla rodando y trabar la puerta, y mientras lo hacía pensó en lo terriblemente bíblico de su gesto, toda la historia del cuerpo de Cristo que desaparece del sepulcro sellado con una piedra para aparecer, resucitado, en otra parte. *Ojalá fuera así*, se dijo. Ojalá nuestras metáforas cobraran más

sentido las primeras mil doscientas veces que las oímos.

Los perros corrían ya en dirección a la cocina intuyendo que el desayuno estaba a tiro; Rocky notó por primera vez que Jane Eyre ladeaba el trasero para aliviar una especie de presión en la cadera: según sus cálculos la perra andaba por los trece años, gran parte de los cuales los había pasado a pleno trote, y esperaba que no se tratase del primer síntoma de algo siniestro o fatal, aunque sospechaba que así era: detestaba sacrificar a sus animales (¿acaso esa mañana acabaría de ese modo, con un maldito funeral seguido de otro?). *Por Dios*.

Los perros se detuvieron en seco junto a la puerta trasera a esperarlo, retrocedieron con las orejas erguidas y ofrecieron ese baile de lado, a ras del suelo, que hacían cuando se enfrentaban a la incertidumbre; Rocky se preguntó si habrían arrinconado a una serpiente de cascabel cuando le llegó el estruendo de la primera carcajada.

Un grupo de gente —sonaba a una pandilla de chicas— reía en su casa. En su cocina, a juzgar por el ruido. Se divertían de lo lindo.

Por segunda vez esa mañana Jane Eyre le lanzó una mirada como preguntándole suplicante ¿Qué pasa?

Hacía mucho tiempo que no se oían risas en la casa, y ahora, ante el asombro repentino, Rocky se dio cuenta de que lo que más echaba en falta de su hijo eran esas muestras de la risa diaria, de la dicha diaria.

Cuando cruzó la puerta quince caras se volvieron hacia él, quince pares de ojos se clavaron en él. Las mujeres parecían vagamente idénticas, como si una *femme* alfa oriental se hubiese duplicado trece veces en distintas fases de su vida y estatura: joven, mayor, encorvada. Le sacaba por lo menos treinta centímetros a la más joven (la más alta) y todas lo contemplaron

como si fuese un gigante surgido de un mito; desde el otro extremo, junto a la cocina económica, Sunny levantó la voz y les dijo Señoras, les presento al señor Rhodes, mi padre.

Sus cabezas se inclinaron de inmediato, siguieron una especie de sísmica reverencia repetitiva y reiterados susurros como olitas sucesivas en una caleta resguardada, hasta que Sunny añadió «Tops, estas son las señoras chefs», y las mujeres allí reunidas se enderezaron y lo miraron expectantes, todas menos una, una asiática asimilada de unos treinta años que le estaba echando el mal de ojo.

Rocky se tocó el ala del Stetson y saludó con un «señoras», después, obligado por la presión del mal de ojo, se quitó el sombrero y se quedó de pie, dándole vueltas entre las manos delante del cuerpo.

—¿Qué hemos preparado esta mañana?

—*Dashi* —contestó Sunny y, una vez más, siguió la inclinación comunitaria de cabezas—. ¿Lo quieres probar?

Rocky no sabía lo que era el *dashi* y por lo general evitaba las comidas cuyos nombres no entendía; además, había notado al entrar que la cocina olía raro, un poco como a pescado y, francamente, lo único que quería de verdad era quitarse las ganas de tomar un café negro bien cargado.

—No, gracias, pero dime qué es.

El *dashi*, le explicó tanto para que se enterase como para recuperar el ambiente de la clase que había interrumpido, es uno de los pilares de la cocina japonesa y constituye la base, como el caldo o el *bouillon*, de sopas y salsas. Se prepara con pescado seco, y las señoras estaban mostrando sus versiones.

—Os dejo para que sigáis —dijo Rocky—. Un placer conocerlas. —Dio un paso atrás y, al unísono, las mujeres retrocedieron a su vez como limaduras de hierro ante un polo que las repeliese.

Normalmente se llevaba la taza de café hasta los portales y se

buscaba algo que hacer en los talleres hasta la hora de comer y después salía otra vez y encaraba las demás tareas. Pero al faltarle su taza de café de siempre, sin darse cuenta, no fue en dirección a los talleres sino por el pasillo hasta el Gran Salón. Ya casi nunca se sentaba allí. Daban muchas fiestas cuando vivía Lou, pero la estancia, que en otros tiempos había albergado a tanta gente y tanto ruido, ahora estaba dominada por un arpa gigantesca y había adquirido un aire descomunal, demasiado grande para los escasos miembros de la familia, y, a modo de cruel reprimenda, los ecos de cada sonido solitario, de cada aliento, se elevaban hacia las vigas del techo. En aquel salón habían colocado los árboles de Navidad y celebrado los rituales matutinos navideños; allí él y Lou se sentaban por las noches a leer delante de la enorme chimenea y era donde, tras la muerte de su esposa, Rocky había atado dos ponis cuando los gemelos cumplieron cinco años. El hogar llevaba semanas sin fuego y el único ritual lo cumplía Cas cuando se sentaba a practicar el arpa con sus jerséis y esos guantes recortados que dejaban las puntas de los dedos al desnudo, junto a la estufa eléctrica que ella misma llevaba al salón. Allí acumulaban la correspondencia. Él o Cas iban a Lone Pine a recogerla y lo que no leían enseguida (revistas y notificaciones del condado) encontraba acomodo en la pila de piedra que antes había sido el abrevadero de una misión española, al pie de dos escalones embaldosados, dentro del arco de la entrada. La revista *The Nation* de la semana anterior seguía allí junto con los ejemplares de *The New Yorker* y *The New Republic*. Se llevó los semanarios a su sillón de cuero preferido y tomó asiento. Pero no se puso a leer. Pasó una hora, tal vez más. Antes de que se diera cuenta, las señoras, dirigidas por Sunny, desfilaron pasillo abajo sin ser conscientes de que las oía y las veía, a lo que siguió una serie de adioses y *sayonaras* mientras desde el umbral su hija las observaba subirse a la trasera de la camioneta con Vasco al volante, cada

una de ellas aferrada a su tarro de cuatro litros de *dashi* como si fuese agua hurtada en una peregrinación, un elixir robado, prueba de dónde habían estado.

Acercándose a ella por detrás, con la puerta todavía abierta, Rocky abrazó a su hija por los hombros, la entró de un tirón y le dio un susto de muerte. Estoy orgulloso de ti, le dijo.

Sunny había pegado un salto al sentir el abrazo pero el elogio la hizo dar otro salto más; Tops nunca había sido muy cariñoso, tendía aquella mano cuando te hablaba, aquella mano de bogavante, incluso cuando hablaba con los hombres, formaba parte de sus estrategias de persuasión, pero nunca te tocaba y rara vez abrazaba a nadie, si es que alguna vez lo hacía (Sunny no recordaba cuándo había sido la última vez) y jamás, que ella guardase en su memoria, demostraba orgullo ni reconocía estar orgulloso de ella o de Stryker.

No era lo mismo que no haberles dicho nunca que los quería —eso se le daba bien (se le había dado bien) y lo había dicho con frecuencia hasta que fueron lo bastante mayores y altos y rápidos como para resistirse y mostrarse incómodos—, pero nunca había sido de esos padres que esgrimían el orgullo como incentivo o cumplido directo. El orgullo era algo que con Rocky no te podías «ganar»: se había propuesto hacer saber a sus hijos que el orgullo que sentía por ellos era algo «dado». Quizá ahora comprendía que no había conseguido transmitir el mensaje.

Sunny se volvió entre sus brazos para verlo y buscar en su cara signos de una temprana inmersión en el calvados, pero tenía los ojos despejados (aunque un tanto tristes) y su piel no delataba el sonrojo del brandy. Está muy bien lo que haces, le dijo Rocky, veo en todo ello la impronta de tu madre. Ella tenía la teoría de que la harina blanca y el azúcar blanco eran los auténticos flagelos blancos de nuestros indios…

Sunny escudriñó de nuevo la cara de su padre en busca de pistas antes de decir simplemente gracias, aunque sabía que esa

muestra de comprensión no lo haría cambiar de parecer sobre lo que ocurría al otro lado de la carretera. Rocky había dejado claro que no se acercaría al campo ni un centímetro. Desde luego lo había visto crecer: imposible perderse el espectáculo cada vez que recorría en coche el camino de tierra que llevaba de la casa a la carretera asfaltada.

—Cualquier cosa que haga —le dijo Sunny— es una gota de agua en un cubo: tres mil mujeres cocinaban a diario para sus familias y aquí solo me caben de doce en doce…

Rocky dejó de abrazar a su hija pero no se apartó:

—Me recuerda a la forma en que tu madre trabajaba con los nativos. Siempre he pensado que, de haber seguido viva, habría escrito sobre esas cosas en las que creía. Que dejaría testimonio de ellas. Los efectos de comer lo producido en la tierra de la zona. Comer las cosas que se supone que debes comer…

Sí que está conversador, pensó Sunny, y se preguntó: ¿Qué te está pasando, Tops?

—Lo que comen en el campo es lo que el ejército quiere darles —dijo Sunny—. Frijoles y salchichas. Verdura enlatada…, lo que los niños consideran el paradigma de la comida norteamericana… La Coca-Cola. La sopa Campbell. Quieren ser norteamericanos a través de la comida que creen que define a este país. Hay un montón de niños al otro lado de la carretera, Tops. Huérfanos incluidos.

—Bueno, la guerra siempre tiene que ver con los niños —dijo Rocky.

Regresaron a la cocina. Rocky ocupó su sitio en la mesa, la luz del arcoíris refractándose en la ventana a través del cuenco de cristal lleno de agua. Sunny molió un puñado de granos para preparar café.

—¿Qué tal le va en el trabajo a nuestro amigo de Chicago?

—Podría irle peor.

—Me cayó bien.

Qué raro, pero qué raro estás hoy, a punto estuvo de

escapársele a Sunny.

—Oye, ¿sabes en lo que estaba pensando? —inquirió Rocky—. ¿Cuánto hace que no vamos a pescar?

—Mucho.

—¿Qué tal si nos vamos tú y yo a pasar unos días al lago? Incluso podemos subir a Yosemite.

—Me gustaría —dijo ella sinceramente.

—¿Qué tal la semana que viene?

Sunny se apoyó en el borde frío de la cocina económica mientras el café se filtraba a su espalda. Compartió el secreto con su padre:

—Por esa fecha iré a visitar a Jeis.

—¿Cuánto llevas sin verlo?

—Un par de meses…, cinco. Todavía no he tenido ocasión de contárselo. Lo de Stryker. —Sunny observó la sombra en los ojos de su padre—. Será un duro golpe para él.

—Nunca es fácil —dijo Rocky sin poder aguantarle la mirada —. Nunca. Recuerdo lo imposible que me resultó buscar las palabras para contarte a ti lo de tu madre. —Y mirándola a los ojos añadió—: Pero Jeis no es un niño, lo entenderá: no le gustará nada pero lo entenderá… Y ahora escúchame bien…

Aquella franqueza, aquella franqueza emocional de su padre resultaba alarmante pero al mismo tiempo le encantaba:

—Creo que deberías irte a vivir donde Jeis encuentre trabajo, donde sea que esté viviendo ahora, vete con él. No suelo hablar de esta forma, así que sabes que lo digo de corazón. De un modo u otro acabaréis juntos y esta separación no es buena para vosotros. Mientras ese cabrón de Snow siga persiguiendo eso que en su cerebro de mosquito considera justicia o venganza, Jeis no podrá asomar por el valle del Owens, de manera que de ti depende que estés con él, dondequiera que sea. Sabes tan bien como yo que, quedándote aquí, pierdes el tiempo. Debí enviarte con él aquella primera noche, pero no lo hice y ahora lo lamento. Quiero que seas feliz en la vida, Sunny, de corazón te

lo digo. Y si eso supone que tenga que verte solo un par de veces al año, es un precio que estoy dispuesto a pagar.

—La decisión no depende de ti, Tops.

—Lo sé, pero debes saber que si tu corazón te lleva en esa dirección, cuentas con mi aprobación.

—Mi corazón… también está aquí.

—Lo sé, Sunny. Pero este lugar no seguirá aquí mucho tiempo más. Cuando ya no quede agua, se acabó lo que se daba.

—No metas el agua en esto…

—No lo hago.

Su hija lo confundía: él intentaba decirle que se preocupaba por su felicidad, pero estaba claro que no conseguía hacerse entender.

Y Sunny no quería ser el tema de conversación:

—Todos los años las mismas sandeces —le soltó—. Podrías sembrar quince hectáreas, podrías construir una maldita piscina ahí fuera, pero no. Rockwell Rhodes, el millonario, nunca va a pagar por lo que considera que le pertenece… ¿Quién dice que el agua de debajo de Las Tres Sillas es tuya? ¿Quién dice que esa agua no es de todos? Hay agua para dar y regalar, Tops, el problema es que tú te niegas a pedirla. Sabe Dios lo que *maman* te diría si estuviese aquí, ojalá te dijera que construiste este lugar con tus manos y con tus manos lo estás destruyendo.

—No calumnies a tu madre, Sunny…

—No la calumnies tú. Paga por el agua, Tops, todo el mundo lo hace, es el precio que debemos pagar por vivir en la California moderna. Los llamas y ellos te atienden. Si no lo haces, si dejas que la finca se venga abajo por pura terquedad, tu orgullo destruirá la historia de tu familia y esto acabará convirtiéndose en una pulsión de muerte mucho peor que nada de lo que Stryker pudiera haber hecho…

No era así como había previsto que fuera la conversación con su hija. Rocky ignoraba cómo había descarrilado pero sospechaba que se trataba de algo que había dicho, y la falta de

alegría entre ellos —lo opuesto a la risa— no era el sonido que había ansiado.

Atraída por el olor a café recién hecho, Cas entró y, al detectar el *impasse* entre ellos, anunció:

—No dejéis que os estropee la diversión…

Padre e hija siguieron en silencio:

—¿Qué? ¿Ha estado otra vez tu padre hablando de los muchachos del agua?

—Sí.

—Déjalo de una vez, Rockwell, hay cosas más edificantes en las que ocupar tus pensamientos.

Sirvió tres tazas de café y se sentó.

—Esta mañana he estado en la casita —mencionó al fin Rocky.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó Sunny.

—Con la navaja —dijo él.

—Ese no es el tema, niña —le recordó Cas a su sobrina.

—Debemos localizar a su mujer… Debemos localizar a sus hijos.

—Eso, eso —apoyó Cas—. Contratemos a un detective privado.

Rocky la miró:

—¿Qué diablos has estado leyendo, Cas?

—A Dashiell Hammett. Es entretenidísimo.

—Lo que no entiendo —intervino Sunny— es por qué ella, Suzy, no ha tratado de localizarnos. A menos que muriesen juntos. Todos ellos.

—No seas morbosa, niña, podría estar encerrada allá en un campo de internamiento como el que hay aquí al otro lado de la carretera…

—¿De dónde sacas la información, Caswell?

—Del espacio exterior, como bien sabes, querido hermano.

—¿Hay campos allá?

—Tendría su lógica… Si aquí hemos encerrado a los japoneses puedes jugarte tus botas de vaquero a que en Honolulu hicimos

otro tanto la misma noche del ataque.

—Le pediré a Schiff que me lo averigüe —decidió Rocky.

—¿Por qué a Schiff? —quiso saber Sunny.

—Porque está en el tema. Todos deben de conocerse…

—No son un club, Tops, no es como si todo el mundo hubiese ido a Princeton…

—Eso es exactamente lo que son —le dijo.

—Ni siquiera estamos seguros de tener su nombre exacto —le recordó Cas.

—Suzy —insistió Sunny.

—Pero ¿Suzy qué más? ¿Estamos seguros de que es su nombre de pila?

—Bueno, sabemos los de los niños, Ralph y Waldo —dijo Rocky—. Ralph Rhodes y Waldo Rhodes.

Era la primera vez que entre ellos mencionaban en voz alta los nombres de los pequeños.

Y Cas fue la primera en soltar una risita tonta.

—¿Cómo se le ocurre a alguien, en pleno siglo xx, ponerle a un hijo Waldo Rhodes? Pobre niño… ¿En qué estaría pensando Stryker?

—¿Acaso pensaba alguna vez?

Rocky sacó la foto del bolsillo de la camisa y la depositó sobre la mesa.

—Esta la tenía él guardada… Esta y la foto de tu madre. Me duele mucho que no las llevara consigo…

—Fíjate cómo lo estás mirando, Tops, como si fuese la cosa más dulce del mundo. No es de extrañar que quisiera despertar todas las mañanas y encontrarse con esto…

Aquella sonrisa no se debía al pescado, Rocky lo supo entonces. No tenía nada que ver con el pescado.

Cas miró la foto con las gafas de leer y preguntó:

—¿Dónde se hizo la foto?

—En el lago —le contestó Sunny—. La hice yo…, habíamos ido a pescar…

… por eso Tops quería volver allí.

Aferró impulsivamente la mano de su padre:

—Me acuerdo de cuándo fue, en el verano de los dientes grandes —dijo Cas—. Fíjate en esas piernas flacuchas, ay, Dios, como al hacerse mayor llegó a ser tan guapo se me olvidan todas esas repentinas rachas de crecimiento desigual. ¿Qué diablos le pasaba en el pelo?

—Aquel verano había empezado a cortárselo él —le recordó Rocky.

—Ah, el muy bribón, qué peligro tenía con las tijeras, ¿te acuerdas de cuando se metió en mi armario y me cortó los trajes de los recitales para hacerse una cometa?

—Un paracaídas…

—¡Eso también, los objetos voladores más caros que jamás salieron de nuestro patio trasero! Ay, cuánta manía me tenía…

—No es cierto, Cas, te quería…

—Al principio no. Cuando llegué estaba furioso conmigo, ¿te acuerdas? Quería que volviese su madre. No quería saber nada de mí… No te olvides de que me metió una mofeta en el cuarto y cerró la puerta con llave.

—Nunca lo confesó, Cas.

—Ah, pues entonces me imagino que la mofeta llegó hasta el pomo de la puerta de *mon appartement* y lo giró con la patita. Eran los trajes de mis recitales, Rockwell. Dos de ellos modelitos de Jean Patou traídos directamente de París. Stryker sabía por dónde atacar. Yo esperaba con miedo a que intentara arremeter contra el arpa.

—Lo intentó.

—¡*No*!

Rocky detectó que en parte había indignación fingida y en parte auténtica sorpresa y eso hizo que le resultara aún más divertido.

—Iba a engrasar las cuerdas con aceite de motor. Para que te

resbalaran los dedos —le contó Sunny a su tía.

—¿Qué se lo impidió?

—Le dije que solo los ángeles tienen arpas y que ellos se las prestan a las personas que les caen bien, y que si engrasaba las cuerdas el ángel que te la había prestado se enfadaría con él…, y me parece que lo llevé a pensar que el ángel que te había dejado la tuya podía ser alguien que él había conocido…

—Dios Santo, niña, qué manera de atormentar al pobre inocente con tus mentiras creativas…

—Perdón, pero no estoy de acuerdo. Él fue quien…

—… y decirle que el helado es luz de luna congelada.

—Ese pudo haber sido un invento de Stryker…

—… que podía mejorar en matemáticas si todas las mañanas se comía un limón.

—Esa valió la pena —dijo Sunny con una sonrisa— solo por ver las caras que ponía al masticarlo.

—¿Y te acuerdas de todos los bichos vivos que traía a casa?

—«Lagartilandia.» Cobraba un centavo para dejarte ver «El mágico y colosal zoo de Stryker».

—¿Y el nido con pichones de búho?

—Ay, no me lo recuerdes, hermano, creí que me moría… Todavía sigo sin saber cómo la mamá búho consiguió colarse en el comedor…

—Bajando por el campanario…

—… y por Dios, se lanzó en picado a perseguirlo mientras cenábamos todos sentaditos a la mesa…

—Y, encima, cenábamos pollo, si no recuerdo mal…

—Maldito pájaro, el más grande que he visto, qué garras, qué ojos, qué condenadas alas…

—Nunca había visto a nadie reaccionar a tanta velocidad, por Dios, el chico se metió debajo de la mesa y salió del comedor antes de que los demás pudiésemos enterarnos de lo que pasaba y luego, *bum*, vuelve con las dos crías de búho en la palma

abierta y levantada para satisfacer a ese demonio de ave… reflejos de acero. Intrépido frente a los animales.

—Le tenían confianza.

—Cierto.

—¿…os acordáis de cuando iba a enseñar a contar a aquel caballo?

—… alguien le dijo que debía hacerlo si quería hacerse famoso en el mundo de los wésterns…

—Cary Grant.

—¿Cómo?

—Se lo dijo Cary Grant. Cuando rodaban *Gunga Din* y Stryker trabajó de extra.

—Que tendría más posibilidades de conseguir la fama con un poni amaestrado que supiera hacer un número de circo.

—Lo recuerdo. ¿Y qué fue de ese proyecto?

Rocky no pudo contener la risa:

—Stryker no consiguió que el caballo se comiera los limones.

La risa nos sostiene, nos sostiene y nos hace renacer; sin embargo, el primer sonido que oímos al venir a este mundo es el grito, nadie, ni un solo ser nace con la risa en los labios, pensó Rocky. ¿Por qué no? Nacer entre risas: la vida debería empezar así, ¿por qué no? Llegar a la vida con el contagioso sonido de la risa resonando en tus oídos como si te dijera Esto te va a encantar, te vas a desternillar, te vas a partir de risa hasta morir.

Stryker tenía la mejor risa que habían oído nunca —reía dormido—, reía con el cuerpo entero y eso enriquecía el sonido, un sonido que, cuando lo oías, te atravesaba de arriba abajo como el hechizo de una bruja. La oías, daba igual dónde estuvieras (fuera, durmiendo, sumido en tus pensamientos) y se apoderaba de ti y sin que te dieses cuenta reías también. Nadie sabía reír como Stryker, nadie sabía hacer su improvisado baile de celebración. Tu propia risa débil se sumaba a la suya y entonces, como quien echa queroseno al fuego, el espectáculo y el sonido estallaban en el aire y, jadeante, acababas en el plano

de la dicha pura.

No nos atrevamos a descuidar el baile de celebración…

¡Ay, Dios, el baile de celebración!

¿De dónde habría salido?

El niño vino con él al mundo…

¿Y cómo es que yo no tengo un baile de celebración?

Tienes otros *éclats*, botoncito.

Un amigo marinero le había dicho una vez a Rocky que, cuando Stryker reía, sonaba como una colonia de focas, y cuando Cas estalló en carcajadas Sunny oyó el eco de la risa de su hermano llenar las ollas colgadas y chocar contra los cucharones tintineantes. Cas empezó a hablar sobre aquella vez en que Stryker intentó construir una cuerda floja y luego, como si nadie fuera a notarlo —utilizó solo el pulgar—, alargó una mano y secó la lágrima en la cara de Rocky.

Sunny recordó que una de las fichas con recetas de Lou decía simplemente

PROTEÍNAS

> Las lágrimas de tristeza de los humanos contienen un 20% más de proteínas que las lágrimas de alegría

… y lo dijo ahora en voz alta.

Cas y Rocky la miraron en silencio.

Y los tres se echaron a reír como un grupo de focas escandalosas.

La risa, como el hojaldre, pensó contarles después, queda mucho más dulce porque lleva sal.

Se percibía el cambio planetario, los días más largos, la inclinación equilibradora: solo en esa semana había notado la gama de tonos del alba iluminarse un poco más temprano todas

las mañanas, las sombras disiparse más deprisa en el borde de la oscuridad, alejándose del verdor de la primavera hacia el amarillo del verano. Los muchachos de las torres de vigilancia también habían cambiado, su interés por cada uno de sus movimientos rozaba casi el aburrimiento, lo repetitivo de su costumbre fue perdiendo fuerza en la escasa variedad de sus entusiasmos. *Schiff*, otra vez. Schiff en el perímetro. El tipo es un robot. Todas las mañanas. *Vaya sorpresa*.

Otro aspecto que indicaba el paso del tiempo: el trabajo que hacía esa gente para que las cosas crecieran: sus malditos huertos —por todas partes— como una bofetada a la tiranía del encarcelamiento *ja ja* señor Roosevelt burro insensato no puede matar mi espíritu aquí tiene un *brote de guisante* es mi arma *apártese* de ese hibisco.

Ahí fuera todas las mañanas: las cosas estaban más tranquilas, la rutina comenzaba a tomar cuerpo y él dormía mejor, se acostumbraba a…, a lo que diablos fuera eso: su trabajo.

su vida.

Esa mañana: más veraniega; menos frío fantasmal de las montañas: menos *fresco*, más *rocío*; una sensación de que las cosas se iban calentando…

Para acabar con la manía de tocar el alambre de espino de la valla cada dos pasos había empezado a balancear los brazos, menos compulsión, más ejercicio. Había comenzado a *respirar*… centrándose menos en lo que pisaba y más en las cimas de las montañas. Más en las coronas de nieve por encima del límite forestal…, más cielo, menos tierra. Más azul, menos marrón.

seguía tratando de convencer a su sabelototodo interior de que el suyo era un trabajo bien hecho: no más sorpresas. Se sentía más seguro; y eso estaba muy bien…

Regresó al extremo noroeste, que era su tramo preferido, el más tranquilo, cuando oyó por primera vez el rugido sonoro del

avión —tan sordo, de hecho, que tardó un rato en oírlo— y entonces lo vio por el norte acercándose al valle, bajando sobre el campo, virando al este para contrarrestar el viento dominante antes de describir un amplio giro otra vez hacia el oeste y aterrizar.

Por el perfil: transporte del ejército.

Salvo que no había ningún vuelo programado esa mañana.

eso suponía o bien una inspección sorpresa o una cagada inesperada, y empezó a caminar deprisa, muy deprisa, en dirección a la entrada principal, los edificios de administración y su despacho. Oyó que el Douglas bajaba las ruedas y aterrizaba, y le llegó su suave ronroneo al carretear por la pista que habían construido al otro lado de la carretera, en las tierras de Rocky, y cubrió los últimos cien metros a la carrera: Betty no había llegado; era muy temprano, solo Svevo estaba de guardia junto al escritorio de Schiff, con el uniforme completo, la gorra en su sitio, el abrigo doblado colgando del brazo, el macuto repleto junto a la puerta.

—Lo siento, amigo —anunció Jay—. Me han avisado hace apenas una hora.

Schiff jadeaba por la carrera, menos mal, porque así consiguió disimular que se había quedado mudo.

A Jay le faltaban todavía tres semanas para marcharse.

Cosas del ejército: lo de siempre.

Todo como el puto culo.

—Lo acompañaré —dijo Schiff.

Sacó una carta cerrada del primer cajón de su escritorio y se la metió en el bolsillo.

Todavía llevaba el pantalón arremangado y sujeto con las dos estúpidas gomas por encima de las estúpidas botas, pero le importó una mierda.

Caminaron a grandes zancadas hacia la entrada.

Entre los muchachos se había corrido la voz y todos los policías militares habían salido, algunos a pecho descubierto

recién levantados de la cama, para ponerse firmes y saludar.

Nadie hablaba.

excepto Svevo, que no paraba de darle a la lengua, «…le irá bien, el campo funciona solo, las Janets lo saben todo les he dejado una Biblia y mi libretita negra pero hágame un favor esta noche invítelas a una copa van a necesitar unos buenos tragos de algo fuerte y una llantina no he tenido ocasión de despedirme…».

El bimotor había dado la vuelta, las hélices seguían girando y un encargado de la pista corrió para ayudar a Svevo a subir a bordo. Schiff le entregó la carta.

—Es para Beryl —le dijo a Jay—. Tiene que saber el tipo de hombre con el que se ha casado.

—¿Debería leerla yo primero?

—Solo las partes sobre sus amoríos con Judy Garland…

Se dieron la versión masculina de un abrazo —otros hombres los observaban—, se lanzaron una última mirada con los ojos llenos de lágrimas y Jay se dirigió al avión con su porte gallardo, se

la quinta propiedad
de la sed
es
la frustración del deseo

La casa siempre estaba ocupada —es lo que recordaba haber pensado desde el principio—, incluso cuando ella era la única allí. El problema de las mansiones, le pasaba con todas las que conocía, era que siempre tenían un aire de abandono: la de la Quinta Avenida estaba desierta y era fría incluso en verano, y la casa de verano de Newport tenía una acústica deplorable que sonaba siempre como si unos fantasmas subiesen las escaleras en tropel. Tal vez porque su hermano había edificado esa él mismo —*desde dentro*, como le gustaba decir— o tal vez porque él y su mujer habían vivido en ella con tanto amor… Fuera como fuese, le había gustado desde el primer instante y le había ofrecido un gran consuelo. Cualquiera pensaría que una casa de aquellas dimensiones se volvería grande y tenebrosa por las noches pero, pese a la profusión de puertas y porches abiertos, ella se sentía segura en todo momento, incluso en las horas en vela antes del alba, cuando más sola estaba. Sentía rutinariamente la presencia de otros y, con más frecuencia, siempre había alguien moviéndose en alguna parte, Rocky o sus sobrinos o uno de los socios de Rocky o las ruidosas *señoras** que acudían a encerar los suelos o a clasificar la colada. Cuando Rocky se encontraba en casa, se oía la radio, y cuando Sunny se encontraba en casa, algo estaba marchando en la cocina, así que, a pesar de que a lo largo de gran parte del día Cas rara vez se topaba con las personas con las que vivía, en sus horas de vigilia se sentía acompañada. Leía, participaba en campañas para contribuir al esfuerzo bélico, escribía cartas, se reunía con mujeres de su edad para jugar a las cartas: y al menos cada dos días se sentaba una hora en el Gran Salón y se entregaba en cuerpo y alma a la música.

He aquí lo que hay que saber sobre el sonido del arpa: es armónico: las ondas periódicas de cada cuerda se prolongan más en el tiempo que las de un violín o un violonchelo; por lo tanto, el sonido de cada cuerda se superpone al de otra, como una tarta en capas: un efecto que enloquece a los perros.

O al menos a los perros de Rocky.

Daba igual dónde se encontrasen, fuera dentro o cerca de la casa: cuando Cas empezaba a tocar, los perros se ponían a aullar. Por ello hacía coincidir sus prácticas con los paseos matutinos de Rocky, sabedora de que su hermano se los llevaba lejos, donde no la podían oír.

Después de tantos años, sus manos eran más instrumentos de la memoria que madres del ingenio y habitualmente, para entrar en calor, tocaba de memoria alguna de esas composiciones tan conocidas de Debussy, pero en los últimos tiempos había estado tocando un conjunto de piezas al que llamaba *Escandinavia*, una serie con reminiscencias de su pasado. En ellas trabajaba sin tomar notas, sin escribir las progresiones de acordes, sino permitiendo que la música fuera surgiendo: como en el jazz: como una nueva sensación. Se dedicaba incluso —algo radical en los arpistas— a repentizar, a veces con efectos atonales, disonantes, y a tratar de transcribir los éxitos del momento de las *big bands* (de viento metal), especialmente «In the Mood», la compulsiva obra de Glenn Miller, tratando de llevar su swing a las cuerdas. Había partes que eran arpa pura (el puente de la canción en octavas), pero el sonido del swing se basaba en transformaciones nítidas, en acentos imprevistos —y en la síncopa— y, seamos realistas, el arpa es un instrumento construido para interpretar los efectos de nieblas, cuentos de hadas y emociones lacrimosas. Aun así, se lo pasaba bien tocando, recordando las formas de atacar stacatos precisos, y no podía evitar ponerse a tararear o a seguir el ritmo con un pie y cerrar los ojos y perderse, por una vez, en una música arraigada

al presente, vinculada, a través del ritmo, a la medida y la materia de la realidad, el sonido de los coches y los tanques y el ansioso latido de los corazones, de las botas marcando el paso y los bombardeos…

Sin los perros presentes para dar la voz de aviso, la llegada de un forastero a la puerta se redujo a unos golpes fuertes y repetidos, y cuando Cas se dio cuenta, atravesó la estancia y llegó al vestíbulo, al otro lado de la puerta alguien gritaba ¡Señor Rhodes! ¡Soy Hetty Gunderson y traemos a Sunny!…

Su puño cerrado se alzó en el aire dispuesto a llamar otra vez —aunque la puerta no estaba cerrada con llave—, pero entonces Cas abrió, miró más allá de Hetty y vio a Wendell, el marido de esta, que estaba detrás de ella sosteniendo entre los brazos a Sunny como si fuese un saco de trigo. La mujer aferró a Cas del brazo y le dijo «…no está muerta. Sigue respirando pero está malherida. La ha traído su yegua…, nuestro hijo se está ocupando de ella. No ha recuperado el conocimiento desde que la hemos encontrado. El médico no está en el pueblo. No sabíamos qué más hacer…».

Los Gunderson llevaban mucho tiempo en la zona, criaban caballos cuarto de milla en las estribaciones de las montañas, y pese a que solo los conocía de cruzárselos en las actividades del pueblo, los hizo pasar y los llevó por el pasillo central de los portales hasta el dormitorio de su sobrina, donde ayudó a Wen a tumbar a Sunny en la cama, poniendo cuidado con el cuello y la columna.

Tenía sangre y arañazos en la frente y un profundo corte carmesí que le bajaba por el lado derecho de la cara. No abría los ojos y apenas respiraba; sus manos estaban desnudas y desgarradas, los dedos, azules.

Wen era un hombre del tamaño de Cas y tenía una actitud tranquila, amable, persuasiva que había adquirido de los caballos, pero ella necesitaba ahora que fuese un *mensajero*

convincente, un agitador, de modo que le dio una serie de órdenes en un tono que no admitía medias tintas:

—Wen, tiene que ir a toda velocidad hasta el campo del otro lado de la carretera. En la entrada pregunte por Schiff, el señor Schiff, es el que manda. Insista si le dicen que no. Repítame el nombre…

—Schiff —dijo Wen.

—… si le dicen que no, insista —repitió—. Cuéntele lo que ha pasado, dígale que está en juego la vida de Sunny y que nos mande a su médico y una ambulancia. ¿Ha entendido?

Wen salió disparado; Cas le indicó a Hetty la puerta de al lado, donde se encontraban sus habitaciones, y le pidió que le llevase todas las almohadas y mantas que encontrase. Además de la herida en la cabeza, estaba claro que Sunny había pasado mucho tiempo expuesta a las temperaturas de montaña, de modo que Cas se abstuvo de quitarle las botas y empezó a abrigarla sin dejar de decirle Así me gusta, mi niña, ya estás en casa sana y salva, te haremos entrar en calor. Hetty y ella se dedicaron a levantar diques de calor reconfortante y a arroparla entre capas aislantes de abrigo, sin dejar de buscar signos de vida debajo de la piel apergaminada. Hetty le echó el aliento en los dedos y comenzó a entonar himnos.

—Tú sigue, Hetty. Voy a buscar al padre de Sunny —le explicó Cas.

En mañanas como aquella —cielo despejado, frío menguante, primavera tardía— Rocky podía estar en cualquier parte, a kilómetros de allí, siguiendo la dirección marcada por sus pensamientos; Cas sabía que, en coche o a caballo, no lo alcanzaría ni loca.

pero sabía cómo avisarle:

En los años que llevaba viviendo ahí nunca habían tocado la campana, aunque, en los tiempos más alocados de Stryker, Rocky había atado la cuerda del badajo a una anilla de hierro a cuatro metros del suelo para impedir que el niño la alcanzara; la

campana pesaba media tonelada, hacían falta dos hombres de brazos potentes para moverla, y cuando era pequeño Stryker lo había intentado con todas sus fuerzas: la campana no se había movido y él se había quedado colgando cual insecto pegado al papel cazamoscas.

Cas levantó la vista y vio las palomas grises en lo alto del campanario, al abrigo del instrumento de hierro forjado:

La ventaja de los dedos encallecidos es que puedes agarrar bien una cuerda.

A la de tres, se dijo.

Si alguien podía conseguir que aquella cosa bonita soltara su música era ella.

y la hizo sonar como si estuviese anunciando la entrada definitiva del mundo entero en el reino de los cielos.

Si tuviera que aventurar cuál era el problema del harén, apuntaría a que Escarlata O'Hara se había impuesto a las demás, o como se diga cuando el perro mandamás le arrebata a otro el control y domina la manada: *alfa*, suponía. Pese a su juventud era la perra *alfa*.

Ese amor apasionado por su parte no era nada nuevo; estaba obsesionada con él desde el día en que Stryker la había llevado a casa…, *bum*, fue ver (¿o fue olfatear?) a Rocky y listo: la suerte estaba echada: todo había sido *adorable* era una cachorra realmente adorable pero ahora había engordado, le habían crecido las zarpas: le sacaba medio palmo a Jane Eyre y las otras hembras de la manada sabían contenerse cuando estaba al aire libre retozando con su hombre y cuando él intentaba jugar a solas con, pongamos por caso, Daisy Buchanan o Lily Bart, la señorita Escarlata le echaba una mirada compungida como rogándole No me hagas esto, me lo prometiste…

Era una perrita simpática, la señorita Escarlata, elegante y

seria en sus movimientos, capaz de detectar una nidada o un pájaro solitario a novecientos metros como no había visto hacer a ningún pointer, pero perdía la cabeza con sus ansias de tenerlo todo para ella (como hacía la otra Escarlata con su Ashley Wilkes) y Rocky consideraba que ya era hora de que la llevase a Bishop a la consulta del doctor Lake para esterilizarla o aparearla.

Últimamente cada vez que Escarlata lo miraba lo hacía sentir como si supiese en qué estaba pensando.

Así que la hacía trabajar duro: eso de ir a buscar lo que le tiraban no se le daba tan bien como a Daisy Buchanan, pero la aventajaba en la carrera y siempre le ganaba aunque el «juego» supusiese un uso injusto del brazo de Rocky (no era un trabajo que tuviese una finalidad) y él pagaba las consecuencias por la noche y al darse cuenta de que le dolía todo —y se cansaba— antes que los perros.

Por supuesto, los perros fueron los primeros en oírlo, pararon en seco y se volvieron hacia la casa, con las orejas como mástiles contra el viento:

El tañido de la campana.

la primera vez no reconoció el sonido, nunca había oído la campana de lejos, solo de pie debajo de ella con todo el fragor de su bombeo arterial, de modo que, en cuanto supo de qué se trataba, lo primero que le vino a la cabeza fue Dios mío, hemos matado a Hitler, Dios mío, la guerra está a punto de terminar, pero entonces intervino la razón y se dijo No puede ser, ni siquiera hemos desembarcado en Francia o en Italia…

Ay, Dios, los japoneses han desembarcado

o

Algún mandamás de mierda de la Marina se ha presentado con los restos de Stryker

o

La mujer de Stryker se ha presentado en casa con los niños

Echó a correr, a cada zancada las caderas soportaban a duras

penas el peso del cuerpo —¡ay, Dios!, ¿cuándo había envejecido tanto?—, los perros levantaban una polvareda delante a él, menos Escarlata, pegada a sus talones con entregada precaución:

tuvo que parar a recobrar el aliento, rendido por una súbita oleada de náuseas:

Me encuentro bien, niña… (le dijo a la perra).

(Ella no se lo creyó.)

Rocky no estaba seguro de si la campana había dejado de tocar, el repique se multiplicaba en sus oídos haciéndose eco de la alarma, y aunque se empeñó con todas sus fuerzas le pareció que había tardado una eternidad en llegar a la puerta de la cocina

donde tuvo el tino de dejar los perros fuera antes de entrar en tromba y descubrió una escena tan normal —la cocina vacía y fragante— que parecía obscenamente ajena a la realidad que había imaginado, hasta que se metió en los portales y se encontró de golpe con su hermana, dos hombres de bata blanca portando una camilla de ambulancia, Schiff, otro hombre de bata blanca y dos mujeres de blanco, todos precipitándose hacia lo que Rocky sabía que era el dormitorio de su hija.

Sunny, le confirmó Cas. ¡Gracias a Dios que estás aquí!

y después, por algún motivo que le hubiera gustado plantearle a Albert Einstein en algún momento futuro, el TIEMPO, tal como lo había conocido, se curvó en forma de pera y se r a l e n t i z ó.

Aun así, Rocky asumió el mando:

Habían tendido a Sunny, de eso se dio cuenta enseguida, pero *no estaba muerta*, si no, toda esa gente no se encontraría ahí, se dio la vuelta, obstruyó la puerta con su corpachón, apoyó la palma de la mano en el esternón del médico y le dijo Esa es mi hija y yo a usted no lo conozco.

—Soy el doctor Toru Arakawa —contestó el hombre con calma—. Jefe de Medicina Interna del hospital St. John…

no diga Los Ángeles, le había advertido Schiff.

—… de Santa Mónica. Le presento a la doctora Annie Oe, residente de tercero, del St. John, y a la señorita Memoto, enfermera de cirugía.

Rocky se apartó y les cedió el paso.

—Yo soy el señor Rhodes y esta es mi hija Sunny…

—*¿Sony?* —quiso aclarar la residente, que lo estaba apuntando todo en una hoja de la tablilla sujetapapeles.

Rocky empezó a deletreárselo, pero se le quebró la voz cuando todos se acercaron a Sunny y el doctor Arakawa se puso a hablar suavemente con las mujeres en una especie de código que Lou hubiese entendido: temperatura, T.A., pulso, pupilas, prepare esa herida, Annie, voy a necesitar hilo de sutura facial…

—¿Cuánto tiempo lleva su hija inconsciente, señor Rhodes?

—Al menos una hora —intervino Cas.

—¿Puede contarme cómo ha ocurrido el accidente?

No podían, nadie podía.

Rocky se llevó a Cas a la entrada para preguntarle Qué diablos ha pasado, y ella le contó todo lo que sabía.

He tocado la campana, dijo, y se derrumbó.

Rocky se atrajo la cabeza de Cas hacia el hombro y le dijo Ya lo creo que la has tocado, hermana… Ya lo creo, y bien que has hecho.

Mientras tanto, en el dormitorio, habían establecido que Sunny padecía hipotermia y le preguntaron a Rocky si podía subir la temperatura y él echó más leña al fuego, pero cuando se arrodilló para encender la cerilla, la mano le temblaba con tal violencia que Cas tuvo que hacerlo en su lugar.

—Nunca habría bajado de la montaña en la oscuridad —dijo en voz alta—. Lo sabe de sobra, nunca lo habría hecho…

Los Gunderson le contaron que Sunny se había atado a la silla y al caballo.

—No tiene sentido —dijo Rocky tratando de entenderlo—. ¿No había nadie con ella?

Al parecer la pregunta complicó más el asunto:

—*¿Debería haber habido alguien?* —preguntó Schiff, y Rocky le lanzó una mirada asesina.

Rocky y Cas eran los únicos que sabían que Sunny había ido a reunirse con Jeis en algún lugar de la sierra, y Rocky no quería que trascendiera.

Las mujeres empezaron a cortar la ropa de Sunny para que Arakawa pudiese examinarla y Rocky salió a los portales. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de lo que había hecho Schiff: se había encargado de acudir acompañado del equipo médico.

—¿Me pide que me fíe de este tipo?

—Por el amor del cielo, es jefe de sección en un hospital universitario de una ciudad importante…

Rocky plantó la mano deforme en el hombro de Schiff y le dijo:

—Tiene que haber pasado algo que la ha obligado a bajar de la montaña en la oscuridad… Si los muchachos del agua han sido los causantes, juro por Dios que los voy a matar…

El médico salió para pedir a los encargados de la ambulancia que le llevasen solución salina y le comentó a Rocky que no parecía haber más heridas, que procedería a suturar la de encima del ojo —le quedaría una cicatriz, pero había tenido suerte: si lo que la había golpeado le hubiese dado un centímetro más abajo, le habría destrozado la córnea—, aunque no le gustaba que siguiese inconsciente y aconsejó trasladarla al hospital para hacerle radiografías, especialmente del cráneo en el lugar del impacto y de la columna, que lo tenía preocupado.

A Rocky no le gustaba que el médico despersonalizara de aquel modo el cuerpo de su hija:

—Estoy seguro de que su médico local, el doctor Bridges, recomendaría lo mismo —añadió Arakawa.

—… al diablo con el doctor Bridges, no ha abierto una revista médica desde que Bayer empezó a fabricar la aspirina… ¿No tienen ustedes un aparato de rayos X allá, al otro lado de la

carretera?

Arawaka miró a Schiff y volvió a centrarse en Rocky:

—El campo no es un hospital, señor Rhodes. Si fuese mi hija, la haría trasladar lo antes posible a un centro equipado para tratarla.

—¿Dónde sería eso?

No diga Los Ángeles, confió Schiff:

—Pues le tendría que decir… San Francisco, porque no estoy familiarizado con los centros de atención de California fuera de las ciudades principales…

Rocky se paseó por el cuarto. Tras la muerte de Lou, en Lone Pine había circulado el rumor (imaginó que propiciado por el doctor Bridges) de que se podría haber evitado, la polio no siempre era mortal, ¡y si no, fíjense en toda esa gente que ha sobrevivido con cojeras fíjense (mucho tiempo después) en Frank Roosevelt! El médico había tenido un interés personal, porque Lou había aparecido y le había «robado» los pacientes, pero aun así el rumor había cobrado fuerza y perduró: Rocky Rhodes había tenido a su mujer en casa metida en un pulmón de acero en vez de llevarla a un hospital, como estaba mandado, para salvarle la vida.

Era mentira:

pero algo de verdad había, como ocurre con la mayoría de los rumores:

En aquel entonces Rocky estaba convencido, y lo seguía estando, de que Las Tres Sillas tenía propiedades curativas para todos los miembros de su familia, de que, *como lugar*, era una propiedad de bienestar, una propiedad de salud y vida.

—Se queda aquí —dijo.

—No estoy de acuerdo.

—Se queda —repitió— por ahora. Si mañana sigue inconsciente…

—¿Por qué regatear con la vida de su hija? —preguntó

Arakawa. Por primera vez, dirigió la mirada hacia la fachada con contraventanas de la antigua clínica al final de los portales y añadió—: ¿Hubo aquí un hospicio, señor Rhodes?

—Una clínica. De mi difunta esposa.

Algo pareció cambiar tras la mirada de Arakawa: Schiff se lo quedó mirando al ver que se abría una ventana.

—Oiga, si tuviera que desglosarlos —dijo Schiff—, enumerar los mínimos, ¿con qué debería contar ese centro de atención? Dispongo de personal que puede ponerse en contacto con todos los sitios de aquí a San Francisco… —Sacó libreta y lápiz del bolsillo y empezó a apuntar al dictado.

—… la prioridad principal —dijo Arakawa—, un aparato de rayos X craneal…

—¿Me está diciendo que no hay un aparato de rayos X al otro lado de la carretera? —interrumpió Rhodes.

—… hay uno para radiografías de tórax, *vertical*.

—¿Y qué me dice del aparato que el doctor Lake lleva a los establos para radiografiar patas rotas? Es nuestro veterinario. Atiende vacas y caballos.

—¿Dónde tiene la consulta? —preguntó Arakawa.

—En Independence, a unos dieciséis kilómetros carretera arriba.

—Llámelo.

La señorita Memoto abrió la puerta del dormitorio de Sunny y anunció:

—Ha vuelto en sí.

En cuanto a reflejos, Schiff observó que el médico llevaba una gran ventaja: adelantándose a Rocky llegó hasta donde Cas sostenía la mano de Sunny, arrullándola como una mamá paloma mientras el médico le susurraba Hágala hablar, pregúntele cosas, *hechos hechos hechos*…

—… botoncito…, qué susto nos has dado, tesoro, pero ahora ya estás en tu cuarto y tenemos que hacerte unas…

Los dedos de Cas se habían detenido en la mano izquierda de Sunny, donde la había estado masajeando para hacerla entrar en calor: de repente Cas notó que en el anular ya no llevaba el anillo y presionó sobre el punto vacío al tiempo que clavaba la vista en los ojos de su sobrina y susurraba Ay, cariño, no es posible, tú también… Los ojos de Sunny se llenaron de lágrimas y de una rabia compleja: «… se ha casado con otra», logró decir antes de sucumbir una vez más a las lágrimas.

Situado al otro lado de la paciente, Arakawa se presentó, le expuso la situación en términos sencillos antes de preguntarle si le dolía algo. Schiff vio a Sunny volverse hacia él, soltar un maullido traicionado de gatito que toca el fuego por primera vez y luego se puso a quitarse las mantas a patadas intentando golpear a la enfermera para levantarse y recuperar terreno, gritándole a todo el mundo: ¡Fuera de aquí! ¡Déjenme sola!

para que digan que tiene la columna lesionada, pensó Schiff.

Legalmente no podía dejar a los internos solos fuera del campo, pero había estirado la legitimidad de sus deberes hasta tal punto que no le remordió la conciencia al regresar al campo con todo el personal de la ambulancia menos el doctor Arakawa.

—El doctor se quedará esta noche —había decidido Rocky.

—El doctor no se quedará esta noche —se había negado Arakawa—. No soy su…, no soy empleado suyo…, además del hecho de que al otro lado de la carretera hay dos mujeres en el noveno mes de embarazo que se pondrán de parto en cualquier momento, y diez mil personas más que dependen de mis consejos para aliviar la migraña, las pesadillas, la indigestión, el estreñimiento, los dolores de pecho, el pie de atleta, la dermatitis de contacto… Mi mujer y mis tres hijos están allá, detrás del alambre de espino y, por principios, me niego a beneficiarme, aunque sea por una hora, de condiciones más privilegiadas que las que se les imponen a ellos.

Rocky inclinó la cabeza y Schiff adivinó lo que estaba pensado: *menudo discursito*.

—Como que me llamo Rockwell que pasaré la noche detrás del alambre de espino con su mujer y sus hijos si eso satisface sus principios —dijo Rocky—. Y tenga en cuenta que yo por principios juré no poner ahí los pies…

Dos hombres igual de honorables, fue como si se estuviesen felicitando, y cuando Schiff se marchó estaban a partir un piñón. Rocky le había dicho a Schiff La puerta está siempre abierta, venga esta noche, dentro de unas horas, Cas y yo necesitaremos compañía.

y pensó que había dado en el clavo: en su propia soledad desde que Jay se había marchado. Magníficas cartas —Svevo era tan ameno por escrito como en persona—, pero la verdad era que Schiff no había hecho más amigos porque, por su cargo, debía mantener las distancias. Y para él aquel trabajo trofeo había ido perdiendo lustre desde el primer día. Mantener la falsa ilusión de que «estaba haciendo el bien» —(como había escrito Horace Mann, Ni se te ocurra pensar siquiera en morir hasta *haber hecho el bien* a la humanidad)— requería cada vez más esfuerzo por su parte y aunque fantaseaba con un puesto «mejor», un empleo «mejor» —incluso con alistarse—, al comienzo y al final del día lo que más añoraba era contar con un viejo conocido, con un viejo amigo.

hola, Rita:

Rita Hayworth había permanecido temporalmente expulsada debajo de una lona, detrás del despacho de Schiff, y cuando volvió al campo le pidió a Betty que solicitara a los del parque de vehículos que le hicieran un lavado y una permanente, y cuando sonó la sirena de la cena, Schiff la puso en marcha y encontró a la vieja amiga que buscaba. No cobró conciencia del arrebato de Sunny, «¡Se ha casado con otra!», hasta que llegó a la entrada, dobló al norte y enfiló la carretera abierta hacia el

ancho valle que había marcado las fronteras de la vida de Sunny.

y de sus amores.

Schiff se acordó de un compañero de la Facultad de Derecho, proveniente de algún lugar de Maine, un tipo brillante, que se impuso a todos los aspirantes a las pasantías y a la revista *Law Review*, y que cuando se graduó decidió volver a Maine y ejercer ahí en lo que pudiera (las menudencias de la legislación interna de Maine) y uno de los profesores le advirtió Por el amor de Dios, no vuelva, acabará casado con la señora de la limpieza, y eso fue exactamente lo que pasó. *La proximidad…*, te enamoras de lo que ves y tienes a mano; a veces es un Capuleto, y otras, Clark Gable en la gran pantalla. Alimentamos nuestros amores porque no nos queda más remedio. Alimentamos nuestros amores con lo que hay disponible.

parecía una extensión lógica del (placentero) paseo enfilar con *Rita* el camino de tierra hasta Las Tres Sillas, ¿por qué no?, lo habían invitado…

y tenía la puerta abierta. Los perros salieron a recibirlo —Pip, o como diablos se llamara, Shylock e Ismael— aunque en cuanto lo olfatearon y lo reconocieron como alguien FAMILIAR se retiraron, alegres, a las madrigueras secretas de la casa.

Schiff recorrió el silencioso pasillo que llevaba a los portales y dobló a la izquierda hacia el dormitorio de Sunny, donde, a través de otra puerta abierta, consiguió hacer notar su presencia a Rocky, que leía sentado en una mecedora junto a las brasas.

—El médico la ha cosido y le ha dado algo para calmarla —susurró—. Cas está en la cocina.

Ahí Schiff la encontró sentada en el extremo de la larga mesa de roble, completamente sola, mirándose las palmas de las manos.

—He mandado a todos a casa —dijo Cas— y ahora no hay nadie que nos prepare la cena. Y cuando despierte, Sunny tendrá

que comer algo. ¿Sabe preparar sopa de pollo?

—Soy judío.

—… sí, ya lo sabemos, señor devoto, no hace mucho celebré con usted el Séder, pero ¿sabe preparar sopa de pollo o no?

Quería decir:

—Forma parte de mi historia.

—… bien, empecemos. —Se levantó, abrió uno de los refrigeradores y buscó un pollo atado con bramante de carnicero —. Mi hermano y mi sobrina insisten en que no hay que cocinar las aves el mismo día que las matas, hay que dejarlas reposar un día, dicen, para que la carne no tome el sabor de la sangre. La excepción es el pescado, claro, cuanto antes se coma después de sacarlo del agua, mejor…

Estampó el pollo en la encimera, señaló las ollas para el caldo y la despensa y dijo:

—… cebolla, apio, zanahorias, chirivías: ahí encontrará lo que necesite…, ¿*nabos*?

—Sí… —y el ingrediente distintivo que le había enseñado el chef *garde-manger* en el Drake de Chicago—: Y una manzana verde. Hágame caso, apreciará las notas de sabor que le da al caldo.

Cas se puso un delantal ancho, le dio a él otro y lo animó:

—*Allons-y*. Voy a matar otro pollo para mañana. Con el humor que tengo, me vendrá bien.

Schiff no se movió.

—*¿Algún problema?* —preguntó Cas—. ¿Qué más hace falta?

Nada, y le aseguró: —Solo quería verla matar el pollo.

No fue un espectáculo agradable, porque el animal se dio cuenta de la que se le venía encima, pero Cas sabía lo que hacía y la muerte fue rápida, a cuello partido. Cas lo desangró con un corte en el pescuezo y, mientras lo desplumaba bajo el cielo del atardecer, le dijo:

—Yo también tuve un gran amor. En Escandinavia, así que sé

por lo que está pasando mi sobrina y preferiría sacrificar mi ventrículo izquierdo a verla cautiva del tormento y la duda.

—No sé si…

—… la ha dejado. El muy zopenco. *Jeis*.

—Oh.

—En mi caso, al menos era un auténtico depredador, una persona sin ningún vínculo con mi familia… ¿Les ocurre más a las mujeres que a los hombres? No lo sé. Shakespeare escribe sobre la violencia en el corazón de los hombres cuando sufren un desengaño; Jane Austen escribe sobre la violencia que ejercemos las mujeres sobre nosotras mismas; el sufrimiento dirigido hacia nosotras mismas…

Schiff no entendía por qué Cas le contaba su historia, los detalles de cómo había conocido en Oslo a Karl Tomas, el así llamado amor de su vida, y cómo, pese a haber adquirido el reflejo de desconfiar de los hombres que presumían de no querer su dinero sino a ella, había sucumbido a sus descarados encantos y a sus esfuerzos por convencerla de la sinceridad de sus atenciones (y sus intenciones). Schiff sospechó que la confesión era una especie de catarsis —¿a cuántas personas se lo habría contado?— y que contarlo (o volver a contarlo) tenía el efecto curativo de la sopa de pollo.

—Se podría pensar que el hecho de que me sedujera para llevarse una parte considerable de mi fortuna me habría facilitado vilipendiarlo, pero cuando por fin tuve que contárselo a Rocky y quiso causarle graves daños a Karl Tomas, yo se lo impedí. Además, ¿qué podíamos hacerle a un estafador profesional que estaba en otro continente y con un océano de por medio? Pero ojo, no me tomé a la ligera la pérdida de todo ese dinero; perder la confianza en mí misma, haberme dejado engañar de tan buen grado fue lo que más me dolió…, lo que confundió el sentido de mí misma. Saldrá adelante, nuestro botoncito…, tardará un tiempo, pero lo conseguirá.

salvo que no «salió adelante» sino que se pasó días enteros en

la cama negándose a aceptar las propiedades reconstituyentes de la sopa y a explicarle a Cas o a Rocky lo que había ocurrido entre ella y Jeis (y cuando por fin lo hizo, ya era demasiado tarde para que Rocky se tomara la venganza).

No se levantaba de la cama (salvo para hacer pis) y después no quería salir de su dormitorio. Schiff —que buscaba una rutina para aliviar la soledad— empezó a presentarse en Las Tres Sillas casi todas las noches, a veces para disfrutar de una barbacoa vaquera con Cas y Rocky, a veces para hablar de política, siempre para disfrutar de su conversación y sus bromas. Algunas noches ni siquiera estaban en la habitación donde él se había puesto cómodo con un libro o cosas del trabajo porque, por alguna extraña coincidencia, Cas había ido al campo a jugar a las cartas y Rocky a dar un largo paseo bajo las estrellas con sus personajes de ficción caninos.

así estaban las cosas a finales de la segunda semana después del accidente de Sunny cuando, mientras él escribía cartas sentado a la mesa de la cocina, poco antes del anochecer, Sunny entró, despeinada, descalza y en pijama, envuelta en un albornoz masculino de franela que le quedaba grande, con la ceja derecha delineada por los negros puntos de sutura.

¿*qué haces tú aquí*?

una acusación formulada sin efecto alguno:

Sorprendido —y contento— de verla, Schiff solo atinó a contestar:

—Me han invitado.

No es lo mismo que ser BIENVENIDO, le hizo saber ella sin ambigüedades.

eso no le impidió volver.

Schiff había dispuesto que la Policía Militar acompañase al doctor Arakawa a Las Tres Sillas en la *Rita Hayworth* (el médico viajaba en el sidecar) con el fin de examinar a Sunny sin que se lo considerase ausente sin permiso, y una tarde en que

Schiff estaba asomado a la ventana de su oficina vio pasar a *Rita* rugiendo por la entrada principal y al médico bajarse con las gafas puestas.

poco después llamó a la puerta abierta del despacho de Schiff:

¿se puede?

Por respeto, Schiff permaneció de pie hasta que el médico se sentó; la montura de las gafas le había dejado en la cara dos círculos libres de polvo que, de lejos, le hacían los ojos grandes y redondos.

—He ido a ver a su amiga al otro lado de la carretera.

—¿Y bien? —lo animó Schiff.

—Está melancólica.

Schiff tuvo que darle la razón.

—No tan melancólica como la mayoría de la gente que veo aquí…, pero está luchando contra la depresión.

—¿Qué podemos hacer por ella?

—Bueno, no existe la píldora de la felicidad, aunque estoy seguro de que nuestro ejército está en ello. Las anfetaminas, sí…, píldoras que ponen el cuerpo en funcionamiento… Esa mujer se llamará Sunny, pero en este momento no le hace honor a su nombre porque de soleada no tiene nada…

—Sunny no ve el sol…

—Teniendo en cuenta su historial, creo que con el tiempo se recuperará…, hice una buena sutura y esa será la menor de las cicatrices que le dejará este episodio… En fin, no he venido por eso. Annie Oe…

—¿Sí?

—… es de Nueva Jersey. Se presentó a las oposiciones y la entrevistaron en el Johns Hopkins y el St. John, pero presioné con insistencia para que viniese a California… —Apartó la vista de Schiff y miró por la ventana—. Y ahora está aquí —dijo—. Su carrera profesional se ha ido al garete. Debería haber alguna reparación.

—Debería. Pero no la hay.

—Si se hubiese ido a Baltimore, al Johns Hopkins, que no se encuentra en la zona de exclusión, ahora estaría caminando libre como Piolín.

Schiff no pudo rebatirlo.

—¿Y si lograra convencer al Johns Hopkins para que le renovasen la oferta? Mi mujer recibió una carta de una amiga que está en el centro de detención de Nyssa, donde dejan salir a los internos cada día, les pagan para trabajar en los campos de remolacha…

—Ya lo sé.

—¿Y usted no podría organizar el traslado de la doctora Oe al Johns Hopkins para cubrir una necesidad laboral similar? Se presiona a los médicos de todo el país para que se sumen al servicio activo y los hospitales nacionales andan escasos de médicos cualificados…, creo que tenemos argumentos suficientes.

Su uso de la primera persona del plural lo hizo sonreír.

—Una cosa más —dijo Arakawa. Se interrumpió para quitarse una mota invisible de la impecable manga del traje y dijo—: Jin, el pequeño de mis hijos, que tiene tres años, ha empezado a presentar síntomas de asma. No para de resollar.

—Cuánto lo lamento.

—… él y varios ancianos.

—Comprendo.

—Creo que se debe al aire que respiramos desde el primer día que llegamos.

—Ha estado hablando con el dueño de Las Tres Sillas.

—No necesito que el señor Rhodes me señale la nube amarilla que flota mañana, tarde y noche sobre lo que fue el lago Owens, pero sí, he hablado con él. Voy a hacer un estudio del aire. Estoy seguro de que para ello voy a necesitar su permiso.

Schiff era consciente de que Arakawa le hablaba como si fuese un estudiante molesto, pero no le importaba. Pensó que quizás el médico se dirigía así a todo el mundo:

—… y voy a requerir mascarillas de algodón que cubran nariz y boca como precaución sanitaria voluntaria: la medida alarmará a algunos, a aquellos que, como yo, entienden que la estancia en este campo no es temporal…, que estaremos atrapados aquí hasta que la guerra termine. Diré que es para el polvo. No diré que supone una amenaza para la vida. Podemos usar las mascarillas desechadas como prueba de lo que nos vemos obligados a respirar.

Una vez más, la primera persona del plural. No el mayestático sino el médico. *¿Qué tal nos encontramos esta mañana? ¡Vaya aspecto más saludable tenemos hoy*!

—¿A qué se refiere cuando dice que no es temporal? El campo no es permanente —le aclaró Schiff—. A menos que la guerra sea permanente, que no lo será.

El médico se quitó otra cosa invisible de la manga:

—Los rumores circulan, señor Schiff, el campo es una fábrica de rumores. Nueve de cada diez personas que trato me preguntan lo mismo, quizá porque saben que soy un hombre de ciencia y por eso digo la verdad, «Doctor, ¿puede confirmar lo que dice todo el mundo, que nos dejarán volver a casa el mes que viene?». Verá usted, el autoengaño es una píldora de la felicidad, una automedicación. —Clavó la vista en Schiff—: La tristeza que veo en su amiga y en la población de aquí surge cuando se pierde el control de la propia vida. Tiene usted la obligación moral de anunciar la verdad… Sin la verdad, esta gente no tiene dónde agarrarse, no tiene las riendas de su propio destino, y las mentiras que están obligados a contarse solo para llegar al final de cada día enmascaran su triste realidad: mascarillas para tapar la cara. Debe decirles la verdad… —recalcó. Sonrió; con falsedad, pensó Schiff—, porque todavía no se ha inventado la píldora con la que yo pueda medicarlos.

En esta ocasión habla en primera persona, notó Schiff, *yo* en vez de *nosotros*. Para que yo pueda medicarlos (curarlos,

tratarlos), como queriendo sugerir que el poder de hacerlo podría cercenar el control de Schiff. Hasta ese momento, consideró Schiff —la afirmación del buen doctor había sonado cierta— tal vez uno de cada diez norteamericanos del campo había adivinado la verdad, que la duración en días/meses/años de su internamiento obligatorio dependería de cuánto tardara Estados Unidos en darle una paliza a Japón.

Eso suponía que él también seguiría ahí, y que su cronología, el plazo de su mandato, sería la misma que la de ellos. No es que se atreviese a comparar lo que consideraba su inoportuna situación con la de ellos, pero todo *schnook* necesita una píldora de la felicidad; Svevo había sido la suya y *joder* hasta los dioses del Olimpo se ponían morados de ambrosía, ¿por qué no iba él a aprovecharse del ingenio y la urbanidad de Cas y Rocky pasando las veladas en Las Tres Sillas?

Cuando se presenta la buena fortuna, *ven dos mazl kumt*:

Ofrécele una silla.

y al cabo de dos semanas, fue para allá a cenar; tía Lupe había hecho esos preparados mexicanos a base de carne especiada y tomates y lechuga picada y dados de aguacate metidos dentro de tortillas fritas que Rocky llamaba *tacos** y de los que Schiff no se hartaba nunca y en la mesa la charla había girado en torno a que Roosevelt había llenado la Corte Suprema de candidatos favorables a los demócratas (Cas y Rocky lo aprobaban), a la novela que Cas estaba leyendo (Daphne du Maurier), para volver a Rocky, que, como un disco rayado, hablaba de su frustración por no conseguir que Honolulu le facilitara datos sobre la mujer y los niños de Stryker. A la hora del café, Schiff se sintió lo bastante cómodo para ofrecerse a prepararlo y, cuando entró en la cocina, cuál no sería su sorpresa al descubrir que Sunny estaba sentada en la otra punta de la mesa. Llevaba semanas sin verla, solo se había enterado de su evolución —o de su no evolución— por su padre, su tía o el doctor Arakawa.

Estaba vestida, o al menos no iba en albornoz; llevaba un viejo jersey de cuello redondo encima del pijama y se había peinado. Tenía delante una cesta repleta de hierbas recién cortadas…, unas tijeras, pieles de naranja, una cabeza de ajos, un ovillo de bramante y cuadraditos de gasa de cocina. Y un vaso de cristal tallado con agua.

Sunny, dijo él. Se detuvo a cierta distancia: me alegro de verte.

En un momento de la velada Cas había hecho su imitación de la primera dama, la señora Roosevelt, y se habían reído tanto que era imposible que Sunny no los hubiera oído.

Te he echado de menos, dijo él.

La inmovilidad de Sunny lo mantuvo lejos, pero cuando ella cogió las tijeras y cortó un trozo de bramante, Schiff consideró que podía acercarse.

Está haciendo *bouquets garnis*, pensó él.

La gente del campo también te echa de menos. Rose Ito pregunta por ti…

Sunny tomó un sorbo de agua.

Verás, dijo él.

Se acercó un poco más:

Lo que pasó no es culpa tuya.

esto no va bien, Schiff lo sabía.

Lo que quiero decir es: «Lamento ver que te echas la culpa».

Lo que quería decir en realidad era Yo te querría más, pero lo que le salió fue: «Él no te quería lo suficiente».

—¡Cállate!

El vaso no lo alcanzó, pero el agua sí; el vaso le pasó zumbando cerca de la cabeza, se estampó contra la pared azulejada encima del fregadero y estalló en una supernova de esquirlas que cayeron como chispas sobre el zinc.

—¡Qué diablos sabrás tú del amor, si ni siquiera conoces a Jeis!

El ruido había atraído primero a Cas y luego a Rocky, que entraron corriendo en la cocina.

—… y tú no te metas en esto, tía, que no es de tu maldita incumbencia…

—Sunny… —oyó Schiff entonar a Cas.

Sonó como una amenaza.

—… y tú… —soltó Sunny dirigiéndose a su padre— dime por qué está él en nuestra casa. ¡Tenías un hijo! Y como no te salió como querías te buscaste otro…, y ahora que Jeis ya no está vas y te buscas otro…, tres sillas, Tops, no tres hijos… —dirigiéndose a Schiff añadió—: No eres su hijo, no eres de nuestra familia, no quiero verte, largo de aquí…

Para, le ordenó Rocky. Este hombre te salvó la vida…

—*Yo* me salvé la vida, *yo* me la salvé, nadie más, fui *yo* quien se montó en ese caballo y se alejó de ahí y lo hice porque sabía que si me quedaba allá arriba y tenía que oírlo decir que no podía construir una vida conmigo que había conocido a otra de su misma *clase* que yo no era de su *clase* que era de una *raza* diferente habría perdido el sentido de quién soy así que no me vengas ahora a decir que alguien me salvó la vida porque *nadie* me la salvó más que yo misma…

Schiff tuvo la sensación de haber contenido el aliento durante todo el trayecto de vuelta al campo, no recordaba haber respirado ni haber visto a nadie conocido o reconocible ni siquiera al cruzar la entrada principal hasta que se encontró a oscuras en su barracón con la puerta cerrada con llave, apoyando en ella la cabeza y la espalda, respirando todavía.

Vaya, qué cerca ha estado, pensó.

No puedes salvar lo que no amas

Rocky le había dicho aquella frase…, no referida a alguien, recordó Schiff, sino a algo; su finca; su territorio; su *tierra*.

Pero si amas algo, o a alguien, a veces no puedes controlar

cómo salen las cosas.

Ella no habría sido adecuada para él.

Habría sido un auténtico desastre.

La vida con pe mayúscula.

Qué curioso… ¿Sunny cree que se salvó a sí misma?

Gracias.

Diablos, no:

Lo había salvado *a él*.

la sexta propiedad
de la sed
es
la verdad

Las dos líneas telefónicas de la entrada llegaban directamente, la primera, a la oficina de Schiff y a su barracón, y la segunda, al puesto de los bomberos y la Policía Militar. Contaban también con una alarma que nunca se había utilizado. La línea de la entrada descansaba a la izquierda del escritorio de Schiff, lejos de la línea general, y no pasaba por Betty. Tenía un tono de llamada especial que sonaba como el timbre de un concurso de radio o como un mirlitón. Cuando en su oficina se encontraba alguien importante y sonaba ese teléfono, estaba seguro de que lo hacía bajar un escalón en la estima de esa persona:

—Señor, aquí fuera hay un hombre que dice que lo conoce, lo menciona por su nombre, pero se niega a someterse al protocolo.

—¿Para qué me llama entonces, sargento? —tuvo que preguntarle Schiff.

—Dice, y estas son sus palabras, señor, no las mías, dice que le diga que antes que poner un pie para cruzar la entrada prefiere ver a Frank Roosevelt, ejem, darle a un burro castrado por donde no le toca el sol. Y con el sombrero puesto.

—Eso es traición, soldado. Hablar así del presidente. Creo que debería pegarle un tiro.

Los policías militares francamente buenos, los singularmente listos estaban, por supuesto, o bien en el Pacífico o de camino a supervisar a los muchachos en los campos de instrucción, de modo que a Schiff le tocaban los instrumentos menos afilados. Los que carecían de iniciativa. Los que podían de veras pegarle un tiro a alguien si él se lo pedía.

—¿Mide metro noventa y le faltan casi todos los dedos de la mano izquierda?

—Déjeme comprobarlo…

—¿Pelo blanco, cola de caballo?

—Es ese mismo.

—Dígale que ya salgo.

Estaba apoyado en la ranchera cuando Schiff cruzó la entrada y, mientras él se acercaba, Rocky impulsó su corpachón con un solo movimiento fluido y se subió a la trasera del vehículo como si estuviese saltando a lomos de un caballo; Schiff pensó, *joder*, que Dios creara al vaquero es una verdadera descortesía hacia los hombres del Viejo Mundo.

Habrían pasado unas seis semanas desde su último encuentro.

No es que Schiff llevase la cuenta.

En la trasera de la camioneta Rocky desenrolló una lona, depositó en el suelo una mecedora y se bajó de un salto.

—Una ofrenda de paz —dijo.

En una especie de ornamentada caligrafía gótica, en letras talladas en el listón superior del respaldo se leía SCHIFF.

—Nunca había tallado así. Tuve que aprender yo solo —dijo el vaquero.

El abogado casi se atraganta:

… es el mejor regalo que me han…

—Viene con condiciones —le advirtió Rocky.

A Schiff no le importaba; quería la mecedora.

—Hace un par de meses me escribió un tipo, iba a hablarle de él cuando todavía venía usted por casa, pero antes quise comprobar sus referencias. Nos pide dinero, a Cas y a mí, y como en el historial de Cas hay varios hombres de mala fama tenía que asegurarme de que este era de fiar. Resulta que se trata de un tipo decente, ganadero en el condado de Santa Bárbara, ganó su primer millón embotellando Coca-Cola, y se le ha ocurrido un plan —le entregó a Schiff unos papeles que sacó del bolsillo trasero— según el cual él, Cas y yo invertiríamos una cantidad importante para crear una especie de cooperativa, un fondo fiduciario limitado o cualquier otra figura jurídica, de eso sabe usted más, con el fin de asegurar las propiedades de los aquí internados contra las ejecuciones hipotecarias. Nosotros

tres no constaríamos como titulares, ellos sí, y nos limitaríamos a poner el dinero, apartarnos y dejar que ellos lo gestionaran… El tipo se llama Lyndon Finn y una de sus ideas es tratar de que el Órgano de Reasentamiento de Guerra respalde las hipotecas o los arrendamientos de estas personas para que los bancos no los embarguen y se los queden, cosa que ya han empezado a hacer… Lo que quiero decir, Schiff, es que la mayoría de ellos pensaban que esto del encierro duraría un mes, como mucho dos, que el Tío Sam los agruparía, les haría unas cuantas preguntas y después los dejaría marchar, y no tomaron medidas de largo alcance respecto de las casas, de las embarcaciones, de los huertos o el resto de sus propiedades… Además, les han impedido obtener cualquier tipo de ingresos… Y créame, hay gente, anglos, que se aprovechan de esto, están ocupando todas esas propiedades…, se le revolvería el estómago. De modo que lo que Finn propone es que, con parte de este dinero, contratemos agentes que se ocupen de recoger las cosechas de estas personas y se aseguren de que sus propiedades están a salvo… ¿Qué le parece?

—Déjeme que lo lea primero…, pero me parece una gran idea. Noble. Casi imposible de implementar.

—Pues ahí es donde intervendría usted.

Rocky le expuso los aspectos teóricos: para despegar, el plan necesitaría datos internos, la recogida de censos, gente que pudiera documentar los riesgos fiscales y la carga económica, un cuadro de consejeros profesionales capaces de dirigir todo el tinglado y determinar en qué se debía gastar el dinero.

LOS SOMBREROS, en ellos estaba pensando ya Schiff, serían ideales para eso, además del genio jurídico de la profesora Takei…

—Si me permite —lo interrumpió—. Todavía no he… Será como meter un elefante en una cacharrería: si lo pone en marcha, la gente se enterará de que los campos no son temporales.

—¿No lo saben?

—No en concreto.

—¿Cómo es que no lo saben?

—Nadie se lo ha dicho.

—Bueno, tendrá que confesarlo, hijo.

La acusación que le había hecho Sunny resonó en el uso que Rocky hizo de la palabra *hijo* y Schiff retrocedió un poco:

pero la honestidad de las cosas surge, en primer lugar, a lo largo de sus límites de resistencia… de modo que sí:

—Tengo en mente algunas personas que podrían mostrarse interesadas.

—Bien. ¿Organizará una reunión? ¿Usted y ellos en casa? Asistirá Lyndon.

Schiff tenía menos reparos en sacar a los internos del campo que en volver a cruzarse con Sunny.

—¿Cómo le iría mañana? —preguntó Rocky.

—Gracias por avisarme con antelación…

—Es que ha tardado más de lo previsto en tallar su nombre en esa mecedora.

Schiff estuvo tentado de preguntarle: ¿Está seguro de que no es judío? Porque aquel había sido un hábil despliegue de culpa. Quería saber cómo estaba Sunny, pero se conformó con preguntar:

—¿Alguna noticia de Honolulu?

—Aquello es un desastre absoluto, los que sobrevivieron al ataque tienen necesidades más urgentes en las que pensar que encontrar a los nietos perdidos de un viejo.

—En la guerra la gente desaparece —dijo Schiff.

—La gente desaparece en tiempos de paz —contestó Rocky—. La gente desaparece. Es lo que hacemos…

Los dos se tomaron un momento para contemplar el paisaje yermo que se extendía delante del campo hasta que Schiff preguntó:

—¿Cómo está…?

—… Está bien. Me escribió Jesús… por lo de Stryker. La carta no me llegó hasta después del numerito que le montó Sunny… Verá, no lo estoy exonerando, pero regresar a México fue decisivo para él. Estaba el asunto de la *raza*…* Quería hablar con Sunny en persona, cosa que respeto, en vez de romper a distancia…

Miró a Schiff con sus vivos ojos azules y le preguntó:

—¿Mañana entonces? ¿A las cuatro?

A Rocky solo le quedaba ahora involucrar a su hermana.

Para llegar al *appartement* de Cas podía acceder desde los portales a la primera de las tres estancias —la más oscura, la que él llamaba el Museo Escandinavo— o ir por su camino preferido —el de fuera—, que fue el que eligió, pasando por la cocina, el huerto de la cocina, el extremo sudeste de la casa, dejando atrás la pista donde Cas y él jugaban a lo que Sunny llamaba «bolos para gigantes», cruzando la verja que Cas nunca cerraba con llave, la de la parte oriental de adobe que daba a las montañas Inyo, subiendo por el sendero de arena que atravesaba su jardín inglés repleto de rosas, hasta la puerta holandesa de su dormitorio. Cuando alcanzó a oír el tecleo de su máquina de escribir Royal a través del panel superior abierto de la puerta supo que la encontraría sentada de cara al paisaje montañoso, componiendo una de sus enjundiosas cartas personales o bien una misiva con carga política destinada a uno de los diversos periódicos y revistas a los que bombardeaba, como los británicos en el fuerte McHenry, con su mortífera puntería.

Una canasta de mimbre y unas temibles tijeras de podar se encontraban en el suelo, junto al parterre de rosas, donde, al más puro estilo Ana Bolena, había estado decapitando las flores marchitas.

—¡Por Cristo resucitado, qué susto me has dado! —dijo

encaramada a su abarrotado escritorio, una mesa redonda cubierta con un mantel de damasco—. Estás en mis tierras.

—Bueno, técnicamente…

—… habla, habla…

—… tú estás en las mías desde hace veinte años sin pagar alquiler, cama y comida…

—Me pago la ginebra. *Et…* yo como menos que tus perros. ¿Qué quieres, que vienes con esa mirada?

—¿Te acuerdas del tipo del que te hablé, que nos había escrito con un plan para la gente del otro lado de la carretera?

—No.

—… claro que te acuerdas, el tipo ese, el ganadero del condado de Santa Bárbara, el que es budista, y tú preguntaste cómo se podía ser ganadero y budista a la vez…

—No.

Iba a contestar que no a todas las preguntas que le formulara por el gusto de fastidiarlo.

—Pues aquí tienes su plan.

Le entregó las páginas y ella las metió debajo de una pila de correspondencia acumulada en su escritorio.

—Tienes que leerlo.

—Cuando llegue el momento…

—Tienes que leerlo ahora mismo.

—¡Ay, Dios! ¿Qué has hecho? Vendrá por aquí, ¿no?

—Esta noche. A cenar. En realidad traerá la cena…

Cas recuperó el plan y le echó un vistazo a través de sus gafas de lectura.

—Treinta mil —observó.

—Por barba, y somos tres.

—Noventa mil dólares para diez mil personas. Eso no es un plan, Rockwell. Es un insulto.

—Pero de los diez mil del campamento no todos tienen propiedades. Muchos son niños.

Cas se quitó las gafas. Teatralmente.

—Termina de leerlo antes de rechazarlo de plano.

—No hace falta que termine de leerlo para saber que las cantidades son demasiado bajas.

—Pero ¿estarías dispuesta, en principio?

—En principio sí. Si voy a poner treinta mil dólares en una obra benéfica en tiempos de guerra, podría ser esta, pero ese hombre debe replantearse la premisa.

—Podrás decírselo en la cena.

—Esta noche tengo partida de cartas.

—Por el amor del cielo, Caswell, a veces creo que tu pirámide de prioridades se sostiene sobre una cabeza pequeña…

—¿A qué hora llegará?

—A las cinco y media.

Cas volvió a ponerse las gafas y cogió un lápiz de cera rojo de la pila que guardaba en una caja de esmalte alveolado, encima de su escritorio, con los que corregía los artículos publicados que después devolvía a sus autores. Vete, le ordenó, de modo que Rocky se fue. Las ideas no estaban mal —de hecho, el hombre sabía escribir— pero aunque circunscribieran el esfuerzo a los diez mil del campo de Manzanar, al otro lado de la carretera, no veía la manera de que pudiesen hacerlo con menos de… En otra hoja de papel empezó a plantear hipótesis antes de retomar la tarea de decapitación al estilo Ana Bolena. Después se dio un baño y se lavó el pelo. Tanto ella como Sunny llevaban el pelo corto al estilo de los emperadores romanos (los que tenían pelo) y acudían a su cita fija cada quince días con *monsieur* Bob, el barbero de Lone Pine, en vez de aumentar la clientela de la peluquería de al lado, la cuestionable Pompadour de la señorita Mabel. Como tenía por costumbre, se vistió con lo que Sunny llamaba su atuendo de Gertrude Stein —chaqueta amplia con bolsillos, falda a media pierna— y, siguiendo un capricho, se echó en las muñecas unas gotitas de su perfume francés preferido. Rocky daba cuenta de su calvados en el Gran Salón cuando Cas le entregó el plan corregido:

—¿Por qué te has puesto tan elegante?

—No me he puesto elegante.

—Pero si llevas esa ridícula corbata de *lobo*.

—De *bolo*. Es una corbata de *bolo*.

—Más ridícula todavía.

Cas se dispuso a hacerse un gin martini; no permitía que nadie se lo preparase, ni siquiera quienes se tenían por profesionales.

—¿Conviene que bebas…?

—Madre mía, hablas como una vieja…

—Lo digo porque vas a conducir.

—Menos de un kilómetro, por un camino no transitado. Y por cierto, ¿cómo se puede conciliar la cría de ganado con Buda?

—Él lo llama «evolucionar».

—Y tenemos que fiarnos de un tipo así.

—Me gusta.

—Creo que su plan requiere por lo menos un cuarto de millón de dólares. —Cas levantó la copa hacia su hermano antes de tomar el primer sorbo—. ¿Te apuntarías a eso?

—¿Entre los tres? —Cas siempre había sido más veloz con los cálculos. Rocky palideció—. ¿Ochenta mil?

—Ochenta y tres mil trescientos treinta y tres —lo corrigió Cas —. Dólares.

Oyeron llegar un coche por el sendero de grava y los perros levantaron un simún.

—Ha llegado.

—Está clarísimo.

—Ve tú a abrir.

—No ha venido por mí, ha venido por mi dinero…

Fueron los dos.

al abrir la puerta se encontraron con un tipo ecuménico y saludable en el trance de quitarse los zapatos que cuando se incorporó cuan largo era resultó ser tan alto como ellos (nadie nunca lo era).

—¡Hay que vernos a los tres! ¡Debemos de ser las tres personas más altas del condado a menos que haya un circo en el pueblo! Lyndon Finn… —Le ofreció la mano a Rocky. Llevaba calcetines de color carmesí.

—Rocky —se presentó Rockwell. Se estrecharon la mano—. Le presento a Caswell, mi hermana…

El recién llegado inclinó la cabeza y Cas, tomándolo por uno de esos que besa la mano, hizo fuerza con la muñeca para impedir el *baisemain*, pero el hombre se limitó a darle un apretón y dijo:

—Es un placer para este tejano del Oeste —(me va a llamar SEÑORA, como hacen todos, pensó Cas)—. Milady —dijo, y añadió —: ¿Es Arpège lo que lleva?

A Cas le salió una mancha roja en la frente, entre los ojos. Las raras veces en que se ponía perfume, usaba Arpège de Lanvin porque así se llamaba en francés *arpeggio…*, que derivaba de la palabra italiana *arpa*. Nadie se había dado cuenta antes.

Rocky aprovechó el momento para explicar:

—Cas me ha dejado unas notas detalladas sobre el plan, pero no participará de la velada. Tiene partida de cartas.

—¿Bridge con las damas? —preguntó Lyndon.

—Póquer con los tahúres —contestó Cas.

Cas notó que en los ojos de Lyndon bailó una sonrisa antes de que le preguntara:

—¿Y cuánto hay que poner para participar?

—Más de treinta mil —le informó ella con una sonrisita disimulada antes de cruzar la puerta y dirigirse a su Woody, aparcado en el sendero de entrada.

—¡¿La veremos más tarde?! —le gritó Lyndon.

—No me espere levantado —advirtió ella sin volverse.

Los perros la acompañaron hasta el Woody, Lyndon se quedó viéndola partir y luego se dirigió a Rocky para preguntarle:

—¿Viuda?

—¡No, por Dios!

Su respuesta fue demasiado vehemente, hasta él notó que su tono podría haber puesto en entredicho el atractivo de su hermana pero, por suerte, la tía Lupe había llegado descalza (como siempre) desde la cocina para ocuparse del maletín de Lyndon y entrar sus zapatos y el hombre se puso a hablarle en español y le dijo algo que Rocky no entendió y que hizo reír a la tía Lupe cuando ella trató de quitarle de la mano la neverita que llevaba.

—¿Es ese el tesoro? —preguntó Rocky, señalándola mientras Lyndon no la soltaba y la tía Lupe se alejaba pasillo abajo hacia los portales.

—Lomo alto —afirmó Lyndon.

—Manos a la obra, pues.

Lyndon le había avisado a Rocky de que llevaría su propia carne —*no una carne cualquiera*, en sus palabras— y Rocky se lo había transmitido a Sunny, la cual había preparado un *buffet* para mayor gloria de la carne que la tía Lupe había dispuesto en el comedor:

—*Qué civilizado es esto* —dijo Lyndon como quitándole importancia al detalle cuando Rocky le pasó una humeante *nappe* con aroma de romero, que sacó de una bandeja de hostelería con tapa, para que se lavara las manos antes de que su invitado extrajera de la neverita su preciada pieza, la depositara sobre una tabla de trinchar y comenzara a filetear en trozos casi transparentes, estilo *carpaccio*, la carne al punto *saignant*, insistiendo en que Rocky la probara *au naturel* antes de comprometer su paladar con los espléndidos *accoutrements* de Sunny.

Fintando hacia su bien surtido mueble bar, Rocky, solícito anfitrión, como siempre, se vio obligado a preguntar:

—¿Cuál es su actual estado evolutivo respecto del bebercio?

—En la elaboración del vino o las bebidas alcohólicas no se

matan animales.

—Excelente… ¿Cuál es entonces su veneno?

—Siempre me gusta beber lo mismo que mi anfitrión, así puedo conocerlo.

No esperaba tres dedos de calvados: pero eso le enseñó algo sobre Rocky.

Sunny había preparado

SALES VARIADAS
PIMIENTAS VARIADAS
UNA SELECCIÓN DE MOSTAZAS CASERAS (al azafrán, al estragón y al calvados)
AJOS CONFITADOS
«PÉTALOS» DE CEBOLLA A LA BRASA
ENSALADA ALEMANA DE PATATA CON ALCAPARRAS
ENSALADA DE SETAS CRUDAS Y RABANITOS CON BROTES DE GUISANTE Y VINAGRETA DE MENTA
ESPÁRRAGOS TIERNOS CON SALSA TAPENADE
LECHUGA TROCADERO ALIÑADA CON SUERO DE LECHE
ÁSPIC DE TOMATES HABANEROS
el resto de queso BLEU DE GEX que Cas había conseguido en francia antes de la ocupación

y un surtido de panes caseros para tostar en la TOSTADORA, esa *pièce de résistance* de la década de 1910, rescatada de un vagón comedor de los Ferrocarriles Wellington Rhodes, que en cada rebanada marcaba a fuego el monograma entrelazado **WR**. Cuando era pequeño, Rocky imaginaba que eran las iniciales de su héroe —**R**alph **W**aldo— y untaba su tostada con mantequilla cremosa y mermelada de frutas y pensaba en «confiar en uno mismo».

—Veía pasar el mercancías de WELLINGTON RHODES por mi pueblecito —rememoró Lyndon.

—¿Dónde era eso?

—En Marathon, Texas. ¿Qué tal está la carne?

Rocky dijo que creía que era la mejor que había comido nunca. Incluso mejor que la de Escocia.

—Los escoceses saben de carnes… Permítame que le cuente cómo ocurrió —dijo Lyndon—, tiene que ver con el plan. Hará ahora ocho años, me había organizado una escapada para pescar en un río de Oregón…

—¿El Columbia?

—El Snake.

—¿Con mosca?

—Con red.

—¿Trucha cabeza de acero?

—Arcoíris.

—¿Y la «evolución»?

—Ya sabe lo que ocurre cuando uno se aloja en esas cabañas: por la noche, después de pasarse todo el día con el culo en pompa en el agua fría, apetece cenar un filete. Pues bien, aparece esto de aquí, quiero decir, usted la está probando en este agradable ambiente, pero imagínese que prueba una carne de esta calidad en la casa del bosque de un caballero a mil cuatrocientos kilómetros de Texas. Tuve que ir a ver al chef, claro está, porque algo había hecho el hombre, así que me voy pitando para la cocina y le digo, muchacho, te coloco donde tú me digas si me garantizas que prepararás filetes como este para clientes de pago, ni siquiera tendrás que revelar tu receta, tú solo tendrás que ir y hacerlo. El chico, y era un chico, un cocinero de partida, en realidad, va y me dice «Yo los frío nada más, señor, lo bueno es la carne». Tenía una proporción de grasa y carne singular. El chico me contó que carretera abajo había un rancho pequeñito, ni siquiera llegaba a eso, de un japonés que criaba una docena de cabezas de ganado que sacrificaba de una en una y ya puede usted estar seguro de que para allá me fui al día siguiente en cuanto amaneció. Kai Tajima, se llama el criador. Entró en Canadá con cuatro terneros, algo ilegal, desde un lugar de Japón llamado Kobe. Y los llevaron a Oregón, él y su mujer. Vacas flacas, de ijadas flacas, nadie diría nunca que son para carne, comen hierba, solo hierba verde, y debería ver las

cosas que hacen, Kai y Oki, su mujer, salen y les cantan, lo juro por mi alma, todos los días, y las alimentan a mano y les cantan y les dan friegas y masajes en las patas y el lomo y las ijadas. Kai cree que la muerte pertenece a…, bueno a Dios o a Buda o a los dioses… que sacrificar para el consumo humano es una cosa que deberíamos hacer como los griegos, como en el Antiguo Testamento, como algo sagrado, como rito sagrado, a través de Dios, como los sioux cuando se disponían a matar un búfalo. Cree que a las reses sacrificadas en el matadero se les queda en la carne el sabor al miedo, por eso acaricia a cada animal que mata mientras lo está matando y le habla.

Rocky bajó la vista al plato.

maldita sea, ¿por qué algunos no pueden simplemente alabar a Dios, cerrar el pico y pasar la salsa?

—Aquello tenía las características de la industria artesanal de principio a fin, y usted y yo sabemos que siempre habrá mercado para la manduca de primera calidad, así que hicimos un trato, busqué una extensión de ocho mil hectáreas al norte de Santa Bárbara, colinas ondulantes, hierba tierna, junto al mar, construí una casita para Kai y Oki, otra para mí, y él y yo pusimos el negocio en marcha. Al principio cruzamos las reses con Charolais y después con Angus, hasta conseguir una manada de varios cientos de cabezas, que es cuanto podíamos manejar. Dos restaurantes en esa ciudad cuyo nombre no quiere usted que se mencione, dos en Chicago, un mercado en el que costó entrar porque ahí ya tienen sus mataderos, tres en la ciudad de Nueva York… Todo antes de Pearl Harbor. Y entonces llegó la Orden. Por Dios bendito, ¿en qué está pensando Frank Roosevelt? Naturalmente, les dije a Kai y Oki que me ocuparía de todo… Los asignaron al campo de Poston… Viajé para verlos y llevarles unas cosas…, toallas, esta gente no tiene toallas, ni sábanas, ni jabón…, aparte de todas las cosas que dejaron atrás. Ese campo, el de Poston, está en pleno desierto de Arizona, la nada, nada de nada en cientos de kilómetros a la redonda… No me dejaron

entrar pero hablé con la gente desde mi lado de la valla… y ahí nació el plan…, justo ahí…, el resto ya lo conoce. Hice los deberes, averigüé dónde están situados todos los campos y di con usted. Entonces, hará como un mes, se presenta en mi rancho la OPA, el equipo de racionamiento, y me dicen que tienen que «requisar» todo mi ganado para alimentar al ejército. «Va a salirles cara esa tostada de carne en rodajas», les digo. «No vamos a pagarle», dicen ellos, «no vamos a pagarle ni un centavo, porque este es su deber cívico… y…, y…, y… necesitamos que siga criando ganado para carne. Cuenta usted con ocho mil hectáreas y tiene que sacarles provecho».

»Le diré una cosa, Rocky, la idea de que hay que monetizar cada centímetro cuadrado de esta tierra…

—Ah, ahora es cuando entra Buda en juego.

—¿Ve esta magnífica carne marmolada que estamos comiendo? Es la última pieza de ternera Wagyu que consumirán dos civiles norteamericanos hasta que termine la guerra contra Japón.

—Eso, eso.

—En cuanto a mis ocho mil hectáreas, les dije, demándenme. Póngame una multa, deténganme por sedición, me da igual. ¿El uso de las tierras? Las uso para contemplarlas. Las uso para que ustedes las contemplen: adelante, den un paseo, aspiren el aire, es gratis. ¡Ahora estoy metido en el negocio de la naturaleza, apacentando la naturaleza! La gente me pregunta qué hago con ocho mil hectáreas, cómo las utilizo, y yo digo que cultivo la naturaleza.

Rocky levantó la copa:

—Como dijo el sabio, «No puedes salvar lo que no amas».

—¿Buda? —quiso saber Lyndon.

No. Rocky se lo explicó:

Rockwell Rhodes.

Espléndida noche de descanso, realmente espléndida, tenía que pedirle a Rhodes que le dijera a qué empresa le había encargado los colchones: espléndidos. La gloria, ni un solo dolor, se levantó sintiéndose como un príncipe y la vida era maravillosa. Fíjate en este dormitorio. Fíjate en estos toques rústicos: eso sí que es buen gusto. «No es un hotel de cinco estrellas», le había dicho Rhodes, «pero esperamos que esté cómodo».

Primera persona del plural: esperamos que esté cómodo. ¿Mayestático? No, pensó Finn: auténtico. Una auténtica generosidad. Sincera.

He aquí lo que le gustaba hacer en su casa al despertar:

primero flexiones, después el café. Afeitarse.

pero ¿en casa ajena y con horarios ajenos?

La noche anterior Rhodes le había preguntado (a Finn) qué quería para el desayuno: «¿Café? ¿Coca-Cola?».

La larga y encantadora velada había impuesto, en algún momento, la lúgubre confesión de Finn de que la guerra le resultaba muy beneficiosa gracias a sus inversiones en Coca-Cola, porque la empresa había llegado al Congreso con su cargamento de cafeína y convencido al Departamento de Guerra de que el refresco era bueno para los soldados, los mantenía alerta y despiertos, era buena para el patriotismo y el esfuerzo de guerra, buena para la gente que seguía en casa, buena buenísima buena para cuantos la bebían y bla, bla, bla. El azúcar importado estaba libre de impuestos gracias a Washington no había racionamiento de gasolina para los camiones repartidores de Coca-Cola la bebida daba dinero a manos llenas y, por ética, había decidido poner punto final a eso, solo le faltaba deshacerse de los varios cientos de miles de acciones que le quedaban.

«Pues bien —le había dicho Rhodes en un momento de confianza entre ricos—, llevemos el plan a cabo y paguemos toda nuestra culpa.»

La culpa.

he ahí una palabra, pensó Finn, que no se oye pronunciar a menudo en la iglesia, y no era de aquellas a las que se habría agarrado como quien no quiere la cosa ahora que había explorado a Buda como camino.

Pero ahí estaba el problema con quienes seguían el camino de Buda:

No comían carne.

Y la carne era la nueva empresa lucrativa de Finn, tras haber acabado con la Coca-Cola.

Según Balzac (escritor francés que Finn jamás había leído):

—Detrás de toda gran fortuna se oculta un gran delito —había citado Rhodes la noche anterior.

—¿Cuál es su gran delito? —se había visto obligado a preguntar Finn.

—La herencia —le había contestado Rhodes—. Y el de mi padre, la extracción.

Finn se había reído y había comentado que eso le sonaba a dentista.

—Extraía de la tierra para su propio provecho. —Muy serio. Nada de bromas—. Carbón, zinc, plata, níquel, boro. Talco. Creo que extraía talco para calmar la urticaria que le produjo el capitalismo. Sacaba los minerales, pero nunca los convertía en nada. Al menos embotellando Coca-Cola usted ganaba dinero fabricando algo. La Coca-Cola no sale directamente del suelo.

—Pero el agua sí. ¿Cree usted que Coca-Cola paga el agua que utiliza?

Ahí fue cuando Finn vio a Rocky caer en la cuenta.

—En cuanto a mi pequeña planta embotelladora, ¿cree usted que alguna vez pagué un solo centavo en el oeste de Texas por usar el agua local? Y cuando se lleva a los labios esa botella verde de Coca-Cola, ¿qué porcentaje del mejunje que hay dentro calcula usted que es agua? Toda gratis. Abría el grifo y listo. ¿Era un delito? En un lugar como este, el desierto de California, uno pensaría que sí. Pero el día que tenga que pagar por el agua

cierro. Nadie debería ganar dinero con el agua, no, señor. Eso sí que es delito.

Ten espíritu moral.

Cultiva un camino de gratitud.

No suscribas nunca la ética de Mulholland, ese cabrón de Los Ángeles cuyo MANTRA era: «Agua barata, agua desperdiciada».

Sé uno con la naturaleza.

Sé en el momento.

Sé:

Rhodes le había dicho que en la pared de adobe de al lado de la puerta había un montaplatos donde alguien le dejaría un termo con café caliente y MALDITA SEA si no se encontró ahí con una bandeja que alguien le había preparado con café, un pomelo, una naranja, una crujiente manzana verde y un bol de moras, además de una jarrita de nata, tres galletas, mantequilla, queso de algún tipo y dos huevos duros, todavía tibios, debajo de uno de esos trastos en forma de cúpula con los que te sirven la comida en los hoteles.

Nunca le había gustado pensar en el montaplatos como en un camarero mudo.

Hasta que, en ese preciso instante, se le ocurrió que lo de mudo podía referirse a callado.

Espléndido el café, justo lo que necesitaba, rico y con una densidad ilusoria. Tenía que conseguir la marca. Averiguar dónde lo compraba Rhodes.

El cuarto de baño de su habitación tenía una segunda puerta que daba al exterior; podía usarlo cualquiera que durmiese en los portales pero Rhodes le había asegurado a Finn que ahí no había nadie más, de modo que se sintió cómodo comenzando sus abluciones en cueros. La noche anterior había observado sedimentos en el fondo de la taza del inodoro y un tinte ámbar en el agua del grifo, pero ahora veía consternado el chorrito con

herrumbre que salía del grifo de la bañera y, por deferencia a la lucha de Rhodes para reclamarla, lo dejó abierto solo hasta que el agua estancada alcanzó nivel suficiente para hundir en ella el trasero y remojarse moderadamente bien.

Se afeitó; se vistió.

Una cosa que le gustaba del camino budista: en las casas no llevamos zapatos.

Espléndida idea.

Rastro de polvo en la puerta. *Déjalo*.

Enfundado en unos calcetines de rombos azules y amarillos, se fue a la cocina con su bandeja del desayuno y allí descubrió:

No había nadie en casa. Aparentemente.

o más bien, nadie visible.

En las encimeras, cerca de la cocina, vio signos de actividad reciente (un bol con masa fermentando) y en uno de los fogones, una cafetera con café recién hecho; Rhodes había dispuesto la documentación del día en pilas ordenadas encima de la mesa, pero no había nadie a la vista en esa colmena que tan bien funcionaba, como si los actores (como si se tratara de un escenario) hubiesen huido del plató.

Con todo, espléndida cocina, qué estancia, qué detalles, qué planificación, de alguien que sabía exactamente cómo debía ser una cocina, que había dedicado mucha reflexión a su intrincado diseño… Y después, por supuesto, estaban el jardín, el huerto, las hierbas aromáticas, las abejas, lo veía a través de la ventana…

MALDITOS SEAN los budistas y su manía de descalzarse, en calcetines no podía salir, que era lo que más le apetecía hacer —¡fíjate en esas capuchinas!—, tendría que quitárselos, dejarlos en la puerta, deambular descalzo por un inesperado Edén, pero una mujer, la primera a la que había intentado amar, le había dicho que *un hombre no debe mostrar los pies desnudos*, por eso siempre se había avergonzado de los suyos, pero ahí estaba: un

Adán de tobillos para abajo, sus primeros diez centímetros al aire como Dios los había traído al mundo, y aquello era realmente *genial* realmente *espléndido* el aroma a tierra removida la cómose-llama la *clorofila* fermentada al sol de la mañana…, ¡por Dios! Ahí había alguien que sabía lo que hacía alguien que había dedicado mucho tiempo y pensado y trabajado para construir un lugar como ese en realidad un *santuario* no un *semillero* un semillero de verde, de vida, válgame Dios, todavía era demasiado pronto para los tomates pero se los olía crecer se olía ese verde ácido esa *vida* dentro de esas hojas y *fíjate en esos* tipis de guisantes tempranos subiendo por sus rodrigones, un edificio entero de apartamentos de cristal llenos de lechugas tempranas explosión estelar de borrajas celestiales mentas y mentas y mentas y maravillas y —¡ay, Dios! — *gallinas*, gallinas en las hileras de maíz gallinas a sus pies y dondiegos de día arqueándose hacia el sol este lugar es el Edén *el Edén* la cáscara de huevo de la luna todavía perfilada contra el cielo occidental se deslizaba con discreción en el azul como la puesta reciente de una gallina clueca y de pronto Finn tuvo la sensación —¡estimulante sensación!— de estar volando y fue como si su corazón quisiera, con todas sus fuerzas, abandonar su cuerpo.

Pero no en mal sentido:

en cierto sentido parecía que quisiera llevarse su cuerpo, todo su ser, sacarlo de ahí y elevarlo, en una nube de merengue. Aquello resultaba bochornoso, no llevaba zapatos, y entonces se dio cuenta de que había música —o no música, un sonido armónico— que provenía de una estancia en las profundidades de la casa, un sonido marino, un sonido de agua triste al bajar la marea, un sonido que Finn asociaba al descenso de los ángeles o al hada buena encerrada en su burbuja de *El mago de Oz*.

SIN RECIPROCIDAD—SIN SOSIEGO

hermoso y acongojado

peligrosamente sensual

PUNZANDO el corazón, bordando en él, blasonándolo como si fuese una cometa asida por acordes a la música, a un sentido superior

diabolus in musica

el diablo en la música.

Sus conocimientos musicales cabían en un dedal no en la cabeza de un alfiler carecía de talento para la música estaba claro y lo poco que sabía lo había aprendido de los himnos y de las marchas de los desfiles y de los predicadores de su infancia que pedían a sus feligreses Alcemos Nuestras Voces y Entonemos el Himno Número Cincuenta y Seis.

Los gongs.

otra cosa del camino budista:

te salvaba de los lúgubres himnos de Cristo pero, por lúgubre que sea, un himno te enseña lo que es el sube y baja lo que es una música que sube y se eleva y una música que baja (desciende) aunque la mayor parte de la música que había tenido que oír en la iglesia antes de viajar hacia el camino había sido esa suerte de tedio sube baja sube baja que ofrecen los relojes esa suerte de música destinada a calmar consolar confirmar la propia rectitud pero la música de verdad —ay, Dios — había otra música (la música del diablo) que se proponía romper las reglas atormentar poner a prueba el espíritu loar lo inesperado

lírico

el sonido de lo imposible

interdeterminadamente probabilístico

descendiendo la horquilla de un crescendo y trasponiendo:

el sonido del amor imposible.

Llegaba a Finn desde el extremo oeste del jardín, atravesando la pared, desde el interior de la casa, y sus días de sortear paredes de un salto y de jactancias habían quedado muy muy

lejos

un arpa, se dio cuenta de repente:

por eso la música sonaba deslizadiza, como surcar el aire como deslizarse sobre el hielo

asida a una débil esperanza

ristra de nudos armónicos

la emoción desanudada…

Finn volvió sobre sus pasos, se detuvo en el umbral para adornarse otra vez con los calcetines de rombos, caminó sin hacer ruido siguiendo la música, cruzó la cocina, bajó por el vestíbulo embaldosado repleto de cuadros que Rhodes le había mostrado orgulloso la noche anterior, enseñándole las fotos, las pinturas, las cerámicas, todas las alfombras, continuó por el largo pasillo que culminaba en la elegante entrada de arcos a su izquierda (el lado de su corazón), entró en el Gran Salón, cruzó la amplia entrada, la sala de estar en cuyo extremo sudeste descansaba el arpa y, sentada delante de ella, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, aún más monumentalmente cautivadora que cuando la había visto por primera vez:

Una diosa.

Transportado por la música, ingrávido, como en el agua, Finn se desplazó en calcetines por la estancia y fue a situarse a su lado.

He aquí lo que debes saber sobre un arpa:

una vez que la eliges como instrumento de expresión —digamos que en lugar de la tuba, el tambor militar o el triángulo, cada cual limitado a su manera—, una vez que concilias su registro con todas las cosas que crees llevar en tu interior y que quieres o necesitas que su música refleje, entonces debes aprender lo que puedes hacer dentro de su registro, su espectro, dentro de los límites de *lo que el instrumento puede hacer*, para definir también lo que tú puedes hacer.

Eso había aprendido Cas.

Metro noventa:

ese era su límite superior como mujer.

Por eso había aprendido a sentarse.

Y había elegido este instrumento que se toca sentado y, contra todo pronóstico —tenía unas manos gigantescas— había llegado a dominar la delicadeza, el delicado punteo, como recoger la más pequeña de las flores alpinas, y, sabe Dios que sus brazos eran capaces de abarcar una braza, en el sentido antiguo, en el que esa palabra indicaba la distancia alcanzada al extender los brazos para *sondearla* y la palabra *insondable* designaba un lugar fuera de nuestro alcance (como en la distancia del amor perdido). Ese equilibrio en las proporciones era lo que aludía a un sentido de la belleza; se habría visto ridícula con una flauta o un violín, por completo desproporcionada, no, necesitaba algo grande y elegante, capaz de compensar su corpulencia y la enormidad de sus manos, y no había sido fácil sofrenar sus gestos, adiestrar las manos en la contención (había partido muchas cuerdas al principio). Su maestro de arpa, un checo pequeñito como un gorrión que tenía la cuarta parte de su tamaño, se había visto obligado a repetirle *délicat délicat délicat il n'y a pas la terreur dans une harpe*.

EN EL ARPA NO HAY TERROR

De hecho, en su caso, ese había sido el inconveniente, al comienzo, los únicos sonidos que lograba arrancar eran los arpegios de la tonalidad. Nada terrible ocurre —no hay terror— en el país del arpa. Todo es bonito, lo que equivale a decir que cada acorde se resuelve solo, cada secuencia busca su resolución y la descubre, amarrada dentro de su límite musical con un pulcro lazo, cromáticamente perfecto. Bonito instrumento, el arpa, diseñado para bonitos pensamientos. «Femeninos.» Sin una discordancia fundamental. Sin furia. NON FURIOSO.

y en aquella época Cas llevaba mucha furia dentro.

Nunca la más guapa, nunca la elegida en los bailes de debutantes, siempre la chica extraña, sin acompañante en las

reuniones sociales, la que con sus sencillos vestidos minimalistas descollaba entre los muchachos. La que bailaba con su hermano o con los (desafortunados) amigos de su hermano.

Había empezado a tocar el arpa con ganas: para que la admirasen, no para que la mirasen boquiabiertos:

Para ser guapa.

y había practicado con determinación, conteniendo la rabia hasta transformarla en una habilidad dura como el diamante y, por asombroso que pareciera, en un verdadero talento.

Cuando se fue de gira por Escandinavia (no solo con la esperanza de conocer hombres altos), se había llevado media docena de vestidos cola de pez con hombros descubiertos, esos que después Stryker cortaría en pedazos. Se colocaba bien los pliegues del dobladillo alrededor de ella bajo los focos de colores (chocolate, caviar, vino, langostino, champán y ostra) donde se sentaba. Se adornaba con el collar y los anillos de diamantes de su madre; no llevaba brazaletes para que no se fijaran en sus brazos; tampoco pendientes, para que no se fijaran en su cara; y se las arreglaba para estar ya sentada en el escenario cuando subiera el telón (si tocaba en un teatro) con las luces centradas en el brillo de los diamantes o bien —si el concierto era más íntimo— para estar sentada en el salón a oscuras mientras los invitados entraban a la luz de las velas.

Teatral, sin duda, pero ¿qué diablos hay en lo «femenino» que no lo sea?

La INTERPRETACIÓN, le había insistido su maestro checo desde el principio, DESENTRAÑA EL SIGNIFICADO.

Muchas noches interpretaba en solitario, pero la mayoría de las veces la acompañaba un cantante solista (así fue como conoció a Karl Tomas) o alguien al piano o, en una ocasión memorable, un trompetista.

Aquello fue en Estocolmo, al comienzo de su gira, y tocaron una pieza de Erik Satie —del que Cas no sabía casi nada— compuesta para…, sí, para arpa y trompeta.

Se había sentido completamente cautivada por la mente creadora de esa música y enseguida había buscado sus otras obras (desgraciadamente todas ellas compuestas, según descubrió, para piano).

La música grabada para gramófonos era todavía una industria incipiente, sobre todo en Europa, de modo que había pedido que llevaran a la suite de su hotel un piano de media cola y había contratado a pianistas suecos, por turnos, para que interpretasen para ella todas las obras de Satie, *Gymnopédies*, *Sports et divertissements* y «Tres piezas en forma de pera» *(Trois morceaux en forme de poire)*, que en realidad eran siete y se encontraban entre sus favoritas. De la obra de Satie se decía, ya entonces, que escribía en un lenguaje musical equivalente al impresionismo francés —desenfocado, disperso—, que algunas composiciones no terminaban en armonías definidas, que no se *resolvían*, que en la mente del oyente todas las acrobacias de sus acordes (de séptimas y novenas no resueltas) conducían a una especie de nada.

La forma del amor no correspondido, como las llamó Cas cuando se enamoró loca y perdidamente de los sonidos de todas ellas.

Aquello había ocurrido, por supuesto, en el mismo momento en que Karl Tomas entró en su vida, de forma que las dos fuerzas transformadoras de la vida quedaron entrelazadas de modo experimental, extático.

Él se presentaba a sus cenas tardías —siempre de chaqué, siempre con alguna exquisitez de regalo: un ramillete de violetas en pleno invierno (y en el corazón de Cas siempre era invierno), un tarro de deliciosa mermelada de mora ártica; una única rosa rojo sangre— y cenaban en la habitación contigua a la del pianista (Karl Tomas siempre atendía a Cas, le servía champán) y luego, tras compartir una copa de *aquavit*, Karl Tomas y el pianista se marchaban, Karl Tomas llevaba el carro de la cena al

vestíbulo de la suite, Cas regresaba a la luz de las velas y con una mano punteaba una de las melodías de Satie, una larga nota sostenida detrás de otra, que es lo que se debe hacer con Satie.

Todo aquello —el olor a enebro y nieve y setas afrutadas, el sol nórdico de junio que nunca se ponía y rebotaba como una piedra en el horizonte; los labios de Karl— había pasado hacía mucho, mucho tiempo.

pero cuando él le rompió el corazón lo marcó, como un compás al principio de una partitura.

El silencio es un sonido difícil de producir entre las notas de un arpa, porque las notas de un arpa están diseñadas para perdurar

y el silencio era la única música capaz de alcanzar las profundidades de la congoja que sentía.

No lograba que se resolviera —que terminara— pero debía terminar; se negaba a hacerlo, pero debía terminar.

De no haber tenido que curar a su hermano de su propia desesperación tras la muerte de su amada esposa, probablemente habría dejado que se la llevara la melancolía.

quién puede presuponer esas cosas…

En aquellas circunstancias, Cas tuvo que hacer de tripas corazón y mantener el barco a flote —hacerles de madre a los dos niños— y el día que supo que su destino estaba unido a California, que ahí iba a hacer su vida, ese fue el día en que pidió que le enviasen el arpa desde Estocolmo.

ahora, con el calor seco, la afinación bajaba siempre del mismo modo que siempre subía con el frío nórdico.

Cas intentaba tocar todos los días, mantener la soltura de los dedos y la afinación de las manos —Rosetti, Händel, Mozart, bla, bla, bla, todo el repertorio propio del país del arpa— pero cuando montó aquel silencioso puesto de avanzada en el Gran Salón, al poder tocar sin interrupciones en su soledad matutina —y con el corazón todavía roto— empezó a buscar que el arpa interpretara una música al estilo Satie inspirada en su

desengaño, lograr que el maldito instrumento cantara la canción de Cas, afinarlo para que sonara triste y en modo menor, encontrar el terror en él.

Había leído —mucho después de marcharse de Escandinavia— que el propio Satie, desgarrado cuando su gran amor, Suzanne Valadon, la pintora impresionista francesa, lo abandonó, se sentó a componer una pieza para piano llamada *Vexations*, de cincuenta y dos pulsaciones, que consta de cuatro plañideros acordes de la mantenidos cada uno durante trece compases; en el encabezado de la pieza, el compositor indicaba que *Vexations* no alcanzaba su significado pleno si no se repetía —con sus cincuenta y dos las— 840 veces.

Por qué precisamente 840 repeticiones era para ella algo misterioso, pero entendía su tedio implacable, la experiencia que encerraba el amor perdido, un amor que seguía repitiéndose en la propia alma en busca de resolución…

Hacía veinte años, tal vez algunos más, Cas había regresado al arpa intentando encontrar en la música una cura para su corazón roto.

De vez en cuando —no todas las semanas, a veces con pausas de meses— tocaba de nuevo la melodía, si estaba de humor, pero todavía tenía que terminarla, encontrar su final, nunca había conseguido que la maldita pieza se resolviera, porque en el arpa no hay terror —solo falsas esperanzas—, pero cada vez que no lograba «terminarla», el recuerdo del dolor se desvanecía, solo un poco, muy poquito, y cuando abría los ojos tras estar sumergida en el sonido, tardaba un momento en orientarse en el mundo «real». Pero esa mañana, al abrir los ojos en ese silencio, en ese momento, de pie muy cerca de ella se encontró con un hombre alto como un ciprés que lucía una sonrisa radiante, por no decir escandalosamente beatífica.

No, querida, le dijo. No, no. No se detenga.

Hincó una rodilla en el suelo *(¡muy cerca de ella!)* como

quien se arrodilla en un peldaño para atarse el zapato —aunque él iba descalzo y llevaba calcetines de rombos amarillos— y le pidió: «Por favor, querida. Por favor. Siga tocando».

Y ella siguió, desde el principio.

solo que esta vez con los ojos abiertos.

Otro aspecto favorable del camino budista, en opinión de Finn, era lo felices que parecían sus creyentes.

en realidad, solo había conocido a un puñado de ellos, pero jamás había visto a un puñado de personas más contentas (aunque de vez en cuando veías a una monja con esa especie de santidad interior, los ojos puros como el agua, la piel blanca como la leche), pero el verano anterior Kai-san, su socio, había acogido a algunos de ellos, unos monjes budistas (cuántos problemas con el asunto del ganado para carne, no podía permitir que se enterasen de que las reses eran para sacrificar…), y él y Finn habían metido a esos tipos felices en dos coches y se los habían llevado a la costa norte de San Francisco, donde están las secuoyas gigantes, para que visitasen el parque de Muir Woods, y cuando se bajaron alborotados de los coches con sus túnicas amarillas y anaranjadas, sus sandalitas y sus calcetines blancos, echaron a correr como colegiales —¡qué felices!— y uno de ellos plantó el pie izquierdo entre las raíces de una secuoya hasta tocar la tierra y con el brazo izquierdo abrazó hasta donde pudo el tronco gigantesco y haciendo equilibrio levantó el lado derecho del cuerpo hacia lo alto, ¡riendo!, y le pidió al alma del árbol que lo recorriese todo entero como un relámpago y llegase al cielo.

La idea de que toda forma de vida fluye libre, de que la vida entera puede estar unida —que podría existir una energía unificadora para ser utilizada por todos y que lo único que hay que hacer es *enchufarse a ella*— le resultaba evidentemente emocionante: tenía sentido: *un sistema de circuitos*.

como cuando intentas volver a poner en marcha el tractor con

un cable de arranque.

De modo que, sin pensarlo demasiado, alargó la mano izquierda y se abrazó al tobillo izquierdo de Cas mientras seguía con las manos en el arpa.

Después colocó la palma de la mano derecha en la nuca de la mujer y a continuación —eso fue lo inesperado— apoyó la cabeza en su regazo y cerró el círculo.

¿*Qué*?, pensó Cas.

esto no había pasado nunca.

Acompañado de los perros, Rocky entró por la puerta principal tras haber ido por el correo a Lone Pine y al ver aquello paró en seco (los perros también).

Tardó un momento en comprender lo que veía pero entonces las palabras *por fin* le vinieron a la mente y le encendieron la mirada y Cas correspondió a la sonrisa tonta de su hermano con otra idéntica.

Cas recordaba las sagas nórdicas, cuán lleno de *terror* parecía Odín comparado con las leyendas provenientes de más al norte, las de Finlandia, cuyo mito fundacional remitía a la división de un huevo, del que el mundo conocido se había desprendido, en dos partes separadas pero idénticas, como gemelos. Los océanos eran la clara del huevo; la tierra, la yema; el cielo, la fina cáscara protectora.

Ya ves, pensó Cas:

Puede que este no sea el escandinavo con el que soñaba

pero al menos se llama Finn, que remite a «finlandés».

Enfilaron el sendero circular de entrada de Las Tres Sillas en un

autobús escolar pintado de gris militar y Schiff fue el primero en bajar.

Con la tableta sujetapapeles apretada contra el pecho, Finn los esperaba para recibirlos junto con Cas.

Hola, hola, señor Tetsuko, señor Hitoshi, señor Momo, señor Ohara (Schiff había telefoneado de antemano para dar sus nombres y sus ocupaciones, y, al parecer, Finn los había memorizado). *Soy Lyndon Finn*. Básicamente se trataba de «los Sombreros» de Schiff con el añadido del señor Tanaka (corredor de seguros), el señor Komachi (abogado), la profesora de derecho Georgina Takei y la señorita Sagawa (taquígrafa). Bienvenidos, bienvenidos, adelante, pasen, dentro encontrarán un refrigerio, señor Shozo, señor Kappa, señor Kenji, mucho gusto, mucho gusto…

Lo poco que Schiff había podido contar sobre la naturaleza de la reunión no se reflejaba en las caras de los invitados cuando los condujo a través de la puerta doble junto al campanario hasta el vestíbulo de la entrada, bajaron los tres escalones y entraron en el Gran Salón, donde Rocky los esperaba para estrecharles la mano y saludarlos de nuevo a todos.

Y después no supieron qué hacer.

En un extremo de la estancia había una chimenea grande como un garaje, y en el otro, un arpa del tamaño de una furgoneta de repartos: una mesa larga sobre la que se veía un samovar de café y jarras con té frío y limonada y platos y tazas y bandejas con tartas heladas y brownies.

Sírvanse tarta, por favor, sírvanse ustedes mismos, tomen asiento, por favor, siéntense, les pidió Rocky:

y ellos siguieron de pie.

—¿Y Sunny? —tuvo la precaución de preguntar Schiff.

—La hemos mandado a hacer un recado a Bishop. Cuando regrese ya se habrán ido todos…

Le habían ocultado la reunión, Cas manipulando la verdad y diciéndole que necesitaba las tartas para una «fiesta con las

señoras del club de bridge» y Rocky explicándole que debía ir a Bishop (dos horas de ida y dos de vuelta en coche) a última hora de la mañana para recoger una cosa en el despacho de sus abogados (que habían prometido retenerla un poco más).

Finn los apremió —señorita Sagawa, pruebe esta tarta de limón, es muy refrescante—, los hizo sentar y después (no pudieron evitar fijarse en que se había descalzado) se embarcó en su presentación:

Qué sentido del espectáculo, pensó Schiff, admirado: el hombre sabe cómo convencer a un jurado, yo votaría por él sin importarme lo que promocionara: el hombre sabía ganarse al público.

Aun así, por las caras que ponían, en «el público» se percibía no tanto una hostilidad disimulada como una abierta desconfianza.

—... iré al grano sin más demora para que estemos todos cómodos. Soy ganadero, no he venido a venderles carne, llevo un rancho en el condado de Santa Bárbara con mi socio, el señor Kai Tajima, Kai-san, criamos una raza desconocida en California a partir de unos animales que trajo de Japón. Probablemente el mismo día que se enteraron ustedes, nos notificaron la Orden Ejecutiva 9066 y Kai-san y Oki, su mujer, tuvieron diez días para poner sus pertenencias, sus inversiones y sus reliquias familiares a buen recaudo y presentarse en el centro de tramitación, en su caso, el de Fresno. No es por echarme flores, pero ellos sabían que podían confiar en mí, que me ocuparía de sus propiedades y en cuanto a ustedes, mi ferviente deseo es que todos tuviesen a alguien como yo en quien confiar. A ellos los mandaron a Parker, en Arizona, y al cabo de dos semanas fui a verlos y a llevarles comida y demás y les juro por Dios que, gracias al señor Schiff, aquí presente, las condiciones de vida que tienen ustedes en Manzanar, por gravosas que resulten para cualquier ciudadano libre, son infinitamente mejores que las de ese campo de Arizona. Fue un golpe comprobarlo. Normalmente trato de

contenerme, pero viajé a Washington, a ver al jefe de la Oficina de Reasentamiento de Guerra para dejar constancia de mi descontento.

»Después de ver esta casa no les sorprenderá saber que el señor Rhodes y yo, y su hermana, la señorita Caswell Rhodes, disponemos de riqueza e influencias.

»Hablé con el jefe, un pelota llamado Milton Eisenhower (Rocky conoce a su familia, su hermano es un gerifalte del ejército), y me dejó clara una cosa (y a ninguno de los que están en esta sala le gustará cuando se entere, pero el señor Schiff puede corroborarlo):

»La situación en la que ustedes se encuentran no es temporal.

Se produjo un cambio perceptible en la atención de los presentes.

ahora sí que los tiene pillados, pensó Schiff.

—Estoy aquí, estamos todos aquí, para ir al meollo de la cuestión, pero antes de que unamos fuerzas para buscar un remedio debemos entender el alcance de la cuestión: el señor Schiff confirmará lo que les digo, pero lo que me quedó claro en Washington es que toda esta empresa, la administración de los diez campos de internamiento, ha sido diseñada para mantenerse hasta que Japón sea derrotado incondicionalmente.

»Lo voy a repetir:

»Estos campos de internamiento han sido diseñados desde el principio, ¿no es así, señor Schiff?, para seguir funcionando hasta que termine la guerra contra Japón.

El silencio se podría haber cortado con una espada.

—Como ustedes, yo también escucho la radio y sigo cada incursión de nuestros muchachos en el Pacífico, estoy pendiente de cada noticia, y las noticias, debemos reconocerlo, no son buenas:

»Todavía nos falta mucho para encontrarle el punto débil a Tojo, el camino será largo y difícil, quizá tardemos dos años, puede que tres o cuatro antes de que nos llegue al menos un leve

aroma de victoria.

»… créanme cuando les digo que este campo:

»Este campo es su futuro próximo.

»No regresarán ustedes a sus casas a corto plazo.

La señorita Sagawa se echó a llorar; según sabía Schiff, la habían comprometido con un joven internado en Tule Lake, al norte de California. Lyndon se le acercó descalzo y sacó del bolsillo un pañuelo prístino para que se secara las lágrimas, pero ella se negó a aceptarlo.

Las expresiones en las caras de los demás, observó Schiff, eran ahora de menos desconfianza y más asombro; pero seguían sin fiarse.

—Las hipotecas —prosiguió Finn—. Las cosechas. ¿Cómo van a hacer frente a los pagos, recoger las naranjas o los melones, cómo van a mantener sus casas, sus granjas, sus negocios, sus barcos mientras estén exiliados, sin posibilidad de obtener ingresos, sin acceso a sus ahorros? En cuanto a la congelación de sus cuentas bancarias, algo indignante, la semana que viene voy a ir a Sacramento a hablar con el ministro de Justicia para que las liberen; con las del Banco de Japón creo que hay pocas esperanzas, los federales se mostraron inflexibles en ese punto, pero las del Banco de América, señor Tetsuko, usted era jefe de sucursal en esa entidad, creo que en ese banco contamos con personas racionales y algunos amigos, siempre han apoyado al trabajador californiano, confío en que consigamos que descongelen esas cuentas…

»Pero verán, tengo para ustedes más noticias difíciles de digerir:

»Las comunidades de nuestras ciudades a lo largo de la costa del Pacífico, los “pequeños Tokios”, los barrios japoneses e incluso algunos barrios chinos ya no están, están acabados, los han vaciado, he estado allí y lo he visto. Algunos han sido saqueados y se lo han llevado todo, pero en la mayoría de los casos (en Los Ángeles, en San Francisco) los han destrozado o,

como ha pasado en San José, los han reducido a cenizas. Cortesía de los norteamericanos imbéciles. Quiero llamar la atención de la Policía sobre esas zonas o contratar agentes para protegerlos… ¿querida?

Se dirigió a Cas y repitió:

—¿… querida? ¿Serías tan amable de distribuir las tablillas sujetapapeles?

¿Lo había oído bien Schiff?

Le lanzó una mirada fugaz a Rocky: un indicio, apenas el destello de una sonrisa, le bailaba en la cara.

—Son para ustedes, también los lápices, quédenselos, apunten sus ideas, tomen notas. La señorita Sagawa se ha ofrecido a levantar acta de lo que se hable aquí esta noche para que les sirva de referencia, ¿se sigue sintiendo con ánimos, señorita Sagawa? ¿Sí? Muy bien, pues. Tienen ustedes unas hojas en blanco para tomar notas…, pero vayan a la última página… —Así lo hicieron—. Encontrarán lo esencial de nuestra propuesta, un fideicomiso sin ánimo de lucro, gestionado por un consejo de fiduciarios cuyos miembros elegirán ustedes, y verán también cuánto estamos dispuestos a desembolsar nosotros tres para poner el plan en marcha.

Hubo una reacción palpable; se notaba en la sala.

—Una vez constituido el fideicomiso, aparte de la contribución inicial, nosotros tres quedamos fuera: salvo para tratar de reunir más fondos con los que financiar su funcionamiento, por lo demás la criatura les pertenece. Serán ustedes quienes decidan en qué se invertirá el dinero.

—¿Qué saca usted?

La pregunta llegó, de un modo nada inesperado según Schiff, de Ohara, el duro de roer, pescador en un arrastrero de palangre de San Pedro.

—Verá, no soy abogado, no soy experto en finanzas, pero tanto el señor Tetsuko como la profesora Takei, aquí presentes, les dirán que a los tres nos corresponde una reducción fiscal.

Schiff estudiaba sus caras:

Le parecía que, para unos pocos, la cantidad indicada en la última página de la tablilla sujetapapeles constituía un don de Dios.

Pero en los profesionales de cuello blanco del grupo creyó ver un cálculo:

Noventa mil dólares = NO BASTAN.

—En cuanto a las posibilidades de que recuperen ustedes ingresos —prosiguió Finn—, dos de los centros del gobierno, el de Nyssa, en Oregón, y el campo de Minidoka, en Idaho, se encuentran emplazados en sitios donde falta mano de obra a causa de la guerra y del llamamiento a filas del ejército, de modo que esos campos han negociado con los granjeros locales y demás para trabajar en la recogida de la remolacha azucarera y de patatas. Pero aquí están ustedes en el valle del Owens, donde, gracias a la ciudad de Los Ángeles, no hay empleo, la única industria es la del agua y de su cosecha ya se encargan los empleados del departamento de dicha ciudad. De manera que no contarán ustedes con ingresos…, vamos a ver, como mínimo en los próximos dos años, y siendo más realistas, tres o tal vez más. Algunos de ustedes tienen parientes en la Costa Este o en el Medio Oeste y eso es positivo, a lo mejor pueden ayudarlos a mantener a flote sus huertos y sus granjas, sus casas: sus activos. El señor Schiff, aquí presente, me dice que hay un plan para montar en Manzanar algún tipo de manufactura que podría permitirles obtener ingresos, ¿es así?

—Quizás una instalación para fabricar redes de camuflaje, como la que tienen en el centro de detención de Santa Anita —anunció Schiff.

Hasta él sabía que aquello sonaba más intangible que el aire.

—Si de veras llegamos a conseguir ingresos —intervino Kappa, un comerciante de arroz de San Diego—, ¿nos está diciendo que debemos compartirlos?

—No estoy diciendo nada del dinero que ganen ni de cómo lo

gasten. De ustedes depende —contestó Finn.

—Quizá podríamos mantenernos más en la línea de Sunkist —dijo Hitoshi, dueño de un naranjal—. Dentro de la asociación cada cual conservaba la titularidad de sus propiedades, pero algunas cosas eran comunes para abaratar costes, como conseguir precios más bajos en la compra de cajones, fertilizantes, calefactores… Una cooperativa. Un grupo de presión.

Lo están entendiendo, pensó Schiff.

—Cómo quieran gestionarlo es algo que tienen que hablar entre ustedes —dijo Finn. Él también percibió que algunos lo estaban entendiendo—. Sé que el señor Schiff quiere decir unas palabras antes de que abramos el turno de preguntas… y de más tarta.

Schiff se puso de pie.

Persuadir al jurado en el alegato de conclusiones nunca había sido su fuerte, pero tenía suficiente sentido común para saber que enfocarlo con un «les pido un gran aplauso para Lyndon Finn y los gemelos Rhodes por recibirnos esta noche y darnos su apoyo» no era la forma de hacerlo.

Se decantó entonces por lo personal,

…y empezó diciendo: «Todos ustedes me conocen…».

—Todos ustedes me conocen, saben que hoy he incumplido unas cuantas normas, en primer lugar, al plantearles a ustedes el tema y, en segundo lugar, al subirlos a todos en el autobús… Tengo un trabajo que hacer: pues muy bien, lo hago. Pero soy ante todo un ser humano. Hay cosas que puedo hacer y otras que no, y cosas en las que me puedo arriesgar y otras en las que no. El censo. Ustedes ya saben que el primer día, en el proceso que llamamos de admisión, entregaron cierta información que no puedo compartir: nombres, direcciones, datos de sus empleos, de sus bienes. Esa información la recogió el gobierno de Estados Unidos y la guarda como confidencial. Pero en calidad de administrador del campo no les voy a impedir que la obtengan

por su cuenta, yendo de barracón en barracón para reunir esas mismas estadísticas. Quién tiene propiedades, quién tiene deudas… se trata de unos datos que van a necesitar. Lo que sí puedo darles y les voy a ofrecer es un lugar privado para usar como oficina, escritorios, el papel que precisen, máquinas de escribir… No puedo ofrecerles teléfonos, eso ya lo saben…

Schiff oyó que se abría la puerta principal y dos perros entraban llevados por el éxtasis olfativo, y de reojo vio a Sunny asomarse a la entrada. Rocky también la vio y se puso de pie: eran las dos únicas personas que la muchacha alcanzó a ver desde la distancia a la que estaba, por lo que exclamó, ¡Por Dios, Tops!, ¿el enemigo? ¿Aquí? ¿En nuestra casa? Para entonces ya había bajado los tres escalones embaldosados y entrado en el Gran Salón y en el círculo abierto de ciudadanos asombrados que habían oído las palabras *el enemigo* en el sentido de «japoneses» en lugar de (su sentido previsto) *Schiff*.

A su favor, observó Schiff, Sunny enseguida se inmoló.

Finn actuó como un bálsamo humano y, en calcetines, majestuoso, se dirigió hacia ella, la aferró de un brazo (con energía, pensó Schiff), la condujo hasta el primer invitado del semicírculo (el señor Tetsuko) y dijo:

—Y aquí está nuestro cuarto miembro, la dama que ha preparado todas estas tartas. Señorita Rhodes, permítame presentarle al señor Tetsuko…

Tetsuko se levantó.

Todos lo imitaron.

Tetsuko le estrechó la mano.

—… y la profesora Takei…

(Otro apretón de manos formal.)

—… el señor Hitoshi…

—La conozco —dijo Hitoshi—, del primer día…, la señora de las naranjas…

—Yo *era* la señora de las naranjas, recuerdo que le di unos

cajones…

—Mi esposa prepara *dashi* con usted.

—Hitoshi… Hitoshi…, ¿su esposa es Mae Hitoshi? ¡El de ella es el mejor! Tiene una receta secreta de *dashi* que se niega a compartir con nosotras…

—Es la de su madre.

—… entonces eso la honra.

Hicieron toda la ronda, con profundas reverencias, estrechando manos; Finn no le soltó el brazo.

Creo que esperaré fuera, murmuró Schiff a Rocky.

Él aferró a Schiff por la muñeca con aquella zarpa destrozada de bogavante y le dijo No…, usted se queda, de una forma tan decidida que Schiff no tuvo dudas de que si alguien debía abandonar a los allí reunidos esa persona era Sunny.

Ella también lo percibió así —percibió en la espalda el ardor de la iracunda mirada de desaprobación de su padre, sintió la decepción ardiente de su tía—, así que se despidió con una especie de última reverencia, masculló *Encantada de haberlos conocido* y se retiró, rehuyendo el ceño fruncido de Rocky, rehuyendo a Cas, rehuyendo a Schiff, animando a los perros a que la siguieran y después animándolos a que la precedieran en dirección a la cocina, a tomar agua.

Su reino, su cuarto: estaba en sintonía con cada uno de sus matices igual que un atleta siente un músculo, ese era su dominio, su padre y su tía podían adoptar temporalmente una postura, expresar una opinión, hacer lo posible por prepararse unos huevos con tostadas o un café o un cóctel, pero esa era su parcela en la tierra, el lugar y la forma en que vivía su vida: la cocina.

A qué venía la artimaña, se preguntó, a qué venía la endeble excusa de la «fiesta con las señoras del bridge» y las tartas…, nunca le habían mentido…, ¿o acaso sí? Era cosa de Schiff, de su influencia…

¿Por qué no podían haberle dicho Nos reuniremos con unas personas del campo y necesitamos unas tartas? ¿De qué hablaban, por cierto? ¿Y por qué no la habían invitado? Al fin y al cabo, ella estaba más implicada en la vida diaria al otro lado de la carretera que su padre o su tía… ¿Qué diablos estaban tramando y por qué la habían excluido?

Schiff.

La excusa de mandarla a Bishop… Vasco iba a ir a llevarle a su hermano unas cuantas ovejas, y por el racionamiento y demás, para ahorrar gasolina, Sunny le había encargado a él el recado de Rocky… Qué rabia le daba todo ese asunto.

La idea de que no era de fiar.

Dolía. Cómo dolía.

Schiff, otra vez él.

¿Y qué estaba pasando allí?

¿lo habían invitado a cenar? ¿A sus espaldas?

Estaba claro que todavía no habían comido:

La olla de chile con carne preparada por Rocky seguía en uno de los fogones de atrás; solo por el aroma Sunny dedujo que se trataba de su sancocho de uapití y que, como de costumbre, se estaba pegando al fondo del recipiente. Apagó el fuego y echó un vistazo; el vapor acre la obligó a retroceder.

Le falta líquido, pero no se atrevió a tocarlo:

Rocky querría añadirle un poco de café o de calvados, o ambas cosas.

La carne de caza siempre había formado parte de la dieta familiar y ese revoltijo de uapití, paleta en su jugo con chiles verdes, había pasado a la historia de los Rhodes como «la especialidad» de Rocky, aunque él había dejado de cazarlo y quien lo entregaba preparado era Donald Aukamp padre, que lo descargaba directamente de la trasera de su camioneta. El uapití es carne seca, músculo, puro músculo, prácticamente sin grasa, y a lo largo de la vida de Sunny el chile con carne de Rocky había

evolucionado de bocado potente pero fibroso e incomible a guiso complejo de carne mechada y ajos cebollas páprika ahumada chiles comino canela y harina de maíz (descubrimientos de Rocky producto del azar) calvados y café. Frijoles jamás. («El chile con carne de un hombre de verdad no lleva frijoles» podría haber sido el lema de Rocky.) (Ese y «Nunca pagues por lo que, en esencia, es lluvia».)

En el lado de los fogones de la larga mesa de pino habían dispuesto tres platos —tres— con sus cubiertos y sus copas, de modo que pensaban cenar ahí, ellos tres, sin Schiff. O sin ella.

De acuerdo:

Su cerebro pasó automáticamente (táctica de supervivencia) a la práctica que le restauraría la calma (restaurar cosas, los *restaurantes)* y la devolvería a aquello que la hacía feliz: planificar menús.

Ensalada verde —algo verde— para compensar el uapití:

«Si vas a preparar una ensalada verde, que sea solo verde»; lo había aprendido en Francia: nada de ingredientes que no sean verdes, nada de tomates. (Aunque se permitían las flores.)

Cogió una cesta, un cuchillo de jardín, tijeras de podar y se fue al huerto a cortar lechugas, albahaca, perejil, menta verde, cebollinos, capuchinas, flores de borraja: ya no quedaban espárragos pero unos brotes minúsculos asomaban en el codo de los tallos y los cortó, así como unas cuantas alcachofas en ciernes (sin corazón sin corazón sin corazón).

Uapití

ensalada verde

y…

Soufflé de queso, dijo en voz alta, de vuelta en la cocina.

El consuelo de la cocina francesa clásica radica en que muchas de sus tareas —rebanar cortar en dados mezclar espesar— se convierten, con el tiempo, en puro hábito, en automatismo, cumplirlas requiere tan poco pensamiento como respirar; de

manera que, al trabajar, mientras parece abstraída por la acción, una no es más que espectadora de la propia actuación, y piensa y piensa en otras cosas por qué un hombre puede perturbarla de tal modo

agitez les blancs vigoureusement avec une pincée du sel

por qué ahora, cada vez que lo veía, notaba una oleada de irritación, no, de vergüenza, no, de resentimiento, de enfado por lo que él parecía percibir de ella, eso era, esa forma suya de mirarla como si tuviese una posición ventajosa una visión privilegiada como si hubiese estudiado todos sus trucos y supiese que la mayoría de ellos eran falsas posturas para inventar una especie de feminidad a falta de

el amor se rompe

guía instructiva de otra mujer de una madre viva.

una emulsión *a veces se corta*

Schiff la molestaba. Algo en él la enfurecía la petulancia no la actitud no tal vez ese aire urbano su presunto hastío como si supiera demasiado y ella nunca pudiese estar a la altura ser tan sabia y lista como él. Su aire de superioridad, eso era

el aire introducido en las claras de huevo aumenta su volumen

su forma de hablar, ese tonillo irónico, no, sarcástico, no, de estar riéndose de ella la forma en que la juzgaba con la mirada la forma en que siempre daba la sensación de que algo se cocinaba dentro de aquellos ojos algo misterioso y desafiante

CASSER *Romper, cascar, cortar la continuidad de algo dividir en dos partes*

una salsa o una emulsión de huevo se pueden cortar

una emulsión se corta *cuando los dos líquidos se desequilibran*

y no están suspendidos por igual. Una salsa se puede cortar.

Como la concentración. Como un idilio.

Los oyó marcharse, los oyó en el vestíbulo, de modo que ahora podía separar los huevos y comenzar con el *fond*, poner la *béchamel* a reposar, enfriarla. Lavar las hojas de ensalada. Salar el vinagre. Machacar el ajo.

Cas entró con una bandeja llena de tazas y platos sucios.

Sé que estás enfadada, dijo Sunny, así que no disimules.

Cas deslizó la bandeja por la encimera con demasiado vigor. Enfadada, no, dijo: Decepcionada. Cogió una bandeja limpia y salió de la cocina.

Enfadada, Sunny lo sabía.

Entró Rocky —era como una farsa francesa— con el samovar.

—No empieces —le advirtió Sunny—. ¿Qué te hizo pensar que debías mentirme?

—Tu comportamiento. No me voy a disculpar contigo. —Rocky se centró en lo que hacía su hija—. ¿Vamos a cenar?…

Ella asintió, cortante.

—Voy a buscar vino. ¿Qué tal mi chile?

—Controvertido.

Rocky salió y Cas regresó con más vajilla.

—Desahógate de una vez —la desafió Sunny.

—Está bien. Eres una mocosa. Te comportas como una mocosa, hablas como una mocosa. En cuanto a modales tienes tanto sentido común como un *escargot* de estercolero. Te lo voy

a decir una sola vez y luego vamos a dejar el tema: No des el amor por sentado. En la vida no suele presentarse tan a menudo.

Cas salió otra vez —era, sin duda, una farsa francesa— y entró Finn. ¿Qué amor?, pensaba Sunny cuando él se acodó en la encimera de la cocina y anunció Ha sido un paseo en trineo por el infierno.

—Lo siento, señor Finn —se disculpó ella.

—No, querida, no te lo decía a ti, aunque has sido una espinosa distracción justo cuando las cosas comenzaban a cuajar… ¿Qué estás preparando?

Soufflé de queso.

Al hombre le destellaban los ojos. Fuego en el hielo. Diamantes de muy muy alta calidad.

¿Y todo esto?, preguntó él.

ajos machacados
vinagre con sal
limón
naranja
(¡tres ácidos!)
moutarde
aceite de Francia
sal y pimienta
sucre

—*Vinaigrette* —contestó Sunny—. Emulsión.

Emulsión, repitió él. ¿Le tomaba el pelo? No: no del modo en que lo haría Schiff.

—¡Qué espléndido! —añadió—. Yo suelo aliñar con un poco de aceite y vinagre de Jerez mezclados.

Sunny mojó una hoja en su «emulsión», que, por el momento, no se había cortado.

Pruebe, le pidió.

¡*Caray*, hija!

Los diamantes refulgieron.

Se señaló la garganta:

—¡Te da justo aquí!

La miró con mayor detenimiento y después le posó dos dedos en la muñeca.

—… ya sabes que a ese muchacho le gustas —dijo.

Parece que es lo que todos se empeñan en decirme, iba a contestar, pero entró Rocky con dos botellas y las noticias:

—Creo que te va a gustar este clarete, Lyndon, es de tus pagos. —Empezó a decantarlas y añadió—: Ahí fuera, antes de irse, Tetsuko me ha llevado aparte.

—A mí también —le dijo Lyndon—. ¿Qué te ha dicho?

(Cas entró otra vez y, como siempre, se dio cuenta de todo:)

—Que el dinero no es suficiente.

—Pues sí.

—Ha dicho que es una gota en el mar.

—Ídem.

—Yo le he preguntado, ¿me está diciendo que no merece la pena?

—¿Y qué te ha contestado?

—Se ha ido por la tangente.

—Conmigo ha hecho lo mismo y te diré una cosa, Rockwell, en ese momento yo estaba tan cansado y tan perdido que le he dicho: Bueno, vaya y calcule cuánto necesitan. Yo no lo sé. No lo sabemos. Vaya, haga números y venga a vernos. Le doy dos días. Con esto no quiero decir que retiraremos la oferta pero, *por el amor de Dios*… Dentro de dos días tengo que ir a Sacramento a hablar con el ministro de Justicia y hago lo que puedo. —Se pasó la mano por la frente—. Bueno, no es cierto…, no hago todo lo que puedo…

Se sumieron en un silencio existencial.

—Bebamos —sugirió Cas—. Es la hora de los cócteles.

—Espléndida idea—. Lyndon preguntó—: ¿Qué tomas tú,

querida?

Un gin martini.

Deja que te lo prepare, dijo Lyndon.

Sunny y Rocky se quedaron inmóviles. A nadie —a nadie que apreciara la vida— le estaba permitido mezclar el gin martini de Cas.

—Dime cómo te gusta —le pidió Lyndon—. El perfil de sabor… Me abrí paso en la universidad trabajando en bares. ¿Seco? ¿Untuoso? ¿Salobre? ¿Con una rodajita de limón?

Sunny observó a Cas como un halcón.

—… *como un fiordo noruego* —anunció Cas—. En pleno invierno.

Finn se restregó las manos y repitió:

—Fiordo noruego. Pleno invierno…

Cas captó el certero ojo avizor de Sunny y le respondió con su mirada bribona:

Mira y aprende, parecía decirle.

Sunny se puso a batir como loca unas claras de huevo.

Tú sigue con lo tuyo, solo indícame dónde están la ginebra, el hielo, el mortero con su mano, la coctelera, el colador y las copas…

Sunny inclinó la cabeza en dirección a la barra de zinc.

—¿Qué hacemos si Tetsuko nos viene con una cantidad, digamos, de un millón? —planteó Rocky.

—No lo hará —contestó Finn.

Se quedó mirando el estante de especias de Sunny: bajó el frasco de bayas de enebro. Y la sal en escamas.

—Pero podría —sostuvo Rocky—. Schiff dice… —vio a Sunny ponerse tensa al oír el nombre— que hay cerca de dos mil quinientas familias. Incluso en el caso de que solo las dos terceras partes tengan propiedades, y si sumamos algunas más que tengan un negocio… ¿A cuánto subiría hoy la cuota media de la hipoteca de una casa? ¿Cincuenta, sesenta, cien dólares al

mes?

Finn analizó los manojos de hierbas de Sunny. Eligió el de borraja.

—Fiordo noruego en invierno —repitió, y le consultó a ella—: ¿laurel?, ¿romero?, ¿eneldo?

Laurel, contestó ella.

—... serían unas dos mil quinientas familias por... supongamos que ochenta dólares mensuales...

—No todos ellos tienen casa en propiedad —le recordó Cas.

Finn majó una rodaja blanca del bulbo de una cebolleta, fina como una uña, junto con una baya de enebro, laurel, cilantro y... un ingrediente sorpresa, pensó Sunny: un grano de mostaza.

—Serían veinte mil al mes de entrada —Rocky estaba maravillado.

—No puede ser eso —dijo Cas.

Observaba a Finn llenar la coctelera de plata con el hielo, las esencias majadas..., seis medidas de ginebra. Poquísimo vermut.

Su forma de agitar la mezcla fue puro teatro.

—Una vez me encontré con un tipo en Del Río —dijo—, una ciudad de la frontera, era español, realizador de cine, iba para México... Me dijo que la forma perfecta de preparar un gin martini consistía en agitar la ginebra con abandono... Utilizó la palabra «abandono»..., sobre el hielo... y colarlo...

Coló la mezcla en la pirámide invertida de una copa para martini.

—... y después, adornar la ginebra con lo que llamó una «exhalación» de vermut. ¡No lo olvidaré nunca, una «exhalación»! Y a continuación hay que levantar la copa al cielo y dejar que la atraviese un rayo de sol.

Levantó la copa.

—O de luna, en función de la hora del día... En fin, fue newtoniano: un rayo de luz atraviesa el prisma del cristal...

Depositó la copa en la mesa frente a Cas y dejó caer una flor azul de borraja en la superficie del líquido junto con una única

escama de sal.

—Ahí tienes el iceberg —dijo.

Ella tocó la copa.

Sunny se dio cuenta de que todos contenían la respiración.

—Podría estar más frío —estimó Cas.

—El siguiente lo estará —prometió Finn.

Cas levantó la copa y bebió un sorbo.

Cerró los ojos.

Chasqueó un poco los labios al relamerse. Algo que Sunny nunca la había visto hacer.

Como un lindo gatito.

Aquí hay gatito encerrado, pensó Sunny.

—Muy de mi agrado —anunció Cas abriendo los ojos—, pero que muy de mi agrado —repitió—, casi vikingo.

A Finn se le iluminó el rostro como a un niño sueco en Navidad, se le veían las velas en la cabeza:

Ah, qué mujer más lista, pensó Sunny.

Cas le lanzó una mirada:

Imperiosa.

Qué mujer más lista eres

Sunny batió los huevos como una desenfrenada:

yo nunca podría hacer eso…

yo nunca haría eso

si es eso lo que hay que hacer…

Pero la felicidad de Finn iluminaba la cocina; el hombre se apoyó en el respaldo e hizo equilibrios sobre dos patas de la silla, aparentando diez, no, veinte años menos.

Sunny incorporó una cosa —las claras a punto de nieve— sobre la otra, *le fond*, con sumo cuidado, consciente de las frágiles propiedades de ambas.

Puso el temporizador, rezó una pequeña oración de chef, introdujo el esperanzador por no decir improbable constructo en el calor y cerró la puerta del horno.

Rocky había preparado un surtido de aceitunas californianas en salmuera —que Cas, por principios, nunca probaba («Es como masticar agua de mar»)— pero, cuando Sunny se apartó del horno, vio a su tía servirse una y metérsela en la boca.

Las cosas que hacemos por…

—¿Podría poner un cuarto de millón? ¿O medio millón? —reflexionó Finn—. Bueno, supongo que sí. Supongo que podría. —Se restregó los ojos—. Esta maldita guerra —dijo, y posando la mano en el brazo de Rocky, añadió—: Perdóname, Rockwell, esta guerra te ha costado a ti más de lo que podrá quitarme a mí… Pero a diario… surge una nueva organización benéfica, encuentro en el buzón otra carta de los huérfanos judíos, los huérfanos londinenses, los emigrados polacos, los europeos que tratan de huir de Europa, todos los franceses, los franceses, por Dios, los gitanos, lo que pasa en Palestina, lo que pasa con los monumentos de los pobres griegos, ¡por favor! Que los hombres de Hitler organizan orgías en la Acrópolis…

—… y en los *Champs-Élysées* —añadió Cas. Se sirvió otra aceituna.

—Hay días (y noches) en que no sé qué tiene sentido. Problemas de rico, no me quejo, pero tengo la sensación de que la mayoría de los días estoy perdidísimo, no entiendo nada, ¿a ti te pasa, Rockwell?

—A mí no me mires, la que tiene dinero es mi hermana.

Cierto, dijo Cas.

Sostenía la copa en la mano. Con gesto remilgado.

Con cualquier otro cóctel, a esas alturas se habría mostrado más animada.

Sunny observó a su tía analizar la copa de martini, todavía medio llena, respirar hondo y, al final, cerrar los ojos y decidirse a acabársela.

—¿Otra de lo mismo? —preguntó Finn.

Sí, por favor, Sunny no podía creer que Cas hubiese dicho

eso.

—Ella es la que supo invertir —siguió diciendo Rocky—, porque yo me lo pulí todo en esta propiedad.

—Y en honorarios de abogados —apuntó Cas.

—Cierto. Y en abogados —se corrigió él.

—¿Cuánto calculas tú, hermano, que te has gastado en demandar a la ciudad de Los Ángeles y pasearla por nuestros tribunales de California?

—No te lo sé decir, hermana.

—¿Un millón?

—Ni por asomo.

—¿Después de veinte años?

—Bueno…, podría ser.

—Sin obtener ningún beneficio de la inversión.

—Ya, y tú en cambio…

—… Yo en cambio tengo propiedades. En plural.

Finn le había servido otra copa y ella se bebió la mitad de un trago.

—Debo decirte, Rockwell —comentó Finn, haciendo de mediador—, que si esta magnífica casa es tu único bien, que Dios te bendiga: debe de valer una fortuna.

—Ni un centavo —le informó Rocky.

—¡Solo lo que hay en esta habitación! —Finn señaló alrededor —. Esas cocinas económicas esmaltadas, Dios mío, habrás pagado por ellas un dineral…

—Sí, son importadas. Lou quería una cocina francesa, así que…

—¿…y el suelo de pizarra?

—Francés.

—¿…y las baldosas, los cristales emplomados, las vigas del techo?

—De secuoya.

—Es una mansión a la altura de la de Hearst y ni siquiera hemos ido pasillo abajo hasta donde está todo lo demás… Pero

si ahí arriba tienes una maldita campana, ¿de dónde la trajiste?

—De Francia.

—…las baldosas *saltillo,** las incrustaciones de *talavera** en los arcos, he estado en México y reconozco la *calidad exquisita** cuando la veo, así que no me vengas a contar…

—Te cuento una curiosa anécdota, Lyndon…, sabrás apreciar la ironía cósmica… Wellington, nuestro padre (todo el mundo lo llamaba Punch) amasó su primera fortuna con el hielo.

—¿Con el hielo?

—Con el hielo…, antes de los refrigeradores. Después expandió el negocio a la minería y a continuación, como él decía…

Rocky levantó su copa de calvados en dirección a Cas, que levantó la suya de ginebra, y los dos entonaron al unísono imitando la voz de su difunto padre:

¡*Me compré un ferrocarril*!

una broma familiar recurrente; Sunny la había oído cientos de veces.

—No sé si lo sabes, Lyndon —aclaró Rocky—, pero a unos dieciséis kilómetros de aquí, por esa carretera de allá, en la cabecera del lago Owens había una pequeña mina de plata…

—Cerro Gordo, todo el mundo ha oído hablar de ella.

—Punch tenía una parcela. Más importante aún: tenía los derechos exclusivos sobre todo el zinc extraído de la escoria, todo el zinc que ves aquí, el de las encimeras y las barras, salió de esa mina. Mi padre y yo…, en fin, no estamos cortados por el mismo patrón. Cuando había cursado la mitad de la carrera universitaria me moría por largarme. Estaba harto de la Costa Este. Quería marcharme para ser vaquero, explorar el Oeste, ir a México o a Sudamérica. Para nuestro padre fue un chasco, un verdadero golpe, y el hombre no tenía problema en manifestar

su decepción. Pues muy bien, me dijo, pero para salir adelante vas a necesitar algo de dinero porque yo no voy a mantenerte. Trabaja para mí un año, te pagaré para que inspecciones nuestros negocios en esa zona y me informes. Cuando haya pasado el año, volvemos a hablar. Creyó que yo cambiaría de idea. Así que me vine para aquí un año, viví a lomos de un caballo, casi siempre; viajé en tren hasta Denver, pero de ahí en adelante, todo a caballo. Pasé mucho tiempo en Nevada, Arizona. El valle del Owens era el límite occidental de la propiedad de Punch y antes de llegar aquí me pasé tres semanas al otro lado de las montañas Panamint, en lo que llaman el Valle de la Muerte, rellenando informes sobre las explotaciones de boro de Punch. Vine a ver Cerro Gordo y la última de las propiedades que debía inspeccionar eran estas seis mil hectáreas en las que nos encontramos ahora mismo. Punch se había asegurado los derechos sobre los minerales, pero no había actividad extractiva, solo un valle liso y verde. Fue verlo y enamorarme. No era el más bonito de los paisajes de nuestra inmensidad occidental pero, en mi caso, vi mi futuro. Y después…, cuéntaselo tú, Cas.

—Falleció Punch.

—…cayó muerto en la calle en Nueva York. Probablemente por exceso de dinero en las venas. Total, que tardaron en dar conmigo y cuando llegué ya se había celebrado el funeral. Le dije a esta —señaló a Cas—, que yo solo quería estas tierras del valle del Owens. Ella se quedó con la casa familiar de Murray Hill, que perteneció a nuestra madre, así, por puro deleite; vendimos la casa de la Quinta Avenida en la que nos criamos, nos desprendimos de todo lo demás y lo repartimos a partes iguales. Esta que ves ahí —señaló otra vez a Cas— fue lista y conservó sus acciones… Todo el mundo sufrió pérdidas en los años treinta, yo desde luego, pero hasta al año o así de haberme casado no decidí ir a la sede del condado en Independence a registrar la escritura a nuestro nombre, el mío y el de Lou. Eso

fue más o menos en la época en que los primeros hijos de puta de ese agujero de mierda que no pienso nombrar empezaron a venir por aquí a comprar tierras en secreto usando distintos nombres de testaferros. Así que reviso la escritura (la original de Punch la había negociado su agente inmobiliario de aquí, antes de venir yo) y compruebo que nunca se había asegurado (y tú ya sabes de qué hablo porque tus tierras están en el condado de Santa Bárbara), en fin, que no se había asegurado el derecho al primer uso del agua.

—Vaya si lo sé —dijo Finn—, tu gozo en un pozo —y añadió, dirigiéndose a Cas—: un juego de palabras.

—Cualquiera habría pensado que, con su experiencia con el hielo, Punch habría concretado el tema de los derechos al uso del agua, pero los mafiosos de la Costa Este (los dueños de fábricas, curtidores, constructores de canales) nunca pensaron así, para los empresarios de la Costa Este el agua es gratuita, por eso Punch descuidó ese aspecto en las escrituras. Muy bien, le dije a nuestro secretario del condado, ¿quién tiene los derechos? Y me lo dijo, se trataba de Pete Dorwart, mi vecino, y le dije de acuerdo, hablaré con Pete y le pediré que los escriture a mi nombre, y él me dijo, verás, Rocky, acaba de venderlos. ¿A quién?, le pregunté. A un tipo del lugar ese que me niego a nombrar.

Rocky dio un largo trago al calvados.

—…ahí empezó todo.

Agitó la mano herida delante de Finn.

—Así perdí los dedos en la pelea.

—Intentó volar el acueducto con una bomba —dijo Cas.

—Conseguí hacerla explotar —alardeó Rocky.

—Perdió los dedos…, perdió la alianza.

—El anillo lo recuperé…, los dos tuvimos que renovar después los votos matrimoniales —dijo Rocky—. Y eso fue agradable… Así que ya ves, eso de que esta finca vale una fortuna… pues no vale ni la arena en la está construida.

—Pero… —Finn lo miró fijamente—. Este valle rebosa vida con el agua del deshielo de las nieves de la sierra. Podrías comprarla en cantidad si te hiciera falta…

—Jamás.

—…Si no tú, un comprador potencial.

—Pondría como condición para la venta no comprar agua a ese lugar que ya sabes.

—¿Por qué hablas de venta? —lo interrumpió Sunny. Notó un tono de crispación en su voz y trató de adornarlo con una sonrisa—. Si no supiera que bromeas, estaría asustada…

Muy a su pesar se sintió al borde de las lágrimas (aunque esas lágrimas se habían ido acumulando con los acontecimientos de la tarde) y en medio de su emoción se oyó un débil tilín, el temporizador del *soufflé* en el horno había llegado a su clímax, con una agotada y solitaria sentencia.

—¿No tendrías que sacarlo del horno? —preguntó Lyndon.

Este es el punto, podría haber empezado a explicarle, en el que hay que dejarlo reposar. Y rezar para que no se desinfle.

—Tengo una graciosa anécdota con lo del *soufflé* —maquinó Cas.

—Siempre con lo mismo, no tiene nada de gracia —le dijo Rocky—, da igual cuántas veces la cuentes.

Se levantó a servir clarete a todos y Cas no pudo evitar fijarse en que algo distante, un asunto inconcluso, lo distraía.

—Esta —le dijo Cas a Finn, señalando a Sunny—, esta muchacha que ves aquí y yo vinimos de París en un barco de la Línea Francesa del Atlántico Norte…

—Yo fui con Einstein —la interrumpió Rocky.

—…en efecto, él y el hermano de Sunny viajaron con Albert Einstein, en camarotes contiguos, en otro barco de Cunard Line, sin embargo, a la niña y a mí nos tocó una pandilla de turistas transatlánticos que hablaban francés y el segundo día de la travesía un puñado de ellos reunido en cubierta se puso a gritar

«Soufflait! Soufflait!», que es como se dice «¡ballena a la vista!» en francés. Y resulta que allá en el horizonte había una manada de ballenas lanzando al aire sus *soufflés*…

No tiene gracia, dijo Rocky.

—Claro que sí la tiene —rebatió Cas—. Llevaba ocho semanas con la niña esta…, sin poder hablar más que de comida, comida esto, comida aquello, comida todo el santo día, todos los días, los siete días de la creación comida con Adán comida con Eva y por fin, ¡por fin!, nos topamos con un acontecimiento real de la naturaleza, con algo no creado por un chef, con un milagro salvaje y gratuito, ¿y qué pasa? Los franceses van y se lo apropian con una palabra que recuerda a la comida…

Sunny abrió la puerta del horno.

Un nuevo aroma aturdió sus sentidos…

la séptima propiedad
de la sed
es
la combustión espontánea

Las temperaturas podían alcanzar los cuarenta grados en julio y agosto pero el valle era una máquina de viento cuyo motor aceleraba al sur en el desierto, donde el lánguido aire caliente del Mojave se extendía como la bandera aletargada de un árido Estado títere listo para ser desgarrado por el embate de los aires revolucionarios: las leyes de la termodinámica, siempre activas ya fuese en la cocina o en el país entero, cuando algo se calienta sube y se expande y con la explosión puedes mandar al cielo la pesada tapa de una olla a presión de hierro colado si se te olvida bajar la llama, así que imagínate lo que las torsiones opuestas de las montañas son capaces de lanzar sobre un simple valle:

hacía calor pero el aire siempre estaba activo, lo notabas cuando te recorría la piel, en la arena resbalando por una duna. Los días eran largos, las refrescantes sombras de las montañas avanzaban lentas por las estribaciones occidentales al final de la tarde cuando las Janets, vestidas con su ropa deportiva, desplegaban la red y la tensaban bien a lo largo de un eje este-oeste para que ningún miembro de los dos equipos tuviese la desventaja de jugar con el sol de frente.

¡Spike (el sobrenombre que le habían puesto), apúntate con nosotras! Cuando ella jugaba lo hacía con su habitual uniforme diario de pantalones chinos arremangados y camisa vaquera, pero cuando jugaban ellas, lo hacían en shorts con volantes y blusas con lazos que dejaban la barriga al aire y se recogían el pelo enrollado a lo Lana Turner y se pintaban los labios faltaría más y había algo decididamente, agresivamente insinuante en ese detalle, en sus movimientos, no tanto de competencia entre ellas como abiertamente sexual para con el feliz equipo de aficionados al vóleibol reunido para observar y compuesto solo de hombres fuera de servicio en busca de placer.

A Sunny no le gustaba ese aspecto del deporte —ser comida con los ojos— pero a las Janets les encantaba y, a medida que el verano se fue caldeando, los pantalones se fueron acortando, según advirtió Sunny, las piernas se fueron bronceando y las blusas fueron subiendo más y más. Ahora, más que jugar, ella arbitraba, y las jugadoras acababan de conseguir un reñido set y se desplegaron en torno al refrigerador de la Coca-Cola para recogerse otra vez el pelo y pasarse cubitos de hielo por el cuello, cuando por el extremo noroeste más alejado de la valla fortificada, surgió una silueta solitaria corriendo por el límite occidental de la valla —hombre, sin camisa por el calor— y, de una en una, las mujeres se fueron levantando para mirar y se quedaron de pie, observando.

—Con ese me iría al fin del mundo —dijo una de las Janets.

—…todas las tardes —soltó la segunda Janet— y todas las noches.

Sunny se dio la vuelta para ver qué miraban y lo notó en cierto modo cambiado, más flaco pero al mismo tiempo más robusto más… masculino, incluso de lejos:

—Olvidaos, chicas —les advirtió otra Janet—, con ese ya no podréis viajar. Habéis perdido la oportunidad, yo misma pasé a máquina su orden de traslado.

—¿Se ha alistado?

—Es lo que está haciendo ahí donde lo veis… correr como loco para ponerse en forma…

Se echaron a reír, en señal de apreciación, sin notar que ella (Sunny) se apartaba de las demás en busca de equilibrio, del mismo modo en que retrocedes pasito a paso sobre el hielo resquebrajado, del mismo modo en que te alejas de un precipicio por temor a caer porque la tierra que pisas acaba de abrirse en canal.

De todas las genialidades que Svevo había logrado en su breve

paso por Manzanar, la instalación de una ducha en las dependencias privadas de Schiff se llevaba la palma, según la propia evaluación de Schiff, porque, en primer lugar, ningún otro barracón del campo disponía de ducha y, en segundo lugar, la presión, gracias al DALA, era pura dinamita, y, en tercer lugar, gracias al Cuerpo de Ingenieros del Ejército, el agua salía de la alcachofa de la ducha no solo como una lluvia de disparos, sino caliente. Me lo agradecerá todos los días, le había dicho Svevo, y cuánta razón tenía. Al comienzo y al final de cada día lo último que buscaba Schiff era desnudarse en el enmohecido baño de hombres, enjabonarse con una usada y solitaria pastilla de jabón Lava, fina como la carta de una baraja, en compañía de otros tipos (soldados). *Extras*, llamaba Svevo a estos pequeños derechos asociados al puesto de Schiff: ducha privada, retrete privado, cocina; una ventana en el techo del dormitorio para no estar obligado a una vista lateral (del campo). Llamar «dormitorio» al espacio debajo del tragaluz era una exageración, porque el barracón entero era, en realidad, una sola habitación grande, salvo por la ducha cerrada y el váter con mampara. La puerta delantera (y única) miraba, gracias a Dios, a la entrada principal, y disponía de un porche que daba a la carretera y a las montañas Inyo orientales. En la zona de la «sala» los muebles eran una estantería de libros, una mesa y un sofá que nunca usaba, y la mecedora de Rocky; la «cocina» disponía de un refrigerador, dos fogones de propano y una ventana con vistas a las oficinas de administración y luego estaba la parte de atrás, el «dormitorio», donde descansaba y desde donde, si en las paredes hubiese habido ventanas, habría contado todas las noches y todas las mañanas con vistas al resto de los barracones. En cambio, Svevo le había conseguido una ventana en el techo y de noche veía las estrellas. Y las sombras de los reflectores. El nuevo administrador era un hombre de familia y el Cuerpo le había construido una casa auténtica, con comedor y cuartos para sus hijos y una bañera para su mujer, y habían allanado el

terreno para sacar un «jardín» auténtico lo bastante amplio para jugar al croquet, de modo que el puesto había ganado algunos extras, supuso Schiff, más de los (escasos) que le habían correspondido a él. El traspaso no había tenido demasiadas complicaciones, el nuevo apreció los precedentes sentados por Schiff, pero, en calidad de sucesor de este, quería ponerle su propio sello al campo, un sello que Schiff no tardó en deducir como más conservador, en lo político, que el programa de Schiff, y abiertamente más cristiano. Schiff había continuado como ayuda de campo, efectuando un cambio de régimen sin fisuras, pero consideraba que había llegado la hora de irse, irse y punto. Notaba las sutiles indirectas del nuevo jefe —y de la esposa de este— que le indicaban que ya se había quedado más de lo debido.

Lo que había estado haciendo, una vez tomada la decisión, fue tratar de preparar su cuerpo, fortalecerlo como había fortalecido su mente en cuanto supo lo que iba a hacer: ceñirse a una disciplina diaria que consideró una instrucción previa a la instrucción. Corría una hora y media tres veces por semana. Caminaba cargando, al principio, cinco kilos, luego siete y luego quince. Esprintaba. La maldita calistenia. ¿Era personal? Lo era. ¿Quería causar daño a los nazis? ¿Quería matarlos? No. ¿Lo alimentaba la ira? Sí. Una ira impulsada por la justicia, la rabia incontenible del litigante en busca de lo que está BIEN. Quería ver a esos cabrones de los nazis derrotados, humillados y luego juzgados ante algún inexistente tribunal superior de justicia universal. Quería llevar ante ese foro su propio tipo de lucha, un tipo de indignación moral que había absorbido de Hamilton y Adams, de Jefferson y Brandeis. Él sí creía, creía en una construcción cívica más perfecta que la que Hitler estaba imponiendo en Europa; él sí creía, creía en una construcción cívica más perfecta que esas artríticas monarquías europeas impuestas, pero al menos el rey Jorge tenía en Winston Churchill a su propio Patrick Henry y Schiff podía luchar por

eso: podía; lo haría. Para Schiff, Hitler no era tanto una singular anomalía, un loco solitario, un diablo canalla, como la prensa norteamericana intentaba catalogarlo, sino un síntoma, como un forúnculo, un veneno subcutáneo en el cuerpo de Europa, la misma toxina residual que había expulsado a la gente de sus minas de carbón y sus *shtetls*, de sus guetos y sus comunas, durante siglos: expulsado a personas como sus padres para que se largaran de ahí mientras pudieran. Así que caray, sí, esta guerra era para él algo personal. En esa mentira que se contaba, si era una mentira, radicaba la clave del porqué de su compromiso de alistarse, porque si podía argumentar que para él había más en juego —personalmente— que para, digamos, el típico sureño beato comegachas, de Cristianilandia, podría transformar su inexistente yo de soldado en algún tipo de coraje útil. *No es un ejército de judíos*, le había advertido Svevo. Si se alista, encontrará en lo alto un Dios general y *goyim* de ahí para abajo. Mierdas de ojos azules y apretones de mano secretos. Crucifijos. Montones de cruces. Simbologías de cruces. En la instrucción básica me tocó un tipo que me dijo que echarse al hombro el fusil es un ejercicio ideado para hacernos pensar en Jesús cargando la cruz. Sí, claro, le dije. ¿Y no murió Jesús por eso?

Schiff sabía que no tenía madera para echarse el fusil al hombro, no tenía madera para afrontar nada físicamente, ni mediante el sufrimiento al estilo del ¡a la carga!, ni tampoco de las flexiones al azar. La suya no era una trayectoria que incluyera peleas vigorosas en el patio trasero de casa ni ningún tipo de ejercicio físico. De niño su único ejercicio había consistido, principalmente, en subir escaleras de apartamentos. La primera generación de inmigrantes judíos conocidos de sus padres no había arriesgado la vida para ir a Estados Unidos y convertirse en norteamericanos robustos, habían ido allí para ser judíos. Sus «ejercicios» religiosos habían sido proscritos, por eso

emigraron a esas tierras, para «ejercer» las prohibiciones del Viejo Continente y desquitarse con un derroche de prácticas de kibutz, haciendo uso de todo lo «tradicional» pero a lo grande, de un modo mejor, más llamativo con más vigor y más intención.

> Hummm, *nu*: ¿Eres norteamericano? Oh, *ja, ja…* pero ¡de la *Odra* orilla!

El chiste predilecto del padre de Schiff.

> Repetido hasta la saciedad.

Aunque nunca le hizo gracia, ni siquiera cuando se enteró de que ese *Odra* (el modo en que un hablante de yidis pronuncia «otra») era el nombre de un río que pasaba por Alemania y Polonia, de donde era originaria la familia de su padre.

Idiomáticamente, el suyo nunca había sido un catecismo anglo, ni había tenido una niñez volcada en el aire libre ni en la «adhesión» al ejercicio físico «regular». Incluso en la Facultad de Derecho, en una fiesta donde una compañera levantó la copa y le dijo, El cuerpo de cada cual es su templo, pensó que al decir «templo» la chica se refería a la *shul*, la sinagoga.

De modo que en esas andaba, con ese «ejercicio» diario para que su cuerpo se pusiera en forma *shul*, algo que, por favor, era un aburrimiento mortal para la mente. Svevo también le había advertido del tedio de la instrucción básica, de su ritual agotador. Del aplanamiento de la reflexión privada (ja, ja). De la pérdida de la personalidad. De la comida pésima. (Aunque costaba mucho pensar que la comida del ejército pudiera parecerle peor que la de su propia madre.)

Svevo también había acertado al insistir en poner en las dependencias privadas de Schiff un refrigerador —concebido originalmente para enfriar las cervezas de los dos—, por la

noche el maldito cacharro traqueteaba como una camión en marcha subiendo con esfuerzo una cuesta, pero cuando lo desenchufaba para tratar de conseguir un poco de calma y silencio no hacía más que oír los sonidos del campo, diez mil personas dando vueltas en sus catres, sin soñar, así que se levantaba y enchufaba otra vez el maldito cacharro, menos preocupado por el ruido que hacía que por el sonido de su propio corazón.

Aprendió por su cuenta a prepararse algunas cosas: huevos revueltos, queso fundido, patatas asadas. Dos, tres veces por semana, sustraía una chuleta o un par de hamburguesas de la cocina del campo, pero su rutina habitual en esa época consistía en salir a correr a última hora de la tarde, darse una ducha caliente, tomar una cerveza fría y algo básico de la nevera, leer un par de horas, escribir cartas y a la cama.

Esa noche, después de ducharse se puso una camiseta sin mangas y unos pantalones chinos que le quedaban demasiado holgados en la cintura, abrió una cerveza fría y se apoyó en el refrigerador abierto, con el pelo mojado, tratando de decidir qué comer; después, sin decidirse, dejó que la puerta se cerrase.

Quizás iba siendo hora de revisar los libros.

Dejaría los de ficción; ¿por qué no?, los donaría a la triste pero prometedora «biblioteca» del campo. Pero ¿sus libros de derecho? En qué habría estado pensando cuando pidió que le enviasen sus libros de derecho, ni que fuesen a llamarlo para debatir agravios. Ahora tenía que encargarse de esos malditos libros antes de irse… ¿Enviarlos a casa? ¿Mandarlos a Chicago, a sus padres, que se quejarían (su madre lo haría) porque ocuparían demasiado sitio?

¿A Rocky?

a Rocky, seguro.

Podía encomendarle a Rocky los manuales de derecho.

Se sentó descalzo, con la cerveza, detrás del sofá frente a la estantería y empezó con el triaje —dolorosa palabra—: trozos de

su vida, como mariposas nocturnas, como chispas, saltaron de los lomos de los libros. Los había anotado —era un anotador de primera, al estilo de los estudiosos del Talmud— con la (pretenciosa) tinta violeta de su pluma Waterman, de la que tan orgulloso se había sentido en la Facultad de Derecho (qué sabelotodo había sido)… Pero ahí estaba, como era entonces, con toda la energía esperanzada de la juventud, la mente liberada del cautiverio que suponía la trivialidad de sus padres, la sedienta curiosidad atraída por los conceptos eternos del derecho, enfrentada por primera vez a la posibilidad de que él (y el derecho) pudiese hacer algo con sus facultades latentes (las suyas y las del derecho), forjarse una carrera, ir a alguna parte. Le gustaba ese chico: su forma de pensar, una mente dedicada a comprender las verdades amenazadas, las grandes verdades… ¿Adónde había ido a parar aquel chico? Ya sabes lo que pasa, abres uno de esos viejos libros y surge otra versión de ti mismo. No era raro que se perdiera en la lectura que perdiera la conciencia de las cosas que lo rodeaban y tampoco era raro, ahora que había dejado de ser el jefazo, que la gente se presentara en su barracón sin previo aviso —las Janets con «galletas caseras» que habían «horneado» para él (lo dudaba) o el doctor Arakawa en busca de mejores conversaciones que las que había mantenido a lo largo del día—, daban un ligero golpecito en la puerta mosquitera, entraban y, si lo encontraban leyendo, a veces no se percataba hasta que le hablaban y entonces lo tomaban totalmente por sorpresa de modo que la sensación de que esa noche no estaba solo no era nueva, pero la impresión de que había una presencia desasosegada, como si el fantasma del padre de Hamlet estuviese merodeando por su barracón, lo impulsó a ponerse de pie a toda prisa y ahí estaba ella, ¿dónde si no?, en la cocina, los brazos cruzados sobre el pecho una mirada de iracunda confusión en la cara, buscando un enfrentamiento.

¿*es cierto*?

Si en el curso de los últimos meses se habían entrevisto en el campo habían mirado para otro lado, y él no había estado tan cerca de ella como en ese momento desde…, desde hacía mucho tiempo, y tenía un aspecto magnífico: ¿Cuándo no lo había tenido (para él)?

—Esta no es tu casa, Sunny, así que no entres sin llamar…

—Dímelo, maldita sea, ¿es cierto?

—Vivo aquí, duermo aquí y, ¿sabes qué?, también sueño aquí, así que no quiero que mezcles…

—¿Te has alistado?

—No es asunto tuyo lo que…

—Maldita sea, ¿te has alistado en el ejército?

—¿Y a ti qué más te da?

—Creo que puedes hacer algo mejor…

La cicatriz de la sutura del doctor Arakawa le había dejado una línea blanca que le cruzaba la ceja como un rayo.

—…algo distinto con tu vida.

No se burlaba de él, Schiff lo notó…, parecía llorar su pérdida.

—No quiero que te mueras —le dijo Sunny.

Él paró el golpe demasiado deprisa:

—Llegas tarde…, ya he nacido.

La expresión de la cara de Sunny perdió fuerza y se hundió en su tristeza subyacente.

Schiff, comenzó a decir ella…

Y como si ese rayo hubiese alcanzado el origen de toda voluntad independiente, Schiff se lanzó hacia delante, la tomó entre sus brazos y la besó, los pensamientos conscientes borrados salvo por esas notas en sus labios que sabían a algo dulce como a (¡sí!) galletas caseras y reaccionó a la nada desagradable sorpresa de que al tocar el cuerpo de Sunny sus manos enloquecidas encontraran puro músculo.

Cuánto duró ese abrazo podría medirse únicamente en tiempo galáctico y se habría expandido como el propio universo de no haber entrado Jimmy Ikeda tras llamar una vez a la puerta para

quedarse ahí de pie, sonriendo como un gato que acabara de zamparse al canario, con un paquetito envuelto en papel de carnicero en la mano.

—…le he traído tres chuletas de cordero para la cena, no sabía que tenía visita. Hola, jefa.

—Hola, Jimmy.

Él había sido su principal ayuda en el montaje del centro comunitario de comida en el barracón vacío y Jimmy le entregó a ella, no a Schiff, las chuletas de cordero envueltas mientras los tres se quedaban sumidos en un silencio insoportable.

—Bueno, en fin, que yo solo venía a despedirme —explicó Jimmy. Aunque seguía siendo incluso más flacucho que Svevo, parecía más musculoso que antes—. El de reclutamiento está reuniendo en los campos a tipos como yo para formar nuestra propia unidad asiática, los japoneses mata-Hitler…, quizás embarque pronto, me voy para Europa…

Yo también, dijo Schiff. A lo mejor nos vemos por allá.

Cuando Jimmy se fue, una vez a solas con él, Sunny se quedó mirando a Schiff.

Para que lo sepas, dijo, iba a acostarme contigo, pasara lo que pasara.

A lo largo de los años, Sunny se había preguntado qué habría querido que le contara su madre si hubiese vivido. Se había preguntado qué habría aprendido de ella, las pequeñas cosas, las tonterías, cómo cepillarse el pelo, cómo vestirse, o cómo llevar combinación o sentarse. Recordaba ahora —¿cuántos años tendrían entonces?— haberle preguntado a Stryker —deberían de andar por los nueve o diez años— qué le habría preguntado a *maman* si hubiera regresado para contestar una sola pregunta y Stryker le había dicho que le habría preguntado si en el cielo había animales. Y si los había, qué pasaba con los peces. Cómo

sobrevivían los peces.

Qué idiota eres, le había dicho Sunny. Me refiero a algo sobre la vida. Sobre la vida de *maman*.

¿Y tú qué le preguntarías?

Le preguntaría por sus platos favoritos.

Eso te lo podría decir Tops.

Le preguntaría… qué cosa le gustaría hacer que no hubiese hecho nunca. Y que se arrepiente de no haber hecho.

Probablemente hacerse vieja, había sugerido Stryker.

Él no siempre era idiota.

Sunny tenía en la cabeza una lista:

> ¿*por qué viniste a Estados Unidos*?
> ¿*soñabas en francés*?
> ¿*hay cosas que una mujer no debería hacer? ¿alguna vez tuviste que mentir*?
> ¿*cuál es tu primer recuerdo*?

pero esa mañana le habría gustado preguntarle a su madre ¿Qué tienes que saber de un hombre antes de enamorarte de él? ¿Cómo sabes si deberías casarte con él?

En eso estaba pensando cuando Schiff abrió los ojos y le sonrió.

—He dormido.

—Los dos hemos dormido.

Sunny le había pedido que se pusiera una camisa —y los zapatos— y se reuniera con ella en la entrada principal donde había aparcado la camioneta y cuando él ocupó el asiento del acompañante se encontró una cesta con unos cien huevos y algo que parecía un bote gigante de *schmalz*. Sunny le explicó que los entregaría en el Lou’s, donde Vasco había montado un servicio clandestino de desayunos, y cuando él acomodó la cesta en su regazo, mientras Sunny conducía rumbo a Lone Pine,

entablaron una conversación tan informal que podría haber parecido surrealista, salvo por el hecho de que los dos parecían ceñirse a un ritmo de inevitabilidad respecto de lo que se disponían a hacer. Sunny le comentó los últimos detalles de la aventura amorosa de Finn y Cas, y él le contó a Sunny que Svevo y Beryl esperaban su primer hijo. Viajaron en silencio los últimos ocho kilómetros, sin tocarse, y Schiff consiguió no romper un solo huevo antes de que Sunny enfilara por el callejón de detrás del Lou's y lo llevara dentro, donde Schiff se mostró alicaído al ver la cocina desmontada, las sillas encima de las mesas del comedor cerrado, y a continuación ella lo condujo al piso de arriba por las escaleras de detrás de la barra de zinc, cuya existencia él desconocía, y llegaron a su escondite de la primera planta con vistas a la calle Principal, a dos pasos de la antigua habitación de Schiff en el Dow. La vivienda, le contaría ella después, había sido una casa de huéspedes —más bien un burdel que atendía a la clientela de mineros de la veta madre de plata de Cerro Gordo que había en las afueras del pueblo— con una taberna en la planta baja (que ella había convertido en el Lou's) y media docena de habitaciones en el primer piso, que ella había derribado, manteniendo la bañera original con patas en forma de garras colocada en el centro de la planta, debajo de las vigas, y un inodoro genuino en un rincón, un lavabo en el otro y, gracias a Dios, un colchón grande dispuesto contra la pared y todo tipo de adornos femeninos como almohadas y sábanas suaves donde los dos habían permanecido entrelazados las últimas (¿cuántas?) once horas.

Schiff pensó que, si aquel no era su nuevo lugar preferido en la Tierra, al menos era su habitación predilecta.

y, como les ocurre a los mejores amantes recientes, él no podía —y ella no quería— dejar de tocar su nuevo descubrimiento; ni dejar de sonreír.

Schiff le pasó el dedo por la cicatriz de la ceja y le preguntó:

—¿Por qué…, qué te hizo cambiar de parecer sobre lo

nuestro?

—¿Te cuento la versión larga?

—Por si no lo habías notado, no me voy a ir de aquí. Y no tengo ninguna prisa.

Sunny sonrió y dijo:

—¿Te acuerdas de que te conté que cuando éramos muy pequeños Tops empezó a llevarnos de acampada a la sierra? Aquel verano tendríamos, no sé, cuatro o cinco años, todavía no sabíamos nadar, y nos llevó a dar un paseo en la barquita que tiene allá, una barquita de remos, con un motorcito, hasta el centro del lago, para enseñarnos a pescar.

—…y no sabíais nadar.

—Sabíamos chapotear un poco pero… Y nos llevó al centro del lago sin chalecos salvavidas. Creo que ni siquiera tenemos chalecos salvavidas. En fin, que Stryker está en la proa y yo de través…

—…de través…

—Sí, de través, de cara a Stryker y de espaldas a Tops, que va en la popa, y Stryker y yo sostenemos nuestras cañitas con nuestros sedales en el agua esperando a que piquen, la pesca abunda porque el Departamento Forestal se encarga de repoblar el lago con truchas, y de repente Stryker se levanta y le habla a Tops por encima de mi cabeza y señalando el lago va y le pregunta, «¿Qué hay allá abajo», y a mi espalda Tops le contesta, «El fondo», y Stryker le dice, «¿Hay un fondo?», y se tira de pie a buscarlo. Levanta las manos por encima de la cabeza y yo, desde donde estoy, veo desaparecer su cuerpo y la cabeza y por último las puntas de los dedos. Ya no estaba. En el agua oscura quedó un hueco. Y al instante Tops se tira a buscarlo, con chaleco y camisa y pantalones y zapatos y todo, y él también desaparece…, otro hueco en el agua. La cosa habrá durado como mucho cuatro o cinco segundos, pero lo que recuerdo es estar sentada en medio de la barquita en medio del lago, que es bastante grande, y mirar las montañas que me rodean y el

inmenso cielo azul y pensar que dos de las tres personas que más quiero en el mundo acaban de desaparecer y que estoy completamente sola en la Tierra. Totalmente abandonada. Sin saber adónde ir ni qué hacer… Sola, solita, sola. Yo y el mundo. Y ayer, las Janets estaban jugando al vóleibol y se detuvieron para verte correr a lo largo de la valla, y una de ellas les contó a las demás que te habías alistado, y de repente me vi otra vez en las mismas, con cinco años en medio de la barquita en medio del lago bajo el cielo inmenso completamente sola sin nadie que me dijera qué hacer, sin nadie que me diera consuelo…

Él la miró.

a lo largo de la noche había usado la palabra que empieza con «q» y le había pedido varias veces que se casara con él *(qué finura*, habría dicho Svevo), pero en ese momento contuvo el fervor y se limitó a decirle:

—No estás sola.

—Lo sé…, créeme, me sorprendí tanto como tú… En fin, que la única otra vez que tuve esa horrenda sensación, Tops acaba saliendo a la superficie, mete a Stryker de vuelta en la barca, iza su cuerpo mojado a bordo, arranca el motor y le grita a mi hermano, «¡La próxima vez que hagas una pregunta, espera a oír la respuesta, maldita sea!», y nos pasamos el resto de aquel día y el siguiente en el agua, aprendiendo a nadar y a respirar… —Como para poner a prueba su memoria, inspiró hondo y preguntó—: Si yo no llego a aparecer, ¿te habrías marchado así, sin más?

—No.

—Mentiroso.

—…iba a…, cuando llegaste estaba revisando mis libros para ver cuáles le llevaba a Rocky.

—O sea que se lo ibas a contar a mi padre.

—Y a ti…, de alguna manera. La verdad es que no ofrecías demasiado apoyo, Sunny…

—¿Cuánto tiempo tenemos… antes de que…?

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—Diez días.

—¿Vas a volver primero a casa para ver a tus padres?

—No.

—¿Se lo has contado?

—No.

—Eso no está bien, Schiff.

—El nuestro es un tipo de acuerdo familiar al que no estás acostumbrada… Me resulta difícil describirlo…

—Entonces deberíamos ir a algún sitio. Me sobra gasolina del racionamiento, deberíamos ir a donde no hayas estado nunca. Para que tengas algo que recordar. ¿Conoces el Gran Cañón? Deberíamos hacer algo espectacular…

—Esto de aquí ya es bastante espectacular.

—Hablo en serio.

—De acuerdo.

—Tenemos diez días…

—De acuerdo. Deja que lo piense. —Cerró los ojos y fingió pensarlo—. Muy bien, así es como yo lo veo. —Dibujó en el aire un mapa de Europa—. Aquí está Alemania, aquí la Francia ocupada, aquí el Canal de la Mancha…, en Inglaterra están todos nuestros muchachos… Italia está aquí. No hay que ser un genio para ver que, cuando demos el paso, vamos a entrar por aquí, por la costa francesa, o por Bélgica…, y desde el Mediterráneo entraremos por el sur de Italia e iremos subiendo…, así que supongo que cuando esté allí, una vez que hayamos dado el paso y desembarque *con vida*, me tocará recorrer Francia a pie. Con lluvia, con nieve, como un cartero, dormiré al raso, atravesaré campos de ajos, planificaré mi supervivencia. ¿Quiénes van a destacar? Los *boy scouts*…, no los chicos de ciudad como yo, sino los que saben hacer fogatas bajo la lluvia y armar colchones

con ramas y construir refugios con piedras y hojas de maíz…

—Te lo enseñarán en la instrucción básica…

—Me toca doctrina para oficiales —que a Schiff le sonaba a repaso del Antiguo Testamento—, no van a enseñarme ni la mitad de las cosas que tú me podrías enseñar.

—¿Quieres ir de acampada?

—Sí.

—Sabes que no habrá duchas ni comodidades.

—Sí.

—Y que solo vas a disponer de lo básico.

—Sí.

—Y que, vayamos a donde vayamos, por la noche hará un frío que pela.

—Así tendré algo que recordar cuando esté arrastrándome por media Francia.

Sunny tuvo una idea:

—Podemos ir a Yosemite. Aquello es precioso. Pero las dos últimas noches iremos al Ahwahnee, el hotel de lujo donde se casaron mis padres. Comida decente. Servicio de habitaciones. Agua caliente. Y un techo bajo el que cobijarnos…

Schiff se comportó como un entusiasmado campista novato el resto del día, preparando sus bártulos, despidiéndose. Betty ya no trabajaba allí, el nuevo administrador no la había mantenido como secretaria; de modo que solo tenía que decir adiós a los Sombreros, al doctor Arakawa y a Georgina Takei. Cuando Sunny se disponía a partir desde la entrada principal, con su mecedora y sus libros ya cargados en la camioneta, Schiff le pidió que se detuviese y se bajó a echar un último vistazo, y el recuerdo de Svevo izando el pabellón nacional por primera vez lo pilló desprevenido. A punto estuvo de ceder a la tentación de cuadrarse y saludar, pero se contuvo. No era aquel el lugar para gestos patrióticos. El patriotismo que llevaba dentro se erigía sobre unos principios humanos más eternos que aquellos sobre los que habían construido Manzanar.

Sunny se había convertido en una mariscal de campo requisando suministros —la tienda, las lonas impermeabilizadas, las cuerdas, el hornillo de camping, la cafetera, la sartén, las tazas, los platos, la comida—, todo amontonado junto a la puerta de Las Tres Sillas para salir de madrugada. Rocky estaba de viaje por la sierra y Cas y Finn habían ido a San Diego a inspeccionar las propiedades de los norteamericanos de origen japonés, así que tuvieron que dejar notas e indicaciones para el cuidado de los perros, las cabras, los caballos, y, tras la puesta de sol, justo después del atardecer, cuando Sunny estaba pensando en qué preparar para la última cena civilizada que tomarían en toda una semana, Schiff dijo Vámonos ahora mismo. Empecemos.

—¿En la oscuridad?

—Sí.

—Me parece que no lo entiendes.

—No, dejemos todo esto, cojamos estas mantas y vayamos en la camioneta al patio trasero. Quiero dormir bajo las estrellas esta misma noche. Contigo. Con un sándwich y un par de cervezas, quizá…

Un halo de luz ambiental persistía sobre la oscuridad del campo incluso a varios kilómetros de distancia pero aparte de eso, del suelo hacia arriba la noche era compacta, con la presencia más intensa y oscura de las montañas montando guardia al fondo del paisaje. Sunny había encontrado un colchón inflable, lo había puesto en la trasera de la camioneta y los dos se acurrucaron bajo las mantas de lana; Schiff no tardó mucho en quejarse de que tenía frío.

pero qué feliz, muy feliz.

Como una perdiz.

¿Por qué se dirá así?

—Venga, no marees la perdiz y dime cómo se llaman todas

esas cosas.

—¿Qué cosas?

—Esas estrellas y demás.

—¿Ves ese punto brillante que no titila? Es un planeta. Los planetas no te guiñan.

—¿Qué planeta es?

—En nuestra familia siempre decimos que «o es *Yúpiter* o es *Weenus*».

Schiff la abrazó con más fuerza.

—¿Te ha contado Tops alguna de sus anécdotas de Albert Einstein?

—Solo la de Dios que le deja a Isaac Newton pistas en forma de arcoíris…

—Pero te contó que viajaron juntos en el mismo barco, ¿no?

—Sí.

—…en camarotes contiguos con una especie de cubierta compartida…, un balconcito con una separación para que cada camarote conservara cierta intimidad, pero si te asomabas al tuyo veías al vecino… Y la primera mañana del viaje, Tops sale a su balconcito en albornoz y con el pelo suelto y a su izquierda, como a dos palmos, ve a un caballero de pelo canoso, envuelto en un albornoz idéntico, con la diferencia de que ese hombre lleva el pelo todo alborotado y empuña un cepillo. Tops le dice, «¡Qué coincidencia! ¿Qué probabilidades había?» y en la cubierta de al lado se oye una voz de mujer que dice algo en alemán y el hombre, Albert Einstein, empieza a calcular. Resulta que el inglés de Einstein no era muy bueno y el alemán de Tops tampoco (aunque Cas es capaz de pontificar en ese idioma y soltarte una perorata), y la mujer de Einstein, que no puede mostrarse porque va en camisón, se lo traduce todo desde su rincón oculto. Total que hacen eso por las mañanas y por las noches durante toda la travesía del Atlántico y, según Tops, Einstein nunca se decidió a usar el cepillo y una noche en que en

el cielo del Atlántico Norte aparece una estrella tan brillante como esta que vemos ahora, Tops la señala y le pregunta a Einstein qué estrella es. Por lo visto, Einstein lo entendió y le dijo *«der Planet ist "YUPITER" oder "WEENUS"»*. Stryker se volvía loco cada vez que Tops decía «Weenus», le parecía la palabra más graciosa del mundo… Mi hermano se reía mucho. Le gustaba reírse. Reía incluso dormido. Además tenía su propio baile de celebración…

—Enséñamelo.

—No, no lo sé hacer.

—Claro que sí.

—No, de veras, que no me sale… La primera vez que vi cómo lo bailaba fue en el campamento de la sierra, una noche en que Tops le permitió encender la hoguera y Stryker amontonó tantos troncos que más que fogata aquello fue un incendio, una galaxia de chispas en el aire, auténticos fuegos artificiales, y no sé por qué en esa época del año allá arriba suele haber mariposas nocturnas, y empezaron a llegar desde el lago, atraídas por el fuego, y a revolotear entre las chispas; no es broma, había miles de ellas, y Stryker se entusiasmó tanto que se puso a hacer ese baile…

—Enséñamelo.

—…con movimientos de lado a lado… Justo antes de que Stryker se fuera de casa vimos una película de Bob Hope con Bing Crosby en la que salían bailarinas de hula-hula y casi nos caemos del asiento porque bailaban el baile de celebración de Stryker, aunque ¿sabes cómo mueven los brazos las chicas del hula-hula ondulándolos como las olas? Stryker los movía más bien como dando empujoncitos…

De repente un haz de luz pasó por encima de sus cuerpos y se centró en la camioneta:

—Pero… ¿qué diablos…?

—*Merde*! ¡Vístete, vístete, vístete!

Sunny rebuscó entre las mantas de la cama improvisada en la camioneta; Schiff encontró los calzoncillos cerca de los pies y se los puso —del revés, resultó luego—, se arrodilló, luego se puso de pie y levantó los brazos para hacer visera y ver más allá de la cegadora luz blanca, y apenas alcanzó a vislumbrar la silueta del vehículo del DALA que frenaba abruptamente a pocos metros. Schiff vio que del otro lado del vehículo se bajaba un hombre y apoyaba un brazo en el capó para apuntar con un rifle. Del lado opuesto se bajó otro hombre, el que llevaba el reflector —era Deuce Coop—, al que Schiff reconoció justo antes de que Cooper exclamara, «¡Señor Schiff! ¿Qué hace usted aquí?».

Está conmigo, anunció Sunny, poniéndose de pie en la cama de la camioneta.

Coop desvió la luz hacia ella y quedó claro como el agua que lo único que llevaba puesto era una camisa vaquera —que por suerte tenía unos faldones lo bastante largos como para taparle el trasero y las partes pudendas—, aparte de, por supuesto —y a Schiff le pareció mucho más sorprendente ese segundo elemento—, el rifle que empuñaba apuntando al compañero de Cooper.

—Baje la escopeta, Snow —le ordenó Sunny.

El hombre no hizo caso; Sunny desvió el arma a unos cuarenta y cinco grados de él, apuntó al desierto bien arriba, disparó y volvió a encañonar a Coop.

—Coop, pídale al loco de su compañero que baje la escopeta o les vuelo las cuatro ruedas y los dejo aquí tirados. Están en mis tierras.

Schiff vio a Cooper hacerle a Snow un gesto en clave y este bajó el arma al tiempo que Coop le decía a Sunny:

—Bajo derecho de expropiación.

Sunny soltó una carcajada, abrió y bajó la escopeta, se la colocó a un costado y dijo:

—Coop, usted sabe que el señor Schiff es abogado y que como tal sabe qué significa «bajo derecho de expropiación», así que no venga aquí a soltar palabras que no entiende.

—Protegemos el canal. Hay una guerra.

—Sí que la hay, a ocho mil kilómetros de aquí. En cuanto al canal, se encuentra a más de un kilómetro y no estamos haciendo nada que lo ponga en peligro.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Probablemente toda la vida.

—La próxima vez tendrá que consultarlo con nosotros…

—No tengo nada que consultar con ustedes, Coop, esta finca es propiedad de mi familia, y por más que su compañero tenga buena puntería el mío puede llevarlo a los tribunales por invadir una propiedad privada…

Schiff lo vio hacerle otro gesto en clave a Snow y los dos se subieron a la camioneta después de que Coop le preguntara a Sunny:

—¿Cuándo volverá a abrir el Lou's? Echo de menos ese puré de patatas con ajo. Tendría que decirle a Vasco que lo ponga en el menú del desayuno…

Y se fueron; Schiff observó a Sunny sacar el cartucho usado y meter la escopeta en su funda.

—¿De dónde ha salido?

—Siempre llevamos una en nuestras camionetas.

—¿Y nosotros llevaremos una?

—…hay osos.

Nadie había mencionado los osos:

Una verdad como un puño:

—Debes de ser la mujer más aterradora que conozco.

—¡No me digas! ¿Has conocido a mi tía?

Pasado el efecto de la adrenalina, Schiff volvió a tener frío, atrajo a Sunny a su lado y se acurrucó junto a ella debajo de las mantas.

—¿Crees que habrán ido a buscar refuerzos?

—Coop es bastante razonable. Pero si Snow actuara solo, se pasaría toda la noche en la oscuridad apuntándonos al corazón.

—¿Crees que sabían lo que estábamos haciendo?

—Probablemente Snow se ha quedado desconcertado. Pero Coop… Coop es un hombre casado, así que apuesto a que tenía una teoría…

—Nunca me habían apuntado con un arma.

—Si te sirve de consuelo, no eres el único.

—Has estado magnífica.

—Tops sostiene que no se es un auténtico norteamericano hasta que te apuntan con un arma. Empuñada por otro norteamericano…, como esos diez mil auténticos norteamericanos que hay carretera abajo.

Schiff miró hacia arriba y se preguntó qué extensión del cielo ocuparían diez mil estrellas. Luego la estrechó más contra él.

—Deberíamos haber hecho esto mucho antes —dijo al fin.

Ella tardó un rato en preguntarle:

—De haberlo hecho, ¿te habrías alistado igualmente?

—Sí —contestó él, demasiado deprisa—. No se trata de elegir una cosa o la otra, irme con Sunny en vez de irme a la guerra. Se trata de las dos cosas. Esta guerra es algo personal. Personal para mí. Hitler…, tengo que ver cómo lo juzgan… y lo ejecutan.

—… lo «juzgan».

—En serio. Que lo capturen y lo juzguen. Lo humillen y lo degraden. Ante el mundo entero.

—Y para eso tienes que ir hasta allá a asegurarte de que Hitler muera. Tú personalmente.

—Iré allí a asegurarme de que Hitler muera. Yo personalmente, con todos mis muchachos. Nosotros, auténticos norteamericanos. Y después volveré aquí en todo mi esplendor para casarme mil veces contigo.

la octava propiedad
de la sed
es
la reinvención

No sabría precisar con exactitud la fecha de su decisión —sería en su segundo año de guerra—, pero en algún momento después de aterrizar en Hawái, una noche, sentado en un bar de Honolulu, Schiff juró que no volvería a beber hasta que terminara la guerra.

Culpa bélica. Para él el alcohol se había acabado: con eso lo arreglaría: con eso enseñaría a ese loco teutón de qué era capaz un judío: si había que beber, que bebieran los de la primera línea. Los que estaban detrás de la primera línea solo ahogaban en alcohol miedos secundarios y penas egoístas, algunos, sobre todo los recién reclutados, se entrompaban cada noche.

Estar en compañía de muchachos beodos, su forma de hablar de las mujeres —su forma de tratarlas—, nunca había sido su pasatiempo social preferido (había sido siempre un bebedor solitario), pero el gesto simbólico de la sobriedad lo hacía sentir marginalmente superior a los idiotas que seguían empinando el codo en los antros de hula-hula de la calle Hotel o bailando con las chicas blancas en los clubes privados de la base.

Esas chicas, llegadas para incorporarse a los servicios femeninos, venían de aburridos pueblos cristianos del Medio Oeste de Estados Unidos: chicas acostumbradas a la humedad pero no a las olas ondulantes y a las palmeras: chicas de piel blanca con el pelo rizado a fuerza de llevar rulos y vestidos con hombreras y zapatos alabastrinos con calcetines de algodón; chicas que se habían convencido de que se habían alistado por deber patriótico, por su país, cuando la verdad era que lo habían hecho para estimularse, para huir del tedio rural y chato tan rápido como el Tío Sam pudiera llevárselas. Y aprovechar de paso para pescar a algún tío. Tal vez conseguir marido.

Esas chicas entraban, se acercaban a la barra como quien

espera el autobús y trababan conversación: «Qué mundo de locos, ¿eh? ¿De dónde eres?».

De ti se esperaba que participases en ese intercambio ritual cuasi patriótico, tal vez que la invitaras a una cerveza y fueras con ella a la mesa donde sus amigas y sus «galanes» se disponían a pasar otra noche abusando de la ética.

Quizá porque las multitudes no eran lo suyo. O quizá porque, desde que se había embarcado en una historia de amor tan profunda, de la vida no le interesaba nada que no tuviese que ver con ella. De modo que se había acabado el plantarse en la barra, se habían acabado las copas. En vez de eso, se limitaba a frecuentar los clubes de la base y la mayoría de las noches ocupaba una mesita, pedía algo de comer y saludaba con un solemne código monástico a los demás oficiales solitarios de las otras mesas solitarias que, cada cual a su manera, como Schiff —solteros o no— se sentían devotamente casados.

Le gustaba ese garito de oficiales porque la comida estaba mejor que en los otros, la música era discreta y, a diferencia de los demás clubes de la zona, atendía a los oficiales de todas las ramas.

Además, el príncipe húngaro emigrado (eso era, sin duda) que supervisaba el local le permitía a Schiff colgar los carteles al lado del guardarropas y dentro, en el bar.

En alguna ocasión, cuando se cansaba de comer solo, Schiff les pedía a Boot y a Klonis que lo acompañasen. Juntos formaban uno de los cuerpos de expertos repartidos entre el Pacífico y Washington. La división del Pacífico de ese cuadro no se diferenciaba mucho del banco de tiburones que ocupaban una serie de oficinas en la última planta del edificio de Auditores de Guerra. Cuando se presentó en Honolulu, Schiff había descubierto más abogados de los que había visto reunidos en cualquier baño de caballeros desde que había abandonado Washington y el Departamento de Interior: eruditos altos y enjutos de mirada penetrante, algunos jóvenes. Algunos

mayores, algunos del ámbito privado y el universitario, unos cuantos de ellos versados en derecho constitucional, otros en comercio internacional y cultura oriental, algunos (con estos había que ir con pies de plomo) versados en Maquiavelo, al acecho de pensamientos chapuceros y carne fresca. El primer trabajo de Schiff con Boot y Klonis consistió en preparar documentos de «posicionamiento» sobre el futuro de un Japón derrotado. Documentos en los que se describía ese futuro para que los mandamases lo tuviesen en cuenta. Documentos de *posiciones*. Somos como los autores del *Kama-sutra*, bromeó Boot. Donde el Tío Sam es el de la verga grande y Japón ya sabes quién. El otro. Boot tenía veteranía, no en rango pero sí en antigüedad, y en casa había dejado mujer e hijos. Schiff y Klonis (George Klonis: era griego norteamericano de primera generación y jamás dejaba pasar la oportunidad de hacértelo notar, jamás dejaba pasar la oportunidad de enseñarte la etimología griega de una palabra) lo admiraban, y, en general, Boot tenía la última palabra. Iban a darle a Japón el sufragio universal, en eso estuvieron todos de acuerdo. (Chúpate esa, Francia, títere artificial de la democracia.) La libertad de expresión: incluso Truman, en la «Propuesta de programa para Japón» que presentó en la reunión de Potsdam con Stalin y Churchill, se mostró firme al respecto. «Se establecerá la libertad de expresión, de culto y de pensamiento, así como el respeto de los derechos humanos fundamentales», proponía la declaración. Así que enciendan motores, chicos y chicas. Que llegan sus libertades de ojos redondos.

Uno de esos documentos de posicionamiento se había adaptado como octavilla para lanzar desde el aire sobre Japón. En el encabezado se leían tres grandes titulares en negrita:

CIUDADANOS DE JAPÓN
VENIMOS EN SON DE PAZ
NO PUEDEN GANAR LA GUERRA

Los tres lo habían discutido sentados a esta misma mesa. (El local del húngaro era compacto, como el Lou's.) Schiff había sostenido que lo de la «paz» era una sandez («¿Qué elemento de paz les ha caído a los humanos del cielo?») pero Boot y Klonis habían argumentado a favor.

—Dios, sin ir más lejos —dijo Boot—. Dios viene del cielo —añadió.

—Y Dios es amor —añadió Klonis.

Mi Dios no, pensó Schiff.

Una noche, Boot se puso a recordar:

—En clase, una vez un alumno, mientras leíamos el *Mahabhárata*, levanta la mano y pregunta «¿De qué es metáfora la muerte?».

—*Meta* significa «cambio», *phorá* significa…

—¡Joder, basta ya, Klonis! —le soltó Boot, y de inmediato lo lamentó.

Sabía que George no se merecía el vapuleo. El chico tenía dos hermanos en el frente —Mike, en el norte de África, y Archie, en el Mediterráneo— y acababa de recibir una carta de Nick, su hermano adolescente, enviada desde casa, en la que le contaba que Mary, su única hermana, se había fugado con un muchacho que no era griego.

—Lo más probable es que no vuelva a verla —dijo George—. Nuestro viejo la repudiará. Puta guerra. Mary no se habría fugado si Mike o Archie o yo hubiésemos estado en casa.

—A lo mejor es buen tipo —sugirió Boot—. A lo mejor consigue poner a tu familia de su parte.

—Si tan bueno es, ¿por qué diablos sigue allá?

—A lo mejor se ha quedado porque está enamorado de tu hermana.

Schiff notó un leve pellizco de culpa masculina: ¿acaso había tenido demasiadas ganas de irse?, ¿no habría sido más noble quedarse por la chica?

En las semanas que pasó en San Francisco antes de partir rumbo a Hawái había empezado a detectar un patrón en el trabajo que le habían adjudicado, había empezado a fijarse en el material jurídico que se le asignaba y a intuir unos temas subyacentes: la constitucionalidad de los derechos fundamentales; la «constitucionalidad» de la libertad de expresión, de la libertad de culto; la «constitucionalidad» del sufragio universal, el derecho fundamental de las «constitucionalidades» a mantener ejércitos permanentes, los derechos «constituidos» de los ciudadanos a portar (privadamente) armas. Le habían encargado que redactase un informe sobre qué se entendía por «derechos fundamentales» (ya le había tocado la misma china cuando se preparaba para entrar en Derecho); escriba un informe sobre qué se entiende por «derechos soberanos»; esboce una propuesta hipotética para el futuro de un:

JAPÓN

derrotado

y/o destruido

y/u ocupado.

Si era lo bastante bueno, si jugaba bien sus cartas, sospechaba que lo dejarían sentarse a la mesa con los mayores, participar en la escritura de la historia: lo dejarían jugar a ser Ben Franklin en algún momento de un futuro no muy lejano: quizá lo dejarían incluso jugar a ser Tom Jefferson; Alexander Hamilton:

Iban a dejar que redactase una constitución de verdad.

Para un Japón que no existía aún, para ese Japón del futuro que en Hawái esperaban vivir para ver y regodearse: un Japón reducido a cenizas; humillado; jodido.

PROPUESTA DE PROGRAMA PARA EL FUTURO DE JAPÓN, por eso habían mantenido su cerebro intacto, habían impedido que se sumara a la sanguinaria lucha en Europa: a ellos (a su ejército) les resultaba más valioso como pensador que como soldado, lo necesitaban vivo. Y maquinando.

Podía acabar haciendo historia…, de modo que para él se habían acabado las copas.

En tiempos de guerra, la ambición personal debería estar sujeta a consejo de guerra, pensaba Schiff, pero había llegado a ver cómo el Pacífico entero se convertía para MacArthur en el espejo donde mirarse, y hasta el más pequeño de los peces en su grupo de tiburones competía para congraciarse con «Doug».

Inmediatamente después del ataque a Pearl Harbor, en Honolulu todo el mundo se había dedicado a culpar a los demás de lo ocurrido. La mañana de aquel domingo de diciembre, Knox, el secretario de la Marina, había cargado con el fardo de la culpa a los japos que trabajaban en las islas, la quinta columna de japoneses hawaianos. Habían llegado informes de testigos en los que se aseguraba que los japoneses que cortaban caña en los ingenios azucareros habían tallado flechas en los campos para guiar a los aviones hasta el puerto.

Habían llegado informes sobre la existencia en las playas de perros japos que ladraban («japoneaban») secretos militares a los submarinos en alta mar.

Corrían rumores de que los japoneses hawaianos habían envenenado el agua.

Proliferaban los rumores de que el propio Roosevelt —¡el presidente!— estaba conchabado con Winston Churchill desde el principio, que supo con mucha antelación lo que tramaban los japoneses y dejó que ellos nos la metieran doblada solo para obligarnos a nosotros, los inocentes, a entrar en guerra.

La culpa era de Churchill, o de Roosevelt; la culpa era del ejército, de la Marina… A la nación nunca le había ocurrido nada de la magnitud de Pearl Harbor con su consiguiente pérdida de vidas, y eso tenía que ser culpa de alguien, tenía que haber algo, alguien a quien señalar, a quien culpar, porque el sentir generalizado era que *Dios está de nuestra parte* y una catástrofe como aquella no ocurre por nada, no ocurre en Estados Unidos sin que se haga pagar a un diablo (o al Diablo).

Alguien o algo tenía que cargar con la culpa por la vergüenza mundial que habían sufrido (en la cabeza de muchos patriotas la vergüenza mundial superaba la lástima mundial), y era la vergüenza la que empujaba a los chicos de todos los pueblecitos del país a alistarse en masa, deseosos de jugarse el cuerpo y el futuro en Europa y el Pacífico para expiar la culpa nacional por haber sido pillados desprevenidos la mañana de un domingo de diciembre en vez de en su viacrucis dentro del crisol de la guerra.

Nueve días después del ataque, el almirante Husband Kimmel, comandante en jefe de la Flota del Pacífico en Honolulu, fue destituido de su cargo por orden del secretario de Guerra y, presumiblemente, del propio presidente.

Al mismo tiempo, el teniente general Walter Short, equivalente al comandante en jefe del ejército en el Distrito Hawaiano, fue destituido sumariamente.

Había que hacer rodar cabezas —había que repartir las culpas —, pero enfrentar al jefe del ejército con el de la Marina fue un golpe adicional para los militares destinados en el puerto arrasado, y el otoño siguiente, cuando Schiff llegó, la moral seguía pugnando por despegar del suelo y el Congreso seguía exigiendo un consejo de guerra para los dos comandantes.

Los plazos establecidos en la ley de prescripciones vencían el 7 de diciembre de 1943, y algunos miembros de las cámaras conjuntas de la legislatura proponían modificar la norma para aplazar el vencimiento hasta después de que uno o los dos fuesen procesados.

Construir una causa sin fisuras no solo implicaba reunir las transmisiones oficiales y los intercambios escritos que desembocaron en la mañana del ataque, sino conseguir además las declaraciones de todos los testigos oculares que aquel domingo estaban en tierra, y a pesar de que la mayoría consideró que revivir la historia a través de su relato les proporcionaba un atisbo de curación psíquica, en realidad nadie

tuvo el valor de señalar directamente a sus comandantes, y a la mayoría de los militares les molestaba la misión que se les había encomendado a aquellos investigadores listillos, en gran parte abogados, y, por lealtad, les daban largas en cuanto veían llegar a uno armado de pluma y libreta, incluido Schiff, a quien le había caído en suerte sacar adelante aquel encargo de mierda cuando no estaba escribiendo informes sobre el futuro Japón de cuento de hadas que funcionaría en la liga mundial de naciones como una democracia constitucional.

Algo separaba el Estados Unidos continental y Pearl Harbor: ahí era donde los aviones habían atacado a los inocentes, ahí se encontraban en suelo sagrado, en las aguas teñidas de sangre donde los cadáveres quedaron sepultados y seguían sin aparecer; por pura decencia no se podía contar un chiste y se distinguía a los reclutas inexpertos por el modo en que todos callaban cuando lo intentaban, se percibía que venían de otro lugar, donde la guerra, aunque se notara, aún no había afectado a los pulmones, enrojecido los ojos o provocado arcadas. Haber estado en Pearl Harbor la mañana de aquel domingo te hacía acreedor de por vida a un banco en la iglesia, con el nombre de tu familia grabado, y nunca sabías si el hombre o la mujer que tenías al lado era un superviviente o si el hombre o la mujer que te habían mandado entrevistar se sinceraría o callaría o lloraría. Una cosa era segura: ese hombre o esa mujer nunca se reiría de las cosas a las que había sobrevivido ese día. Podías sonreír —se había fijado en que las muchachas, sobre todo, habían empezado a sonreír—, pero era como si el Dios del Antiguo Testamento hubiese regresado y pobre de ti si llegaba a sorprenderte riendo. *Si no estuviera enamorado de ti, si no nos tuviera a nosotros para soñar, acabaría con todo por pura soledad*, le escribió a Sunny. *Me quitaría la vida por la falta generalizada de humor*.

Cuando se te cae un cuchillo ni se te ocurra agarrarlo al

vuelo, le había contestado ella.

Sabiduría de cocina.

pero ¿qué narices?, había pensado. ¿De qué cuchillo hablaba? ¿Era él el cuchillo? ¿Era el amor, el amor pasado, el acero demasiado veloz?

«El amor es para *amateurs»*, solía decirle ella.

La chica sabía hacer juegos de palabras.

Habían pasado once meses desde que la había visto por última vez y el entusiasmo que le provocaba no había mermado, si acaso había llegado a quererla más, a apreciar sus inesperados despliegues de ingenio, estilo y ternura. A apreciarla a ella. Sus cartas estaban llenas de color local —noticias sobre Cas y Lyndon, sobre las mujeres de Lone Pine que se marchaban al sur de California a trabajar en las fábricas de aviones como obreras asalariadas, sobre cómo iba la temporada de truchas. Le enviaba especias envueltas en papel de liar con las puntas retorcidas; le enviaba un polvo verde que llamaba «romero en polvo», chiles secos, orégano mexicano, eneldo fragante, tomates secados al sol, *bouquets garnis* con pieles de naranja secas. Cualquiera que durmiera cerca de él adivinaba por el aroma cuándo había recibido otra carta. Le enviaba *prosciutto* de pato desecado —charqui de pato— para echarlo a los frijoles del ejército. Le enviaba ristras de salchicha de carne de caza ahumada que preparaba Rocky con una nota de advertencia sobre el moho. Le enviaba maíz seco para palomitas. Y sal aromatizada. La comida que recibía de ella por carta eran los preliminares, una especie de erotismo a distancia: Sunny debió de saber o sentir la carga sexual que su arte culinario tenía para él por la forma en que la observaba trabajar, la forma en que la observaba moverse y probar los guisos, la forma en que observaba sus manos y su boca. Sunny debió de captar las señales cuando se dejaba llevar por el entusiasmo al contarle una historia sobre el descubrimiento de las notas de su madre en los libros de recetas

de cocina y el trabajo que le había dado traducirlas del francés, cómo había empezado a experimentar con los platos a edad temprana y a cultivar verduras con las semillas de su madre. Necesito probar platos imaginarios, le había escrito él al inicio de su separación. Fantaseo con ellos y me muero de hambre. Necesito devorarlos.

Sexo codificado.

Schiff estaba seguro de que los censores empleaban mucha tinta extra cada vez que leían sus cartas, pero qué diablos, aunque sus frases no le llegaran íntegras a Sunny, se sentía mejor tras haberlas escrito. Echo de menos tus platos. Echo de menos tu mágico toque culinario. Echo de menos que me toques.

En sus cartas ella le hablaba de las comidas que le prepararía cuando regresara a casa, y muchas noches, demasiadas, se las pasaba despierto dedicado a repasar paso a paso las recetas, como un modo de combatir el impetuoso deseo de su cuerpo.

Sunny encima en su punto.

Ella le resultaba tan sexi por carta como en carne y hueso.

Pero todavía no le había escrito a Sunny para contarle que aunque la guerra acabase no regresaría a casa. Tendría que quedarse. Destinado en Tokio, o en lo que quedara de la ciudad.

En Honolulu se sentía bloqueado, como si no le permitiesen decir lo que pensaba, ni en sus cartas a Sunny ni en el tira y afloja entre el ejército y la Marina sobre a quién culpar por lo de Pearl Harbor. ¿Quién, se preguntaba Schiff, puede echarle la culpa a la Marina? Me gustaría decirles a sus muchachos que estoy de su parte. El ejército está presente en Hawái por un único motivo: asegurarse de que nada le ocurra a la Marina, y no al revés. A la Marina no la mandaron aquí para asegurar la presencia del ejército, por el amor de Dios, ni que la infantería extranjera fuera a desembarcar en las playas de Oahu. Le correspondía al ejército velar por la seguridad de la flota. Los muchachos de la Marina me ven con mi uniforme del ejército y creen que soy del ejército, no me ven como un individuo

pensante —es lo que significa estar en este ejército—, incluso cuando no estás en combate eres una pieza sin cara de una máquina, un patán más. Si no fuera porque estoy enamorado de ti, a estas alturas habría perdido la chaveta. Si cuando un tipo se alista no está majara, solo le resta esperar y la vida del ejército lo convertirá en un loco de remate. Echo de menos divertirme. Definitivamente echo de menos f…

—¿Este es usted?

Levantó la vista y, de pie delante de su mesa, vio al emisario de la Marina, en blanco uniforme de servicio, enseñándole uno de los volantes que Schiff había pegado en el bar.

¿Tengo cara de mujer japonesa aferrada a sus dos hijos?

Schiff vio al jefe de sala húngaro con cara de avergonzado junto a la barra e imaginó que lo había señalado, además, qué sentido tenía colocar carteles de SE BUSCA para pedir información sobre una mujer desaparecida si no iba a reconocerlo cuando alguien le preguntara si era suyo. De modo que dijo que sí.

—Por favor, acompáñeme, señor.

—¿Por qué?

Aunque no dominaba todas las estrellas y los galones de la Marina, Schiff estaba bastante seguro de que, por rango, estaba por encima de ese tipo y por derecho, se le debía no solo un saludo sino un poco de respeto.

—Acompáñeme, por favor.

—¿Adónde?

—A ver al comandante.

Eso de «comandante» era uno de los motivos por los que la Marina estaba por encima del ejército, un grado de primera, en opinión de Schiff. Él mismo se haría a la mar si alguien le prometía que cuanto dijese sería un comandamiento.

—Lo siento, amigo. Tendrá que esperar. Acabo de pedir la cena.

—No la ha pedido.

Schiff vio que el húngaro lanzaba una mirada a la mesa

solitaria del fondo ocupada por un caballero mayor con uniforme de viaje azul. El comandante. Y su esposa.

Schiff se acercó a ellos e hizo la venia.

De cerca, el alto oficial lucía unos impasibles ojos claros y, estampada en la cara, la expresión vacía de la dura pradera. Debajo del sombrerito, su esposa tenía aires de abuela e iba arreglada a lo Eleanor Roosevelt.

—Siéntese, capitán, no queremos despertar la curiosidad de los otros comensales.

Schiff sabía que al aproximarse a la mesa del comandante había atraído las miradas de los demás oficiales, de modo que acató la orden del comandante y se sentó frente a él, al lado de su esposa.

Prendida en la muñeca derecha, justo la que tenía a su lado, Schiff notó que la mujer llevaba una enorme orquídea hawaiana que juzgaba incompatible con la forma en que se había arreglado —demasiado atrevida, demasiado colorida, demasiado sexy—, y cuando ella lo pescó mirándola, colocó el brazo en el espacio libre que tenía delante, como si él tuviese aviesas intenciones respecto de la flor, como si fuese una abeja.

—Es nuestro aniversario —dijo el comandante.

—Enhorabuena.

—Normalmente, en una situación como esta lo habría citado en mi despacho, pero, como probablemente ya sabrá, esta noche a las 21.00 salgo para Washington.

En cuanto el comandante dijo su nombre, Schiff lo identificó como uno de los oficiales navales de alto rango citados a declarar en persona ante el Congreso y siguió el consejo del Salomón que llevaba en su interior: cuanto menos digas, mejor.

—Le prometí a madre que celebraríamos nuestro aniversario antes de que me fuera.

Schiff apretó los labios ante el uso de la palabra «madre».

Lo había convocado, sospechó Schiff, para llamarle la atención: un cartel de SE BUSCA en el que aparecía una japonesa,

dada la situación, resultaba volátil y se dispuso a que le echaran la bronca para después dedicarse al *mahi-mahi* asado con el que llevaba soñando todo el día.

La gorra del comandante estaba encima de la mesa, entre los dos, y su superior sacó de debajo de ella, como un as de la manga, uno de los carteles de SE BUSCA de Schiff en el que se veía a la esposa desaparecida de Stryker con sus dos hijos.

Al pensarlo, al diseñarlo y mandarlo imprimir, Schiff lo había considerado minimalista y al grano —llamativo, claro, conciso —, pero al verlo al descubierto, delante de él, encima del mantel a la luz de las velas, su diseño bien intencionado le pareció incendiario, su reproducción recortada de la foto que Sunny le había enviado desde California, en la que se veía a la esposa de Stryker, daba la sensación de poner en el punto de mira a una oriental, y el texto que la acompañaba

> **¿HA VISTO A ESTA MUJER?** SU FAMILIA DE ESTADOS UNIDOS DESEA CONOCER SU PARADERO ACTUAL

daba pena, ahora lo comprendía.

Suponiendo que eso fuera Ámsterdam o Varsovia en lugar de Honolulu y que la mujer del cartel fuese judía, ¿qué pensaría la gente? ¿Qué pensaría él?

—Esa mujer es la esposa de un alférez de la Marina, señor, uno de sus hombres, desaparecido en combate desde el ataque de Pearl Harbor. Se llama Suzy Komoko Rhodes. Ella y sus dos niños están…

—Sé cómo se llama, capitán. Sé quién es.

Schiff se sorprendió.

—Lo que no sé es por qué intentaría usted hacerse pasar falsamente como su «familia de Estados Unidos».

—Lo lamento, señor, debí haber aclarado que represento a la familia de Estados Unidos del marido, el alférez Rhodes. Su padre, Rockwell Rhodes, destacado ciudadano de California, es

amigo mío. Quizás haya reconocido el apellido. El abuelo del alférez fundó una empresa minera el siglo pasado. Se llamaba Wellington Rhodes.

La esposa del comandante soltó un suspiro.

—Me suena haber visto ese nombre. En unos vagones de carga. Stryker nunca lo mencionó. Padre, ¿a ti te dijo algo?

—Suzy era amiga de la escuela secundaria de Hilly, nuestra hija menor, antes de que regresara a Estados Unidos para estudiar en la universidad.

—¿La conoce bien?

—Bueno, bien, bien, no. Socialmente. De pasada.

—Cuando se casó, le organizamos una recepción en casa. Aunque no la conocíamos demasiado bien.

Estos dos deberían venir con manual de instrucciones, pensó Schiff, un manual *goy*, instrucciones para decodificar o un anillo decodificador: ¿Cómo puedes organizar una fiesta para una persona y aun así decir que no la conoces bien? ¿Y por qué llamas «padre» a tu marido?

—No asistió tanta gente como pensábamos, ¿no es así, padre? Los amigos de Suzy de la escuela secundaria. Aviadores conocidos de Stryker. Estaba empezando la instrucción básica para la aviación naval.

—O sea que no estaba destinado en un barco…

—No en la época en que lo conocimos.

—¿Y la familia de Suzy?…

—Eran japoneses. Creo recordar que comentó que era hija única. Sus padres vinieron a las islas a cortar caña, eso nos contaron.

—Quizá puedan indicarnos dónde están.

—Murieron. Algo les pasó poco después de marcharse Hilly.

—Suzy nunca nos dijo qué había pasado.

—Y claro, no teníamos derecho a preguntárselo.

Schiff miró primero a uno de los indiferentes y luego al otro.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. ¿Cómo es posible que

cuatro personas, un marido, su mujer y dos niños, una familia entera…, cómo desaparece una familia entera durante más de un año, dieciocho meses, para ser exactos, y nadie se molesta en preguntar nada? Averigüé que tenían una vivienda familiar, un bungaló de la Marina. Nadie parece preocupado. Disculpen si sueno un poco agitado, no quiero estropearles la celebración de su aniversario, pero es que llevan dieciocho meses desaparecidos. ¿Cómo es que la gente de la Marina no está encima del asunto como moscas en…?

—¿Tengo que recordarle, capitán, cuántos desaparecieron, los efectivos que perdió la Marina el 7 de diciembre?…

—No tiene que recordármelo, señor, no tiene que recordarle a ningún ciudadano de Estados Unidos cuántos de sus conciudadanos murieron ese día, ni cuántos siguen desaparecidos y, como la mayoría de los norteamericanos, solo puedo imaginar lo que experimentaron esa mañana quienes estaban en tierra, el infierno por el que ustedes dos, como residentes de Pearl Harbor, debieron de pasar…, y no es mi intención criticar al cuerpo por el trauma, pero creo que usted y yo, señor, sobre todo en calidad de representantes del gobierno tras la catástrofe, tenemos para con los muertos y sus familias el deber de actuar con inteligencia y rapidez para ayudarlos en su dolor y darles respuestas…

Mientras Schiff hablaba, llegaron dos cócteles de gambas, rosadas y relucientes, dispuestas como rayos de sol sobre un mar de salsa cóctel rojo sangre en anchas copas de champán llenas de hielo.

—Lo siento, debería irme —dijo Schiff.

Apartó la silla pero el comandante le hizo señas para que esperase y, una vez que el camarero se alejó, le pidió a su esposa que «informara al capitán de lo ocurrido».

—Como le he dicho, no los conocíamos muy bien —comentó la mujer del comandante (entre bocado y bocado)—, después de la boda no nos vimos, la verdad, hasta que nacieron los niños y

nos vinieron a visitar a la casa para enseñárnoslos. Como dos gotas de agua, los muy pillos, no había manera de diferenciarlos. A los dos nos pareció que ese día Suzy estaba un poco pálida y cansada, ¿no, padre? De niña había tenido algo del corazón, según nos contó Hilly, pudo haber sido la fiebre escarlatina, pero no era yo quién para preguntar. Suzy mencionó que a final de año a Stryker le darían un permiso y que regresarían a Estados Unidos a visitar a sus familias —Suzy tiene una tía en algún lugar de California y su abuela viajaría desde Japón—, y yo mencioné de paso que todos los años viajo por Navidad para ver a nuestras hijas y una cosa llevó a la otra y sin darnos cuenta dijimos que intentaríamos conseguir el mismo vuelo para que yo pudiese echarle una mano con los críos y que Stryker viajaría después para ayudarla en el avión de vuelta. Así que eso hicimos. Cogimos el mismo vuelo. Yo me ocupé de Ralph y ella de Waldo. Todo el trayecto hasta San Francisco.

—¿Así que ella viajó a San Francisco en diciembre del 41?

—Sí.

—¿Qué día fue?

—El 7 de diciembre.

El sistema nervioso de Schiff tuvo una reacción involuntaria. Se le dilató el pecho.

—Fue el avión de las seis de la mañana, ¿no, padre? Todavía estaba muy oscuro (ya sabe usted cómo funcionan estos vuelos de Honolulu al continente, o bien sales antes del alba o a última hora de la noche), y por supuesto llevábamos dos horas en el aire cuando aquí empezó todo en tierra. Pobres inocentes, no teníamos ni idea de nada. Si los pilotos sabían algo, y padre dice que debían de saber, se lo callaron, y no creo que comunicasen ni una sola palabra al personal de vuelo porque aquellas muchachas estuvieron muy radiantes y alegres todo el trayecto. No me había parado a pensar que viajábamos en clases distintas, pero ahí estaba yo, delante con Ralph en primera, y a Suzy le tocó sentarse bien al fondo con Waldo. Yo llevaba los

documentos del niño para pasar Aduanas y una bolsa con pañales y los biberones, pero el muy pillo durmió todo el viaje. Eran como angelitos, los dos, los mirabas y no había manera de diferenciarlos, ni su madre podía, Suzy tuvo que escribirle a Ralphie la letra «r» en los dorsos de las manos y en las plantas de los pies, y una «w» en las de Waldo, y sabe Dios qué habría ocurrido si las letras se hubiesen borrado al bañarlos o si se hubiese producido cualquier otra confusión. Ralph durmió todo el rato en su moisés con la «r» pequeñita escrita en el puñito apoyado sobre la manta.

Schiff esperó a que la mujer diera cuenta de otra gamba de un solo bocado.

—Cuando aterrizamos nos dejaron en un extremo de la pista, bien lejos de la terminal, y les pidieron a las azafatas que dijesen que en el edificio se había producido un pequeño incendio a causa de un cortocircuito y que debían apagarlo, pero después subieron a bordo del avión unos hombres que llevaban unas listas de pasajeros y empezaron a recorrer el pasillo, fila por fila, y el militar sentado a mi lado se me acercó y murmuró: «Esto me huele mal, aquí pasa algo raro». Nos retuvieron en la pista un buen rato y después empezaron a bajar a los pasajeros, hombres y mujeres por igual, y antes de que me diera tiempo a abrir la boca, bajaron del avión a Suzy con Waldo en brazos, pasó justo a mi lado, me saludó con la mano, y a continuación, se encendieron los motores y el avión carreteó hasta la terminal.

Se comió otra gamba, esta con un poco de salsa cóctel. Y dijo:

—La situación era rara. Se notaba en el aire, al principio nadie dijo nada, pero la gente sabía que algo raro había pasado, y supongo que después quienes lo habían oído en la radio, lo del ataque, empezaron a llevar las noticias a la terminal, porque cuando conseguí localizar a Hilly, debo decirle que estaba hecha un manojo de nervios… —Otra gamba; el comandante comenzó a exhibir un levísimo signo de impaciencia—. Por supuesto que lo primero que nos dictaba el deber era averiguar si padre se

encontraba bien… pero ¿qué haríamos con el pequeño Ralphie? Por suerte, Hilly ha sacado la mente ordenada de su padre y se dirigió a todos los orientales que esperaban en la salida del aeropuerto gritando el nombre de Suzy y al final dimos con su tía y la abuela, que había viajado desde Japón y estaba de visita. Esa no hablaba una palabra de inglés. Les entregamos al bebé.

Bebió un sorbo de champán.

—Eso contesta sus preguntas, capitán —le dijo el comandante a Schiff.

—Pues… no.

—¿Cómo…?

—¿Entregó un bebé a dos extrañas?

—A una extraña no —contestó el comandante por su mujer—, a una mujer reconocida como la tía de Suzy.

—¿Recuerda cómo se llama esa mujer?

—Komoko, creo. Hilly se encargó del asunto.

—¿Y qué pasó con Suzy y el otro niño?

—No nos pareció que fuera de nuestra incumbencia…

—¿Recuerda si Suzy tenía documentación de Estados Unidos?

La mujer se mostró francamente impotente y dijo:

—No entiendo por qué tiene que hacer tantas preguntas… Como le he dicho, ese día ya tenía yo suficientes preocupaciones con mis propios problemas… —Intentó darle a su marido unas palmaditas en la mano pero él la apartó.

—¿Satisfecho? —le preguntó el comandante.

Schiff adivinó que el hombre no veía la hora de que le sirvieran el segundo plato. Y quizá de subirse poco después al avión que lo alejaría de su mujer. Pero la cabeza de Schiff era un torbellino: si Suzy no había solicitado la ciudadanía norteamericana, California podía haberla enviado de vuelta a Hawái con sus niños, en vista de las noticias del ataque…, o quizá no y, en última instancia, la habrían internado en un campo de reasentamiento…, o quizá, a través de los canales extraoficiales de los enviados neutrales suizo y sueco, los

hubiesen deportado a Japón a los pocos días del ataque a Pearl Harbor, cuando todavía se efectuaban ese tipo de intercambios.

—Lamento que tuvieran ustedes que vivir el terror de aquella mañana —dijo—, y me alegro de que los dos hayan sobrevivido, comandante.

Silencio sepulcral.

—¿Qué pasó, en tierra, después de que ustedes dos se despidieran y sus esposas se subieran al avión?

—¿Que qué pasó?…

—Quiero decir, ¿fueron a tomar un café o…?

—…él era alférez, capitán. Yo apenas lo conocía. Nos fuimos cada uno por su lado. Apenas había salido el sol.

—Ese domingo padre tenía partido al alba. Recuerdo que en el coche llevabas los zapatos de golf…

—¿Y el alférez Rhodes dijo adónde iba?

—Daba la impresión de que sabía que yo no aprobaría lo que se disponía a hacer, pero recuerdo sus ganas de alardear de ello. Dijo que se sumaría a una partida de cartas «flotante». En el *Arizona*.

—No era su buque.

—No.

Pero los dos sabían que había sido el más castigado.

Un camarero se acercó para llevarse los platos de los entrantes y Schiff aprovechó la ocasión. Se levantó.

—Señor, me gustaría echar un vistazo a la vivienda de Stryker si pudiera usted organizarlo.

El comandante levantó la barbilla y un emisario naval se aproximó para recibir unas órdenes susurradas.

Rocky —o más concretamente Schiff y Lyndon, con sus contactos en los campos— podría seguirles la pista a Suzy y a los niños si los habían detenido en Estados Unidos; Schiff se moría por telegrafiarle la noticia a Sunny. En cuanto a la fatídica cita de Stryker a bordo del *Arizona*: era ya un santuario activo en la

memoria de un país.

Llegaron los segundos platos. Y otras dos copas de champán.

—Mañana —le confirmó el comandante—. A las siete en punto. Uno de mis subalternos se reunirá con usted allí.

Sin esperar a responder al saludo de Schiff, clavó el cuchillo en el filete.

En Honolulu las mañanas arrancaban a la tierra mojada el fantasmal aroma del petróleo, el olor de los litros y litros vertidos en el ataque; al menos mantenía a raya la población de mosquitos pero añadía un resbaladizo arcoíris a la superficie de todo charco de aguas residuales, y, a veces, incluso un lustre viscoso en lo alto del café matutino. Cuando tu chubasco mañanero apesta a depósito de combustible, sabes que no te encuentras en el paraíso por más céreas que luzcan todas las flores, por más exóticas que se vean todas las palmeras. El agua ardía: en Pearl Harbor la superficie del agua estaba en llamas el día del ataque, y cuando quemas petróleo de ese modo ocurre que embadurna la atmósfera con sus huellas de carbono, y todavía, pese al tiempo transcurrido, no habían caído nuevas lluvias suficientes para arrastrar consigo tanto el residuo aceitoso de la química como el hecho fatal. Húmedo y gris y aceitoso: casi todas las mañanas Schiff se veía obligado a limpiar la capa que empañaba su espejo para poder afeitarse en condiciones. El agua sabía a pólvora. Por las noches tenía que rellenar los zapatos con papel de diario para mantenerlos secos. Por el contrario, cuando el sol salía era cegador. Afortunadamente para él, esa mañana el sol se mantenía ocluido entre las nubes plomizas, por lo que no le hicieron falta las omnipresentes gafas de sol que llevaba todo el mundo (imitando a MacArthur). Había normas al respecto (había normas para todo) pero, en cuanto las nubes se disipaban, nadie las cumplía: «…hombres blancos, uniformes blancos, edificios blancos,

dientes blancos», le había escrito a Sunny: Melville tendría aquí para escribir una nueva tesis completa.

No se atrevería a decir que había hostilidad entre los muchachos del ejército y los de la Marina, pero en el juego de echar culpas se habían magullado algunos egos y esa mañana no quería darle a su enlace de la Marina ni un centímetro de margen donde sembrar las semillas de una disputa, de modo que programó la caminata hasta el antiguo lugar de residencia de Stryker, en la hilera de VOM (Viviendas de Oficiales Militares), para llegar al menos diez minutos antes que el suboficial mayor Lincoln Abraham (la resonancia de cuyo nombre, reflexionó Schiff, podía tener algo que ver con la omisión de una coma naval).

pero ahí se lo encontró, apretando su tablilla sujetapapeles contra el uniforme recién planchado, había llegado incluso antes que él y lo esperaba en la entrada, en rígida posición de firmes, mientras Schiff se acercaba por la acera mojada y humeante: imagen poco frecuente en el ejército o la Marina: un negro norteamericano, atento y dispuesto con su blanco uniforme almidonado de manga corta. No llevaba sombrero. Ni gafas.

Schiff hizo el saludo y dijo: «Suboficial…».

El señor Abraham respondió con un «Mi capitán». Bajó el sujetapapeles y dijo:

—Si es tan amable, ponga sus iniciales aquí, señor, para dejar constancia de la hora de entrada, y firme aquí, para garantizar que dejará intactos todos los objetos de la vivienda…

Normalmente Schiff habría anunciado que sabía leer un maldito contrato, pero firmó el documento a ciegas con tal de terminar con el papeleo; el suboficial abrió la puerta y los dos entraron en una cápsula del tiempo.

La atmósfera del interior era la misma que la de la mañana del ataque a Pearl Harbor; a Schiff le costó no verla así. En la puerta había una ranura para echar el correo pero no había cartas acumuladas en el suelo, y eso era precisamente lo que él buscaba

para identificar a los parientes de Suzy, así que tuvo que preguntar: ¿Cómo es posible que no haya cartas?

—Toda la correspondencia se entrega en la base. En sus respectivos buzones, señor. Incluso la que llega a las VOM.

—Ajá —dijo Schiff, calibrando toda la mierda por la que tendría que abrirse paso (federal, naval) solo para conseguir permiso para echarle un vistazo a eso…

—¿Qué es lo que buscamos exactamente, señor?

Personalidades, contestó Schiff. Las personas desaparecidas, sobre todo los niños y la mujer.

Informó al suboficial sobre lo que sabía; qué esperaba descubrir (pruebas de la familia de Suzy en Estados Unidos, la dirección de su tía en California: cualquier dato que apuntara a su historia y a quién era), pero en cuanto el suboficial subió las persianas de la ventana de enfrente y la grisácea luz de la isla se coló en el interior para iluminar la escena, los dos tuvieron claro que aquella casa era de Stryker y —excepto por una cuna en un rincón de la sala— el resto de quienes habían vivido ahí eran poco menos que invisibles.

Apoyadas en la pared, junto a la puerta, había dos tablas de surf, y en la repisa de la falsa chimenea se veía la reproducción barata y enmarcada de un cartel de la película *La diligencia*, con John Wayne. Había dos butacas tapizadas en *chintz* hawaiano que no hacían juego y un sofá que había conocido tiempos mejores.

—¿Estas viviendas vienen amuebladas, suboficial?

—No…, pero a los oficiales los cambian de destino y nadie quiere pagar el traslado de un sofá desde Hawái, así que dejan gran parte de los muebles.

Detrás del sofá, un pequeño escritorio servía de mesa de comedor íntima, y el salero y el pimentero gozaban de la compañía de un servilletero en el que descansaba una única carta abierta en cuyo sobre se veía la familiar caligrafía de

Sunny y la tinta violeta que Schiff tan bien había llegado a conocer.

—¿Pasa algo, señor? ¿Necesita echar un vistazo a eso?

Schiff negó con la cabeza y se fueron a la cocina: no había platos en el fregadero; en el escurridor descansaban dos tazas con sus platitos.

—Muy ordenado —observó el suboficial.

Habían tomado el café de la mañana y alguien (Suzy, lo más probable) había lavado las tazas, pero la cafetera (todavía con el café de hacía meses en su interior) se encontraba en el fogón delantero de la cocina:

—Ella le dejó café —observó Schiff—. Pensó que él volvería…

Recorrieron el pasillo que llevaba a la puerta trasera, dejaron atrás el cuarto de baño —nada digno de mención— y llegaron al dormitorio, donde encontraron otra butaca tapizada en *chintz*, una cómoda, una cama de matrimonio, dos mesillas de noche, dos lámparas, un armario de puertas correderas y dos moisés arrimados a una pared. La cama estaba hecha y al pie había una enorme caja de regalo abierta de la tienda Gump de San Francisco; entre el papel de envolver se veía una etiqueta con el precio y una tarjeta en la que se leía: «Para que estés abrigada hasta que llegue yo, S.».

—Le compró un abrigo —concluyó Schiff— para ir a Estados Unidos.

El suboficial miró la etiqueta con el precio, soltó un silbido y dijo:

—Y qué abrigo.

—Tiene dinero. Tenía…

En la butaca tapizada de la esquina había una maleta abierta ya hecha, con una nota manuscrita encima, NO TE OLVIDES DE LA CÁMARA, ¡NI DE LOS ZAPATOS!, y un corazoncito dibujado debajo.

—Suboficial, ¿hemos visto una cámara?

—A lo mejor se la llevó… al aeropuerto.

Estaba claro que Stryker no había regresado, que tras despedir

a su familia se dirigió a la fatídica partida de póquer en el *Arizona*. En los cajones de la cómoda y en el armario no había nada revelador —ni documentos, ni fotos, ni correspondencia— pero en la mesita de noche, del lado de la cama más próximo a los moisés, Schiff encontró la botella vacía de un medicamento recetado a nombre de SUZY KOMOKO por un médico de Honolulu cuyos datos apuntó.

—Benzo-dia-ze-pina —leyó.

—Es un vasodilatador. Para la CPC, cardiopatía congénita —dijo el suboficial.

Schiff se lo quedó mirando y él aclaró:

—Lo toma mi madre. Tiene una cardiopatía y diabetes: los dos mayores asesinos entre los negros norteamericanos. A menos, claro, que contemos al hombre blanco.

Schiff dejó que sonriera sin hacerse eco.

En la mesita de noche de Stryker encontró otra botella, una de las de Suzy, a la que le habían quitado la etiqueta a base de rascar. Schiff la destapó, la agitó y se vertió parte del contenido sobre la palma de mano, lo observó y lo olió.

—¿Qué es? —preguntó el suboficial.

Schiff le pasó un dedo tratando de definirlo:

—Creo que es… tierra —pronunció al fin.

—¡No! —exclamó el suboficial riéndose—. Viejo truco de marinero.

Se colocó el sujetapapeles debajo del brazo y sacó la billetera del bolsillo. De su interior extrajo uno de esos sobrecitos de papel utilizados en la iglesia para meter las monedas de la limosna y lo sostuvo en el aire para que Schiff lo viese antes de verter un poco del contenido —arcilla roja brillante— en su mano.

—Eso es Alabama, del condado de Tallapoosa, de donde vengo yo… Una superstición entre marineros dice que, si cuando te embarcas llevas contigo un poco de tu tierra, regresarás a sus

orillas.

Sunny le contó a Schiff que la noche en que Stryker se había marchado —la noche del elefante, cuando Cas se había llevado a Jeis—, su hermano se había quedado en el camino de entrada de Las Tres Sillas, frente a ella, aguantando la ira de Rocky, mudo, sin saber qué decir, y ella se había agachado y había recogido un poco de tierra y gravilla y se la había metido a Stryker en el bolsillo de la camisa vaquera y que en ese momento el gesto le había parecido melodramático, simplemente algo con que aliviar la tensión… y no la última ofrenda que le haría a su hermano en su vida.

—¿De dónde ha dicho que era el muchacho?

—De California.

—Pues eso que tiene usted en la mano es California.

Schiff le echó otro vistazo:

miniaturas de granito, extractos minerales, arcilla, polvo de basalto, arena, esquisto, silicatos, sal, guijarros de cuarzo, partículas vegetales…

—¿Qué hacen con estas cosas, suboficial? Con estos objetos personales, si nadie viene a reclamarlos.

—¿De esta vivienda en particular? Probablemente se queden donde están por ahora. Nadie ha solicitado usar las viviendas, todas las fuerzas están desplegadas. A la larga, supongo que vendrá alguien y los embalará.

Schiff metió su puñado de California de vuelta en la botella y cerró la tapa.

—¿Cree que podría hacer la vista gorda y dejar que me lleve solo esto?

El suboficial sonrió.

—Creo que podría dejar que se lo llevara —dijo—. ¿Usted también tiene ahí su hogar, capitán?

—No —tuvo que contestar Schiff.

Su hogar estaba en el Loop el tren elevado los tranvías rojos el imprevisible viento ártico zarandeándote de lleno desde el lago

Michigan, el Drake, el edificio Marshall Field, el cruce de Wabash, la calle State, el parque Lincoln, el sabor salobre de los arenques salados y la descarga estática en la radio cuando transmitían el programa en yidis de las mañanas sabatinas. Su madre planchando en la cocina con espray de agua de rosas.

—No, no es mi hogar —tuvo que reconocerle al suboficial—. No es de donde vengo, pero quizá sea a donde voy a ir. —No es de donde vengo sino donde quiero estar.

—Ah, eso es la tierra prometida —rio el suboficial.

Schiff no estaba seguro de que el suboficial hubiese adivinado que era judío —en el ejército siempre lo hacían—, pero apostaba a que sí, y el momento que había surgido entre ese judío norteamericano y ese negro norteamericano en aquella isla tropical en medio de una guerra a raíz de una referencia al Antiguo Testamento hizo que Schiff riera con él.

Limítate a volver, le había contestado Sunny a todas sus propuestas de matrimonio: No hagas promesas no prometas que no vas a morir limítate a aparecer cuando esto acabe sal con vida y vuelve a mi lado y a Las Tres Sillas y a California:

Tierra *prometida*.

la novena propiedad
de la sed
es
la inmersión

Si debiera pensarlo —cosa que no quería hacer, *¿qué sentido tenía?*— diría que tomó conciencia de ellas del modo en que te fijas en las cosas que siempre están ahí, las cosas que existen, los olores permanentes que te siguen por el lugar donde vives, a perro, a leche cortada, a polvo de carbón, a botas húmedas, a paredes de tela asfáltica, a suelo de tierra, a piel vieja y a aguardiente. Como todas las cosas a las que se había acostumbrado desde que tenía memoria, su presencia en su vida había sido constante, se guardaban en un lugar de honor encima de la chimenea y en un soporte al lado de la puerta donde siempre eran lo primero que veía por las mañanas al entrar, siempre donde a un desconocido con mala idea se le podía hacer sentir su poder disuasorio: *las armas*. Empuñadas y lustradas y modificadas y admiradas, siempre cargadas, incluso cuando descansaban, cómodas y abrigadas, contra la pared mientras en la casa todos dormían. Por eso podían dormir a pierna suelta. Todo hombre que se preciara de serlo tenía una, no salía sin llevar una y se presentaba con la suya al hombro o al menos a punto en la carreta o en la silla del poni o, con el tiempo, en su soporte en el asiento trasero de su coche o de su camioneta. Armas de fuego fiables. El mejor amigo del hombre; y más fiables que los perros, porque mientras que un perro se te puede morir, un arma te durará hasta que te mueras tú. No pensabas en ellas, la verdad, de la misma forma que no pensabas que tu hermana fuera algo especial o que tus padres fueran más que que gente corriente: esos eran los hechos de tu vida, los rifles y tu familia, y todas las mañanas te despertabas a la cruda realidad de lo que eran y de lo que podían hacer y seguías adelante.

No sabía cuándo había tocado una por primera vez, suponía que cuando era bien pequeño, del mismo modo que suponía que se trataría de la de su padre, pero recuerda estar sentado en el suelo al lado de donde se sentaba su padre mientras la limpiaba y recuerda cómo olían el aceite para armas y el tabaco y el hollín y la cocina. Primera lección doméstica: *Límpiala*: mantenla limpia, agrándale el diámetro a la desgraciada y mantenla a puntito o se te achantará. Trátala bien y será tu puta sirvienta para siempre. Trátala mal y se atascará y fallará el tiro. O algo peor. Te humillará cuando te enfrentes a la Naturaleza. Delante mismo de Dios.

Era su fe domesticada —una religión, en realidad— aquello de limpiar las armas. Tarea varonil. Papá le permitió limpiar una antes de permitirle que la disparase, ahí sentados por las noches mientras las mujeres cosían, cada uno absorto en su propia tarea, lo mejor era que mientras oían el leve clic de las puntadas de las mujeres papá y él tenían las armas en el regazo y eso significaba que en lo que pensaban mientras seguían ahí sentados era en cuál sería la próxima presa, en qué matarían.

Snow era lerdo, eso dijo la maestra, lo obligó a repetir un curso y luego otro, así que era más grande que los otros niños con los que compartía lecciones y había visto a papá observarlo en busca de signos reveladores de su estupidez. Había cosas que Snow sabía hacer (sabía limpiar la escopeta) y cosas que no sabía hacer (leer), de modo que tardó en llegar el momento en que papá lo dejó por fin echarse la escopeta al hombro, y entonces, para sorpresa de todos (él incluido), le voló la cabeza a un zorro rabioso a quince metros de distancia.

Qué gloria.

Hasta el día de hoy, su recuerdo más preciado: aquel momento de sorpresa en que papá y él se quedaron estupefactos al ver lo que había pasado.

El chico sabe disparar.

El chico podría volarle el culo a una rata en la luna…

El chico era una mina.

Así que cuando montaba guardia y vigilaba a los topógrafos, cuando aquellos primeros muchachos del agua venidos de Los Ángeles para los que trabajaba le permitieron echar una ojeada a través de las lentes de sus sextantes y le hablaron de triangulación y grados de arco, *él lo entendió*, por intuición: entendía la idea general de cómo está curvada la tierra y cómo el aire curvará también la trayectoria de la bala (ya había descubierto que no era tonto, solo un poco ciego), entendía que la mayoría de los tiradores de primera hacían cálculos instantáneos con la vista basándose en una especie de ciencia o en las matemáticas, pero un pequeño porcentaje de tiradores de primera como él tenían un don poco científico, una sensibilidad —llámala natural o animal si se ajusta a tu política— en la que el conjunto de posibilidades no se presenta como un cálculo o un ejercicio de geometría plana sino como una visión del futuro, *algo que todavía no ha ocurrido* pero que va a ocurrir, como una certeza: la visión completa que presenta todo a la vez, incluida la muerte, antes de que llegue.

Snow era ese fenómeno de la naturaleza —el «genio» tirador (donde la palabra «genio» es sinónimo de muerte)—. El que tira a matar y cuyo valor se mide en número de presas.

80 patos por hora (más de uno por minuto).

1.000 en una tarde.

Tenía sentido que saliera al campo a ganar dinero, que abandonara la escuela. Sabía escribir su nombre y reconocer unas cuantas palabras, de modo que lo que necesitaba no era más estudios sino un arma que pudiera considerar suya, y al poco tiempo de demostrarle a su padre que sabía disparar, su padre fue y le compró un Smith & Wesson, un «Chico Amarillo», llamado así por las incrustaciones de latón de la culata.

Cómo le gustaba aquel rifle. Aquel Chico Amarillo.

Snow era alto, así que desde el principio disparaba con armas de tamaño estándar, y la mayoría de los cultivadores de cereales que lo contrataban para matar aves migratorias creían que era adolescente cuando en realidad tenía apenas diez años. Vivía por su cuenta, dormía en las paranzas para patos y enviaba dinero a casa.

Era estacional, el trabajo —la mayoría de la gente lo llamaba así— pero en realidad abarcaba tres o cuatro semanas dos veces al año, una en otoño, cuando las aves se iban al norte, y otra en primavera, cuando regresaban al sur. Le pagaban por pieza y no por día, así que cuando empezaba la matanza, cuando las aves llegaban, debía tener a mano cuatro rifles preparados con dos cargadores, y a veces, cuando la cosa se ponía cruda y a los pájaros les entraba el pánico, el ruido era tal que no se oía nada, por el miedo y los chillidos que soltaban y las armas y las balas estallando en el aire.

Ganaba tanto dinero entonces, en esos dos meses, que podía permitirse el lujo de pagar a los chicos de la zona (a veces le llevaban cinco años) como corredores y peladores, para que salieran bajo el fuego, cobraran los pájaros y los apilaran y los desplumaran para quedarse con la carne y las plumas.

No solo le pagaban cultivadores de cereales sino también avicultores, proveedores de patos y gansos. Estaban además los cultivadores que lo contrataban para que matase a los cuervos y a los hambrientos pajaritos grises que en época de cosecha se cebaban con el arroz y el trigo y el mijo, pero el dinero que sacaba con los cuervos era caca de gallina comparado con el que sacaba con los patos y los gansos. ¿Qué persona en su sano juicio piensa en comer cuervos o rellenar la almohada de su cama con afiladas plumas negras? Ninguna.

Antes de cumplir los catorce había ganado con Chico Amarillo lo suficiente para invertir en tierras, así su padre podía trabajar en un sitio que pudieran considerar propio, y había ganado lo suficiente para ayudarlos a construir una casa en condiciones

con un techo de verdad y suelos en condiciones y no de tierra.

El viejo de su padre se fue a vivir con ellos el verano en que construyeron la casa —tenía una habitación para él solo al fondo, al lado de la cocina— porque sus ojos habían tirado la toalla y no veía ni para llevar la mula ni para segar con la guadaña. A Snow siempre le había gustado su abuelo, se sentía más cómodo con él que con su padre. El abuelo tenía un yo interior, una costumbre de contar cuentos en voz alta a la familia por las noches que era más indulgente con los niños que la palpable frustración de su padre por estar encerrado en casa con la mujer y los niños tras caer el sol. Antes de que se fuera a vivir con ellos —cuando iba solo de visita—, el abuelo les leía sus semanarios y leía en voz alta eso que él llamaba sus historias de inspiración, las vidas de Jesús y los profetas, pero cuando se quedó ciego para siempre, después de haberse mudado con ellos y cuando Snow estaba en casa, no por ahí disparando, le pidió a su nieto que le leyese, y ahí fue cuando se destapó la verdad: su padre le dijo al abuelo que Snow era lerdo, tan tonto que no había aprendido a leer, y entonces su padre empezó a leerle al abuelo por las noches sin regocijo, con aquella voz monótona que no transmitía nada.

No eres estúpido, hijo, le había dicho el abuelo a Snow, fíjate en lo que has hecho, toda la familia está en deuda contigo.

Lo que Snow nunca había dicho era que él también estaba en deuda, muy en deuda.

Lo que nunca había contado era cómo conseguía que el blanco fuera a él, cómo lo «llamaba» para que se pusiera en su mira, cómo «veía» el blanco antes de que ocupara la cruz filar, lo «veía» cuando no estaba, «veía» dónde podía estar en el instante en que sabía que había que apretar el gatillo.

No tenía interés en disparar a cosas estáticas a las latas y las botellas sobre un muro, todos los blancos de las ferias y rodeos ahí amontonados imitando lo que ofrece la naturaleza —los blancos fáciles, los blancos seguros—, no hacía falta talento ni

suerte para dispararles. A esos no se los podía considerar blancos —estaban ahí fijos—, no tenías que organizar esos cálculos mentales a ciegas para darles, para voltear una lata vacía o hacer añicos la botella de aguardiente de papá, esas cosas ya estaban muertas así que no tenía sentido disparar por disparar solo para probar lo listo que eras. A menos que supusiese dinero extra.

Así que había ido por rodeos y ferias, esos donde los vecinos sueltan sus buenos cuartos para ver fenómenos de la naturaleza y exhibiciones de tiro, y había aceptado desafíos de los peones que había entre el público, casi siempre borrachos y casi siempre estúpidos, que querían que le disparase al cigarrillo que alguien sostenía entre los labios o hiciera volar de un tiro las flores artificiales del sombrero de las gordas de sus mujeres o que disparase con los ojos tapados con un trozo de tela, con los ojos vendados, a ciegas.

Sacaba dinero, por eso lo hacía durante los meses en que no mataba pájaros para los rancheros que cultivaban cereales, pero era un ejercicio que lo dejaba vacío, con la sensación de ser pura basura, y se alegraba cuando llegaba la hora de regresar a casa y estar con el abuelo en el cuarto del fondo sin tener que apuntar a nada que no pudiera moverse.

Snow no recordaba bien en qué año ocurrió —quizás el invierno de 1916; quizás el de 1917— pero el abuelo consiguió que el Estado le mandara a la señora del braille con los libros en braille, y ella empezó a ir por la casa a ver al abuelo, así que el invierno del año que fuese, Snow volvió a casa y el abuelo tenía aquella baraja, esa en la que las cartas llevan unos puntitos realzados en las cuatro esquinas.

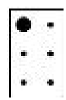
Hasta entonces Snow nunca le había hablado a nadie de la Sombra, principalmente porque se había imaginado que no le correspondía a él hablar de ella.

La Sombra era su Visitación, simple y llanamente, un acto íntimo y de fe. La forma en que Dios visitaba a esos santos y a

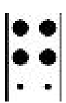
esa gente de la Biblia cuando menos se lo esperaban. Lo que llamaban una Visión.

Visionarios, los llamaban, y cuando con cinco o seis años Snow vio la Sombra por primera vez, supo, por todas las historias de la Biblia, que lo que le estaba pasando, la cosa que estaba ocurriendo en su campo visual, tenía que ser un mensaje privado de Dios.

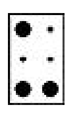
Los muchachos mayores de los caminos y las ferias eran expertos con las cartas y Snow nunca había participado en aquellas partidas nocturnas porque le costaba reconocer los números, interpretarlos, pero cuando el abuelo lo obligó a echar una partida y le explicó el sistema de los puntos realzados de las esquinas de las cartas y le enseñó una página entera de esos puntos realzados, un libro entero lleno de ellos, y cuando guio la mente lenta de Snow a lo largo de una línea, se encendió una luz y él consiguió ver —vio a través de las yemas de los dedos— si no exactamente lo que llamarías «una letra», al menos un sonido.



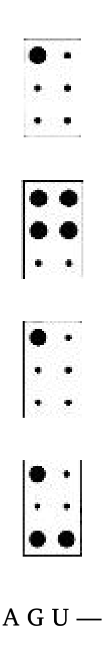
«A»: La primera letra del abecedario tiene forma de punta de flecha, como las que disparas con un «arco», palabra que empieza con «a», así que es fácil recordarla.



«G»: Es un redondel con una pata y con ella empieza la palabra «ganso». La pronuncias desde el fondo de la garganta.



«U»: Tiene forma de herradura con las puntas para arriba, la pronuncias con los labios cerrados como si fueras a dar un beso, y «urraca» empieza con «u».



A G U —

La siguiente letra era otra «a» y recordaba que el abuelo le dijo repítelas en voz alta y sus dedos hicieron unos sonidos singulares en la cabeza y después vino el milagro, combinarlas, como líquido, como algo cantado al compás, como música, hasta formar un pensamiento único comprensible y comunicado, una palabra:

A G U A

Tres cosas habían resultado ser sus fuentes de vida hasta ese momento:

Saber que la Sombra en su campo visual era un don de Dios.

Saber que, sin necesidad de mirar siquiera, podía atraer el Blanco hacia él.

Saber (por fin) que no era tonto. (Sabía leer.)

Fue en la Feria de Sacramento, en la Exposición Agrícola, donde estaba haciendo trucos de tiro, cuando se le acercó un tipo listo y le entregó una tarjetita que no supo leer

BOBBY KAYE

empresario

Hollywood

y Snow se dio cuenta de que el tipo era de ciudad, de un lugar «urbano» (otra palabra para «hebreo», uno de esos «judíos»), y el tipo le dice Dispara como si hubiera nacido sabiendo hacerlo. ¿Le gustaría ponerse delante de una cámara?

Snow pensó enseguida que aquel hombre era un estafador más, y había visto muchos.

No puede sacarle una foto a una bala en el aire, le había contestado Snow. Porque se mueve muy rápido.

—¿Ha oído hablar del cine? ¿Lo que la gente llama películas?

¿Y quién no?, le había contestado Snow (aunque nunca había pisado un cine).

El tal Bobby Kaye, ese tipo de traje llamativo y zapatos caros con toda la bosta de vaca y de toro pegada en las suelas le dijo a Snow que estaba haciendo una película de vaqueros *—¿Ha oído hablar de Hollywood?—* y que la habilidad de Snow con las armas merecía una bobina o dos (Snow dedujo que «bobina»

debía de ser algún tipo de dinero) y que le pagaría a Snow el billete, más algún extra, para que hiciera sus trucos delante de las cámaras.

—¿En Hollywood?

(Snow había oído hablar de Hollywood.)

—Cerca de Hollywood…, en las afueras. En el auténtico Lejano Oeste. Con piedras auténticas, cielo auténtico. El desierto. ¿Alguna vez ha ido a Lone Pine, en California?

Diez dólares diarios, alojamiento, comida y transporte aparte: Snow pensaba que se había muerto y estaba en la gloria del cielo. No se había sentido tan feliz y tan seguro desde que había empuñado su primera arma y llamado al Blanco para que acudiera a él. La Sombra, entonces como ahora, era un elemento de cálculo en su visión y se ajustaba a él con aquel leve giro de la cabeza que nadie parecía notar. Pero en cuanto llegó a Lone Pine y se enfundó el traje de «vaquero» y Bobby Kaye le indicó lo que se suponía que debía hacer, otro tipo de problema inesperado asomó la endiablada cabeza:

En la película que estaban rodando esperaban que apuntase a la gente.

Yo no disparo a personas, les dijo Snow.

Bobby Kaye, que lo había bautizado con el nombre de Tirofijo, tuvo que levantarse de su silla con sombrilla, parar el rodaje y tomar cartas en el asunto.

—¿Qué problema hay, Tirofijo?

Tirofijo le dijo que él no apuntaba a la gente.

—¿Desde cuándo?

Desde siempre.

—No pienso apuntar a nadie, ni hablar, señor —le dijo Snow — . A menos que lleven algo a lo que pueda disparar.

—¿Como qué?

—Un sombrero. Un cigarrillo. Botones.

—Pero la gente de aquí… no es «gente» de verdad, Tirofijo, son actores. Actores que hacen de indios y asaltantes de

diligencias. ¿Me estás diciendo que, aunque si de ello dependiera tu vida, no le dispararías a uno de esos indios de ahí, que a lo mejor amenaza a tu mujer, me dices que no podrías encañonarlo para impedir un asalto?

—Es tal como usted dice, señor, solo son actores. No son una amenaza. No son reales.

—Las balas tampoco.

—Pero mi puntería sí lo es, señor.

Esa era la naturaleza de su don de Dios, su puntería infalible: cuando cerraba los ojos y contenía el aliento y sostenía el arma de determinada manera, el don *llamaba* al Blanco para que acudiera a él, lo llamaba para que se pusiese a tiro, lo convocaba, como Dios convoca las almas al cielo, como Dios convoca las almas a la paz. Podía estar tendido ahí, en las paranzas, a la espera de que llegasen las bandadas, cerraba los ojos y las convocaba. Al tiroteo. En el bosque podía detenerse detrás de un árbol y cerrar los ojos y el ciervo, silencioso como la luz, aparecía de repente. Esa era, para él, la naturaleza del don de Dios, tan sagrado como el pacto de Dios con el mundo, y Snow había sabido desde el principio que estaba mal apuntar a los humanos con su Chico Amarillo.

Así que Bobby Kaye lo echó.

Ahí mismo, bajo la imponente sierra, en el calor seco de las Alabama Hills: se quedó sin trabajo. Lejos de casa y sin empleo. Sin amigos. Salvo por Chico Amarillo.

En igualdad de condiciones, él siempre se había quedado corto y su arma había sido su tanto del empate. Como solían decir:

DIOS CREÓ A TODOS LOS HOMBRES PERO SAM COLT LOS HIZO IGUALES

ese era el eslogan de la Samuel Colt Patent Fire Arms Manufacturing Company, la empresa fabricante de armas, y, en opinión de Snow, nunca se habían escrito palabras más ciertas (salvo las de la Biblia).

Así que le tocó volver a disparar a monedas de diez centavos a veinticinco metros de distancia. A arrancar de un tiro botones del cuello de las camisas. Blancos de tamaños decrecientes —lechugas iceberg, naranjas, limones, rábanos y al final canicas— para concluir con su truco estrella ACERTARLE A UNA ASPIRINA, lo que provocaba una nubecilla blanca, como el vilano del diente de león.

Buffalo Bill, Annie Oakley, A.H. Bogardus: todos esos tiradores estaban dotados de una personalidad con gancho para la exhibición, con el exhibicionismo necesario para trabajar en el circo o en el cine; lo único con lo que contaba Snow era con su paciencia y su fe en el don de Dios. Y algo de suerte, al parecer. Mientras preparaba el hatillo en las Alabama Hills lo abordó uno de los guardas de seguridad «privados» que se encargaban de vigilar las cámaras, los caballos, las sillas de montar y demás material del plató —las cosas de valor que alguien pudiera robar—, uno de los famosos «Pinkerton», los hombres con traje de tweed y sombrero de fieltro, con armas del calibre 22.

—Nos vendría bien un tipo como usted —le propuso—. En Los Ángeles hay gente que les tiene echado el ojo a unas tierras de por aquí y andan buscando quien los proteja.

Le entregó otra de esas tarjetas de visita que Snow no sabía leer. Además del texto, que fue incapaz de descifrar

PINKERTON CONTRATACIONES
SOLVENTES SEGUROS SÓLIDOS
«NUNCA DORMIMOS»

en la tarjeta figuraba un ojo impreso, un ojo abierto, como el que salía en los billetes norteamericanos, y eso le había gustado. Esa había sido una señal de la suerte. Que le hablaba a él. Y le gustó muchísimo.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó Snow—. Porque no pienso disparar a gente, nunca lo he hecho y nunca lo haré.

Algunos lo llamaban ejército privado pero, a escala nacional,

los Pinks eran los policías a sueldo más temidos, los más fiables que había. Su presencia —y se los distinguía, se suponía que debías reconocerlos a primera vista, por el traje de tweed y el bombín— en el valle del Owens, contratados por Los Ángeles, fue recibida al principio con cauteloso escepticismo porque qué demonios se creían que estaban tramando en aquella remota zona rural pero después, cuando empezaron las patrullas nocturnas, las rondas de veinticuatro horas para vigilar las tierras propiedad de Los Ángeles como si montaran guardia en una frontera exterior a bordo de sus caros cupés negros, con el morro de sus armas del calibre 22 asomado apenas por la ventanilla abierta, la gente perdió el escepticismo y comenzó a apartarse de su camino, no tanto por miedo como por desconfianza.

Le cobraron el bombín y el traje (más un pantalón extra) descontándoselo de los salarios futuros, pero le pagaban de lujo y le gustaban sus compañeros, el tipo de hombres atraídos por aquel trabajo, con una inteligencia superior a la de los que había visto en los rodeos. FUERZAS POLICIALES AL SERVICIO DE LAS CORPORACIONES DE ESTADOS UNIDOS —vaya con el nombrecito—, le gustaba el sonido de «corporaciones», sonaba importante y de clase alta. Así era, a los Pinks los habían contratado para proteger al presidente Lincoln (y fíjate cómo acabó) pero en los últimos tiempos trabajaban mayormente para U.S. Steel o las grandes empresas ferroviarias o para los señores Otis y Mulholland de Los Ángeles. Hombres muy adinerados. Importantes. (No es que el presidente Lincoln no hubiese sido importante.) Hombres del Oeste con intereses en la expansión en el Oeste, en los minerales, el agua, el oro.

Quisieron que pasara una revisión de la vista y Snow le disparó a una aspirina en el aire. Ahí tienen mi revisión de la vista, les dijo.

En el valle del Owens, la construcción de los viaductos y demás, las esclusas y las argamasas y los flujos, los reflujos y los aliviaderos, estaba en marcha y había kilómetros por cubrir, así como cien o doscientos trabajadores a los que proteger de los vecinos fisgones, de los granjeros y ganaderos que habían conservado sus tierras y a quienes ahora les preocupaba que les quitasen «su» agua, y de un par de rancheros bocazas, uno en particular, que estaba ahí al norte de Lone Pine y empezó a hablar de más con la gente y a mandar cartas a los periódicos y a organizar reuniones y a hablar en las iglesias y a meterse donde no lo llamaban. Rhodes, se apellidaba. Un tipo grande, muy alto, venido del este, que caminaba y hablaba como si fuera del lugar.

EL BIEN COMÚN — un compinche se lo leyó a Snow—, indicaban los carteles que los muchachos del agua colocaron en el pueblo para responder a las protestas de los rancheros. La mayoría de ellos eran cristianos como él, buena gente, pacífica, temerosa de Dios, pero había excepciones, y en los comercios del pueblo a los Pinks les habían hecho sentir que no eran bienvenidos: se alojaban en el Dow, pero comían secuestrados, como los vaqueros, se llevaban la manduca a su comedor al aire libre y al oscurecer se mantenían alejados de la única taberna y de la sala de billares. De todos modos, al oscurecer salían las principales patrullas: se rumoreaba que Rhodes era el cerebro y el dinero que estaban detrás de la oposición y que había llevado el asunto de aquel pueblucho hasta el Tribunal Supremo en un intento por que dictaminara que la actuación de Los Ángeles estaba en zona prohibida, era abusiva e ilegal. Como medida para ganar tiempo, la cosa funcionó, tuvo a todo el mundo mano sobre mano durante meses, hasta que el gran alce macho, Teddy Roosevelt en persona (otro venido del este), lo anuló desde la Casa Blanca con una orden «ejecutiva» que daba a los muchachos de Los Ángeles el permiso para reanudar las obras, alegando que «las necesidades de muchos pesan más que las de unos pocos», donde

«muchos» se refería a la ciudad del sur y «unos pocos» se refería a los rancheros del valle del Owens. El Bien Común.

Eso hizo que se caldearan los temperamentos locales, la gente del valle se vio empujada hacia eso que los Pinks calificaban de «desobediencia civil» y, en última instancia, de «disturbios» y «socialismo».

Lo que la gente del valle «dijo» que iba a hacer —lo que atrajo a la prensa— era «ocupar» el aliviadero principal de Alabama Gates, organizar sentadas, acampar, instalarse en el propio canal, impidiendo que el agua fluyera hacia el sur.

pero lo que en realidad planeaban hacer, y los Pinks habían pagado una buena suma para averiguarlo, era volarlo por los aires en pedacitos.

Volar por los aires el aliviadero de Alabama Gates.

Volar por los aires el acueducto.

Volar por los aires las canalizaciones, las tomas de agua y las bocas de salida, los tubos, los túneles, los canales de descarga de uno en uno, DESAGUAR Los Ángeles y convertirla de nuevo en la propiedad de la sed que Dios había previsto cuando la creó.

Involucraron a la gente del cine que iba por allí a rodar wésterns, consiguieron que Tom Mix, estrella del cine mudo, llegase montado a caballo y disfrazado, consiguieron que las damas de la iglesia salieran con tartas heladas y guisos, consiguieron fotógrafos con flash y periodistas del este, mirones y simpatizantes: aquello se había convertido en una feria, en otro rodeo, hasta que llegaron los Pinks y se lo llevaron todo por delante.

Reocuparon el lugar.

Lo patrullaron.

A Snow no le importaban los turnos de noche, se ofreció voluntario. La mayoría de los muchachos subían a la cima, se paseaban por los diques de hormigón, se dejaban ver y reconocer por cualquier intruso. Se convertían en un blanco fácil. Snow hacía lo que había visto hacer a los animales grandes

—los venados mulos, los ciervos y tal—, o sea, esconderse en una paranza, en un sitio alto, con un refugio natural a la espalda, en ese caso los muros de hormigón que impedían que se saliera el agua. Se apoyaba en el muro, oculto para defenderse de una emboscada como un depredador en un matorral, para poder vigilar y dar caza. En el bolsillo llevaba uno de los folletos en braille que su abuelo le había mandado, *Refranes del hombre de campo*, por los que pasaba los dedos, leyendo en la oscuridad, memorizándolos.

EL QUE NACE PARA LA HORCA NUNCA MORIRÁ AHOGADO

OJOS QUE NO VEN CORAZÓN QUE NO SIENTE

EL QUE RÍE ÚLTIMO RÍE MEJOR

3.000 hombres ahí arriba, 40 campamentos de trabajo, la

construcción de 370 kilómetros de trasvase de agua —la municipalización del agua— a un precio de entre 165 y 245 dólares el metro. Por primera vez en su vida Snow se sentía parte de algo «superior» a él, a su familia de la pequeña iglesia de su pueblo —parte del Bien Común— y se entregó a esos turnos de noche como una monja o un peregrino, quieto como una estatua salvo por la mano que palpaba el braille en el bolsillo, quieto como una estatua como uno de los pocos elegidos, como uno de los doce primeros discípulos al pie de Cristo, hasta que una noche en que vigilaba ahí fuera —bajo una fina luna creciente— la oscuridad sangró, se formó una silueta en movimiento y Snow pasó el foco de su mente del dedo de la mano izquierda que palpaba el braille al dedo de la mano derecha posado en el gatillo.

Ha perdido el hielo, decía siempre su papá del tonto de los copones que se acobardaba, que se achantaba, que apretaba el gatillo con excesiva fuerza, que no podía o no quería disparar.

Snow no estaba dispuesto a perder el hielo.

Un tonto de los copones a no más de veinte metros de donde él se encontraba había encendido un fósforo: Snow lo veía en las sombras, un tipo alto, vestido de negro a juego con la noche. Encendió un fósforo y el cartucho de dinamita que llevaba en la mano, con la intención de prender la carga que había colocado al pie del aliviadero donde Snow estaba sentado.

Suéltelo: lo tengo en la mira, le había dicho Snow: No le voy a disparar pero le voy a quitar de un tiro ese cartucho que lleva en la mano si no lo suelta. Está pisando propiedad privada.

Adelante, dijo el hombre alto; era Rhodes, Snow se hubiera jugado la cabeza. *Dispare*, dijo el hombre alto: Volará por los aires conmigo y con este maldito acueducto.

—Soy de Pinkerton —recitó Snow tal como le habían enseñado—, por la autoridad que me concede el condado de Los Ángeles queda usted…

Completamente cargada, las recámaras llenas, no faltaba una sola bala, Snow lo podía demostrar, tenía la prueba viviente, cuando todo terminó, de que no había disparado y de que el cartucho de dinamita había explotado solo, sin más, en la mano del hombre alto, lanzando a Snow, aunque se encontrase a veinte metros, contra el muro de hormigón, donde se golpeó la cabeza, y arrancándole al hombre alto la mano y haciendola mil pedazos, la sangre del tipo estaba esparcida a lo largo de los terraplenes cuando Snow se incorporó, los perros de Pink alertados, los reflectores encendidos, los Pinks corriendo como murciélagos expulsados del infierno con las linternas levantadas, pero el hombre alto había escapado del operativo de captura, una sombra esquiva más en el desierto como si él, él en persona, entendiera la magia del valle, formara parte del antiguo acto de desaparición del desierto.

Parte de la mano de Rhodes —o al menos parte del hueso de un dedo— fue a estrellarse contra el pecho de Snow, quedó pegada a la solapa de su traje con un grueso cuajarón de sangre,

como una distinción militar, un fragmento de hueso y pringue colgando como una medalla, y en el centro mismo un anillo de oro como los anillos de una diana marcando a Snow, como si él fuera un blanco.

Era la alianza del hombre alto —intacta— arrancada de su dedo, y después de salir en su persecución junto con los demás, después de perderle la pista al Intruso Criminal, Snow lavó el anillo en la misma agua que el Intruso había intentado liberar y, al pasar el dedo por su interior, notó que había algo escrito, grabado, con los símbolos y en la lengua escrita que el gran mundo, no él, empleaban.

No hubo daños, ningún herido (salvo el Intruso, Snow lo sabía) y, por los servicios prestados, la Compañía Pinkerton le otorgó una INSIGNIA DE LA BANDERA —un alfiler para lucir en la solapa con las barras y estrellas en color— que ante la población en general lo hacía parecer un ferviente patriota pero, cuando se cruzaba con otro Pinkerton, proclamaba su valentía.

No le contó a nadie lo del anillo pero unas semanas después se lo llevó a Bob el Analista, un tipo de la cuadrilla que analizaba muestras que los muchachos desprendían al cavar túneles en el granito y el esquisto y el gneis que podían contener oro.

Es oro, no hay duda: cien por cien. ¿De dónde lo has sacado?, le había preguntado Bob el Analista.

Pues… vino a mí. ¿Ves lo que pone dentro?

bueno, unas letras todo alrededor sin principio ni fin: ¿UISIANALO? ¿En indio? No… ahora entiendo: LOUISIANA. Es un estado.

—Ya sé que es un estado —presumió Snow.

—Bueno, hay algunos que no se los saben.

—No soy de esos.

Siempre saltaba —todavía le pasaba— cuando la gente juzgaba sus conocimientos.

Por qué había conservado el anillo —en vez de entregárselo a su comandante como prueba para implicar al Intruso— no lo

sabía. No se le había ocurrido que se trataba de «ocultación» de pruebas, sencillamente tenía la sensación de que *el anillo había ido a él* y que podía resultar importante en el futuro y que fuera cual fuese esa importancia, era suyo y estaba exclusivamente en su poder decidirlo.

El Intruso no lo volvió a intentar. Construyeron el acueducto, lo terminaron y lo pusieron en funcionamiento, y fue aclamado, merecidamente, como la mayor proeza de la ingeniería de la historia. Y él había formado parte de aquello. El Bien Común.

Una vez que quedó terminado y en funcionamiento, el trabajo de los Pinkerton en el valle del Owens concluyó y la compañía empezó a enviar a sus agentes de vuelta a San Francisco y Los Ángeles a vigilar, como de costumbre, los puntos conflictivos de las empresas —centros de trabajo sindicalizados y organizadores sindicales; la seguridad personal de las familias de los ejecutivos del país— y Snow creyó que tendría que abandonar el sector, el sector de la protección, debido al hecho de que no se fiaba de las ciudades, no quería vivir en una, no quería estar tan lejos de donde se sentía más cómodo (en el campo), hasta que se enteró de que Los Ángeles, es decir, los muchachos del agua, andaba buscando gente, contrataban Pinks por el mismo sueldo para que se quedaran en el valle del Owens a vigilar el sistema de agua a sueldo de L.A.

Una forma de quedarse en el campo entre gente decente y sencilla y seguir cobrando.

Así que se ofreció voluntario.

Un par de Pinks más se animaron a ir allí también, y acabó tocándole de compañero un tipo oriundo de Stockton, o sea que tenían los mismos orígenes la misma forma de hablar la misma forma de entender la vida.

McCloud.

Él y Snow patrullaban juntos —McCloud al volante; Snow de copiloto armado—, se alojaban en la misma habitación del Dow

y, cuando McCloud se iba de permiso a Stockton con su mujer y su hijo, siempre le preguntaba a Snow si quería acompañarlo.

Lo que debían hacer era dar vueltas en el coche y asegurarse de que nadie tocase nada, asegurarse de que no hubiese animales dentro de las presas, de que nada atascara el flujo del agua, y una vez por semana tomaban muestras de agua —la parte que menos le gustaba a Snow de lo que les tocaba hacer— para los muchachos científicos, y eso suponía inclinarte junto a las acequias sin la chaqueta, arremangarte y hundir unos botes de vidrio, y para eso se turnaban los dos, McCloud y Snow, ya que a ninguno le entusiasmaba la tarea porque para cumplirla había que ponerse a cuatro patas.

En eso andaban un día y a Snow le había tocado sacar la muestra de agua y cuando estaba pasando el bote vacío por la superficie una madre mapache, alarmada por aquella intromisión en la camada de sus crías, salió de entre la maleza y, sin previo aviso, se le tiró al brazo; lo arañó y se le agarró con los dientecitos y la mandíbula articulada —pesaría entre seis y diez kilos, esos bichos son enormes— y fue tal la fuerza del ataque que lo volteó de espaldas…

¡Mátala!, le había gritado a McCloud, ¡por el amor de Dios, dispara!, pero McCloud no conseguía centrar bien en la mira a la mapache mientras hombre y animal luchaban hasta que Snow levantó la mano libre y McCloud le lanzó el rifle y Snow le dio la vuelta y pegó el extremo del cañón bien cerca del cuerpo de la mapache y apretó el gatillo. La mató.

Volaron restos de piel y tripas reventadas y sangre y solo quedó, incrustada en el brazo de Snow, la mitad de la mandíbula de la mapache.

Gracias a Dios, McCloud tuvo la presencia de ánimo de anudar su pañuelo por encima de la herida y meter a Snow en el coche; llevaba una petaca debajo del asiento —Snow nunca bebía— y se la vació sobre la carne destrozada mientras cruzaba a toda velocidad el alio.

No voy a salir de esta, Snow recuerda haber pensado, no porque la herida fuese a matarlo sino porque creía que no soportaría el dolor. Veinte kilómetros hasta Lone Pine, hasta la consulta del doctor Bridges, y a saber si lo encontrarían cuando llegaran, si una india shoshone de la reserva no estaría en pleno parto o si al doctor no lo habrían llamado para ir a Olancha a asistir a un moribundo. Snow no paraba de hostigarse para mantenerse despierto cuando, en menos de un par de minutos, McCloud entró como un bólido con el cupé del DALA en un patio lleno de gallinas y mujeres shoshone que tejían canastas detrás de una amplia estructura de adobe, tocó la bocina, se apeó de un salto y pugnó por poner a Snow de pie.

—¿Dónde estamos? —recuerda haber preguntado Snow.

—En la clínica.

—¿Dónde?

—En Las Tres Sillas.

Dos indias acudieron a la carrera y agarraron a Snow por las piernas y con McCloud cruzaron el portón de madera que daba a un patio y entraron en un edificio fresco y de techo bajo en lo que parecía la consulta de un médico, donde lo sentaron en una mesa alta acolchada y una mujer menuda de pelo oscuro con bata blanca apareció y le tocó el brazo con mucha delicadeza.

McCloud fue quien habló, le contó lo sucedido y, cuando ella se lo preguntó, le dijo cómo se llamaba Snow.

La mujer hablaba con un acento curioso, difícil de entender.

Intentó tocar otra vez el brazo de Snow pero, pese al dolor, él lo apartó.

¿Es usted médico?, recuerda haberle preguntado.

Ella le sonrió y dijo:

Sí.

Tenía una sonrisa bonita.

—Ahí están mi certificado para ejercer y mi título…

Le señaló dos hojas de papel enmarcadas en la pared que él era incapaz de leer. En una se veía un círculo dorado, en la otra,

una cinta, y por lo que Snow sabía en las dos podría haber puesto PREMIO AL MEJOR TORO.

La mujer se acercó y empezó a hurgarle la herida con unas pinzas y unas gasas y mientras trabajaba le pidió que describiese al animal que lo había atacado.

Un mapache, repitió Snow.

—Muy bien, señor Snow —cada palabra que pronunciaba, aunque en inglés genuino, sonaba muy extranjera—, ¿ha tomado alguna medicación en el pasado? ¿Ha tenido algún problema al tomarla?

Le pidió que le enseñase la lengua.

Después le levantó los párpados y le miró los ojos con una lucecita.

Retrocedió y le preguntó:

—¿Tiene algún problema en la vista, señor Snow?

No.

Ella se lo quedó mirando como Snow había visto hacer a su madre con los hombres cuando sabía que mentían.

—Tengo la vista perfecta —declaró él, mirando hacia McCloud en vez de directamente a ella.

La doctora lo observó con fijeza hasta que Snow creyó que ella había captado lo que quería darle a entender y siguió con lo suyo, hablando de una crema que le dormiría el brazo y de coserle la herida y, después, de la rabia.

—Le voy a poner la vacuna antirrábica…, son varias dosis. La primera le molestará un poco, le dolerán los músculos… Tendrá que volver todas las semanas durante un mes… o si quiere puede ir al doctor Bridges. En el pueblo. Le cobrará un dólar por cada dosis.

¿Y usted cuánto me va a cobrar?

Nada. Esta clínica es gratuita. Pero al salir puede comprarle una canasta a una de las mujeres shoshone. O puede hacer una donación…

La crema había empezado a dormirle el brazo y ella se puso a

coser y a juntar los trozos de carne destrozada y Snow apartó la mirada justo a tiempo de ver a un tipo gigante vestido para domar un potro salvaje, guantes de piel y sombrero Stetson y chaparreras, de pie en la entrada como si le hubiesen advertido de antemano que jamás debía entrar.

¿Qué diablos hace un maldito cupé del DALA *aparcado en el patio de atrás de mi casa*?

El hombre se dirigió a McCloud y exigió saber, ¿Es suyo?, pero, antes de que McCloud pudiese contestar, la doctora empezó a hablarle en ese idioma extranjero sin volver la cabeza, con una risa agradable como para convertir la historia que le contaba en puro entretenimiento o un cuento de hadas. Así siguió mientras le daba un par de puntos.

Más vale que sea un caso de vida o muerte, dijo el hombre alto. Se quitó los guantes y Snow le vio la mano.

La doctora siguió hablando en su jerga, sin volver la cabeza, y Snow recuerda que entre las palabras extrañas creyó haberla oído pronunciar «mapache» y entonces el hombre alto —Rhodes— le contestó en inglés, Claro que sí, los viste en Yosemite, son los animales con máscaras, esos que dijiste que tenían las manos pequeñitas.

La doctora se rio al oírlo y preguntó algo más en su jerga extranjera a lo que Rhodes le contestó en inglés, Por Dios, claro que están rabiosos. ¡Rabiosos como ellos solos! Después miró a Snow a la cara —¡no lo reconoció!— y le dijo Espero que aprecie el hecho de que esta mujer le ha salvado la vida.

Cuando el hombre alto se marchó, ella miró a Snow desde donde le estaba suturando el brazo y le sonrió otra vez, a él, y le dijo, «Mi marido», como si eso lo explicara todo.

Y sí que había apreciado el trabajo de la doctora —claro que sí—, había solo dos cosas que le molestaban y que le impedirían regresar: la primera, que era mujer, y a él no le gustaba que una mujer lo tocase (o lo mirase a los ojos), y la segunda que a esas

alturas había empezado a erigir un verdadero rencor, a cebarlo, hacia el Intruso Criminal.

En algún momento del mes siguiente, una mañana en que iba por la calle Principal de Lone Pine a tomarse un café, oyó que lo llamaban y la vio salir corriendo del banco de la acera de enfrente y acercarse a él al tiempo que le decía señor Snow señor Snow cómo se encuentra, señor Snow, y lo agarró el brazo y le subió la manga para echarle un vistazo delante del pueblo entero.

Ay, Dios, dijo ella.

le había pasado el dedo por la cicatriz como leyendo en braille.

—Está cicatrizando bien. ¿Quién le quitó los puntos?

El doctor Bridges, le contestó.

La doctora reaccionó bien a aquello. No le hizo pasar un mal momento.

—¿Y le ha puesto la antirrábica?

—Sí, señora.

—Muy bien, señor Snow. Me alegro de que se haya curado.

—El doctor dijo que nunca había visto unos puntos tan elegantes. Como una obra de arte, dijo.

Ella se echó a reír y le dijo:

—En toda francesa hay una costurera.

—¿Francesa? —repitió él.

—¡Así es! ¡De Francia! Pero ¡ahora soy tan norteamericana como usted y como el pastel de manzana! Venga a verme si quiere que le revise la vista…

Había empezado a alejarse pero Snow le gritó Espere.

Sacó la billetera del bolsillo posterior del pantalón y ella le dijo, «Muy amable por su parte, señor Snow», creyendo que le iba a hacer una donación y entonces él sintió vergüenza y le dio un dólar aunque en realidad su intención era entregarle el anillo que, por alguna razón, había guardado ahí y llevaba encima desde el incidente con el Intruso, casi dos años atrás.

Cuando se lo entregó ella pareció sorprendida.

—Me he enterado de que usted se llama Louisiana —le dijo.

Ella experimentó un cambio, como cuando cambia el tiempo.

—¿De dónde lo ha sacado, señor Snow?

—Vino a mí.

Snow se dio cuenta de que la simpatía la abandonaba.

—Siento la tentación de preguntarle por qué se ha quedado con algo que usted sabía que tenía un valor especial para alguien, por qué se lo ha quedado tanto tiempo, pero mi instinto me dice que debo alegrarme y darle las gracias; gracias, señor Snow, por devolvérmelo en condiciones.

Esa fue la última vez que le dirigió la palabra.

La veía por el pueblo, de lejos —sin mirarla nunca a los ojos— y en una ocasión, quizás un año después de aquella vez en la calle Principal, desde el escaparate de la cafetería la vio pasar por la calle muy preñada y tuvo que apartar la mirada, rojo como un tomate.

A veces veía al Intruso, lo veía recorrer sus tierras a caballo, lo veía revisando las vallas acompañado de sus perros o por el pueblo cargando la camioneta de mercancía, y se empeñó a fondo en prestar especial atención a las acequias que discurrían por las lindes de Las Tres Sillas, que discurrían por las tierras del DALA y colindaban con las del Intruso.

Pasó más o menos un año, a lo mejor fueron tres, y una mañana, cuando se reunió como siempre con McCloud para desayunar, su compañero había comprado *The Inyo Register* y Snow se encontró el periódico doblado encima de la mesa y en la primera página, puesta boca arriba, enmarcada en un reborde negro, había una foto de la doctora, vestida con un traje que parecía de boda.

Por aquel entonces McCloud estaba enterado del problema de Snow con la lectura. También sabía algo sobre lo que Snow veía y lo que no.

Se ha muerto, dijo McCloud.

No es así como actúa Dios, recuerda haber pensado Snow en ese momento:

Si Dios iba a castigar a alguien, entonces Dios tenía que castigar al Intruso.

Aunque a lo mejor era eso lo que Dios había hecho.

De polio, dijo McCloud. Se la contagiaron los shoshones, eso se comenta en el pueblo. Condenados indios. Lombrices, tiña, gonorrea, parásitos, polio. No te puedes fiar de un pueblo que para ir a la iglesia se pone mantas.

Quizá derramó alguna lágrima —lo cierto era que no lo recordaba—, no hubo un funeral al que asistir como tal, el Intruso mantuvo alejada a la gente.

Al cabo de un tiempo otra mujer llegó a estar asociada con él —una mujer gigantesca, gigantesca como el propio Intruso y más fea que el pecado— y Snow la veía por ahí cargando con los dos niños de la doctora: gemelos, y ninguno había sacado su pelo negro ni su sonrisa.

Qué pasa cuando el salario es bueno y el trabajo te permite recorrer el país en coche, y últimamente en camión: lo conservas, mandas a casa un buen dinerito para los tuyos, no te vuelves, necesariamente, holgazán, no engordas, pero, aun así, como que te duermes por dentro, se te duerme la ambición, en primer lugar, como que empiezas a olvidarte de lo que te sacó del lugar donde habías empezado, como que empiezas a pensar que la lucha por el Bien Común trasladó su combate a otra parte, a un lugar donde la vida no es tan sencilla.

Solía ver a los hijos de la doctora por el pueblo, sobre todo al chico —siempre abierto y ruidoso y fanfarrón— y una noche a él y a McCloud les habían asignado una patrulla inesperada (los dos, había que reconocerlo, se habían vuelto bastante viejos respecto a los muchachos recién llegados al trabajo) y bajaban bordeando la acequia desde Independence justo al norte de Lone Pine cuando vieron al elefante.

Habían oído hablar de la llegada al pueblo de unos elefantes

—llevados por Bobby Kaye, el mismo Bobby Kaye que lo había contratado hacía como diez, no, veinte años— para rodar otra película, que esta vez no era un wéstern sino una de romanos, Snow no estaba muy seguro. Kaye había trasladado hasta ahí a los elefantes en tren justo a tiempo para el desfile del Cuatro de Julio por la calle Principal, donde todo el pueblo pudo verlos, y después contrató a ese chico mexicano del campo de manzanas para que cuidara de ellos. A los elefantes los tenía al pie de las Alabama Hills, en la carretera de Whitney Portal.

Él y McCloud viajaban en dirección sur bordeando la acequia desde Independence hasta donde está la vía de acceso a Lone Pine y, como a las tres o cuatro de la mañana, todavía oscuro, antes del amanecer, se toparon con el elefante.

Y con el Cadillac de Eddy.

Y con los dos muchachos.

A día de hoy Snow seguía sin saber qué demonios pensaban que estaban haciendo esos muchachos a esas horas de la madrugada con el elefante y el Cadillac y demás.

Pero lo que sí tenía claro era que los muchachos se encontraban ahí, a pesar de lo que todo el mundo declaró. Estaba dispuesto a jugarse su Chico Amarillo.

Los muchachos estuvieron ahí, Snow los había visto, los había visto con sus propios ojos, el chico mexicano con el elefante el chico de Rhodes con el Cadillac el muy caradura ruidoso y borracho bailaba delante de ellos como si lo que McCloud y él hacían como si el trabajo que hacían fuese algo inútil y en opinión de los chicos discutible como si McCloud y él, como si ellos mismos fuesen los Intrusos del chico, en su derecho natural, en sus tierras.

Todo aquel asunto resultaba sospechoso y McCloud le dijo —cosa que nunca había hecho— «Saca el arma, Snow».

A principios del verano, unos dos meses antes, les habían instalado en el techo de los camiones unas luces nuevas, lámparas de tungsteno de gran potencia, como las de los

remolcadores del puerto de Nueva York y la bahía de San Francisco, y la broma que McCloud había hecho cuando las probaron por primera vez fue que, cada vez que un conductor las encendiera, el hombre de la luna tendría que parpadear. Eran nuevas y eran cegadoras pero lo iluminaban todo de aquí a la eternidad y le daban a la oscuridad una profundidad de campo que Snow necesitaba si debía estar a la altura con su fusil.

Luces, recuerda que le pidió a McCloud al apearse.

De ahí en adelante, las cosas que recuerda no se dividen en partes sino que nadan dentro de su memoria como un líquido que se evapora. Como un cubito de hielo que se derrite.

En cuanto las luces se encendieron, el elefante se puso vertical, se levantó sobre las patas traseras alcanzando dos, tres veces su altura y soltó aquel chillido de alma en pena que solo se oye en las películas de la selva como *Tarzán* y *King Kong*.

El mexicano lo llevaba atado con un arnés, una cuerda fina que se rompió al momento y Snow se quedó mirando la panza del animal y sus patas delanteras eran como la garra basculante de una pala mecánica arañando el aire y ¡dispara! le ordenó su cabeza, mata al bicho ese y fue así como le pegó el primer tiro, apuntó y disparó y le dio, pensó, justo donde debía de estar el corazón de la bestia entre las dos patas delanteras en lo alto del torso tal vez demasiado alto porque acto seguido el bicho se desbocó como si su propia adrenalina lo hubiese despertado de entre los muertos y Snow no pudo hacer otra cosa que quedarse de pie descerrajándole un tiro tras otro sin parar, hasta tumbarlo.

Dos costillas rotas, cuatro fisuradas, perforación de un pulmón.

Dijeron que, si hubiese seguido más tiempo ahí debajo, habría muerto de mera asfixia.

Que no se te caiga nunca un elefante encima.

Nada que recordar del viaje a Los Ángeles hasta el hospital

que usaban los jefes del agua. Se había roto la mandíbula, además, así que se la tuvieron que sujetar. Cuando por fin despertó no podía hablar y le dijeron que podía escribir pero a él eso no le servía de nada. Cuando eres pequeño y estás matando cuervos a tiros no te da por pensar que te caerá un elefante encima pero le había pasado justamente eso, el bicho había salido disparado como de la nada, en mitad de la vida.

Cuando le entregaron una pizarra y la tiza, dibujó los puntos para escribir MCCLOUD y tuvieron que buscar a alguien que supiera braille para leerlo en voz alta, y después llegaron los hombres trajeados a hacerle preguntas y le dijeron que su amigo —McCloud— «no había sobrevivido al elefante».

Eso le dijeron: que no había sobrevivido al elefante.

El elefante también había muerto.

Seis balas.

A través de la mandíbula sujeta con abrazaderas Snow logró pronunciar ¿*Qué pasó con el mexicano*?

¿Qué mexicano?

¿*Qué pasó con el chico de Rhodes*?

Había muerto un hombre —un buen hombre con mujer e hijo en Stockton; un hijo que ahora se criaría sin padre— y Snow necesitaba que le dijesen que se haría justicia. En vez de eso, una serie de hombres trajeados fueron a tomarle declaración, lo llamaron «*de*-poner», y dijeron que era porque el dueño del elefante (Bobby Kaye lo había arrendado y Bobby Kaye no tenía seguro pese a haber dicho que sí lo tenía) había demandado a Bobby Kaye y Bobby Kaye había demandado al Departamento de Aguas, a Snow en concreto, por haber matado al elefante.

Pero nosotros lo apoyaremos, le habían dicho: Pagaremos los gastos —del juicio y del hospital— y le guardaremos el puesto si todavía lo quiere.

El Bien Común.

McCloud había muerto —de eso hacía cinco semanas— y

Snow no había podido asistir a su funeral ni decir unas palabras sobre él, no se habría levantado delante de la gente pero habría hablado con el niño y con la parienta sobre el tipo de hombre que había sido su amigo y les habría dicho que no estaba bien eso de tanto papeleo y tanta testificación por un elefante. No había sido Snow quien había puesto en marcha los acontecimientos de aquella noche, sino el hijo de Rhodes y el mexicano y el Cadillac de Ron Eddy.

Había un problema: las pruebas.

No había pruebas de que en el lugar hubiese nadie más o nada más que Snow, McCloud, su camión y el elefante enloquecido.

El chico de Rhodes ni siquiera se encontraba en el pueblo la noche de autos: cuando interrogaron al padre tras la insistencia de Snow, el Intruso declaró que su hijo se había marchado para Nueva York aquel mismo día y de ahí había viajado a Inglaterra, donde seguía estando.

Y el mexicano había regresado a México a visitar el lugar de donde había salido.

Y el Cadillac de Ron Eddy seguía en el garaje de la viuda de Ron Eddy, donde siempre había estado.

Mentirosos.

Y para rematarla, el otro problema era la *de*-nosequé macular. Degenerado macular.

Antes de que le diesen el alta, en cuanto las costillas se le soldaron lo suficiente para dejarlo respirar y en cuanto el aire volvió a entrarle bien en el pulmón perforado, un médico lo sometió a una revisión y le dijo que se estaba quedando ciego. Setenta por ciento, había dicho. Snow veía el «setenta por ciento» de su «campo visual». Y la cosa irá a peor, le dijo.

Qué sabría ese:

No ha ido a peor en veinte años, le comentó Snow.

—Verá usted, no puedo dejar que conduzca ni trabaje con maquinaria —le dijo el doctor.

A Snow le daba igual: de todos modos no trabajaba con

maquinaria y contaba con un chófer que lo llevaba. Su nuevo compañero se llamaba Coop y era un tipo simpático, pero no era McCloud. Llevaba dos años en el puesto, había estado por la zona de Colorado, en el otro acueducto. Parecía un tanto estirado hasta que Snow les dio a seis aspirinas una detrás de otra para que viera, les dio a seis aspirinas en el aire, *des*-materializó a las muy mamonas a la vista de todos, ante los ojos de Coop, justo donde se encontraban en una calle de Lone Pine, el día que Snow se reincorporó al trabajo.

No había perdido facultades.

Se sentía agradecido con la empresa por haberle guardado el puesto —no lo necesitaba; con sus ahorros tenía el porvenir bastante asegurado—, les agradecía su lealtad, pero el motivo por el que había vuelto al trabajo, la verdadera razón por la que había regresado al valle del Owens era para arreglar aquello, para hacer justicia.

No lograba descansar no pegaba ojo algunas noches y había empezado a ver que ellos también, los muchachos de su equipo y el de Cooper, se habían hartado, se habían hartado de él, de oírlo hablar del mexicano y del chico de Rhodes y del Cadillac como un chucho en su rincón solitario lamiéndose una espina clavada en la pata. Siempre que se encontraba entre ellos se apartaban de él —no físicamente sino con la actitud— como le había pasado aquella vez en la calle de Lone Pine con la doctora antes de que la mujer falleciera. Coop no tanto, Coop lo aguantaba, pero los demás pensaban que estaba un poco *loco** que había perdido la chaveta.

Algunas noches, eran pocas, pero algunas noches incluso él había empezado a pensar que tal vez estuviese chiflado que todo el asunto era lo que los doctores explicaban una «aberración» de su cerebro debida al tiempo que había estado sepultado debajo del elefante «con la entrada de aire reducida». Todo se debía al oxígeno, según se había enterado después. El «oxígeno» es lo que

enciende el cerebro.

Seguía quedándose sin aliento.

Como consecuencia.

Le habían dicho que a grandes altitudes le costaría más respirar cuanto más subiera más difícil le resultaría a su pulmón así que durante un tiempo al principio de su «recuperación» le había pedido a Coop que lo llevase a la carretera de Whitney Portal y que subieran bien alto para que Snow pudiese pasar un rato ahí sentado, exigiéndole a su pulmón, y después del dolor de las primeras veces había empezado a sentir —por dentro— había empezado a sentir que volvía a ser el de antes había empezado a sentir el pulmón como un fuelle remendado llenarse de aire fresco y soltar vigor de vuelta al mundo.

Y entonces la guerra y todo lo demás, claro.

Eso cambió muchas de las cosas que ocurrían en el valle del Owens, cuando enviaron a todos los japos allí.

En la radio contaban cómo se moría la gente allá lejos, la gente se preocupaba por los muchachos que conocían, sus hijos y sus primos, sus sobrinos, llamados a filas para hacer lo que se esperaba de ellos, por el Bien Común, el mundo, ese mundo, acababa de…, debía reconocerlo…, acababa de escapar a su comprensión y esas cosas se van sumando y te van desgastando, las viudas y las injusticias te hacen mella.

Así que presentó la dimisión.

Durante veinte años se había sometido a sí mismo al diezmo, había guardado el diez por ciento de cada paga y enviado el resto a casa. Y todavía era capaz de conducir un tractor, ¿o no? Pese al degenerado macular. Por las pocas tierras de su propiedad, por terreno conocido.

Arroz y mijo, tierra llana. A lo mejor sembraría algo de alfalfa.

Coop lo ayudó a organizar el viaje a casa: a Snow lo llevarían

los muchachos del agua que conocían —había muchachos del agua en cada palmo de California—, llevarían a Snow de un pueblo al siguiente como un paquete en el Pony Express, de un buen muchacho a otro hasta cubrir todo el trayecto de vuelta a casa.

Pero antes tenía pensado despedirse de la sierra.

McCloud le había contado una vez que la corona de nieve, la que cubre las cimas de todas esas montañas, el deshielo de toda esa nieve suministraba un tercio del agua del estado de California, agua potable, agua para lavar la ropa, agua para bañarse, agua para regadíos: un tercio nada menos. Solo cubriendo la cima. En forma de nieve.

Donde él se había criado uno estaba rodeado de tierra llana y a lo lejos casi se veía el monte Shasta pero todo era llano y allá iba a regresar, donde las montañas y su aire más difícil de respirar quedarían atrás, así que se le había metido en la cabeza la idea de terminar esa etapa pasando un par de noches él solo allá arriba, y se preparó una mochila con lo justo de comida y munición y le pidió a Coop que lo acercara hasta donde se acababa el camino, a casi dos mil cien metros de altitud.

—¿Vas a estar bien tres noches aquí arriba, chico?

Claro que sí, le dijo Snow.

—Porque vendré a buscarte…

—Sé que lo harías.

—Y no subas por encima del límite forestal, que no hay agua. Y cuidado con los osos.

Le pasó a Snow un mapa, que no le servía de nada, pero Snow lo aceptó porque entendió que si no lo hacía a Coop le habría dolido.

La primera noche había sido un pelín dura, no había contado con las nubes, la oscuridad y los sonidos de las montañas, pero notaba que el oxígeno iba haciendo su trabajo. Le gustó. La segunda noche había caminado demasiado trecho y se encontró por encima de la línea forestal, donde dejó de notarse las puntas

de los dedos —le sorprendió aquel inesperado efecto cegador del exceso de altitud— y se pasó la noche entera esperando el amanecer apoyado en aquel pino solitario que iba soltando sus piñas a razón de una o dos por hora manteniéndolo despierto toda la noche; aun así se sintió muy bien al ver la luz gris, muy bien al saludar el agradable amanecer, oxigenado, lleno de energía renovada.

En cuanto hubo luz empezó a descender y al cabo de una hora divisó un lago azul no muy lejos —allá arriba había lagos ocultos en hondonadas entre los picos, rebosantes de esa agua de deshielo gélida y limpia— y sacó el mapa de Coop, le estuvo dando vueltas hasta que al final supuso que debía de ser el que llamaban lago Lone Pine, el que estaba al norte del pueblo, y se dirigió a él. Llegó por debajo de la línea forestal al cabo de otra media hora, entre árboles de corteza blanca y pedregales aislados y maleza a la altura de las rodillas y flores amarillas. En la orilla norte vio una cabaña, sobre el lago flotaba un humo blanco, pero más abajo serpenteaba la cuerda del humo azul de una fogata, y divisó un perro que corría por la orilla persiguiendo a los pájaros.

Un hombre salió al porche, le lanzó algo al perro y luego bajó los escalones de la cabaña en dirección a una barquita que descansaba fuera del agua.

Con su vista, los prismáticos le servían de poco a Snow —se interponían amplias sombras— pero se las arreglaba mirando con un ojo a través de la mira telescópica *des*-montada del rifle y bajó un poco más, procurando no ser visto, se tiró en el suelo ocultándose detrás de una roca y echó un vistazo.

El tipo llevaba una especie de sombrero —parecía de paja; un sombrero para el sol— y una camisa azul y un chaleco de pesca, pantalones normales y una especie de zapatos ligeros —no botas — y estaba metiendo en la barca cañas y una caja con cebo, algunas redes… El perro brincaba al lado de la barca —preciosa perra, Snow se dio cuenta de que era una pointer—, pero el

hombre la echó con un ademán y le ordenó por señas que se quedara y empujó la barca hasta el agua y arrancó el motor.

Snow apenas alcanzó a oír el suave chuc chuc pero después, cuando la barca atravesó el tamiz de la niebla hacia el centro del lago, el ritmo punteado del motor se elevó en el aire y llegó a él.

Le dio un descanso al ojo. La barca, todavía lejos, se encontraba lo bastante cerca para distinguirla entre la niebla que se disipaba sobre el agua, tal vez debería indicar su presencia, llamar al hombre y pasar la mañana de pesca y regalarse un poco de beicon frito y una taza de café que, con el hambre que tenía, creyó oler…

Allá abajo estaría lleno de moscas, el hombre se había quitado el sombrero para espantar el aire.

Y mostrar la cara.

Snow no daba crédito a sus ojos.

se fiaba de ellos, pero lo que veía era demasiado bueno para ser cierto, necesitaba la mira telescópica para comprobarlo, cosa que, en efecto, antes de que el hombre, el hombre alto con la cola de caballo canosa, volviera a ponerse el sombrero, hizo la mira. Lo comprobó.

Vaya ayuda del destino.

Un balón de oxígeno.

El Intruso y él, solos, ahí en medio de lo creado por Dios.

Él y Rhodes.

Y Chico Amarillo.

¡Sería la repanocha volarle el maldito sombrero de la cabeza ahí en medio del lago!

¡Así, de la nada!

¡no tendría ni idea de qué había pasado!

Snow había hecho ese truco mil veces.

Tendría que acercarse más, y aun así seguiría estando en el

límite del alcance de Chico Amarillo, pero valdría la pena.

Por el Bien Común, si no por pura diversión oxigenada.

Menuda despedida.

Menuda hazaña de la que alardear con Coop y el resto de los muchachos.

Menuda cosa para quedarse por lo menos tranquilo, al fin: para desquitarse.

Procurando no moverse demasiado deprisa y no hacer ruido, bajó un poco más hacia el lago, aunque manteniéndose a cierta altura, donde esperó a que se levantara la neblina, a que se disipara.

Rhodes había apagado el motor y echado dos sedales.

Snow esperó.

Siempre había hecho lo mismo, contado con lo mismo, con su don mágico, alineaba el objetivo y clavaba en él la vista hasta que se le grababa en la cabeza y entonces cerraba los ojos y lo veía, cerraba los ojos y el objetivo estaba ahí como una foto como la cosa misma y entonces él tomaba aire y lo soltaba muy pero muy despacio y cuando los pulmones se le quedaban vacíos y sentía la imperiosa necesidad de tomar aire abría los ojos de par en par al tiempo que apretaba el gatillo y la cosa caía.

El truco de volar sombreros de un tiro consiste en darles justo donde termina el ala, en el costado o en el borde delantero, no en el borde en sí no le apuntas al borde porque quieres que la bala pase rozando, no que lo toque, exactamente, sino que discurra a toda velocidad justo por debajo del borde como una piedra saltarina lanzada al agua: acariciando y levantando el sombrero y lanzándolo hacia atrás a su paso.

Apunta debajo del ala, en este caso por el borde exterior izquierdo, escora el sombrero a la derecha disparando por detrás.

El sol estaba ya alto —no quedaba niebla—, así que Snow

empuñó el rifle.

Y clavó la vista.

Objetivo sentado completamente inmóvil sumido en sus pensamientos.

Cerró los ojos, inhaló el aire limpio y frío y lo exhaló de una sola vez, tras lo que abrió los ojos al mundo de par en par y vio que el objetivo se había levantado.

No no no no no, pensó.

Pero ya había apretado el gatillo.

El lago seguía allá abajo llenando la hondonada de granito y se oyó un fuerte estallido como la rama de un árbol partida por un rayo como un árbol partido por la mitad, debió de producirse un chapuzón pero Snow no lo oyó y entonces el perro se puso a ladrar y ladró y ladró y siguió ladrando.

la décima propiedad
de la sed
es
el sabor de lo inevitable

La iglesia católica en el lado sur del hotel había sido demolida y en su lugar habían construido un aparcamiento enorme además de un «anexo para vehículos», un ala en forma de L siguiendo el modelo de los moteles donde los clientes podían llegar en coche hasta su habitación y aparcar delante, un diseño cuya estética se le escapaba a Schiff, que acababa de regresar de Japón a un país que sentía cada vez más ajeno, porque la vista desde cada habitación del nuevo anexo era el aparcamiento. Y los coches.

El antiguo vestíbulo había sido remodelado para dar cabida al mostrador empotrado de la recepción situado junto a la puerta a fin de que las personas que llegaban en sus coches no tuviesen que andar un trecho más ni sucumbir a la sensación de que se encontraban realmente en un edificio con historia.

Aquello, suponía, era la prosperidad de posguerra.

O algo por el estilo.

Schiff había llegado a Lone Pine desde San Francisco en un nuevo Plymouth cupé modelo 1947 adquirido con la bonificación que le dieron con la baja. Había visto hacerse realidad la Constitución de Japón trabajando bajo la implacable mirada de MacArthur. Cuatro años puliendo el lenguaje hasta convertirlo en algo de lo que podía enorgullecerse, en algo importante. De Manzanar, tal como había sido, no quedaba nada, salvo en su recuerdo. Nada quedaba en el terreno más que la caseta de piedra en la entrada, cual centinela protegiendo un territorio de fantasmas. Una nube amarilla proveniente del seco lecho del lago flotaba sobre el paisaje como el vapor de una locomotora. Al otro lado del camino, Las Tres Sillas estaba aislada detrás de un portón cerrado y una valla electrificada en todo su perímetro. Schiff aparcó en la carretera y se acercó al borde buscando una brecha pero la valla parecía intacta; al otro

lado, el paisaje estaba tan vacío como el campo. Se quedó mirando hacia dentro, tratando de imaginársela tal como era hacía tiempo. Allí se sentía perdido, pero siempre se había sentido así, perdido y lejos de la orilla. Aquel era territorio de Sunny, y solo entonces Schiff comprendió que había abrigado la esperanza de encontrarla allí, esperándolo. Pero habían pasado más de cuatro años desde la última vez que tuvo noticias de ella, recibió un telegrama en el Pacífico, en el sobre amarillo de Western Union, que provocó la ira de su comandante.

El mensaje mostraba un encabezado todo seguido compuesto de letras, cifras —códigos de transmisión—, un prólogo entero de ellos, y luego, a media página:

CARIÑO:

Schiff había notado la mirada de su comandante.

CARIÑO:

ROCKY HA MUERTO.

VUELVE.

TE NECESITO.

SUNNY

—Mayor, ¿sabe usted cuánto tarda en llegar a mi despacho un télex enviado por el general MacArthur desde el cuartel general del Pacífico? —le había preguntado su comandante.

—No, señor.

—Envío normal, de uno a tres días. Urgente, de dieciocho a veinticuatro horas.

Ojos de WASP* cuya expresión distante Schiff nunca supo interpretar.

—Y si mi esposa, que está en Pasadena, necesita ponerse en

contacto conmigo por telegrama, aunque Dios sabe por qué haría algo semejante, ¿cree usted que podría hacerlo?

Schiff se jugaba la cabeza a que no, pero jamás llegaría a descifrar cómo funcionaba la retórica WASP. ¿Debía responder? Cuando eres judío y le preguntas a Dios tú mismo respondes a tu propia pregunta. Puede que Dios escuche, pero está ocupado. Dios tiene otras cosas que hacer.

Solo se oía el zumbido del ventilador de techo encima de sus cabezas.

—Usted, no obstante, usted…

¿Cuándo había sido la última vez que Schiff había oído un «no obstante» en una conversación?

Ah, sí. Lo recordaba:

En la Facultad de Derecho.

—…en cambio usted, en plena guerra, en pleno Pacífico, puede recibir un telegrama por canales que a mí me resultan inaccesibles. ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo ha hecho? ¿Quién demonios es usted?

El ventilador de techo. Otra vez.

Vueltas y más vueltas.

La retórica WASP.

—De modo que he buscado su hoja de servicios…, nada esclarecedora. Trabajo fácil. Combate, cero. Ni un solo dato por ahí. Oficinista. Así que lo que tengo que preguntarle, mayor, es lo siguiente: ¿quién demonios es ella?

¿Quién demonios era realmente? No supo contestar. No estaba seguro de haberlo sabido nunca.

—Por favor, dígame que Rocky no es el perro de alguien.

—No, señor.

El comandante prosiguió:

—Su hoja de servicios me indica que no está casado.

—No lo estoy, señor.

—¿Quién es entonces la tal Sunny?

Resultaba más fácil mentir:

—Mi prometida, señor. Rocky es su padre.

El comandante atravesó a Schiff con la mirada:

—Esto es lo que le sugiero que haga. —Echó un vistazo a su reloj—. Le sugiero que vaya al despacho de mi ayudante y escriba una respuesta a esta muchacha. Tendré que leerla, los censores deberán aprobarla, pero si la tiene lista en los próximos diez minutos, la despacharé en el avión a Estados Unidos de esta noche junto con la correspondencia confidencial. Ella la recibirá dentro de dos días.

—Gracias, señor.

En vez de estrecharse la mano los dos hombres hicieron la venia.

Y a Schiff lo dejaron mirando el reloj y una página en blanco.

Cogió el télex y lo releyó, no las palabras en MAYÚSCULAS, esas se le habían grabado en la memoria, sino el texto codificado de encima, el rastro cifrado que identificada el origen del mensaje, por dónde había pasado, en qué sitios había estado. De toda la jerigonza codificada consiguió descifrar WASH-DC y SEC-GUERRA, indicio de que nada menos que una fuerza como la de la tía Cas había orquestado aquello. Ahí estaban sus huellas, salvo por el mensaje mismo. Ese —al grano, conciso— era de Sunny.

VUELVE.

Debía saber que era imposible.

TE NECESITO.

Debía saber que aquello era un último ruego.

Porque Sunny jamás había reconocido necesitar a nadie.

Ocho minutos.

CARIÑO:

Él nunca la había llamado «cariño». «Cariño» era cosa de ella, una afectación, influencia de Cas, o de clase, o de la lectura de novelas inglesas. En función del humor o de su estado de ánimo, o de su nivel de picardía, Schiff comenzaba las cartas con un «corazón mío» o con un «anhelo de mi corazón» o con un «vida mía». «Querida mía», escribió ahora, y se contuvo para no poner «Queridísima Sunny» porque sonaba excesivo. Querida mía…

Tu carta Tu mensaje Me ha Tus impactantes palabras la noticia me deja sorprendido y consternado

Algo sobre desear por encima de todo encontrarse a su lado cuando ella más lo necesitaba

Algo sobre la guerra

Inconsolable,

Firmó, como siempre,

Schiff

Entregó el sobre abierto al ayudante del comandante, que le hizo firmar la autorización para que le descontasen de la paga la transmisión del mensaje.

Schiff miró el reloj.

Lo había escrito en menos de dos minutos.

Se quedó mirando el delgado sobre encima del escritorio del ayudante, en el que su letra se veía demasiado confiada, demasiado alegre

SUNNY RHODES
LAS TRES SILLAS
LONE PINE, CALIFORNIA EE. UU.

Como se dice en la jerga del ejército cuando algo termina: *Se acabó lo que se daba.*

La había cagado. Lo sabía. No había encontrado el tono adecuado, las palabras adecuadas; ni siquiera le había dicho que la quería.

Alabado sea el Señor y vayan pasando las balas: estaba aviado.

El fuego se ha apagado.

Va a dejarme.

El perímetro de alambre que rodeaba Las Tres Sillas le hizo recordar la prohibición de su madre *No toques eso, No toques eso* y su miedo a la vida. Un paisaje de zonas restringidas. Un camión del Departamento de Aguas y Energía de Los Ángeles salió de la carretera; el conductor le resultaba familiar, pero solo cuando se bajó del vehículo Schiff recordó quién era: Coop. No tenía buen aspecto: paso vacilante, ojos enrojecidos y adormilados. Al principio no dio muestras de reconocer a Schiff, pero cuando Coop se le fue acercando, sus labios se curvaron en una sonrisa tensa y huraña.

—Esto pertenece ahora al Departamento —dijo a modo de saludo—. Ha entrado sin permiso en una propiedad de Los Ángeles.

Coop tosió y escupió un coágulo de moco con hilillos de sangre en la seca tierra del borde de la carretera. Se presionó el pecho y tosió de nuevo, y esta vez salió más sangre, una estela fina y viscosa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Schiff, pero Coop hizo un gesto de restarle importancia.

—No es nada —dijo—. Algo que habré pillado.

Coop echó un vistazo al cielo —el aire era denso y amarillo—, bajó los ojos y miró otra vez a Schiff.

—Su novia ya no vive aquí. Se fue al poco de morir el viejo, tuvo que vender la finca.

—¿Al Departamento? —preguntó Schiff.

—El viejo no pudo opinar. Hacia el final perdió un poco la chaveta, dejó todo su dinero a los japos y después se mató.

—¿Cómo que se mató?

—Sí. ¿No lo sabía? —Coop soltó una carcajada corta y aguda —. Ustedes dos no estaban tan unidos como creía.

Schiff guardó silencio un momento. Luego dijo:

—¿Sabe adónde se marchó ella?

Así fue como acabó en el Dow, después de que Coop le sugiriese que preguntara en el pueblo. Schiff fue hacia el Plymouth sin decir una palabra más, notando los ojos del otro hombre en la espalda, hasta que arrancó y se fue.

En el hotel, Schiff fue recibido por un joven de aspecto imberbe.

Ni rastro de Phyllis, como antes.

Ni rastro de actitudes críticas discernibles.

Solo un joven rebosante de hospitalidad.

¡Hola! ¿En qué podemos servirle esta tarde?

Quisiera una habi…

Sonó un teléfono en la oficina de detrás del mostrador y el joven levantó un dedo y fue a contestar.

Cuando regresó, ladeó la cabeza como si quisiese soplarle a Schiff el propósito que lo llevaba hasta ahí:

—Quiero una habitación para esta noche —dijo Schiff.

—¿Viene con ellos?

—¿Con quién?

—Con los del cine.

—¿Los del cine?

—¿…o con los del agua?

—No.

—Porque los tengo compartiendo habitación entre tres o cuatro, ya no me queda nada. De verdad, está todo lleno durante semanas. Pruebe en Independence, a quince minutos de aquí, no me cuesta nada llamar al hotel de ahí y preguntar…

—No, gracias. Me… ¿Sabe si hay un teléfono público cerca?

—Saliendo a la izquierda, en el aparcamiento, no tiene pérdida. El joven extrajo una caja de caudales de aspecto extraoficial de debajo del mostrador y le dijo a Schiff: Le puedo dar cambio.

Schiff sacó un billete de un dólar de la cartera y mientras el

muchacho contaba las monedas le preguntó: ¿Cómo se llama la película?

Schiff aferró las monedas en la mano izquierda, se metió en la cabina y marcó el número de la operadora y le solicitó una llamada de larga distancia y luego le pidió que le pusiera con cualquier número del condado de Santa Bárbara, en California, a nombre de Lyndon Finn o de Caswell Finn o del Rancho Finn y luego la operadora le pidió que colgara y no se moviera y que lo llamaría en cuanto pudiera pasarle con quien había pedido.

Mientras esperaba contempló el aparcamiento: cuatro camiones con el escudo del Departamento de Aguas y Energía, dos limusinas y varios cupés aerodinámicos último modelo. Mientras esperaba entró un Chevy con la capota bajada —un flamante Fleetmaster descapotable modelo 47 de color burdeos con neumáticos blancos e interior en tonos cámel— y supo que conocía a quien iba al volante, aunque no su coche, la había visto antes, probablemente por el pueblo, pero con las gafas de sol y el pañuelo en la cabeza no podía identificarla con seguridad —la conocía— así que sonrió y la saludó amistosamente con la mano. Ella le devolvió la sonrisa y le hizo un enérgico saludo militar, algo que lo desconcertó porque, aunque todavía iba de uniforme jamás había pensado que su actitud fuese muy militar. La mujer se bajó del coche —llevaba unos pantalones anchos y una especie de camisa de hombre— y se inclinó hacia el asiento de atrás para coger un bolso de viaje y una maletita. Schiff le gritó, «¡Ya se lo llevo yo!», pero cuando se disponía a ir hacia ella, sonó el teléfono de la cabina, él tuvo que encogerse de hombros a modo de disculpa y ella soltó una carcajada inconfundible y dijo, «Y después hablan de la caballerosidad norteamericana», y su voz sonaba como la de Katharine Hepburn y entonces Schiff se dio cuenta de que era Katharine Hep…

—Tengo la llamada que ha solicitado…, si deposita cuarenta céntimos…

Las monedas parecieron tardar una eternidad en caer y su repiqueteo quedó amplificado por la cámara de ecos de la cabina y por el auricular y luego llegó a su oído un silencio hueco, como si hubiese metido la cabeza en un aljibe, un silencio al final del cual hubiera jurado que se oía agua.

—¿Oiga? —dijo.

Otro silencio acuoso y después la inconfundible voz de contralto que decía:

—¡Letrado Schiff! ¡Como para caerme de espaldas!

—Caswell Rhodes…, ¿o ahora tengo que llamarla Caswell Finn?

—Tía Cas siempre nos ha servido, mi querido muchacho… Además, vivimos en pecado, los dos tenemos demasiadas propiedades como para casarnos, el único beneficiado sería el gobierno… ¿Desde dónde llamas?

—Desde Lone Pine.

—¿Desde Lone Pine?…, ¿qué demonios haces ahí?

—Busco a Sunny.

—Por el amor del cielo, en qué estarías pensando, Sunny no vive ahí desde que vendió Las Tres Sillas, llevan en Point Reyes Station…, ay, Dios, dos años…

Le tocó a Cas oír el silencio.

—Verás, adoptó a ese niño del campo…, uno de los huérfanos…

—Cas… Sunny no se ha… No he recibido carta de ella desde la muerte de Rocky.

—Vaya por Dios. Vete para allá y a ver si le contagias un poco de tu sentido común, ha montado un restaurante, el pueblo no es más grande que Lone Pine, está como a una hora al norte de San Francisco, en la costa, sale en los mapas.

Siguió una pausa tras la cual Cas añadió:

—Esa constitución que redactaste es magnífica. Lyndon siguió

la noticia en los diarios, reconoció tus huellas por todo el texto: sufragio universal, «prohibición legal a perpetuidad» de mantener un ejército en Japón, ¡una maravilla! Nos ha servido bien, letrado Schiff, su país le da las gracias…

Otra interrupción y luego…

—Y ahora cuéntame todas las noticias escabrosas de Lone Pine…

—Manzanar ya no existe. El campo.

—Ya lo sabía.

—Quiero decir que ahí ya no queda nada.

—Cartago cubierta de sal. ¿Qué más?

—Están rodando otra película en el pueblo, y el Departamento de Aguas y Energía está en todas partes.

¿Una carcajada? La risa de la mujer sonaba como un trueno que ningún dios nórdico sería capaz de emular.

—Verás —le dijo—, esa es una de las mejores razones que se me ocurren para salir corriendo de ahí. Tienes un largo trecho por delante para llegar a Point Reyes Station. Como acostumbra decir mi concubino tardío llegado a mi vida desde el oeste de Texas, hay amores que no necesitan lluvia.

Schiff la oyó colgar y se quedó, como un superviviente, en un rincón de la claustrofóbica cabina escuchando el silencio hueco.

Viajó toda la noche, de Lone Pine a Independence a Big Pine, de Bishop a Mammoth Lakes. Cruzó la Sierra Nevada al norte de June Lake, el Plymouth no tiraba mucho en las alturas. Allá arriba escaseaba el oxígeno y costaba respirar.

Quizá todas las montañas parezcan iguales vistas a suficiente distancia: en Manzanar algunos japoneses habían murmurado que el monte Whitney se parecía al «Fuji-san» porque precisaban anclar a él su imaginación. A Schiff, cuando llegó a Tokio, en la llanura del monte Fuji al lado de la ciudad arrasada, la montaña le había parecido un exótico *isolato* recortado de la sierra: la

forma era claramente la de un volcán, euclidiano en su precisión trigonométrica, como una proposición matemática, a diferencia de la contundencia y la masa de la sierra: la forma de una pataleta de Dios, su advertencia al mundo de lo que era capaz de hacer con el granito (olvidemos los volcanes) cuando se enrabietaba con la piedra auténtica. La vista del Fuji-san desde Tokio le había recordado la época que había pasado teniendo la sierra como piedra angular, como su paisaje cotidiano: porque en aquella tierra extraña había necesitado algo que le recordara la vida ya vivida, que lo conectara con la extrañeza del presente para que él, como la montaña del diablo a lo lejos, no se volviera exótico en su propia vida, un *isolato* en su propio paisaje.

En su última aproximación a Tokio, había viajado por mar y tenido por fin la oportunidad de estar en el Pacífico, verlo cara a cara y ser testigo de su extensión. Había confiado en que de ese modo se sentiría heroico e histórico. Sin embargo, se sintió débil y melancólico: solo y perdido en el mar y no poco aterrorizado por sus implacables y violentas fauces. Solo otros barcos lejanos interrumpían su terrible monotonía y solo Dios sabía qué horrores yacían en el fondo. De noche era una inmensa negrura y de día suponía una sobrecogedora amenaza para todos sus sentidos y no tardó en saber sin la menor sombra de duda que no se fiaba del océano y que, como otros judíos listos antes que él, solo se sentía cómodo cara a cara con las aguas cuando estas se abrían. Si ahí había Alguien que las abriera.

Quizá todos los océanos, como todas las montañas, se parecen entre sí, todos los océanos son iguales vistos a suficiente distancia:

Schiff pensó que probablemente era verdad.

en realidad, bien pensado, ¿cómo se distinguía el Pacífico en sus costas, esa masa de agua, de su gemela a un continente de distancia?, ¿quién demonios en su sano juicio sería capaz de ver la diferencia desde las Bermudas o Tahití a menos que se tratara

de un etnógrafo o de un biólogo marino? El mar, aunque lo llames con otro nombre, sigue siendo el…

Y tal vez toda mujer también es igual que las demás, pensó:

Si uno está a suficiente distancia.

La distancia revela la forma de las cosas.

Unas semanas antes había viajado a la región de Tōhoku fuera del alcance de los bombarderos de los B-29 a prepararse para el regreso, para volver a familiarizarse con un mundo fuera de la zona de guerra, como imaginaba que seguía siendo California. Había esperado que las montañas fuesen un paisaje pacífico. En cambio, ahí el terreno le había parecido igual que el de la sierra y el recuerdo de Sunny lo perseguía. Había recalado en un *ryokan* del pueblo de Ōkura, donde, para su sorpresa, conoció a otro ojos redondos, un niño de unos seis años llamado Rafi. Era más alto que los demás niños del pueblo y también más delgado, y tenía abundante pelo castaño. Rafino parecía un pilluelo huérfano de la calle: llevaba ropa limpia y por su aspecto daba la impresión de estar razonablemente bien alimentado. Nunca había visto a un soldado norteamericano —Ōkura se encontraba muy apartado, no contaba con servicio de trenes— pero Schiff llevaba en el país el tiempo suficiente para darse cuenta de que se trataba de un mestizo, de un medio *gaijin*. Schiff había aprendido algo de japonés —lo suficiente para pedir indicaciones o una comida o sortear algunos límites ceremoniales— pero con Rafihabía muchas lagunas. Aun así, el niño siguió abordándolo. Schiff había visto cómo lo ridiculizaban los vecinos, no solo los niños sino también los hombres y las mujeres.

Una vez, cuando caminaba por el pueblo con Rafipisándole los talones, a Schiff le pareció que la corteza terrestre daba un

bandazo, como si quisiese reacomodarse y vio que el niño salía corriendo al centro de la calle en dirección al peligro y el suelo se iba deslizando hacia un lado en paroxismos líquidos durante cinco segundos antes de detenerse.

Un terremoto.

Se quedó en el centro de O¯kura y procuró serenarse. La gente había salido de los edificios bajos del pueblo parloteando en un tono que sonaba a alivio.

Rafise partía de risa.

Una mañana, un temblor también había recorrido el valle del Owens en Manzanar, y Schiff pensó que era el fin. Los californianos, los internos, se habían partido de risa, como Rafi, hasta que concluyó, dejándolos extrañamente aturdidos, como quien sobrevive a la montaña rusa.

Schiff se rio de la ironía cósmica que supondría sobrevivir a la guerra y morir en una catástrofe natural. *Deus ex machina*: la Madre Naturaleza escribe su propio chiste judío. Lo que más recordaba era la palpable dicha de Rafipor haber sobrevivido. Como si el terremoto hubiese sido su propia atracción de feria. Y el modo en que movía los brazos, como si fuesen olas ondulantes, meneando las flacuchas caderas de acá para allá para celebrarlo.

Schiff durmió en el coche, tumbado en el asiento de atrás con las piernas recogidas. El asiento era duro y el aire, frío; los recuerdos se aglomeraron a su alrededor como la manta que deseaba tener.

Rocky y Cas le habían enviado cartas de apoyo a Hawái, los audaces ringorrangos de su escritura vitalizados por sus llamativas tintas individuales. Cas le escribía sobre temas políticos y sociales y enviaba reseñas de libros, mientras que Rocky le contaba las malditas noticias de Lone Pine: los cazadores furtivos de uapitíes en la sierra, que complementaban

así su ración de carne, el repentino aumento en California de braceros mexicanos importados por Sunkist para la temporada de la fruta en sustitución de los prisioneros norteamericanos de origen japonés, la pérdida de interés de los tribunales californianos en juzgar su demanda por el agua contra Los Ángeles, todo lo cual lo achacaba por completo a la guerra. Las cartas de Rocky, preñadas de información, superaban siempre el límite fijado en tiempos de guerra para el correo aéreo y llegaban escritas en el papel hecho con fibra que rivalizaba con el de la Declaración. En su última misiva le contaba a Schiff que el doctor Arakawa de Manzanar había reunido por fin los datos que señalaban el incremento entre los internos de afecciones pulmonares, inducidas por las partículas del aire provenientes del lago Owens; las cosas pintaban bien para replantear una demanda contra Aguas de L.A. Se marchaba a pescar a la sierra una temporada. No te preocupes si no recibes cartas por un tiempo.

En plena noche tuvo un sueño inconexo y la sensación de que una mujer lo tocaba; al principio le posaba la mano en la espalda con ternura pero luego, poco a poco, iba dándole golpes insistentes, con más fuerza, como si lo empujara. «Para», había dicho, o al menos esa había sido su intención. «Sunny, para», y el sonido al pronunciar su nombre lo había arrancado del sueño.

La luz, un haz, asomaba burlona en un extremo del horizonte. Encendió un cigarrillo. El humo le supo a avena, o quizá fueran meras ilusiones. Tenía hambre. Lo único que podía hacer era bajar de las montañas después de Half Dome y dirigirse al oeste pasando por Stockton y Modesto, y buscar una cafetería antes de ir rumbo a la costa. Desayunó cuando paró a poner gasolina, huevos de verdad y café recién hecho. Apenas se dio cuenta de que el paisaje cambiaba, de montañas a colinas suavemente onduladas. A media tarde llegó a Point Reyes, un pueblo tan

insignificante que apenas parecía un pueblo, y aparcó en la calle Principal: una taberna, una tienda de comestibles, un garaje. A las tres de la tarde las calles estaban más vacías de lo que lo habían estado nunca las de O¯kura.

Siguió sentado un momento escuchando cómo se iban amortiguando los ruiditos del motor. ¿Y si Sunny no quería verlo? ¿Y si no quería saber nada de él? ¿Y si…? Recordó algo que le había dicho cuando estaban acostados en la sierra bajo las estrellas y él seguía pensado en la guerra: «No sufras por el dolor futuro».

En la Facultad de Derecho había aprendido que llegaba el día en que te pedían que pronunciaras un discurso. Y también un día, con ocasión de la muerte de un amigo o de uno de tus padres, o del nacimiento de tu hijo, o de tu primer enamoramiento, necesitarás encontrar las palabras para describir lo que sientes, para comunicar la plenitud de lo que percibes como eso indescriptible que llevas dentro, un torbellino o un fuego o una niebla o, simplemente, la forma de tu propia alma. Levántate y cumple. Y en esos momentos no querrás equivocarte. No querrás bucear en tu interior y salir a la superficie sin palabras. Querrás, porque te lo debes a ti mismo, moldear algo de la nada, ser capaz de extraer sentido del silencio, el ser del no ser. El lenguaje debería encender en la mente la mecha de la imagen, prender la cerilla que da lumbre a la vela, mover a la acción, al pensamiento. El lenguaje debería ser llamado a prestar declaración antes de que termine el noviazgo; debería cantar a los cuatro vientos, prestar juramento, profesar su credibilidad. En aquel telegrama él había perdido la voz frente a Sunny y la conversación había terminado: la palabra escrita resultó más mortífera que la hablada. Y ni loco permitiría que le volviera a pasar y por eso había dejado grabadas sus palabras en la Constitución japonesa, y por eso se encontraba ahí, de vuelta en ese estado, un estado que jamás pensó que vería otra vez:

California.

No sufras por el dolor futuro.

Se despegó del asiento del conductor y se bajó. Desde el Pacífico soplaba un viento suave. Se vio de reojo en el escaparate de una tienda, despeinado, con la chaqueta arrugada, los pantalones con pinta de haber dormido sin quitárselos. Deseó que hubiese un lugar donde asearse. Al final de la calle Principal vio un restaurante en un edificio victoriano destartalado con altas ventanas acristaladas, escalinatas que daban a unos balcones, una estructura con elementos muy dispares. A medida que se acercaba, en el porche, junto a la puerta principal, vio tres mecedoras. Subió los escalones y trató de girar el pomo; estaba cerrado con llave. Por la ventana vio un comedor con una docena de mesas y una chimenea, una barra curva al fondo; el Lou's tenía el mismo aspecto, pequeño y acogedor. Se apartó. Y entonces vio otra vez las sillas. Tres sillas. Emanaban una fuerza que a punto estuvo de hacerlo hincarse de rodillas cuando las observó más de cerca y en el travesaño superior de una de ellas vio su nombre, como un marcador de posición, tallado en la elaborada letra gótica de Rocky.

Rodeó el edificio por el costado hasta un patio trasero y una entrada a la cocina, cerrada con llave. En la ventana de la cocina colgaba una esfera de cristal transparente llena de agua, un haz de luz multicolor se refractaba a través de ella y se proyectaba en la pared. La cocina de Sunny. En el cuarto siguiente Schiff vio una mesa larga llena de libros.

El pasado nos llega en las cosas sencillas —una página escrita, una cuchara, un guante, un cuenco de agua—: gracias a las almas que las tocaron, esas simples reliquias desprenden un lenguaje liberado del tiempo, un lenguaje sin cadencia, sordo y sobrecogedor como el sonido que produce un planeta de granito

al parir las montañas, abriéndose camino a través del espacio.

Fuera, en el frente, se detuvo un autobús escolar y de él se apearon unos niños. Gritaban como posesos, niños desatados, sus voces nítidas en el aire costero. Luego uno de ellos se giró y fue hacia el porche de las tres mecedoras y en ese momento Schiff no logró recordar dónde estaba. El niño tendría unos seis años y era clavado a Rafi, pelo abundante y alborotado, ojos grandes y castaños. Sin pensarlo, Schiff lo saludó en japonés: *Konnichiwa*. Buenos días.

El niño pareció sobresaltarse, pero respondió del mismo modo.

—¿Rafi? —dijo Schiff, sabiendo que era imposible.

El tiempo había implosionado sobre sí mismo y Schiff tuvo la sensación de encontrarse en dos sitios y en dos épocas a la vez. El niño se le acercó y Schiff comprobó que era más alto que Rafi. Tenía mejor dentadura. Y vestía ropa norteamericana.

—Me llamo Emerson —dijo el niño en inglés, con la entonación plana y alargada propia de California—. Pero mi madre dice que no debo hablar con extraños.

—Tu madre tiene razón —le dijo Schiff.

—Entonces supongo que no debería hablar contigo. Al menos hasta que mi madre llegue a casa.

—Sí —convino Schiff—. O podrías conocerme. Entonces ya no sería un extraño.

En los ojos oscuros del pequeño vio los pensamientos dando vueltas.

—Nos sentaremos aquí fuera hasta que llegue tu madre. Mientras tanto, pregúntame lo que quieras saber.

Emerson subió con cautela al porche y se sentó en la mecedora más próxima a los escalones. Schiff lo siguió y se sentó a su lado.

—Esa es la silla de mi mamá —dijo el niño—. Solo ella puede sentarse ahí.

—De acuerdo —contestó Schiff—. Será mejor que la dejemos libre para cuando venga. —Se desplazó con sigilo a la última

mecedora, la que llevaba su nombre, se sentó y le preguntó—: ¿Qué tal así? Menos mal que tenéis tres sillas.

—No sé por qué —contestó Emerson—, en casa solo somos dos. ¿De qué hablamos?

—¿Qué quieres saber?

El niño se quedó callado unos instantes. Después una sonrisa comenzó a asomar a sus labios y dijo:

—Muy bien, tengo tres preguntas. Son para conocer la *vox tópuli*. Se las hago a todos.

¿La *vox tópuli*?, se preguntó Schiff. ¿No habrás querido decir *vox pópuli*? Pero lo dejó pasar. No había motivo para distraer al niño. Mejor seguirle el juego.

—¿A todos? —le preguntó—. Apuesto a que por aquí no vienen muchos *todos* a los que preguntar.

—¿Muchos todos? —El niño se echó a reír. Luego se puso serio y añadió—: Bien, allá voy. ¿Cuál es tu personaje favorito de Shakespeare?

A Schiff le dio un vuelco el corazón. Se vio de nuevo en el vestíbulo de Las Tres Sillas, desarmado por la pregunta.

—Cordelia —susurró como si al nombrarla hubiese retrocedido en el tiempo y viera a Rocky reunirse con ellos en el porche.

—¿En la luna hay un hombre o un conejo? —preguntó el niño a continuación, y Schiff notó otra vez la fuerza del *déjà-vu*. Tenía la sensación de que en aquel lugar se encontraba bajo un hechizo y no quería romperlo, no quería disipar lo que estaba pasando.

—Un conejo —dijo, y sonrió cuando Emerson le hizo la última pregunta.

¿Cuál dirías que es el alimento perfecto?

El aguacate, quiso decir Schiff, como había hecho Sunny hacía tantos años. Pero antes de que pudiera contestar, vio a una mujer bajando la calle no muy lejos, seguida de un perro.

Llevaba el pelo corto, un vestido amarillo y botas de goma verdes y tiraba de un carrito rojo repleto de verduras de granja.

—¡Mamá! —gritó Emerson, corriendo escalones abajo para ir a su encuentro.

El silencio se apoderó de Schiff. El lenguaje tiene vida y es tan antiguo como el agua, lo sabía, sin embargo, al ver a Sunny acercándose a él, se quedó sin palabras.

La rendición incondicional, eso es el amor, no las condiciones del tratado de una derrota.

Ella se arrodilló y habló con el niño mientras el perro correteaba alrededor de los dos. Se incorporó y fijó la vista en Schiff.

—Sunny —dijo, pero su voz fue apenas un murmullo. Ella había acudido a él en el dolor, con amor, y él no había estado a la altura. VUELVE, le había pedido, como si la guerra hubiese sido una gran distracción de la que pudiera alejarse cuando ella lo necesitaba.

—Sunny —susurró de nuevo.

Ella negó una vez con la cabeza, luego se dio la vuelta y mirando al niño y al perro dijo:

—Emerson, ¿por qué no vas con Esco al patio de atrás?

—¿Esco? —preguntó Schiff. No era así como quería empezar.

—El perro se llama Escoffier.

Sunny arrastró el carrito a la parte de atrás, siguiendo a Emerson y al perro. El niño le lanzaba palitos a Esco en el patio cuando Schiff los alcanzó. Sunny abrió la puerta de la cocina, sacó una brazada de zanahorias y las entró.

Cuando volvió a salir él no se había movido. Ella se agachó y recogió la lechuga francesa, los dientes de ajo, las mazorcas de maíz, las espinacas.

—Verás —dijo Schiff—, sería más fácil si… —Pero por la mirada que le lanzó ella, deseó haberse mordido la lengua.

—¿Más fácil si qué? —preguntó—. ¿Cómo podría hacerte la vida más cómoda?

Schiff agarró el resto de la verdura del carrito y la llevó a la cocina. En el fogón había una olla de unos treinta litros de agua. Sunny encendió el quemador con un fósforo y la puso a hervir. La cocina olía a carne guisada y al aroma terroso de los productos recién cosechados.

—El personal no aparece hasta las cinco —dijo ella—. Faltan menos de dos horas. El primer servicio es a las seis y media. Así que si creía que podía ayudarme, señor Schiff…

—Claro que sí, señorita Rhodes —dijo él con sarcasmo—. ¿Qué quiere que haga?

Sunny evitó la pregunta, abrió el refrigerador y empezó a mover bandejas.

—Échame una mano con esto.

Lo dijo en voz tan baja que Schiff no estaba seguro de que le hubiese hablado. Le señaló una olla sopera, así que la ayudó a forcejear con ella para sacarla del refrigerador y colocarla en el fogón. El caldo que contenía era traslúcido, como el de pollo, pero olía a mar. En la olla flotaban trocitos de algas.

—Enciende el quemador delantero y ponlo a fuego bajo —le ordenó. Como él no se movía ni contestaba, añadió—: Vamos, a eso llegas.

—¿Lo de aquí dentro es…? —preguntó él.

—*Dashi* —murmuró ella—. Aprendí a prepararlo con las mujeres. Te acordarás. Venían a Las Tres Sillas.

Siguiendo las instrucciones de Sunny, hizo varios viajes a la despensa del sótano. Al fondo del patio había un pequeño ahumadero, donde Schiff encontró salmón y pechuga de oca que Sunny servía como *carpaccio*. Trabajaron juntos en silencio. Ella evitaba mirarlo a los ojos y entablar conversación.

Sobre las cuatro de la tarde, Sunny llamó a Emerson; conversaron brevemente y el niño salió otra vez. Schiff la observó glasear una bandeja de *poulets* con *dashi* y meterlos en el horno. Sacó tofu del refrigerador y se puso a cortarlo en

dados. La observó preparar una salsa de *dashi* y distribuir el tofu en unos cuencos pequeños, dos trozos en cada uno, y esparcir encima cebollino cortado.

Sunny levantó la vista y lo pescó mirando.

—¿Qué? —dijo, y como él no contestó, siguió con lo que estaba haciendo.

Emerson regresó, solo.

—¿Y Char? —preguntó Sunny—. Te he pedido que fueras a buscarla.

—Está enferma —contestó el niño.

—No puede estar enferma. La necesito. Pie no puede arreglárselas sola.

Pie, Schiff la recordaba. «Ella dice usted ir.» La primera vez que había hecho lo que Sunny le pedía, acudir cuando lo mandó llamar.

—A lo mejor puedo ayudar yo —se ofreció.

—Es la chica contratada —le explicó Sunny—. Charlotte. Es del pueblo. Me ayuda a recoger las mesas y a lavar platos. Al parecer se ha puesto enferma.

—Bueno, pues yo estoy aquí —le dijo Schiff.

Sunny le lanzó una mirada asesina.

—Ahora sí —le dijo—. Bien, ¿quieres ayudar? —Señaló las cacerolas en el fregadero doble—. Si no recuerdo mal, sabes fregar platos. Empieza con esas.

El servicio fue como es siempre: un baile complejo y familiar. En general, los dos se mantuvieron a prudente distancia, pirueteando de la cocina al comedor y vuelta a empezar.

A las nueve y media, habían recogido los últimos platos y los clientes se habían marchado. Schiff dio una vuelta por el comedor para recoger las tazas de café y los platos de postre. Le dolían los hombros, llevaba el delantal manchado de comida. Sunny apenas le había hablado en toda la noche, se había

limitado a decirle qué hacer y cuándo hacerlo, y él había obedecido todas sus órdenes: lavó, secó, emplató, sirvió. Era como si los dos conocieran los pasos, los movimientos, el modo en que una parte del proceso cede paso a la siguiente. Pie se marchó a su casa cuando las mesas quedaron recogidas; apenas lo había saludado con una seca inclinación de cabeza al empezar su turno. Sobre las ocho Emerson apareció para dar las buenas noches. Cuando el pequeño se marchó, se quedaron solos.

—¿Me desatas? —le pidió Sunny. Le dio la espalda y esperó.

Schiff vaciló antes de acercarse a ella. En toda la noche no le había dado muestras de que quisiera saber nada de él, aunque los dos eran conscientes de que necesitaba su ayuda. Podría haberse desatado el delantal sola sin ningún problema, pensó; imposible que estuviese tan cansada ni tan dolorida. Aferró con los dedos las cintas blancas del delantal, tiró de una de ellas y desató el lazo. La tela se desplegó, como una vela o las alas de un pájaro.

—Gracias —le dijo, y se quitó el delantal.

Schiff se quitó el suyo y lo colgó cerca del fregadero.

—Gracias por la ayuda de esta noche —le dijo Sunny, la voz más suave por primera vez. Ni lo miró ni apartó la vista, se limitó a fijarla a media distancia, como si estuviese recordando algo del pasado de los dos. Estiró un hombro y lo hizo crujir y por fin lo miró a los ojos como si acabara de tomar una decisión y le preguntó—: ¿Te apetece una copa de vino?

Schiff asintió sin palabras, ella fue por una botella y dos copas, y mediante señas le indicó que saliera de la cocina y fuese al cuarto de la mesa larga. Allí, Sunny se sentó en uno de los dos sillones orejeros tapizados y le indicó que ocupara el otro. Sirvió el vino, se desató los zapatos y se los quitó. Se hizo el silencio.

Llevado por sus intenciones caninas Esco se coló y apoyó la cabeza en el regazo de Sunny. Ella empezó a acariciarlo detrás de las orejas, dejando en su pelambre un dibujo de círculos hasta que el animal se relajó y se sentó junto al sillón de su ama. Ella

levantó la vista hacia Schiff:

—Pensé que no volverías. Ojalá no hubieses tardado tanto—. Tomó un sorbo y se pasó una mano por los ojos—. Te necesitaba. Me decepcionaste.

Listo, era cuanto podía decir.

—Hice todo lo que pude. Fui al apartamento de Stryker. —Ella no levantó la vista, pero tampoco le indicó que callara—. La Marina tuvo que enviar a alguien para que me abriera la puerta. Entramos, inspeccionamos todas las habitaciones en busca de… no lo sé, de pistas. No encontramos nada, o nada que nos dijese qué había pasado. Lo que sí encontré fue el bote con tierra de Las Tres Sillas, el que tú le diste.

—Sí, le di esa tierra —dijo ella al recordarlo—, la noche del elefante.

Sunny se levantó y observó las copas vacías.

—Yo también tengo uno —dijo, señalando un bote del estante de encima de la barra—. Recogí la tierra el día que me fui de Las Tres Sillas. Es lo único que guardo de ahí. No creo que vuelva.

—Ya no queda nada —dijo Schiff.

—Está mi padre —dijo Sunny—. Aunque nunca lo encontramos.

Schiff se puso de pie y fue hacia ella, pero chocó con un muro de silencio, de modo que se dirigió a la mesa. Vio pilas de libros en varios idiomas, alemán, español, sueco, italiano, latín, griego… y una serie de libretas de cuero francesas, todavía envueltas en papel de seda salvo por las usadas, que llevaban la etiqueta en tinta violeta, MA CUISINE, Volúmenes 1, 2 y 3:

El libro de cocina que Lou estaba escribiendo cuando murió:

El legado que Sunny había llevado consigo desde Lone Pine.

Además de esto, se dijo él.

Reza una plegaria silenciosa por la fuente y luego sirve, le había dicho Sunny la primera vez que se metió con él en la cama.

Sus aforismos culinarios.

Nunca intentes hervir dos veces un huevo cocido.

Sunny se frotaba los pies y él acercó un poco más su sillón.

—Anda —le dijo—, deja que te ayude. —Ella se reclinó y cerró los ojos—. Emerson, tu niño —prosiguió mientras le masajeaba los músculos—, me ha preguntado cuál era para mí el alimento perfecto. Como en los viejos tiempos.

—Te he echado de menos —reconoció ella al fin, y los ojos se le llenaron de inesperadas lágrimas; luego endureció otra vez el gesto, como si acabara de revelar demasiado. Aquellas palabras lo tomaron por sorpresa y volvió a mirar las libretas.

—¿Son las recetas de tu madre?

—Ahora son mías —dijo Sunny—. Nuestras. Mías y de ella. —Se concentró en el techo para recuperar el control de sus emociones—. Veinticinco años después de probarlo por primera vez, la gente todavía recordaba el *mole** que hacía mi madre, con aroma a *piñones*,* *chile ancho*,* chocolate. Recordaban su *menudo*.* Su sémola de maíz con miel de nueces. Su carne de venado con crema. Las codornices asadas al carbón. Su pastel de chocolate con glaseado de aguardiente. Las recetas no seguían un orden, así que las copié en fichas. —Sunny se levantó y se puso a barajar el montón de fichas—. En algunas constan los ingredientes, pero no las medidas, ni la descripción del plato terminado. Algunas son como listas de la compra, patatas, cebolla, dos puerros, zanahoria, s + p, lomo de cordero. Algunas llevan instrucciones, pero no traen los ingredientes. Algunas suenan a almanaque antiguo:

LUNA, menguante
Plantar tubérculos.
NO preparar mermeladas, esperar a la luna creciente
El azúcar se disuelve mejor en menguante.

—¿Me las enseñas? Quiero verlas —le pidió, se acercó a ella y

cogió una ficha.

Las palabras estaban en inglés, en tinta violeta desteñida sobre papel amarillento.

De todos los encuentros fortuitos sobre la Tierra este es el mayor de los milagros:

RECETA DEL AMOR

Humano + Humano (H_2) + O O, el círculo de la Vida
Conocerse a sí mismo Buscar a otro Añadir agua
Disolver en luz estelar
Dejar que rompa el hervor Cocer a fuego lento

Aspirar
Dejar crecer.

*

La primera vez que ella dejó la tierra fue para ir en busca del cuerpo de su padre.

Stryker había volado:

se había elevado en un momento de su vida en el que volar era lo más estimulante que había hecho… antes que todas las demás cosas que viviría para arriesgar, antes que el alcohol y el tabaco y el sexo, antes que la brillante y definitiva toma de conciencia de que se moría.

Cuando el guarda forestal llegó con Escarlata O’Hara loca de rabia con un bozal de cuero, metida en una jaula hecha un asco, apestando a heces y a miedo, lo primero que hizo Sunny fue ir a buscar agua para la perra. Estaba sola en Las Tres Sillas y se sentía patológicamente incapaz de juntar las palabras que el

hombre le decía —ni sus gestos, ni las expresiones casi payasescas de sus cejas— para darles una forma que se acercara siquiera a explicar por qué la perra de su padre se encontraba en un desorden psíquico tan atroz. *¿Qué le ha pasado? ¿Dónde la ha encontrado? ¿Por qué está enjaulada*?, repetía Sunny mientras intentaba convencer a la perra para que bebiera, hasta que el guarda forestal, claramente tan desesperado como ella, se marchó y a la media hora regresó acompañado del doctor Arakawa desde el otro lado de la carretera.

Los hechos eran los siguientes:

El guarda forestal estaba patrullando a caballo por donde se encontraba el campamento de Rhodes cuando a lo lejos oyó un disparo y después los incesantes ladridos de un perro. Encontró a Escarlata fuera de la cabaña, corriendo de una punta a otra de la orilla, y la barca de Rocky en medio del lago. Con los prismáticos vio dos sedales puestos, pero ni una señal de su dueño. Dos mulas y un caballo en un aprisco. La cabaña estaba abierta; dentro, en el armero cerrado con llave, cuatro escopetas.

—¿Había ido a cazar? —Al parecer el guarda forestal necesitaba saberlo.

—No caza. Las escopetas están ahí por los osos.

El guarda seguía emitiendo las pistas contradictorias de un extraterrestre cósmico y ella le ofreció una taza de café para que se relajara. Al final, el doctor Arakawa le tocó el brazo y le dijo sin rodeos:

—Sunny, las pruebas apuntan a que algo debió de ocurrirle a su padre.

—Es imposible.

—Los guardas quieren portear una balsa de goma para tratar de llegar a la barca de su padre y ver qué encuentran.

—Iré con ellos, no hace falta portear nada, tenemos una balsa de goma en la cabaña…

—Pidamos…, pidámosle consejo a su tía…

Sunny se había dado cuenta de que le hablaba muy despacio:

—¿Dónde está la otra señorita Rhodes?

—En Bakersfield, con Lyndon. Inspeccionando las propiedades de los internos. —Y fue una suerte, la única en muchos días, que siguieran en el hotel cuando Sunny telefoneó.

Lyndon mandó una avioneta desde Bakersfield que aterrizó en el aeródromo de Manzanar en menos de tres horas y los llevó al lago de las montañas. El piloto era una mujer que se presentó como Gloria, y Sunny se sentó a su lado para indicarle el camino, leyendo los reducidos puntos de referencia del terreno, como si fuesen anotaciones en el mapa que tenía desplegado entre las manos: los tejados de Lone Pine dieron paso a caminos y senderos diminutos y a árboles de juguete idénticos singularmente irreales. Aquello que habitualmente le resultaba tan arduo de recorrer por tierra había tomado veinte minutos por el aire, y antes de que Sunny hubiese acomodado su perspectiva a la imponente altura, ya estaban sobrevolando el agua azul, y allá abajo la barca de Rocky parecía un juguete más. Gloria pasó varias veces para ir acercándose más y más hasta que el sombrero de Rocky adquirió tamaño humano y Sunny alcanzó a ver los compartimentos cuadrados de la caja de aparejos de su padre.

Quedaba claro que Rocky había estado en la barca —su sombrero estaba ahí; y, como había dicho el guarda, había puesto dos sedales— pero no había dónde aterrizar, ni espacio en la estrecha orilla, de modo que, rompiendo las silenciosas elucubraciones en las que habían estado enfrascados desde el despegue, Sunny cedió al razonamiento prudente de Lyndon y regresaron a Lone Pine para reagruparse. (Sunny había querido saltar del avión al lago junto a la barca de su padre para buscarlo.) Volvieron a subir a la montaña con intenciones y vestimenta sensatas al día siguiente, al amanecer. Gloria los depositó sanos y salvos en un prado a un par de kilómetros de la cabaña, y de ahí fueron caminando los dos —Sunny y Lyndon—

para reunirse más tarde, ese mismo día, con dos guardas que se desplazaron a caballo desde la estación de Lone Pine.

Ni rastro de Rocky.

Nada.

Fueron remando en la balsa hasta la barca y regresaron a la orilla en ella después de colocar una boya (el motor fueraborda arrancó a la primera) pero no encontraron más pistas que el sombrero y unas salpicaduras de sangre en la proa, una bruma aleatoria, como una nebulosa, que podía proceder tanto de la pesca como de cualquier otra fuente de violencia. Sunny insistió en recorrer a pie la orilla del lago y comprobar si encontraban algo. Uno de los guardas trató de disuadirla, señalando (con todo lujo de detalles) que aunque el lago tenía mareas (toda el agua estancada de la Tierra es cautiva de la fuerza gravitacional de la luna, le había dicho, incluso el agua subterránea, como la de los pozos artesianos…), la influencia de estas no era tan profunda en los lagos como en los mares y era altamente improbable que aflorara algo del fondo…, y siguió y siguió hasta que Lyndon le pidió que se callara de una puñetera vez. Él y Sunny rodearon el lago a pie (tardaron cuatro horas) y después Sunny lo recorrió de nuevo, sola y a caballo. Ni una huella; ni siquiera de osos. Solo la boya flotante —de un rosa horrendo— en medio del lago, falso y descarado satélite que le recordaba dónde había estado su padre por última vez.

Al cabo de tres días dejaron de buscar.

El doctor Lake quería sacrificar a Escarlata pero Cas —que no era persona de «animales» en ningún sentido de la palabra— se opuso («¡Basta de muertes!») y se ocupó de la perra, que, en cuanto quedaba libre de sus ataduras, salía disparada hacia el lago, donde su amo había estado por última vez. El doctor la sedó y cuando estuvieron otra vez todos juntos en Las Tres Sillas, Lyndon la había calmado y cuidado como había visto

hacer a su amigo Kai-san con sus reses de Wagyu. Los cuatro —más los otros perros intermitentes— fijaron su residencia en el Gran Salón, y nadie pegaba ojo. Cas estaba siempre pendiente de que Sunny no cayese en aquel estado de desesperación pasiva en el que la había sumido la traición de Jeis, y Sunny estaba siempre pendiente de apreciar en su intrépida tía alguna insólita vulnerabilidad: Rocky era su hermano gemelo, maldita sea, lo conocía de toda la vida, a santo de qué se atrevía a marcharse así… Todos temían decir algo que pudiera disgustar a los demás; por perverso que pareciera, eso los mantuvo fuertes, y Finn, el empático de Finn, fue la caja de resonancia perfecta para sintonizar el dolor de todos. *Supongo que deberíamos revisar sus documentos*, alguien —Cas— dijo al fin. Aun así lo fueron postergando porque entrar en las habitaciones de Rocky era admitir que no volvería.

Las habitaciones del fantasma, era como Stryker llamaba el ala de la casa ocupada por su padre (lo cual era injusto, porque no había en ellas nada de fantasmal, pero Sunny sentía que estaban embrujadas por un pasado aparte y una vida distinta, la vida matrimonial de sus padres, que ni ella ni Stryker recordaban). Sunny había estado ahí por última vez cuando su madre seguía viva; Cas había entrado por última vez a las pocas semanas de la muerte de Lou.

Cuando Rocky empezó a soñar con la casa, aquellas habitaciones habían sido su corazón: una suite matrimonial contigua al Gran Salón; una biblioteca/estudio (convertida en cuarto de los niños cuando nacieron Stryker y Sunny), tres escalones más abajo se encontraba el dormitorio (con baño incluido), cuyas puertas cristaleras de la pared sur conducían a un jardín cercado con un portón con cerradura que daba directamente al huerto más grande de la cocina. Lou podía levantarse por la mañana e ir andando del dormitorio a la cocina a través del jardín y el huerto, evitando los pasillos y otras

habitaciones. Tenía mucho sentido: ella y los bebés podían pasarse en aquel edén días enteros recluidos —excluidos— del gran mundo. Los portales llegaron después (aunque fue la primera ala construida, para albergar a los trabajadores), Rocky nunca tuvo la intención de dedicarla al servicio doméstico hasta que Sunny y Stryker fueran suficientemente mayores para contar con cuartos propios. Pero cuando Cas, Sunny y Stryker se trasladaron allí (antes de que Stryker se mudara a la casita) los portales ganaron importancia, no solo por quienes vivían en ellos sino porque daban acceso directo a la cocina. Ahora todo el mundo iba pasillo abajo, pasaba por el comedor hasta los portales y entraba en la cocina. Sunny incluso había olvidado que había un camino que iba desde el huerto de la cocina al dormitorio de sus padres porque el portón llevaba tanto tiempo cerrado con llave que ni recordaba que del otro lado había algo más. Las diversas *tías* (Lupe y compañía) entraban a lustrar y quitar el polvo pero, desde sus días a caballo, Rocky siempre había sido un hombre sistemáticamente limpio, organizado en su compostura y su *toilette*, y que apenas necesitaba que las mujeres de la casa quitasen las pelusas. De hecho, seis meses antes Pie le había contado a Cas que Rocky había dejado de dormir en la cama y, por las pruebas que pudo reunir, prefería pasar las noches, incluso las frías, bajo el brillo de las estrellas, suspendido en la hamaca del jardín del dormitorio envuelto en un sarape.

Moi, j'y marche…, dijo Cas al fin, y se puso de pie. Dirigiéndose a Sunny preguntó: …*avec toi*?

Qué extraña experiencia: al vivir en una casa tan grande hay cuartos que no pisas en la vida, cuartos que escapan a tu memoria.

Sunny se detuvo en el umbral: solían jugar ahí, en el suelo, ella y Stryker, guardaba vagos recuerdos de las dimensiones del cuarto, de su luz, del popurrí con aroma a tierra…

Había dos sofás enfrentados —más pequeños que los del Gran Salón— con una mesita en medio que Rocky había transformado en una especie de escritorio de campaña de su centro de mando donde tenía desplegados sus expedientes contra Aguas de Los Ángeles… Alfombras navajas cuyos dibujos Sunny recordó con un sobresalto…., estanterías de libros del suelo al techo y, en una mesita auxiliar, debajo de una lámpara con pantalla de cuero, la pila de libros de derecho donados por Schiff, que Rocky, sin duda, había tenido la intención de leer detenidamente.

El dormitorio, que daba al estudio, no era en realidad femenino sino femenino por comparación; la cama —como todas las camas de Las Tres Sillas, incluso la de Sunny en su habitación de encima del restaurante— era enorme, construida para altos, encargada especialmente en su día por Rocky (media docena de ellas) a un fabricante de colchones especializado en, literalmente, camas extragrandes para hoteles. Las sábanas de damasco francés de Lou cubrían aún sus contornos y sus almohadas cuadradas de tamaño europeo adornaban el cabecero. Allí también había estanterías del suelo al techo, a ambos lados de la cama, detrás de las lámparas de lectura de las mesillas de noche. Para Sunny era el lugar más privado de toda la casa. Solo Escarlata bajaba hasta allí, se subía a la cama y daba vueltas y vueltas y más vueltas en un vano esfuerzo por detener el torbellino de su vacío, después olisqueaba una zapatilla de fieltro de Rocky que había debajo de la cama y se acostaba.

Lyndon —otro hombre pulcro y metódico— juntó los papeles de Rocky en pilas ordenadas y lo trasladó todo al Gran Salón. Su testamento, un testamento, no estaba en duda —Sunny no iba a cuestionar que la mitad de todo debía ser para la mujer y los hijos de Stryker—, ni una sola vez se refirió a Las Tres Sillas más que como el acervo sucesorio de los herederos, siempre en plural. Lo que sí estaba en duda, y que ella comenzaba a percibir

como una fuerza emergente que no lograba controlar, era qué hacer con todo aquello, con todas las cosas que representaban a Rocky, sus disputas con el mundo, su huella en él, la magnitud de sus sueños, de sus ambiciones… La atracción de Rocky por el Oeste había llevado a sus hijos a sentir la misma atracción y a quedar sometidos al poder del lugar; todo en Las Tres Sillas había girado en torno a Rocky, que era su centro, y ahora ella empezaba a sentir que el centro no podía sostenerse si no mediaba un esfuerzo de su propia voluntad. Y no puedes salvar lo que no amas.

—Aquí cuento… diez, once, doce juicios diferentes… —dijo al fin Lyndon—, ante tres tribunales distintos. Con cuatro bufetes distintos. En todos ellos Rocky es el único demandante. Todos contra Los Ángeles…

—No sé qué hacer —dijo Sunny.

—¿Qué pasa con un juicio cuando el demandante… fallece? —preguntó Cas.

—Puedes llevarlo adelante en calidad de heredera —le dijo Lyndon a Sunny—. Cualquiera de nosotros podría hacerlo…, pero creo que casi todas las demandas se refieren en concreto a la finca, a Las Tres Sillas…

—¿Podríamos ganar alguno de esos juicios?

Fue Sunny quien preguntó.

—No soy abogado —contestó Lyndon tras encogerse de hombros.

—Necesito a Schiff.

Entre los demás papeles había un expediente con la etiqueta de STRYKER que contenía la correspondencia de Rocky con los administradores de los campos de reasentamiento referida a la localización de Suzy o su tía y de los dos niños; las cartas más recientes confirmaban la existencia de al menos siete mujeres apellidadas Komoko en tres campos distintos (aunque ninguna

tenía Suzy como nombre de pila ni como apellido de casada Rhodes).

Los tres estaban pensando lo mismo, de modo que Sunny lo preguntó en voz alta:

—¿Cómo es posible que no se haya puesto en contacto con nosotros para pedir su parte, lo que le corresponde?

Porque la han deportado a Japón, esa era la única respuesta.

O porque ha muerto.

—¡Sunny!

—Lo siento, Cas…

—Nuestro estado de ánimo es morboso, lo entiendo… Pero ni se te ocurra repetirlo.

—A lo mejor nunca le contó a su mujer nada de…, de esto —trató de explicar Lyndon.

la última propiedad
de la sed
es
la evaporación

Luz plomiza en las alturas. En esa época del año, el sol salía tarde sobre la sierra y se ponía temprano detrás de las montañas del parque nacional. La luz rebotaba entre las paredes montañosas como un rayo de sol en un salón de espejos, atormentada, como algo vivo atrapado en una caja. Desde la barca Rocky observó detenidamente las cimas de alrededor para ver si el destello se repetía.

Echó un vistazo al cuchillo y al palo que tenía en las manos. ¿Cuándo había empezado a tallar? Por los caminos, cuando exploraba la región para su padre, invadido por la añoranza y la soledad. No tenía nada que hacer mientras estaba sentado a la luz de la hoguera. No tenía nada que hacer bajo las estrellas. Coger un palo. Coger una nada y convertirla en algo. Como su padre, que hizo lo mismo con un ferrocarril. Tallar un nombre, forjar una fortuna; o bien, en el caso de Rocky: tallar sin más.

Recordaba dónde había comprado el cuchillo: en una tienda de empeños de Nueva York, a los doce años, en una de las muchas ocasiones en que planeó fugarse de casa. Un cuchillo de callejón, lo había llamado el prestamista, más largo que la mano de Rocky, y el hombre se había negado a sacarlo de la funda hasta que él estampó en el mostrador un billete de veinte dólares y con su voz de tenor, quebradiza y adolescente, dijo: «Depósito sin reembolso. Se lo queda si me voy».

No en vano había escuchado todas las noches cómo regateaba Punch, el lenguaje que usaba cuando hablaba de negocios.

—¿Para qué quiere un chico como tú un cuchillo de callejón?

Para que me haga compañía, lo sabía incluso entonces:

Algo que lo tuviera ocupado.

Qué idiota eres, lo había abochornado Cas: búscate una novia, búscate un trabajo. Apúntate a un coro. No te compres un

cuchillo.

El prestamista se había equivocado, no era un cuchillo de callejón. En el mango llevaba incrustada una pieza de marfil en la que habían tallado el nombre del navegante: STRYKER. El nombre de su hijo sonó por un momento en el agua.

A lo lejos, vio sombras azul oscuro grabadas en la nieve que cubría la pendiente granítica del monte Whitney, y entonces, en un instante explícito, el cielo se abrió y Rocky divisó la totalidad: el resplandor rojizo contra la parte superior de un continente. Los colores que goteaban de su cima eran todos en tonos pastel; no eran los colores que uno aplicaría a la tierra a menos que fuese Monet, Degas, Cézanne. Lou los habría llamado colores sorbete —cereza, rosa, melón, *framboise*—, sorbetes derritiéndose que goteaban sobre el cono invertido de la montaña.

«Luz margarita», lo llamaba también, algo que cobraba la forma del reconocimiento cuando la risa, insonora, encuentra su alma en los ojos. El paisaje entero es un lugar para los sueños, habría dicho ella. Y ahora él se daba cuenta de que era cierto: a aquella altitud, la superficie del mundo se encontraba muy cerca del cielo. Notabas efectos que no se producían más abajo: el rayo globular. La ceguera de la nieve y el paseo por las nubes. Te ha tocado vivir un tiempo diferente, o vivir el tiempo de otro modo, un tiempo que no transcurre al ritmo del valle, un tiempo que se expande y te deja caer en la oscuridad o te entrega a la luz. En una ocasión, a última hora de la tarde, había observado una nube aproximarse como una oveja negra y acto seguido había notado que le crepitaba el pelo y soltaba chispas.

Levantó el cuchillo. Debajo de sus pies la barca se meció como una hoja.

Stryker había cometido el error de creer que el objetivo de la pesca era capturar peces, cuando la idea era atrapar el tiempo: el tiempo como agua, el tiempo como luz, el tiempo como sustancia fluida, que avanza y retrocede.

Últimamente Rocky había empezado a hacer algo que no había hecho nunca: capturar un pez y soltarlo. No porque las reservas estuviesen mermando (no era el caso), no porque en el lago se pescara en exceso (tampoco era el caso). Ni siquiera porque, tras perder los dedos, le costara atar los cebos. No. Era porque había empezado a estar en íntima comunión con algo en el ojo de cada pez, a imaginar algo allí en la luz detrás del ojo, debajo de la carne, y había empezado a intuir algo compartido. Nadie te cuenta jamás lo que sentirás la primera vez —y todas las demás— que destripas un pescado. Por un lado, sorpresa. Es un campo de colores. Además, nunca sabes lo que te vas a encontrar dentro, lo que el pez ha desayunado (peces más chicos), lo intensamente fértiles que son algunas madres, sus huevas rojas, rosadas, doradas, como fruta jugosa, henchidas y dispuestas como sexo puro.

Nadie te cuenta jamás cómo escapa el calor de los seres vivos, cómo la temperatura de los peces al morir escapa en el aire, un vapor, suelta su historia genética en una nubecilla que se disipa y se eleva a veces en todas las direcciones al mismo tiempo y a veces de lado, hacia la nada.

El pescado de agua dulce huele a yodo, a algo frío y elemental, casi metálico.

Huele como el agua.

Como el agua que fluye por debajo o por dentro de cada vida. Lou lo había tachado de romántico, pero no era cierto, no era romántico respecto al agua, sino que la consideraba una necesidad. Vernos reflejados en la naturaleza (la visión romántica) es convertir la naturaleza en nuestra sierva, y Rocky sabía que no era así. Thoreau también.

En relación con ciertas cosas era menos que romántico, cosas que, como persona realista, consideraba falsificaciones, cosas que incluso lo volvían cínico: los muchachos del agua y los largos tentáculos de la ciudad innombrable.

Pero en su sangre también fluía una lírica: LOU.

Si acompasaba el aliento, todavía oía el sonido del fuelle que respiraba por ella, todavía veía la leve caricia de los pies de Stryker en la parte inferior del pulmón de acero de su mujer, pero ya no podía ver su perfil.

Antes se le aparecía en sueños, pero la verdad era que llevaba veinte años sin soñar. Primero por la pena de haberla perdido y después por miedo a encontrársela mientras dormía y volver a perderla al despertar.

Y luego por la costumbre de pasar la noche con un ojo abierto, atento a cualquier travesura de Stryker. En Las Tres Sillas no había tenido esa preocupación porque ¿adónde iba a ir su hijo? Pero ahí, en el campamento y en sus viajes, Rocky había permanecido despierto para proteger la vida de los dos.

No puedes salvar lo que no amas.

Pero ¿y si el amor no te salva a ti?

Había amado a Lou y ella lo había dejado. Había amado la tierra y había visto cómo se agostaba y se combaba, cómo aprovechaban el agua y se la robaban esos de… no le gustaba ni pensar en el nombre. Los Ángeles.

No puedes salvar lo que no amas; y aunque levantes una fortaleza alrededor de tus seres queridos, la vida se acercará a ti y a ellos en modos que jamás has imaginado, toda tu fe no bastará para salvar a las personas y los lugares más cercanos a ti. Lo sabía, lo había aprendido, de vivir en ese valle, de vivir en California, cuya primera prueba de supervivencia no va dirigida a tu estómago sino a tu sed, a tu alma.

Quienes venían del este habían traído expectativas del este —memoria celular residual—, que la lluvia caería con regularidad, que la lluvia, según la promesa bíblica, era una función natural del cielo, y por aquí el cielo está en todas partes, el cielo es el maldito aire que respiras, el suelo por el que caminas, las nubes a las que te enfrentas a diario. Después había llegado más gente, él entre otros, con la idea de que con el agua subterránea…, lo único que había que hacer era perforar un pozo, apartarte un

poco y bombear. Por aquí no había nada más que tiempo y espacio. La existencia se convertía en el espacio entre la lluvia y tú.

¿Cómo encierras un paisaje inmenso dentro de la cognición? ¿Cómo ser Einstein? Cuando Rocky observaba las cosas, veía su superficie; cuando Einstein observaba las cosas, veía sus frecuencias.

Él nunca llegaría a ser Albert Einstein —¿quién podría?— pero trataría de avanzar hacia una dicha acorde con la de Einstein, acorde con el despertar por las mañanas diciendo *gracias, gracias* por este problema, este despliegue, este universo, esta tirada de dados, esta oportunidad de estar vivo.

Una noche, mientras miraban la luna, Rocky le había preguntado: si pudiera viajar hasta allí y regresar a la Tierra, ¿qué traería?

No hay nada que traer, le había respondido Einstein: una roca.

La verdadera pregunta es: si pudiera viajar a la luna y tuviese que quedarme allí, ¿qué me llevaría?

Wasser. Agua.

Aquí Rocky oía el agua, veía el agua, el fantasma del agua, la sombra del agua: hielo en las montañas, vapor en las nubes.

Igual que las montañas, la verdad surge de la resistencia. La honestidad de las cosas está en su límite de resistencia.

A Rocky no le importaría pasar a la historia como el hijo de puta que había peleado contra la condenada ciudad de Los Ángeles, por principios. Si un hombre debía pasar a la historia siendo conocido por algo, que te conocieran por defender unos principios no estaba tan mal, aunque él prefería pasar a la historia por haber amado a una mujer la mayor parte de su vida.

Allí era a donde solían ir, a llenarse los pulmones con los vapores del lago, como si el lago estuviese respirando, como si ellos y el lago compartiesen un único aliento. Cuánta historia encerraba ese lago: una página líquida en la que se había escrito

el relato de su familia. No puedes salvar lo que no amas, pero los lagos han nacido para desaparecer. No puedes salvar lo que no amas, pero a veces —la mayoría de las veces—, tampoco puedes salvar lo que amas.

Estarás a favor o en contra de esta tierra, pero nunca dejarás de ser parte de ella. Ella nunca dejará de ser una parte de ti. Cuando llegas a estas montañas colosales desde tu llana tierra natal (Manhattan) debes aprender a redimensionar el mundo conocido y a improvisar a la hora de medir las cosas en la naturaleza, medir el mundo natural en comparación contigo para averiguar quién eres, a diferencia de medir tu subida en un ascensor, obra del hombre, hasta la azotea de un rascacielos para medir lo que has ganado, lo alto que has llegado y dónde estás (artificialmente). La cuestión era —la cuestión era— mantener algo salvaje en tu vida. Las malas tierras producen buenos soñadores del modo en que los granjeros de Nueva Inglaterra producen buenas vallas con sus terrenos pedregosos. Antes de aquerenciarte conoce tu tierra, analízala, sopesa ese amplio horizonte siempre prendido a tu mirada acerada. Contempla el titilar de las sombras alrededor de una fogata. Ama a una mujer, sostenla como sostienes agua pura en las manos. Ámala hasta el día que mueras.

Lo que recordaba ahora era estar ahí con Stryker y el vaho que se desprendía de la espalda desnuda de su hijo. El calor del cuerpo de Stryker evaporándose en el aire más frío como la aureola de un santo desvaneciéndose en el cielo. Lo que recordaba era a Stryker cuando se puso de pie y saltó de la barca —de esa misma barca— con un solo movimiento fluido, aunque todavía no había aprendido a nadar.

La mirada de Stryker: profundidad poblada de fantasmas. Por otro lado, el chico siempre había sido inescrutable. Dispuesto, incluso de niño, a superar cualquier abismo, todos los abismos entre él y lo desconocido, entre él y lo invisible, entre él y lo divino.

Rocky se había distanciado del Dios de su infancia mucho antes de la muerte de Lou, pero la poca fe que le quedaba —en la tierra, en la memoria, en el principio de lugar, en eso salvaje que sentía a su alrededor y en su interior— se había calcificado al irse ella. Sabía de algunos hombres que llevaban historias encerradas en su interior: se los había cruzado en los caminos, en bares, en campamentos, y cuando trataba de hablarles, guardaban silencio. Él se había vuelto igual, lo comprendía ahora, llevaba una historia encerrada en su interior.

Se estaba convirtiendo en un cascarrabias,

no:

Se estaba convirtiendo en un Thoreau recalcitrante que se negaba a aceptar el avance del tiempo, que se negaba a reconocer la derrota, que se negaba a abandonar el barco (cargado ahora de soledad) y, terco capitán, prefería hundirse en profundidades insondables pero abrazadoras. De marido/padre/hermano había pasado a ser viudo/superviviente. El hombre cuya familia muere. El hombre que lleva dentro de sí amor inexpresado.

Al calcular los minutos de su vida, la suma de los que había pasado en silencio superaba ampliamente el tiempo que había pasado hablando con otros, el tiempo de conversación: tal vez diez veces más, tal vez cincuenta o cien, si contaba las horas perdidas en dormir, las horas trabajando con las manos en soledad, las noches a solas y los días a caballo, antes de conocer a Lou. ¿Las horas dedicadas a escribirle cartas aquel primer año también eran una forma de silencio? Ya puestos, ¿lo era la plegaria, era silencio la plegaria, y —ya puestos otra vez— qué son las horas dedicadas a la lectura aunque haya alguien más en la habitación?

Serenidad, pensó, eso eran. Cas y Él la habían rondado en sus conversaciones a altas horas de la noche (provistos de calvados y ginebra): jamás la llamaron «felicidad» (una palabra envilecida, en su opinión). Serenidad, un tranquilo estado espiritual en el

que la mente podía deslizarse como si fuera agua espejada, como la superficie de ese lago.

Un tema perfecto para un pintor sentado en la orilla, ese vejete (ya entrado en años) sentado en su barca, año tras año, inmóvil. Observando ese punto plateado donde el sedal desaparece en el agua como una estrella, para cobrar vida otra vez en el instante en que algo pica el anzuelo y comienza la muerte. Si tuviese un dólar por cada vez que había estado solo y en silencio en una barca en medio del lago sería (tuvo que esbozar una sonrisa al pensarlo) un hombre rico.

El pensamiento le trajo a la cabeza la última frase, terrible y solipsista, de Keats: Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua. Siempre había pensado que era *sobre* el agua hasta que Lou lo había corregido.

Le encantaba el desierto de California, había dicho ella al llegar allí, porque era el primer lugar en el que había estado, aparte del hospital, donde la vida rezumaba muerte.

Y cuando él descubrió —eso había hecho, darse cuenta—, cuando se dio cuenta de que se había enamorado perdidamente de ella tuvo que renunciar a la caza, guardar las armas, pensar en ellas como en utensilios que solo utilizaría para salvar una vida y no para quitarla, tuvo que dejar de matar, y, lo sabía Dios, no porque de la noche a la mañana el amor lo hubiese convertido en un trovador sino porque de la noche a la mañana el amor, como suele hacer, lo había vuelto sensible a la pérdida.

Siempre había sentido un rechazo moral al cobrar un uapití, un ciervo —incluso al enfrentarse a un oso—, pero no por eso había dejado de apretar el gatillo, hasta que un día, después de conocer a Lou, cuando cabalgaba solo una mañana temprano, un ciervo de cuatro puntas, su cierva y unos cuantos cervatillos salieron del sotobosque para ponerse al sol colina abajo. Su primer impulso fue pillar al gran ciervo infraganti, pero el dedo se detuvo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

No recordaba cuándo la incidencia de las lágrimas había

empezado a tener la frecuencia de una molestia física, como un dolor, apenas perceptible, que empieza cuando estás caminando, como ese tironcito en el hombro que estás seguro de que pasará pero que persiste durante la cena y sigue ahí por la mañana. Al principio no lo notas. No notas que se te saltan las lágrimas por cosas que antes nunca te hacían llorar, cosas corrientes, comunes, nada espectaculares. Como alguien cantando. Las motas de polvo en un rayo de sol, ahí flotando: el serrín de la garlopa, el papel de lija fino, el serrín que se eleva de la madera como el alma de la naturaleza de un bosque suspendida en la luz del sol para que unos pocos —los bienaventurados— la vean. Por Dios, había visto a algunos hombres volverse ñoños al hacerse viejos y ni loco pensaba convertirse en uno de ellos. Aun así, el llanto se había ido apoderando de él, y si después de tanto tiempo sus plegarias por el agua habían sido atendidas en forma de lágrimas, tendría que reconsiderar su opinión sobre la teología, porque un universo sin dios, tal como él lo percibía, no podía resultar tan divertido.

La primera vez que había dormido en el agua fue en el barco de vela de un vecino de Newport, el verano de 1886, cuando, con seis años, aprendió a nadar. El dueño de la embarcación era alto —mucho más alto que el padre de Rocky— y musculoso, y actuaba, según Rocky, como si el mar fuese el patio de su casa. Navegar no era plato del gusto de Punch: el ambiente social veraniego de Rhode Island, según él, había sido contratado exclusivamente por lo que podía rendirle, en términos de beneficios, y rara vez se lo veía en los jardines vestido de blanco, o en las cubiertas, vestido en distintos tonos de blanco, sin un ábaco.

La primera noche, Rocky pasó tanto miedo que apenas pegó ojo. Debió de dormir porque, al cabo de tantos veranos, recordaba haber despertado en la penumbra que precede al alba,

con el terror de estar hundiéndose. Los virajes constantes, las oscilaciones, tanto balanceo: no puedes estar en el agua sin aprender las verdades firmes sobre la naturaleza de los movimientos de la Tierra. Flotamos todos en el espacio, de modo que o lo consideras estimulante o, como había hecho Rocky toda la noche, buscas el asidero firme más próximo y te agarras a él como si en ello te fuera la vida.

Los chicos mayores, los hijos del hombre alto, se quitaron las camisas y los zapatos y salieron resbalando por la cubierta lustrosa como insectos, pero el instinto había puesto a Rocky en guardia frente a las profundidades. Lo asustaba perder de vista la costa: el mar en sí mismo: su inmensidad: su neutralidad: el hecho de que al mar no le importaba si él sobrevivía o era exterminado: si lo navegaba sin trabas o se ahogaba.

«La sal es la memoria del agua», le había dicho Lou.

Una vez que su cuerpo sucumbió a la polio, solo se sentía cómoda flotando, liberada de la gravedad de la Tierra. En el agua sus piernas le animaban el espíritu, como aletas o alas, en lugar de anclarla.

Todo ser humano adulto, Lou había insistido siempre, debería saber

nadar

cocinar

hacer con algo alguna otra cosa

salvar una vida

Rocky recordaba el cuerpo de Stryker entrando en el agua como un cuchillo, en un instante estaba en la barca y al siguiente no estaba en ninguna parte, como si se hubiese borrado. En cierta ocasión, un ballenero le había descrito el agua después del salto de la ballena: tiene aspecto aceitoso, las moléculas se alteran y cobran la forma del animal, pero cuando Stryker había desaparecido, no dejó marca, ni alteración alguna, solo calma, su imagen se había desplomado dentro del agua, como si el niño hubiese sido una piedra arrojada a un pozo.

Rocky no tuvo que pensárselo dos veces, se lanzó a las profundidades, en busca del cuerpo de su hijo mientras descendía. Después, de nuevo en la barca, Stryker no había podido parar de reírse, pero el corazón de Rocky se había colmado de miedo. Nadar, cocinar, salvar una vida:

Sí, pensó: nadaría un poco.

Se le habían agarrotado las rodillas de tanto estar sentado y en calma. Se estiró para moverlas. Al hacerlo, la barca se meció un poco y él perdió el equilibrio. Alargó las manos para agarrarse de las bordas y afirmarse. En la orilla, la perra se dio cuenta y empezó a ladrar, saltando de acá para allá. Era la que Cas había llamado «señorita Escarlata» por la novela de Margaret Mitchell, por la belleza nerviosa de la cachorrita, por la altivez con la que se salía con la suya. Imposible decir cómo ni cuándo esa perrita había pasado a ser su preferida —todos lo sabían—: dormía a sus pies y conocía los ruidos de su amo, lo seguía a todas partes. Pero ya no podía cazar, por el amor del cielo, ahora no se la podía llevar a ninguna parte donde hiciera falta sigilo y nunca, jamás, había conseguido subirla a una barca.

Ahora Escarlata corría a lo largo de la orilla, ladraba en señal de advertencia. O tal vez le ladrase al resplandor de la luz sobre el agua, a su fantasmal destello. Existe algo llamado luz invisible: los perros la ven, es una atmósfera cuyos espectros existen y escapan a la percepción del ojo humano.

Luz calcárea la de esa mañana:

pero lo que había empezado como luz calcárea allá en el valle se transformó en una niebla acechante que oscureció cielo y sol y cuya masa se expandió por el aire como una levadura, como algo vivo y floreciente, tragando en sus descomunales fauces selladas los elementos más puros del aliento humano: *la nube*.

Partículas que se elevaban de la superficie muerta del lago Owens —de su lejano cadáver, que los muchachos del agua dejaron pudrirse sobre el terreno—, partículas mortíferas que se elevaban del lago. Lo de esa mañana era lo peor que había visto,

como si cada uno de los elementos venenosos dejados por el expolio del agua para tormento de la posteridad hubiese lanzado su fantasma al cielo:

Los muy hijos de puta:

Primero me van a hacer morir de sed:

Después me van a arrebatar el aire.

La Historia siempre te encuentra. Él lo sabía.

Te lo dirán los veteranos de todas las guerras, los supervivientes de un régimen opresivo, las víctimas de la pobreza, los mártires de la religión, cualquier pánfilo que sucumbe a las promesas económicas, cualquier inocentón que se traga el idealismo político, cualquier mujer corriente a la que no le queda nada que perder más que la ropa que la cubre:

La Historia te encuentra.

en las llanuras de 1932 estragadas por el polvo; en Francia o Alemania, en Bélgica, Italia o Japón; en California y su sombra orográfica, el día de tu boda o cuando nace tu hijo, cuando tu barca zarpa o cuando tu amada desaparece: la Historia te encuentra. Tu propia Historia irá a buscarte cuando duermas en tu cama o te dispongas a desayunar asomado a la ventana. Lo que hacemos con esos momentos espontáneos puede definir cómo elegimos —o no elegimos— vivir. El abanico de posibilidades de la mayoría de las personas es muy reducido: ¿Me atrevo a mirar a los ojos al otro? ¿Me atrevo a pedir ayuda? Paridos por casualidad, ninguno de nosotros puede pretender que escapará a las argucias del destino, que la Historia nos encuentra donde vivamos. La Historia nos ha conducido a una época en la que se han rellenado todos los huecos de todos los mapas, cuando el mundo conocido se refiere al mundo entero,

donde la perspectiva de un punto fijo en el comienzo de una trama es tan lejana como una estrella extinta de una legendaria y lejana galaxia. ¿Por dónde empiezo? No a contar una historia, esa es la parte fácil, una historia empieza con un puñado de primeras palabras, o con un hecho datable… *Nací*

Fuimos a la guerra

Ella murió

pero ¿por dónde empiezo yo, por dónde empiezas tú, o cualquiera? El pasado es mucho más fascinante que el futuro: el futuro se revelará, cueste lo que cueste, pero el pasado está hecho para desaparecer…

Ríete un poco, por el amor de Dios, le había dicho Cas. Busca algo de lo que reírte. Llevaba tanto tiempo sin que nada lo hiciese sentir alegre, con ganas de reír… Recorría aquellas habitaciones, las que había compartido con Lou, a la deriva como la bruma, pasaba los dedos por los lomos de los libros de su mujer, sin querer molestarlos. *Basta de sublimación*, había dicho para sus adentros: estaba harto.

Vio algo en el agua, la luz incidiendo en ella, una sombra o bien otro fantasma.

«¿Lou?», musitó y, por un momento, alcanzó a ver su perfil, un hueco en el agua con la forma del amor. Entonces se incorporó con dificultad: la barca se meció enloquecida, su cuerpo perdió el equilibrio.

Un chasquido reverberante surcó el aire, el choque de metal contra metal como la campana de la torre de su casa y Rocky cayó y en su caída salió de esta vida atravesando la superficie del agua,

hacia la Eternidad.

Ingrávido

mudo

marca de agua del amor en la memoria.



Epílogo

Infarto cerebral masivo.

Es lo que el cardiólogo intentaba explicarme por teléfono. Dentro de mí oía la voz de Marianne: «Ay, no me jorobes. *Masivo*. ¿En serio? ¿Por qué no *gigantesco*, *extragrande* o mejor aún, algo más cósmico como *galáctico…, sísmico?…* ¿¿¿Por qué no llamarlo *infarto sísmico??*? Eso sí que suena operístico». Recuerdo haber pensado, ¿por qué le temblará tanto la voz a este médico? «En todos los años que llevo implantando estents a ninguno de mis pacientes le había dado un ictus en el quirófano… Al principio pensé que se trataba de una convulsión…» Evidentemente, la angustia había llevado al médico a hablar de más, porque seguía digiriendo el trauma que acababa de presenciar. *Helicóptero. Búsqueda de un hospital en el condado de Los Ángeles con instalaciones adecuadas para practicar una trombectomía*.

Mientras él se iba por las ramas y la pena comenzaba a atenazarme, solo atiné a murmurar en un bucle mántrico: «Por favor, salve el cerebro de mi madre…, es brillante…, está escribiendo una novela…, es brillante…, es profesora…, ha sido finalista del Pulitzer…, tiene la novela casi terminada…, su novela es preciosa…, por favor, sálvele el cerebro…, ha sido finalista del…».

Quizá todos los hijos recitarían una lista de logros de sus padres en un intento por devolverle la vida al cuerpo que no responde y

yace en la cama de un hospital…, o quizá no…, yo sí lo hice. Y una vez que empecé ya no paré. Marianne pasó cuatro meses en cinco hospitales diferentes y vimos a más de sesenta profesionales sanitarios con distintos cargos y a cada uno le dije que Marianne estaba escribiendo en una novela —¡apenas le quedaban unos capítulos!— y como respuesta, todos se quedaban mirándome, la mayoría de ellos con desdén, y se limitaban a preguntarme por su edad y su peso. ¿No lo pone en su historial? ¿Por qué en las historias clínicas no hay un apartado para los logros? Los pasatiempos. Los lugares a los que han viajado. Las personas a las que aman.

El médico que le extrajo a Marianne los coágulos del cerebro me dijo que «probablemente» se quedaría ciega y que «con toda seguridad» no volvería a leer ni a escribir debido a la visión cuádruple (que sonaba peor que la visión doble), porque uno de los coágulos se encontraba en el lóbulo occipital. ¿Uno? ¿Cuántos coágulos le había extraído? Tres. Conservaría «sin duda» gran parte del lenguaje pero era «altamente dudoso» que volviese a hablar. En el brazo izquierdo podría quedarle una parálisis permanente, en el mejor de los casos se vería afectada de una neuropatía del lado izquierdo. El infarto se había producido en el hemisferio derecho pero era probable que no volviese a abrir el ojo derecho. No llegaron a colocarle el estent, de modo que podría sufrir muy pronto un ataque al corazón…

Pasamos los primeros días en la UCI traduciendo los «podría» y los «quizá», los «probablemente» y los «definitivamente». Esperaba descubrir el alcance de su realidad desatada, tratando de no sucumbir a mi exasperación ante la desmoralizante pesadilla de nuestro sistema de seguros médicos.

La negación de una hija puede ser muy poderosa. La mía me dio fuerzas para seguir adelante. Eso, más la inyección de realismo mágico. Lo comprendí a las pocas horas de sostener la mano

inerte de Marianne la primera noche en la UCI: la marca del fabricante de la cama hospitalaria en la que yacía mamá, el nombre del fabricante era STRYKER.

Las propiedades de la sed se encontraba ahí con nosotras, en la habitación del hospital.

Esa muestra de realismo mágico me sostuvo hasta la siguiente: después de tres días en la UCI Marianne seguía sin reaccionar, pero la vi levantar el brazo derecho y dibujar remolinos en el aire. Siempre escribe a mano y me convencí de que escribía en sueños los últimos capítulos. Las incapacidades físicas, me decía a mí misma, no son incapacidades del espíritu. O del talento.

Y talento tiene. Marianne es una fuerza de la naturaleza, una gigante del conocimiento, una entre un millón, una mujer que, con una perspicacia bromista y picante y una frase bien construida, te puede hacer desternillar de risa al tiempo que saca a relucir tus debilidades ocultas. Es capaz de destriparte con un adverbio, de inspirarte con un adjetivo.

No cursó estudios superiores pero la contrataron como profesora titular en la Universidad del Sur de la California. Impartió clases de autobiografía y tituló así la materia: «Que te haya pasado a ti no lo hace interesante». En el campus era conocida por su gran corazón para con quienes intentaban ser artistas (ponía la nota máxima por un buen intento), pero si eras estudiante suya y le gustaba cómo escribías pero no le gustaba tu ego, o algo peor, no le gustaba ni cómo escribías ni tu ego, te lo hacía saber con una intervención quirúrgica verbal en presencia de toda la clase.

Era —y sigue siendo— una mujer guapísima.

Desde que yo era niña he visto a hombres enamorarse de ella a primera vista y después estremecerse de dolor tras el puñetazo

en forma de adjetivo dirigido a sus inconscientes simiescos. Esta mujer es una pugilista de la palabra.

Un desconocido le preguntó cierta vez si era modelo y ella le contestó «No, soy de tamaño natural».

Ninguna hija sueña a los cuarenta y nueve años con que su madre vaya a vivir con ella y dudo mucho que exista una madre independiente de sesenta y nueve que, *motu proprio*, vaya a vivir con su hija independiente, pero ahora somos compañeras de piso y yo soy su cuidadora. Y requiere cuidados médicos veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

En los últimos cinco años nuestras vidas han cambiado radicalmente.

¿Qué ha cambiado en Marianne desde que tuvo el ictus? Muchísimas cosas.

Pero preferiría centrarme en lo que ha seguido igual: su ánimo batallador y su ingenio.

Su incesante curiosidad sigue siendo el motor de sus días.

Mi madre es una soñadora. Todos los novelistas se ganan la vida soñando. Ella diría «Me gano la vida mintiendo», pero yo preferiría llamarla soñadora en vez de mentirosa.

Sin duda, el ictus alteró su cronología, destruyó su brújula, modificó su sentido del equilibrio físico y ya no puede cruzar una habitación sola, pero todavía es capaz de resolver en tiempo récord las palabras cruzadas del *New York Times* y en bolígrafo. Y ahora el cofre del tesoro de su vocabulario contiene aún más palabras y términos que describen estados posteriores al infarto cerebral: *hemiplejia, disfagia, hemianopsia*

homónima, heminegligencia izquierda, arteriopatía coronaria en arteria nativa, diplopía, nistagmo, debilidad facial…, y estos solo se refieren a sus dificultades físicas. Sus dificultades cognitivas tienen su propia serie: *perseveración, impulsividad, inestabilidad afectiva, fatiga cognitiva, pérdida de la memoria a corto plazo* (esta última es quizá la más triste).

Marianne perdió de golpe una parte importante de la memoria, en particular, su pasado reciente: borrado de un plumazo. Hizo falta una cantidad colosal de repeticiones para que volviera a familiarizase con Rocky, Sunny, Cas y Schiff. Menos mal que la esperaban en la página para saludarla.

El infarto cerebral la ha despojado de la lógica en las secuencias cotidianas (primero la pasta de dientes, a continuación el cepillado) pero es capaz de citar a García Márquez, a Borges y a Shakespeare, y se sabe las letras de todas las canciones, incluso las que ha oído una sola vez, porque las palabras son su sustento. Cuando perdió el habla a causa del ictus y estaba en la cama de la UCI, alimentada por la adrenalina de mi pena, le leía a todas horas para ahogar el incesante pitido de metrónomo de los aparatos hospitalarios.

Los médicos me dijeron que, para quienes sobreviven a un ictus, los primeros noventa días son cruciales en la curación del cerebro, y me aferré a eso como a un salvavidas y le leía palabras, palabras, palabras, palabras. Cuando nos trasladaron al quinto y último hospital le pedí a una amiga que nos trajera a la habitación el manuscrito inacabado de *Las propiedades de la sed*. Y se lo leí a Marianne en un bucle constante. Debo de habérselo leído unas diez veces. O veinticinco veces. Me convencía todo el tiempo de que sus propias palabras podían curarla y le curarían el cerebro, creando de algún modo una existencia paralela: su yo en la sombra vivía una vida en la

sombra mientras le leía palabras de su yo anterior. Sus palabras del pasado resonaban para curar su narrativa presente. Un antiguo espejo empañado en el que volver a ver su propio reflejo.

El nivel de lenguaje con el que Marianne vive la aparta de la conversación trivial. La detesta. Prefiere pasar el tiempo juntando las piezas del loco centón de una frase de vistosos colores. Ese nivel de lenguaje trae aparejada cierta soledad, pero de la soledad de Marianne había nacido una vida interior sumamente rica. Sus personajes eran sus más íntimos amigos. A los tres años tenía un marido imaginario llamado Jake y a los cinco escribió su primera prosa basada en personajes. Recuerdo la primera vez que Marianne me reprendió; yo tenía siete años y había puesto en la mesa solo dos platos: Marianne me informó, severa, de que nos faltaban tres para los tres personajes del cuento que estaba escribiendo.

La vida con mamá los últimos cincuenta y cuatro años ha sido complicada. Se ha movido cual peripatético incendio arrollador, siempre dramática, con frecuencia hermosa, y la mayoría de las veces nuestra relación ha sido, por decirlo con una sola palabra, dolorosa. Pero crecer en el ámbito de las condiciones meteorológicas de silencios y truenos de Marianne como escritora marcó mi camino artístico. Marianne ha entregado su vida a su arte y lo ha antepuesto a todo lo demás, a todos los demás, y esa decisión tan difícil de entender para una hija pequeña es ahora el mandato que guía mis propias decisiones como fotógrafa profesional. Usar la cámara de cine de Marianne a una edad temprana para llevar un archivo de nuestras numerosas mascotas me abrió las puertas al mundo de la magia artística. Y mi deseo de obtener la aprobación de Marianne como

primera espectadora de mis imágenes fue, sin la menor duda, mi título de máster en la búsqueda de la belleza. Me enamoré de la fotografía analógica en blanco y negro, en ella encontré mi voz y sigue siendo mi pasión.

Cuando vi la palabra STRYKER en la cama de la UCI que ocupaba Marianne, la misma cama en la que, en estado comatoso, levantó la mano derecha en el aire para «escribir» sus sueños, decidí no solo como hija, sino como colega artista, hacer cuanto estuviera en mi poder para contribuir al libro inacabado que adoro y ayudar a la novelista que adoro. Y a lo largo de los muchos intercambios exasperantes entre madre/hija-paciente/cuidadora habidos en los últimos cinco años, nuestro vínculo como artistas me ayudó a seguir adelante. *No puedes salvar lo que no amas*. Ayudar a Marianne a recuperar el equilibrio en el terreno de su forma de expresión artística —un paisaje que no me pertenece— fue una expedición de vértigo y seguirá siendo el viaje del que más me enorgullezco.

Marianne y yo creemos que un individuo se define por el número de personas que han tocado su vida, incluidas aquellas que lo hacen brevemente. La lista de agradecimientos puede dar la impresión de que *Las propiedades de la sed* exigió la intervención de un pueblo entero para ayudar con los verbos, los párrafos y los puntos de la trama. No fue así. Pero sí exigió la amabilidad diaria (en pequeñas y grandes dosis) y la convicción compartida de los demás de que el cerebro de Marianne podía curarse y de que ella podía recuperar su sentido artístico.

La mayoría de los nombres se refieren a personas que ayudaron a sustentar la vida de Marianne y, por lo tanto, su creatividad desde que padeció el ictus en 2016. Una persona que no sabemos siquiera cómo localizar fue una asistente social que, en el momento preciso, se encontró con una situación terrible en

el primer hospital y me aconsejó que presentara una reclamación al seguro (aguas inexploradas que yo, por mi parte, aconsejaría a los familiares que navegaran con los bolsillos repletos de Dramamine). Ganamos la reclamación y el curso de la atención médica a Marianne viró a mejor. Si esa persona no hubiese decidido ayudar a nuestra reducida familia de dos miembros, este libro jamás habría resucitado.

Los caminos de la recuperación están plagados de pequeñas generosidades y el itinerario de Marianne estuvo sembrado de personas desinteresadas y compasivas. Cada enfermera, terapeuta, médico, técnico y cuidador que ha tratado a Marianne merece una mención especial en los agradecimientos. Un médico que nos cambió la vida, por ejemplo, fue ese que el segundo año le preguntó «Marianne; ¿está escribiendo?», y cuando ella contestó que no, se apresuró a decirle «Tiene que hacerlo. Marianne, no deje que esta crisis caiga en saco roto». Un lema que todo artista debería clavar con chinchetas en la pared de su casa.

Joseph Boone, que encabezó la contratación de Marianne en la Universidad del Sur de California, creía en sus aptitudes docentes antes de que ella misma las descubriera y ha sido un entusiasta de esta novela antes y después del ictus. En el invierno de 2016, con su inseparable mochila al hombro, Joe (JoBeau) Bohlinger, antiguo alumno de Marianne, apareció en nuestra puerta incontables veces para leerle a mi convaleciente madre pasajes de sus novelas, cuentos y poemas favoritos, siempre la llamaba «profesora», siempre le traía su alegría; creo firmemente que los días compartidos de lecturas entre maestra y alumno curaron el alma de Marianne. Enseguida quedó claro que Joe era la persona perfecta para ayudar a Marianne a reencontrarse con sus propias palabras. En 2017, cuando, tras varias cirugías oculares, mi madre consiguió mover una regla de línea en línea por la página para mantener la vista enfocada, los tres comenzamos la lectura en voz alta de *Las propiedades de la*

sed, en esta ocasión con la voz de Marianne tomando la delantera: un proceso sumamente lento que nunca fue arduo gracias a la belleza de la prosa y al entusiasmo y a los arrebatos de incredulidad de Marianne: «¡Qué bien escrito está!», «¡Lara, es fantástico!», y siempre que le recordaba «Mamá, lo has escrito tú», contestaba con entonación de Scooby-Doo: «¡¿En seriooo?!».

Y a continuación aquella sonrisa de tantos megavatios.

A lo largo de 2017 y 2018 leímos el manuscrito en voz alta montones de veces. Con el tiempo, Marianne y yo empezamos a hablar de Rocky, Cas, Schiff, Snow y Sunny como si fuesen nuestros parientes, a cotillear sobre sus tejemanejes diarios y sus potenciales aventuras, lo que hiciese falta con tal de devolverlos al tejido de la memoria de mamá. Yo los ponía en diferentes situaciones y le preguntaba a Marianne cuáles serían sus reacciones, en un intento por que aflorasen otra vez y ocupasen el primer plano de su cerebro. Cada vez que llegábamos a la muerte de Rocky, mi madre preguntaba con un grito ahogado: «¡Ay, no! ¡¿Se ha MUERTO?!». «Sí, mamá.» «¡¿POR QUÉÉÉ?!» Se echaba a llorar ante la idea de perderlo, y al cabo de un mes la experiencia se repetía. Por suerte, poco a poco, las trincheras por donde discurrían sus nuevos senderos neuronales fueron adquiriendo una profundidad suficiente y *Las propiedades de la sed* regresó a su memoria y ella empezó a soñar de nuevo con su novela.

Henry Dunow ha sido el timón de la carrera de Marianne y su incondicional agente durante décadas, y en el invierno de 2018, con la ayuda del solícito Ira Silverberg de Simon & Schuster, David Ulin se incorporó como editor de mesa. David había escrito un deslumbrante artículo sobre Marianne para *Los Angeles Times* cuando ella se instaló en California, y mi madre y él terminaron trabajando en la misma universidad: sus senderos

se habían cruzado, pero no se conocían bien. El acto de fe ciega de David al irrumpir en nuestras vidas en la época del cambio catastrófico fue ni más ni menos que un épico gesto de bondad. Solo un tipo especial de ser humano podía hacerse cargo de resucitar una fuerza creativa como la de *Las propiedades de la sed.* Ninguno de nosotros sabía exactamente cómo abordar la descomunal tarea de ayudar a Marianne, de modo que decidimos sencillamente vernos una vez por semana para leer las páginas en voz alta y analizarlas. Tres nuevos amigos con un mismo objetivo, terminar la novela, que hablaban siempre de arte, compartían a menudo anécdotas sobre la interacción con otros artistas (es decir, cotilleaban sobre los artistas), chismorreaban sobre la política de nuestro país y a veces exponían buenas ideas para un diálogo o un posible final. La de pistachos y quesos que consumimos sentados alrededor del diminuto escritorio de Marianne mientras ella, David y yo leíamos, les dábamos vueltas a los párrafos y los discutíamos y, con el tiempo, completamos la novela.

Por las noches yo intentaba descifrar los garabatos de mamá en sus notas anteriores al ictus, en busca de instrucciones para el final. El ictus la sorprendió cuando trabajaba en un libro sobre Gertrude Stein y Alice B. Toklas, una obra teatral sobre la reina Lear, unas memorias tituladas *Cómo escribir una novela* y un montón de ideas de cuentos, incluso en algunos poemas. Extraje mis pasajes preferidos, los llamé «pepitas», los reuní en un larguísimo centón y los guardé en un documento para que David y yo pudiésemos coserlo, una especie de carta de navegación hacia un destino oculto que, a la larga, nos marcó el camino hacia el final.

En algún momento de aquellos meses ocurrió la potente alquimia del arte: el proceso de terminar la novela pasó de ser una carga imposible a ser lo que nos ayudó a sanar.

Y así fue como lo hicimos. Despacio y sabiamente. Palabra por


palabra.

No fue insuperable.

Hace poco, entre las viejas libretas de Marianne encontré estas anotaciones:

> LAS NUEVE VIDAS DE UNA NOVELA:
> 1. Te visita. Inspiración.
> 2. Cobra forma en tu mente.
> 3. Adquiere personajes.
> 4. No te dejará en paz.
> 5. Te equivocas.
> 6. Te equivocas mejor.
> 7. Es una maldición.
> 8. Es una bendición.
> 9. Se marcha y vive entre desconocidos.

Y ahora, querido desconocido, es tuya. Gracias por mantener viva esta novela.

Lara Porzak
Julio de 2021
Venice, California

Agradecimientos

Gracias por cuidar de mi corazón:

Gracias por dar esperanzas a lo imposible.

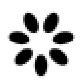
Sin la aportación, el amor y el cuidado de cada uno de vosotros, completar esta novela habría sido un problema insuperable:

Henry Abrams, J. J. Abrams, Lashanda Anakwah, Glenda Asuncion Jane Berman, Joe Bohlinger, Jenny y Fredrik Bond, Joseph Boone, Anthony Bourdain, Jesse Brooks, Gia Canali, Sarah Caplan, el personal de Casa Colina, Joanna Ceppi, la doctora Grace Chen, Henry Dunow, Noureddine El-Warari, Alexis Eskenazi, Becky Farfan, Lisa Vincent Farnell, Lucy Fisher, Jonathan Gold, Matt Gross, Carina Guiterman, Jenn Hall, Deli y Dave Haynes, el doctor James Hoff, Krystyna y Dan Houser, Cynthia Iselin, Kamilla Jaberek, Zack Knoll, Geri Knorr, la guardiana de la novela, Michelle Kydd, Amy Lafayette, Carolina Lara, Carter Lee, Diane y Jon Levin, Carly Loman, Clare MacKenzie, Michelle McCaslin, mi devota Katie McGrath, Herleen McLees, John McPhee, Beatrice Masi, Becky Moore, Lisa Negrele, la campeona de la novela Deb Newmyer, la madrina de la novela Ginger Newmyer, James Newmyer, Sofi Newmyer, Teddy Newmyer, Becky y Ted Nicolaou, Evan Paley, Lana Parrilla, Darvesa Perry, Byrdie Lifson Pompan, Ali Porzak, Grey Rembert, Rebecca Ressler, el doctor Lucas Restrepo-Jimenez, Mahindra Rock, Scott Rubenstein, David St. John, Ben Schultz, Ira Silverberg, Wendy Smith, Snowy, Carrie Solomon, Lisa Sutton, Christie Tomashek, David Ulin, Julia Wick, Arnetta Williams.

«Quise vivir profundamente y desechar todo aquello que no fuera vida... para no darme cuenta, en el momento de morir, de que no había vivido.»
HENRY DAVID THOREAU

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Las propiedades de la sed*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.



Marianne Wiggins (1947, Lancaster, Pensilvania, Estados Unidos) es autora de nueve novelas, entre las que destacan John Dollar (1989), *Evidence of Things Unseen* (2003), finalista del premio Pulitzer de ficción y del National Book Award, y *Las propiedades de la sed* (2022; Libros del Asteroide, 2024). Ha sido merecedora del Whiting Award, de una beca del Fondo Nacional de las Artes, del premio Heidinger Kafka y ha sido finalista del Women's Prize for Fiction. Vive en Venice, California.

* En español en el original. *(Todas las notas son de la traductora.)*

* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
** En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.
* En español en el original.

* Siglas en inglés de *White anglo-saxon protestant*, norteamericano de origen anglosajón, de raza blanca y religión protestante.

* En español en el original.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Las propiedades de la sed*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

El ángel de piedra, Margaret Laurence

En lugar seguro, Wallace Stegner

Cuatro hermanas, Jetta Carleton